ROBERT MUCHEMBLED

El orgasmo y Occidente

Una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días

ROBERT MUCHEMBLED

El orgasmo y Occidente

Traducción de
JUAN ALMELA

ROBERT MUCHEMBLED

EL ORGASMO Y OCCIDENTE

Una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días

EX LIBRIS
CHEPA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México - Argentina - Brasil - Colombia - Chile - España
Estados Unidos de América - Guatemala - Perú - Venezuela

Primera edición en francés, 2005
Primera edición en español, 2008

Muchembled, Robert
El orgasmo y Occidente : una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica : 2008.
425 p. ; 13.5x21 cm. (Tezontle)

Traducido por: Juan Almela
ISBN 978-950-557-766-8

1. Historia de la Sexualidad. I. Almela, Juan, trad. II. Título
CDD 306.7

Prohibida su venta en España

Imagen de tapa: Detalle de *Júpiter e Ío*, de Antonio Allegri da Correggio
Diseño de tapa: Juan Balaguer

Título original: *L'orgasme et l'Occident*
ISBN de la edición original: 2-02-055232-9
© 2005, Éditions du Seuil

D.R. © 2008, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.
El Salvador 5665, 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D.F.

ISBN: 978-950-557-766-8

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

ÍNDICE

Un año de placer 11
Introducción 15

Primera parte
El orgasmo y Occidente

I. *Ese placer que llaman carnal* 29
Nacimiento del individuo 29
¿Todo es sexo? 40
La conquista del placer femenino 59

Segunda parte
Improntas
El placer en el dolor (siglos XVI y XVII)

II. *Masculino, femenino: el ser y su cuerpo* 75
Representar y decir su Yo 76
La parte de las mujeres 86
De la fluidez de los cuerpos 110

III. *Placeres carnales, pecados mortales* 119
Pasiones prohibidas 122
Los goces del sexo 133
L'École des filles, una joya libertina 150
Placer y pecado 154

Tercera parte

CICLOS

EL VICIO Y LA VIRTUD (1700-1960)

El erotismo en las Luces 175
La oleada pornográfica 176
La medida del sexo 193
El arte del "yo" 220

Bajo los velos victorianos (1800-1960) 235
El control del sexo 237
La sexualidad, una enfermedad vergonzosa,
a veces mortal 247
Simiente estropeada, muerte asegurada:
el gran miedo a la masturbación 255
Detrás del espejo 276

Cuarta parte

¿REVOLUCIONES?

LA HERENCIA DE LOS *SIXTIES*

La era del placer (de 1960 a nuestros días) 315
Una bomba sexual: el informe Kinsey 317
El descubrimiento del orgasmo femenino 335
¿Hacia un nuevo pacto sexual? 344

nclusión. La sociedad narcisista 367
Los valores de los hedonistas 369
Narcisismo y cultura 376

liografía escogida 389
ice de nombres 417

Para Jane

UN AÑO DE PLACER

La abadía de Telema existe. Igual que a mí, a Rabelais le hubiera gustado pasar allí un año dulce y fecundo en medio de una sociedad escogida, haciendo lo que uno quisiera, con la única condición de alojarse allí. En el Institute for Advanced Study de Princeton encontré la paz del espíritu, el calor de las amistades, el gusto sutil de todas las delicias del pensamiento. En ocasiones, también de las delicias del cuerpo, con la condición de evitar el exceso de ajo en las salsas del notable restaurante, y de no ostentar demasiado abiertamente una inclinación hacia los paraísos artificiales. ¡Quien no ha visto 39 pares de ojos posarse alternativamente en su vaso de vino y en los vasos de otros 39 llenos de agua pura no puede comprender la fuerza de los autocontroles personales bajo el peso de los constreñimientos sociales! Volver a las filas se vuelve un goce, o por lo menos un alivio.

En este edén de los investigadores, de inmensas bibliotecas abiertas día y noche, incluyendo el domingo, el trabajo se vuelve una ética, un arte de vivir, incluso un índice de predestinación para los herederos del espíritu del protestantismo. Enfrentado a este universo, el hedonista europeo halla un aumento de la excitación que lo impulsa a la eficacia. Es notable verificar hasta qué punto el sabor de las felicidades sencillas se decuplica cuando uno se ve privado de algunas de ellas. La ausencia, la carencia me han enseñado todo el valor de un champaña, de un *foie gras*, de un queso aromático. También he comprendido mejor hasta qué punto la "vieja Europa" actual difería de este país nacido de sus obras, siempre vinculado a una visión viril y competitiva de la existencia, que deja menos lugar que entre nosotros para los deleites inmediatos. La administración del placer por estas dos grandes culturas difiere muy claramente, como se verá a modo de con-

clusión en esta obra. Es indiscutiblemente una prolongada inmersión en la segunda lo que me ha permitido tomar una mejor conciencia de las cosas. Recuerdo la observación de un filósofo después de una exposición ante mis pares acerca del tema del disfrute carnal. A la mesa, al día siguiente, me dijo con malicia: "Estoy aquí desde hace más de 30 años y es la primera vez que oigo decir en público la palabra *fuck*...".

La nostalgia me gana cuando pienso en los días vividos en el Instituto. En el sendero que conducía a mi despacho, pasando ante Fuld Hall, donde rondaba la sombra de Albert Einstein, encontraba cada día colegas, amigos. Discutía a menudo, largamente, con ellos, viendo cómo peleaban las ardillas, echaban a volar los pájaros, huían los gazapos en primavera, y en mayo caían de los árboles las *cicadas*, insectos salidos de la tierra una vez cada 17 años para reproducirse y morir en julio. Se me ha ocurrido preguntarme si èstos animales conocían el placer, en particular el del sexo. Sin hablar mucho con los colegas estadounidenses, temiendo ser considerado demasiado francés, demasiado interesado por tales temas reservados a los secretos de alcoba...

Que todos los que me han ayudado a concebir y escribir este libro encuentren aquí la expresión de mi sincera gratitud:

Tzvi Abusch, Engin Akarli, Markus Asper, Vivian Barnett, Paolo Berdini, Sylvia Berryman, Glen W. Bowersock, Michael Broers, Caroline Walker Bynum, Vincent Carretta, Pascale Chapdelaine, Claudine Cohen, Giles Constable, Patricia Crone, José Cutileiro, Monica y Joseph Davis, Laurence Devillairs, Nicola di Cosmo, Emma Dillon, William Doyle, Veit Elm, Christine Evans-Clarke, Theodore Evergates, Vincenzo Ferrone, Robin Fox, Jane Fulcher, Henry Louis Gates jr., Oleg Grabar, Frank Griffel, Cynthia Hahn, Ellen Harris, John Hope Mason, Jonathan Israel, Victoria Kamsler, Lauren Kassell, Tia Kolbaba, Andrey Korotayev, Thomas Kühne, Ellen Landau, Irving Lavin, Trudo Lemmens, Ki Che Angela Leung, Alexander Lingas, Richard D. Lockwood, Elizabeth A. Lunbeck, Beatrice Manz, David Marsh, Judith McKenzie,

E. William Monter, Lloyd Moote, Alexei Muraviev, Philip Nord, Michael Nylan, Peter Paret, Sophie y Ronnie Po-Chia Hsia, Tessa Rajak, Amneris Roselli, Suzanne Saïd, Londa Schiebinger, Joan W. Scott, Andrew Shanken, H. Alan Shapiro, John Shepherd, Heinrich von Staden, Adam Sutcliffe, Morton White, Don Wyatt, Froma Zeitlin.

Princeton-París, 2003-2004

INTRODUCCIÓN

La idea de placer abarca una realidad multiforme. De las satisfacciones sensoriales a los arrebatos estéticos o a las beatitudes de la vida espiritual, pasando por las delicias de la mesa, sin olvidar las embriagueces perversas, la paleta de las felicidades humanas se revela como inmensamente variada. En la China antigua, en la época de los Han, los letrados definían el término con precisión remitiéndolo ya sea a una acción (tomar o buscar placer), o bien a un estado, como la euforia, o a emociones o necesidades. Distinguían tres formas posibles de disfrute: la satisfacción inmediata de los deseos, el deleite vinculado al orgullo de la posesión de los bienes o de los seres (palacios y jardines, hermosos caballos, bellas mujeres, ropas magníficas, cocina fina, vinos deliciosos...), la voluptuosidad procedente de una reflexión filosófica acerca de la percepción de los disfrutes experimentados, lo cual conducía en ocasiones a retrasar una de ellas para obtener un éxtasis final más largo y más intenso, e incluso para desdeñarlo. Los grandes maestros aconsejaban a los emperadores que guiasen una verdadera política del placer, inducida por la búsqueda de formas capaces de fortalecer el Estado, la familia y la persona, en lugar de corromperlos, a fin de combatir el derroche de energía, de tiempo y de riqueza.[1] A sus ojos, la virtud y la ascesis del camino confuciano coronaban el edificio para conducir al hombre hacia lo que los occidentales llamarían felicidad.[2]

[1] Michael Nylan, "On the politics of pleasure", en *Asia Major* (Academia Sinica, Taiwán), 3ª serie, vol. xvi, parte 1, 2001, pp. 73-75. Gracias al autor por haberme comunicado este artículo y haberme permitido aprovechar amistosamente su saber.

[2] En Europa el concepto no adquiere un lugar importante sino a partir de las Luces y se asocia al tema del progreso con la llegada de la Revolución Fran-

¡Quien mucho abarca poco aprieta! La presente obra no podría aspirar a agotar una temática tan amplia. He optado por limitar el asunto a la sexualidad, retomando desde este ángulo un tema poco abordado, pese a la tentativa de síntesis de Michel Foucault en 1976.[3] Contrariamente a él, considero que una represión muy poderosa de los apetitos carnales se ha instalado en el meollo mismo de nuestra civilización hacia mediados del siglo XVI, sin ceder realmente terreno sino a partir de los años sesenta del siglo XX. Productor de una tensión fundadora entre la libido de cada uno y los ideales colectivos, el proceso ha generado constantemente un poderoso esfuerzo de sublimación durante este largo período, al abrigo cultural sucesivo de la religión –católica o protestante– del ideal de moderación de los filósofos de las Luces o de los médicos del siglo XIX y de las leyes del mercado capitalista. Sobre el fundamento coercitivo firmemente establecido en el siglo XVII se han impuesto luego alternativamente ciclos de liberación y de constreñimiento, cuyo movimiento representa para mí un factor explicativo primordial del dinamismo general de Europa, porque crea obstinadamente la necesidad de subsanar el desequilibrio producido en las conciencias. Por una parte, la acumulación de los deseos insatisfechos durante los períodos de frustración exacerbada conduce a una demanda de emancipación creciente, que concluye por engendrar una liberación libertina. Por otra parte, numerosos seres sometidos, voluntariamente o no, a las tiranías del rigor moral generan una estructura de comportamiento que los empuja literalmente hacia adelante, contribuyendo a llevar sus talentos personales a la incandescencia, en múltiples sectores de actividad, tales como el proselitismo religioso, la guerra y la conquista del resto del globo, las actividades artísticas o intelectuales, el comercio internacional...

---

cesa: Robert Mauzi, *L'Idée de bonheur dans la littérature et la pensée françaises du XVIIIe siècle*, Paris, A. Colin, 1960; 2ª ed., 1965.

[3] Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, t. I: *La Volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 1976 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, t. I: *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977].

Entre las explicaciones clásicas de la originalidad de la aventura europea, muchas giran alrededor de la pareja antagónica formada por la espiritualidad y la economía. Ahora bien, referirse prioritariamente al cristianismo o al capitalismo no me parece del todo satisfactorio, pues estas nociones no describen sólo realidades objetivas, sino que son igualmente producciones culturales, transformaciones en discurso de los hechos sociales y materiales, de las que perfilan los contornos. De ahí que proponga una interpretación más amplia, concerniente a la totalidad de las relaciones humanas, sosteniendo que la sublimación de las pulsiones eróticas constituye el fundamento de la originalidad de nuestro continente, desde el Renacimiento. Rebasa ampliamente las normas impuestas por los teólogos y los poderes instituidos para encuadrar de manera permanente el potencial explosivo y muy desestabilizador que representa la sexualidad, adaptándose sin cesar a las mutaciones principales. Su forma aparente, la represión de la lujuria, es a mis ojos un elemento esencial de la invención de la modernidad occidental, y proporciona el eslabón faltante para comprender la íntima relación establecida entre lo espiritual y lo material, el cuerpo y el espíritu, el ser y los otros. Max Weber asociaba el nacimiento y el desarrollo del capitalismo a la ética calvinista, una manera de explicar el genio europeo mediante la sociología religiosa.[4] Ensanchando su perspectiva, considero que las originalidades fundamentales de nuestra "fábrica" colectiva conciernen a un esfuerzo creciente por controlar y reorientar la concupiscencia carnal, pero veo ahí una producción segregada constantemente por el conjunto de fuerzas vivas que actúan en la matriz común durante cerca de cinco siglos, no una simple moral surgida del espíritu del protestantismo. De acuerdo con Norbert Elias, que describió la dinámica de nuestra cultura en términos de sublimación personal puesta al servicio de un progreso global, a través de

[4] Max Weber, *L'Ethique protestante et l'Esprit du capitalisme*, París, Plon, 1964 (1ª ed. en alemán, 1904-1905) [trad. esp.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003].

la "civilización de las costumbres",[5] deseo, en todo caso, completar su reflexión, centrada sobre todo en la evolución genérica del fenómeno y la producción del nexo social, a fin de develar el funcionamiento del mecanismo oculto que ha permitido la evolución, destruyendo el poder volcánico de los apetitos sensuales. Desde Freud, semejante enfoque puede parecer trivial. Queda sin embargo por explicar cómo la sociedad, fuente de poderes invisibles, consigue canalizar los deseos íntimos para sublimarlos y ponerlos al servicio del grupo entero. El tema combina una historia del disfrute sexual, una interrogación acerca del cuerpo tanto según las teorías eruditas como a través de su percepción concreta, y una indagación acerca del Sujeto humano, desde el tiempo del desdén y del tabú casi absoluto, en los siglos XVI y XVII, hasta el triunfo actual del narcisismo.

En el marco de este ensayo, he decidido limitar la mirada al medio milenario que condujo del Renacimiento a nuestros días, porque descubro una unidad profunda, y comparar dos grandes países, Francia e Inglaterra. Sensiblemente diferentes, según estereotipos bien establecidos, implacables rivales poseedores de los más vastos imperios mundiales hasta la reciente descolonización, promotores los dos de prestigiosas tradiciones, se revelan como sorprendentemente próximos en materia de percepción y administración del orgasmo. Así como uno es católico, el otro es protestante, y sus largos caminos paralelos me incitan a reducir al mínimo la importancia del factor religioso en la definición y luego en la instalación de un idéntico autocontrol de las pasiones físicas, que concluye en la producción de una "economía libidinal" en la cual reposa el extraordinario empuje europeo desde los grandes descubrimientos. Capitales competidoras, París y Londres fueron los laboratorios privilegiados. Al final del recorrido, Estados Unidos, heredero sublevado de la orgullosa Albión y a la vez fascinado por su rival francés en tiempos de La Fayette, sirvió de ter-

[5] Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, Paris, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. en alemán, 1939).

cer punto de referencia para juzgar tanto los parecidos antiguos como las recientes divergencias que se acentúan respecto del Viejo Continente hedonista.

La obra se desarrolla en cuatro partes. La primera presenta la teoría que sostengo, mediante las características esenciales del enfoque occidental del placer carnal desde hace cinco siglos, y la manera como ha establecido una alianza particular con nuestra civilización. Si el cristianismo busca desde el origen aprisionar la lava en fusión del instinto vital bajo un caparazón de prohibiciones e interdicciones, la presión moral sólo se identifica verdaderamente a partir del siglo XVI tanto por parte de los católicos como de los protestantes, que apoyan su acción con severas leyes nuevas promulgadas por los poderes civiles. El autocontrol personal y la culpabilización creciente de las conductas impúdicas u obscenas contribuyen a imponer un modelo de sexualidad puramente procreativa, únicamente admisible en el marco del matrimonio, rechazando por otra parte con gran moderación los placeres de la carne bajo las sábanas conyugales. Cualquier otra conducta se ve estigmatizada. Aunque semejante glaciación de los comportamientos represente más los sueños de los moralistas que un reflejo exacto de las realidades cotidianas, no por ello contribuye menos al desenvolvimiento de una tensión interior entre quienes tratan de domar o frenar sus deseos para obedecer a los mandamientos de la Iglesia y de la legislación monárquica. La energía vital así canalizada se encuentra frecuentemente reorientada, en beneficio de los grandes ideales colectivos. La vigilancia creciente de los cuerpos y de las almas denunciada por Michel Foucault tiene pues consecuencias positivas inesperadas, al hacer que la sociedad se beneficie con la acumulación de energías resultante.[6] Contribuye por igual a imprimir

[6] Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, Plon, 1961 [trad. esp.: *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976], y *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975 [trad. esp.: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1977]

en los trasfondos culturales, generación tras generación, la impronta indeleble del sufrimiento en el núcleo del placer, aumentada en algunos por un gusto muy marcado por la transgresión. Lo eróticamente no dicho se convierte así en motor secreto de las acciones humanas: produce un desequilibrio pulsional individual más creador que destructor y genera una alternación de fases de represión y luego liberación que enriquecen el juego social. El vicio y la virtud no dejan de turnarse, coloreando uno tras otro los siglos, algunos decenios, o un breve período hasta los años sesenta, a partir de los cuales la emancipación sexual de las mujeres y la irresistible progresión de una aspiración a la felicidad inmediata anuncian amplios cambios, e incluso una revolución...

Las tres partes siguientes describen las grandes etapas de la evolución desde el Renacimiento.

En los siglos XVI y XVII el disfrute no se conquista sino en el dolor, la pena o la revuelta. Se debe a la antigua mentalidad cristiana opuesta a la exaltación del cuerpo para mejor salvar el alma. Esta tradición encuentra entonces un consenso nuevo entre los responsables y los poderosos. Los Estados se interesan en adelante, muy de cerca, en el control de la obediencia de sus súbditos y, para bien de la eficacia económica, las ciudades irrigadas por el capitalismo naciente reclaman más disciplina por parte de sus habitantes. El individuo emerge verdaderamente porque se encuentra empujado a afirmar su existencia y a experimentar mejor su culpabilidad con respecto a Dios, el rey y los representantes de los poderes. Improntas imborrables, las prohibiciones vinculan estrechamente el placer con el pecado. Severas persecuciones judiciales vuelven sensible el riesgo mortal corrido por los transgresores, pues algunos son quemados públicamente por haber recordado demasiado las delicias del amor físico. Tales recuerdos acompañarán largo tiempo a los occidentales, hasta las mutaciones de los *sixties* del último siglo. Quizás incluso no estén del todo borrados en nuestra época de epicureísmo.

De 1700 a 1960 se suceden dos grandes ciclos: de libertad de las costumbres y luego de puritanismo. Las Luces alumbran de ma-

nera nueva el erotismo y la época ve crecer la ola pornográfica, pero el velo victoriano vuelve a caer pesadamente entre 1800 y 1960, para disimular senos y otras cosas que no podrían ser contempladas decentemente. La medicina del siglo XIX toma realmente el poder sexual, que ofrece por completo a los adultos masculinos casados. Subrayando la frialdad natural, y aun la frigidez, de sus castas esposas, garantiza el triunfo de la doble norma de comportamiento masculino, que autoriza al hombre a frecuentar sin complejos a las prostitutas, únicas capaces de ofrecerle un placer completo. Impone sin embargo una forma de sublimación laicizada insistiendo en la necesidad vital de la moderación de los instintos, pues asimila los excesos venéreos a una enfermedad que puede llegar a ser mortal, particularmente para los muchachos que se entregan a la masturbación. El tema desgarrador del disfrute en el sufrimiento continúa así su camino, envolviéndose en certidumbres científicas.

Desde los años sesenta del siglo XX, el antiguo modelo rigorista resiste en Estados Unidos, pero el hedonismo triunfa en Europa. Los principios de base que encuadran el acto de la carne parecen haber cambiado profundamente en el Viejo Continente. Saberes y ciencias humanas describen en adelante, abiertamente, nociones y actitudes que producen una gran molestia, desde hace algunas décadas, sondeando con frenesí la intimidad de cada uno, explicando sin complejos lo que constituía un paradigma misterioso y sagrado en los siglos anteriores. El equilibrio tradicional anclado en el dogma de la sensualidad vergonzosa del cuerpo oculto se encuentra fuertemente puesto en tela de juicio por la irrupción en las escenas pública y privada del orgasmo femenino, novedad inaudita, de consecuencias ya muy importantes, de efectos incalculables a más largo plazo. Fundamento del contrato social en nuestro universo, por producir el lazo conyugal cuya importancia era considerada primordial hasta hace poco, el pacto carnal está en curso de renegociación entre las dos mitades del género humano, en tanto que surge un actor más, el tercero, el Sujeto homosexual, que reivindica con altura sus derechos.

El conjunto de la construcción se encuentra finalmente sacudido, en el momento en que parece triunfar el egocentrismo, e incluso el egoísmo. La conclusión invita a meditar acerca de las prodigiosas transformaciones que acarrean las sociedades europeas actuales hacia la dulzura de vivir, mientras que Estados Unidos cultiva una nostalgia del arquetipo familiar y sexual legado por la tradición represiva, de lo cual surge una mayor desconfianza ante las sirenas del placer.

Este último amerita sin embargo una atención particular, en tanto que se perfilan en la escena planetaria grandes perturbaciones que solicitan mutaciones dinámicas e inventivas del modelo occidental. La exigencia cruza el camino de la adaptación de la pareja a los desafíos de la modernidad, pues los discursos concordantes que profieren numerosos poderes prescriptivos sugieren con una insistencia creciente a las partes la diferenciación de las pulsiones genitales de la búsqueda de la voluptuosidad y del deseo infantil. Lo que he intentado formular aquí es una forma ampliada de historia cultural de las sociedades, atenta a los aportes de diferentes disciplinas y a las inquietudes o a los interrogantes de nuestro tiempo. Había que cruzar las miradas para intentar respuestas nuevas a uno de los enigmas más viejos del mundo: ¿qué es el disfrute y para qué sirve?

PRIMERA PARTE

EL ORGASMO Y OCCIDENTE

El ser humano no existe nunca solo. Gregario por excelencia, de la "horda primitiva" a las llamaradas hedonistas de principios del tercer milenio, pide constantemente a los demás que lo ayuden a vivir y a morir. El objeto mismo de la historia es analizar este vínculo para tratar de comprender cómo y por qué se mantiene unida una sociedad, adaptándose al tiempo que pasa inexorablemente.

Escoger el tema del placer para llevar adelante tales interrogaciones puede parecer paradójico, tanto más cuanto que se trata de una noción vaga, muy difícil de deslindar.[1] Es a través de su cuerpo y su sexualidad, elementos naturales orientados por cada civilización, como el Sujeto se percibe y luego compone su relación con el otro. Sustento de los goces, prisión de la persona, la envoltura carnal es también una entidad cultural, un elemento de la colectividad que la rodea, una parte del todo político, una porción de un amplio territorio de símbolos. El ser, así definido, está conformado por prescripciones imperativas, ya sea que consienta o trate por el contrario de ejercer su libre arbitrio de la mejor manera posible.

Uno de los grandes enigmas que atormentan a los occidentales desde hace dos milenios, con una intensidad acentuada a partir del Renacimiento, es precisamente el de las relaciones entre el individuo y el grupo. ¿Cuál es su cimiento secreto? ¿Por qué genio particular el *Homo sapiens* se revela capaz de ir más allá de las formas de asociación propias de los primates adelantados, con los cuales comparte tantos genes, si se cree a los biólogos de hoy?

[1] Lionel Tiger, *The Pursuit of Pleasure*, Boston, Little, Brown, 1992, p. 17 [trad. esp.: *La búsqueda del placer. Una celebración de los sentidos*, Barcelona, Paidós, 1994], recuerda la fórmula de Edmund Burke, reproducida en *The Oxford English Dictionary*: "Pain and pleasure are simple ideas, incapable of definition" [El dolor y el placer son simples ideas, incapaces de definición].

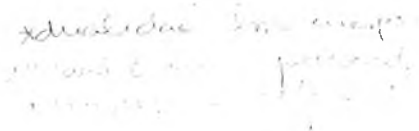
El largo período considerado aquí, de Cristóbal Colón a principios del siglo XXI, es aquel en que Occidente impone su impronta a todo el globo. El "animal imperial" se vuelve en cinco siglos un colonizador imperialista.[2] El extraño compuesto de donde procede su poder reposa esencialmente en una administración sutil y eficaz de la duración. Occidente no solamente ha inventado procedimientos técnicos y económicos, ha modelado por igual ideales y mitos, necesarios para dar un sentido a su trayectoria y estrechar, de siglo en siglo, de generación en generación, el tejido comunitario dilatado sin cesar por las conmociones o las novedades. Ha abandonado lentamente, no sin remanentes hasta nuestros días, el viejo concepto cristiano que afirma la dualidad del cuerpo y el alma, optando por formulaciones que insisten en la unidad entre la criatura pensante y su universo de referencia: Iluminismo, derechos del hombre, marxismo, liberalismo, etc. La mutación comienza con Descartes, se intensifica con Newton y toma el nombre de ciencia moderna, de progreso, de marcha hacia la dicha de la humanidad... Se trata en realidad de romper con el peso de la representación de un mundo acabado, donde nada tiene importancia para el fiel, sino preparar su salvación con una buena muerte, mientras todo está escrito por adelantado en el gran libro de Dios, de la Creación al Apocalipsis.

El placer no es lícito en los siglos XVI y XVII, puesto que el individuo, sólidamente enmarcado entre sus pares y diversas tutelas, es severamente advertido de la tentación de contemplarse a sí mismo. Los sistemas explicativos propuestos en los siglos XVIII y XIX celebran a la vez su descubrimiento y el del derecho al goce. No solamente se vuelve fácil buscar las delicias del erotismo sin temer a las leyes ni al infierno, sino que también es posible pensar abiertamente en el fenómeno. Éste adquiere entonces un lugar creciente, pues habla a la vez del ser y de sus deseos, lícitos o prohibi-

[2] Lionel Tiger y Robin Fox, *The Imperial Animal*, con nueva introducción de los autores, New Brunswick-Londres, Transaction Publishers, 1998 (1ª ed., 1971) [trad. esp.: *El hombre: animal imperial*, Buenos Aires, Emecé, 1973].

dos, y de la función que la comunidad atribuye a la sexualidad, en concordancia con sus valores y sus objetivos dominantes. Los escritos se multiplican al respecto, lo cual no prueba una ausencia de represión, sino una poderosa y fecunda contradicción entre las nuevas necesidades de libertad y las improntas indelebles dejadas por las prohibiciones de los siglos precedentes. Freud se refiere a ello a su manera, subrayando la dualidad del Yo, empujado a la vez por el instinto de vida y por el de muerte, por Eros y por Tánatos. A partir de los años sesenta, sin embargo, Europa bien podría haber conocido una auténtica revolución de la voluptuosidad.

Tal es la trama de lo que quisiera presentar en este ensayo. Se trata también, en filigrana, de una meditación acerca del invento de las ciencias humanas, fieles compañeras de la promoción de Occidente, a fin de captar por qué y cómo el Sujeto entró con vigor en la escena no como un ser liberado de todas sus cadenas, sin dios ni amo, sino como un personaje vigorosamente incitado por su sociedad a adquirir mucho más claramente conciencia de su especificidad, de sus necesidades y de sus deseos. El pequeño resplandor de la dicha permite descubrir y seguir el hilo de Ariadna que debe servir para explorar la gruta de nuestros orígenes. El momento es propicio, porque Europa se encuentra confrontada a oposiciones radicales y a inquietantes competencias, consecuencia de la aparición de temibles oponentes en las otras regiones del globo. Bajo las fracturas, a través de las grietas, el sentido profundamente oculto llega más fácilmente que en las épocas de firme convicción.



I. ESE PLACER QUE LLAMAN CARNAL

El placer físico une al ser con la totalidad del universo. Hay pues que intentar comprender lo que representa la persona en la tradición occidental para definir su relación con el disfrute. Sin dejar de utilizar palabras y conceptos en apariencia muy diferentes, los teólogos cristianos y Freud subrayan una oposición irreductible entre dos entidades constitutivas del hombre. Unos hablan del cuerpo y del alma. El segundo distingue de manera más compleja la pulsión de vida y la de muerte, pero vuelve fundamentalmente a una visión dualista, afirmando a la vez que la sexualidad es indispensable para la supervivencia de la especie y que oculta un potencial destructor. En los dos casos, el espacio concedido a los goces de la carne está considerablemente reducido. Hay que esperar el último tercio del siglo xx para ver florecer reflexiones más favorables a las ventajas del orgasmo y a su lugar eminente en nuestra cultura.

La invención lenta y caótica del individuo es el hilo áureo que permite seguir la lógica de estas mutaciones, pues el mecanismo de sublimación instaurado por la represión sexual ha sido el motor invisible del impulso occidental hasta las modificaciones espectaculares registradas a partir de los años sesenta.

Nacimiento del individuo

La noción de Sujeto es un viejo objeto de discusión entre los historiadores occidentales. Raros son, sin embargo, los que evocan su surgimiento antes del siglo xii.[1] Esta innovación habría consti-

[1] Colin Morris, *The Discovery of the Individual, 1050-1200*, Nueva York, Harper and Row, 1972, pp. 158 y 159.

tuido entonces una "empresa colectiva" ligada al deber debido a Dios de reformar a su vecino, que habría permitido el "descubrimiento de un modelo", que conduciría a la vez al progreso moral de cada uno y del grupo entero.[2]

¿Renacimiento o capitalismo?

Para muchos, el viraje real data del siglo XVI, o al menos del *quattrocento* italiano. Ésta es la opinión, radicalmente discutida por algunos especialistas, de Jacob Burckhardt, para quien el ser medieval no es consciente de sí mismo sino a través de una raza, un pueblo, una familia o una corporación, mientras que en el Renacimiento se torna realmente individuo desde el punto de vista espiritual, capaz de reconocerse como tal.[3] El proceso se limita a las capas superiores, en particular a los intelectuales y a los artistas.

Paralelamente a las ideas de Karl Marx relativas a los orígenes comerciales del capitalismo, Max Weber parte también de presupuestos materiales para llegar a una sociología de las religiones que atribuye un lugar eminente a un nuevo tipo de hombre.[4] A sus ojos, el siglo XVI constituye un viraje decisivo, marcado al noroeste del continente, más precisamente en Inglaterra, por la instauración de

[2] Susan R. Kramer y Caroline W. Bynum, "Revisiting the twelfth-century individual. The inner self and the christian community", en Gert Melville y Markus Schurer (eds.), *Das Eigene und das Ganze. Zum Individuellen im mittelalterlichen Religiosentum*, Dresde, Lit, 2002, pp. 57-85 (aquí, pp. 84 y 85). Véase también Caroline W. Bynum, "Did the twelfth century discover the individual?", en *Jesus as Mother. Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*, Berkeley, University of California Press, 1982, cap. III. Mis mayores agradecimientos a la autora por estas referencias.

[3] Jacob Burckhardt, *La Civilisation de la Renaissance en Italie*, 3 vols., trad. francesa de H. Schmitt revisada y corregida por R. Klein, París, Le Livre de Poche, 1987 (1ª ed. en alemán, 1860) [trad. esp.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004].

[4] Max Weber, *L'Éthique protestante et l'Esprit du capitalisme*, París, Plon, 1964 (1ª ed. en alemán, 1904-1905) [trad. esp.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003].

un sistema mercantil que rompe el marco agrario tradicional de la Edad Media. Admitiendo totalmente que el atesoramiento monetario existía en la China, en la India o aun en el suelo cristiano en los siglos precedentes, sostiene que el valor inédito concedido a la acumulación ilimitada es un rasgo único propio de Occidente moderno. Absolutamente desconocido en otros lugares, aparece hacia el final del siglo XV, antes de ser reforzado más tarde por el espíritu calvinista, esencialmente por el puritanismo inglés. La explicación, en su opinión, debe ser buscada en la doctrina calvinista de la predestinación. Productora de un "ascetismo en el mundo" opuesto al disfrute de los placeres, lleva a una poderosa ética del trabajo e incita vivamente al desarrollo "de una 'personalidad', en el sentido formal y psicológico del término". La aventura europea guiada por los puritanos desemboca en la declinación de las obligaciones comunitarias, la separación entre asuntos privados y búsqueda del beneficio, la promoción del Sujeto. Nunca seguro de ser salvado por Dios, en virtud de la doctrina de la predestinación, este último habría buscado con el mayor fervor signos de éxito en diversos dominios, notablemente en el comercio, para tratar de tranquilizarse acerca de su enigmático destino eterno.[5]

Privilegio reservado a los pensamientos creadores, el de Weber hizo correr mares de tinta e inspiró numerosas críticas. Pertenecía decididamente a su tiempo, fines del siglo XIX, presentando una teoría que descansaba sobre la primacía de la economía, sin dejar de matizarla de manera fecunda mediante un esfuerzo de amplio análisis religioso, próximo al que hoy se llama historia cultural.

Individuo y transgresión

No obstante, hay que ponerse de acuerdo acerca de las definiciones: persona, Yo, *self*, individuo, etc.; las palabras están cargadas de sentidos ocultos, acumulados de época en época como estratos

[5] *Ibid.*

sucesivos. En los siglos XVI y XVII, momento de fundación, faltan los términos para nombrar el fenómeno. Más todavía. La formulación del individualismo se concibe sólo en dos contextos que lo limitan estrechamente. En el primer caso, el interesado expresa lo que es en una relación firmemente reivindicada con los círculos a los que pertenece, familia, amigos, vecinos, etc. Así, la biografía espiritual se extiende no como una verdadera revelación del Yo, sino como un modelo de piedad, propuesto a todos. La única otra vía de expresión singular es la transgresión, el poner en tela de juicio las obligaciones religiosas y morales. A diferencia de la anterior, no ha dejado rastros sino en una ínfima minoría de personas, capaces a la vez de escribir y de colocarse al margen de los sistemas establecidos. En Francia sólo algunos hombres y escasísimas mujeres, frustrados a menudo en sus esperanzas, se atreven a enfrentarse al tabú cristiano que prohíbe hablar de sí, porque hay que pensar constantemente en Dios, en la muerte y en la salvación. Entre ellos figuran el inclasificable Montaigne; Brantôme, el autor de *Las damas galantes*, quien quedó lisiado a consecuencia de una caída desde el caballo; el mariscal de Monluc, herido, desfigurado, estropeado; Agrippa d'Aubigné, flamígero hugonote que se exilió solo en Ginebra, furioso de ver a su amo Enrique IV aceptar la paz religiosa con los católicos; así como la esposa repudiada por este último, Marguerite de Valois, apodada la Reina Margot, largo tiempo proscripta por su hermano Enrique III, desencantada, deseosa de contar a la posteridad su vida tal como ella la soñaba. Otros, más oscuros, vivieron de seguro con intensidad su singularidad, como atestiguan las múltiples pasiones femeninas reveladas por los archivos judiciales.[6] Pero todo se oponía entonces a la fácil enunciación del sentimiento particular. D'Aubigné en persona no emplea "yo" al redactar *Sa vie à ses enfants*. Normas y códigos impedían a la criatura proclamar altivamente su independencia, o se lo hacían pagar muy caro.

[6] Robert Muchembled, *Passions de femmes au temps de la reine Margot, 1553-1615*, París, Seuil, 2003.

En el siglo XVI, contrariamente a lo que pensaba Burckhardt, los seres no adquieren una auténtica autonomía. No pueden explorar su intimidad sino vinculada de manera consciente con los grupos a los que pertenecen, bajo la mirada del poder.[7] Las mujeres encuentran dificultades suplementarias en una lucha incierta por hacer reconocer su especificidad y sus derechos, sobre todo si son pobres y débiles, pues tropiezan siempre con las obligaciones religiosas tradicionales y las relaciones familiares organizadas en un marco patriarcal.[8]

En otros términos, individuo no es individualismo. El primero existe sin duda en todas las sociedades humanas, pero la calidad genérica señalada por el segundo término constituye un dato reciente, estrechamente asociado a la historia occidental. La noción aparece casi en el mismo momento en inglés, alrededor de 1820, y en francés, hacia 1833.[9] Abarca por lo tanto una producción de sentido de la cual se ocuparon muchos intelectuales del siglo XIX, porque planteaba un inmenso problema de interpretación del propio movimiento de la dinámica europea. Para conseguir pensarla hubo que romper poderosos tabúes instaurados desde la segunda mitad del siglo XVI. Éstos, sin embargo, no habían impedido algunos progresos de la introspección. ¿Tal vez incluso contribuyeron a ello haciendo que los perseguidos y los dominados tomaran más claramente conciencia de su alteridad?

Hasta el siglo XVIII, el dogma de la dualidad entre el cuerpo y el alma contraría la exploración del continente interior, demasiado

[7] Stephen Greenblatt, "Fiction and friction", en Thomas C. Heller, Morton Sosna y David E. Wellbery (eds.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and the Self in Western Thought*, Stanford, Stanford University Press, 1986, pp. 30-52; y *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, pp. 1 y 256.

[8] Natalie Zemon Davis, "Boundaries and the sense of self in sixteenth-century France", en T. C. Heller, M. Sosna y D. E. Wellbery (eds.), *Reconstructing Individualism*, *op. cit.*, pp. 53-63.

[9] Oscar Bloch y Walther von Wartburg, *Dictionnaire étymologique de la langue francaise*, París, PUF, 1968, p. 337: *individuo* está fechado en 1242; *individualidad*, en 1760, e *individualista*, en 1836.

ligado al pecado.[10] La afirmación de sí convoca las emociones, las pasiones, el placer o el dolor, es decir, todo lo que un buen creyente debe contener y domesticar, imperativamente, para garantizar la salvación de su alma. La carne perecedera es la prisión de esta última y aproxima al hombre –así sea un santo– a la animalidad. Hay que esperar los progresos científicos y las Luces filosóficas para comenzar a ver el cambio de esta mirada.

Las envolturas del Yo

De las múltiples tentativas de comprensión del Sujeto humano, nos quedaremos con el acento referido a su relación particular con Occidente y el hecho de que se haya deslindado lentamente, arduamente, de los residuos colectivos entre los siglos XVI y el XVIII.[11] Una de las meditaciones más ricas y fecundas acerca de este tema es la del sociólogo alemán Norbert Elias, inventor, poco antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial, de la influyente teoría del "proceso de civilización". Para él, el Renacimiento inaugura una larga trayectoria continua de desarrollo de la cultura europea y de la individualización de la persona. Luego, la vida en Versalles bajo Luis XIV obliga a los nobles guerreros a contener su agresividad, incontrolable hasta entonces, para ponerla al servicio exclusivo del

[10] David Hume, *Treatise of Human Nature*, citado por John O. Lyons, *The Invention of the Self: The Hinge of Consciousness in the Eighteenth Century*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1978, p. 21.

[11] Véase particularmente Sigmund Freud, "Au-delà du principe de plaisir" [1920], en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1981, reed. 2001 [trad. esp.: *Más allá del principio del placer*, en *Obras Completas*, t. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1999]; Nikolas Rose, "Assembling the modern self", en Roy Porter (ed.), *Rewriting the Self: Histories from the Middle Ages to the Present*, Londres, Routledge, 1997; John W. Meyer, "Myths of socialization and of personality", en T. C. Heller, M. Sosna y D. E. Wellbery (eds.), *Reconstructing Individualism*, *op. cit.*, p. 209; Louis Dumont, *Essais sur l'individualisme: une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*, París, Seuil, 1983 [trad. esp.: *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid, Alianza, 1995].

monarca en los campos de batalla. El argumento central consiste en ligar el proceso global al desarrollo del Estado y de las poblaciones y en mostrar que se traduce en la aceptación creciente de autoconstreñimientos por parte de los seres en cuestión. El lento reflujo de las pulsiones brutales o sexuales resultante induce el desarrollo de intercambios sociales aplacados en un universo donde el poder político se arroga el monopolio de la violencia.[12]

Elias ha sabido captar admirablemente los aspectos federadores de las sublimaciones que Freud persigue en cada uno de sus pacientes. Pero, si se propone como instrumento de análisis el equivalente del Superyó, y aun del Ello freudianos, no se interesa para nada en el Yo tal como lo ha descrito el analista vienés. Su reflexión se centra en el modo en que los grupos humanos consiguen que sus miembros compartan valores unificadores e inculcarles automatismos, no sobre las realidades concretas de la existencia ni sobre las infaltables contradicciones entre las normas teóricas y los deseos o las necesidades efectivas de los individuos. Sólo trae a cuento la sexualidad en un breve capítulo, simplemente para probar que está relegada al segundo plano de la vida social por "una evolución análoga a aquella que hemos estudiado más en detalle en el caso de otras manifestaciones pulsionales".[13] Prefiere desarrollar más ampliamente su argumentación a propósito de la reforma de los comportamientos violentos escatológicos

[12] Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. en alemán, 1939); *La Société de cour*, París, Calmann-Lévy, 1974 [trad. esp.: *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982]; *La Dynamique de l'Occident*, París, Calmann-Lévy, 1975; *La Société des individus*, París, Fayard, 1991 [trad. esp.: *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península, 2000]. Véase también Robert Muchembled, *La Société policée. Politique et politesse en France du xvi^e^ au xx^e^ siècle*, París, Seuil, 1998. Los discípulos de Elias editan desde hace 10 años, en Ámsterdam, una revista titulada *Figurations. Newsletter of the Norbert Elias Foundation*. Entre las críticas de sus teorías, las más virulentas proceden de Hans-Peter Duerr, *Nudité et pudeur. Le mythe du processus de civilisation*, París, Maison des sciences de l'homme, 1998 (1ª ed. en alemán, 1988).

[13] Norbert Elias, "Les relations sexuelles", en *La Civilisation des mœurs*, *op. cit.*, pp. 247-277 (cit. p. 262).

o indecentes, refiriéndose ante todo a las reglas dictadas casi simultáneamente por dos obras célebres, el *Libro del cortesano*, de Castiglione (1528) y *La civilidad pueril*, de Erasmo (1530).

Se coloca así en el nivel exclusivo de los modelos difundidos en las capas superiores europeas, porque no tiene ni deseo ni recursos para considerar las prácticas o evocar las actitudes reprobadas, lentas en desaparecer, lo cual habría exigido una recolección paciente y difícil de informaciones. Por lo demás, no se interroga suficientemente sobre lo que oculta el nuevo enfoque del saber y del poder que él pone de manifiesto. Trampa del Yo, no es casual que aparezca en el Renacimiento y que se desarrolle sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVI, paralelamente a la glaciación inmoral católica y protestante del tiempo de los conflictos de religión. Mucho más de lo que sugiere, sirve para estigmatizar una sexualidad cuyos guardianes del templo ya no quieren observar las manifestaciones en público, a condición de llegar realmente a contener las pulsiones eróticas. El mismo manto normativo cae, más y más pesado, sobre las generaciones sucesivas.

Más allá del Sujeto

¿Puede realmente el ser humano alcanzar una unidad absoluta? El siglo XX se ha deslizado insensiblemente hacia una cultura narcisista, nos afirman por todas partes, incluyendo el lado de las ciencias exactas.[14] Es, en cierto modo, error de Freud, que ha roto con la dualidad occidental tradicional, oponiendo el cuerpo al alma, para dar su lugar a lo reprimido. Su pensamiento distingue el "Yo-cuerpo" del Superyó o Ideal del Yo, vinculado al complejo de Edipo, y finalmente el Ello profundo.

[14] Danah Zohar (en colaboración con I. N. Marshall), *The Quantum Self: Human Nature and Consciousness Defined by the New Physics*, Nueva York, Morrow, 1990, p. 154 [trad. esp.: *El yo cuántico. Naturaleza humana y conciencia definidas por la física moderna*, México, Edivisión, 1996].

> Un individuo –explica– es según nosotros un Ello, desconocido e inconsciente, en cuya superficie está puesto el Yo [...]. Agregaremos que el Yo no envuelve completamente al Ello [...]. El Yo no está rotundamente separado del Ello, sino que se une a él en su parte inferior. Pero lo reprimido también se funde con el Ello; no es sino una parte de éste. Lo reprimido no está netamente separado del Yo sino por las resistencias de la represión, en tanto que por el Ello puede comunicarse con él.[15]

A su modo de ver, el placer está íntimamente ligado al Yo, "depósito verdadero y originario de la libido, que debe partir de ahí para extenderse hacia el objeto". Opone sin embargo las "pulsiones del Yo" que conducen a la extinción, a las pulsiones sexuales orientadas hacia la vida. Algunas de estas últimas operan también en el Yo, precisa Freud, antes de observar más adelante que el principio del placer podría en realidad estar al servicio de las pulsiones de muerte.[16]

Pasajero de fronteras, frecuentemente provocador, Freud construye, según él mismo dice, una mitología. Negándose a oponer el alma al cuerpo, reintroduce subrepticiamente, me parece, otra dualidad, fundando su doctrina en dos especies antagonistas de pulsiones, de muerte y de vida. La gran ruptura que inaugura, a propósito de la unidad del Sujeto, no le impide a veces experimentar dudas en este terreno. Innovador genial, no puede escapar del todo al contexto en el que acontece su existencia, lo cual le impide pensar el tema totalmente fuera del bien y del mal. Sus textos fundadores concernientes a los dos tipos de pulsiones contrarias prolongan, pero renovándola profundamente, la lección cristiana relativa a la Caída original, al pecado, a la represión de

[15] Sigmund Freud, "Le Moi et le Ça" [1923], en *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 261 y 262 [trad. esp.: *El yo y el ello*, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000].

[16] Sigmund Freud, "Au-delà du principe de plaisir" [1920], en *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 54, 94, 110, 111 y 127.

los malos deseos, al olvido de la carne perecedera, a la sublimación de las pasiones. Lejos de las certidumbres de los optimistas de las Luces, que creen en un progreso continuo de las civilizaciones, su itinerario intelectual muestra el rastro indeleble de la vieja concepción según la cual el individuo está siempre en crisis. Redoblada por una nostalgia de la fractura interna del ser en dos entidades irreductibles, de las que da testimonio ya el mito del andrógino en Platón, esta visión trágica de la existencia humana subyace a la teoría del genio obligatoriamente torturado y entrelaza estrechamente el apetito carnal con la enfermedad o la desaparición, como en *La muerte en Venecia* (1912) y en *Doctor Faustus* (1947), de Thomas Mann.[17]

Muchas cosas se encuentran contenidas en la noción de reprimido, de la que Freud ofrece la clave simbólica. Según él, todos los humanos son empujados por instintos sexuales y agresivos. Causas inconscientes de sus acciones, éstos pueden ser sublimados por el Superyó, producido por la interiorización de los valores comunes y de los modelos educativos procedentes de los padres. El proceso crea, sin embargo, vivos sufrimientos, como consecuencia de los sacrificios exigidos por la sociedad y del control realizado por cada uno, lo cual acarrea la pérdida de ciertos placeres experimentados por nuestros antepasados primitivos, trocados por la seguridad.[18]

Nuestra época, por su parte, no consigue concebir cierta unidad de la persona sino idealizándola y pretendiendo que llegó el tiempo del Sujeto-rey. Las fuerzas sociales y los poderes prescriptivos, en particular los principales medios masivos de comunicación, dejan sin embargo poco espacio de auténtica autonomía a este último. Nada ha sido tan estudiado, orientado, enmarcado ni cuidado como bajo nuestros ojos. En Estados Unidos, los intelec-

[17] Nikolas Rose, "Assembling the modern self", *op. cit.*, pp. 225, 254 257 y 268.

[18] Danah Zohar, *The Quantum Self*, *op. cit.*, pp. 160 y 161, analiza y discute estas ideas de Freud.

tuales de los últimos decenios del siglo xx han descubierto por añadidura una importante dimensión genérica en el narcisismo, inventando la figura del "hombre trágico", obsesionado por una angustia de desintegración.[19] Salida, en apariencia, por la puerta vienesa en tiempos de Freud, la dualidad del ser vuelve pues por la ventana estadounidense. El individuo en cuestión estaría fracturado, roído por la desesperación, por la imposibilidad de consumar la realización de sí mismo, porque le faltaría desde el origen un núcleo del Yo suficientemente coherente, lo cual trataría de compensar imaginándose "grandioso". La causa esencial habría de buscarse en la sosa y estéril monotonía de los intercambios entre padres e hijos: esta carga crítica apunta a un supuesto abandono de los valores familiares tradicionales más allá del Atlántico, y parece disimular más que nada un malestar en la civilización.[20] Caracterizada como eminentemente bipolar, ¿la personalidad en cuestión no reflejaría sencillamente la clásica oposición cristiana entre el alma y el cuerpo, en un país que sigue hoy impregnado de modo mucho más intenso del legado bíblico que la "vieja Europa"?

[19] Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*, Nueva York, W. W. Norton, 1978 [trad. esp.: *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello, 1999]. Estos trabajos se inspiran en prácticas psicoanalíticas de los años sesenta, descritas en particular por Heinz Kohut, *The Analysis of the Self. A Systematic Approach to the Psychoanalytic Treatment of Narcissic Personality Disorders*, Nueva York, International Universities Press, 1971 [trad. esp.: *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977], y *The Restoration of the Self*, Nueva York, International Universities Press, 1977 [trad. esp.: *La restauración del sí-mismo*, Buenos Aires, Paidós, 1977]. Una actualización concerniente a estos temas figura en la obra de Lynne Layton y Barbara Ann Schapiro (eds.), *Narcissism and the Text: Studies in Literature and the Psychology of the Self*, Nueva York, New York University Press, 1986, especialmente pp. 1-32. A propósito de las conexiones entre semejante patología y la creatividad artística, musical o literaria, véase Ernst Kris, *Psychoanalytic Explorations in Art*, Nueva York, Schocken Books, 1952 [trad. esp.: *Psicoanálisis del arte y del artista*, Buenos Aires, Paidós, 1964].

[20] Eugene Holland, "On narcissism from Baudelaire to Sartre: Ego-psychology and literary history", en L. Layton y B. A. Schapiro (eds.), *Narcissism and the Text*, *op. cit.*, p. 165, critica vivamente la tesis de Lasch.

Marca de fábrica de nuestra identidad desde hace cinco siglos, la invención del "Yo" pasa por definirse por oposición al "nosotros", y sin embargo jamás logra hablar del todo en el cual se inscribe el interesado, del nexo social tal como es concebido en Occidente. ¿Qué significa, pues, en este marco, el placer que es llamado carnal?

¿Todo es sexo?

Nada es sexo, ha decretado desde hace mucho el pensamiento occidental normativo, desde el tiempo de las catedrales y de la carne domada por los atletas de Dios hasta las pesadeces victorianas inglesas o el orden moral que reinaba en Francia antes de las explosiones de mayo de 1968. Correspondería a Michel Foucault, eminente cazador de discursos de vigilancia, tratar de abrir ampliamente las perspectivas sobre este tema tabú. Lo hizo en el primer tomo de la *Historia de la sexualidad*, titulado *La voluntad de saber*.[21] Brillante, aunque un poco decepcionante, la obra trataría de llevarle la contraria a la "hipótesis represiva" dominante en este sector del saber.

Útiles para analizar el tema en los siglos XVIII y XIX, los paradigmas deslindados por el autor no se aplican para nada al período precedente ni a la segunda mitad del siglo XX. El arquetipo que describe deriva en realidad de un cambio fundamental procede de las metrópolis populosas, París y Londres, hacia 1700, para imponer una recuperación general del equilibrio en el sistema sexual, en beneficio de los adultos varones, a través de la afirmación cada vez más exclusiva del vínculo conyugal. No solamente éste ha perdido su coherencia desde los años sesenta, bajo el efecto de las reivindicaciones femeninas y homosexuales, sino que la situación se reve-

[21] Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, t. I: *La Volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 1976 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, t. I: *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977].

laba como singularmente diferente en los siglos XVI y XVII, cuando la represión, innegable para mí, resultaba menos de una presión teórica ejercida por tutelas lejanas que de la ejercida por la mirada de los otros y los códigos de comportamiento locales.

Los paradigmas de Foucault

A veces algo confusas, las demostraciones de Foucault aspiran a desplazar la atención desde las realidades físicas hacia los discursos, asegurando que estos últimos no revelan en modo alguno una censura, sino, por el contrario, una logorrea creciente que conduce a hacer del sexo *el* secreto primordial, porque es realmente la "razón de todo".[22] El filósofo emplea a menudo la palabra "apuesta", a fin de subrayar la importancia del nuevo estilo de relaciones establecido a este respecto entre el Estado y el individuo, en particular en lo que concierne a los colegiales o los adolescentes. Se pregunta cuál es la naturaleza de las conexiones que unen el placer y la autoridad y repite varias veces su argumento central: a partir del siglo XVIII nace un biopoder que actúa en profundidad sobre el problema de la unión entre el cuerpo y la población, para hacer de la sexualidad su blanco central.[23] Con relativa prudencia, emite dos veces la hipótesis de una disposición de ésta, a fin de que se revele económicamente útil y políticamente conservadora, y de que el biopoder resulta indispensable en el desarrollo del capitalismo.[24] No trata de precisar más la cuestión de la correlación entre la promoción de este Occidente conquistador y la administración de las pulsiones carnales individuales.

Foucault modificó completamente el plan de la serie que anunciaba en el primer tomo. En lugar de concentrarse en Europa desde la Edad Media, como lo deseaba en un principio, consagró

[22] *Ibid.*, pp. 49, 50 y 103.
[23] *Ibid.*, pp. 37, 40, 42, 45, 62, 184, 185 y 193.
[24] *Ibid.*, pp. 51 y 185.

los dos volúmenes siguientes, aparecidos en 1984, año de su muerte, a la Antigüedad griega y romana.[25] Entre las pistas más apasionantes que abrió a partir de 1976 figura la idea de misterio sexual último, entregado nada más que al confesor o más tarde evocado sobre el diván del psicoanalista, paradójicamente vehiculado por una masa creciente de escritos consagrados al tema. Igualmente fecunda es la observación según la cual no se puede identificar un ciclo represivo único con un principio y un final.[26] La principal aportación del libro concierne a cuatro paradigmas observados por el autor, que contienen, diga lo que diga, una fuerte carga represiva. Se trata de la "histerización" del cuerpo de la mujer producida por la medicina; de la "pedagogización" del sexo del niño, destinada a poner un dique a graves peligros, particularmente el onanismo; de la socialización de las conductas procreadoras por el enmarcamiento de la fecundidad de las parejas y la acentuación de su "responsabilización"; por último, de la "psiquiatrización" del placer perverso, para reconocer mejor las anomalías y las patologías a tratar.[27]

Es posible descubrir efectivamente los rasgos fundamentales de un período central, los siglos XVIII y XIX, pero no caracterizan la etapa histórica precedente ni la siguiente. Me parece que la única evolución lineal desde el Renacimiento se sitúa en los discursos de encerramiento del enigma sexual en el núcleo mismo del Yo, y no en las realidades de comportamiento, señaladas por rupturas sucesivas.

[25] Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, t. II: *L'Usage des plaisirs*, y t. III: *Le Souci de soi*, París, Gallimard, 1984 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, t. II: *El uso de los placeres*, México, Siglo XXI, 1986, t. III: *El cuidado de sí*, México, Siglo XXI, 2005]. En el primer tomo, en 1976, la contraportada anunciaba otros cinco volúmenes para completar la empresa. El segundo y tercero debían titularse *La Chair et le Corps* y *La Croisade des enfants*, pero el autor decidió a fin de cuentas dedicarlos al pensamiento griego clásico y a los autores griegos y latinos de los dos primeros siglos de nuestra era.

[26] Michel Foucault, *La Volonté de savoir*, *op. cit.*, pp. 79, 80, 162 y 171-173.

[27] *Ibid.*, pp. 137-139.

Los tres tiempos del sexo

Si la biología, las neurociencias, la etología pretenden hoy en día que el hombre participe, como todos los organismos vivientes, de una necesidad de permanencia, de la cual la sexualidad es uno de los principales vectores, nuestra especie parece sin embargo ser la única, a beneficio de inventario, que practica la sublimación. En términos freudianos, no permite simplemente una derivación de las excitaciones excesivas, sino que representa también "una de las fuentes de la producción artística".[28] A mi modo de ver, es el verdadero motor de la dinámica europea desde que fue íntimamente asociada, hace ya cinco siglos, a un poderoso esfuerzo de represión sexual que rebasaba ampliamente el marco de la moral cristiana. Esta última no hacía sino traducir necesidades más vastas de ordenación de una sociedad fracturada y conflictiva, al igual que el freudismo trajo más tarde a las burguesías industriales una variante laicizada de economía libidinal adaptada a sus imperativos de acumulación capitalista. Bajo el manto de la religión o del psicoanálisis, a fin de cuentas se trataba siempre de alabar el autocontrol individual de las pulsiones, al precio de sufrimientos y de terrores, pero para mayor beneficio de la colectividad. ¿No somos todavía, poco o mucho, los herederos de esta ascesis a la occidental que permite canalizar la fuerza vital potencialmente muy destructora representada por las pulsiones lujuriosas de cada uno?

El fenómeno se remonta lejos. Los monjes se habían convertido en sus paladines desde el origen del cristianismo, invitando a los sacerdotes seculares a imitarlos valorando el celibato y la continencia sexual. Hubo sin embargo que esperar el fin del Concilio de Trento, en 1563, para ver aplicar con rigor creciente tales consignas por clérigos que se dejaban gobernar a menudo por sus deseos antes de esta reforma de gran envergadura. Y no es sino a

[28] Sigmund Freud, *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, Paris, Gallimard, 1962, pp. 156 y 157 (1ª ed., 1905) [trad. esp.: *Tres ensayos de teoría sexual*, en *Obras Completas*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1979].

partir del momento en que tales nociones morales fueron adoptadas por círculos laicos activos cada vez más vastos, que adquirieron realmente un lugar decisivo en la experiencia europea.

En la época del Renacimiento, el tradicional discurso cristiano normativo puso en guardia contra la voluptuosidad, pues el ideal era para el hombre, y más aún para la mujer, prescindir totalmente de ella, unirse a un monasterio para buscar su salvación negando los imperativos de la carne. Pero las realidades resultaron muy diferentes. Si la Iglesia católica considera que el matrimonio es indispensable para todos aquellos que no pueden refrenar sus tentaciones, a fin de evitar así la condenación, los poderes locales se conforman la mayoría de las veces con hacer respetar un equilibrio tácito fundado en la vigilancia activa de los excesos por parte de todos los miembros de la parroquia.[29] Aunque las relaciones físicas ilícitas, fuera de la alcoba matrimonial o sin el permiso de los padres varones de una hija seducida, piden en principio una venganza sanguinaria, la sexualidad se revela bastante libre y productora de cierto número de bastardos, sin ser tan desenfrenada como la de los reyes o los cortesanos.[30]

Un cambio radical se produce lentamente entre mediados del siglo XVI y el final del siguiente. Formulada a través de las leyes y de los reglamentos morales, una represión vigorosa y espectacular se instala en la estela de las iglesias y de los Estados, que buscan en adelante imponer su orden controlando de cerca tanto los cuer-

[29] Julian Pitt-Rivers, *Anthropologie de l'honneur. La mésaventure de Sichem*, París, Le Sycomore, 1983, para un enfoque antropológico del tema de la ley de la vergüenza y de la consideración de los demás [trad. esp.: *Antropología del honor o política de los sexos*, Barcelona, Crítica, 1979].

[30] Mijaíl Bajtin, *L'Œuvre de François Rabelais et la Culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*, Paris, Gallimard, 1970 [trad. esp.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Barcelona, Barral Editores, 1978]; Robert Muchembled, *L'Invention de l'homme moderne. Culture et sensibilités en France du XVe au XVIIIe siècle*, Paris, Fayard, 1988; reed., Hachette, col. Pluriel, 1994, pp. 61-76; Jean-Louis Flandrin (ed.), *Les Amours paysannes: amour et sexualité dans les campagnes de l'ancienne France (XVIe-XIXe siècle)*, París, Gallimard-Julliard, 1975.

pos como las almas. La presión se intensifica particularmente en los medios urbanos tentados por filosofías de la renunciación religiosa o de la moderación de los apetitos y del consumo, que se distinguen tanto mejor del estado de espíritu aristocrático, llevado al dispendio y la ostentación. En mi opinión, esta clase de sublimación colectiva, alimentada por las represiones sexuales individuales, contribuye a engendrar o, al menos, a acompañar el dinamismo agresivo del continente en la escena mundial, más precisamente el de los países conquistadores y colonizadores, como Francia e Inglaterra.

En una segunda etapa, de 1700 más o menos a la década de 1960, se opera una reorganización interna de las sexualidades, poderosamente canalizadas en función de los cuatro paradigmas de Foucault, pero también importantes mutaciones estructurales que afectan las relaciones entre las dos partes de la humanidad, así como la emergencia de un tercer "género" invertido. Este largo período comienza con una fase de libertad epicúrea, en el siglo XVIII, que borra los rigores de la era anterior y se encuentra, por su parte, seguida de una época muy larga de constreñimiento moral hasta las rupturas de los años sesenta.

Viraje decisivo o simple empuje de liberación antes de un posible repliegue tímido, se desarrolla hasta nuestros días un nuevo modelo hedonista, europeo y californiano. Caracterizado por un gran esfuerzo de redefinición de las sensualidades, que resulta de la autonomía erótica creciente de las mujeres y del reconocimiento de los derechos de los homosexuales, se distingue espectacularmente de los puritanismos antiguos o actuales.

La familia y la carne

¿Cómo es que el deseo y las pulsiones son regidos por una comunidad humana? En Occidente fue esencialmente el papel del vínculo matrimonial, bajo la férula de las autoridades civiles o religiosas y de diversos agentes de encuadramiento. Desde el

Renacimiento hasta las Luces se observa un claro desarrollo de la esfera doméstica, consecuencia de su irresistible promoción como espacio de intimidad para la familia conyugal, en detrimento de una sociabilidad más extensa, ligada a la parroquia, el vecindario, la amistad y la parentela. El movimiento alcanza su apogeo con la pareja burguesa del siglo XIX, centrada en el santuario del hogar, para debilitarse rotundamente durante el último tercio del siglo XX.[31] No solamente el concepto de lo privado se restringe, sino que se modifica en profundidad. En las enormes ciudades actuales se aplica igualmente a una mayoría de seres que viven solos, rodeados de una sociedad de consumo omnipresente, como ya ocurría a principios de la década de 1990, con el 50% de los arrendatarios en Manhattan, y hasta el 70% de ellos en Oslo.[32]

Lejos de ser un dato intemporal, la pareja legítima se revela, pues, estrechamente dependiente de la evolución general de la civilización. Desde mediados del siglo XVI a mediados del XX, el núcleo conyugal clásico constituyó la unidad primordial de base, el lugar de encuentro privilegiado de los cuerpos y de las normas individuales, único espacio lícito de expresión de la sexualidad. Matrimonio y vida doméstica enmarcaban muy estrechamente el acto venéreo. Había que poner la sortija en el dedo para disfrutar de ello, como lo muestra la muy reducida tasa de nacimientos ilegítimos, de alrededor del 1%, en los campos franceses del siglo XVII.

[31] Philippe Ariès, *L'Enfant et la Vie Familiale sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1960; reed. Seuil, 1973 [trad. esp.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987]. Maurice Daumas, *Le Mariage amoureux. Histoire du lien conjugal sous l'Ancien Régime*, París, A. Colin, 2004. Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Histoire de la vie privée*, 5 vols., París, Seuil, 1985-1987, t. III: *De la Renaissance aux Lumières*; t. IV: *De la Révolution a la Grande Guerre*; t. V: *De la Première Guerre mondiale à nos jours* [trad. esp.: *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1994]. Linda A. Pollock, "Living on the stage of the world: The concept of privacy among the elite of early modern England", en Adrian Wilson (ed.), *Rethinking Social History: English Society, 1570-1920*, Manchester, Manchester University Press, 1993, pp. 79 y 81.

[32] Lionel Tiger, *The Pursuit of Pleasure*, Boston, Little, Brown, 1992, p. 75 [trad. esp.: *La búsqueda del placer. Una celebración de los sentidos*, Barcelona, Paidós, 1994].

Muchachos y muchachas parecían entonces atenerse a la continencia durante más de una decena de años, en promedio, entre la pubertad y la ceremonia nupcial, pues en ausencia de anticoncepción eficaz, los coitos frecuentes entre solteros habrían elevado súbitamente las estadísticas de bastardía. Pero, ¿cómo hacían para resistir las tentaciones de la carne? Mientras que algunos especialistas traen a cuento el recurso de los placeres solitarios, incluso de prácticas homosexuales juveniles, la tesis del ascetismo, según el ejemplo de los monjes y de los santos, tiene sus partidarios.

Es cierto que el siglo XVII registra una poderosa desexualización, que hasta toca a la pareja legalmente constituida, incitada firmemente en adelante a ejercer los deberes conyugales sin buscar la voluptuosidad. Para los moralistas, ésta designa los excesos carnales que degradan al ser humano. Se distingue sutilmente del placer, que según afirman los médicos de la época es necesario, tanto para la mujer como para el hombre, a fin de procrear en buenas condiciones. Los confesores recomiendan, por su parte, no amar demasiado intensamente al cónyuge y tratan de inmiscuirse hasta el fondo de las alcobas interrogando a los fieles acerca de las posiciones adoptadas o de los tipos de caricias. El único comportamiento admisible, pretenden, es la penetración fecundante, con el varón sobre su pareja, sin buscar el disfrute por sí mismo.[33] Se-

[33] Jacques Dupâquier (dir.), *Histoire de la population française*, t. II: *De la Renaissance à 1789*, París, PUF, 1988, resume lo esencial de los grandes debates al respecto. Para Inglaterra, entre una impresionante cantidad de trabajos, pueden ser consultadas las obras de Peter Laslett, *Un monde que nous avons perdu. Famille, communauté et structure sociale dans l'Angleterre préindustrielle*, París, Flammarion, 1969; *Family Life and Illicit Love in Earlier Generations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977; *The World We Have Lost: Further Explored*, 3ª ed., Londres, Methuen, 1983 [trad. esp.: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Madrid, Alianza, 1987] Véase asimismo Edward Anthony Wrigley *et al.*, *English Population History from Family Reconstitution, 1580-1837*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997. Los datos relativos a la sexualidad se encuentran especialmente en Jean-Louis Flandrin, *L'Église et le Contrôle des naissances*, París, Flammarion, 1970; *Les Amours paysannes*, *op. cit.*; *Le Sexe et l'Occident: évolution des attitudes et des comportements*, París, Seuil, 1981.

mejantes preceptos invitan a aceptar una especie de sublimación, o por lo menos a templar los apetitos físicos, a fin de evitar la condenación. En Francia, después de 1640, el recurso del miedo a los tormentos infernales es sin embargo reemplazado por la nueva idea, aplacadora, de la redención del pecado por la gracia, lo cual contribuye a desculpabilizar un poco a los consortes, hasta ahí colmados de severas advertencias, aunque incitándolos vivamente al control de sus deseos.[34]

Ya sean o no bien aplicadas por aquellos a quienes se dirigen, probablemente los citadinos en particular, las prescripciones religiosas descansan siempre en una noción de economía personal de las pasiones. Las conductas derivadas se distinguen muy nítidamente de las de los campesinos, para quienes la represión de los "bajos instintos" durante un largo celibato se encuentra mucho más garantizada por la mirada de los demás que por la interiorización de las prohibiciones, lo cual deja a los interesados espacios importantes de libertad.

Por el lado de los jóvenes varones frustrados

Las sociedades rurales de la Europa preindustrial conceden al matrimonio cristiano un papel diferente del observado en los mundos urbanos o entre las elites, pues se injerta en una estructura relacional original, compuesta de tres elementos separados: "el grupo de los hombres casados, el grupo de las mujeres casadas y los pequeños, y el grupo de los jóvenes, compuesto esencialmente de los muchachos".[35] El sistema permite administrar la sexuali-

[34] Maurice Daumas, *Le Mariage amoureux*, *op. cit.*, particularmente pp. 138-146.

[35] Esta fórmula fue utilizada por Philippe Ariès durante un coloquio en 1976; véase Évelyne Sullerot (dir.), con la colaboración de Odette Thibault, *Le Fait féminin. Qu'est-ce qu'une femme?*, prefacio de André Lwoff, París, Fayard, 1978, pp. 382 y 383 [trad. esp.: *El hecho femenino. ¿Qué es ser mujer?*, Barcelona, Argos Vergara, 1979], y Robin Fox, *The Red Lamp of Incest: an Enquiry into the*

dad, haciendo de ella el lugar simbólico primordial de la negociación permanente entre los grupos de edad masculinos: los adultos canalizan así estrictamente el potencial erótico perturbador de las generaciones que llegan, confinando a sus miembros a una larga etapa de espera. Reunidos en "reinos" o "abadías de juventud", que deben unir a todos bajo la presión de las tradiciones, tascan el freno a partir de la pubertad esperando alcanzar la plenitud de la existencia, definida no solamente por la posesión de bienes y poderes sino, más aún, por el estatuto matrimonial que permite insertarse en el círculo de los dominantes locales. En contrapartida, estas bandas ofrecen a sus afiliados protección y solidaridad, a fin de permitirles resistir las exigencias de los genitores o de los maestros, y les dan múltiples ocasiones de descarga emocional, bajo la mirada comprensiva del resto de la parroquia. Sus miembros, en particular, están autorizados para actuar como guardianes de la sexualidad legítima, imponiendo cabalgatas paródicas sobre un burro a los maridos cornudos, o atrayendo públicamente la atención hacia amantes adúlteros, por ejemplo, trazando un camino vegetal entre las dos casas. Es posible ver una manera de reconocer su estatus de frustrados, pues las muchachas y las mujeres casadas del lugar son vigiladas de cerca por los hombres de su grupo, padres, hermanos o esposos particularmente, que no vacilan en perseguir con sanguinarias venganzas a un enamorado cuyos ardides no toleran.

Los solteros pueden, sin embargo, aprovechar circunstancias en que la vigilancia descansa, para cortejar damiselas por la noche o bajo sus ventanas y tener con ellas relaciones físicas furtivas, incluso en el siglo XVII, cuando el código moral y religioso se re-

---

Origins of Mind and Society, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1980; reed., 1983, pp. 198-203 [trad. esp.: *La roja lámpara del incesto: investigación de los orígenes de la mente y la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990]. Encontré la misma configuración en los pueblos artesianos: Robert Muchembled, *La Violence au village (XV^e^-XVII^e^ siècle). Comportements populaires et mentalités en Artois*, Turnhout, Brepols, 1989. Véase también Robert Muchembled, *L'Invention de l'homme moderne*, *op. cit.*, cap. V: "De père en fils".

fuerza. Si bien su sexualidad se ve restringida, no es inexistente, ni mucho menos. Cualquier presa femenina sin protector o insuficientemente defendida se arriesga a lo peor, como ocurre ya en el siglo XV en las pequeñas poblaciones del sudeste de Francia, donde las bandas de "hijos por casar" se entregan con toda impunidad a violaciones colectivas.[36] Los varones solteros aprovechan igualmente todas las ocasiones que se ofrecen: esposas insatisfechas, viudas soledosas, prostitutas, y se entregan probablemente al onanismo. Las fuentes no dicen nada antes de los manuales de confesión de fines del siglo XVI, que denuncian enérgicamente ese pecado. Numerosos historiadores biempensantes han deducido un poco deprisa la rápida eficacia de las nuevas normas, sobre todo en Inglaterra bajo el efecto del puritanismo.[37] La inscripción de una viva reprobación, un poco tardía, en los textos teóricos apunta sobre todo a culpabilizar a los actores y a su entorno, que hasta entonces percibían semejantes costumbres como triviales. Parece incluso que en Somerset, entre 1601 y 1660, la "masturbación heterosexual mutua, hasta el punto de la eyaculación masculina, pudo haber sido el escape sexual para un número considerable de miembros de los niveles inferiores antes del matrimonio".[38] En cuanto a la sodomía y la bestialidad, teóricamente castigadas con la muerte por severos edictos principescos a partir del siglo XVI, no es seguro que verdaderamente se volvieran objeto de una poderosa prohibición en el pueblo. En Francia, los procesos de este estilo concernientes a campesinos son escasos.[39] Como nadie ignora los hechos y gestos de cada uno en un universo particular-

[36] Jacques Rossiaud, *La Prostitution médiévale*, París, Flammarion, 1988, pp. 26-40 [trad. esp.: *La prostitución en el Medioevo*, Barcelona, Ariel, 1986]

[37] Lawrence Stone, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Nueva York, Harper and Row, 1977 [trad. esp.: *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra. 1500-1800*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990]; Edward Shorter, *The Making of the Modern Family*, Nueva York, Basic Books, 1975 [trad. esp.: *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Crea, 1977]

[38] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives. Peasants and Illicit Sex in Early Seventeenth-Century England*, Londres, Croom Helm, 1979, p. 246.

[39] Robert Muchembled, *Passions de femmes*, *op. cit.*, pp. 213-215

mente gregario, ni los rigores de la ley, el escaso número de procesos identificados indica probablemente la existencia de una indulgencia tácita a este respecto. ¿Tal vez se alimenta de hábitos adquiridos en asociaciones viriles? Privados de experiencias carnales regulares, los muchachos grandes, acostumbrados a compartir juegos, alegrías y temores durante largos años, ¿no sentirán a veces la tentación de buscar placer en los brazos de sus compañeros? En fin, otro tipo de alivio les está ampliamente abierto, merced a la violencia dirigida contra congéneres u hombres maduros, pues no solamente sus conciudadanos toleran fácilmente tales excesos, considerando que necesariamente esto sucede en la juventud, sino que el rey de Francia y el soberano español, en Artois, conceden fácilmente su perdón, por las mismas razones, a un homicida solteros.

Nada indica con certeza que la configuración campesina de los tres grupos haya sido tan claramente marcada durante el milenio medieval. La existencia de las organizaciones juveniles está atestiguada sobre todo a partir del siglo XVI, lo cual deja abierta la hipótesis de su posible multiplicación como medio de adaptación al mecanismo del retroceso de la edad cuando llega el matrimonio, que comienza entonces a afirmarse, y a las frustraciones eróticas consecuentes. Subsisten largo tiempo, a pesar de una lucha creciente de las autoridades contra sus "impudicias" y un descenso acentuado a partir del siglo de las Luces, cuando el modelo sexual cambia en profundidad.[40]

La existencia de este conjunto descansa a la vez sobre un pacto tácito entre las generaciones y en el principio de permanencia de las estructuras sociales, pues los hijos llegados a púberes no pueden aceptar su larga marginalización sino con la esperanza de adquirir un día el puesto de quienes los preceden. Si el sistema parece eminentemente patriarcal, deja sin embargo una importante libertad a las mujeres, porque poseen la clave de todos los

[40] Yves-Marie Bercé, *Fête et révolte. Des mentalités populaires du XVIe au XVIIIe siècle*, París, Hachette, 1976.

sueños masculinos, aparte de la del placer. La voluntad de los padres produce en ocasiones matrimonios arreglados para unificar patrimonios, pero la inmensa mayoría de aquellos y aquellas que no poseen nada de particular tiene casi toda la libertad posible para elegir pareja.[41] Además, el recién casado se halla solo, sin el apoyo tranquilizador de su reino de juventud, para explorar la sexualidad –definida como devastadora por los saberes de la época– de su esposa y para tratar de evitar la multiplicación de las bocas que alimentar. Algunos han debido echar de menos los tiempos de su adolescencia frustrada...

Un "tercer género" sodomita

¡Al noroeste, lo nuevo! Mientras que el resto de Europa, el sur en particular, permanece muy largo tiempo impregnado por la tradición campesina de los tres bloques, París, Ámsterdam y Londres se proveen a partir de 1700 de un modelo sexual diferente, destinado a perdurar hasta los años sesenta.[42] Descansa en una representación muy nueva de la masculinidad, que conduce a la promoción del matrimonio conyugal en el marco del hogar burgués, así como a transformaciones de las relaciones de autoridad y de los intercambios humanos.

En el siglo de las Luces, las sociedades europeas más dinámicas prohíben el deseo homosexual clásico. Hasta entonces era objeto de cierta comprensión, pues la virilidad de quien lucía una actitud activa con un jovencito o un varón pasivo no era puesta en modo alguno en tela de juicio. No ocurre lo mismo en Londres, donde triunfa la prohibición absoluta de todo contacto sensual con una minoría de adultos afeminados, calificados peyorativamente

[41] Jean-Louis Flandrin, *Les Amours paysannes*, *op. cit.*

[42] Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. 1: *Heterosexuality and the Third Gender in Enlightenment London*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, p. 22.

de *mollies*, concentrados en lugares específicos y presentados como un verdadero tercer "género" sodomita. Una angustia creciente a este respecto perturba entonces vigorosamente la definición en la percepción del sexo fuerte, lo cual contribuye a alterar las relaciones entre sus miembros, en particular en materia de amistad. Igualmente señalada por el rechazo de vicio solitario, la masculinidad ideal excluye cualquier equívoco y se reorienta hacia la frecuentación sin complejos de los burdeles y de las prostitutas.[43]

Más allá de la emergencia precoz de una minoría homosexual bien visible –que Foucault y otros historiadores fechaban únicamente en el siglo siguiente– los resultados más espectaculares de estas mutaciones conciernen a la expansión galopante de las enfermedades venéreas, así como al aumento de la ilegitimidad y de las prácticas extraconyugales.[44] París conoce en el mismo momento una evolución idéntica, de la cual son testimonios las patrullas de pederastia de la policía y el fulgurante aumento de la prostitución.

Nuevo modelo sexual

La sexualidad humana se parece a un mecanismo de relojería, pues cada movimiento da sentido al conjunto. La menor modificación que afecta una parte repercute sobre el resto. Mientras que algunos medios prefieren conservar las tradiciones, o no aportarles sino "bricolajes" marginales, otros aceptan adoptar la cultura de la culpabilidad personal y conformarse con los procedimientos inéditos de encuadramiento de la libido que vehiculiza.

Los campesinos no se deslizan sino lentamente hacia las innovaciones, conservando largo tiempo, sobre todo en algunas regio-

[43] *Ibid.*, pp. 4-9. Véase la reseña muy violenta de este libro por Thomas Laqueur en *The American Historical Review*, vol. 106, núm. 4, octubre de 2001, pp. 1456 y 1457.

[44] *Ibid.*, pp. 14-17, 19, 22, 23 y 430.

nes apartadas de las grandes ciudades, el equilibrio fundado en la permanencia y en la puesta bajo tutela del grupo de los jóvenes varones mediante la ley de la vergüenza comunitaria.[45] En el otro extremo del espectro social, la antigua moral nobiliaria del exceso y de la magnificencia, del consumo sin freno, sigue inspirando a gozadores que rechazan la culpabilidad: Sade no es sino la parte emergente de ese universo poblado de sibaritas, igualmente bien representado en la Inglaterra de las Luces tanto por Richard Payne Knight, inventor del culto de Príapo, como por quienes se adhieren al club de los *dilettanti*. Los demás, generalmente citadinos, más o menos capturados en las redes de una sexualidad de buena calidad, son en el fondo los primeros en experimentar el poderío de la sublimación, en adelante laicizada, en otro tiempo reservada a los atletas de Dios, sobre una pendiente cultural que conduce a nuestra época y al diván de los psicoanalistas en caso de patología, pues, a pesar del matrimonio tardío, el antiguo régimen demográfico se encuentra desequilibrado hacia 1700-1720. La población aumenta rápidamente. Los contemporáneos adquieren conciencia de la gravedad del problema. En 1798, Thomas Robert Malthus lanza un grito de alarma con respecto al peligro de que los recursos alimentarios se vuelvan insuficientes y preconiza una restricción voluntaria de los nacimientos. La Europa occidental entra en una era diferente: la de la Revolución Industrial. En el núcleo de las inmensas metrópolis, que son los motores, el despegue económico del siglo XVIII va precedido, y después acompañado, de una nueva concepción de la sexualidad. La ética protestante en Inglaterra, la reconquista espiritual católica en Francia, la invención de la civilidad en toda Europa, habían ya contribuido a enseñar a más de uno las virtudes de la contención y de la continencia. El fenómeno se desarrolla en adelante en el corazón de la familia.

[45] Elisabeth Claverie y Pierre Lamaison, *L'Impossible Mariage. Violence et parenté en Gévaudan, XVII^e, XVIII^e et XIX^e siècles*, Paris, Hachette, 1982; François Ploux, *Guerres paysannes en Quercy. Violences, conciliations et répression pénale dans les campagnes du Lot (1810-1860)*, Paris, Bibliothèque de l'Histoire, 2002.

Son precisamente los valores que organizan las relaciones matrimoniales los que cambian de manera fundamental. Las mujeres pierden una gran parte de su libertad y son incluso despojadas de su derecho al placer entre los brazos de un consorte. En el origen del movimiento, la cacería de brujas de los años 1580-1680 contribuye a exorcizar un miedo a la sensualidad devoradora de las hijas de Eva, atestiguada por la medicina humoral de los siglos XVI y XVII. Una de las principales acusaciones impuestas contra sospechosas, a menudo menopáusicas, es haber copulado con demonios íncubos, pisoteando así todas las leyes divinas y buscando diabólicamente el único placer, no sólo fuera del marco del matrimonio sino siendo estériles. Los interrogatorios judiciales trasponen el reproche a una forma mítica, haciéndoles confesar que el pene satánico, erizado de pinches y helado, causa fuertes dolores durante el coito. Puede verse aquí un modo de identificar la voluptuosidad femenina desbocada y demoniaca y así hilar una metáfora aterradora que vincula la "muerte pequeña" a vivos sufrimientos, prolongados por los tormentos eternos. Este mensaje recalcado durante más de un siglo ayuda a valorar, por oposición, la imagen de la buena esposa cristiana, que prepara su salvación y su deber hacia Dios y los hombres engendrando sin buscar el placer en sí mismo. Así queda abierto el camino al concepto según el cual la mujer honrada no tiene más que un interés moderado hacia los juegos amorosos. Se impone la idea en el siglo XIX, cuando la moral burguesa establece una distinción muy clara entre las compañeras legítimas, tan castas como obedientes, a las cuales la medicina triunfante atribuye un débil apetito de juegos eróticos, y hasta una frigidez natural, y las prostitutas libidinosas. Semejante división de roles funciona para ventaja exclusiva de los varones dominantes.[46] Ganan en todos los frentes, practicando la doble norma de comportamiento, pues el marido modelo puede igual-

[46] Lionel Tiger, *The Pursuit of Pleasure*, *op. cit.*, p. 143, destaca que el fenómeno existe también en otras culturas, insistiendo notablemente en el caso de las geishas japonesas.

mente ser un amante modelo sin sentirse culpable de frecuentar prostitutas. Además, las cónyuges dóciles están estrechamente confinadas al hogar y así mucho mejor sustraídas a la concupiscencia de los competidores, lo cual limita el riesgo y el temor de la bastardía. El placer carnal, finalmente, se encuentra asociado de manera directa a las mujeres ligeras, un modo de desvalorarlo y de pretender que su búsqueda devalúa a cualquier mujer, incluso si lo recibe en el lecho conyugal.

Otra mutación esencial afecta paralelamente a los muchachos solteros. Contrariamente a lo que pensaba Foucault, el encuadramiento de su sexualidad no data de la instalación tardía de un biopoder en el siglo XIX. El proceso se inicia desde el "encierro" de una pequeña parte de ellos en los internados de las escuelas en el siglo XVI y se acentúa luego, bajo la acción de diversos agentes sociales. El fin del ejército profesional en Francia bajo Luis XIV, los esfuerzos de las iglesias para moralizar a la juventud en Europa, el reforzamiento de las corporaciones urbanas, coinciden en la producción de una etapa de la vida que no era claramente percibida como tal hasta entonces. Los "hijos por casar" de los reinos de juventud se vuelven poco a poco adolescentes y se apartan gradual o completamente de sus iguales, para pasar a la tutela directa de adultos. Entre ellos, los herederos de los privilegiados y de los citadinos de recursos representan una apuesta primordial. Si la escuela primaria acoge a una minoría de muchachas, son los únicos, bajo el Antiguo Régimen, que frecuentan los establecimientos de enseñanza secundaria y superior, donde sus pulsiones sexuales deben seguir cánones prescritos. Se observan sin embargo algunas veces especies de "bricolajes" destinados a adaptar hábitos antiguos, como el desarrollo de prácticas sodomitas colectivas en los colegios religiosos o más tarde en las universidades inglesas del siglo XIX. En otros casos, las rupturas son más brutales. Así se explica probablemente el surgimiento, después de 1700, de la minoría homosexual londinense, empujada a proclamar su autonomía y a consignar un espacio constituido como gueto para resistir las interdicciones y compensar la decadencia de la sociabilidad juve-

nil organizada, del mismo modo que las amenazas del castigo eterno o las severas advertencias de los padres, maestros y confesores, pudieron contribuir a desarrollar en los interesados un terror hacia su propio cuerpo. En *La pena de Bélgica*, el novelista flamenco Hugo Claus ilustra con talento ese miedo a la sexualidad inculcado, en el transcurso de un recorrido escolar en el seno de una institución religiosa, durante la Segunda Guerra Mundial.[47] Interiorización y represión preparan lentamente el cauce de una conciencia de sí analizable en términos freudianos. La represión y el sentido de la culpabilidad personal remplazan la ley de la vergüenza para tener en jaque a los jóvenes varones. Tienen sin embargo derecho a distracciones. Si la frecuentación de las damas honradas les está en principio prohibida, multitudes de prostitutas les abren los brazos. Esta gran salida no es sólo tolerada sino fomentada, porque constituye una prueba de virilidad por excelencia, única sensualidad masculina lícita que no puede ejercerse sino con mujeres.

A partir del siglo XVIII, los hombres establecidos de las vastas metrópolis llegan a controlar de cerca el conjunto de los intercambios sexuales, de un modo muy diferente del de los universos campesinos anteriores. Limitan el acceso de los muchachos solteros a la reproducción y al disfrute carnal por medio de la represión de los deseos, la prohibición de la masturbación o de la homosexualidad y la definición idealizada de las esposas, dejándoles como única esperanza la frecuentación de las muchachas de placer, que ellos mismos solicitan sin escrúpulos antes de regresar a disfrutar de los encantos de la vida conyugal. El trastorno es profundo. Corresponde a una modernización del sistema patriarcal, bajo el efecto de las transformaciones económicas, políticas y religiosas. Puede establecerse la hipótesis de que su sostenimiento duradero hasta la década de 1960, a pesar de los altibajos y de pa-

[47] Hugo Claus, *Le Chagrin des Belges*, París, Julliard, 1985 (1ª ed. flamenca, *Het verdriet van België*, 1983) [trad. esp.: *La pena de Bélgica*, Alfaguara, Madrid, 1990].

tologías crecientes en tiempos de Freud, produjo oleadas sucesivas de sublimación que han contribuido al empuje excepcional de Occidente hacia adelante.

Así pues, contrariamente a los campesinos que tratan obstinadamente de inmovilizar las fuerzas de cambio, las sociedades urbanas industriales quieren conquistar el globo. Aparte de las Provincias Unidas protestantes, las puntas de lanza de la expansión son Francia e Inglaterra. Cada una de las tres fundadoras de amplios imperios coloniales dispone de una inmensa metrópoli y éstas son los espacios privilegiados del desarrollo del capitalismo comercial y luego industrial, y de la modernización agrícola. Invocar la predestinación calvinista cara a Max Weber no podría proporcionar la principal explicación del fenómeno, en vista de que París, ciudad católica, sostiene la comparación con Londres en el siglo XVIII gracias al comercio triangular con África y América y a los inmensos beneficios extraídos del azúcar de las islas. De Luis XIV a Napoleón I el dinamismo y el imperialismo de Francia resultan más que nada de su vitalidad demográfica, lo cual se observa también del otro lado del canal de la Mancha. Menos aparente que la multiplicación del número de los habitantes, un factor de gran importancia tiende en los dos casos al paso de una economía sexual campesina orientada hacia la permanencia y la cómoda sustitución de un grupo de edad masculino por otro, a una configuración totalmente desequilibrada en provecho de los varones casados. No solamente los adolescentes tienen en adelante un acceso muy restringido a los placeres de la lujuria, sino que pueden experimentar vivas inquietudes a propósito de su porvenir en un universo económico activo y móvil, e incluso dudar de la validez del contrato tácito de la sustitución impuesta a tan alto precio por los padres. ¿No es por eso que muchos de ellos son empujados a una huida desesperada, a expatriaciones masivas hacia las colonias en el caso de Inglaterra, conquistas militares por la Francia revolucionaria e imperial, misiones de evangelización, grandes exploraciones, colonización del planeta, etcétera?

En el curso de las ocho o diez generaciones que se suceden de 1700 a 1960, los dos implacables rivales, Inglaterra y Francia, experimentan una evolución sensiblemente paralela en el dominio de la sexualidad, marcada por un movimiento ondulatorio que traduce alternativamente el predominio del espíritu de represión y luego del espíritu de libertad. Es como si el encuadramiento y la sublimación de los deseos sirviesen durante cierto tiempo para acumular el exceso de las energías vitales, así aprisionadas hasta el alivio colectivo, generador de delectaciones exhibidas. Para los representantes de las capas superiores, el proceso se reproduce incansablemente en el nivel individual: fuertemente constreñido, vigorosamente invitado a generar un severo autocontrol de sus funciones durante la adolescencia, el Sujeto saca todos los beneficios del ejercicio del doble patrón sexual a partir del matrimonio.

La conquista del placer femenino

El Occidente de los años sesenta ha registrado mutaciones extraordinarias. La abundancia alimentaria ha convertido sus dos polos, Europa y América del Norte, en oasis de prosperidad en el globo. Pese a la pobreza y la marginalidad siempre visibles en las calles, la mayoría de la población actual, no únicamente la élite, conoce una situación inaudita desde el origen de la especie, con el fin de toda hambre. La duración de la vida se ha alargado de manera espectacular en el curso del siglo xx, y la media actual supera ampliamente los 80 años para los dos sexos en los países desarrollados. La peste o las graves enfermedades que provocaban millones de muertes han desaparecido, aun si el sida y el temor a epidemias venideras templan el optimismo del juicio. Además, los niños nacidos después de 1945 no han conocido la guerra. Ésta no estraga ya los territorios nacionales y se exporta lejos de los centros vitales de ambos espacios, lo cual permite comprender mejor la excepcional gravedad del traumatismo sufrido por los estadounidenses el 11 de septiembre de 2001.

Sobre este trasfondo de progresos extraordinarios, después de milenios de penuria a menudo escandalosa, y de luchas intestinas mortales hasta el fin del segundo conflicto mundial, la sexualidad occidental ha inventado un nuevo equilibrio. La modificación se ha producido tan rápidamente y con tanto vigor que es posible preguntarse si la década de 1960 no ha visto iniciarse una verdadera revolución. Por primera vez la balanza se ha inclinado del lado de las mujeres, ofreciéndoles, si así lo quieren, el orgasmo sin riesgo, separado de la reproducción. Todo el edificio se ha visto sacudido y las diversas partes son conminadas a recomponer sus relaciones con las demás.

Revolución erótica de los sixties

Entre los tres elementos del juego sexual tradicional, los hombres maduros, las mujeres y los muchachos púberes, el último es quizá el menos intensamente afectado esta vez por los trastornos aparecidos en los años sesenta. Precisamente como en el siglo XVI, el adolescente de hoy pasa aproximadamente una decena de años de su vida en ese estado precario, pero esto no representa más que un octavo de la duración media de la existencia, contra un cuarto o un tercio bajo el Antiguo Régimen, lo cual limitaba entonces el período conyugal a uno o dos decenios. Los adultos actuales lo son durante mucho tiempo. La etapa de espera de los jóvenes, por dolorosa que pueda ser, a juzgar por el aumento del desempleo e incesantes reivindicaciones, desemboca en una esperanza de muy lenta realización, sin olvidar la seguridad aportada por el sistema social del mismo nombre en Europa. En cuanto a los homosexuales, consiguen un lugar mucho mejor bajo el sol que los *mollies* londinenses o los pederastas parisienses del siglo XVIII. Exigen y obtienen el respeto de su diferencia, y aun el derecho de casarse y adoptar hijos. Sólo Estados Unidos resiste vigorosamente esta tendencia, pese a la antigua existencia de grandes comunidades gays en San Francisco o en Nueva York y a las iniciativas tomadas

en algunos estados liberales, como el caso de Massachusetts, que fue el primero en autorizar oficialmente el matrimonio entre compañeros del mismo sexo a partir del 17 de mayo de 2004.[48]

Las principales innovaciones conciernen a los hombres hechos y, más aún, a las mujeres. Para los primeros, es trivial señalar una libertad erótica creciente que no exige la hipocresía de los comportamientos asociada a la doble norma burguesa. La prolongación de la duración de la vida va aparejada de una presión multiforme que los empuja a disfrutar y dar placer hasta la vejez más avanzada. La exigencia es pesada, creadora de traumatismos felizmente tratados con devoción por hordas de psicoanalistas y de especialistas en problemas de pareja. La inseguridad del Sujeto viril, forzado permanentemente a la hazaña, hace la felicidad de todos los medios masivos de comunicación. Consejos y remedios milagrosos para evitar una inaceptable falla invaden la publicidad. Una hilarante película estadounidense, estrenada en 2003, narra el calvario de un Jack Nicholson envejeciendo pero siempre firme, con ayuda del Viagra, que pasa, de grado o por fuerza, de las jóvenes peligrosas para el corazón, después de más de 60 años de un régimen alimentario que le produce un exceso de colesterol, a un amor de su edad, Diane Keaton, sobre un trasfondo de apremios de hospital sazonados de romanticismo hollywoodense, para acabar, y partir con el pie derecho, en París.[49]

Hay que añadir una característica original, la "democratización" acelerada del modelo del supermacho, mientras que en el siglo XVII un soberano constituía la única referencia en este dominio, y en el siglo XIX los goces de la carne pertenecían prioritariamente a los casados poderosos y ricos. En el marco de un hedonismo triunfante, muchos europeos exigen su derecho eminente a la felicidad inmediata. El individuo no es rey todavía, pero quisiera llegar a

[48] Pam Belluck, "Massachusetts gives new push to gay marriage in strong ruling", en *The New York Times*, 5 de febrero de 2004

[49] *Something's Gotta Give*, película dirigida por Nancy Meyers, con Jack Nicholson y Diane Keaton (estrenada en Francia en 2004 con el título *Tout peut arriver*).

serlo. Como las fronteras entre las generaciones y los grupos se han diluido en materia de voluptuosidad, y como el nexo conyugal no es ya el punto de referencia obligatorio, sobre todo en ciudades muy populosas, toda unión descansa mucho más que antes en las tiranías del orgasmo. Los hombres adultos son, en virtud de esto, confrontados con tensiones inéditas que no conciernen ya esencialmente a la repartición de las mujeres, fundada en otro tiempo en la prepotencia de los padres y la espera impuesta a los hijos. Se encuentran debilitados por la desaparición de las reglas, que les aseguraban a ellos solos la doble norma de los años 1700-1960. ¡Anuncio de tempestad sobre la personalidad masculina a principios del tercer milenio! Porque las reglas del juego han cambiado fundamentalmente. Las mujeres, que reivindican a la vez el derecho al placer y el poder social, están tomando el mando de la relación carnal. El movimiento acarrea una conmoción general que afecta las percepciones ideales de sí, las relaciones entre los sexos y las conductas calificadas de "marginales" en otros tiempos.

Buscar la mujer

La anticoncepción ha fomentado la revolución liberadora de las mujeres permitiéndoles entrar en el mundo –hasta ese momento reservado a los hombres– de la determinación individual de la identidad sexual.[50] Ni madonas ni putas, como proclaman algunas, ellas alcanzan en adelante la administración personal de su función reproductora y de sus emociones físicas, en lugar de ser definidas colectivamente, de manera positiva o negativa, por la cultura viril dominante. Sin duda es por esto que ciertos discursos de autoridad tradicionales generan obstinadamente una viva reprobación contra los métodos de limitación de los nacimientos. Ya calificados de "funestos secretos para engañar a la naturaleza" en el siglo XVIII, éstos son renombrados por constituir la mayor trampa jamás inventada con el

[50] Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. I, *op. cit.*, p. 13.

propósito de desplazar a los humanos del camino de Dios, o acusados más subrepticiamente de oponerse a los imperativos biológicos.

En Estados Unidos, los opositores del aborto no han depuesto las armas desde que la Suprema Corte lo autorizó en 1973. Una parte importante de la población, evaluada en más de la mitad, es hostil y permanece visceralmente fiel a una visión puritana de la sexualidad centrada en la hegemonía indiscutida de los varones. Heredada del modelo europeo anterior a los años sesenta, reposa sobre una poderosa sublimación de las necesidades venéreas y su derivación hacia la cultura de consumo, de ocio o de deporte. Las frustraciones engendradas producen un apetito vital infinito que se ejercita en una verdadera religión consumista: las mujeres en el hogar son a la vez los blancos publicitarios y las sacerdotisas que difunden a su alrededor la buena palabra, mientras que los "marginales" eróticos representan herejías condenables, devaluadas por canales simbólicos masivos, en particular merced a un culto al machismo aportado por los deportistas. Este desequilibrio estructural de la personalidad proviene de una administración tradicional de los sexos y de los "géneros" que produce una doble tensión fundadora. La primera opone los hombres establecidos a los adolescentes, sin dejar de ofrecer a estos últimos una auténtica posibilidad de triunfar. La segunda distingue fuertemente los papeles masculinos y femeninos, sin dejarle a la esposa gran esperanza de salir de la función de madre magnificada, salvo si se excluye del juego social o se vuelve una mujer perdida.

Puede comprenderse el extraordinario poder eruptivo de la anticoncepción cuando la elección está en manos femeninas y no a discreción del consorte, como en los casos de coito interrumpido o el condón. Tanto más cuanto que las damas del pasado llamadas honestas no tenían autorización para disponer libremente de su propio cuerpo, pues pertenecía a Dios bajo el Antiguo Régimen, o al marido, por ley "natural", según los códigos burgueses del siglo XIX. La ruptura se revela mucho más espectacular en las décadas de 1960-1970 cuando, por primera vez desde el principio de la humanidad, la píldora ofrece una verdadera elección anticoncep-

tiva a las dominadas y el derecho al aborto se impone en la multitud, a pesar de vigorosas resistencias. Estas innovaciones anuncian el fin de la manumisión de los hombres en la esfera de la sexualidad. Las hijas de Eva pueden en adelante elegir libremente pareja, formas, duración, momento del intercambio, en una nueva relación de igualdad desconocida por todas sus antepasadas, y su orgasmo ya no es tabú y ni siquiera vergonzoso, en vista de cómo lo describen los medios, lo explican, lo hacen indispensable para sentirse mujer hasta el fin del estremecimiento.

Las consecuencias son numerosas, en particular sobre el Viejo Continente. No sólo la relación con el cuerpo y la sexualidad se ve profundamente conmocionada, sino que el nexo entre los dos géneros, antes organizado de manera prioritaria en torno al matrimonio, incluyendo sus vicisitudes adulterinas, está en plena metamorfosis.[51] Igualmente se modifican los contactos entre las generaciones, a causa de la multiplicación de las familias recompuestas, de la partida cada vez más tardía de los jóvenes de la casa, del lugar considerable que han adquirido los abuelos desde el punto de vista de los nietos. Los conceptos antiguos del amor son perturbados por una infinidad de factores de adaptación, entre otros la trivialización de las diferencias de edad o de raza, el realismo de los planes de carrera, la disyunción fácil entre la búsqueda del disfrute carnal y el deseo de tener hijos, etc. Como en un inmenso juego de dominó, la sociedad entera se encuentra aludida, trastornada, transformada gradualmente, porque las mujeres han abandonado los papeles rígidos de madona casta, madre perfecta o prostituta que les reservaba en otro tiempo nuestra cultura. Nada volverá a ser como antes, aun si se ignora qué elecciones decidirán privilegiar sus herederas entre el amplio abanico de posibilidades que se les ofrece.

[51] Françoise Héritier, *Masculin-féminin*, t. I: *La Pensée de la différence*; t. II: *Dissoudre la hiérarchie*, Paris, O. Jacob, 1996 y 2002 [trad. esp.: *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel, 1996; *Masculino femenino II. Disolver la jerarquía*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007]. A propósito de su edad de oro, véase Maurice Daumas, *Le Mariage amoureux*, *op. cit.*

¡Cuánto camino recorrido en los últimos treinta años! En 1976, un coloquio interdisciplinario internacional sobre *Le Fait féminin* era considerado "explosivo" por la responsable, Évelyne Sullerot, desconcertada al constatar el número elevado de escapatorias, sermones moralizadores o intimidaciones que había tenido que sufrir.[52] Las opiniones emitidas no eran, sin embargo, todas revolucionarias, ni mucho menos. Uno de los participantes proclamaba: "Desde el punto de vista de la selección de la especie humana el matrimonio tiene una importancia decisiva: ¡pensemos que más del 90% de los humanos acaba casándose y teniendo hijos! Es, pues un buen sistema".[53] Problemas entonces considerados candentes, especialmente los "del deseo, del erotismo, del amor, de la afectividad, de la creatividad", habían sido apartados de manera delibera. La explicación dada insiste en el hecho de que

> toda una "nueva cultura" de contornos en ocasiones dudosos y de pretensiones a menudo temibles se ha construido precisamente sobre este dominio, ciertamente importante, pero no tan determinante como se quiere que parezca, de lo simbólico, de lo deseante, en una palabra: del "Sujeto". Se ha subrayado con justicia que la ciencia no tiene nada que hacer con el Sujeto, si se entiende al Sujeto como el individuo con sus pequeñas (o grandes) historias personales. La ciencia tiene más bien que ver con poblaciones, con vastas clases de experiencias comparables...[54]

[52] Ella se explica respecto de esto en el prefacio del volumen de las actas: Evelyne Sullerot (dir.), *Le Fait féminin, op. cit.*, p. 21. El coloquio se llevó a cabo en el Centre Royaumont pour une Science de l'Homme.

[53] *Ibid.*, p. 383. Esta reflexión de Massimo Livi-Bacci fue expresada en el curso de una discusión. Véase también su contribución sobre "Le changement démographique et le cycle de vie des femmes", en Évelyne Sullerot (dir.), *Le Fait féminin, op. cit.*, pp. 467-478.

[54] Évelyne Sullerot, "En guise de conclusión", en Évelyne Sullerot (dir.), *Le Fait féminin, op. cit.*, p. 515. Se nota su insatisfacción de tener que evadir semejantes cuestiones, pues convoca a interesarse algún por la realización de una obra completamente diferente, que estaría consagrada al *sujeto femenino*.

Hoy caducas, semejantes observaciones prueban que el campo científico no estaba todavía abierto a una historia del placer ni de la libido, porque el Yo era el objeto de una pronunciada desconfianza por parte de los investigadores. La demografía histórica hablaba sin embargo sin cesar de la sexualidad, pero de una manera desencarnada por el efecto de masas y de gráficos. La máscara del saber servía para velar problemas moralmente molestos. La firme defensa de la familia conyugal, presentada como único modelo satisfactorio, respondió con toda evidencia al ser puesta en tela de juicio por los defensores del amor libre, después de 1968. Derrumbada, objeto de dudas crecientes, un cuarto de siglo más tarde ya no es tan provechosa para pensar, pues el deseo precisamente ha cumplido su misión rompiendo uno tras otro los diques construidos contra él desde hace varios siglos.

Pero disfrutar sin inconvenientes engañando a la naturaleza ¿no es peligroso para la supervivencia de la humanidad? A principios del siglo XXI, la apuesta se vuelve decisiva, pues el hijo único o la esterilidad voluntaria unida a la voluntad de aprovechar todo lo posible de los goces de la carne revelan quizá un excesivo empuje del egoísmo. Algunas ideologías incluso interpretan el desenvolvimiento de la homosexualidad como un ingrediente del debilitamiento de la raza blanca. Catastrofistas y biempensantes se impresionan al ver cómo se multiplican semejantes indicios de la decadencia del mundo occidental. Lo más pasmoso, a mi modo de ver, es que semejantes temores, profundamente anclados en Estados Unidos, no resulten finalmente más desgarradores en Europa, más extensamente compartidos por la gente, más vigorosamente transmitidos por los hombres políticos. ¿Es la señal de una aceptación mayoritaria tácita de estos rasgos por parte de nuestra civilización aplacada?

La fuente de los placeres

Desde hace poco se manifiesta un deseo creciente por alcanzar los placeres. Si bien esta dimensión no era desconocida en otra época,

recientemente se ha reforzado. El fenómeno ha sido precedido por una viva aceleración del movimiento de alternancia entre el vicio y la virtud en el curso de los dos primeros tercios del siglo xx, y la liberación de las costumbres sucedió en cada ocasión a las terribles angustias y los constreñimientos del tiempo de las guerras mundiales, antes de los ordenamientos morales de los años cincuenta, barridos a su vez por el viento de libertad de mayo de 1968. Entonces parece haberse detenido la balanza del lado más permisivo, hasta nuestros días. ¿Sería una señal de la desaparición del ciclo binario occidental iniciado hacia el 1700? El esfuerzo de sublimación exigido en el curso de la fase represiva ¿representa todavía una noción fundamental para los europeos hedonistas de principios del siglo xxi? Es posible que nuestro continente en vías de unificación haya entrado realmente en una lógica inédita, a causa de la convergencia de tres poderosos procesos que empujan a sus habitantes a aprovechar la existencia sin obstáculos excesivos: el retroceso muy claro de la impronta de las Iglesias, tanto protestantes como católica; la afirmación de un papel mundial más dispuesto en torno a la cuestión de los derechos del hombre y de las libertades que al simple progreso material y comercial, y la revolución femenina, después de siglos de dominación patriarcal. El triángulo clásico compuesto por los varones adultos, los muchachos adolescentes y las mujeres, descansaba en el poder que exhibían los primeros para imponer sus puntos de vista al conjunto de los demás. Ahora bien, ni los segundos ni, sobre todo, las terceras aceptan en adelante desempeñar el papel en detrimento suyo. Todos quieren alcanzar cuanto antes y lo más intensamente posible las delicias de este mundo. Sufrir y atormentarse, ¿con qué fin? Acumular sin aprovechar, ¿para qué?

La fuerza de una civilización consiste en saber adaptarse a las mutaciones que la agitan. No me parece en absoluto que la cuestión sea la actitud de Europa para volver a cobrar actualidad. El historiador convertido en observador de su tiempo muda sin embargo de oficio. No puede emitir sino una opinión contingente sobre un universo donde es agradable vivir. Los valores mutantes se

desprenden de las ilusiones de un paraíso después de la muerte, para arraigar a la vez en principios humanistas generosos, compartir con la Tierra entera, y en la capacidad para aprovechar las extraordinarias riquezas materiales, intelectuales y éticas concentradas en esta zona templada del planeta. El Yo no sufre menos una hipertrofia, que conduce a la multiplicación de patologías, sin contar las dificultades de adaptación del género masculino a los enormes retos planteados por la reorganización de las relaciones con las mujeres, pues éstas saben perfectamente que son las únicas que poseen, y sobre todo sin riesgo desde la píldora, las llaves de entrada al placer más buscado, más valorado y más importante de la experiencia humana: el del sexo.[55]

La puerta abierta de par en par sobre la sensualidad ha afinado la percepción y el gusto por otros deleites. Si todos los arrebatos imaginables se ven directamente experimentados por el Sujeto, en su cuerpo, con sus sentidos, su intervención depende siempre de algo o de alguien. Sin la presión colectiva reprobadora, ¿la masturbación sería otra cosa que una simple práctica liberadora, productora de una fugaz satisfacción, como rascarse donde pica? Es trivial decir que las culturas manipulan siempre al ser regulando sus deseos, sus pulsiones, sus necesidades, a fin de hacerlo participar en el fortalecimiento de los nexos comunitarios.

Quisiera, pues, preguntarme si la emanación permanente de una fuente de voluptuosidades en el suelo europeo de los años 2000 no forma parte de una estrategia de adaptación de nuestro capitalismo mixto, fuertemente teñido de epicureísmo, a las perturbaciones del escenario mundial. El rechazo creciente del mecanismo de culpabilización de donde deriva la sublimación de los apetitos sexuales halla su origen en el debilitamiento de las grandes ideologías, religiosas y laicas, que pretenden un porvenir radiante bajo las condiciones de una ascesis, de una represión de cada uno de los "bajos instintos". En los dos lados del Atlántico, la sociedad de consumo reprime activamente estos viejos ideales de

[55] Lionel Tiger, *The Pursuit of Pleasure*, *op. cit.*, p. 74.

moderación consentida, de economía libidinal necesaria para conservar el flujo vital, pues pretende que el individuo no puede sentirse vivo sin saborear todo lo posible los placeres que ofrece en abundancia el maná capitalista. En mi opinión, una diferencia esencial entre las dos partes de Occidente reside, sin embargo, en la manera de captar el disfrute, particularmente el carnal. En Estados Unidos, la vigorosa resistencia de la envoltura simbólica tradicional, anclada en la religión y la familia patriarcal, limita el gusto del placer por la culpabilización siempre muy activa y por la sublimación, al menos aparente, de las pulsiones sexuales. Europa se ha quitado de encima estos frenos, a excepción de minorías que los echan de menos y eligen el camino de un consumo, material y espiritual, más gratificante de lo que Europa considera la meta, porque va acompañado de una importante desculpabilización, especialmente en el ámbito erótico. En la contradicción entre las pulsiones profundas, en el sentido psicoanalítico del término, y los comportamientos autorizados, el ser gana un estimulante sentimiento de libertad, aunque siga orientado por intensos poderes invisibles, de los que forman parte las leyes del mercado económico. La acumulación de objetos, como se sabe, no crea obligatoriamente la felicidad. Una extraña melancolía puede tornar amargo el gusto de la vida para quienes disponen hasta saciarse de bienes materiales, de prestigio y de autoridad. A diferencia de Estados Unidos, donde la dimensión del pecado es a menudo indispensable para sobrepasar los placeres demasiado opacos, experimentados por consumidores ahítos,[56] la nueva receta europea combate el mismo riesgo reprimiendo la angustia y acentuando la impresión de plenitud personal al levantar numerosos tabúes. La desaparición de la represión vuelve menos necesaria la sublimación; no obstante ciertos actores pueden experi-

[56] Una publicidad de televisión estadounidense del año 2000 incitaba a considerar el programa *Guilty Pleasures* recalcando el eslogan siguiente: "Imaginen por un instante que lo tienen todo, ¡pero que necesitan más!". Citado por Michael Nylan, "On the politics of pleasure", en *Asia Major* (Academia Sinica, Taiwán), 3ª serie, vol. xvi, parte 1, 2001, pp. 79 y 80 y n. 15.

mentar formas nuevas de frustración o pérdida de identidad, causadas al borrarse un rol que hasta entonces ofrecía seguridad, como el ejemplo de los jóvenes varones ante las exigencias acrecentadas de las damiselas de su edad o de los viejos machistas ante desencadenamiento de la oleada feminista. Nuestro universo creativo les ofrece técnicas de compensación como los deportes extremos o los riesgos. Ambas cosas proporcionan un estremecimiento del peligro, voluntaria y conscientemente afrontado, para redoblar el disfrute introduciendo la amenaza de una destrucción a menudo ineluctable, pues el tabaco, el alcohol o la droga causan lentamente la muerte después de haber dado mucho placer.

Este último está sin embargo en proceso de desprenderse del pesado fardo de dolor y de angustia que matrices invisibles imprimían en el espíritu y la carne de cada occidental desde el siglo XVII. El orgasmo no se esconde ya. Se lo reivindica sin vergüenza, o casi. El porvenir dirá si esta mutación prodigiosa, realizada en algunos decenios, después de los siglos de alternancia de fases represivas y liberadoras, afectará duraderamente al Viejo Continente unificado y contribuirá a permitirle ocupar su lugar original en el mundo.

Segunda parte

IMPRONTAS
EL PLACER EN EL DOLOR
(SIGLOS XVI Y XVII)

El Renacimiento italiano señala el despegue de un proceso cultural nuevo. Muy sensible a las grandes rupturas, como todo historiador, he decidido convertirlo en punto de partida de mi reflexión, sin pretender descubrir la eclosión del placer en este momento preciso. Toda civilización humana tiene esa experiencia, con seguridad. Deseo sencillamente subrayar la importancia del viraje a partir del cual la aventura colectiva europea estableció lenta, penosamente, por ensayos y errores, no sin numerosas contradicciones e infinitos matices, una textura del placer diferente de aquella del pasado. Ideas y prácticas han dibujado poco a poco una impronta que no ha dejado de ser la marca de fábrica de Occidente durante los cinco siglos siguientes y es probable que no haya desaparecido del todo en nuestros días.

La experiencia de la voluptuosidad de los sentidos se ha hecho en el dolor. Esta discreta insinuación, casi invisible, en las páginas del libro de Europa, ha sido aplicada primero por un molde incandescente durante dos siglos turbados. ¡Concesión, seguramente, a la gran desconfianza del cristianismo, desde sus orígenes, ante el cuerpo y el volcán de pasiones que contiene! Entrelazar así muy íntimamente el disfrute físico con el sentimiento de muerte o de incompletud del ser fue una astucia de los saberes y de los poderes que retrasó el cuestionamiento de su autoridad hasta las discusiones de la época de las Luces. El resultado más profundo fue ligar durante mucho tiempo a Eros y a Tánatos, las pulsiones de vida a las de muerte, en un extraño baile que hace rodar en la misma pista a los atletas de Dios, a Sade y a sus émulos, a los herederos de Darwin, Freud, Marx, Weber, Foucault y muchos otros...

La búsqueda de este vínculo occidental inextricable entre el placer y el dolor podría pasar por un enfoque filosófico o teoló-

gico. Otros lo han adoptado. Como historiador de las culturas, muy interesado en las aportaciones de la literatura, del arte y de la sociología, centraré mi propósito en dos órdenes de fenómenos convergentes expuestos en los dos siguientes capítulos. Relativo a los saberes del tiempo, el primero trae a cuento la extrema dificultad de pensarse a sí mismo, sobre todo si se es mujer, pues a tal punto el cuerpo es considerado como un obstáculo para la salvación cristiana. Vuelto hacia los comportamientos, el segundo describe transgresiones sexuales frecuentes y el vigor de la represión orientada a quienes van demasiado lejos en la práctica de los goces de la carne, todos vistos como pecados mortales si no se encuentran santificados por el sacramento del matrimonio.

II. MASCULINO, FEMENINO: EL SER Y SU CUERPO

El individuo no gozaba de buena prensa hasta una época reciente, dado que los economistas, los demógrafos, los especialistas en mentalidades preferían pensar en grandes masas. ¡Pasto de biógrafo! Pero el fin del siglo xx lo ha reemplazado en el primer plano, especialmente en filosofía y en política. Con ayuda del cansancio de las grandes ideologías, no deja de ganar espacio al tiempo de la hipertrofia del Yo. Hay pues que reintroducirlo en toda exploración temporal. Lo sabía también Marc Bloch (1886-1944), para quien la carne humana era la verdadera piezas de caza del historiador. Los investigadores de las ciencias humanas, y más aún los literatos anglosajones, se plantean cuestiones nuevas y apasionantes al respecto.

El Sujeto no es una escultura salida de modo brutal de la nada en el Renacimiento sino el producto lentamente modernizado de la negociación entre la colectividad y la persona. Desde este punto de vista importa, sobre todo, reevaluar el papel de las mujeres, muy mal percibido por los teóricos del siglo xix burgués.[1] Pues uno de los descubrimientos recientes más importantes concierne a las interacciones entre los dos sexos, tal como las conciben los eruditos de los siglos xvi y xvii, en particular los médicos inclinados hacia una percepción humoral del cuerpo que asigna a unos la plenitud y a otros la dependencia, lo cual tiene inmensas consecuencias sobre los mecanismos de las relaciones sociales, del matrimonio y de la práctica de los placeres prohibidos.

[1] Jacob Burckhardt, *La Civilisation de la Renaissance en Italie*, 3 vols., trad. francesa de H. Schmitt revisada y corregida por R. Klein, París, Le Livre de Poche, 1987 (1ª ed. en alemán, 1860) [trad. esp.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004].

Representar y decir su Yo

La percepción por parte del hombre de su singularidad, e incluso la conciencia precisa de sí mismo, existían innegablemente en la Antigüedad. El cristianismo introduce una desconfianza creciente a este respecto. San Agustín consideraba con recelo el deseo de formar la propia personalidad, lo cual para él equivalía a construir una "ruina". En la Edad Media, la introspección no podía, pues, tener otro objetivo que el de descubrir la extensión de los pecados cometidos a fin de arrepentirse de ellos. Sólo el orgullo empujaba al ser más adelante en este camino peligroso. Aun si las realidades eran probablemente más matizadas y si existían corrientes no conformistas, la versión pesimista de la contemplación narcisista dominaba el paisaje cultural. Los propios humanistas optimistas de principios del siglo XVI no lograban abrir nuevas perspectivas. Erasmo, cantor del libre albedrío del hombre y de un dios bueno con el cual podía establecerse un contacto directo sin supersticiones ni ritos inútiles, mereció el maltrato del viejo fraile Lutero, partidario del siervo albedrío, quien decretó: "¡No eres piadoso!".

El individuo en el lienzo

El Renacimiento italiano tuvo grandes efectos sobre la definición de un Yo balbuceante. El redescubrimiento entusiasta de la Antigüedad fue también el de los dioses y los modelos paganos, lo cual aflojó el tornillo del pensamiento cristiano único. El humanismo y el arte hicieron surgir personalidades fuertes, capaces de negociar con los poderosos que les hacían encargos, y afirmar orgullosamente su genio. Benvenuto Celiini, orfebre en todos los dominios, escribió su vida con un impudor y una suficiencia que no se atreverían quizás a usar nuestros contemporáneos más seguros de sí mismos. Jactancioso, exuberante, mentiroso, casi felicitaba a Dios por haber creado un individuo tan

talentoso como él. La oleada humanista barrió toda Europa en el siglo XVI, llevando por doquier una concepción más audaz del ser humano.[2]

Intelectuales y artistas se ocuparon de dar forma a un nuevo modelo de hombre, simbolizado por los gigantes cultivados de Rabelais o por los desnudos vigorosos de Leonardo da Vinci y Alberto Durero. Monarcas, cortesanos, poderosos y dotados trataron deliberadamente de ajustarse. Stephen Greenblatt ha buscado los rastros de semejante *self-fashioning* en la literatura inglesa, de Tomás Moro a William Shakespeare. Forjada a partir de la palabra *fashion*, que designa también la moda, la expresión señala la formación de una conciencia de sí según dos modalidades distintas. La primera reanuda la tradición de la imitación de Cristo, surgida de la oración, es decir, de la plegaria silenciosa, puramente contemplativa; gana un vigor adicional entre los protestantes, del que dan testimonio la traducción ginebrina del Nuevo Testamento en 1557 y el poderoso empuje de la autobiografía religiosa masculina o femenina en Inglaterra después de la Reforma. La segunda emerge en el mismo momento, pero se establece como una ruptura dolorosa con la precedente, al precio de mucha angustia entre quienes aprenden a "representar" sus maneras o sus comportamientos.[3] Los códigos teóricos para brillar en sociedad y mostrar la extensión de sus capacidades, sin dejar de lucir modales civiles y corteses, son propuestos por los manuales de civilidad, sobre todo por el *Libro del cortesano* de Baldassare Castiglione, publicado en 1528, que corrió con una in-

[2] Contra la idea de una emergencia del individuo en el Renacimiento, algunos llevan adelante un combate a retaguardia, como el medievalista David Aers, cuyos argumentos se revelan más bien débiles: David Aers (ed.), *Culture and History, 1350-1600. Essays on English Communities, Identities and Writing* Nueva York, Harvester Wheatsheaf, 1992, sobre todo en su artículo, "A Whisper in the ear of early modernists; or reflections on literary critics writing the 'history of the subject'", pp. 177-201.

[3] Stephen Greenblatt, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare* Chicago, University of Chicago Press, 1980, pp. 2 y 3.

mensa fortuna europea durante un siglo, influyendo profundamente sobre las élites sociales.[4]

La emergencia del Sujeto en el siglo XVI no tiene, pues, nada de apoteosis narcisista. En todos los casos la figura está directamente asociada a fuerzas religiosas o culturales que empujan a semejante conformación. De manera paradójica, es precisamente el estrechamiento del control social el que despierta el sentido de la individualidad. La regulación se orienta particularmente hacia los jóvenes varones procedentes de las capas superiores. Induce como reacción procesos de relajamiento de las tensiones, como la invención de los pasatiempos en la misma época, para los mismos grupos de población.[5] En suma el Yo rotundamente afirmado es un producto derivado del saber y del poder del tiempo.

Todos los grandes autores ingleses del siglo XVI construyen su personalidad y su obra aludiendo directamente a dos polos opuestos: una autoridad establecida y un "ajeno" detestable u hostil (herético, rudo, adúltero, traidor...). Sometidos a la vez a la primera y deseosos de destruir la amenaza planteada por el segundo, tienen la dolorosa experiencia de una especie de pérdida de sí mismos, tal como Shakespeare al explorar las angustias sexuales masculinas en *Otelo* o en varias de sus otras obras. Incluso la hostilidad de Marlowe ante el poder no deja de contener algo de la fuerza de la sumisión... Greenblatt concluye que su indagación no desemboca en absoluto en una "epifanía de la identidad libremente elegida" sino, por el contrario, en una fabricación cultural del Sujeto.[6] No comparto su excesivo pesimismo. Concede

[4] Baldassare Castiglione, *Le livre du courtisan*, Paris, Flammarion, col. "GF", 1991 [trad. esp.: *El cortesano*, ed. de Mario Pozzi, trad. de Juan Boscán, Madrid, Cátedra, 1994].

[5] Peter Burke, "Viewpoint: The Invention of leisure in early modern Europe", en *Past and Present*, vol. 146, febrero de 1995, pp. 136-150 (aquí, p. 149). Véase también Anna K. Nardo, *The Ludic Self in Seventeenth-Century English Literature*, Nueva York, State University of New York Press, 1991.

[6] Stephen Greenblatt, *Renaissance Self Fashioning*, *op. cit.*, pp. 8, 9, 202, 203 y 256.

demasiada importancia al velo cultural teórico, tomando como una aprobación el silencio de los seres obligados o castigados, aun cuando puede tratarse de prudencia por parte de ellos, e incluso de ausencia de todo rastro escrito. Además, minimiza el efecto contrario inducido por las tentativas de control. Numerosos fueron quienes procuraron curar sus heridas trágicas proclamando su singularidad contra todas las convenciones. A diferencia de los grandes autores ingleses ocultos detrás de los telones del teatro, o de los adeptos al arte del disimulo enseñado por Castiglione y sus émulos, se quemaron las alas pero no dejaron de expresarse con fuerza, como se verá en el capítulo siguiente.

El siglo XVI registra una verdadera reacción en cadena en materia de producción de autobiografías, una de las marcas, junto con las cartas y los retratos pintados, de un interés creciente en la introspección.[7] Los modelos antiguos, incluido el de San Agustín en las *Confesiones*, desempeñan sin duda un papel, como el impreso o aun la importancia nueva de las poblaciones que fomentan formas de vida menos colectivas que en otro tiempo. Contrariamente a las ideas recibidas, el estilo de expresión no es en modo alguno un monopolio protestante o puritano. Muchos católicos se entregan a él, como San Ignacio de Loyola o Santa Teresa. Si los estratos acomodados se sienten más aludidos, los humildes no son raros. Entre los italianos, que abren el juego desde el 1500, el presumido Cellini está junto al boticario Luca Landucci, el sastre Sebastiano Arditi, el carpintero Giambattista Casale... Por otra parte, artistas, campesinos a veces, soldados españoles también, se atropellan para hablar de ellos mismos. Si los hombres se llevan la mejor parte, hay mujeres de carácter que pasan por alto los hábitos del género: así en Francia la reina Margot, Marguerite de Valois, la hermana de los reyes Francisco II, Carlos IX y Enrique III, que escribe con talento y un estremecimiento contenido las prime-

[7] Peter Burke, "Representations of the self from Petrarch to Descartes", en Roy Porter (ed.), *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present* Londres, Routledge, 1997, pp. 17-28.

ras y auténticas memorias femeninas; también Marie de Gournay, la "*fille d'alliance*" de Montaigne,[8] o Charlotte Arbaleste, esposa del calvinista Philippe Duplessis-Mornay. El emperador Maximiliano, que utiliza para esto a los "negros", varios representantes sucesivos de la familia Platter en Basilea, el músico inglés Thomas Whythorne, y muchos otros pueden ser citados. Se agregan las misivas personales, elaboradas como un importante género literario por Petrarca o Erasmo, siguiendo el ejemplo de las de Cicerón. Se vuelven una moda regida por convenciones imperativas hacia fines del siglo XVI, cuando libros llamados *Secretarios* ofrecen diferentes modelos para copiar a quienes anhelan dirigir una petición a un superior, declarar su pasión a su amada o simplemente participar en el gran movimiento de la escritura.

Especialmente las cartas, y a menudo los relatos de vida y otras memorias, siguen considerablemente normas y códigos, reprimiendo algunas partes entonces indecibles del Yo real. Gran enamorada, si las hubo, la reina Margot no dice nada de sus innumerables escapadas, ni siquiera del contenido de su vida conyugal con el futuro Enrique I,[9] pues la sexualidad femenina no puede en ningún caso lucirse, mientras que los hombres están orgullosos de jactarse de sus conquistas. Una obra de ficción que reproduce anécdotas tomadas de la realidad, *Las damas galantes* de Brantôme, un familiar y un amigo cercano y admirador de la reina Margot, atestigua esta diferencia de talla en la representación del Yo sensual.

El peso de las convenciones es exhibido aún más en el retrato o el autorretrato pictórico y esculpido, cuyo número crece de manera espectacular después del 1500. Los rostros parecen cada vez más individualizados, según se observa en las efigies funerarias a través de una exigencia creciente de parecido con el difunto. Los pintores gustan también de ponerse en escena, como Hans Hol-

[8] Michèle Fogel, *Marie de Gournay*, París, Fayard, 2004.

[9] Robert Muchembled, *Passions de femmes au temps de la reine Margot, 1553-1615*, París, Seuil, 2003, pp. 42 y 43.

bein el Viejo, Lucas Cranach el Joven o Alberto Durero, quien también redacta su diario. Y el biógrafo Paolo Giovio colecciona 400 retratos de personajes ilustres, entre ellos 70 mujeres, para el museo de su villa cercana a Como. Sin embargo, la mayoría de estas obras están agrupadas, en esa época, ya sea en un contexto familiar u oficial, como en el caso de los dogos de Venecia o de los obispos, lo cual hace pensar que las identidades evocadas son "colectivas o institucionales, más que individuales". Los editores no vacilan por otra parte en servirse de una única ilustración para mostrar a diferentes personas. Ironía de la suerte, uno de ellos utiliza el mismo grabado en madera para el humanista Gemma Frisius y para Alberto Durero, mientras que este último está verdaderamente obsesionado por su imagen y los contemporáneos la conocen bastante bien a través de sus obras.[10]

Si bien es indudable que el individuo emerge realmente en el siglo XVI, no es menos verdadero que permanece la mayoría de las veces sobre el lienzo en una tupida trama colectiva. Sólo se vuelve visible a sus propios ojos para cumplir en primer lugar las expectativas de las instancias que lo rodean y no para proclamarse centro del universo, pues eso supondría ofender a Dios. Los devotos no intentan sino un "yo" colectivo. Empujado a la vez por un sentimiento íntimo de fracaso y de amargura ante el compromiso con los católicos del edicto de Nantes, proclamado en 1598 por su jefe Enrique de Navarra, convertido en Enrique IV, obsesionado por el deseo de ofrecerse como ejemplo a sus herederos, el viejo soldado hugonote Agrippa d'Aubigné, refugiado en su Aventino ginebrino, no escribe su autobiografía sino en tercera persona: *Sa vie à ses enfants*. La salvación tiene por precio olvidarse a sí mismo. Pero no se trata de pecado de orgullo sino de poner su experiencia de hombre al servicio de la comunidad. La autobiografía edificante florece sobre este principio.

[10] Peter Burke, "Representations of the self", *op. cit.*, pp. 24-26.

Fragilidad del Yo

La puerta se abre sin embargo sobre profundidades interiores hasta entonces cuidadosamente ocultas. Otro tipo de Yo nace en los márgenes. Adopta formas diversas, desde el simple malestar que invita a la interrogación hasta la conciencia neta de una negación de las convenciones. En un extremo se encuentra el Sujeto, literalmente obligado a interrogarse acerca de sí mismo debido al procedimiento criminal aplicado en Europa en el Renacimiento que deja un amplio espacio a la tortura judicial, cuidadosamente codificada.[11] La idea central es que el cuerpo sufriente dice la verdad, análogamente al juicio de Dios en la Edad Media o al cadáver cuyas heridas sangran en presencia de su asesino.[12] Los jueces buscan ante todo la expresión de una confesión de la propia boca del torturado. La técnica se aproxima a la de la confesión, vuelta personal, auricular y privada durante la segunda mitad del siglo XVI. En los dos casos los poderes reclaman una total sinceridad después de un esfuerzo de introspección. Lejos de los abismos del inconsciente, que no han sido aún descubiertos, los jueces quieren conocer las causas de los actos perpetrados y conminan al paciente a "decir la verdad por su boca". El referente es a la vez divino y humano, moral y social. La "cuestión" representa una forma modernizada del juicio de Dios, pues implica igualmente la idea de una unidad profunda entre la carne y el espíritu, entre la sinceridad del alma y la del cuerpo, sin dejar de hacer del sospechoso el centro de las preocupaciones del poder. Sólo Inglaterra se había negado a semejante procedimiento judicial, prefiriendo el jurado comunitario. Pero la tortura fue utilizada bajo Isabel I y Jacobo I en materia de alta traición. Se ha podido buscar ahí el indicio de una crisis del Sujeto, provocada por la consolidación

[11] Robert Muchembled, *Passions de femmes*, *op. cit.*, pp. 126-128, y *Le Temps des supplices. De l'obéissance sous les rois absolus, XVe-XVIIIe siècle*, Paris, A. Colin, 1992.

[12] Lisa Silverman, *Tortured Subjects. Pain, Truth, and the Body in Early Modern France*, Chicago, The University of Chicago Press, 2001.

del Estado. Temiendo una peligrosa subversión, este último utilizó la gehena como una medida desesperada para precaverse. Luego, la fijación obsesiva de los magistrados superiores en la reciprocidad de los términos de "verdad" y de "traición" se vio trasladada a otros sectores de la existencia, en particular al teatro de Shakespeare. Se vinculó al tema del matrimonio, igualmente portador de una noción de deslealtad potencial, en una época de gran ansiedad masculina concerniente a la infidelidad de las esposas: la misoginia de Yago en *Otelo* participa de esta profunda angustia. Así, Shakespeare habría vuelto visible en el escenario, merced a un fenómeno trivial y cotidiano, la naturaleza de un Estado obsesionado por el temor a la traición.[13]

El fin de los optimistas sueños humanistas, definitivamente enterrados en el Concilio de Trento en 1563, acerca de los cuales católicos y protestantes siembran cada uno por su lado una purificadora sal, basta para perturbar a los intelectuales. Pensar al margen se vuelve cada vez más sospechoso y peligroso. Hay que entrar en vereda cuando el humanismo cristiano de fines del siglo XVI expurga la cultura de sus escorias. Y las guerras de religión, que causan estragos, obligan al individuo, poderoso o humilde, a inclinar la cabeza para no dejársela cortar. El Yo vacila bajo la tormenta. La radical inestabilidad del poeta (*My Name is Will*), puesta en escena en los sonetos de Shakespeare, publicados en 1609, tal vez escritos a partir de 1582, no sería motivo de asombro. Los máximos autores de la época tienen el Ego frágil. Quienes se atreven a decir "yo" expresan claramente los deseos que contradicen las exigencias de control de sí dominantes por entonces; señalan siempre, de una manera o de otra, su respeto por las convenciones. Thomas Howell, George Gascoigne, el músico Thomas Whythorne, autor de la primera autobiografía en inglés, y más aún Isabella Whitney, porque es mujer y pobre, denuncian un profundo sentido de inseguri

[13] Elizabeth Hanson, *Discovering the Subject in Renaissance England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, en particular pp. 13, 19, 40, 55, 60, 74, 88 y 91.

dad cuando hablan de sí mismos. Salidos de la *gentry* o aspirantes a ella, permanecen alejados del éxito social, en particular de la corte, si bien hacen de su exclusión una señal de virtud y ven ahí la ocasión de reivindicar su diferencia.[14] En el siglo XVII no es raro el uso de la primera persona del singular por parte de los autores insulares, a menudo influidos por Montaigne. Afirma una nítida conciencia de sí, pero en un marco siempre marcado muy intensamente por improntas colectivas. Pueden ser contrastados dos tipos colectivos: el anglicano conservador y el puritano radical. Los miembros del primer grupo utilizan un "yo" más bien meditativo, antihistórico, simbólico y teñido de ambigüedad. Los del segundo, más diversos, pues entre ellos se encuentran el bautista Bunyan, el *leveller* Lilburne y el independiente Milton, emplean el pronombre personal de manera activa, tan sencilla y visible como es posible, vinculándolo al tiempo que pasa, con la voluntad de subrayar que el hablante evoluciona en un mundo hostil.[15]

Más lejos en el mismo camino, la emergencia del individuo en el acto de escribir puede ser el resultado de grandes sufrimientos o de un terrible sentido de humillación. La reina Margot cuenta con talento su vida hasta el destierro impuesto por su hermano Enrique III, cansado de sus extravagancias, y toma probablemente la pluma para intentar negociar del mejor modo el divorcio reclamado por su marido Enrique IV, deseoso de desposar a una mujer que le dé un heredero. Repudiada, expulsada lejos del trono, decide ofrecerse una imagen más conveniente de ella misma, de la que el público sólo adquiera conocimiento después de su desaparición. Agrippa d'Aubigné es movido por la amargura de ver a su amo y rey trai-

[14] Elizabeth Heale, *Autobiography and Authorship in Renaissance Verse. Chronicles of the Self*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003, pp. 8, 11, 40, 155 y 171.

[15] Joan Webber, *The Eloquent "I", Style and Self in Seventeenth-Century Prose*, Madison University of Wisconsin Press, 1968, pp. 4-9. El bautismo inglés se emparenta con el anabaptismo, y los *levellers* o niveladores, surgidos de la austera secta protestante de los independientes, que rechazan cualquier jerarquía, se cuentan entre los partidarios más radicales de una igualdad absoluta en la época de la primera revolución de Inglaterra.

cionar lo que él considera los intereses de los calvinistas. Blaise de Monluc, cruel "hombre de sangre", según Michelet, desfigurado en el sitio de Rabastens en 1570, maltratado por razones políticas por Carlos IX, humillado, se pone a dictar en 1571, a los 71 años, el "discurso de su vida" para recordar, con hartas mentiras, sus proezas y los servicios prestados a cuatro reyes. Después de haber esculpido así su estatua en pie, es nombrado mariscal de Francia en 1574 y muere tres años más tarde. La obra, que se convertirá en los *Commentaires*, no es editada hasta 1592.[16] Brantôme, cuyas obras son publicadas en 1665-1666, largo tiempo después de su muerte, acontecida en 1614, redacta un libro titulado más tarde *Las damas galantes*, después de una caída del caballo que lo dejó inválido y lo privó de sus sueños de gloria militar. Ninguno de estos torturados apunta de buenas a primeras a un amplio público. Todos piensan primero en sí mismos y en la edificación de sus prójimos.

Rebelión y frustración conducen a una forma de autobiografía justificativa muy alejada del modelo de humildad cristológica de los relatos de vida con vocación religiosa. En Inglaterra, sin embargo, los cuáqueros alimentan a los suyos con un sentido consciente de la oposición. El sufrimiento, el aislamiento, la enfermedad, el gusto por el exceso, incluso la locura, pueden explicar una propensión a narrarse a sí mismo.[17] El objetivo no es únicamente entablar un diálogo afectivo con el lector, pues muchas de las obras fueron publicadas después de la muerte del autor, en tanto que algunas permanecían incluso manuscritas. La principal

[16] Blaise de Monluc, *Commentaires, 1521-1576*, París, Gallimard, col. "Bibliothèque de la Pléiade", 1964 (véase el prefacio de Jean Giono, pp. IX-XXI).

[17] Henk Dragstra, Sheila Ottway y Helen Wilcox (eds.), *Betraying our Selves: Forms of Self-Representation in Early Modern English Texts*, Nueva York, Saint Martin's Press, 2000, introducción, pp. 8 y 9, y epílogo, pp. 198, 199, 210 y 211. Véase también Élisabeth Bourcier, *Les Journaux privés en Angleterre (1600-1660)*, París, Publications de la Sorbonne, 1976; Frances A. Yates, *L'Art de la mémoire*, París, Gallimard, 1966 [trad. esp.: *El arte de la memoria*, Madrid, Taurus, 1974]; Nadine Kuperty-Tsur, *Se dire a la Renaissance. Les Mémoires du XVIe siècle*, París, Vrin, 1997; Frédéric Briot, *Usage du monde, usage de soi. Enquête sur les mémorialistes d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1994.

motivación del redactor ciertamente podría haber sido la exploración de su Yo para comprender mejor sus fracasos, o más bien para volverlos tolerables a los propios ojos, pues el acto de escribir puede ser visto como una tentativa de reconstrucción de una personalidad dislocada por grandes pruebas, según el ejemplo de Monluc o de la reina Margot. El individuo que se entrega a ello vuelve a adquirir a solas el control de su existencia; juzga concientemente la validez de sus acciones. Si deforma o reconstruye la verdad, puede ser voluntariamente, porque ha decidido renegociar primero consigo mismo las categorías de lo puro y lo impuro, del bien y del mal, así como los límites entre su persona y la de los demás. Tiene su orgullo el hacerlo, lo cual explica las prevenciones religiosas contra la introspección, si no se encuentra encuadrada por el modelo del Cristo.

¿Qué decir de las mujeres, cuya naturaleza misma es pecadora a los ojos de todos, incluyendo a los protestantes que, sin embargo, les han otorgado un poco más de espacio? ¿Qué pensar de la rebelión de aquellas que se niegan a doblegarse ante su marido, los poderes y los saberes, hasta el punto de reivindicar orgullosamente su singularidad?

La parte de las mujeres

Si el Sujeto masculino experimenta tanta congoja para construirse en los siglos XVI y XVII, la empresa parece condenada al fracaso para el "más débil navío": la mujer. En Inglaterra, la expresión *weaker vessel* aparece en 1526 en la traducción del Nuevo Testamento por Tyndale. Hacia 1600 designa el conjunto del sexo femenino y se encuentra, en particular, utilizada por Shakespeare.[18] La Francia católica no se queda atrás. Como en toda Europa, la mujer es conside-

[18] Antonia Fraser, *The Weaker Vessel*, Nueva York, Alfred Knopf, 1984, p. 1. La obra ofrece una presentación muy descriptiva de las mujeres en la Inglaterra de 1603 a 1702.

rada el elemento más frágil de la pareja producida por Dios, mientras que el hombre es el más fuerte. ¿Por qué buscar una definición más compleja de lo que los investigadores anglosajones llaman la historia de los "géneros"? Se trata de explorar la relación cambiante entre las dos mitades de la humanidad. Una simple historia de una o de otra carecería de lo esencial: la transformación del conjunto del sistema cuando evoluciona una de sus partes.

El marco de referencia ineludible es constituido por la noción de patriarcado. Apasionadamente discutido y disputado, el vocablo adquiere una infinidad de sentidos. Sirve en particular de señal a las feministas para condenar al ostracismo a los enemigos o atacarse entre ellas. Sin ninguna pretensión objetiva, lo utilizaré para definir la evidente dominación masculina sobre las mujeres y los niños en cada etapa del todo social, de la familia a las instituciones más amplias, tanto en la época de Shakespeare como en la de Moliere. El concepto, sin embargo, no tiene nada de rígido. Sus formas se han modificado lentamente durante los siglos en cuestión.[19] Su reforzamiento a partir de los años de 1500 ha ido seguido de cuestionamientos puntuales por parte de insumisas o rebeldes, y ha conducido a adaptaciones, antes de los profundos cambios del siglo XVIII, de las que nos ocuparemos en un capítulo ulterior. Es una lástima que los investigadores franceses se hayan interesado bastante poco en la cuestión, al contrario de los anglosajones, lo cual desequilibra los datos de los que se dispone actualmente. Además, la insistencia en la idea de una angustia creciente de los hombres, concerniente a los modos de controlar del mejor modo a las hijas de Eva, en Inglaterra de 1558 a 1660, se alimenta sobre todo de textos literarios o normativos.[20] En Francia, esa idea es corroborada

[19] Mi definición se acerca a la de Anthony Fletcher en su excelente obra *Gender, Sex, and Subordination in England, 1500-1800*, New Haven, Yale University Press, 1995, pp. XV y XVI. Véase también al respecto Merry E. Wiesner, *Women and Gender in Early Modern Europe*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2000, y Robert Shoemaker y Mary Vincent (eds.), *Gender and History in Western Europe*, Nueva York, Arnold, 1998.

[20] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, p. 27.

por las mismas fuentes y por la imagen, sobre el tema célebre de la disputa del pantalón, símbolo del poder conyugal. Habría que ahondar más para tener la seguridad de que el tema, barajado desde la Antigüedad, cuando se burlaban de Aristóteles por ser dominado por una mujer, tiene un auténtico impacto social, más allá de las escenas teatrales y de los dobles fantasmas masculinos de desvirilización y pérdida del poder. ¿No temen los varones, siempre y por doquier, tales reveses de la inconstante fortuna?

Débiles mujeres

Una cosa es segura: nadie considera que la mujer es fuerte por naturaleza. Dios la ha creado para estar sometida a su compañero, concebir niños y permanecer "al abrigo de su casa, que debe llevar como el caracol o la tortuga", afirma en 1579 Laurent Joubert, médico del rey. Más fuerte, el hombre hace la guerra, trabaja, vive en el exterior, mientras que su compañera, "más bonita y fina", lo espera pacientemente.[21] ¡La voluntad divina aguanta mucho! La justificación de la inferioridad del "más débil navío" es puramente masculina. A las tradiciones bien establecidas desde siglos atrás se añade, en el Renacimiento, la voluntad de enmarcar mejor a mujeres y muchachas en los universos urbanos, a la vez más inestables y más saturados de tentaciones que los campos. El *Decamerón* de Boccaccio (hacia 1348-1353) pinta la ciudad italiana como una moderna Babilonia. El arte del adulterio es más fácil en París que en el campo. Es posible que la angustia masculina se haya intensificado en las poblaciones a causa de la gran fluidez de las relaciones, que desemboca en la resignación de Panurgo en el *Tercer libro* (1546) de Rabelais: ¡ningún marido tiene manera de evitar el llevar cuernos![22] Una insistencia nueva acerca de los debe-

[21] Robert Muchembled, *Passions de femmes*, *op. cit.*, p. 59.

[22] *Ibid.*, pp. 137-166. Para Londres y la angustia masculina, véase Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, pp. 27, 110 y 339.

res de las damas honradas proviene precisamente de las ciudades, por oposición a las corrompidas cortes inglesa y francesa. Para asegurarse, los varones citadinos escriben o dibujan para sus semejantes los contornos ideales de la figura femenina que desean encontrar a su lado: la esposa casta, cerrada a las solicitaciones de los otros hombres pero fecunda, madre nutricia generosa, capaz de sacrificio. Por el contrario, imaginan a la diabla, la que se deja llevar por los defectos de la naturaleza femenina, en particular por el insaciable deseo sexual, a menos que sea puesta firmemente en su sitio por un hombre. Sólo el matrimonio puede salvarla de sí misma y asegurar su salvación.[23] La división entre pura e impura no es nueva. Adquiere entonces una dimensión más grande que en el pasado. Lo atestiguan a la vez los progresos de la devoción mariana y la cacería de brujas que culmina entre 1580 y 1630 en Europa occidental. El modelo de la Virgen y el niño define los deberes maternos de una esposa, de la que se espera también que reserve su cuerpo únicamente a su marido y que lo use con moderación para procrear, no para el placer de los sentidos. La evocación del aquelarre satánico, en oposición, permite rechazar del lado del demonio a aquellas que transgreden esas mismas reglas, las que viven al margen, sin guía masculina, como las viudas, las que ponen más interés en su cuerpo mortal que en la salvación de su alma. En cuanto a los ciudadanos varones, si tienen menos ocasiones de encontrar brujas, que son mayoritariamente rurales de acuerdo con los procesos, buscan en los brazos de las prostitutas placeres más voluptuosos que los que proporcionan los abrazos de sus castas cónyuges. Probablemente antigua, la doble norma masculina se refuerza para distinguir mejor a la esposa de la amante adorada –"el amor es para la querida", exclamaba Lucien Febvre–, o de la chica perdida, de encantos sulfurosos.[24]

[23] Sarah F. Matthews-Grieco, *Ange ou diablesse? La représentation de la femme au xvi^e siècle*, París, Flammarion, 1991.

[24] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, p. 29. Lucien Febvre, *Amour sacre, amour profane. Autour de l'Heptaméron*, París, Gallimard, 1971, pp. 310 y 311, a propósito de la "querida" (1ª ed., 1944).

Papeles femeninos

A excepción de una insignificante minoría consagrada al celibato en los monasterios católicos, la existencia de una mujer está por completo orientada hacia el matrimonio. Se la prepara, lo vive, más a menudo lamenta no estar protegida por sus rudas leyes, en caso de viudez. Algunos autores sostienen que las viudas ganan en independencia. Probablemente esto no es falso, siempre y cuando posean los medios materiales de subsistencia y los recursos mentales para resistir a las sospechas y a los chismes. Las viejas poseen apetitos sexuales aún más desencadenados que las otras, se dice entonces, sobre todo si una mano masculina no las retiene ante la pendiente del pecado. Las acusaciones de brujería se orientan además hacia un estereotipo femenino señalado por la edad, la viudez y la relativa marginalidad, por pérdida de lazos sociales, dentro de una comunidad.[25] En Francia, desde mediados del siglo XVI a mediados del siguiente, la importancia primordial del matrimonio está además atestiguada por una legislación real muy autoritaria y muy precisa.[26] En Inglaterra, la crisis abierta en los años de 1590 por el debate sobre el divorcio desemboca en un nuevo modo de control social, más interiorizado e invisible, pues la familia sigue siendo el lugar donde el poder se encuentra "ejercido de manera privada, en interés del orden público".[27]

Los roles sexuales están, pues, preestablecidos en función de este objetivo último. La masculinidad implica la adquisición y la expresión de una actitud viril, dominante, agresiva, tanto por

[25] Robert Muchembled, *La Sorcière au village (XV^e^-XVIII^e^ siècle)*, París, Gallimard-Julliard, col. "Archives", 1979, reed., Gallimard, col. "Folio Histoire", 1991, p. 120 (a propósito del estereotipo definido en 1595 en una orden de Felipe II para los Países Bajos españoles).

[26] Robert Muchembled, *Passions de femmes*, *op. cit.*, pp. 62 y 63, y Sarah Hanley, "Engendering the state: Family formation and state building in early modern France", en *French Historical Studies*, vol. 16, 1989, pp. 4-27.

[27] Catherine Belsey, *The Subject of Tragedy*, Londres-Nueva York, Methuen, 1985, p. 147.

parte de los muchachos por casar, de los reinos de juventud populares, como de los citadinos, nobles o de los que quieren triunfar en la corte. "¡Suelto mis gallos, vigila tus gallinas!", dice un proverbio del siglo XVI. El joven varón que fuerza a una muchacha está cumpliendo su papel y parece disculpable a los ojos de la comunidad, porque la víctima no tenía sino que evitar semejante situación o hacerse proteger por los hombres de su familia.[28] Aunque la sexualidad fuera del matrimonio sea teóricamente un pecado, en realidad es considerada por los "adolescentes" varones como una diversión, pues "es preciso que transcurra la juventud". La franqueza oronda de la época utiliza un vocabulario militar o por lo menos dominador para describir el asalto carnal, aun el consentido, realizado por el fuerte contra una presa más débil que él. En Francia, bajo Enrique II, los caballeros rompen o quiebran una lanza (y hasta varias). En Londres, en el siglo XVI, todas las clases sociales privilegian la rudeza verbal y física en este dominio. Se han recogido 130 términos diferentes para designar la dominación masculina durante el asedio. Se relacionan esencialmente con cuatro terrenos semánticos. Sitiar y sus variantes provienen del vocabulario guerrero. Corromper, deshonrar o destruir participan de una forma de seducción más bien brutal. Romper, desflorar, arrebatar, manchar evocan la violación. El cuarto grupo, que excluye la violencia aparente, no deja de poseer un matiz agresivo: en las obras de Shakespeare, los hombres montan, poseen, aporrean, saltan, cabalgan, atacan, ponen contra la pared, derriban a su pareja.[29] La actitud esperable de los varones es que actúen como cazadores de mujeres, presumiendo públicamente de su buena fortuna, en la taberna o en otros sitios. Los casos de difamación ante los *consistory courts* de Londres y de Chichester entre 1572 y 1640 subrayan esta propensión viril a la arrogancia y a la fanfarronada en materia sexual. En cuanto a las comparecien-

[28] Jacques Rossiaud, *La Prostitution médiévale*, París, Flammarion, 1988 [trad. esp.: *La prostitución en el Medioevo*, Barcelona, Ariel, 1986].

[29] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, p. 93.

tes, menos las que acuden a quejarse de violencias diversas que las que deben defender su reputación contra calumnias, les es difícil atraer la simpatía de los jueces, pues lo que denuncian es generalmente considerado trivial; sólo los excesos evidentes son sancionados, incluso en materia carnal.[30] Lo mismo acontece en Francia, donde el derecho del marido al castigo puede llegar muy lejos, con la condición de que no ponga en peligro la vida de la esposa apaleada, y donde la violación es muy difícil de probar ante un tribunal, pues la víctima es sospechosa de haberse dejado llevar por su lubricidad natural.[31]

El reforzamiento del sistema patriarcal en Europa a partir del siglo XVI establece más nítidamente que antes la diferencia entre lo masculino y lo femenino. La trama antigua es conservada, simplemente acentuada, para los hombres: su virilidad se expresaba ya por las proezas sexuales, el exceso de bebida y el combate en el marco de los reinos de juventud campesinos. Por el lado femenino, la inflexión se revela claramente más señalada y acarrea consecuencias más dramáticas a causa de un nuevo centro obligatorio de la familia conyugal, bajo la presión de las Iglesias y de los poderes, que atestiguan la valoración del matrimonio a partir de mediados del siglo XVI en Francia o sus cambios significativos hacia 1590 en Inglaterra. Aunque las transformaciones concretas exijan sin duda mucho tiempo y no afecten de la misma manera a los diversos grupos sociales, la vivienda y la unidad conyugal asumen un lugar creciente en la existencia de las mujeres. Mientras que los maridos y los hijos mayores pueden continuar frecuentando el universo exterior correspondiente a su sexo, y practicar la doble

[30] Laura Gowing, *Domestic Dangers: Women, Words and Sex in Early Modern London*, Oxford, Clarendon Press, 1996, especialmente p. 40. Véase también Patricia Crawford y Laura Gowing (eds.), *Women's World in Seventeenth-Century England*, Londres, Routledge, 2000, y Laura Gowing, *Common Bodies. Women, Touch and Power in Seventeenth-Century England*, New Haven, Yale University Press, 2003.

[31] Robert Muchembled, "Au malheur des dames", en *Passions de femmes*, *op. cit.*, pp. 51-82, e *ibid.*, pp. 117-122, para un caso bien documentado de violencia conyugal.

norma erótica, las esposas y las hijas se encuentran, en principio, condenadas al encierro, tanto en el plano sexual como en el de la residencia. La insistencia en su vínculo estrecho con la casa no es tan trivial y tradicional como parece. Las campesinas no están tan obligadas a causa de la incomodidad de los lugares y de la existencia de una densa trama de sociabilidad femenina que las une, más allá de la edad, la riqueza o la posición social. Sin ser puesta en tela de juicio en el poblado, la dominación masculina es más floja, matizada por una especie de poderío colectivo de las mujeres con su lenguaje, sus jerarquías, sus chismes, sus lugares de reunión, en la velada, junto al horno o al molino.[32] Las poblaciones, sobre todo las más populosas, son menos favorables a la permanencia de este tipo de relaciones. La insistencia en centrar la vida en la casa encuentra más ecos y la supervisión judicial de los desbordamientos femeninos se hace más eficaz. Aunque el modelo popular se mantenga durante largos siglos,[33] ciertas habitantes ven ahí la modificación de las relaciones entre ellas mismas y con los hombres. Entre las presiones que las incitan figura el propio mecanismo judicial anclado en la presión moral y religiosa. En Londres, de 1572 a 1640, la acusación principal que las afecta ante los *consistory courts* es prácticamente siempre la de prostitución, ya sea en forma de insultos, de los que ellas piden reparación, o, más a menudo, de alegatos que cuestionan su honor, lo cual las obliga a ir al tribunal.[34] A diferencia de la situación del campo, donde la imputación es combatida frecuentemente por mecanismos locales controlados por la comunidad femenina o por la ley de la venganza masculina, la multiplicación de las acciones judiciales urbanas traduce una percepción a la vez más individual y más genérica de la mujer. Ésta se vuelve prioritariamente "propiedad" de su marido, salvo si escapa a su vigilancia para hacer locu-

[32] Robert Muchembled, *Les Derniers Bûchers. Un village de Flandre et ses sorcières sous Louis XIV*, París, Ramsay, 1981, pp. 187-216.

[33] Arlette Farge, *Vivre dans la rue à Paris au xviii^e siècle*, París, Gallimard-Julliard, 1979.

[34] Laura Gowing, *Domestic Dangers*, *op. cit.*

ras con su cuerpo, obligando entonces a la colectividad a intervenir para castigarla, pero de una manera más a menudo mediatizada por la justicia que por el grupo de residencia, haciendo un cortocircuito en el principio de la venganza privada. El fenómeno forma parte de un conjunto de lentas redefiniciones del lugar del sexo débil en la sociedad. El acento cae sobre una vigilancia moral reforzada. El matrimonio se convierte en el lugar por excelencia de la obediencia femenina soñada por las autoridades religiosas y políticas. La esposa debe comportarse con virtud, modestia y humildad, aceptando la tutela del consorte como natural y normal.[35]

En Inglaterra, las contradicciones entre las posiciones de los anglicanos y de los puritanos a propósito del nexo conyugal tienen consecuencias complementarias. En 1597, cualquier nuevo matrimonio después de un divorcio es declarado ilegal por los cánones anglicanos. La reina se niega a aceptarlo, pero su sucesor Jacobo I aprueba el principio, reiterado por los cánones de 1604, lo cual pone fin a las controversias. Esta posición reposa sobre una visión de la insolubilidad del matrimonio cercana a la de los católicos franceses. Se opone a la interpretación puritana que hace de aquél un simple pacto civil, sin efecto sobre la salvación, completamente dependiente del consentimiento mutuo de las partes. La crisis deja huellas duraderas y contribuye quizá a desarrollar la angustia masculina en las ciudades y el teatro de la época. La redefinición de las identidades viril y femenina aviva temores de subversión entre los varones citadinos más afectados. El malestar adquiere la forma fantasmal de un miedo a la conquista del poder por furias demoníacas. Llegada del continente, la creencia en las facultades maléficas de una secta de hembras satánicas acarrea persecuciones contra las brujas así designadas, con un paroxismo durante las décadas de 1580 y 1590. Igualmente se agrega la angustia de ser asesinado por la esposa, que es el motivo de cierto número de peticiones de justicia, sin gran fundamento pues los archivos criminales no muestran en modo alguno un crecimiento de los homicidios de

[35] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, p. 362.

cónyuges.[36] El teatro traduce intensamente tal angustia masculina. Pero, ¿no se tratará de un tema trivial, derivado de una obsesión por el fracaso o de la insuficiencia sexual ante una mujer de apetitos carnales considerados inextinguibles? El paso al escenario añade una dimensión específicamente insular, pues los papeles femeninos son siempre desempeñados por muchachos disfrazados, antes de que el rey no decida otra cosa en 1660.[37]

Este tercer sexo, que ocupa los tablados en la época de Shakespeare, ¿no es de alguna manera una traducción de la inquietud masculina y a la vez un elemento propio para crear confusiones con fuerte carga erótica?[38] Los contemporáneos lo pretenden en ocasiones. En un folleto editado en 1599, *The Overthrow of Stage-Players*, el doctor John Rainoldes, un eclesiástico de Oxford, se alarma de ver que este travestismo exacerba el deseo y provoca la sensualidad. Un poderoso tabú se asocia entonces al uso de vestiduras del otro sexo, en particular por parte de las mujeres, lo cual conduce incluso a procesos judiciales.[39] Los jóvenes solteros lo intentan, sin embargo, en circunstancias excepcionales, en particular en las grandes fiestas populares de inversión del carnaval o en los ritos de castigo de los maridos cornudos, la cabalgata en burro en Francia y el *skimmington* en Inglaterra. Sobre el escenario isabelino, la práctica muy ambigua, muy cargada de símbolos, expresa cierta turbación social pues el erotismo se desprende se encuentra asociado al carácter masculino más que a la apariencia femenina del actor. Los autores tienen plena conciencia de ello. Lyly, por ejemplo, hace girar su obra *Gallathea*, en 1584, en torno a una trama complicada donde los muchachos se visten de muchachas y viceversa, todos representados por niños varones. La escena de apertura explica al público que el travestismo es ilegal y que hay una grave

[36] Catherine Belsey, *The Subject of Tragedy*, *op. cit.*, pp. 135, 140, 141 y 185.

[37] Anthony Fraser, *The Weaker Vessel*, *op. cit.*, p. 419.

[38] Lisa Jardine, *Still Harping on Daughters: Women and Drama in the Age of Shakespeare*, Sussex, Harvester Press, 1983.

[39] Sylvie Steinberg, *La Confusion des sexes. Le travestissement de la Renaissance à la Révolution*, Paris, Fayard, 2001.

polémica sobre los ecos homosexuales en el teatro. Marlowe, considerado él mismo sodomita, calificado como tal en ocasión de su proceso póstumo por herejía en 1593, actúa a conciencia según este registro en *Doctor Faustus*. En cuanto a Shakespeare, atrae la atención hacia el carácter andrógino de las mujeres en sus comedias. Rosalinda, la heroína de *Como gustéis* (*As You Like It*, hacia 1599), se oculta, vestida de hombre, en el bosque de las Ardenas. Al término de la obra, sale a presentar el epílogo diciendo: "si fuese yo una mujer", me gustaría abrazar al mayor número posible de vosotros... La cumbre de la ambigüedad sexual se alcanza cuando un muchacho desempeña el papel de una mujer, sugiriendo a la vez que es un joven varón disfrazado. Este guiño al público crea una sensualidad particular, de alto tenor erótico.[40]

Es posible ir más allá de estas constataciones. En Londres, donde se encuentra el principal público del escenario isabelino, se produce una lenta modificación de las relaciones entre lo masculino y lo femenino. El proceso que conduce a la aparición en la capital inglesa, hacia 1700, de un grupo bien definido de homosexuales masculinos, de un tercer "género",[41] parece haber sido preparado por una especie de lento trabajo de duelo de las prácticas anteriores. Punta emergente de la cultura inglesa, el teatro del tiempo de Shakespeare habría sido el primer laboratorio, en contacto con el público. Los jovencitos travestidos de mujeres anuncian la migración del deseo hacia un Sujeto turbio, situado en la intersección de los dos sexos, pero sobre todo recalcando los caracteres débiles del segundo, pues los adolescentes son seres dependientes, varones incompletos, menos cálidos y menos secos que los adultos, a los ojos de los médicos. Reinos de juventud masculinos, todavía vivos y coleando en el siglo XVI, guardan también el recuerdo de los juegos sensuales y de la sodomía entre sus miem-

[40] Lisa Jardine, *Still Harping on Daughters*, *op. cit.*, pp. 9 (a propósito de Rainolds), 20, 21 y 24.

[41] Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. 1: *Heterosexuality and the Third Gender in Enlightenment London*. Chicago, University of Chicago Press, 1998. Acerca de este tema, véase antes cap. 1.

bros.[42] Es probable que, hacia 1600, este sentido otorgara a la extraña costumbre inglesa de encarnar a la mujer mediante efebos un contenido singularmente voluptuoso para los espectadores masculinos. En cuanto a las espectadoras, cuyas reacciones se ignoran, ¿no encontraban como eco la imagen de su dependencia, redoblada por la de los chicos jóvenes, firmemente tutelados por los adultos en la vida normal, convertidos en soportes escénicos de todos los placeres de la imaginación para sus mayores o sus pares?

Rebeldes y sublevadas

No poder existir sino a través del hombre: tal parece ser para la mujer la lección metafórica del teatro isabelino. En el mundo patriarcal de la época siempre es definida en relación con el sexo masculino. Los archivos, a decir verdad muy mezquinamente preservados por una mano femenina, prueban que su persona es sistemáticamente presentada de esta manera. Administradores, escribanos de lo criminal o notarios se interesan únicamente en el nexo principal que traduce su condición: esposa, hija, madre, hermana "de" aquel que le da verdaderamente su identidad. Pero los detalles de esta última no interesan para nada a los redactores. El propio nombre de pila puede faltar, aun si la interesada tiene mucho que ver. En 1612 el Parlamento de París trata un asunto relativo a una dama noble, desnuda, azotada a golpes de vergajo, amenazada de muerte, insultada, golpeada con un candelabro que le ha roto varios dientes... Es designada por su calidad de esposa del violento, el señor de Cerveau.[43] Sólo una minoría de sus contemporáneas es designada de manera más precisa a causa de un rango elevado, de votos religiosos o, al contrario, por despre-

[42] Véase en el cap. 1 del presente libro "Por el lado de los jóvenes varones frustrados".

[43] Robert Muchembled, "Nerf de boeuf et chandelier: Renée?", en *Passions de femmes*, *op. cit.*, pp. 117-122.

cio, a propósito de una sirvienta y sobre todo el de una prostituta, llamadas la Rubia, la Juanota o Coño Dorado. Entre las capas populares la individualidad parece en ocasiones estar un poco más afirmada, en lo que atañe al uso de motes, diminutivos e indicios concernientes al temperamento indomable de algunas viragos, a imagen de las pescaderas de París. La utilización conjunta del apellido paterno y del correspondiente al marido (bajo la forma Marie Dubois, esposa de Jean Duval) revela más bien una doble sujeción a los varones de referencia, antes que un rasgo de independencia, pues ésta es casi imposible en el poblado para el sexo llamado débil; la supervivencia material exige la ayuda mutua en el matrimonio y más allá. La sospecha se relaciona más bien con la aislada que con su equivalente masculino. La viuda, sobre todo si ha tenido varios maridos, es fácilmente acusada de haberlos empujado deliberadamente a la tumba, incluso de entregarse carnalmente al diablo del aquelarre, mientras que el viudo se halla simplemente gratificado con una cencerrada cuando desposa a una chica mucho más joven que él.

La principal dificultad que encuentran las mujeres de entonces, cualquiera sea su posición en el mundo, es la de asumir un papel social complejo y frustrante.[44] Mientras que el hombre puede un día asumir un tipo sencillo de comportamiento valorado y coherente, el de adulto, padre de familia, amo de casa, su compañera debe a la vez aceptar su subordinación hacia él e imponer su propia autoridad a los hijos, así como a los sirvientes si pertenece a las categorías sociales medianas o superiores. Precisa en este caso ajustarse a los discursos dominantes sobre la inferioridad femenina, sin dejar de hacerse respetar por los servidores varones evitando –tarea muy ardua– ser presa de la visión que éstos tienen de la mujer como una presa sexual de instintos lúbricos inextinguibles. Las más grandes princesas no escapan a esta poderosa contradicción. Isabel I de Inglaterra sale del paso valo-

[44] Helen Wilcox, en Henk Dragstra, Sheila Ottway y Helen Wilcox (eds.), *Betraying our Selves*, *op. cit.*, p. 216.

rando su estado virginal, pero también afirmando que posee un corazón de hombre en un cuerpo femenino. Irritada por el folleto misógino publicado por uno de sus protegidos, el padre jesuita Loryot, la reina Margot usa el tono de la falsa modestia irónica para responderle en el *Discours docte et subtil*, en 1614. Al no poder oponerse a la Vulgata establecida a propósito de la inferioridad natural del sexo débil, ella acentúa a propósito este rasgo: "Dios se complace con los espíritus tranquilos, reposados, devotos, tales como el de la mujer, y no en los espíritus tumultuosos y sanguinarios como el del hombre".[45] Olvida precisar que este retrato adulador se refiere únicamente al modelo de la buena esposa, mientras que ella ha vivido gran parte de su vida del otro lado de la barrera, arrastrada por la lubricidad devoradora comúnmente concedida a toda hija de Eva que rechaza la tutela salvadora de su marido.

Numerosas mujeres se colocan sin embargo deliberadamente al margen de las definiciones normativas para su sexo. Algunas de ellas, originarias de todas las clases sociales, siguen sencillamente sus pasiones y sus deseos para alzar el velo de prejuicios que pesa sobre sus semejantes, a fin de obtener lo que generalmente les es negado por las convenciones, en particular los placeres de la vida y de la carne.[46] Otras adquieren conciencia del dolor de ser mujer y encuentran una escapatoria en la escritura, y hasta en la sublevación contra quienes las oprimen.[47]

En Inglaterra, la influencia de las doctrinas protestantes transforma la familia en una "pequeña Iglesia", donde se desarrolla una piedad femenina intensa. Ésta se manifiesta por la redacción de "diarios" personales consagrados a la meditación espiritual y al examen de conciencia. El primero conocido es el de *lady* Margaret Hoby, iniciado en 1599. Se han podido descubrir 23 en la

[45] Robert Muchembled, *Passions de femmes*, *op. cit.*, p. 39.

[46] Robert Muchembled, "Au malheur des dames...", en *Passions de femmes* *op. cit.*

[47] Catherine Belsey, *The Subject of Tragedy*, *op. cit.*, p. 223.

primera mitad del siglo XVII, y probablemente otros muchos se perdieron. Ahora bien, algunas de las redactoras añaden a la formulación de su humildad un tono más personal. Estiman que el documento es su propiedad privada, una manera insidiosa pero clara de limitar los derechos eminentes del esposo, aun si ellas no tienen nada importante que ocultarle. Así, Elizabeth Walker le hace prometer al suyo, que la sorprende redactando, no leer los papeles mientras ella esté viva. Él sólo descubre cosas edificantes después de la defunción. Elizabeth Bury, por su parte, utiliza caracteres particulares y abreviaturas. Su cónyuge se vuelve loco para descifrar el texto después de la defunción y no encuentra, en lo que consigue leer, sino "sinceridad, humildad y modestia". Elizabeth Dunton emplea una especie de taquigrafía de su invención y pide asimismo que sus obras sean quemadas después de su muerte.[48] La acción de contar implica, pues, una parte de secreto o de pudor, y no obligatoriamente el deseo de exponer su Yo al conocimiento del público. Las mujeres se sienten más involucradas que los hombres en este ámbito, porque las convenciones las empujan al silencio; en todo caso, a la prudencia en la expresión, lo cual las conduce frecuentemente a prohibir o a diferir la edición de sus escritos. Numerosas autobiografías femeninas, religiosas o no, son impresas después de la muerte de la autora, a menudo gracias al cuidado de un eclesiástico deseoso de convertirlas en un ejemplo de devoción.[49]

La introspección de lo femenino exige "otro" como referencia. Algo nuevo nace de esta confrontación desigual. Ciertamente no un Yo triunfante, sino una conciencia de la dignidad de la portadora. Margaret Cavendish, primera duquesa de Newcastle (1623-1673), concluye *A True Relation of my Birth, Breeding and Life*, publicada estando ella viva en 1656, con una proclamación de su individuali-

[48] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, pp. 347 y 354.

[49] Helen Wilcox, en Henk Dragstra, Sheila Ottway y Helen Wilcox (eds.), *Betraying our Selves*, *op. cit.*, p. 217; *ibid.*, p. 4.

dad, en relación directa con su padre y su marido. Como el texto se abre diciendo: "Mi padre era un *gentleman*", puede hablarse de un auténtico encuadramiento masculino de su existencia, incluso si la duquesa tenía fama de extravagante, por lo cual hubo de padecer.[50] En cuanto a los relatos dejados por Anne Clifford y Mary Rich, permiten explorar las únicas estrategias accesibles por entonces a las que sufren. La primera inclina la cabeza bajo la tormenta sin ceder jamás en lo esencial; la segunda practica la duplicidad en la expresión de sí, forma probablemente más común que la anterior pero que ha dejado pocos rastros documentales.

Lady Anne Clifford (1590-1676), condesa de Dorset, Pembroke y Montgomery, hija del conde de Cumberland, es una figura extraordinaria y fascinante. Sus relatos autobiográficos están compuestos al menos de cuatro partes escritas en diferentes momentos de su vida. La más rica en detalles, su diario íntimo, no sobrevive sino en una copia del siglo XVIII y no fue publicada hasta 1923.[51] Se abre con la descripción de los funerales de Isabel I, lo cual tiene mucho sentido, según se verá. El objetivo de la condesa era probablemente, más que nada, escribir para su satisfacción personal y para aclarar su propia mente, fuertemente perturbada por pruebas muy duras. Cultivada, gran lectora, no trató de hacer que su texto se publicara, aun cuando poseía tantos recursos financieros como su contemporánea Margaret Cavendish. No se descarta que los manuscritos hayan podido ser apoyo en discusiones familiares o con amigos, y hasta enseñados a un círculo restringido, como los de Monluc o de Brantôme en Francia. Tanto más cuanto que la na-

[50] Elspeth Graham *et al.* (ed.), *Her Own Life: Autobiographical Writings by Seventeenth-Century Englishwomen*, Londres, Routledge, 1989, pp. 87-99, presentación y extractos de las memorias de Margaret Cavendish.

[51] *Ibid.*, pp. 35-53, para Anne Clifford. Los extractos se refieren a los años 1616-1617 y el retrato que ella encargó en 1646 es reproducido en la p. 36. Véanse también las observaciones de Helen Wilcox en Henk Dragstra, Sheila Ottway y Helen Wilcox (eds.), *Betraying our Selves*, *op. cit.*, pp. 110 y 111, y Richard T. Spence, *Lady Anne Clifford, Countess of Pembroke, Dorset and Montgomery, 1590-1676*, Woodbridge, Sutton Publishing, 1997.

rradora se revela modesta y discreta en su diario, y se refiere a las convenciones admitidas concernientes al lugar de la mujer, mientras que su pugnacidad está propiamente fuera de lo común cuando se trata de cosas fundamentales a sus ojos.

A los 26 años, en 1616, está casada desde el 25 de febrero de 1609 con Richard Sackville, conde de Dorset, a quien llama respetuosamente "*my lord*", con quien tiene una hija, "*the child*", nacida el 2 de julio de 1614. La muerte de su "querida madre", Margaret Russel, el viernes 24 de mayo de 1616, entre las seis y las nueve horas de la tarde, le permite situarse con gran precisión en el espacio y en el tiempo. Las palabras consagradas a este asunto indican que su progenitora falleció en Brougham (un castillo situado al sur de Penrith en Cumbria), en la misma alcoba donde había nacido el padre de la narradora, diez años y siete meses después de la muerte de éste, trece años y dos meses después de la desaparición de la reina Isabel. Anne, por su parte, tiene entonces 26 años y cinco meses, "*the child*" tiene dos años menos un mes. ¡Ni una palabra acerca del marido! El 29 de mayo, ella se entera, por boca de un mensajero, de los detalles acerca del triste acontecimiento, que recibe como la mayor y más lamentable cruz que haya tenido que cargar, y lee en el testamento que la difunta pide que la entierren en Anwick. Doble dolor adicional, pues habrá que transportarla y no será inhumada en Skipton, donde nació Anne, al sur de los Yorkshire Dales, a 100 millas de Brougham. Ella ve aquí un signo funesto que le anuncia su posible despojo de los bienes de sus antepasados.

Su identidad está íntimamente asociada a las propiedades paternas, la extensa baronía del Cumberland, al noroeste de Inglaterra, que se extiende desde Skipton en Craven hasta Broughton en Westmoreland. Los títulos iniciales, que datan del reino de Enrique II, le permiten heredar después de su madre. Pero el testamento de su padre, desaparecido un poco antes de los 16 años de Anne, estipulaba que el conjunto debía ir a la rama masculina, a su hermano y luego al hijo de éste. La defunción de Margaret Russel vuelve, pues, candente el problema. Anne se niega a dejarse despojar, arguyendo el hecho de que es la única heredera directa

viva del tercer *earl* de Cumberland, pues sus dos hermanos, sir Robert y lord Francis, habían muerto jóvenes. Si bien ella menciona aquí a su hija de manera impersonal, el diario muestra un profundo apego a la pequeña, que lleva por nombre de pila el de su abuela y que Anne llamará *"my lady Margaret"* a partir de la noche de su quinto aniversario. La reina Isabel aparece como un icono muy venerado. El diario de Anne se abre precisamente con su defunción en 1603 y una observación incidental a propósito de la hora en que la narradora se enteró de este acontecimiento en el mismo lugar donde le fue anunciada, largo tiempo después, la noticia de la desaparición de su madre, permite ver que Anne se instala deliberadamente bajo estas dos grandes sombras protectoras. A los 12 años había sido recibida en la corte de la reina Tudor y parece haber conservado de ello un vivo recuerdo: su relación con las imágenes femeninas comprende a la vez el sentimiento filial hacia su progenitora y una fuerte admiración hacia la que gobierna Inglaterra "con un corazón de hombre" en un cuerpo femenino... Se verá que la idea puede aplicarse a Anne.

En la breve inscripción del 24 de mayo de 1616, Dorset, el consorte, no es ni mencionado ni definido por su edad. Aparece muy sano en 1613, sin embargo, en un lienzo de sir William Segar, que lo representa con un espléndido hábito cortesano. Anne aprecia poco que él no defienda suficientemente sus pretensiones a la herencia septentrional, que pretenda administrar las tierras en nombre de su esposa en caso de éxito y que le pida con insistencia que firme un documento en el que le deja todo si ella muere sin heredero. La amenaza parece confirmada por el "signo" leído por Anne el 29 de mayo. No solamente se siente aislada en la casa de su marido en Knole, en Kent, sino que sus notas revelan, bajo palabras encubiertas, una prueba de fuerza emprendida desde algún tiempo atrás con *"my lord"*, pues la enfermedad de su madre se ha declarado varias semanas antes. Desde el 9 de mayo Anne recibe cartas que le anuncian que se encuentra en peligro de muerte. La misma noche recibe un mensaje de Dorset que indica que ha decidido enviar a la hija de ambos a vivir a otra parte y prohíbe que

vuelva alguna vez a Knole. La redactora concluye sencillamente que fue un día muy grave y muy triste para ella. El 11 pide consejo a propósito de lo que ella llama "*the business*", los asuntos relacionados con la herencia en el norte, causa del conflicto con su esposo y del chantaje afectivo que éste ejerce a propósito de la criatura. Dorset juega a dos barajas, revisa su decisión de hacer partir a la hija de ambos, pero hace que sus amigos intervengan en favor de Anne. Ésta resiste, sin dejar de experimentar el sentimiento de ser mal juzgada por muchos a causa de su actitud, al grado de escribir, lacónicamente, el 12 de mayo: "Soy como una lechuza en el desierto". Oponerse tercamente a un marido, así como a las últimas voluntades paternas, no es fácil ni ordinario.

La narradora se deja llevar muy poco para hablar de sí misma. Más a menudo inclinada a la duda que a la satisfacción, se contenta a menudo con traducir su satisfacción con un pequeño toque irónico descriptivo, sin comentario. El 11 de mayo de 1616, habiéndole Dorset enviado de Londres signos de aplacamiento y también la prueba de sus poderosos apoyos, pues añade el anillo nupcial del lord tesorero, que acaba de casarse, ella anota que le ha devuelto el anillo de su propia unión. O bien, el día de Pascua de 1617, informa que, después de haber ambos comulgado, tuvieron una gran disputa vespertina, pero que durante todo ese tiempo ha llevado sus ropas blancas, entre ellas su vestido de raso. La víspera, el 19 de abril, una vez más había rechazado ceder a las exigencias de él precisándole que se sentía "perfectamente caritativa para el mundo entero". Expresa así con pequeños toques su certidumbre de tener razón, tanto a ojos de Dios como a los de los hombres. Su determinación va mucho más allá. Nada la hizo nunca ceder durante 41 años, a pesar de los reveses y los sufrimientos.

La muerte de su madre precipitó el curso de los acontecimientos. Francis Clifford, el tío paterno, se apropia de los bienes. Para evitar un duelo entre el hijo de este último y el marido de Anne, el rey Jacobo I en persona interviene. A petición de Dorset, la pareja es recibida por él el sábado 18 de enero de 1617. Dorset acepta remitirse por completo a sus decisiones, en tanto que Anne se niega

a renunciar a su herencia del Westmoreland mientras ella viva. Ningún argumento la doblega. El lunes 20, el monarca los recibe por segunda vez, hacia las ocho de la noche, en presencia de los parientes de Anne que están involucrados, aparte de varios hombres de leyes. La terca responde de nuevo que no aceptará jamás perder Westmoreland. Se atiene a ello a pesar de la gran irritación que muestra Jacobo I y a pesar de las tentativas de algunos de sus parientes cercanos para convencerla. Se entera más tarde de que la decisión real es llegar a una componenda sin ella, puesto que no quiere dar su consentimiento. Anne se contenta con concluir en su diario, con alivio y humildad aparentes, que ni ella ni nadie habrían imaginado que se saliera tan bien de semejante situación. Parece haber recibido el apoyo secreto de la reina, pues señala que ésta le murmuró que no confiara ciegamente en el rey.

En marzo de 1617, Jacobo I le ordena a Anne dejar las tierras a su tío, Francis Clifford, a cambio de lo cual Dorset recibirá 20.000 libras en compensación. La obstinada sigue oponiéndose, contra viento y marea. El 23 de abril de 1617, después de Pascuas, indica que su marido no se ha acostado con ella como hubiera debido: él intenta un chantaje sexual, siempre sin resultado. Se le reúne, por lo demás, a la siguiente noche. Anne continúa, pues, valientemente enfrentándolo con respeto, como ha hecho ante el rey, sin abandonar nunca su oposición a las últimas voluntades de su padre. No hay ninguna necesidad de recurrir al psicoanálisis para comprender que se niega fundamentalmente a someterse a la ley masculina, real, paterna y marital. Pierde sin embargo la partida y su herencia, pero no el combate, que concluirá a su favor más de 30 años después.

De 1617 a 1624 da a luz cuatro veces más, ve desaparecer a tres de los niños, sin conservar más que a Isabella, que alcanzará la edad adulta, como Margaret. Su esposo muere en 1624. En junio de 1630, después de una viudez de seis años, contrae segundas nupcias con Philip Herbert, conde de Pembroke y Montgomery, nacido en 1584, antiguo favorito de Jacobo I, que le da dos vástagos. La unión no es de las más felices, ya que bajo la primera revo-

lución Anne se afirma como realista mientras que Herbert sostiene al Parlamento. El tío Francis Clifford muere en 1641, seguido por su hijo Henry en 1643. Ella hereda entonces lo que ha reivindicado desde siempre, pero debe esperar a que la guerra civil se sosiegue para poder dirigirse al lugar. En 1649, la enérgica Anne llega al castillo de Skipton, que ha sido sitiado y dañado, dejando atras a su segundo esposo, de cuya muerte se entera al año siguiente.

Libre por fin de cualquier cadena, a los 60 años, hace restaurar sus castillos septentrionales, Pendragon, Appleby, Brough, Brougham y, en 1655, Skipton. Cromwell no desea que el último sea reparado, pero finalmente lo permite, por respeto hacia la única mujer que jamás se hubiera atrevido a oponerse a sus voluntades. Una vez más, Anne muestra al más poderoso hombre de la época que ella jamás se doblega. Única de su sexo, pese a todas las reticencias masculinas, reina sobre una extensa baronía inglesa, construyendo y restaurando iglesias, creando casas para los pobres. Muere el 21 de marzo de 1676, a los 86 años, en la alcoba donde había nacido su padre y después había muerto, en Brougham Castle. Último guiño, Anne deja la herencia a su hija, convertida en *Lady* Thanet, cuyo hijo, Nicholas, lord Thanet, toma por la fuerza las propiedades luego de la muerte de su madre, trastornando el orden masculino de prioridades establecido por Anne...[52]

Señal de su indomable temperamento, encarga un lienzo en 1646, la *Great Picture*, para conmemorar su triunfo.[53] El conjunto compone un tríptico familiar muy cargado de símbolos. En el centro figuran los padres de Anne y sus dos hijos, muertos jóvenes: el padre, George Clifford, tercer *earl* de Cumberland, a menudo ausente y que prefirió dejar su herencia a la rama masculina de su línea, está un poco descentrado hacia la derecha; Margaret Russel,

[52] Su memoria sigue estando muy viva en nuestros días: "The Lady Anne Clifford Walk", de los Yorkshire Dales al valle del Edén, permite a los turistas poner sus huellas en las suyas, de Skipton a Brougham: <www.pikedaw.freeserve.co.uk/walks/lady_anne_clifford_walk.htm>.

[53] Cuadro conservado hoy en día en Appleby Castle, probablemente debido a Jan van Belcamp.

la madre, señala con la mano a su hijo mayor lord Francis, al lado del cual está *sir* Robert, el más joven de los hijos. Colgados detrás de ellos, cuatro retratos agrupados de a dos evocan únicamente a mujeres, todas tías de Anne: dos Clifford (la baronesa Wharton y la condesa de Derby) y dos Russel (las condesas de Warwick y de Bath, la primera llamada también Anne). El mensaje suavemente irónico es que velan en secreto por los derechos de su sobrina, despojada por la voluntad de su padre y por la ley de los hombres, pero que al final venció todos los obstáculos. Ella está representada, en persona, sobre el panel izquierdo, a la edad de 15 años, época en la que hubiera debido heredar bienes paternos, con un estante lleno de libros y dos retratos de sus preceptores sobre la cabeza, incluyendo a Samuel Daniel. El panel de la derecha celebra su triunfo a los 56 años, con la mano derecha apoyada en obras puestas sobre la mesa, mientras que muchas otras están ordenadas en dos estantes superiores. Precisamente sobre su brazo derecho, dos retratos pequeños puestos entre los libros que ella tanto ama, los de los poetas en particular, muestran dos maridos sucesivos. Anne se da el gusto de un guiño malicioso señalando así su lealtad conyugal, pero colgando a *"my lord"* y a su sucesor, que sigue vivo, como trofeos de su pasado doloroso, en el momento mismo en que sabe que por fin será liberada de todas las trabas y podrá alcanzar bien pronto la felicidad tan deseada reinando personalmente sobre sus tierras del Westmoreland. Imposible no pensar que había obtenido, cosa rarísima en el siglo XVII, una victoria sobre todos los hombres que habían tratado de doblegarla, incluyendo al rey, a su padre, a sus dos maridos sucesivos y a Cromwell, sin por ello apartarse de una actitud de obediencia tanto hacia ellos como hacia Dios. No es seguro que esto haya sido siempre algo fingido. La ironía que destila permite en ocasiones pensarlo, pero sus acentos son igualmente sinceros en muchos otros casos, cuando emite dudas sobre sus acciones y se cuida y tiene en cuenta las convenciones. No importa que todo lo marque con una impronta femenina, la suya, la de su hija, que instituye como su heredera, la de sus tías en el panel central del retrato fa-

miliar de 1646. Figura híbrida, rebelada a menudo asombrada de su audacia, es sin duda sostenida por la imagen de la gran Isabel I, la única ajena a su familia, a la cual se acerca al enterarse de la muerte de su madre. ¿Habría tenido fuerzas para llegar tan lejos sin este modelo prestigioso entre todas las mujeres, que incluso había debido imponer ella misma sus derechos a la herencia real?

Si la obstinación puede revelarse provechosa, a condición de tener apoyos, dinero, paciencia y talento, es entonces más fácil para una mujer reacia, pero consciente de los peligros que corre, utilizar una estrategia de aparente sumisión. Delante de un tribunal, las acusadas no ignoran que ajustarse al modelo de debilidad natural esperado por los jueces les valdrá alguna indulgencia, al contrario de una actitud desafiante. Sin embargo, los archivos que permiten identificar una duplicidad conscientemente construida son escasos. El caso de Mary Rich, condesa de Warwick, es aún más interesante, pues revela a la vez la realidad vivida y su reconstrucción idealizada. Es autora de millares de páginas manuscritas que componen su diario íntimo, que está prácticamente al día durante una decena de años, a partir del 25 de julio de 1666. Por otra parte ha condensado su historia personal, desde el nacimiento hasta una edad avanzada, en una corta autobiografía de 40 páginas escrita siete años antes de su muerte, hacia 1671. A partir de esta fecha, ella redacta por lo tanto los dos documentos simultáneamente y da las mismas informaciones cronológicas sobre su juventud en Irlanda y en Londres, sus controvertidas bodas con Charles Rich, la muerte de dos hijos y su viudez. La principal diferencia concierne al modo en que Mary relata su experiencia conyugal. En la autobiografía presenta a su marido como un héroe romántico y galante, mientras que el diario íntimo lo define como violento y tiránico. Ella misma se pinta en el primer caso con los rasgos de una mujer viva, confiada y satisfecha, que experimenta una gran pasión, en tanto que las notas del diario muestran a una esposa crónicamente deprimida, desengañada y amargada. La selección de estos dos estilos opuestos es difícil de comprender. A la autora parece haberle sido muy difícil aceptar que su matrimonio

por amor, desaprobado por su familia, acabara con un fracaso afectivo, a lo largo de frecuentes disputas. El diario íntimo sirve evidentemente como salida a las frustraciones y los sufrimientos padecidos.[54] Así es bastante a menudo el caso para este tipo de escritura que no está destinada a un uso público. Las mujeres que se entregan a él cuidan así las heridas sentimentales, ligadas al trabajo o más profundas todavía, según el ejemplo de Anne Clifford. El misterio es más denso en lo que concierne a la autobiografía de Mary Rich, escrita en paralelo, que opta deliberadamente por la idealización de la realidad. ¿Verdadera duplicidad? ¿Fractura enfermiza del Yo, consecuencia de un fracaso particularmente doloroso que pudo hacerle lamentar con amargura una elección condenada por su familia? ¿Recomposición por medio de la escritura de lo que hubiera debido ocurrir a fin de dejar un hermoso rastro de ella y de su existencia? Pues, a diferencia del diario, este ejercicio supone un público para apreciarlo. La motivación puede haber sido también volver a un sueño perdido, conservar la nostalgia en el papel y, al hacerlo, recuperar una autoestima maltratada por los numerosos detalles negativos inscritos, desde cinco años atrás ya, en los centenares de páginas del diario íntimo...

Cualquiera sea la respuesta, el ejemplo de Mary Rich muestra hasta qué punto el sufrimiento puede ser constitutivo de una percepción afinada del Sujeto por sí mismo. Más aún que a los hombres del siglo XVI o XVII, a las mujeres les cuesta enormemente situar su identidad entre los ideales normativos y las realidades concretas. El "más débil navío" es muy maltratado por la violencia del "señor y amo", considerado como trivial en el hogar conyugal, por no hablar de los percances ligados a la práctica masculina de la doble norma sexual. Sin embargo, es menester sufrir y padecer sin quejarse. La salud del alma tiene ese precio, pues el cuerpo de la mujer la arrastra naturalmente hacia el infierno.

[54] Ramona Wray, "[Re]constructing the past: The diametric lives of Mary Rich", en Henk Dragstra, Sheila Ottway y Helen Wilcox (eds.), *Betraying our Selves*, *op. cit.*, pp. 148 y 149.

De la fluidez de los cuerpos

"Todo hombre es una esponja llena de lágrimas", predica John Donne en un sermón de cuaresma de 1623.[55] Gran lectora, Anne Clifford, que encuentra al personaje el 27 de julio de 1617, después de un sermón dominical, conoce tales ideas, desarrolladas por todos los saberes de la época, ante todo por la medicina. Las lecciones de Galeno y de Hipócrates dominan la definición del cuerpo, considerado lleno de fluidos pero abierto al aire que lo atraviesa, debido a que son porosas sus fronteras. Todos los líquidos circulan; esperma, leche, sudor, lágrimas, etc., pueden transformarse unos en otros y convertirse en sangre; tanto es así que los diversos procesos físicos, alimentación, excreción, menstruación, lactancia, se consideran homólogos.[56] Este cuerpo humoral depende estrechamente del equilibrio de su temperatura interna: la alimentación es vista como un cocimiento (cocción); la enfermedad, como un exceso o una carencia en este dominio. La medicina antigua agrega al cuadro los cuatro elementos constitutivos: lo cálido, lo seco, lo frío y lo húmedo. Los dos primeros definen al adulto viril; los otros dos, a su compañera. La polarización sostiene una noción de la diferencia que los etnólogos descubren en numerosas sociedades humanas con formas variadas: el hombre se ubica del lado de la fuerza, de la pureza, del cielo, de Dios, en tanto que el concepto de mujer evoca la debilidad, la impureza, el agua y la tierra, el demonio.

Se ha podido presumir, sin embargo, que la fisiología galénica no contiene sino un solo modelo sexuado, y las diferencias entre las dos partes del género humano son nada más que de grado y no

[55] Citado en la excelente obra de Gail Kern Paster, *The Body Embarrassed: Drama and the Discipline in Early Modern England*, Ithaca, Cornell University Press, 1993, p. 8.

[56] *Ibid.*, pp. 8 y 9; Thomas Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990, pp. 19 y 20 [trad. esp.: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1996]; Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, cap. "Fungible fluids, heat and concoction".

de naturaleza.[57] Es cierto que el discurso médico y erudito evoca un continuo,[58] el del supervarón muy caliente y muy seco, peludo y de piel oscura, hasta la más femenina de las mujeres, rubia y de tez muy clara. Entre los extremos se sitúan seres híbridos, de humores menos equilibrados; las muchachas morenas de pronunciada pilosidad y senos duros que desarrollan semejantes caracteres por exceso de calor; los viejos masculinos debilitados por la edad, más fríos que lo normal; los niños, que todavía no son suficientemente cálidos, vestidos de niñas, por otra parte, hasta los siete años; los jovencitos, que están gravitando desde la humedad materna hacia la apoteosis calorífica (la definición de la homosexualidad es, pues, esencialmente cuestión de edad); los varones afeminados, cuyos fluidos internos se aproximan a los de las hembras. A los ojos de los médicos, los órganos sexuales de la mujer parecen exactamente análogos a los del hombre, sencillamente ocultos en el interior. Por eso Montaigne aconseja irónicamente a las muchachas que no salten por el aire con demasiada violencia si quieren evitar la desventura de una de ellas, cuyas "partes vergonzosas" descendieron al jugar así. Y en su obra *De humani corporis fabrica*, publicada en 1543, el célebre anatomista Andrés Vesalio presenta una vagina extirpada cuya forma es exactamente la de un pene.[59]

Sin embargo, no hay que tomar los discursos por realidades. La teoría del modelo sexual único ha sido vivamente criticada pues no da razón de la experiencia concreta del cuerpo. Sin acusar la importancia de la teoría del flujo corporal, es importante observar que el lenguaje moral ha construido prácticas personales siempre muy tumultuosas, si no es que dramáticas, incluso para aquellos que se perciben como normales en función de las ideas de la época.[60] Así, la definición trivial, ordinaria, de la virilidad en

[57] Thomas Laqueur, *Making Sex*, *op. cit.*, pp. 25 y 171-174.

[58] Sylvie Steinberg, *La Confusion des sexes*, *op. cit.*

[59] Jonathan Sawday, *The Body Emblazoned: Dissection and the Human Body in Renaissance Culture*, Londres, Routledge, 1995, lámina 29, p. 97.

[60] Gail Kern Paster, *The Body Embarrassed*, *op. cit.*, p. 10.

Augsburgo en los siglos XVI y XVII insiste en su carácter caliente, violentamente eruptivo.[61]

El conjunto ha de reubicarse en el marco de la definición occidental del Sujeto. Desde Platón, el hombre es considerado como el terreno de una lucha incesante entre el cuerpo y el alma. La batalla no ha cesado de ganar intensidad en el siglo de las reformas religiosas. La teología calvinista ha contribuido mucho empujando al cristiano a dominar sus necesidades físicas y sus deseos, para evitar los estragos del pecado. En su obra *Religio Medici*, de 1642, *sir* Thomas Browne explica que siente a veces la presencia de un infierno en su interior: "¡Lucifer tiene su corte en mi pecho!".[62] La exclamación puede ser tomada al pie de la letra. En la misma época, los católicos franceses descubren la marca de Satanás en la piel de las brujas y los exorcistas hacen vomitar demonios, sapos y culebras a las monjas de Loudun o de Louviers, que supuestamente están poseídas por el diablo. De los dos lados del canal de la Mancha, el alma inmortal desconfía cada vez más de las trampas de la carne. Ahora, la ciencia progresa desde el Renacimiento. Comienza precisamente a explorar el interior del cuerpo a partir de la publicación en 1543 del tratado de Vesalio, *De humani corporis fabrica*. Hasta los alrededores de 1640, una fase inicial ve aparecer curiosidades nuevas a este respecto. Como la civilización es un todo, otras esferas del saber se ven igualmente aludidas. Algunos pintores manifiestan una "cultura de la disección", como Caravaggio desde 1603 en *La incredulidad de Santo Tomás* o Rembrandt en *La anatomía del doctor Tulp* en 1632. El hecho de que el primero no haya obtenido de los jesuitas el pedido esperado, a fin de realizar para ellos una resurrección de Cristo, revela que su enfoque se apartaba de los principios de la Contrarreforma. Su Santo Tomás está hecho con una atención muy realista ante el "detalle quirúrgico", y el dedo del incrédulo apunta a una herida de Cristo. Mezclar así lo profano con lo sagrado no podía sino turbar a numero-

[61] Lyndal Roper, *Oedipus and the Devil. Witchcraft, Sexuality and Religion in Early Modern Europe*, Londres, Routledge, 1994, p. 107.

[62] Jonathan Sawday, *The Body Emblazoned*, *op. cit.*, p. 20.

sos contemporáneos. Además, el artista se apoyaba en un conocimiento de la autopsia que la Iglesia juzgaba sacrílega. Según cierta anécdota, ¿no había un día obligado a sus auxiliares a colocarse alrededor de un cadáver en descomposición? Otra fase, la segunda, de la evolución de la mirada erudita sobre la envoltura física comienza con los descubrimientos del médico inglés Harvey y el pensamiento de Descartes, que llevan a percibir el cuerpo como una máquina. El primero publica en latín, ya en 1628, sus conceptos sobre la circulación de la sangre, *De motu cordis*. El célebre *cogito*, "pienso, luego existo", del segundo data de 1637. La Vulgata anterior sin embargo no es quebrantada sino muy despacio, en vista de que algunos de sus defensores explican que una máquina necesita un creador.[63]

Contrariamente a una idea corriente, los siglos XVI y XVII no presentan un saber médico completamente rígido. Lo mismo acontece con las relaciones entre el alma y el cuerpo y, en virtud de este hecho, con las percepciones de lo masculino y de lo femenino. El conjunto de la civilización occidental se adapta a estas transformaciones lentas y disimuladas. La concepción del universo pasa poco a poco de la imagen de una circunferencia divina, el macrocosmos universal, del cual cada microcosmos humano es un exacto reflejo, a la conciencia de la existencia de fronteras, de puntos de ruptura. En el plano del escenario adjunto al manuscrito de *The Castle of Perseverance*, una pieza del primer cuarto del siglo XV, figura un círculo, el de la Tierra, rodeado de agua. En el centro se alza un castillo bajo el cual está el lecho de la humanidad. El primer mapa impreso del mundo, en 1472, adopta la misma configuración. Otros ejemplos de manuscritos medievales presentan una disposición parecida, con Jerusalén en el centro de un disco en el que se representan los tres continentes conocidos

[63] *Ibid.*, pp. 23, 28 y 29, y Jonathan Sawday, "Self and selfhood in seventeenth century", en Roy Porter (ed.), *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*, Londres, Routledge, 1997, pp. 34-36, a propósito del Caravaggio; pp. 46-48, sobre las consecuencias de las ideas de Harvey y de Descartes.

entonces, Europa, Asia y África. Geografía y teatro ofrecen al observador un espejo de sí mismo. Así hay que considerar con gran interés la invención por parte de Inigo Jones, en 1605, en la corte de Inglaterra, del escenario a la italiana. Destinado a imponerse en la segunda mitad del siglo, después de haber desorientado fuertemente a los primeros espectadores, traza una línea de demarcación precisa entre los actores y la sala, creando una nueva percepción, unificada y estable, del ser humano. Asimismo, el nuevo recurso al soliloquio, como en *La trágica historia del doctor Fausto* (*Doctor Faustus*, hacia 1588) de Christopher Marlowe, refuerza el efecto de interioridad, brindándole un gusto más vivo para el público.[64] Sin embargo, las tradiciones culturales antiguas no desaparecen brutalmente. En un ámbito muy diferente, la lección de anatomía, las representaciones iconográficas de principios del siglo XVII señalan siempre un dispositivo concéntrico heredado de Vesalio: el cadáver se encuentra en el centro del teatro anatómico de Leiden en 1610, rodeado de hileras de asientos circulares, en medio de una sala cuadrada, donde deambulan curiosos por fuera de las barreras de madera.[65] El apego al círculo tradicional y la posición del cuerpo disecado rodean con signos divinos un acto sacrílego a los ojos de muchos, pues es atreverse a mirar por dentro un ser hecho a su imagen por el Creador. En *Portrait of the Image of God in Man*, en 1627, John Weemes (o Wemyss), un teólogo inglés, invierte el argumento para conciliar la anatomía con la religión, afirmando que permite conocer mejor la obra del Todopoderoso.[66] Sin embargo, el tabú no ha desaparecido hasta nuestros días, pues el interior del cuerpo, que un cirujano del siglo XX denomina "la cabeza de Medusa", recuerda al observador su calidad de mortal.[67]

[64] Catherine Belsey, *The Subject of Tragedy*, *op. cit.*, pp. 18, 20, 23, 33, 34, 42 y 43.

[65] Jonathan Sawday, *The Body Emblazoned*, *op. cit.*, ilustración núm. 5 (véase también la núm. 6: teatro anatómico de Leiden en 1609).

[66] *Ibid.*, p. 107.

[67] *Ibid.*, p. 9 y 11.

Miedos y prohibiciones se asocian más aún al cuerpo de la mujer que al del hombre. El médico zelandés Levinus Lemnius (1505-1568), autor de una obra muy conocida en Europa,[68] afirma que este último huele naturalmente bien, al contrario de su compañera: "La mujer abunda en excrementos, y a causa de sus flores [reglas] difunde un mal olor, con lo cual estropea todas las cosas y destruye sus fuerzas y facultades naturales". Como Plinio el Viejo, cree que el contacto de la sangre menstrual destruye las flores y los frutos, opaca el marfil, hace perder al hierro el filo y vuelve rabiosos a los perros. A la zaga de Enrique Cornelio Agrippa, añade a la lista de los desastres la muerte o la vida de las abejas, el hecho de que el lino caliente se ennegrezca, el aborto de las yeguas, la esterilidad de las burras y, más generalmente, la imposibilidad de concebir, pretendiendo incluso que la ceniza de las sábanas manchadas por esta sangre decolora la púrpura o las flores. Además, extiende la noción deletérea del olor femenino propiamente dicho, derivado por su parte de la frialdad y humedad propias de este sexo, en tanto que el "calor natural del hombre es vaporoso, dulce y suave y casi como impregnado de algún olor aromático". A diferencia del varón, la mujer no huele por lo tanto nada bien, al punto de que su proximidad seca, mancha y ennegrece la nuez moscada. El coral palidece a su contacto, mientras que se vuelve más rojo ante un representante del sexo fuerte o si se mete dentro una simiente de mostaza.[69]

En otros términos, el cuerpo femenino inquieta a los hombres, al punto de que su disección se realiza de una manera particularmente entusiasta, notablemente en las Provincias Unidas y en In-

[68] Edición consultada: Levinus Lemnius, *Les Occultes Merveilles et Secretz de nature*, París, Galot de Pré, 1574, pp. 213 y ss., con cuadros detallados; 1ª ed. lat., 1559; trad. it., 1560 (otras cuatro hasta 1570); 1ª trad. fr., *Les Secrets Miracles de nature...*, Lyon, Jean d'Ogerolles, 1566; en seguida, París, 1567 (tres reimp. hasta 1575); trad. alemana, Leipzig, 1569 (otras tres hasta 1580 y cinco desde esta fecha a 1605). Más tarde son señaladas en particular una edición latina (Ámsterdam, 1650-1651) y una inglesa (Londres, 1658).

[69] Levinus Lemnius, *Les Occultes Merveilles et Secretz de nature*, *op. cit.*, fº 155 v. 166 vº.

glaterra, donde la cultura protestante recalca la Caída original. Los anatomistas tratan de descubrir el misterio del origen de la muerte, surgida de la falta de Eva, buscando de paso las pruebas y las causas de la naturaleza rebelde de las mujeres.[70] Sobre el escenario teatral inglés son representadas –por muchachos, como se recordará– como "recipientes agujereados" (*leaky vessels*), lo cual agrega la dimensión de la incontinencia a su debilidad estructural (*weaky vessels*). Llenas de fluidos, ligadas a los movimientos de la Luna que rigen sus mareas interiores, figuran en cierto modo como toneles de las Danaides que se vacían continuamente. En un tratado publicado en 1625, *The Anatomie of Urines*, James Hart sigue la opinión médica común según la cual su micción es menos colorada pero más abundante que la de los hombres, a causa de su temperamento más frío. Esta característica es objeto de numerosas bromas. ¿No dice un proverbio: "Déjala llorar, que meará menos"? Los otros fluidos femeninos son igualmente superabundantes. Shakespeare explica en *El mercader de Venecia* (hacia 1596-1598) que un cuerpo viril que sangra se asemeja al de una mujer. Gail Kern Paster estima que semejantes alusiones a la incontinencia y al despilfarro humoral son parte de un movimiento general orientado a crear confusión, de donde extrae el título de su libro, en el público del teatro isabelino.[71] La hipótesis es seductora. Completa la de Norbert Elias acerca de la civilización de las costumbres, que comienza con el control de las funciones naturales, como Erasmo lo subraya desde 1530 en *La civilidad pueril*. Prolonga también, matizándolas, las observaciones de Mijaíl Bajtín a propósito del "cuerpo grotesco" popular, abierto y desbordante de todas sus excreciones.[72]

[70] Jonathan Sawday, *The Body Emblazoned*, *op. cit.*, pp. 10, 222 y 224.

[71] Gail Kern Paster, *The Body Embarrassed*, *op. cit.*, pp. 19, 21, 23-27, 40, 41 y 95.

[72] *Ibid.*, pp. 14-16 (a propósito de Elias y de Bajtín); Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. al. en alemán, 1939). Mijaíl Bajtín, *L'Œuvre de François Rabelais et la Culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*, París, Gallimard, 1970 [trad. esp.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Barcelona, Barral Editores, 1978].

Entre el triunfo venidero de los autocontroles personales impuestos por una cultura de la culpabilidad lentamente establecida y la ley de la vergüenza colectiva característica de los mundos rurales, la noción intermedia de confusión permite definir un período de transición. Concierne ante todo a los londinenses espectadores de las obras de Shakespeare, y probablemente también a numerosos habitantes de las poblaciones de Europa, que comienzan a tomar el camino de la modernización de los comportamientos.

El sentimiento de molestia relativa ante las funciones corporales excesivas, que es mejor esconder, es también lo que procuran inspirar los pintores flamencos u holandeses sucesores de Bruegel el Viejo, notablemente en el siglo XVII. El que mea, frecuentemente representado en las escenas campesinas de los cuadros de género, debe ayudar a los poseedores de la obra, a menudo ciudadanos medios o ricos, a distinguirse de tales vulgaridades riéndose de sus actitudes. En el siglo XIX, quienes heredan lienzos lo que hacen es, pura y sencillamente, borrar esas cosas triviales que la moral de su sociedad no tolera.

La definición del placer, ante todo del disfrute sexual, está estrechamente unida a la percepción que el Sujeto tiene de sí mismo y de su cuerpo. Se ha llegado a hablar de un "modelo calorífico de sexualidad" en el Renacimiento.[73] Lemnius, práctico facultativo zelandés ya citado, escribe en *Les occultes secrets de nature* que el origen del deseo reside en el cerebro y el hígado, pero que el hombre obtiene una erección gracias a un efecto de calor superior procedente de las arterias del corazón. Tanto para los médicos como para los autores de manuales de conducta, el sexo tiene por único fin la reproducción. El acto venéreo debe, pues, ser eficaz. Para esto es preciso que los interesados experimenten un orgasmo simultáneo, que permite la mejor cocción posible de las dos "simientes", pues se considera que la mujer puede emitir también la suya.

[73] Stephen Greenblatt, *Shakespearean Negociations: The Circulation of Social Energy in Renaissance England*, Berkeley, California University Press, 1988, pp. 78-93.

Por este hecho, los preliminares no son algo para descuidar, incluso si ningún texto de la época habla del clítoris. En total, el esfuerzo realizado es agotador, en particular para el varón, que ve disminuir la calidad de su esperma si se entrega inmoderadamente a los goces de la carne. Los eruditos discuten por ello gravemente acerca de la intensidad del placer en la pareja. La opinión más difundida es que la hembra experimenta mayor delectación, porque eyacula su propia simiente sin dejar de recibir la de su pareja.[74]

La medicina de la época es esencialmente evacuante, al purgar al enfermo de los fluidos superfluos por medio de sangrías o de clisteres. Si bien Molière se burla mucho, produce quizá consecuencias eróticas inesperadas. Algunos escritos, como los almanaques, asocian la purga al coito. La práctica casi cotidiana de la técnica laxante acarrea una experiencia corporal ambigua, que mezcla satisfacción y vergüenza, produciendo, en cierto sentido, sensaciones voluptuosas por prescripción terapéutica.[75] Nada impide dar crédito a tal comentario. Algunas observaciones realizadas a lo largo de este capítulo a propósito de los papeles femeninos desempeñados por varones en el teatro y de la homosexualidad masculina en los reinos de la juventud, permiten creer que las satisfacciones anales, reales o imaginarias no eran tan escasas. La dureza de las legislaciones orientadas contra la sodomía, tanto en Francia como en Inglaterra, desemboca en muy pocos casos en los archivos criminales. Las muchachas reciben también enemas. ¿Obtenían también placer?

[74] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, pp. 32 y 54-57, da un excelente resumen del asunto. Véase también Évelyne Berriot-Salvadore, *Un corps, un destin: la femme dans la médecine de la Renaissance*, París, Champion, 1993, y Lucy Gent y Nigel Llewellyn (eds.), *Renaissance Bodies: The Human Figure in English Culture c. 1540-1660*, Londres, Reaktion, 1990.

[75] Gail Kern Paster, *The Body Embarrassed*, *op. cit.*, pp. 134, 135 y 161.

III. PLACERES CARNALES, PECADOS MORTALES

FANCHON: Pero, después de todo, esas muchachas que son tan tímidas y que tienen tanto miedo de que las preñen, ¿cómo pueden pues hacer para pasársela sin hombre cuando les vienen ganas y las superan tanto que, estando bien acalorado su coño, no sienten ningún alivio, de cualquier modo que se frote?

SUSANNE: Te diré prima, hay algunas que jamás han sido tocadas por ninguno y que no dejan por ello de hacerse pasar un buen rato y excitar su voluptuosidad, sin estos temores.

FANCHON: ¿Cómo pueden hacerlo?

[...]

SUSANNE: Las chicas que no tienen manera de poseer estatuas [la anécdota precedente revela el uso que le ha dado la hija de un rey a una figura masculina de bronce dotada de un poderoso pene tallado en una materia menos dura] se contentan con consoladores o simples cachivaches de terciopelo o de vidrio hechos a semejanza de un miembro viril natural, el cual llenan de leche caliente y se cosquillean como con un verdadero falo. Otras usan un chorizo, gruesos cirios de cuatro por libra o, a falta de ello, ponen el dedo en el coño con tanto ímpetu que pueden y se hacen así descargar. Y tantas pobres muchachas, recluidas a su pesar, y todas las religiosas que no ven el mundo sino por un agujero, están ciertamente obligadas a proceder así y no pueden expulsar las tentaciones de otra manera, pues el joder es natural como comer y beber, y cuando han pasado de los 15 años, no están ya en la inocencia y ciertamente tienen que aplacar su calor natural vital.[1]

[1] *L'École des filles*, obra anónima publicada en 1655, en Jacques Prévot (ed.), *Libertins du xvii^e siècle*, t. 1, París, Gallimard, 1998, pp. 1179-1180 (la obra es editada íntegramente en las pp. 1099-1202).

L'École des filles, el corto texto anónimo de donde procede este extracto, apareció en 1655. Gran descubridor de escritos libertinos olvidados, que lo escandalizaban sin dejar de picar su curiosidad, Frédéric Lachèvre (1855-1943) lo convierte en el primer manual práctico de erotismo en francés. Hay mucho más. El opúsculo es extraordinario en todos los sentidos del término, por la censura muy rigurosa que lo persigue, por el tono y la calidad de la exposición, por el proyecto del autor (o de los autores). En los tiempos en que florecen los manuales de buenos modales, orientados a dotar al "hombre honrado" citadino de un comportamiento amable y bien controlado,[2] el redactor propone con gran ironía una lección de educación sentimental muy carnal, consagrada por entero a la sexualidad de la mujer. Por primera vez una pluma masculina, sin lugar a duda, inventa el cuerpo de ésta y su derecho a las emociones eróticas. El libro explora ese continente desconocido, con gran precisión y sencillez de expresión que desarma, nombrando sin complejos lo que así lo amerita. Es una lástima que no exista su equivalente, una *Escuela de los muchachos*. Molière ha ofrecido poco después la de los maridos, en 1661, y la de las mujeres un año más tarde. También él afirma la legitimidad de la búsqueda amorosa de Agnès, la heroína de su pieza de 1662, pero lo hace siguiendo de cerca los preceptos del decoro. Bajo su pluma, la virginal Agnès no sueña más que con delicias y deseos lícitos en el matrimonio.[3]

No es para nada el caso de Fanchon, instruida por su prima Susanne. Comer, beber y joder, dice ella, son cosas naturales. La lección, como se verá, recuerda la de los libertinos de la época, en particular la del barón de Blot-l'Église, muerto en 1655. Mientras que las normas religiosas y morales, las convenciones aprendidas y la justicia de los hombres definen los excesos en la materia como

[2] Robert Muchembled, *La Société policée. Politique et politesse en France du XVI^e^ au XX^e^ siècle*, París, Seuil, 1998.

[3] Molière, *L'École des femmes*, 1662, acto V, escenas IV, v. 1516-1519: "tan lleno de placeres, que de casarse da deseos" [trad. esp.: *Comedias: El Avaro, Las preciosas ridículas, El médico a la fuerza, La escuela de las mujeres, Las mujeres sabias*, México, Porrúa, 2004].

pecados mortales, voces diferentes reivindican el acceso a los deleites sensuales para el ser humano, en particular para las mujeres. Molière lo dice también, con prudencia, mediante la pregunta planteada por la inocente Agnès a propósito del amor: "¿Un pecado, decís? ¿Cuál es la razón, por favor?".[4]

L'École des filles servirá de hilo de Ariadna a este capítulo.[5] Los historiadores, gente que suele ser más austera y sobre todo menos curiosa que Frédéric Lachèvre, toman a menudo al pie de la letra las fanfarronadas de los moralistas. Ahora bien, la trama de los días no es obligatoriamente tan llana como lo pretenden estos últimos, y las leyes criminales más duras sólo se aplican bien y por largo tiempo si descubren un consentimiento profundo por parte de las poblaciones en cuestión. Por haberlo olvidado, algunos autores de brillantes síntesis relativas a la familia y a la sexualidad han visto a éstas descender calladamente a la mazmorra.[6] Al igual que ellos, hay sin embargo que partir de los datos teóricos y judiciales para evaluar la fuerza de las interdicciones: los goces de la carne son graves pecados en la tradición monástica cristiana ampliada a una parte de la sociedad urbana y a algunas regiones campesinas, tras los empujes de las reformas religiosas. Las realidades adquieren entonces toda su importancia, pues las transgresiones fueron numerosas, incluso a veces sistemáticas. Los datos recogidos en los archivos judiciales franceses e ingleses pueden cruzarse con las lecciones de *L'École des filles*. Desde este punto de vista, la obra erótica centrada en el or-

[4] *Ibid.*, acto II, escena V, v. 600.

[5] Jacques Prévot (ed.), *Libertins du XVII^e siècle*, *op. cit.*, hace una excelente presentación sintética, pp. 1672-1680.

[6] Edward Shorter, *The Making of the Modern Family*, Nueva York, Basic Books, 1975 [trad. esp.: *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Crea, 1977], Lawrence Stone, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Nueva York, Harper and Row, 1977 [trad. esp.: *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra. 1500-1800*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990]. Crítica de esos dos libros por Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward. Peasants and Illicit Sex in Early Seventeenth-Century England*, Londres, Croom Helm, 1979, pp. 243-248.

gasmo femenino se torna también una especie de condensado irónico, un poco nostálgico, de una experiencia carnal mucho más difundida de lo que se ha dicho, incluyendo a los campesinos, en oposición a las glaciaciones morales que van imponiendo reglas nuevas. El resultado final de tales tensiones en la civilización es la asociación por largo tiempo la noción de voluptuosidad con la de culpa y castigo: disfrutar en el sufrimiento se vuelve privativo de aquellos y aquellas que resisten con cuerpo y alma el brote de los instintos y los tabúes. Mucho antes del marqués de Sade, el siglo XVII inventa por otra parte el recurso al dolor y a la sangre para decuplicar las sensaciones en *Les Dialogues d'Aloysia Sigea*, igualmente conocidos con el título de *Sátira sotádica*, publicados en 1660 por Nicolas Chorier.[7]

Pasiones prohibidas

Desde su origen, el cristianismo "ha opuesto el espíritu a la carne y guerreado contra la carne en nombre del espíritu", proclama Jean-Louis Flandrin. Doctrina y práctica se fijaron en tiempos de los monjes, entre los siglos VI y XI. Bajo su influencia, el celibato que habían elegido voluntariamente se convierte en el ideal más puro, mientras que la unión conyugal fue considerada en adelante como un sustituto, y hasta como una trampa cuando llevaba al placer. "No pretendemos que el matrimonio sea culpable", explica Gregorio el Grande, pero "no puede realizarse sin voluptuosidad carnal", la cual no podría "de ninguna manera ser sin tacha". El fiel es invitado a meditar en las palabras del apóstol Pablo: "¡Quien no pueda contenerse, que se case!". El sacramento es santo, en verdad, pero conviene utilizar las prerrogativas conyugales con moderación para evitar el pecado y la condenación. Por esto la Iglesia ha considerado el fenómeno muy de cerca, mul-

[7] Reeditadas con el título *Les Secrets de l'amour et de Vénus*, París, Cercle du livre précieux, 1959.

tiplicando las interdicciones de parentesco y los períodos de continencia obligatoria, durante las fiestas y los ayunos, en particular durante los largos períodos de cuaresma, antes de las Pascuas, y del Adviento, en espera de la Navidad. Los monjes han trasplantado su propio sacrificio voluntario a una regla de continencia periódica "casi tan dura como la suya", impuesta a todas las parejas casadas.[8]

Establecida la doctrina matrimonial, no todas las poblaciones se ajustan rápida ni completamente. En el siglo XVII los campesinos occidentales, en particular, resisten todavía por largo tiempo la presión. Ésta se ha acentuado sin embargo a consecuencia de las reformas. Protestantes y católicos rivalizan en celo y pretenden asegurar la salvación cristiana más eficazmente que sus adversarios. La unión conyugal es objeto de su interés creciente. Por el lado pontifical, la batalla por el control de la continencia se endurece a partir de mediados del siglo XVI. Los intelectuales de esta generación rechazan a menudo el irenismo de los erasmianos, en otros términos, la concepción optimista de las relaciones entre el Creador y el hombre. Este movimiento de pensamiento había dominado el humanismo de los años entre 1520 y 1530, después de Erasmo en persona, de Tomás Moro en Inglaterra, de Rabelais en Francia y de los pintores que se atrevían en adelante a representar la desnudez sin complejos, pues semejante belleza atestiguaba a sus ojos la bondad y el poder de Dios. Los gigantes de Rabelais constituían una metáfora para afirmar que el ser humano había cesado de empequeñecer, según se creía y se creyó aún después, porque el sol del espíritu lo irradiaba bajo la mirada benévola de Aquel que lo había creado a su imagen. Sus herederos de la década de 1560 cambian radicalmente de opinión, ante el espectáculo del caos religioso que está desembocando en terribles y crueles guerras de religión en Francia, en Inglaterra, en los Países Bajos. Uno de ellos, Pierre Boaistuau, se lamenta a propósito de "esta de-

[8] Jean-Louis Flandrin, *Un temps pour embrasser: aux origines de la morale sexuelle occidentale (VI^e^-XI^e^ siècles)*, Paris, Seuil, 1983, pp. 124-127.

plorable tragedia de la vida del hombre". Dice sin ambages que la responsabilidad proviene de la mujer: "Pero veamos en primer lugar ¿de qué semilla es engendrado, si no de una corrupción e infección? ¿Cuál es el lugar de su nacimiento si no una inmunda y sucia [infecta] prisión? ¿Cuánto está en el vientre de su madre sin que se asemeje a otra cosa que a una vil masa de carne insensible?". La desdicha surge del hecho de que "es sustentado por la sangre menstrual de su madre, la cual es tan detestable e inmunda que no puedo referir sin horror lo que de ella escriben los filósofos y médicos que han tratado los secretos de la naturaleza. Pero aquellos que son curiosos de tales cosas lean a Plinio". El niño viene al mundo después de haber sido largamente nutrido "de este veneno" durante una preñez asimilada a una enfermedad en la que "los humores corrompidos y depravados abundan" en el cuerpo materno. La "tragedia de la vida humana" se revela abrumadora, "de manera que si consideramos atentamente todo el misterio de nuestra natividad, encontraremos el antiguo proverbio auténtico que dice que somos concebidos con inmundicia y hedor, paridos con tristeza y dolor, y nutridos y erigidos [educados] con angustia y afán".[9]

Durante el Concilio de Trento (1545-1563), los cánones del 11 de noviembre de 1563 insisten en el sacramento monógamo indisoluble del matrimonio. Paralelamente, la legislación monárquica francesa lo rodea de obligaciones crecientes a partir del reinado de Enrique II. Un edicto de febrero de 1557 (nuevo estilo) prohíbe las uniones clandestinas "que cotidianamente, por una voluntad carnal, indiscreta y desordenada, son contraídas en nuestro reino por los hijos de familia, a pesar y contra el deseo y consentimiento de sus padres y madres". Los culpables menores, hijos de menos de 30 años o hijas de menos de 25 años, serán desheredados. Los que son mayores se encuentran sin embargo "puestos ante el deber de requerir la opinión y el consejo de sus mencionados padres y ma-

[9] Pierre Boaistuau, *Le Théâtre du Monde (1558)*, ed. crít. Michel Simonin, Ginebra, Droz, 1981, pp. 59 y 100-105 (ortografía ligeramente modernizada).

dres". La multiplicación de los textos, en adelante, indica que su eficacia no es muy satisfactoria. En 1579, la ordenanza de Blois exige el acuerdo de los tutores, curadores y parientes cercanos en el caso de los huérfanos, incluyendo a las viudas menores de 25 años, así como la presencia en la ceremonia de cuatro testigos, después de la publicación de tres bandos previos. Prohíbe formalmente las alianzas por "promesas de presente" intercambiadas ante un notario, una especie de matrimonio de prueba que era entonces común y permitía a los futuros cónyuges cohabitar y tener relaciones físicas antes de recibir el sacramento. Un edicto de 1606 recuerda el conjunto de estos imperativos, bajo pena de anulación. En 1629, el código Michau subraya de nuevo la necesidad de "mantener la autoridad de los progenitores sobre sus hijos". Otras ordenanzas vuelven, a partir de 1639, sobre los delicados problemas de la clandestinidad o de la falta de acuerdo de los padres. La terquedad de los legistas reales indica que la cuestión de las bodas es una preocupación esencial del poder real bajo los últimos Valois y los primeros Borbones. La ordenanza de 1579 califica por otra parte pura y simplemente de rapto toda unión matrimonial concertada entre menores sin autorización familiar, lo cual permite reclamar su anulación ante los parlamentos.[10]

Tales disposiciones traducen transformaciones religiosas y culturales más amplias, igualmente visibles a través de una insistencia literaria y artística nueva acerca del tema de la sexualidad femenina devoradora: para aquellas que no pueden tomar el velo, el matrimonio es el único refugio de su salvación eterna. La moral monástica de la continencia periódica aplicada a las parejas asume la forma de un miedo creciente a los infiernos de la parte de abajo del cuerpo. Todo mundo debe desconfiar del demonio que allá dormita; las mujeres más que los hombres porque no pue-

[10] Robert Muchembled, *Passions de femmes au temps de la reine Margot, 1553-1615*, París, Seuil, 2003, cap. II: "Au malheur des dames"; Sarah Hanley, "Engendering the state: family formation and state building in early modern France", en *French Historical Studies*, vol. 16, 1989.

den reprimir solas su lubricidad. En el marco muy turbio de los enfrentamientos confesionales y de las guerras de religión, el viejo mensaje de los sermones contra el pecado adquiere tonalidades más angustiosas y se difunde mucho más ampliamente, en particular en las poblaciones amenazadas o sitiadas por enemigos de la fe. Las imágenes aterradoras de los castigos de los pecadores salen de las iglesias, donde fueron pintadas con realismo a fines de la Edad Media, para insinuarse en los espíritus.[11] Cada vez más frecuentes en Europa a partir de los años entre 1560 y 1580, las piras de brujería transportan por doquier el estereotipo de la vieja campesina libertina que se entrega a Satanás a fin de arruinar el propósito divino y ayudar a destruir la humanidad. Se trata de otra manera de pretender que su sexo está destinado a la muerte, aunque dé la vida, pues se la acusa también de matar y entregar criaturas no bautizadas a su amo para hacer ungüentos diabólicos. Toda esta imaginación se concentra en un discurso masculino justificativo, urbano en lo esencial, difundido por el libro y por la imagen. Gana una gran credibilidad porque no lo profieren sólo los eclesiásticos, sino también médicos, legistas, jueces, autores de ficciones literarias como Rabelais en el *Tercer libro*. La imprenta parisiense lo difunde en gran medida y lo hace accesible a quienes no saben leer. El análisis de 6.000 imágenes producidas de 1490 a 1620 permite así registrar dos definiciones muy opuestas de la feminidad. La principal, visible en dos tercios de las obras, hace de la mujer una diabla entregada a los siete pecados capitales. A la cabeza, muy separada del resto, está la lujuria, seguida en orden por la envidia, el orgullo, la pereza, la avaricia, la ira y, por fin, la gula. ¡Interesante catálogo de placeres prohibidos, que conducen a la condenación eterna! La cultura dominante estigmatiza, pues, en particular la propensión "natural" de las hijas de Eva a disfrutar sin límites de los goces de la carne. Presenta evidentemente

[11] Robert Muchembled, *Une histoire du diable (XII^e-XX^e siècle)*, París, Seuil, 2000, en particular cap. 1 [trad. esp.: *Historia del diablo. Siglos XII-XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002].

sus ventajas, pues este modelo imaginario de la "prostituida", considerada como latente en toda mujer, permite a los hombres practicar la doble norma sexual y tomar como presas fáciles a todas aquellas que no están protegidas y a la vez vigiladas por un marido. El resto de las estampas estudiadas, poco más de la tercera parte, glorifica a la dama virtuosa, casta pero fecunda. No la virgen prudente, bastante poco señalada, sino más bien la compañera ideal, fiel a su cónyuge y sobre todo maternal. A diferencia de los otros vasos femeninos, siempre abiertos y constantemente en busca de satisfacciones lujuriosas, su cuerpo cerrado a las tentaciones alumbra, según el mandamiento divino, y luego nutre.[12] Buena esposa y buena madre, y valiente hasta el sacrificio, ostenta los caracteres de aquellas cuya alma será salvada porque aceptan dócilmente la tutela masculina indispensable para conducirlas por este difícil camino, contrario a su naturaleza rebelde eminentemente pecadora.

El arte europeo hace valer tales caracteres, insistiendo en la fecundidad y la lactancia, oponiendo término a término a la madre y a la puta.[13] A partir de mediados del siglo XVI, las chicas longilíneas de senos pequeños y altos, como la *Venus* de Botticelli, la *Eva* perversa, pintada a menudo por Cranach el Viejo, o los modelos de Jean Goujon en Francia, ceden el puesto a las formas llenas y redondas de la escuela tardía de Fontainebleau o de Rubens en el ciclo dedicado a María de Médicis para su palacio del Luxemburgo. Esas carnes triunfantes dicen que el receptáculo naturalmente demasiado abierto de la feminidad puede cerrarse a fuerza de virtud. Los fluidos así retenidos ya no pasarán a la sangre menstrual im-

[12] Sarah F. Matthews-Grieco, *Ange ou diablesse? La représentation de la femme au XVI^e siècle*, París, Flammarion, 1991.

[13] Es el título y el tema de una película de Jean Eustache, *La Maman et la Putain* (1973), con Bernadette Lafont, Jean-Pierre Léaud y Françoise Lebrun. El héroe vacila entre dos amores, dos tipos de mujeres, una maternal, la otra empujada al placer hedonista y a la bebida. La obra evoca con talento la ruptura del modelo antiguo de la doble moral masculina, consecuencia de las transformaciones de los años sesenta (véase el cap. VI, más adelante).

pura o a la voluptuosidad de los sentidos, sino que se concentrarán, abultando las formas, haciendo crecer únicamente al niño de pecho. Como se ha señalado ya, todos los líquidos orgánicos son idénticos para los médicos y todos son susceptibles de transformarse en sangre. La leche de la madre es análoga al esperma que eyacularía durante el coito: la primera sublima al segundo después de la procreación. Aquí yace la coherencia del discurso sobre el matrimonio. Se trata de valorarlo, de llamarlo santo, a pesar del pecado que se vincula al placer gozado durante las relaciones sexuales. Representantes de las Iglesias y jueces se encargan de hacer aplicar la Vulgata para prohibir y sancionar la simple búsqueda del goce, en el lazo conyugal sagrado o fuera de él.

La represión sexual está claramente atestiguada en los archivos criminales de los siglos XVI y XVII. En Francia, leyes y jurisprudencia ponen lentamente en su sitio una visión muy negativa de los excesos de la carne, con ayuda de la acción de los confesores interesados particularmente en las prácticas sexuales de los cónyuges.[14] El conjunto alcanza la madurez bajo el reinado de Luis XIII. Desde 1609, el jurista Claude Le Brun de la Rochette publica en Lyon *Le Procès civil et criminel*, en el cual distingue cuatro grandes tipos de crímenes. Menos frecuentemente perseguidos que los ataques a las personas y los robos, pero más numerosos que las acusaciones de lesa majestad divina o humana, los casos de "libertinaje" conciernen a diferentes tipos de transgresión sexual.[15] Se establece una gradación, esencialmente en función de la acusación de los principios sacros del matrimonio. A los ojos de los jueces, la masturbación constituye un delito, el primer peldaño de la escala represiva, pero se revela demasiado difícil de identificar para poder ser eficazmente perseguida. Siguen entonces, por orden de impor-

[14] Jean-Louis Flandrin, *L'Église et le Contrôle des naissances*, Paris, Flammarion, 1970; John T. Nooman, *Contraception et mariage*, París, Cerf, 1969 (1ª ed. estadounidense, 1966).

[15] He presentado en detalle estas nociones en Robert Muchembled, *Le Temps des supplices. De l'obéissance sous les rois absolus, XVe-XVIIIe siècle*, Paris, A. Colin, 1992, pp. 135 y 139-145.

tancia, el estupro –en otras palabras, las relaciones sexuales fuera del matrimonio–, el concubinato, el adulterio, la bigamia, castigados de maneras diversas según los lugares y los tribunales, siempre por debajo de la pena capital. Ésta se aplica a la violación, a la homosexualidad masculina o femenina (menos grave, la sodomía matrimonial se deja al confesor), al incesto entre progenitores e hijos o entre hermanos y hermanas, a la bestialidad, siendo el animal en cuestión también la mayoría de las veces ejecutado. Asimismo, un edicto real de 1557 ordena la ejecución de las madres que han parido fuera del matrimonio después de haber ocultado su preñez a las autoridades, si la criatura fallece de alguna manera. En su vasto terreno, que cubre cerca de la mitad del reino, el Parlamento de París ratifica alrededor de 1.500 sentencias de muerte a este respecto entre 1557 y 1789. Finalmente, las brujas y los brujos condenados a la pira por lesa majestad divina acusados de haber tenido relaciones carnales con un demonio íncubo o súcubo según las necesidades, en ocasión del aquelarre. Las confesiones de las primeras ante el tribunal contienen a menudo la mención de un placer harto doloroso, pues el pene diabólico es descrito por ellas como helado y erizado de pinches...[16]

Con excepción de las "sospechas de embarazo" y de los infanticidios, los delitos sexuales no han dejado rastros espectaculares en las piezas judiciales. Los más espantosos a ojos de los magistrados, la sodomía, la bestialidad y el incesto, son muy raramente mencionados. La posible destrucción de los expedientes para evitar que se conservara el recuerdo de semejante escándalo no explica sino parcialmente el asunto. De hecho, no son objeto de persecuciones sino muy excepcionalmente, lo cual implica una tolerancia tácita, en particular en los asuntos rurales. La violación está un poco mejor documentada: 18 casos sobre un total de 641 recursos por delito en 1567, y 13 sobre 673 en 1568, ante el Parlamento de

[16] A propósito de los crímenes femeninos, especialmente de las ocultaciones de embarazos y de las cuestiones de brujería, véase Robert Muchembled, *Passions de femmes*, *op. cit.*, caps. 2 y 7.

París, según mis sondeos. La parte de los campos es una vez más claramente minimizada. Si bien tal acto suscita un poco más de indignación en el medio urbano, la pena capital no es común. Señalada tres veces en dos años, o sea, en el 10% de los juicios, depende siempre de circunstancias agravantes. Lo mismo acontece con siete condenados a remar en las galeras, mientras que los otros son desterrados, fustigados o sencillamente puestos en libertad.

La presencia del adulterio en las mismas fuentes manifiesta la nueva atención hacia la pureza del sacramento matrimonial después del edicto real de 1557. Hay 33 acusados involucrados, incluyendo 18 mujeres en 1567 y 1568. Las penas más graves se limitan sin embargo al envío de dos hombres a galeras y a dos años de destierro para una muchacha soltera que pecó con un individuo casado. Destierros, multas, fustigación pública, exposición infamante, son las sanciones a los demás condenados. La atención de las autoridades recae especialmente en la doble ruptura del lazo conyugal en el medio urbano: se advierte que el contingente femenino comprende a once ciudadanas contra siete campesinas y que en total once de ellas son casadas, frente a cuatro viudas y tres solteras. Los campesinos, que conforman más del 80% de la población, son sin lugar a dudas menos perseguidos, lo cual traduce un encuadramiento religioso y moral del mundo rural menos riguroso que en la ciudad, y no una propensión menor a los pecados sensuales. Un siglo más tarde, hacia 1670, el adulterio aparece muy poco en los recursos al Parlamento de París. Una práctica ligada al dominio del hombre sobre su pareja parece haberse impuesto: el marido engañado puede hacer encerrar a la culpable durante dos años en una institución religiosa y luego decidir soberanamente dejarla allí de por vida, o volver a aceptarla consigo. No hace falta decir que la situación inversa no se encuentra.[17]

Es finalmente bastante difícil de interpretar claramente el conjunto de estos fenómenos. Los partidarios de la austeridad po-

[17] Robert Muchembled, *Passions de femmes*, *op. cit.*, pp. 76-81, para un análisis más detallado a propósito de la violación y el adulterio.

drían ver ahí un espectacular empuje de moralización entre los pueblos. Me pregunto más bien si la debilidad de las cifras en relación con los millones de franceses que son de la incumbencia del Parlamento de París no significa exactamente lo contrario, es decir, que los comportamientos sexuales no se modifican para nada en profundidad. Sin embargo, las presiones normativas crean probablemente inquietud entre quienes saben en adelante actuar de una manera reprobada por las leyes y por la Iglesia. Al buscar la declaración de los pecados, la confesión auricular, presentada en adelante como una exigencia y un deber cristianos, ¿no aviva este sentimiento? ¿No contribuye a desarrollar un nuevo sentido de culpabilidad? Los manuales de confesión enseñan a los sacerdotes a preguntar con insistencia, en particular a las mujeres, acerca de las posiciones sexuales adoptadas, las tentativas eventuales del hombre para no dejar su simiente en el vaso femenino y otros usos del cuerpo considerados como degradantes. No disponemos por desgracia de respuestas precisas a propósito de las actitudes reales relacionadas con la Francia católica. Sólo los protestantes, cada vez más minoritarios después de 1598, dejan rastros escritos a este respecto en los informes de sus consistorios.[18]

El caso inglés permite paliar tales inconvenientes. La cuestión del sacramento matrimonial fue objeto de ardientes debates entre puritanos y anglicanos al final del siglo XVI, según se ha notado. La posición anglicana salió ganando en 1597 y fue confirmada por el rey Jacobo I. En 1604, los canónigos de la Iglesia anglicana imponen una visión de la indisolubilidad del matrimonio próxima a la de los católicos franceses: publicación de la intención tres veces sucesivas durante el servicio divino en la parroquia, respeto de las interdicciones de parentesco, necesidad del consentimiento de los familiares si los futuros cónyuges tienen menos de 21 años. Por otra parte, el canon 109 ordena a los funcionarios parroquiales (*churchwardens*), generalmente en el número de dos por comuni-

[18] Gilles Deregnaucourt y Didier Poton, *La Vie religieuse en France aux XVI^e-XVII^e siècles*, Paris, Ophrys, 1994, expediente sobre los consistorios, pp. 263-273.

dad, informar a sus superiores las actitudes escandalosas de los fieles, como el adulterio, la prostitución, el incesto u otras villanías. Los obispos se encargan de la vigilancia. El de Bath y Wells, por ejemplo, pide en 1630 una relación minuciosa concerniente a toda forma de inmoralidad, incluyendo la simple fornicación, las actitudes que afectan la castidad de las mujeres, la lubricidad masculina o femenina, las chicas encintas, los posibles padres, los muchachos que desposan a estas desvergonzadas para ocultar la falta de genitor, las comadronas ineficaces o sin licencia, sin olvidar precisar el nombre de cualquiera que haya prestado una ayuda material a uno u otro de los autores de las transgresiones. El objetivo no es descubrir pruebas sino obligar a aquel o a aquella que es denunciado por un rumor público o por un chismorreo a acudir a justificarse delante de las autoridades religiosas, pues el "murmullo común" constituye en sí un hecho que debe ser capaz de explicar.

Aunque el matrimonio deje de ser un sacramento en la época de la primera revolución inglesa, consecuencia de la ordenanza presbiteriana de 1645, las realidades cambian poco. El acta de 1650, orientada a suprimir los abominables pecados de incesto, adulterio y fornicación, no va tampoco seguida de efectos concretos; hasta ese punto las sanciones previstas resultan rigurosas. Prevé en efecto la pena de muerte en los dos primeros casos, salvo si un hombre adúltero no sabía que su pareja era casada o si el esposo de una culpable había estado ausente durante tres años. Es suficiente a menudo aplicar lo que concierne a la fornicación, como en Somerset: tres meses de prisión y un año de puesta a prueba para el fornicador simple; el látigo, la picota, la marca de una B con hierro al rojo vivo y tres años de aprisionamiento para el propietario de un burdel, que arriesga la vida en caso de reincidencia. En cuanto a los magistrados civiles, teóricamente afectados sólo por los delitos de violación y de "contacto" con un hombre o un animal, ejercen en la práctica una influencia considerable sobre todos los temas sexuales, como guardianes de la paz comunitaria. Tanto más cuanto que la legislación Tudor les confió por entero el problema de los bastardos, no solamente a fin de castigar

a los padres culpables sino también para que se aseguren de la subsistencia del niño y eviten que la parroquia padezca con el asunto. En el condado de Somerset, al sudoeste de la isla, los dos tipos de tribunales en cuestión, las *quarter sessions* laicas y las *consistory courts* eclesiásticas, han ofrecido a Geoffrey Robert Quaife una abundante y sugestiva cosecha documental para aclarar la vida sexual de las poblaciones de 1601 a 1660.[19]

Los goces del sexo

Una opinión bien establecida podría suponer que el pueblo, rural en particular, sufrió y aceptó globalmente las glaciaciones morales de los años entre 1550 y 1650, para terminar presentando caracteres menos rudos y menos impulsivos a las generaciones siguientes. Aunque se concentre en las transformaciones de la corte de Francia bajo Luis XIV, la noción de civilización de las costumbres elaborada por Norbert Elias parece dirigirse en este sentido, al igual que la evocación nostálgica de Mijaíl Bajtín de una cultura popular escatológica y sensual de la cual Rabelais habría sido uno de los últimos testigos.[20] En Inglaterra, la moral puritana no se habría impuesto, ni siquiera en las capas sociales inferiores.[21] Ahora bien, el ejemplo de Somerset de 1601 a 1660 demuestra lo contrario y plantea una seria duda sobre las reconstrucciones históricas en cuestión.

[19] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives*, *op. cit.*, pp. 38-43.

[20] Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. en alemán, 1939); Mijaíl Bajtín, *L'Œuvre de François Rabelais et la Culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*, París, Gallimard, 1970 [trad. esp.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Barcelona, Barral Editores, 1978].

[21] Lawrence Stone, *The Family, Sex and Marriage in England*, *op. cit.*, pp. 627-631.

Erotismo campesino en Somerset

Poblado entonces por unos 200.000 habitantes, este condado inglés es, como todo el país, objeto de una gran vigilancia moral. Las recomendaciones de los obispos anglicanos se revelan particularmente precisas. Se tiene la impresión de que nada puede escapar a la mirada de la Iglesia, que se entera de los hechos gracias a los mecanismos del chismorreo, el rumor, las fanfarronadas de los varones alegres o las confesiones recogidas a la cabecera de los que están muriendo. Pero la represión no está en modo alguno a la altura de semejante esfuerzo. Es verdad que los castigos posibles no son muy disuasivos: admonición o penitencia. La última sanciona normalmente el incesto, la fornicación o el adulterio. Comprende dos ceremonias públicas en la parroquia, otra en la catedral, a veces otra más, la cuarta, en la plaza del mercado, en los casos más graves. Si las autoridades anglicanas demuestran desde mediados del siglo XVI una actitud liberal en materia de matrimonio y sexualidad,[22] es sin duda porque saben bien que no pueden modificar en profundidad los comportamientos de los fieles, pues la sociedad campesina afronta condiciones de existencia difíciles antes y después de la primera revolución de Inglaterra. La violencia está latente, siempre presta a estallar. El abuso de las bebidas fuertes, sobre todo de cerveza, constituye un azote combatido vigorosamente pero con un éxito mitigado por los poderes de tutela, pues se trata de un refugio, incluso de una especie de narcótico para soportar las tensiones.[23] Las mismas características se encuentran en la época en el condado de Artois bajo tutela española y luego francesa a partir de 1640,[24] y es probable que sean típicas de los campos occidentales de la época.[25]

[22] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives*, *op. cit.*, pp. 193 y 248.

[23] *Ibid.*, pp. 25 y 29.

[24] Robert Muchembled, *La Violence au village (XVe-XVIIe siècle). Comportements populaires et mentalités en Artois*, Turnhout, Brepols, 1989, pp. 31, 32, 398 y 399.

[25] John Addy, *Sin and Society in the Seventeenth Century*, Londres, Routledge, 1989, a propósito del obispado de Chester, presenta con modestia re-

En Somerset, la vida sexual se revela más bien liberada. El autor deduce incluso un amoralismo dominante entre los campesinos, con excepción de las muchachas y de las esposas de los *yeomen*, los ricos granjeros, más influidos que los demás por el flujo moralizador. A la *gentry* (la nobleza insular) le concierne más el rigor de la materia, pero forma con los *yeomen* una minoría muy estrecha. Sin embargo, a primera vista las características demográficas dan la impresión de un control estrecho de los deseos amorosos. Los bastardos son escasos, alrededor del 3% en promedio en todo del período, con un movimiento a la baja que alcanza los dos tercios entre el primero y el último decenio de observación. Las concepciones prenupciales relativas a aquellas que se casan estando ya embarazadas representan a lo sumo entre el 16% y el 25% de los bautismos, según las parroquias, lo cual corresponde a las observaciones de Peter Laslett acerca de Inglaterra en

---

sultados concordantes según los mismos tipos de datos, particularmente pp. 112-158. Martin Ingram, *Church Courts, Sex, and Marriage in England, 1570-1640*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, para Wiltshire, muestra la importancia de la documentación, sin dejar de criticar la visión general de Quaife con argumentos más próximos a la moral que a la historia, pp. 159-161. La opinión de los demógrafos como Peter Laslett (*Family Life and Illicit Love in Earlier Generations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977), concerniente a una estricta disciplina personal, constituye aparentemente un dogma para numerosos investigadores, pese al descubrimiento de fuentes nuevas y de visiones históricas menos puritanas acerca de la sexualidad. Los archivos dejados por las cortes eclesiásticas londinenses han sido también objeto de un tratamiento original por parte de Laura Gowing, *Domestic Dangers: Women, Words and Sex in Early Modern London*, Oxford, Clarendon Press, 1996, especialmente pp. 180-231, a propósito del adulterio visto desde el lado femenino. Para las regiones francófonas, notaciones que revelan una vida sexual tan "amoral" como en Somerset, de acuerdo con piezas judiciales del alto valle del Meurthe y de los alrededores de Saint-Dié, se encuentran en Jean-Claude Diedler, *Démons et sorcières en Lorraine. Le bien et le mal dans les communautés rurales de 1550 à 1660*, París, Messene, 1996, pp. 28-32 (numerosos adulterios y fanfarronadas de Gérard Grivel, que afirma que "si todas las mujeres o chicas de las que disfrutó se tomaran de la mano, llegarían por cierto hasta el barrio del Vieux Marché", o sea, a 15 km del lugar), pp. 36 y 37 (incesto padre-hija), p. 63 (frecuentes infidelidades femeninas), etcétera.

general. Con cifras del 18% al 20%, el siglo XVII se inscribe para él en una larga etapa de descenso, comparado con el 32% de los años entre 1550 y 1599 y con el incremento continuo que sigue, hasta un máximo del 39% hacia 1800-1849.[26] En materia de bastardía, la situación no parece diferente de la de Francia en tiempos de Luis XIII y de Luis XIV, cuando la tasa alcanza un máximo del 3% en la Baja Normandía y cae a menudo en otros lugares al 1% de los nacimientos. En cuanto a los adelantos sobre el matrimonio contraído por los jóvenes franceses, no superan el 5% al 10% de estos últimos, o sea, claramente menos que del otro lado del canal de la Mancha.[27] Sin embargo, si se pasa de las fuentes demográficas a los archivos producidos por el sistema inglés de vigilancia eclesiástica, el paisaje cambia de manera fundamental.

En todos los niveles sociales, el hombre ejerce una gran libertad sexual antes y durante el matrimonio. La mujer, cualquiera sea su rango, es a sus ojos un objeto de deseo legítimo, que puede tratar de conquistar sin tener en consideración el hecho de que sea casada, si se encuentra a solas con ella. Muchos no comprenden que se los acuse por tan poca cosa; algunos afirman que si cada uno hiciera otro tanto, nadie se quejaría; algunos invocan incluso un permiso dado por su esposa. Para explicar su conducta se refieren, pues, a una visión de la mujer que insiste en su lubricidad natural y su constante búsqueda de una pareja capaz de satisfacer su concupiscencia. Ellos mismos se representan como normales, simplemente demasiado "calientes" en un instante dado, con lo cual tienen necesidad de enfriar su llama con una eyaculación rápida: uno de ellos promete así a una chica a la que codicia que el asunto no llevará sino un minuto, si ella le

[26] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives*, *op. cit.*, pp. 56-58. Peter Laslett, *The World We Have Lost: Further Explored*, *op. cit.*, para una visión clásica –aunque revisada y corregida en esta reedición de un libro célebre– de la sexualidad en el poblado.

[27] Pierre Goubert, *La Vie quotidienne des paysans au XVII^e siècle*, París, Hachette, 1982, p. 93. Véase igualmente Jacques Dupâquier (dir.), con la col. de J.-P. Bardet *et al.*, *Histoire de la population française*, París, PUF, 1988.

hace el favor de ir a una habitación cercana. El placer del varón es definido como un derecho, sin consideración real hacia la pareja. Numerosos vanidosos no vacilan en contar en detalle sus hazañas, en la taberna o en otra parte. Así, cierto campesino de West Hatch aseguraba que desde hacía 20 años había conquistado la castidad de numerosas conciudadanas, solteras o no. La doble norma, que se instaurará como tal en el siglo XIX, no es necesaria en tal universo de tolerancia tácita. En cuanto a las mujeres, si bien sus deseos no son reconocidos en el discurso viril, ellas son a menudo capaces de imponerse por su cuenta. Las que pertenecen a las capas inferiores despliegan una actividad sexual considerable. Muchas se jactan igualmente sin complejos de sus proezas amorosas. Otras se quejan sin tapujos de un marido demasiado viejo, o que se abstiene de cumplir con los deberes conyugales, si no es que practica el coito interrumpido, por no hablar ya de un cónyuge dotado de un pene demasiado pequeño (*"small privy member"*), y no hacen sino reforzar las certidumbres masculinas relacionadas con el apetito erótico inextinguible de su sexo. Es verdad que las normas nuevas tratan de imponer mejor el modelo de la esposa respetable que reserva sus favores a su marido exclusivamente, con el único propósito de procrear, por lo menos en las familias de *yeomen* y de la *gentry*. La honorabilidad de los hombres, por su parte, nunca es afectada por sus necesidades carnales. Los que preñan a una muchacha deben desposarla si los dos son solteros, pero si ya están casados les es preciso sencillamente preocuparse de la suerte del niño y contribuir financieramente a su mantenimiento, a fin de que la paz y el orden continúen reinando en la comunidad. Sólo el miedo a las enfermedades venéreas constituye un verdadero freno a la libertad sexual de los varones.[28]

Otros detalles emergen de los textos. La homosexualidad masculina, delito capital en teoría, no aparece sino dos veces en toda las *quarter sessions* de Somerset. Igualmente, el incesto, objeto

[28] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives*, *op. cit.*, pp. 181-183, 186 y 249.

de menor reprobación que en los siglos siguientes, se encuentra muy raramente citado en los documentos eclesiásticos.[29] La sodomía no es al parecer una salida erótica para los solteros, según ha podido imaginarse a propósito de Francia.[30] ¿Será acaso el comportamiento, por el contrario, demasiado corriente, demasiado trivial para entrar en el circuito de las denuncias exigidas por las autoridades? La masturbación, por su parte, se revela como extremadamente frecuente, no sólo como alivio para los frustrados sino, de manera mucho más general, especialmente como preludio de placeres completos. La estimulación manual del pene, del clítoris o de la vagina está atestiguada por múltiples circunstancias. Las prostitutas la practican y aceptan fácilmente. La ausencia de ropa interior facilita las cosas en todas las situaciones imaginables para los hombres atrevidos, por ejemplo a caballo. Sucede también que incitan a una muchacha o una mujer a llegar más lejos, exponiendo su miembro íntimo, a veces manipulándolo ante ellas, más frecuentemente llevándoles los dedos hacia su verga, poniéndoles ésta en la mano, incluso en el hombro de una parroquiana casada sentada, en uno de los casos relatados. Si bien las mujeres exponen rara vez sus partes genitales, las dejan fácilmente palpar o explorar. Los felices beneficiarios presumen siempre, con abundantes comentarios. Uno de ellos exclama en público que "la cosa de Mary Pittard es tan suave como un cojín de plumas" y apostrofa a la interesada felicitándola por tener un "dulce coño". Algunos tocan a todas las que dejan que se les acerquen. Un denunciante cuenta que alguien ha sostenido tanto tiempo el sexo de una chica, que ella ha acabado por orinarle en la mano. Quaife piensa que estas intimidades ordinariamente admitidas, practicadas por los muchachos durante una decena de años, entre la pubertad y el matrimonio, en forma de masturbación mu-

[29] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives*, *op. cit.*, pp. 175-177.

[30] Sobre la homosexualidad y la masturbación de los jóvenes solteros, véanse los trabajos de Jean-Louis Flandrin.

tua o de manipulación de los órganos genitales femeninos, pueden haber condicionado su vida erótica ulterior. No es raro, subraya como argumento, que asaltos sexuales brutales se concentren en semejante actividad: después de haber bebido largamente en una taberna, seis hombres acuestan por la fuerza a una sirvienta sobre una mesa para explorar cada uno a su vez sus "partes vergonzosas" y verter ahí su vaso de cerveza, con excepción del último, que sólo la toca diciendo que es el más decente de todos... antes de beberse el vaso...[31]

Las caricias femeninas recíprocas están muy escasamente atestiguadas en los documentos. Éstos no hablan prácticamente de la bestialidad (un solo caso) y para nada de prácticas orales. Para los jóvenes varones solteros de Somerset, la masturbación heterosexual hasta la eyaculación parece ser el medio principal de satisfacer sus deseos. La sigue de cerca la frecuentación de las mujeres casadas. Jovencitos y adultos tienen numerosas ocasiones de poner a prueba su fidelidad y numerosas son las que ceden a sus pretensiones, a veces en su propia casa, más a menudo aprovechando prestamente una ocasión que se ofrezca. La inventiva exhibida a este respecto habría podido tentar la pluma de Boccaccio, de Brantôme para *Las damas galantes*, o de Margarita de Navarra en el *Heptamerón*; los placeres culpables se encuentran por doquier, en la morada en ausencia del cónyuge, enviado a veces deliberadamente a otra parte, contra la muralla de un castillo, tras el refugio de una valla, en un establo, a menudo en la taberna, y hasta en los retretes de una posada... Las posiciones sexuales evocadas no se limitan a la del misionero, el hombre tendido sobre la mujer, pues en las circunstancias en que hay gran prisa, la pareja se ama de pie o apoyados en el tronco de un árbol, en una artesa, en un vallado (en este último caso, el amante debió hacer que su dulcinea levantara una pierna para lograr sus fines), en una escalera...[32] *L'École des filles* describe

[31] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives*, *op. cit.*, pp. 165-169.

[32] *Ibid.*, pp. 124-142, 171 y 246.

semejantes prácticas, insistiendo incluso en ocasiones en la extraordinaria calidad del goce tomado de manera tan furtiva, cuando el temor de ser sorprendido embriaga al amigo de Susanne.

El cuadro de la sexualidad popular en el condado de Somerset se revela colorido y muy variado. Las prostitutas ocupan un lugar considerable en las parroquias, incluso en el pueblo, y sus actividades están lejos de ser tan desdeñadas como pretenden los puritanos. Existen cuatro tipos diferentes: la itinerante pobre, que va de un lugar a otro para ofrecer sus favores en las ferias, los mercados y las tabernas; la puta pública, instalada en una posada o una casa de placer; la querida privada, que consagra toda su actividad a un solo hombre, en ocasiones a dos, durante algunas semanas o algunos meses antes de buscar fortuna en otra parte; la mujer fácil del pueblo, más bien discreta, a menudo viuda, que ofrece su cuerpo a cambio de servicios tales como ordeñar vacas o trabajar los campos, abriendo la puerta a todos, a la vez providencia de los hombres casados y de los jóvenes inexpertos. Mary Combe pertenece a la última categoría, pero de una manera particularmente estrepitosa. Es convocada repetidas veces por la justicia sin grandes consecuencias punitivas, lo cual indica una indulgencia colectiva a su respecto. Mujer de un posadero, a menudo pone la mano en el pantalón de los clientes, tiene por costumbre pasearse desnuda por la localidad y tenderse en pleno camino, con las piernas al aire, invitando a los que pasan: "¡Ven a jugar con mi coño y ponle cuernos a mi marido!". En 1653 organiza una orgía donde no invita sino a cornudos y perseguidores de mujeres casadas. Tiene también fama de levantarse la ropa para instalarse en cuclillas sobre todo varón que encuentre tendido boca arriba. No vacila en mostrar su desdén hacia sus enemigos cubriéndoles la casa con sus excrementos o desnudándose para orinar delante de ellos. Numerosas habitantes del condado, especialmente en Wells y en Glastonbury, ostentan una libertad sexual y corporal tan agresiva como la suya. Una exclama que tiene tal calor en el trasero, que ¡se acostaría con cualquier hombre en pleno camino! La suavidad de las persecuciones contra ellas permite pensar que despliegan a los ojos de todos una

subcultura femenina bastante bien tolerada, pero muy diferente de la de la esposa puritana del *yeoman* rico.[33]

Sin duda alguna, los habitantes de Somerset no cultivan la moral estricta definida por las leyes y los reglamentos religiosos. Las quejas de las esposas frustradas señalan que la anticoncepción es practicada en forma de abstinencia, además de múltiples menciones del retiro del hombre o coito interrumpido. En Francia los manuales de los confesores insisten en la necesidad de estigmatizar un pecado tan grave, que conduce a la pérdida de simiente y, de ese modo, de una vida. Sin embargo, se conocen mal las realidades que están detrás de las recriminaciones del siglo XVIII contra la propagación de los "funestos secretos" en los campos. Fuera del matrimonio, a veces incluso dentro de él, en Somerset son frecuentemente mencionados los intentos de aborto. Muchas mujeres conocen recetas variadas, al parecer bastante a menudo eficaces, incluso si gran número de ellas las rechaza por miedo a sufrir daños físicos más que por temor a la condenación eterna.[34]

Cultura picaresca en Francia

Del otro lado del canal de la Mancha faltan datos tan ricos, pero una abundante literatura erótica permite descubrir una cultura del placer con caracteres generales muy parecidos. Autores conocidos se entregan a ella, como Mathurin Régnier o François Béroalde de Verville hacia 1600-1610. Más a menudo el prudente refugio del anónimo permite entregar al público la *Copie d'un bail et ferme, fait par une jeune Dame de son con pour six ans* (1609), o *L'Origine des cons sauvages et la Manière de les apprivoiser*, editado simultáneamente en Lyon y Rouen, en 1610. Bajo Luis XIII se distinguen René de Menou,

[33] Geoffrey Robert Quaife, *Wanton Wenches and Wayward Wives*, *op. cit.*, pp. 146-158 (esta subcultura femenina aparece también en la diócesis de Chester; véase, en John Addy, *Sin and Society in the Seventeenth Century*, *op. cit.*, p. 138, el caso de la sirvienta Ann Savage en Northenden).

[34] *Ibid.*, pp. 119-121, 171 y 172.

Claude d'Esternod, Jean Auvray, Charles Sorel, Charles Sigogne y sobre todo Théophile de Viau, autor en 1622 del *Parnasse des poetes satyriques*. Los opúsculos anónimos florecen igualmente, como *Le Réveil du chat qui dort* (1616), *La Permission aux servantes de coucher avec leurs maîtres* (1620), *Le Parnasse des Muses* (1627), mientras que un librero avisado compila las mejores piezas de Sigogne, Régnier, Motin, Berthelot, Maynard y otros poetas picarescos para entregarlas al público en 1618: *Le Cabinet satirique*. Existe un género, y gusta, a juzgar por la multiplicación de las ediciones y de las reimpresiones, hoy día conservadas en el infierno de la Bibliothèque Nationale. A mediados del siglo, *L'École des filles* y los escritos del barón de Blot-l'Église adquieren un gran renombre, traducida la primera al inglés ya en 1656, un año después de su primera aparición. Bajo Luis XIV se multiplican las rediciones, en particular de las obras de Théophile de Viau, y los nuevos triunfos, como los cuentos de La Fontaine en 1685 y *Vénus dans le cloître ou la Religieuse en chemise*, atribuida a François Chavigny de La Bretonnière, hacia 1682.[35]

A primera vista, autores y lectores difieren fundamentalmente del campesinado inglés de Somerset. Muchos nobles escriben versos y prosa erótica. Esto no tiene nada de sorprendente, pues múltiples escritores han salido de sus filas y, por lo demás, la aristocracia posee una cultura de oposición muy marcada hasta la Fronda.[36] Este tipo de literatura picaresca es severamente perseguido por las autoridades. Los dos supuestos creadores de *L'École des filles*, Michel Millot, controlador-pagador de los suizos, y Jean L'Ange, gentilhombre sirviente del rey, pertenecen a este medio. Otros son citadinos, a veces ligados a los primeros. El público es más difícil de delimitar. Pertenece sobre todo a las capas urbanas acomodadas capaces de leer, una escasa minoría. Comprende también a personalidades célebres: el poeta Scarron o el superintendente de

[35] Roger R. Bougard, *Erotisme et amour physique dans la littérature française du xvii^e siècle*, Paris, Gaston Lachurié, 1986, ofrece una larga lista, pp. 193-198.

[36] Alain Viala, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique*, Paris, Minuit, 1985; Arlette Jouanna, *Le Devoir de révolte. La noblesse française et la gestation de l'État moderne, 1559-1661*, Paris, Fayard, 1989.

finanzas, Fouquet; posee el primero ocho ejemplares encuadernados de *L'École des filles*, y el segundo recibe uno de su parte y lo entrega a una amante, en cuya casa la policía lo descubre en 1661, después de que cae en desgracia el ministro. Incluso se ha pensado que Françoise de Aubigné, la nieta del hugonote Agrippa, la esposa de Scarron, podría ser la redactora o el modelo (Fanchon) del libro, pero la hipótesis ha sido hoy abandonada. Michel Millot fue probablemente el único verdadero autor. Françoise debía tener algo muy divertido, ya que se sabe que cuando desposó más tarde a Luis XIV, se convirtió en madame de Maintenon, envuelta en devociones, y abrió una escuela en Saint-Cyr para las damiselas de la nobleza pobre...[37] Al menos tuvo ocasión de leer la obra junto a su primer marido y acaso pudo hacer sacar provecho de su ciencia al Rey-Sol.

El conjunto del corpus entrega una representación masculina del placer, sin dejar de darle su sitio al de la mujer, en particular en lo que respecta a la flor del género, *L'École des filles*. Esta visión de las cosas se aproxima tanto a los datos extraídos de las fuentes de Somerset, que uno puede preguntarse si no se trata de una verdadera cultura erótica compartida ampliamente por numerosos medios sociales campesinos, citadinos y aristocráticos, en contradicción con los principios represivos transmitidos por el puritanismo inglés o los manuales de confesión franceses.

Sin ningún falso pudor, los poetas cantan las bellezas del sexo femenino y convocan a gozar de los placeres del amor físico. En su *Parnasse*, Théophile de Viau escribe:

¡Qué dulce contento ver una gorda nalga,
una crica bermeja, un coño audaz,
que arde por combatir, y con risa graciosa,
llama a un pito nervioso que le haga caricias!

[37] Jacques Prévot (ed.), *Libertins du xvii^e siècle*, *op. cit.*, pp. 1672-1680; y los trabajos de Frédéric Lachèvre, *Le Libertinage au xvii^e siècle*, t. VII: *Mélanges*, París, H. Champion, 1920; reimp. Ginebra, Slatkine, 1968, pp. 90, 91 y 116-121.

Evoca muy poéticamente el orgasmo:

> ¿Cuándo verteré al cabo de mi victoria,
> dentro de la flor el cristal blanquecino,
> dando color a su tez que palidece,
> y del placer un largo recuerdo?

El objetivo principal del varón es la penetración, en la posición clásica, el hombre extendido sobre la mujer. En *L'Académie des dames* (hacia 1680),[38] Tullie y Octavie la elogian:

> ¿Qué hay, te ruego, dice la segunda, más dulce que estar desnuda bajo el amante? ¿Estar como ahogada bajo el peso de su cuerpo? [...] ¡Ah!, qué dulce es, Tullie, verse uno al otro morir y resucitar un momento después. El que se entretiene por detrás no tiene sino un placer; pero quien ama por delante goza de todos los placeres juntos.

El rechazo del sexo anal está rotundamente expresado. Tullie cuenta una aventura italiana en la que su pareja le impone la sodomía. "Nunca había alojado a tan mal huésped, me hizo arder toda." Ante sus gritos, el amante cambia de estrategia, busca "el lugar de su retiro ordinario, y me llenó de un maná celeste, mil veces más dulce que el néctar de los dioses". Sin embargo, el juego a la florentina, como entonces se decía, pues los italianos son "muy propensos a entrar por la puerta trasera", no es objeto de un rechazo total. La misma Tullie describe otra experiencia más agradable: "Pues el juego que hacía con su miembro en torno a mis nalgas, unido a las frecuentes entradas y salidas que hizo en mi trasero, me causaron una comezón que me gustó mucho". La práctica sistemática del clister médico ¿explicaría esta sensibilidad? Fuertes razones morales invitan sin embargo a negarla. Tullie, siempre, afirma que se trata de un "infame placer que mata a un hombre, puesto que hubiera podido concebir a otro" y que esta "sucia voluptuosidad" es-

[38] Jean-Pierre Dubost, *L'Académie des dames ou la Philosophie dans le boudoir du Grand Siècle*, Arles, Philippe Picquier, 1999.

trangula, por así decirlo, a un niño no nacido todavía. El discurso erótico admite perfectamente el disfrute, pero como un medio de generación, según la opinión médica de la época. Los "que dan por el culo" no están en olor de santidad, explica Tullie, tanto que actúan así "para contentar su apetito lascivo", pues la entrada por detrás es muy estrecha, a diferencia de los sexos de las italianas y de las españolas, que son más anchos que los nuestros, bromea ella.[39]

La moral sexual masculina es claramente afirmada por Claude de Chouvigny, barón de Blot-l'Église, amigo cercano de Gaston d'Orléans, nacido en 1605 y muerto en 1655. Libertino en todos los sentidos del término, disoluto y ateo según sus numerosos enemigos, se burla de todo y de todos, niega la inmortalidad del alma y la existencia del paraíso. Una de sus canciones, en 1643, arrastra por el fango a la reina Ana de Austria, acusada de fornicar con su principal ministro:

Los cojones de Mazarino,
hombre fino,
no trabajan en vano;
pues a cada golpe que él da
sacude la corona.

Este jodido siciliano
no vale nada,
es miserable como un perro;
¡ella lleva en el culo, palabra,
a nuestra española!

Para hacerse perdonar, en 1652, no encuentra nada mejor que dirigir una canción a la ultrajada:

Nada he dicho, no os moleste;
le hago todos los honores,
estimo vuestro fundamento

[39] Roger R. Bougard, *Érotisme et amour physique dans la littérature française du xvie siècle*, *op. cit.*, pp. 12, 13, 78 y 79.

y vuestro coño caliente como brasa.
Mintieron los Mazarinos,
¡no os hagáis pues la mala!
Mintieron los Mazarinos,
demasiado estimo a estos dos vecinos.

Su amo en persona, cuyos gustos homosexuales son conocidos, no escapa a su sarcasmo. Lo protege sin embargo, lo cual explica que el barón de Blot-l'Église pueda morir tranquilamente en su cama, en la casa de Gaston d'Orléans, después de haber proclamado con facilidad y fuerza su divisa:

Por mi, bebo, río, canto
y jodo lo que se deja. [1648]

Pero sé bien que se vive feliz,
bebiendo, comiendo y jodiendo. [1650]

No solicito al Señor,
para la felicidad
más que ser bebedor, jodedor,
incrédulo y sodomita,
y después morir (bis),
¡y morir de muerte súbita!

Una última mofa:

Nos hace ganar el Paraíso.
Joderemos cada quién a un Angel,
cuyo c... huela a azahar.[40]

Comer, beber y fornicar son para él los grandes placeres de la existencia, sin contar el de vivir en el filo de la navaja, pues las procla-

[40] Frédéric Lachèvre, *Le libertinage au xvii^e siècle*, t. VI: *Disciples et successeurs de Théophile de Viau*, III, *Les Chansons libertines de Claude de Chouvigny, baron de Blot-l'Église (1605-1655)...*, s. l. (Paris), 1919, pp. xxvi-xxix, 12, 16 y 20.

maciones del barón de Blot-l'Église pudieran haberle merecido la muerte, tanto más cuanto que se encarnizaba contra Mazarino y trataba a la reina de puta. Todo depende de si uno es poderoso o miserable... ¡Otros fueron quemados por menos!

Por masculina que sea y admirativa de la "lanza de amor" viril, la literatura erótica reconoce los derechos eminentes del sexo débil para el disfrute. Los textos utilizan casi tantos términos diferentes para definir las partes naturales de la mujer –200– como para las del hombre –más o menos 250–. El acto venéreo es designado, a su vez, por 300 verbos o expresiones. Armado con su cuchillo natural, su flauta, su martillo y sus címbalos de concupiscencia, sus bultos, sus pelotillas de Venus, sus cojones, sus globos, el varón cabalga, combate, frota el sebo, toma, deduce, sacude, posee la sortija, la tienda, el brasero, la lumbre, el gato, la rendija, la flor de cristal, el buen pedazo, la naturaleza, el palacio magnífico, el agujerito, el sombrío paraíso de su amada... Los empleados con más frecuencia son verga, coño y joder, "que significa poner el pene en la vagina y descargar sin tardanza". El placer masculino es a menudo visto como rápido; el de su pareja, más lento, admite la diversidad. Se recomienda a la esposa elegir un amante discreto para alcanzarlo mejor, mientras que con el marido se trata del deber conyugal, menos agradable, lo cual hace pensar que los escritores varones elogian la doble norma porque es más ventajosa aún para ellos que para las del sexo débil. Saben sin embargo observar las necesidades femeninas. La gorda Marion, puesta en escena en un poema anónimo, recuerda al personaje real de Mary Combe en Somerset. Al haber encontrado el falo que busca con ardor, ella proclama con fuerza su alegría:

¡Encontrar este pito rojo como un rubí!
Pero habiéndolo probado: "¡Porquería de pito!, dijo ella,
no es lo bastante gordo; prefiero la vela,
o el artefacto de terciopelo con los que me arreglo".[41]

[41] Roger R. Bougard, *Érotisme et amour physique dans la littérature française du XVII^e siècle*, *op. cit.*, pp. 13 y 182.

La descripción de los goces solitarios femeninos o el consejo, en ocasiones, de "rascarse la delantera" antes que arriesgarse a un embarazo, pertenecen al registro del tabú absoluto para los biempensantes. Es más que probable que el contrato en broma publicado en 1609, estableciendo los derechos sobre el coño de una dama durante "seis años y seis cosechas consecutivas, unas detrás de otras", no haya hecho más que escandalizarlos. Toma la forma de un alquiler de granja firmado ante el notario Bontemps, bien nombrado, y emplea toda la terminología jurídica adecuada:

> A saber, una piecita llamada coño que desemboca por un lado con otra llamada culo, uniendo a otras dos llamadas las nalgas, situadas cerca de la Longraisse, con el encargo de que la piecita mencionada llamada el coño tendrá su curso de agua para destilar de día y de noche por los conductos y que será recortada en monte alto, que se llama pelo, dos veces al año: a saber, en el mes de mayo y en el mes de febrero, y que será guardada por buenos y suficientes guardias, en virtud de los animales salvajes que entran y la dañan, como lo hacen piojos, pulgas, ladillas, liendres u otras alimañas. La mencionada pieza antes nombrada está situada a medio pie bajo el ombligo; en el bajo vientre hay una bella pradera, con una fuente en medio y una bella morada para alojar al granjero, como un cuarto alto, cuarto bajo, cuarto de al lado y cuarto para todo, una despensa detrás que no es para la compañía, con las confrontaciones previas y con el encargo de que si la mencionada granjera no es bien y debidamente pagada por el mencionado tomador, [ella] podrá entrar en posesión sin gastos, perjuicios e intereses algunos ni función de prueba, restitución de dinero ni ninguna garantía.[42]

Los puntos concernientes a la no utilización de la despensa de atrás o la posibilidad de romper el contrato si la interesada no es

[42] Roger R. Bougard, *Érotisme et amour physique dans la littérature française du xvii^e siècle*, *op. cit.*, p. 142.

bien y debidamente pagada recuerdan que las delicias físicas evocadas aquí con júbilo excluyen el sexo anal y exigen una activa constancia, igualmente reclamada por numerosas mujeres de Somerset. La palabra "placer", muy a menudo empleada en el corpus libertino, es dada como una exigencia para las damas, una especie de recompensa por afrontar los dolores del parto, objetivo primordial de la relación sexual según la mayoría de los autores. De ahí que el adulterio femenino sea excusable a sus ojos, dado que la única vía legítima para una muchacha es casarse, aunque las grandes satisfacciones carnales rara vez se encuentran unidas al estado conyugal. "El pecado hace vivir al amor,/ Y el himeneo morir a la ternura", escribe Bussy-Rabutin. En *L'Occasion perdue et recouvrée* (1651), una pieza que provocó escándalo, el gran Corneille en persona sitúa muy alto al disfrute simultáneo, necesario para la concepción según los médicos, al que sublima para convertirlo en una experiencia de acercamiento a Dios:

> Fue entonces cuando se desmayaron
> con el exceso de satisfacción;
> y cinco o seis veces estos amantes
> murieron o resucitaron;
> boca a boca y cuerpo a cuerpo,
>
> ora vivos y ora muertos
> sus bellas almas se besaron,
> y con agradables golpes
> entre ellos comunicaron
> todo lo que el amor tiene de dulce.[43]

¡Pecado y "pequeña muerte"! El orgasmo no es solamente un placer de vividor o un grito desesperado como el del barón de Blot-l'Église. En la época barroca, no deja de acosar a los espíritus, ya sea para ser rechazado con horror del lado del demonio, ya sea

[43] *Ibid.*, pp. 181-184.

para expresar una experiencia mística donde las almas y los cuerpos se reúnen, como dice Corneille.

L'École des filles, una joya libertina

En 1655, el más célebre y más influyente de los libros eróticos de la época, *L'École des filles*, condensa todas estas lecciones a la perfección. Corto, incisivo, muy descriptivo, compuesto de dos partes, ofrece una lección completa de educación sexual y amorosa a una muchacha inocente y virgen, Fanchon. En la primera, aprende por boca de su prima Susanne lo que debe saber sobre el tema para hacer sus primeras armas con Robinet, un joven que la desea. La segunda la muestra desflorada, ya experta, discutiendo con Susanne de todo lo concerniente a la sexualidad. En el momento en que nace la novela literaria y en que se multiplican los manuales de buena conducta destinados al "hombre honrado" noble o citadino, la obra se ubica a medio camino de estos dos géneros. Como todas las obras de la época consagradas al tema, como *Fanny Hill* de John Cleland un siglo más tarde en Inglaterra, contiene un saber puramente masculino, observado y concreto, a propósito del placer femenino, pues, hecho paradójico, ningún autor concentra verdaderamente su atención en los varones, aunque éstos estén muy presentes en filigrana en los relatos libertinos.

Tan ingenua como la Agnès de Molière en *La escuela de las mujeres*, Fanchon escucha a su prima que la despabila. Susanne le explica que existe un placer particular, del cual se toma lo mejor con hombres jóvenes. Con un cónyuge, está bien, admite ella, pero las esposas encuentran sensaciones todavía más agradables con "caballeros que se lo hacen a escondidas, a causa de que el marido no lo desea". Es también la opinión de las campesinas de Somerset y de la dama que arrienda su coño por seis años en 1609. La lección se precisa:

> Este artefacto, pues, con el cual los muchachos orinan, se llama un pito y en ocasiones se designa como el miembro, el mango, el

> nervio, el dardo y la lanza de amor; y cuando un muchacho está enteramente desnudo, se ve que eso le cuelga del bajo vientre como una larga teta de vaca, en el lugar donde nosotras no tenemos sino un agujero para orinar.

La inocente aprende acto seguido que el enamorado "se acuesta así sobre el vientre de la muchacha y le mete, en el agujero por donde ella orina, este largo artefacto, con el máximo placer y delicia del mundo". Ella se hace precisar sobre cómo es posible que se penetre un órgano tan blando. Entonces Susanne define el sexo femenino: "Lo llamo un coño [...] y esto se llama poner pito en el coño [...], pero guárdate bien de hablar de ello ante la gente, pues se dice que son palabras feas que hacen sonrojarse a las chicas cuando se pronuncian". El orgasmo que ella describe es un momento en que "el cosquilleo las atrapa de tal modo que se sienten desmayar de gusto y con leves sacudidas a medida que empiezan a descargar por los conductos lo que las cosquilleaba tanto, que es un licor blanco y espeso como papilla, que entregan ambos, uno y otro, con una delicia que no se puede expresar".[44] La penetración en la posición del misionero, seguida de una eyaculación simultánea de las dos simientes que procura un doble disfrute necesario para engendrar, define la sexualidad normal de la época, tanto bajo la pluma de los médicos como en las descripciones hechas por los campesinos de Somerset. Como estos últimos, el amigo de Susanne varía las posiciones, lo hace de pie o cuando tiene prisa la arroja sobre una silla, un colchón o en el primer lugar que encuentra. Le ha jurado cien veces, asegura ella, "que sería más placentero hacérmelo a escondidas que de otra manera". La manipulación mutua de las partes genitales parece muy importante para Susanne, que varias veces ofrece precisiones: introduciendo al mismo tiempo la lengua en la boca del muchacho, la joven, "deslizando la mano hacia su artefacto, que le agarra dentro la bragueta", lo hace endurecer frotándolo solamente dos o tres veces. Su amigo, añade,

[44] Jacques Prévot (ed.), *Libertins du xvii^e siècle*, *op. cit.*, pp. 1124-1126 y 1128.

gusta de ponerle "la mano en la crica, que él pellizca y restriega algún tiempo con los dedos", y entonces la abraza, le toca las nalgas, le chupa el seno, la mira desnuda con todas sus cicatrices a la luz de una candela. "Después me hace empuñar su cosa, que está tiesa." Se la mete entre los muslos o las nalgas, la besa, le dice palabras dulces, y por último la monta.[45] Parece probable que la cultura sexual juvenil girara en torno a tales toqueteos y juegos atrevidos, a menudo a escondidas para evitar las fulminaciones de un padre o de un marido, lo cual da un gusto particular, entonces, a los placeres furtivos y les agrega una sensación de inquietud o de peligro. Las mayores emociones parecen vincularse a la transgresión de prohibiciones, tanto sociales como religiosas. La amoralidad lucida en *L'École des filles* concuerda así perfectamente con la de los campesinos de Somerset de la misma época.

En el segundo diálogo, Fanchon, desvirgada, se pone a dar lecciones audazmente. Explica que

> afanarse es poner el pito en el coño, menearse y descargar, y esto solo dice más que todo el resto; joder es únicamente poner el pito en el coño y descargar, sin que signifique menearse; montar es también poner el pito en el coño y menearse, sin que signifique descargar; ensartar, encoñar, envainar son una misma cosa, y simplemente poner el pito en el coño sin que signifiquen las otras dos.

Susanne recalca explicando que se utilizan igualmente los términos "besar", "disfrutar", "abrazar", "poseer", pues son más honestos en público o entre enamorados que "joder" y "montar". ¡Robinet ha trabajado bien! Le ha mostrado el placer a Fanchon "arrebatada de desmayo", y también la manera de retardarlo o anticiparlo. Después de haberle puesto borra bajo la nalga izquierda, lana debajo de la derecha y algodón bajo la rabadilla, pronunciaba sucesivamente el nombre de uno de los tres tejidos, cambiando el orden según su capricho, a fin de hacerla mover sabiamente. Ella

[45] Jacques Prévot (ed.), *Libertins du xvii^e siècle*, *op. cit.*, pp. 1129 y 1136.

cuenta también cómo él sabía poseerla o acariciarla por una abertura de sus ropas, en tanto que ambos se hallaban en compañía. Susanne, por su parte, no gusta de los hombres que gritan durante el acto, y menos todavía de los que se hacen azotar a fin de que su miembro se levante. Las dos primas pillas discuten a continuación acerca de la longitud y el grosor de los pitos, de las palabras sucias pronunciadas por los hombres durante el amor. Susanne afirma que es "para hacer más célebre su victoria" y también porque no consiguen hablar sino mediante monosílabos en este estado, pero que en el fondo no hay feas palabras entre enamorados.

Son abordadas muchas otras cuestiones: los consoladores de terciopelo o de vidrio, si no es el dedo, para alcanzar el placer femenino; la eyaculación del hombre entre los muslos de su pareja o el trapito puesto sobre la cabeza del pito para evitar la preñez; la posición en que la amante monta al amante porque ambos se quieren tanto que desean cambiar de sexo y "transformarse el uno en el otro". Un poco de filosofía no hace daño y Susanne define el amor como "el deseo de una mitad de servir a su otra mitad". El tema neoplatónico de la fusión para recomponer lo andrógino después de la muerte de sus dos partes separadas reaparece aquí bajo la forma del deseo transformado en "idea o vapor espiritual", antes de tornarse la lluvia blanca que conduce al disfrute. Y Susanne añade que si, para algunos, "toda su alegría está en el culo o entre el coño y los cojones", es posible también pensar

> que el alma es agitada de arriba abajo por la fuerza del placer y como arrancada de su sitio por la gran atención que concede a esta unión tan deseada de los dos cuerpos, que se hace en este sitio; de ahí que no piense más en sí misma y deje vacías y desguarnecidas de su presencia a las funciones de la razón.[46]

El beso de las almas de Corneille se une al pensamiento de Susanne, auténtica filósofa de tocador, o, más bien, al del autor de esta

[46] *Ibid.*, pp. 1147-1202 (p. 1186 para el alma arrastrada hacia abajo).

sorprendente *L'École des filles*. La obra proporciona a las mujeres consejos tan numerosos como precisos para amar y ser amadas lo mejor posible. La penetración de frente para procrear y obtener deliciosas ganancias es la más valorada. Variantes y preliminares sensuales con manipulaciones eróticas recíprocas son descritas en detalle sin olvidar los goces femeninos solitarios. La posición en que la enamorada se coloca sobre su pareja es largamente comentada, a fin de explicar que es bella y buena, mientras que la moral religiosa la estigmatiza con vigor asimilándola a una maniobra abortiva por la pérdida de simiente. Las posibilidades anticonceptivas señaladas no impiden definir la fecundación como el fin último del coito, pues la satisfacción de los sentidos constituye un complemento del alma, un gozo vivamente exaltado, una compensación por aquella que sufrirá al dar a luz. Las prácticas contrarias, como la sodomía heterosexual, son reprobadas, aun si pueden procurar ciertas sensaciones agradables. Los grandes delitos a ojos de la ley, la homosexualidad y la bestialidad, son pasados por alto, así como el sexo oral, porque todos impiden el nacimiento de un pequeño ser. A pesar del halo escandaloso que la rodea, la obra no presenta una sexualidad tan audaz como éstas ni se aleja de las prácticas de aquel tiempo. Simplemente se expresa con demasiada crudeza, con mucha insistencia en las embriagueces carnales, en un momento en que la censura se dirige a la vez a las palabras y a las cosas y en que se establece, al menos en apariencia, una espesa cortina moralizante destinada a esconder este placer que los tartufos no sabrían ver.

Placer y pecado

Modelo médico y prácticas sociales confluyen en los siglos XVI y XVII para definir el orgasmo masculino o femenino como una necesidad. Eruditos y teólogos piensan que el fin último de la sexualidad es la generación. Ésta puede darse en buenas condiciones únicamente si los miembros de la pareja experimentan juntos la misma deliciosa emoción durante la eyaculación de ambos de una simiente seme-

jante a una leche espesa. Me parece sin embargo dudoso que los hombres y las mujeres consideren entonces realmente su cuerpo como idéntico, según un modelo único que simplemente declina con variantes.[47] La ilusión procede del hecho de que sólo los primeros hablan de estos fenómenos, incluso la literatura erótica, de modo que el punto de vista de las segundas está totalmente ausente. Éste no puede ser enfocado sino a través de las explicaciones del sexo fuerte, que se manifiesta a veces muy atento al deseo y al placer femenino, como en *L'École des filles*. Confrontadas a las evidencias en bruto reunidas en Somerset, tales formulaciones hacen pensar que existe una cultura erótica femenina específica. A veces exuberante, en el caso de Mary Combe antes mencionado reposa sobre un fuerte apetito vital, que refuerza el estereotipo varonil concerniente a la insaciabilidad de las hijas de Eva. Se entrevén prácticas masturbatorias, secretos abortivos, técnicas sensuales por iniciativa propia que no se limitan al modelo viril de dominación y de penetración vaginal en pos de un rápido goce en común, sin cuidarse demasiado de las consecuencias posibles, embarazo o enfermedad venérea. Nos falta un estudio sistemático del tema. Nada prueba, en todo caso, que las mujeres se hayan vuelto sexualmente pasivas durante el siglo XVII ni que haya cesado el juego de las caricias o de la masturbación heterosexual recíproca, como sostienen varios autores a propósito de Inglaterra.[48] Bien pudiera ser que se trate más del discurso moral dominante en plan de imponerse que de comportamientos concretos.

[47] Tal es la tesis de Thomas Walter Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1990 [trad. fr.: *La Fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident*, París, Gallimard, 1992] [trad. esp.: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1996].

[48] Robert Shoemaker, *Gender in English Society, 1650-1850: The Emergence of Separate Spheres*, Londres, Nueva York, Longman, 1998, p. 9. Véase también Thomas Laqueur, "Orgasm, generation, and the politics of reproductive biology", en Robert Shoemaker y Mary Vincet, (eds.), *Gender and History in Western Europe*, Nueva York, Arnold, 1998, p. 112, y David M. Turner, *Fashioning Adultery: Gender, Sex and Civility in England, 1660-1740*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

La homosexualidad en transición

El aumento creciente de la presión represiva en el curso del período es indiscutible. Sus efectos no deben, sin embargo, considerarse de manera continua. En Florencia existe en el siglo XV una gran tolerancia hacia la homosexualidad. Quienes se entregan a ella de manera activa no parecen en modo alguno anormales sino que prueban, por el contrario, su pertenencia al sexo fuerte, para el cual la penetración constituye un valor dominante. Los muchachos jóvenes pasivos no son más culpables a los ojos de la comunidad, porque abandonan precisamente el universo húmedo y frío de la feminidad. Sólo los adultos sodomizados incurren en una reprobación más intensa, en la medida en que traicionan el modelo masculino. En 1542, una ley severa, la primera en su género, sanciona con la pena capital los comportamientos de tales individuos de más de 20 años cuando cometen el delito por segunda vez, mientras que los demás no corren riesgo de muerte sino en la tercera comparecencia. Además, se ordena a los jueces que se muestren más severos en función de la cualidad de las personas, de la duración de su vicio, del número de sus parejas y de los hábitos que han adquirido con ellas. Las condenas florecen durante un decenio, luego declinan considerablemente desde 1550 y conservan un nivel bastante bajo durante el siglo XVII.[49] El movimiento a largo plazo manifiesta la existencia de cierta complacencia colectiva hacia los autores de una transgresión muy difundida. El empuje febril alrededor de 1540 deja sin embargo huellas en la memoria, a causa de la severidad de los castigos infligidos a un pequeño número de condenados. O sea que todo no es exactamente como antes. Los historiadores hasta podrían dejarse engañar por las fuentes si centraran demasiado su atención en la dureza formal de los castigos, que se revelan comparables a los otros ejemplos europeos. Ahora bien, en Francia, por ejemplo,

[49] Michael Roecke, *Forbidden Friendships: Homosexuality and Male Culture in Renaissance Florence*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 234 y 235.

tales asuntos teóricamente inexpiables son escasos en los archivos judiciales. La discordancia indica una contradicción esencial entre las voluntades purificadoras de las autoridades y una gran indulgencia tácita general, como los contados procesos espectaculares, que contienen muy a menudo datos agravantes de otra naturaleza, señalan los límites que no podrán franquearse sin la pretensión de erradicar el fenómeno.

Si se intenta imaginar lo que experimentan los florentinos después de 1542, es posible hablar de una continuidad modificada. No verdaderamente por la coerción, teniendo en cuenta sus límites, sino por nuevas percepciones, más culpabilizadas, de la homosexualidad. Para los interesados, el peligro real no es mucho más importante que antes, pero su seguridad mental se halla fuertemente perturbada por el temor a las sanciones. Un historiador del siglo XVIII asegura, incluso, que gente de calidad se ha inquietado y ha huido en masa de la población, lo cual explica, según él, la indulgencia de los jueces después de algunos años de persecuciones activas, a fin de no dañar al comercio y la artesanía...[50] El cambio de tonalidad es en todo caso probable después de mediados del siglo XVI. Si el pecado en cuestión es cometido sin duda con la misma frecuencia que en el pasado, va acompañado en adelante de un sentimiento de inquietud nuevo que aviva la conciencia de una diferencia, de una anormalidad, en marcha hacia el nacimiento de un universo pederasta marginal en las grandes ciudades de Europa a principios del siglo XVIII.[51]

Los mismos ingredientes reaparecen en Inglaterra y Francia, donde las investigaciones menos avanzadas no permiten presentar un cuadro tan preciso de la lucha contra la sodomía. En ambos países, la denuncia de los placeres de la carne se vuelve viva y constante a partir de la segunda mitad del siglo XVI, pero la represión sufre altibajos, como en Florencia. El movimiento tiene sobre todo efectos en la representación de sí mismo, ligando cada vez

[50] *Ibid.*, p. 235.

[51] Véase cap. IV de este libro, a propósito de Londres y de París.

más estrechamente el deseo y el goce al pecado y el sufrimiento, al punto de empujar a ciertos seres muy lejos de los caminos trillados, para tratar de realizarse a pesar de los constreñimientos, corriendo el riesgo de perderse.

Represiones

René Pintard ha observado la incoherencia de la aplicación de la legislación contra la impiedad y las malas costumbres en Francia.[52] Los libertinos eruditos de la primera mitad del siglo XVII, La Mothe Le Vayer, Gassendi, Naudé y muchos otros –una colección heteróclita de opiniones distintas de la de la mayoría religiosa de esa época–, tienen, según su punto de vista, la característica común de haber sufrido, vacilado, combatido.[53] Tildados de impíadosos, se arriesgan a penas severas. Continuando una larga serie consagrada al tema desde San Luis, la ordenanza sobre las blasfemias del 19 de mayo de 1636 prevé multas progresivas hasta la quinta condenación, a la que se agrega una exposición en la picota; a la sexta vez, al culpable se le hiende la lengua con un hierro enrojecido y es puesto en la picota; a la séptima se le corta el labio inferior; su lengua es arrancada a la octava. Más graves, las "enormes blasfemias" pueden confundirse con el ateísmo o la herejía, o ser calificadas de "crímenes de lesa majestad divina", que son castigados al arbitrio de los jueces. La pena capital es así aplicada a siete personas entre 1599 y 1617, a 16 entre esta fecha y 1636, y a otras 18 hasta 1649. La Fronda ofrece una pausa sin condenas, y llegan entonces siete sentencias de muerte contra blasfemos entre 1653 y 1661. Los libertinos eruditos o espirituales no son los únicos en desencadenar el fuego de los magistrados. Sus colegas demasiado osados son igualmente puestos en la mira.

[52] René Pintard, *Le Libertinage érudit dans la première moitié du XVII^e siècle*, Paris, Boivin, 1943; nueva ed. aumentada, Ginebra, Slatkine, 1983, pp. 22-25.
[53] *Ibid.*, pp. 440 y 576.

Théophile de Viau, nacido en 1590, de la pequeña nobleza protestante de Agen, poeta del rey y subvencionado por éste en 1618, es desterrado del reino un año más tarde por haber escrito "versos indignos de un cristiano". Sus enemigos lo acusan de disipación. En 1622, *Le Parnasse des poetes satyriques*, compilación publicada en París por dos socios, provoca escándalo. Contiene obras de Théophile. Al principio del volumen figura un soneto muy libre que se le atribuye: "Phylis, todo se jodió, muero de sífilis...". Mientras que el duque de Montmorency lo esconde en Chantilly, un proceso contra él que desemboca en una sentencia de muerte por el fuego, "como también a sus libros quemados". En su ausencia tiene lugar una ejecución simbólica en la plaza de Grève el 19 de agosto de 1623. Luego es detenido, encerrado cerca de dos años en la Conciergerie y finalmente condenado al destierro por el Parlamento de París el 1° de septiembre de 1625. Muere el 25 de septiembre de 1626. Único perseguido entre los acusados vinculados al *Parnasse* (que ya había sido reeditado en 1623, lo cual prueba al menos el interés del público), constituye un conveniente chivo expiatorio en el momento en que el poder real y la Iglesia desean poner un ejemplo espectacular. Sólo las altas protecciones le evitan perecer ignominiosamente en la pira.[54]

La represión existe, sin lugar a dudas. Ni constante ni metódica, perdona muy a menudo a las personalidades protegidas por poderosos patronos, los escritores nobles en particular. El barón de Blot-l'Église, amigo cercano del hermano del rey, se atreve así a permitirse, sin ser hostigado, insultar a Mazarino, hablar en 1653 de "nuestra puta reina", cantar "no creo en el otro mundo", burlarse, también en 1653, porque "Jules [Mazarin] ha vuelto a París/ y ha vuelto a subirse a su bestia [Ana de Austria]", entre múltiples

[54] Jacques Prévot (ed.), *Libertins du xvii^e siècle*, *op. cit.*, pp. 1221-1246, reseña acerca de Théophile y textos de su proceso. Frédéric Lachèvre, *Le Libertinage devant le Parlement de Paris. Le Procès du poete Théophile de Viau (11 juillet 1623 1 septembre 1625)*, 2 vols., París, H. Champion, 1909, y *Le Libertinage au xvii^e siècle. Une seconde revision des oeuvres de Théophile de Viau*, París, H. Champion, 1911; ambos reeditados, Ginebra, Slatkine, 1968.

chistes, impiedades y blasfemias.[55] Lúbrico, no tiene más que la palabra "joder" en la boca, y hace de ella su filosofía. Es también para él un modo de tirar la casa por la ventana, con la presunción sombría de un aristócrata que tutea (algunas veces) a Gaston d'Orléans y ofrece la clave de su desesperación:

> Este mundo no es más que miseria
> y el otro no es sino una quimera.
> ¡Feliz quien jode y quien bebe![56]

Otros, a menudo ignorados por nuestros manuales clásicos de literatura, están de acuerdo con él, como Jacques Vallée, señor de Barreaux (1599-1673), o Denis Sanguin de Saint-Pavin (1595-1670), autores de poesías libertinas que sin embargo alcanzan días más o menos apacibles hasta una edad respetable.[57]

En 1655, en el momento del reajuste después de la Fronda, son numerosos los que atraviesan la red moral. Ésta se abate muy selectivamente, ignorando por completo al barón de Blot-l'Église y sus numerosos émulos, pero tratando de capturar a quienes supuestamente concibieron *L'École des filles*. El asunto ha sido reconstruido a partir de los testimonios del proceso.[58] El 12 de junio de 1655, a raíz de una denuncia del librero Louis Piot el Chico, el teniente general civil y criminal de la merindad del Palacio, en París, detiene a Jean L'Ange, escudero y gentilhombre al servicio del rey, por haber intentado vender ejemplares de este escrito contrario a las buenas costumbres. Interrogado, el hombre declara que el

[55] Frédéric Lachèvre, *Le Libertinage au xvii^e siècle*, t. VI: *Les Chansons libertines de Claude de Chouvigny, baron de Blot-l'Église*, *op. cit.*, pp. XXVII, 19 y 22.

[56] *Ibid.*, p. XXVII.

[57] Frédéric Lachèvre, *Le Libertinage au xvii^e siècle*, t. II: *Disciples et successeurs de Théophile de Viau*, I, *La Vie et les Poésies libertines inédites de Des Barreaux (1599-1673). Saint-Pavin (1595-1670)*, Paris, H. Champion, 1911.

[58] Frédéric Lachèvre, *Le Libertinage au xvii^e siècle*, t. VII: *Mélanges*, *op. cit.*, pp. 90-121, y Jacques Prévot (ed.), *Libertins du xvii^e siècle*, *op. cit.*, p. 1672; Roger R. Bougard, *Érotisme et amour physique dans la littérature française du xvii^e siècle*, *op. cit.*, pp. 162 y 173.

verdadero autor es Michel Millot, controlador-pagador de los suizos, que ha asumido las tres cuartas partes de los gastos de publicación, y que él mismo ha aportado el resto y ha copiado con su mano el manuscrito destinado a la impresión. Un tercer ladrón, Claude Le Petit, un joven apenas salido del colegio de Clermont, es citado. Para engañar a la censura, por no haber solicitado la prerrogativa de edición necesaria, la indicación del impresor no lleva ni la mención de París ni la dirección de Piot; sencillamente: "En Leiden". Se editaron 250 ejemplares en papel ordinario y 50 en papel fuerte destinados a notabilidades. El 7 de agosto se pronuncia la sentencia en ausencia de Millot, que se esconde. Declarado impío, injurioso hacia la religión cristiana y contrario a las buenas costumbres, el libro debe ser quemado sobre el Pont-Neuf. Por haberlo redactado, impreso y vendido, los dos supuestos redactores serán severamente castigados. Millot será "colgado y estrangulado si quizá se lo detiene, si no simbólicamente, en una horca que será plantada en el mismo sitio", sus bienes serán confiscados en provecho del rey, aparte de recibir una multa de 400 libras de París. L'Ange deberá ofrecer una reparación honorable, de rodillas, con la cabeza descubierta, en la cámara del merino del Palacio, y después será desterrado tres años del prebostazgo de París y pagará 200 libras de multa. El impresor Piot escapa al castigo, pues la ley protege al denunciante contra todo ataque a su persona o a sus bienes. Además se prohíbe a todos los libreros la venta del opúsculo, bajo pena de muerte. El procurador había pedido en vano extender la sanción a cualquiera que lo tuviese en su tienda. Tanto mejor, según se ha visto, para el poeta Scarron, que poseía ocho ejemplares encuadernados, o para el poderoso Nicolas Fouquet, superintendente de finanzas desde 1653, que había recibido uno y se lo había ofrecido a una amante.

L'École des filles no desagrada en modo alguno al público, como lo prueban sus reediciones en 1667, 1668, 1671 y 1686. La censura, rigurosa en tiempos de Luis XIV, no tiene tanto celo en el asunto, pues las incautaciones realizadas en París de 1678 a 1701 señalan únicamente la confiscación de dos ejemplares, en la casa del mismo

poseedor.[59] Desde el origen, el asunto parece haber sido tratado con circunspección por las autoridades, tal vez por causa de altas protecciones que habrían beneficiado a los acusados, eventualmente la de Fouquet. Las persecuciones no han conmovido más de la cuenta al mundo cultivado. No son mencionadas ni en *La Muse historique* de Loret, ni en las *Épîtres* del librero Lesselin, ni en diversas gacetas en verso de 1655. ¡Severidad aparente pero indulgencia tácita! La obra encuentra de algún modo un buen lugar en una especie de "infierno" virtual más antiguo que el de la Bibliothèque Nationale. Circula bajo cuerda, apreciada por los conocedores en los círculos intelectuales o mundanos. Tiene por lo demás una brillante carrera posterior, siempre perseguida pero reimpresa sin cesar. Una edición belga de 1865 es condenada por ultrajes a la moral pública y a las buenas costumbres por el tribunal correccional del Sena, y una adaptación igualmente belga, modernizada en 1863, es también condenada cinco años más tarde por el tribunal de Lille.[60]

La hoguera de un pornógrafo

Claude Le Petit (1638-1662), por su parte, corrió con menos suerte que Millot. Citado en el asunto, dedica a este último un madrigal puesto al principio de *L'École des filles*, pero que probablemente no figura en la edición original de 1655.[61] El primer verso muestra el tono: "Autor jodido de un jodido libro". Joven libertino recién egresado del colegio de Clermont, Claude intenta vivir de su pluma, escribiendo *L'Heure du berger*, una seminovela cómica, según su decir, en la que habla del placer carnal y de la voluptuosidad. El 29 de di-

[59] Anne Sauvy, *Livres saisis à Paris entre 1678 y 1701*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1972, p. 33.

[60] Jacques Prévot (ed.), *Libertins du xvii^e siècle*, *op. cit.*, p. 1673.

[61] Frédéric Lachèvre, *Le Libertinage au xvii^e siècle*, t. v: *Disciples et successeurs de Théophile de Viau. Les Œuvres libertines de Claude Le Petit, Parisien brûlé le 1^er septembre 1662, précédées d'une notice biographique*, París, E. Capiomont et Cie, 1918.

ciembre de 1661, un tal Jacques Chausson, llamado Des Étangs, es quemado en París por el crimen de sodomía e intento de violación de un muchacho joven. Además, abastecía de chicos al barón de Bellefore y al marqués du Bellay. Claude le dedica un soneto para alabar su valor y su negativa a seguir los consejos del confesor:

El infame hacia el cielo volvió su grupa inmunda;
y para morir finalmente como había vivido,
mostró el canalla su culo a todo el mundo.

En 1662, apremiado por las necesidades financieras, Claude, entonces abogado en la corte y con poco más de 23 años de edad, se pone en contacto con dos impresores tan jóvenes como él, Eustache y Pierre Rebuffé, a fin de editar un texto titulado *Le Bordel des Muses ou les Neuf Pucelles putains*, que comienza con un:

Soneto joditivo

Joder el culo, joder el coño,
joder el cielo y la tierra,
joder al diablo y al trueno,
y el Louvre y Montfaucon.

Joder el templo y el balcón,
joder la paz y la guerra,
joder el fuego, joder el vidrio
joder el agua y el Helicón.

Joder a los criados y a los amos,
joder a los frailes y a los curas,
joder del joder y del que jode.

Joder a todo el mundo junto,
joder el libro y al lector,
joder al soneto, ¿qué te parece?

Detenidos, Claude y los dos impresores son rápidamente juzgados, el 26 de agosto de 1662, ante la cámara criminal del Châtelet de París. Como "el público tiene necesidad de ejemplos", en este momento de refuerzo del poder personal del joven rey Luis XIV, después de que Fouquet cayó en desgracia, Claude es condenado a disculpas honorables en público delante de la puerta principal de la iglesia de Notre-Dame, y luego a que le corten el puño y a ser quemado vivo en la plaza de Grève, "por haber compuesto el libro titulado *Le Bordel des Muses* y otros escritos contra el honor de Dios y de sus santos". Se le reprocha, pues, un gravísimo crimen de lesa majestad divina. Eustache Rebuffé será azotado y luego desterrado nueve años de la ciudad de París, mientras que su hermano Pierre saldrá del paso con una simple amonestación que recibirá en la cámara del consejo, con interdicción de recaer bajo pena de castigo.

Los tres jóvenes apelan ante el Parlamento. La sentencia es emitida con una celeridad desacostumbrada el 31 de agosto. La sentencia inicial es enteramente confirmada. Beneficiado sin embargo por el *retentum*, que se considera entonces como una atenuación del suplicio, Claude "será secretamente estrangulado en el poste", antes de sentir las mordeduras de las llamas. La ejecución se produce el 1° de septiembre. Algunas horas antes, Claude Le Petit consiguió obtener una conversación con el barón de Schildebeck, a quien había conocido en Alemania, para hacerle prometer que publicará su *Le Bordel des Muses* e indicarle dónde ha escondido un ejemplar.

Placer y ruptura del orden establecido

Este terrible ejemplo es necesario, según un correspondiente del canciller Pierre Séguier, para contener "la licencia desenfrenada de los impíos y la temeridad de los impresores". ¡Es posible morir por el placer, o al menos por haber hablado de él demasiado libremente, bajo el gobierno del joven Rey-Sol! El caso es excepcio-

nal, pues la sociedad parisiense y la corte están lejos de constituir un universo de beatería. Lo que se busca con esto, para crear un recuerdo del terror entre los espectadores del suplicio, concierne a la impiedad del condenado y al peligro de subversión del orden moral que emana del discurso erótico, más que a su calidad picaresca. Las autoridades políticas o religiosas son particularmente sensibles a semejantes cosas, que recuerdan y prolongan los desórdenes de la Fronda. Ahora bien, es identificable un "giro pornográfico", tanto en Francia como en Inglaterra, entre 1650 y 1660.[62] En 1660, en *Sátira sotádica*, Nicolas Chorier cambia decididamente de registro, sin dejar de situar sus palabras en el marco familiar, como lo hacía *L'École des filles* cinco años antes. La actitud que pregona no es solamente amoral; incluye en adelante todas las perversiones que permiten gratificar los sentidos: amor lesbiano, sodomía, copulaciones múltiples, flagelación y formas más sutiles de sadismo. Por añadidura, sugiere que las relaciones sociales no constituyen sino fachadas para alcanzar mejor el goce, y esto incluye al sacerdote local. La Iglesia horrorizada se ve implicada directamente, de manera cada vez más explícita en otras obras, como *Venus en el claustro* en 1683.

Revelado por el suplicio de Claude Le Petit, el temor sordo de las tutelas es esencialmente el verse desestabilizadas, como consecuencia del cuestionamiento de los principios de obediencia en los cuales se fundan.[63] Más que de una simple oleada pornográfica, hay que hablar de una voluntad nueva de las jerarquías civiles y religiosas de instaurar una mejor vigilancia del nexo social, en particular en las enormes ciudades que son París o Londres. En Francia, los libertinos eruditos son considerados cada vez más como enemigos del orden establecido. Ahora bien, este universo es también el de los escritores picarescos como Claude Le Petit.

[62] David Foxon, *Libertine Literature in England*, New Hyde Park (Nueva York), University Books, 1965, p. 48.

[63] Véase el excelente libro de Michel Jeanneret, *Éros rebelle. Littérature et dissidence à l'ère classique*, París, Seuil, 2003.

No solamente se mofa de las autoridades, se burla de los mejores principios –clama su simpatía hacia un sodomita torturado en 1661–, sino sobre todo representa una perversión de la inteligencia y de la cultura. Bien criado, abogado, poeta, opone su apetito de libertad y su juventud a los progresos de la glaciación religiosa y política que se está reforzando después de que Luis XIV tomó personalmente el poder en 1661. El espacio de libertad se reduce. París se ve provista de un ojo del rey, el teniente de policía, establecido en 1667. A todos los inconformistas, desde los simples marginales hasta los movimientos estructurados como el jansenismo, se les ruega que vuelvan a la fila.

Esta sociedad que se ve más constreñida y más controlada crea naturalmente un sentido de oposición reforzado en algunos casos. Se perfila la civilización de las costumbres, fundada en los imperativos de la etiqueta cortesana y en los manuales de mundología destinados a la buena sociedad, como el de Courtin. Publicado en 1675, reeditado siete veces durante la década siguiente, el *Nouveau Traité de la civilité qui se pratique en France parmi les honnêtes gens* se dirige al pueblo citadino ampliado que desea imitar el modelo real.[64] Dentro de ese marco, la sexualidad debe ser discreta y seguir las reglas definidas por la moral masculina cristiana. Pero del lado de algunos nobles, frustrados en su "deber de revuelta", después de la Fronda, de los libertinos, de la ciencia cartesiana que pone en peligro las certidumbres teológicas, de quienes deben inclinar mucho más la cabeza que antes, aparecen actitudes rebeldes. La "pornografía" divulga algunas. Desde el comienzo está ligada a las ideas reprobadoras con respecto a la concentración de los poderes, pues las prácticas sexuales y la manera como son pensadas revelan la naturaleza del nexo social en el cual se incluyen.[65] Ciertamente, la civilidad expulsa el gusto por

[64] Véase a este respecto Robert Muchembled, *La Société policée*, *op. cit.*, cap. IV, pp. 123-180.

[65] Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*, Nueva York, Zone Books, 1993, pp. 30 y 40.

la escatología rabelaisiana y aprende a hablar del sexo con pudor, en los términos admitidos en público, tal como aconseja Susanne a Fanchon, sugiriéndole preferir palabras menos chocantes que "joder" o "montar". Sin embargo, aquellos que gustan de proclamar y realizar atrevidamente el acto amoroso, pero que se ven impedidos por la censura moral y por las leyes, no siempre tienden a agachar la cabeza. Hay quien decide quemarse las alas, si es preciso, para reconquistar el espacio de libertad que les es negado.

El continente negro de los malos pensamientos probablemente no decae en la segunda mitad del siglo XVII. Se hace menos visible que antes para evitar la represión, en espera de días mejores. Esta faz oculta de la modernidad es a la vez simbolizada por el pensamiento contestatario y por el gusto físico del placer. Los libertinos, caricaturizados por sus adversarios, son precisamente el empalme entre el espíritu y el cuerpo, a la espera de los filósofos del siglo siguiente. Los escritos eróticos de algunos de ellos son portadores de una filosofía de la existencia, una amargura del hombre sin Dios que el barón de Blot-l'Église oculta bajo la explosión de las voluptuosidades. Y, en 1660, Chorier enlaza el abanico de las perversiones con una animada crítica de las hipocresías de la sociedad cortés. El sufrimiento de tener que obedecer órdenes u obligaciones mal recibidas desemboca en reivindicaciones libidinosas, una especie de escapatoria para las tensiones. De manera general, a ambos lados de la barrera entre los normativos y los transgresores, el sexo y el pecado se unen más íntimamente que antes. Más dolorosamente también. La prohibición, afirmada más alto y con más fuerza, es vuelta del revés con determinación por algunos que se las ingenian para descubrir secretos placeres jubilatorios, como el de leer, a veces escondiendo una mano, los libros prohibidos que la justicia no consigue nunca quemar en su totalidad.

Francia e Inglaterra conocen en este ámbito una evolución muy paralela. Los éxitos eróticos franceses son muy pronto vendidos o traducidos en la isla. Samuel Pepys, el autor de un diario íntimo bien conocido, compra el 8 de febrero de 1668 un ejemplar de *L'École des filles*, que lee y después quema, para evitar la vergüenza

de que sea encontrado un día entre sus libros.[66] Una oculta cultura erótica circula activa y constantemente entre los dos países vecinos. Así como la Bibliothèque Nationale francesa organiza un "infierno" en el siglo XIX para recibir esta literatura reprobada, la British Library crea "*the Private Case*", que posee esencialmente 1.920 documentos en francés y en inglés, frente a 127 en alemán y 38 en italiano...[67] Después de la Italia del Renacimiento, la Francia del siglo XVII sirve a su vez de parangón en este ámbito, y luego Inglaterra produce sus obras maestras, como las *Memorias de una mujer de placer*, más conocidas bajo el título de *Fanny Hill*, de John Cleland, en 1748-1749.[68]

Prohibido, reprimido, el goce no deja de acosar a Occidente, con el cual estableció en los siglos XVI y XVII una relación estrecha y turbadora.

[66] David Foxon, *Libertine Literature in England*, *op. cit.*, pp. 5 y 6.
[67] Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography*, *op. cit.*, p. 21.
[68] David Foxon, *Libertine Literature in England*, *op. cit.*, pp. 52-63.

TERCERA PARTE

CICLOS
EL VICIO Y LA VIRTUD (1700-1960)

Las apariencias son a menudo engañosas. El siglo xviii libertino, ligero, pornográfico, que contrasta en Francia con el período de gran rigor moral precedente establece una visión muy controlada del placer. Inglaterra ha seguido el mismo camino desde la Restauración, en 1660. En los dos países, más precisamente en el corazón de sus capitales, monstruos urbanos sin equivalente en el continente, se instala lentamente un modelo de economía sexual destinado a dominar las concepciones y las prácticas occidentales hasta la década de 1960.

La decena de generaciones que se suceden durante este cuarto de milenio presentan evidentemente caracteres muy diversos, incluso enormes diferencias. No están menos bañadas de un idéntico flujo cultural portador de una concepción de la virtud consagrada intensamente a triunfar sobre el vicio. La oleada traduce a términos nuevos, adaptados a un universo citadino en rápida transformación, la prohibición religiosa y moral que pesaba en los siglos anteriores sobre el goce fuera del matrimonio cristiano. Propone una filosofía del término medio, desprendida de los rigores punitivos, judiciales y penitenciales, que prefiere la moderación personal derivada del dominio sobre sí mismo y del sentido íntimo de culpabilidad. Llevada por capas sociales dinámicas, cuyo núcleo central se recluta entre los filósofos de las Luces y los estratos medios de las grandes ciudades, une íntimamente la sexualidad y la búsqueda de la felicidad en el mundo, más que en el más allá. Hablar de burguesías a este respecto sería reduccionista, en tanto la noción se revela vaga y cambiante durante la larga sucesión cronológica en cuestión. El conjunto considerado no deja de poseer caracteres originales en materia de administración de los deseos carnales, tanto por oposición a la aristocracia como a la mayoría de los campesinos.

Hacia 1700, Europa entra en una era de transformaciones aceleradas en todos los ámbitos. Entre las más importantes para el tema de este libro figura la expansión de las grandes ciudades, vinculada al capitalismo comercial y a la afirmación de los Estados. Motores de crecimiento, atraen multitudes campesinas y ofrecen estilos de vida desconocidos hasta entonces. Una sociedad de consumo se va esbozando, por lo menos en Inglaterra. Los humanos que se oprimen dentro de esos muros viven de manera diferente a los rurales. La sexualidad se despliega con menos constreñimientos morales pero con más inquietud y sentido de lo efímero, particularmente entre los más pobres. Los contrastes se multiplican, así como las ocasiones de codearse con seres de diversas condiciones sociales. Comer, beber, hacer el amor, para parafrasear al barón de Blot-l'Église, adquieren sabores diferentes a los que tienen en los poblados o los castillos. Como consecuencia de semejante fiebre urbana, la presión represiva, siempre fuerte en teoría, se afloja en la práctica. Ya no son quemados los autores licenciosos en Francia. A lo sumo se los encierra, en ocasiones... La sujeción se resquebraja por doquier, pese a los esfuerzos del teniente de policía especialmente encargado de vigilar a los parisienses. La metrópoli, al igual que Londres, se vuelve un universo tan complejo que nadie puede verdaderamente dominarla. Estalla en revueltas, en grandes desórdenes durante una ejecución o por el pánico de una multitud. Bajo el manto de las Luces filosóficas, deja prosperar a los malpensantes, a los rebeldes de todo tipo, a los excéntricos y a todos los que viven, deliberadamente o no, al margen de las leyes. Una decisión que llega de arriba desencadena un breve movimiento represivo que no puede jamás arreglar definitivamente el problema, pues las poblaciones vuelven a caer en sus carriles una vez aplacada la tormenta.

El inmenso cuerpo viviente de más de medio millón de parisienses o de londinenses oscila constantemente entre el vicio, bastante trivial, y la virtud, tan inapreciable como rara, pues las realidades se imponen a la ley y a las convenciones morales. Semejantes pulsaciones más o menos regulares proporcionan la trama de esta

tercera parte. Quienes desean alejarse de los excesos para alcanzar la felicidad, o sencillamente una vida dichosa, cultivan el ideal virtuoso para proponerlo pacientemente a los demás. Prolongando el viejo esfuerzo ascético de los monjes pero de manera sensiblemente diferente, según un principio de economía proveniente del comercio, anhelan marcar la sexualidad con el sello de la moderación. ¡Ya llega el tiempo del placer dominado! El esfuerzo resulta sin embargo más de una decisión reflexiva que del miedo al castigo o al infierno. En este marco se explican la virulencia del combate contra la masturbación y la valoración de la doble norma sexual masculina. Esta última permite renovar la tutela que pesaba sobre las esposas y las madres de familia, sin dejar de ofrecer a los maridos el escape lícito de la frecuentación de prostitutas. Menos asociado a la religión que en los siglos precedentes, el dogma de la inferioridad femenina declina en adelante con dos variantes que son objeto de un amplio discurso social justificativo. Por un lado, se trata de proteger a la mujer casada contra las tentaciones y contra ella misma, confinándola en el hogar. Por otro, la puta, cada vez más presente en la acera urbana, concentra en una única persona los rasgos negativos, en particular la perversidad y el inextinguible apetito carnal que se le atribuía antes a toda hija de Eva.

Esta configuración se opone rotundamente a las prácticas populares campesinas relativamente libres y amorales observadas en Somerset en el siglo XVII, al igual que a las incitaciones al goce sin trabas formuladas por los nobles, como el barón de Blot-l'Église y Michel Millot, el probable autor de *L'École des filles* en 1655. Las dos últimas tradiciones no desaparecen por ello. En París, como en Londres, continúan produciendo subculturas eróticas muy vivas. Numéricamente muy importante, la primera caracteriza a la menuda población urbana, con frecuencia inmigrada hace poco tiempo, a veces forzada a amores rápidos o furtivos. Mucho más minoritaria, la segunda proporciona la imagen del disipado aristócrata (*the rake* en Londres), que desdeña las leyes humanas y las divinas, pésimamente considerado por los moralistas pero bastante fácil de tolerar, incluyendo sus más pasmosos excesos. Las dos es-

tán marcadas por la ausencia de constreñimientos, incluso por la "prodigalidad" sexual, entre los menos dotados para amenizar su existencia difícil, entre los nobles para seguir una ética de la largueza contraria a los principios de economía que ostentan los burgueses. En este campo de fuerzas múltiples se precisan estrategias que no impiden en modo alguno que los representantes de cada grupo se sientan eventualmente afectados por caracteres llegados de otras partes. Así, la gran cocina francesa, un placer refinado que pertenece prioritariamente al mundo de la magnificencia aristocrática desde el reinado de Luis XIV, desencadena igualmente pasiones entre los plebeyos acomodados.

IV. EL EROTISMO EN LAS LUCES

Para tratar de apreciar la importancia de la transformación erótica en el siglo xviii hay que volverse primero hacia la invasión pornográfica. Aparecida hacia 1650, acelerada después, impone su impronta al tiempo de los filósofos, al punto de exasperarse en Francia bajo la revolución. Su difusión, que traducía inicialmente resistencias dirigidas contra el Estado y la Iglesia, se orienta en adelante hacia la denegación más específica de una sexualidad demasiado controlada o demasiado sublimada, pues la época ha visto la profunda modificación de las relaciones entre el alma y el cuerpo, dando al Yo mayor importancia y trasladándolo desde los márgenes hacia el centro de la sociedad. Una revolución del deseo comienza a esbozarse en ambos lados del canal de la Mancha. Fundamental pero sigilosa, acompaña al relajamiento de los constreñimientos religiosos y políticos, para poner en su lugar una economía moral más personal. Se articula alrededor de nuevas relaciones de "género" entre las dos partes de la humanidad, y hasta con un tercer universo homosexual masculino que va definiéndose como un gueto, pues nuevas prohibiciones interiorizadas se orientan a apartar al varón de la sodomía, incluso activa, y más todavía de la masturbación, que es objeto de una extraordinaria ofensiva represiva. La práctica creciente de la doble norma masculina relega por lo demás a la mujer a una sujeción acrecentada, sustituyendo la ley divina por un principio "natural" de debilidad que motiva la necesidad del matrimonio y de la maternidad, y aislando de paso la parte maldita de la feminidad para llevarla a la imagen de la prostituta o de la chica libre. Semejante adaptación del viejo modelo paternalista a las evoluciones mentales y sociales en curso no es compartida por todos, ni mucho menos. La sexualidad se debilita en adelante cada vez más en función de la perte-

nencia social, explica Bernard de Mandeville en *El panal rumoroso* (1714). Anclado en el sistema de cortesía, el nuevo camino es, como de costumbre, no exclusivo sino dominante de las capas urbanas que ascienden. Permanece rodeado de constelaciones de sensualidades diferentes. El populacho no acata con facilidad las incitaciones que no concuerdan con sus tradiciones o sus necesidades, al punto de que padece diversas ofensivas, para lograr que vuelva a su sitio. Los refinados, los aristócratas, los cortesanos conservan una exuberancia conquistadora tan visible, tanto en Francia como en Inglaterra, que parece caracterizar el siglo de los filósofos para convertirlo en el de la pornografía y el erotismo. El más poderoso empuje hacia el cambio procede sin embargo de aquellos que buscan un equilibrio armonioso de las pasiones, una vía intermedia a fin de alcanzar la dicha. Si sus esfuerzos no impiden la carrera en pos del goce de no pocos de sus contemporáneos, ponen en marcha un principio de autocontrol del placer que corre paralelamente a la "civilización de las costumbres",[1] pero con la forma de una línea sinuosa y ya no ascendente, pues la virtud no consigue jamás por mucho tiempo ni por completo triunfar sobre el vicio...

La oleada pornográfica

Muy diferentes de los relatos galantes, gallardos o atrevidos de los siglos precedentes, las obras pornográficas aparecen bruscamente a mediados del siglo XVII, según hemos visto. Una de sus principales dimensiones es el cuestionamiento de autoridades y reglas establecidas: Eros se rebela contra los conformismos pesados.[2] La carga se vuelve más corrosiva en 1683 con *Vénus dans le cloître ou la Religieuse en chemise. Entretiens curieux... par l'abbé du Prat*. La

[1] Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. en alemán, 1939).

[2] Michel Jeanneret, *Éros rebelle. Littérature et dissidence à la ère classique*, París, Seuil, 2003.

Iglesia es directamente implicada, dos años antes de los rigores de la revocación del edicto de Nantes, en la cumbre de la gloria del Rey-Sol. Atribuido a Jean Barrin o a veces a François Chavigny de La Bretonnière, el libro pone en escena a dos monjas que tienen respectivamente 19 y 16 años en el curso de tres diálogos, en un convento. Intercambiando algunos besos, hablan de las apariencias que deben salvar pero también de la necesidad de "dar algo al temperamento del cuerpo, y compadecer la debilidad de nuestros espíritus". Entre los visitantes, un abad, un *feuillant* y un capuchino acuden a hacer la prueba con la más joven, la hermana Agnès, por instigación de la mayor, la hermana Angélique. No hay detalles obscenos, aunque las dos heroínas discuten acerca de temas eróticos. Encuentran *l'École des filles* poco respetable y critican aún más vivamente *Sátira sotádica* de Chorier, pues "es preciso que los placeres que proponemos estén limitados por las leyes, por la naturaleza y por la prudencia".[3]

Una literatura de transgresión

La pornografía es una literatura de transgresión, pero se instala ante todo dentro de las reglas de un decoro que prohíbe la evocación de las perversiones, lo cual explica la crítica del libro de Chorier, único en haberse arriesgado hasta ahí. Los autores usan esta argucia para expresar sus ideas no convencionales, a veces heréticas o cercanas al libre pensamiento de los libertinos espirituales, así como su fe en la ciencia o en la filosofía natural, en contra de las autoridades establecidas. En los años entre 1650 y 1690, el mensaje pornográfico se elabora al mismo tiempo que el nuevo discurso culto y en los mismos lugares: las grandes ciudades donde las redes sociales están cambiando, donde las existencias están más atomizadas y más individualizadas, donde apa-

[3] David Foxon, *Libertine Literature in England*, New Hyde Park (Nueva York), University Books, 1965, pp. 43 y 44.

rece la necesidad de conceptualizar el cuerpo y el espacio para percibir su propio ser.[4] El debilitamiento del concepto de pecado, también asociado a los fenómenos urbanos y científicos, desempeña por igual un papel. En cuanto a Inglaterra, no se trata de una simple reacción contra el puritanismo de tiempos de Cromwell, pues la oleada pornográfica viene de Francia, aun antes de la Restauración, desde la década de 1650, y se sostiene durante un siglo. *Venus dans le cloître* es traducido ya en 1683, el año mismo de su publicación en francés en Colonia, y luego también en 1724 y 1725, lo cual impulsa entonces a las autoridades insulares a legislar contra los escritos obscenos. En toda Europa, principalmente en Ámsterdam, París y Londres, surge una idea nueva según la cual la naturaleza y los sentidos deben ser preferidos a las leyes defendidas por las autoridades establecidas, a fin de diferenciarse de una sociedad únicamente fundada en la hipocresía o la apariencia.[5] El endurecimiento de la censura política, religiosa y moral que pesa sobre el escrito y la acentuación de la represión sexual provocan paradójicamente el nacimiento de esta literatura pornográfica.[6] Pues es precisamente el juego entre la autoridad y la transgresión el que le da vida y le confiere un estatus cultural importante, como testimonio de la discordancia entre los principios y las realidades.

La represión funciona más como un aguijón que como un poder realmente disuasivo. Pese a la vigilancia policiaca y a las incautaciones de obras prohibidas, el comercio de los libros y de las imágenes pornográficas tiene una gran actividad, testimonio seguro

[4] Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity*, 1500-1800, Nueva York, Zone Books, 1993, introducción, pp. 10 y 11, y Margaret C. Jacob, "The materialist world of pornography", en Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography*, *op. cit.*, pp. 158, 159 y 182.

[5] David Foxon, *Libertine Literature in England*, *op. cit.*, pp. 44 y 49; Dale Underwood, *Etherege and the Seventeenth-Century Comedy of Manners*, New Haven, Yale University Press, 1957.

[6] Jean-Louis Flandrin, *Le Sexe et l'Occident: évolution des attitudes et des comportements*, París, Seuil, 1981, p. 298.

del desarrollo de un mercado bastante amplio para justificar los riesgos que se corren. En París, su centro principal en el siglo XVIII, la producción y la venta conciernen a auténticos grupos organizados, que comprenden hasta dos docenas de personas, algo desconocido para los otros tipos de escritos prohibidos. La cultura de la calle de la capital francesa abre un gran espacio al comercio del sexo en todas sus formas. Hay *guías rosadas* que permiten al aficionado o al curioso encontrar las direcciones de los burdeles y prostitutas. Después de 1789, a imitación de Londres, florece también la lista de las rameras notorias, con sus precios y sus competencias. Ha sido posible contar 40 entre 1789 y 1792 –*Étrennes des grisettes, Almanach des demoiselles de Paris, Tarif des filles du Palais-Royal*, etc.–, con las direcciones, los precios, las características (rubia, morena, joven...), las especialidades ("muy activa ciudadana", "coño ardiente", "señora de día, señor por la noche").[7]

La pornografía del siglo XVIII puede ser definida como la presentación escrita o visual realista de todo comportamiento genital o sexual que viola deliberadamente los tabúes morales y sociales ampliamente aceptados.[8] De 1660 a 1800, el interés por el asunto no hace sino aumentar en Inglaterra. Son publicadas numerosas traducciones de autores antiguos o contemporáneos, franceses en particular. El movimiento se explica a la vez por la represión sexual y por una censura más insidiosa de la literatura en general, expurgada de las cosas concernientes al sexo, justamente como la cortesía implica ignorar las funciones triviales del cuerpo humano y los excesos del placer.[9] Aparte de su efecto de resistencia a las dictaduras morales y religiosas, la pornografía transmite una ani-

[7] Margaret C. Jacob, "The materialist world of pornography", *op. cit.*, p. 183; Kathryn Norberg, "The libertine whore: Prostitution in french pornography from Margot to Juliette", en Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography, op. cit.*, pp. 229 y 243.

[8] Peter Wagner, *Eros Revived: Erotica of the Enlightenment in England and America*, Londres, Secker and Warburg, 1988, p. 7.

[9] Robert Muchembled, *La Société policée. Politique et politesse en France du XVI^e^ au XX^e^ siècle*, París, Seuil, 1998.

mada curiosidad que no encuentra fácilmente cómo nutrirse de los espectáculos callejeros ni de las obras impresas. El género hace pues furor, bajo cuerda, obviamente. Convertido en *voyeur*, el lector puede estremecerse de inquietud sin afrontar los rigores punitivos prometidos a quienes se entreguen realmente a semejantes impurezas. Puede también gozar de los placeres solitarios libreseos que desembocan a veces en los de la masturbación, o incluso del comercio venéreo frenético, siguiendo el ejemplo de Monsieur Nicolas bajo la pluma afiebrada de Rétif de La Bretonne.[10]

El mercado del deseo

Generalmente considerada como saturada de clichés repetitivos, la pornografía no termina sin embargo de modificarse, de adaptarse al tiempo que está transcurriendo, durante el siglo de los filósofos. ¿Se trata acaso sencillamente de efectos de generación, de evoluciones inducidas por el alcance de la madurez de cada grupo de edad? La ausencia de búsquedas precisas no permite afirmarlo. Se señalan al menos dos rupturas nítidas, una hacia mediados del siglo, la otra en 1789. La primera corresponde a la publicación simultánea, en 1748, de la profesión de fe materialista de La Mettrie, *El hombre máquina*, y del *Arte de gozar* del mismo autor, y en Inglaterra de las *Memorias de una mujer de placer* de John Cleland, que se hicieron célebres con el título de *Fanny Hill*. La pornografía parece entonces haberse vuelto un fin en sí mismo. La obra de Cleland adopta las técnicas literarias nuevas de la narración realista, pero no cuenta realmente la vida de una prostituta de la época y, sobre todo, no se aparta fundamentalmente de las tradiciones eróticas afirmadas un siglo antes. Ni el universo de las muchachas callejeras ni el de las damas galantes frecuentadas por los

[10] Jean-Marie Goulemot, *Ces livres qu'on ne lit que d'une main. Lecture et lecteurs de livres pornographiques au XVIII^e siècle*, Aix-en-Provence, Alinea, 1991, pp. 48-51.

libertinos de calidad son perfectamente plasmados, pues Fanny no queda embarazada, evita las enfermedades venéreas y el alcoholismo, y acaba entonces casándose por pasión con su primer cliente. Por añadidura, comparte el placer de sus parejas. Cleland se acerca así al modelo sexual recordado en *L'École des filles*, que evitaba cualquier perversión y recalcaba el derecho de la mujer al orgasmo. Expresa una visión masculina, idealizada, de este último, suponiéndolo más intenso en función del tamaño del pene, sin describir el clítoris con tanta exactitud como el órgano masculino, ni concederle gran importancia, asegurando que la mujer no podría disfrutar[11] más a menudo que su amante. Si bien es evidente la ruptura con la tradición cristiana, no conduce para nada a innovaciones en materia de relaciones entre los géneros: la plenitud de la existencia femenina es tradicionalmente ligada al matrimonio por amor, es cierto. Después de haber recorrido el ciclo de las impurezas, Fanny conoce una redención gracias al amor conyugal. Su originalidad es simplemente haber sido de forma sucesiva demonio y ángel, amante y esposa, lo cual no contradice en modo alguno la doble norma masculina que está imponiéndose en el mismo momento.

La cantidad de obras eróticas es difícil de establecer. Un investigador propone 25 títulos franceses de 1714 a 1749, otro registra 22 de 1741 a 1797, con algunos dobletes en estas listas no exhaustivas.[12] Figuran grandes nombres y obras literarias célebres: la *Historia del caballero de Grieux* del abate Prévost; Marivaux en *La vida de Mariana* y *El campesino enriquecido*; Crébillon hijo, autor de *L'Ecumoire*, *Égarements du coeur*, *Sopha*; el marqués de Argens en *Les Nonnes galantes* y *Teresa filósofa*, y Diderot con *Las joyas indiscretas*. Los libros pornográficos propiamente dichos consideran grandes obras, frecuentemente reeditadas, la *Histoire de Dom B...*,

[11] Randolph Trumbach, "Erotic fantasy and male libertinism in Enlightenment England", en Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography*, *op. cit.*, p. 266.

[12] Peter Wagner, *Eros Revived*, *op. cit.*, p. 175; Jean-Marie Goulemot, *Ces livres qu'on ne lit que d'une main*, *op. cit.*, pp. 161 y 162.

portier des chartreux, publicada en 1741 por Jean-Charles Gervaise de La Touche; las *Mémoires turcs* de Godard d'Aucour en 1743; *Arte de gozar* de La Mettrie en 1748, y *Margot la ravaudeuse* de Fougeret de Monbron. Las 25 obras señaladas en la primera parte del siglo son traducidas al inglés después de 1728, la mayoría entre 1735 y 1749, señal de un vivo interés por el tema durante aquella época. Entre 1748 y 1749, siete títulos aparecidos en Francia están casi inmediatamente disponibles en la lengua de Shakespeare. Puede probablemente verse un "efecto *Fanny Hill*". Entre los que no tienen el honor de ser traducidos, *L'Art de foutre ou Paris foutant* de Baculard d'Arnaud, en 1741, ¿inaugura una visión demasiado trivial para el lector insular?

La marea pornográfica parece aplacarse un poco en Francia a finales del reinado de Luis XV, y se reanuda con vigor al principio del reinado siguiente. Aparte de Sade, dos autores prolíficos ocupan el terreno. Andrea de Nerciat publica en 1775 *Felicia* y diversos volúmenes de la misma calaña, hasta *Mi noviciado o los placeres de Lolote* en 1792; Mirabeau lo sigue de cerca con *Erótica Biblion* en 1782 y *La cortina levantada o la educación de Laura* en 1785. Se añaden en 1775 *La Foutromanie* de Gabriel Sénac de Meilhan y *L'Anti-Justine* de Rétif de La Bretonne en 1797, aparte de relatos anónimos, *Confessions de Mademoiselle Sappho* (1789) y *Caroline et Belleval, ou les Leçons de la volupté* (3ª edición en 1797).

Lejos de encauzarlo, la Revolución Francesa exacerba el gusto del siglo por la sexualidad. No solamente el número de publicaciones aumenta notablemente, sino que se aprecia una insistencia nueva en el vicio, primero en la crítica social y política del Antiguo Régimen, luego con una perspectiva más libidinosa de poner en tela de juicio todas las prohibiciones.[13] El movimiento con-

[13] Lynn Hunt, "Pornography and the French Revolution", en Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography, op. cit.*, pp. 302-304 y 339. Véase también Peter Wagner, *Eros Revived, op. cit.*, pp. 246 y 247 (que cita los trabajos de Ronald Paulson, *Representations of Revolution, 1789-1820*, New Haven, Yale University Press, 1983, el cual establece un nexo entre la violencia política de la época y la revuelta moral expresada por la pornografía).

quista a toda la Europa occidental y forja lentamente el sentido actual de la palabra pornografía. Utilizado por primera vez en Francia en 1769 por Rétif de La Bretonne para designar un escrito que habla de la prostitución, define algo muy diferente en 1806: los textos o imágenes que turban el orden social y contravienen la moralidad. Inglaterra no utiliza el vocablo antes de fines del siglo XIX. En la práctica, un veredicto de 1728 contra el editor Edmund Curll, que había publicado un libelo considerado obsceno, describe el campo en cuestión y sirve de jurisprudencia hasta la *Obscene Publications Act* de 1959. Mientras que los tribunales de justicia se negaban hasta entonces a sancionar semejantes hechos, la escasez de traducciones de libros pornográficos franceses entre 1728 y 1735 manifiesta el temor a la persecución, pero su multiplicación en la década de 1740 indica el retorno a una gran tolerancia. El escenario no cambia sino a fines del siglo, con la fundación en 1787 de la Proclamation Society, creada para castigar el vicio y la inmoralidad que, por primera vez, se enfrenta a las publicaciones capaces de envenenar el espíritu de los lectores, en particular de los jóvenes. Aun así hay que esperar la aparición en 1801 de la Society for the Suppression of Vice and the Encouragement of Religion and Virtue para obtener resultados tangibles en este campo. Es probable que el antagonismo franco-inglés creciente desempeñara un papel volviendo más sospechosa aún una literatura abundantemente consumida más allá del canal de la Mancha...

La corriente conduce cada vez más a la conquista de un mercado puramente pornográfico. Andrea de Nerciat, por ejemplo, se distingue por su falta de interés en la vida pública de la época, a diferencia de los revolucionarios que utilizan la temática para llegar a los lectores y concientizarlos respecto de los problemas sociales y políticos. A partir de 1795 aparecen obras que exploran nuevos placeres sexuales hasta entonces cuidadosamente silenciados en las grandes obras del género: bestialidad o travestismo en dos escritos anónimos aparecidos ese año, *L'Enfant du bordel* y *Éléonore ou l'Heureuse personne*, transexualidad en el segundo. Es verdad que la heroína, Éléonore, es a la vez hija del vicio y descen-

diente ilegítima de un padre noble. Se reconoce una parodia de las historias edificantes de huérfanos que hacen furor por entonces. Solamente el registro del sadismo, de la tortura y de la muerte no es explorado, salvo por el divino marqués,[14] lo cual dice mucho acerca de la capacidad de adaptación de este tipo de literatura a la corriente cultural dominante, a una sociedad que está rechazando las interdicciones antiguas sin hacerse cargo del erotismo decadente de los anteriores aristócratas. Desgastado por el divorcio, esperando el nuevo paso napoleónico, el matrimonio deja de ser, por un tiempo, el centro de las preocupaciones. La libertina, Teresa filósofa, cede el lugar a la viciosa de tendencias lesbianas, que se prostituye por interés para arruinar más al hombre y destruir su virilidad. Si bien le queda camino por recorrer antes de convertirse luego en la *vamp*, en otros términos, la mujer vampiro apegada a chupar la sangre de su presa masculina, ninguna heroína pornográfica, desde mediados del siglo XVII, ni Fanchon en 1655, ni Fanny Hill en 1748, había puesto así en tela de juicio el sistema establecido para mayor gloria del varón. Tanto más cuanto que éste posee los recursos para defenderse en el siglo siguiente, como se verá.

Esos libros que hacen bajar las Luces

Lo que impresiona a la gente de una época puede resultar indiferente para la de otro tiempo. ¿Qué es lo que hace, pues, desmayarse de gusto a los contemporáneos del Regente, Felipe de Orléans, de Voltaire, de Andrea de Nerciat? Como es imposible analizar las sensibilidades de cada generación, me conformaré con una mirada secular para tratar de captar la distancia que separa a aquellos seres de nosotros. ¿Dónde comienza el escándalo? Un grabado del siglo XVIII atribuido a Ghendt según una aguada de P. A. Baudoin, *Le Midi*, representa a una joven rica-

[14] *Justine o los infortunios de la virtud*, 1791; *La filosofía del tocador*, 1795.

mente adornada, extendida sobre la hierba de un jardín, extática, designando con la mano derecha un libro puesto en el suelo, una pierna en el aire, la mano izquierda bajo la falda: disfruta, después de haberse acariciado íntimamente, a propósito de la lectura de un relato sulfuroso.[15] Lo importante no es tanto la señal que el artista le hace al espectador, el juego del *voyeur* en suma, igualmente sugerido en *El cerrojo* de Fragonard hacia 1775-1777, como la distancia introducida por esta imagen en el espíritu del siglo XXI: ella disfruta ¿y entonces? Lo que componía una joya de finura intelectual, una broma sobre la prohibición del placer autoerótico, una evocación de las delicias de la transgresión, los ojos de la mujer en éxtasis posados hacia un observador exterior, hoy día no es sino casi una imagen cualquiera, de escasa carga evocadora. En el tiempo de los desnudos estivales o publicitarios y de las películas *hard*, tal documento sólo puede ser percibido como trivial. Salvo quizá en la América puritana, ofendida ante el seno desnudo, fugitivamente revelado por Janet Jackson durante una emisión televisiva que provocó oleadas de indignación, el 1° de febrero de 2004, durante el *Super Bowl Halftime Show*...

La literatura licenciosa debe ser captada de la misma manera. Ha perdido en dos siglos gran parte de su poder corrosivo, porque la sociedad cuyas taras describía, cuyos tabúes quebrantaba, no existe más que en los libros de historia. Sin embargo nos ha legado herencias, entre ellas, cierto sentido del estremecimiento al evocar actitudes poco ordinarias. La pornografía del siglo XVIII abarca cinco campos y utiliza diversos soportes para difundir mensajes, en particular la poesía, el chiste, la prosa, la imagen.[16] Esta última, que a menudo se combina con el texto, deriva frecuentemente de las célebres posturas amorosas del Aretino. Puede también anidar subrepticiamente en un rincón de un cuadro o un grabado, avanzar enmascarada para engañar mejor la vigilancia

[15] Jean-Marie Goulemot, *Ces livres qu'on ne lit que d'une main*, *op. cit.*, pp. 43-47 y figura A. El grabado es reproducido en la tapa del libro.

[16] Peter Wagner, *Eros Revived*, *op. cit.*

de los censores y dar un placer adicional al aficionado haciéndolo participar en el juego de lo secreto, en las emociones del testigo oculto, en el estremecimiento de la voluptuosidad así redoblada. Se trata de lo que se acostumbra designar como el espíritu del siglo xviii, ligero y libertino, que oculta su punta bajo las apariencias de la cortesía, la devoción y la obediencia. No todo el mundo puede descifrar fácilmente semejantes signos. Para comprenderlos, se precisa la connivencia del mundo privilegiado de la fortuna, del linaje y de la inteligencia. Las obras, incluso las más salaces y vulgares en apariencia, esos libros de jodienda que habría amado el barón de Blot-l'Église, no están a disposición de la gente común, de la gran mayoría rural incapaz de leer que predomina en Francia. Más alfabetizada, hasta el 62% de los hombres y el 38% de las mujeres en 1750,[17] Inglaterra tampoco es afectada masivamente por el fenómeno. Londres y París son casi las únicas que ofrecen el público discreto y refinado capaz de apreciar tales tesoros.

El primer tipo de escritos pornográficos está compuesto de obras médicas o paramédicas: guías sexuales, tratados sexológicos, que hablan sobre todo de la masturbación, de la flagelación o de la estrangulación. El siglo se ha apasionado en tal medida por la lucha contra el onanismo, que este pecado condenado por la ciencia médica merece un desarrollo ulterior. La flagelación, muy solicitada en Inglaterra, al punto de convertirse en estereotipo nacional a ojos de los pueblos vecinos, evidentemente bromistas e injustos, se vende bien en la isla. Edmund Curll, célebre editor de libros atrevidos, publica en 1718 *A Treatise of the Use of Flogging in Veneral Affairs*, que le vale persecuciones judiciales. El opúsculo es reeditado en 1761 con una nota publicitaria antes del título que dice que esta técnica acrecienta los placeres del amor, y un grabado que muestra a un gentilhombre arrodillado, con el trasero desnudo, azotado por una chica que mira a una mujer sentada so-

[17] David Cressy, "Literacy in context: meaning and measurement in early modern England", en John Brewer y Roy Porter (eds.), *Consumption and the World of Goods*, Londres-Nueva York, Routledge, 1993, p. 313 y 314.

bre una cama, esperando que esté suficientemente excitado para unirse a ella. Burdeles especializados, los *bagnios* y los *seraglios* londinenses ofrecen semejantes refinamientos a los conocedores. Un tratado falsamente atribuido al abad Boileau, doctor de la Sorbona, escrito en realidad para ridiculizar las prácticas religiosas católicas, se traduce en 1783 con el título *The History of Flagellants*.[18] El dolor como coadyuvante del orgasmo es igualmente tema de un corto texto de 46 páginas, publicado anónimamente en 1791 con el título *Modern Propensies; or, An Essay on the Art of Strangling*... La segunda parte evoca la flagelación, la tercera y última, la sofocación que produce emociones interesantes al cosquillear los órganos de la generación, lo que ayuda a los criminales a afrontar el suplicio último... Para los *gentlemen* que no desean perder la vida, se recomienda usar la panacea del doctor Vanbutchell, vendida con el nombre de "Vanbutchell Balsam of Life". En 1793, *The Bon Ton Magazine* publica dos artículos: uno a propósito de los orígenes de la estrangulación amorosa, el otro acerca de los efectos sobre el cuerpo humano de la estrangulación temporal. Las mujeres deseosas de estimularse, por su parte, pueden procurarse muñecos cuyas piernas son sustituidas por un cilindro cubierto de tejido, vendidos en Saint James Park en Londres, según un viajero francés de 1713-1714.[19] El *dildo* en cuestión posee probablemente tantas virtudes como los libros "que se leen con una sola mano".

Más tradicionales, la segunda y tercera venas pornográficas son antirreligiosas y antiaristocráticas. Representan la huella libertina del siglo precedente. El disipado (*the rake*) frecuenta abiertamente clubes impíos, que deben hacerse más discretos después de 1720, y practica el ateísmo, la blasfemia y la sátira anticlerical. William Hogarth lo caricaturiza en 1732 en una serie de ocho grabados titulados *A Rake's Progress*. Bebida, juego, sexo e impiedades son sus principales ocupaciones. De origen aristocrático o acomodado, viajeros y conocedores de las lenguas extranjeras, semejantes

[18] Peter Wagner, *Eros Revived*, *op. cit.*, pp. 22 y 23.
[19] *Ibid.*, pp. 26 y 27.

individuos reflejan los comportamientos de los aristócratas franceses disipados, pese al antagonismo entre ambas naciones.[20]

Menos específicamente inglesa y protestante de lo que se cree, la producción pornográfica que se orienta a los excesos sexuales atribuidos a los monjes católicos ocupa un lugar muy importante en este universo. En Francia, la tradición está ampliamente atestiguada en el siglo XVI, en los escritos de Rabelais o en el Heptamerón, reimpreso con frecuencia durante el siglo XVIII, en los de Margarita de Navarra, la hermana de Francisco I. Reaparece en la *Histoire de Dom B..., portier des chartreux*, publicada por La Touche en 1741. Saturnin, el héroe, dotado de un nombre abreviado del cual se adivina fácilmente el sentido ("*bougre*" quiere decir sodomita), es hijo de una monja. En el transcurso de sus aventuras descubre a su madre en una celda secreta donde los monjes ocultan a sus amantes. Participa en orgías, por ejemplo, con seis religiosas a la vez, agotando poco a poco sus fuerzas vitales en tales excesos. Después de haber violado a una monja huye a París, donde encuentra a su cuñada Suzon en un burdel. Aunque le advierte que padece una enfermedad venérea, se acuesta con ella. Los dos son arrojados a la cárcel, donde Suzon muere. Él cae enfermo, debe dejarse castrar para sobrevivir y retorna al monasterio donde pasa su último año de existencia como portero (lo cual explica el subtítulo), escribiendo sus memorias. Ambigua, la obra elogia la libertad erótica, donde el placer se convierte en una verdadera nueva religión, pero termina con el retorno al orden transgredido con el término de toda actividad sexual. En el fondo, concluye con una especie de elogio de la moderación, que se vuelve obligatoria por la castración: las pasiones humanas excesivas no podrían aportar la felicidad. Sin dejar de parodiar duramente la fe, despliega la moral de los filósofos y de las clases medias citadinas, que por entonces se estaban imponiendo. Bajo una apariencia pornográfica, muestra la absoluta necesidad de control de sí mismo para evitar todas las

[20] Peter Wagner, *Eros Revived*, *op. cit.*, pp. 48, 49, 58 y 59.

miserias padecidas por Saturnin, que creía disfrutar sin fin, pero fue sufriendo cada vez más.

Si nos volvemos hacia Inglaterra, nos imaginamos sin dificultad el contenido de *Father Paul and the Blue-Eyed Nun of Saint Cathe rine* (1770), al observar el grabado donde el libidinoso padre Paul, sentado en un sillón, con los ojos brillantes de deseo, se agarra del cuerpo, bajo los senos semidescubiertos de una espléndida monja extática, con las manos juntas, en una decoración conventual que da aún mayor intensidad al pecado carnal.[21]

La pornografía antiaristocrática insular se arraiga igualmente en una tradición francesa, la de las "crónicas escandalosas". Los historiadores salaces de la corte de Versalles hacen las delicias de los lectores ingleses. Así el francés Morande, refugiado en Inglaterra en 1769, ataca la corrupción moral que impera en su país. Conoce el éxito en 1771 con la publicación, en Londres, de dos obras: *Le Philosophe cynique* y *Le Gazetier cuirassé ou Anecdotes scandaleuses de la cour de France*. Madame Du Barry le proporciona un tema inagotable de burlas. Sostiene que es hija ilegítima de una sirvienta y un fraile, describe su carrera de prostituta y de cortesana, sus relaciones lesbianas con muchachas, los medios que emplea para apegarse al rey, perfumándose el interior del sexo o lavándose diariamente los genitales con ámbar. Cuando Luis XV trata de actuar contra él, anuncia la próxima publicación de las *Mémoires secrets d'une femme publique*, poniendo en práctica de paso un chantaje financiero para hacer comprar el manuscrito. En 1773, el asunto se vuelve truculento a consecuencia del envío de policías para aprehenderlo. Informa a los periódicos que los franceses tratan de atrapar emigrados que han huido de la tiranía de su príncipe, lo cual le produce un poderoso apoyo colectivo y obliga a los esbirros a abandonar la isla apresurados, en tanto que él conserva el dinero recibido de sus manos. Enviado para hacerlo entrar en razón, Beaumarchais debe para ello comprar a un alto precio la totalidad de los ejemplares del folleto y hacer que le concedan la pen-

[21] *Ibid.*, p. 80.

sión que solicita. Morande se convirtió después en agente secreto de Luis XVI...[22] ¡Parece que la pornografía conduce a todo y puede ayudar al individuo a vivir a lo grande!

Antepasado popular de los relatos del marqués de Sade, el cuarto grupo de escritos escabrosos combina el sexo con la sangre y la muerte. Se trata de un surtido importante de obras y folletos que cuentan las hazañas y las desventuras de los criminales ejecutados en Londres, a causa de violaciones, incestos o adulterios que acabaron en homicidios. Francia conoce un fenómeno comparable, que ocasiona un floreciente comercio de grabados, sobre todo al pie del patíbulo o de la pira. En Inglaterra se agregan amplias colecciones oficiales, como los cuatro tomos de *The Tyburn Chronicle* hacia 1768 o los cinco volúmenes de *The Newgate Calendar of Malefactor's Bloody Register* hacia 1773.[23] Más adelante entraremos en los detalles de este conjunto complejo, que hace también intervenir a autores célebres, tales como Daniel Defoe, porque la lectura de las relaciones combinada con el espectáculo del suplicio tiene un importante impacto sobre la definición del Yo, ligando las impurezas corporales de los culpables con el pecado y sirviendo de modelo negativo a los biempensantes.[24]

El quinto tipo de pornografía se organiza en torno al matrimonio y la guerra de los sexos. La literatura consagrada a las "conversaciones criminales" –en otros términos, a las infidelidades según la terminología anglosajona– se vincula con eso, así como los escritos y las imágenes relativas a la prostitución, los cuernos o la competencia por el poder en la pareja, llamada en Francia "lucha por los pantalones". En Inglaterra, ésta se desarrolla sobre todo en el último decenio del siglo XVIII y se encuentra ampliamente valorizada por las caricaturas de Newton o de Woodward. *Wearing the Breeches*, de Richard Newton, en 1794, muestra a una mujer sólidamente plantada sobre la pierna dere-

[22] Peter Wagner, *Eros Revived*, *op. cit.*, pp. 92 y 93.

[23] *Ibid.*, pp. 114 y 115.

[24] Véase, más adelante, "Biografías demonizadas".

cha puesta bien hacia adelante, con las manos en las caderas como un matamoros de teatro, que observa con diversión irónica los arrebatos de rabia inútil de su alfeñique de marido, de cara fruncida, en posición de boxeador desequilibrado. Los papeles parecen haberse invertido, si se cree en estos grabados. En *The Padlock*, de Woodward, hacia 1800, una mujer sesuda que le ha puesto a su esposo un cinturón de castidad le dice con satisfacción que ya no podrá perseguir a las criadas.[25] En cuanto a la prostituta, se beneficia con un tratamiento literario excepcional, pues su biografía suele ser colocada en un marco moral o que pretende tal. Esto permite a Daniel Defoe considerar que es respetable escribir *Las aventuras de Moll Flanders* o *Roxana o la amante afortunada*, y a John Cleland concluir *Fanny Hill* con un elogio del amor conyugal compartido. La vida de las cortesanas de calidad, sin embargo, no carece del encanto perverso de las crónicas escandalosas, como las *Genuine Memoirs of the Celebrated Miss Maria Brown*, en 1766, que se atribuyen a John Cleland para fomentar las ventas.[26]

La oleada pornográfica del siglo XVIII implica pocas innovaciones antes de la ruptura profunda de la revolución. Clichés o estereotipos abundan, y la doble norma reina sobre estos libros atrevidos que no discuten los papeles sexuales masculinos y femeninos, estereotipados desde numerosas generaciones atrás. La invasión erótica traduce sobre todo el hecho de que la sexualidad extraconyugal entra cada vez más en el dominio del mal tono, del gusto depravado. La represión se hace más insidiosa y más persuasiva que en los dos siglos precedentes. La época de los suplicios, de la censura, del miedo al infierno cede el puesto a la de la contención personal. Las formas del control cambian porque el éxito creciente de la pornografía contribuye a desacreditar a las autoridades que no consiguen la aplicación eficaz de sus interdicciones. Lo esencial permanece, adaptándose al aire de los tiempos. El matrimonio sigue siendo la piedra de toque de la sociedad,

[25] Peter Wagner, *Eros Revived*, *op. cit.*, pp. 160 y 161.
[26] *Ibid.*, p. 220.

como el erotismo más excitante es el que permite soñar con paraísos complementarios, en los brazos de prostitutas, de mujeres viciosas, pero sin buscar las infamias extremas de las perversiones rodeadas de tabúes: homosexualidad, relaciones anales, sexo oral, bestialidad, tortura y ejecución. Los ingleses practican la flagelación un poco más que los continentales. Constituye durante mucho tiempo entre ellos un castigo escolar habitual, como los "castigos razonables" permitidos a los padres por una ley de 1860 y que la Cámara de los Lores se negó a prohibir, por 250 votos contra 75, el 5 de julio de 2004.

Literatura y arte pornográficos son también escapatorias para aquellos cuya sexualidad resulta demasiado trivial, lo cual explica su público creciente. No transportan sin embargo realmente al lector fuera de sí mismo, fuera de su cultura, sino sólo un poco hacia el margen, ahí donde el placer de la transgresión suave se agrega al del descubrimiento de datos sensuales mal conocidos. Sólo el episodio revolucionario ve a los autores llegar mucho más lejos, hasta las verdaderas perversiones. A principios del siglo XIX, el puño napoleónico en Francia y el ascenso de las sociedades de lucha contra el vicio en Inglaterra quiebran al mismo tiempo estas veleidades. Se reanuda entonces al diálogo ambiguo entre los poseedores de la genitalidad conyugal reproductora y los amantes de placeres más intensos, más refinados o más triviales, capturados entre los brazos de mujeres perdidas, antes de volver sensatamente al hogar. La obra pornográfica participa la mayoría de las veces de esta duplicidad colectiva, fundada en adelante en la ley natural, la medicina, la filosofía, y no ya en el poder político o religioso. Agotado por los placeres, amputado de sí mismo por punición médica para salvar su vida al precio de sus joyas indiscretas, don Pobre Diablo es el héroe desdichado del juego de la interdicción por no haberse sabido dotar a sí mismo de autocontroles suficientes para resistir las tentaciones y alcanzar la felicidad en el respeto de un camino medio.

La medida del sexo

Las sociedades no evolucionan nunca en bloque. En el siglo XVIII, libertinos y puritanos coexisten en Inglaterra y los disipados franceses hallan censores de su calibre. Lo mismo acontece en el siglo siguiente, cuando los victorianos son capaces de pasar un buen rato o de tener una existencia secreta mientras que la pornografía, cada vez más atacada, no cede jamás su puesto. En tiempos de Voltaire y de Hogarth, el llamado a la libertad impone su evidencia, sin modificar siempre en profundidad la trama cultural. En el dominio del placer, que convoca expresamente las relaciones entre los sexos y la cuestión del matrimonio, las censuras religiosas y morales se debilitan claramente. Los controles reaparecen sin embargo con otras formas, tanto para vencer el deseo de felicidad, a fin de que no se revele demasiado destructor para la sociedad, como para reforzar la sujeción femenina en nombre de principios "científicos", médicos, filosóficos, naturales...

Usar el placer con moderación

A primera vista, el habitante de una gran ciudad de la época de las Luces tiene múltiples ocasiones de descubrir el placer, en una sociedad enriquecida, confortable o lujosa para los pudientes, mejor alimentada, en crecimiento demográfico. En Londres como en París, las clases superiores tienen acceso a amplias posibilidades de satisfacción o de disfrute, tanto más en vista de que los rigores morales desaparecen, desde 1660 con la Restauración en Inglaterra, en 1715 cuando la fiesta sucede en Francia hasta las décadas sombrías del final del reinado de Luis XIV. En Londres las multitudes se amontonan, a veces hasta 100.000 espectadores, para ver los ahorcamientos públicos en Tyburn, o admirar los combates de toros y de osos. Al igual que en París, son frecuentados asiduamente los cafés, las tabernas, los jardines. Por la noche se ofrecen los placeres turbios de los numerosos burdeles y de los lugares de

disipación como Haymarket, Bankside o Covent Garden. El sexo reina sobre la sociedad galante. Bajo la regencia estalla en las obras de tono muy liberal, a menudo obscenas, de Gillray, Rowlandson o de los hermanos Cruikshank. El hedonismo triunfa en las galerías de disipados y disolutos trazadas por Hogarth. El infierno del juego, la cultura viril del exceso de bebida, la libertad sexual, ampliamente descrita en las memorias de Samuel Pepys en el siglo XVII o de William Hickey en el siguiente, componen el cuadro de una sociedad frenéticamente licenciosa. Las aventuras amorosas se benefician con una gran indulgencia colectiva y no acarrean ningún sentimiento de culpabilidad. Las convenciones quieren sin embargo que el lenguaje utilizado no sea indecente, sino que esté filtrado a través de los modelos del ardor de la pasión y del amor romántico, como en *Fanny Hill* de John Cleland o en *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* (1760-1767), de Laurence Sterne. Cortesía y sensibilidad permiten aceptar la expresión de las pasiones individuales cuando no ponen en tela de juicio el orden social de manera virulenta. A este precio, el placer carnal se vuelve un *must*, tanto para las mujeres como para los hombres, en particular en los círculos distinguidos. Los burdeles no dejan de multiplicarse (para alcanzar en 1859 la cifra de al menos 3.000 establecimientos censados por la policía) y más de 10.000 prostitutas recorren las calles (alrededor de 80.000 en 1859). Una larga era de "increíble hedonismo" precede a los rigores victorianos. El arte incisivo de Hogarth captura su atmósfera, como en *Bleak Morning in Covent Garden, after the Dissipation of the Night before*, donde el deseo sigue ardiendo alrededor de un fuego de leña, pues los juerguistas, retrasados, juguetean con muchachas y las abrazan en la puerta de un *coffee house*: nada puede detener los ardores lujuriosos, ni siquiera el alba lúgubre que ya se anuncia.[27]

[27] David Kerr Cameron, *London's Pleasures: From Restoration to Regency*, Stroud, Sutton, 2001, especialmente pp. 17, 82 y 141; Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life. The Creation of Sexual Knowledge in Britain, 1650 1950*, New Haven, Yale University Press, 1995, pp. 22, 25 y 31.

El caso parisiense es enteramente comparable, por el tamaño de la ciudad y la concentración de placeres que allí se encuentran, el inmenso desfile de las prostitutas, el gusto por la sensualidad en todos los medios, el juego, la bebida y los espectáculos de ejecuciones públicas que agitan la sangre de los desenfrenados. Eros y Tánatos forman una pareja occidental indisociable, pues las vidas son breves, dos veces más cortas en promedio que en nuestro tiempo; las enfermedades, venéreas o de otro género, temibles; las desventuras de la existencia, numerosas. La sangre, la suciedad, el dolor representan la otra cara de la moneda, lo cual da tanto mayor importancia al goce inmediato, liberado por el aflojamiento de la tenaza represiva, sobre un fondo de inquietud para aquellos que se aferran a los mensajes religiosos debilitados.

La gente de calidad que dispone de tiempo dedica en adelante una gran energía a la persecución de pasiones y apetitos sensuales. La búsqueda de la voluptuosidad se convierte en un elemento central de su identidad, en el marco de una cultura que distingue con claridad los papeles de los dos sexos y hasta refuerza esta diferencia, hacia el final del siglo, creando esferas radicalmente separadas.[28] Pero la libertad erótica corre siempre el riesgo de entrar en contradicción con los objetivos colectivos de una sociedad. La regulación de este fenómeno potencialmente explosivo, capaz de transformar la comunidad en un conglomerado amorfo de gozadores desunidos, se opera mediante mecanismos sutiles que reemplazan a las antiguas censuras. El elemento teórico es proporcionado por una reflexión filosófica acerca de la persecución de la felicidad. El tema invade el pensamiento, porque se despliega en las realidades cotidianas. Incluso, aunque no figura en la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, el derecho al placer físico está claramente reivindicado. La literatura britá-

[28] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, p. 16. Acerca de las esferas separadas, Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Londres, Hutchinson, 1987 [trad. esp.: *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa, 1780-1850*, Madrid, Cátedra, 1994].

nica del siglo de las Luces consagrada al buen comportamiento ve ahí tanto una fuerza civilizadora como una legítima fuente de goce. Para Samuel Johnson, la sexualidad es la principal delectación en este mundo. El doctor Erasmus Darwin, abuelo del inventor de la teoría de las especies, la describe como "la más pura felicidad de lo que de otro modo no sería sino la insípida copa de la vida". En Londres, de 1811 a 1820, bajo el Regente, llamado "Príncipe del Placer", beber, comer y hacer el amor se practican con vivo regocijo, sin despertar críticas virulentas.[29]

Muy controvertida en su tiempo, la reflexión de Bernard de Mandeville (1670-1733) reintroduce ya la cuestión en una dimensión intelectual más amplia. Nacido en los Países Bajos, este médico que vive en Londres escribe obras satíricas. Preconiza con cinismo la búsqueda del placer personal, el honor y la celebridad, pues para él un poderoso hedonismo existe siempre detrás de las morales desinteresadas. Fascinado por el control del deseo carnal, elabora una especie de tratado de economía sexual, *El panal rumoroso* (1705), que no deja de retocar. En 1714 la obra se titula *La fábula de las abejas o vicios privados, beneficios públicos*. Aumentada aún en las ediciones ulteriores, se publica en francés con el título *La Fable des abeilles... traduit de l'anglais sur la sixième édition*.[30] Según la visión de Mandeville, el hombre y la mujer están siempre acalorados y buscan sin cesar la satisfacción de su hambre venérea. En virtud de este hecho, todas las instituciones sociales están fundadas en la hipocresía. Lejos de estigmatizar ese tipo de cosas, propone aceptarlas, pues hace falta que el ser humano busque la

[29] Roy Porter, "Material pleasures in the consumer society", en Roy Porter y Marie Mulvey Roberts (eds.), *Pleasure in the Eighteenth Century*, Basingstoke (Hampshire), Macmillan, 1996, pp. 34 y 35.

[30] Bernard de Mandeville, *La Fable des abeilles, ou les Fripons devenus honnêtes gens, avec le commentaire où l'on trouve que les vices des particuliers tendent à l'avantage du public, traduit de l'anglais sur la sixième édition*, Londres, J. Nourse, 1750. Véase la edición de Paulette y Lucien Carrive, *La Fable des abeilles*, 2 vols., París, Vrin, t. I, 1974 (reed. 1998), t. II, 1991 [trad. esp.: *El panal rumoroso*, parafrasis libre de Alfonso Reyes, México, La Flecha, 1957].

dicha, la vanidad, la ambición, con la condición de que sea bajo contrato social. Así, los vicios privados darán beneficios públicos poniendo el egoísmo de cada uno al servicio del progreso común. El individualismo es, pues, integrado a una especie de colmena de un mundo paradójicamente solidario, pues si algunos no se ocupan sino de sus apetitos y los demás de fines colectivos, este conjunto compuesto, incluso conflictivo, recibe globalmente de todos un aumento de energía. Muy atacado por los defensores del cristianismo, Mandeville difunde un mensaje cada vez mejor recibido según pasan los decenios. En 1776, Adam Smith propone una visión bastante cercana a la suya en *La riqueza de las naciones*. Paralelamente, otra vena crítica inaugurada por Joseph Addison, el fundador del efímero periódico *The Spectator* (1711-1714), que tuvo una enorme influencia y fue imitado por doquier en Europa, ridiculiza a la vez el exceso puritano y el libertinismo aristocrático. Preconiza un camino intermedio, pues opina que la búsqueda moderada de los goces sobrios y racionales produce un placer más continuo. Urbanidad, cortesía, razón y contención son los mejores garantes de lo que algunos comienzan a llamar dicha. Parece posible alcanzarla, ahora, sin retardar la felicidad con la improbable esperanza de un paraíso cristiano.[31]

En Francia, los filósofos exploran el mismo tema muy de cerca. Retoman el epicureísmo antiguo, "que consiste en privilegiar, en relación con el placer siempre inestable, esta ausencia de confusión que deja la conciencia como un mar tranquilo y le aporta la extinción de la angustia en el desvanecimiento del deseo".[32] Es en este marco donde el placer asume un lugar primordial. Madame de Puisieux lo decreta indispensable para la felicidad amorosa en *Le Plaisir et la Volupté*. Voltaire le consagra su *Quinto discurso sobre el hombre* y afirma en junio de 1738, en una

[31] Roy Porter, "Enlightenment and pleasure", en Roy Porter y Marie Mulvey Roberts (eds.), *Pleasure in the Eighteenth Century*, *op. cit.*, pp. 5, 8-13 y 18.

[32] Robert Mauzi, *L'Idée de bonheur dans la littérature et la pensée françaises du xviie siècle*, París, A. Colin, 1960, pp. 16, 21 y 179; 2ª ed., 1965.

carta al príncipe real de Prusia, que ve ahí la prueba de la existencia de Dios: "Pues físicamente hablando, el placer es divino, y juzgo que cualquier hombre que bebe vino de Tokai, que abraza a una mujer bella, que, en una palabra, tiene sensaciones agradables, debe reconocer un Ser Supremo y bienhechor".[33] Por el lado del cristianismo, Bayle propone en 1701, en *Les Dialogues entre MM. Patru et d'Ablancourt sur les plaisirs*, una moral amable y flexible fundada en tres reglas: moderación, escasez relativa, facilidad. Sin clasificarlas, enumera 12 felicidades diferentes: el amor, la mesa, la música, la conversación, la lectura, los espectáculos, el juego, la campiña, la virtud, la amistad, el estudio y el ensueño. Otros, como Dupuy en 1717 (*Dialogues sur les plaisirs*), distingue los encantos de los sentidos, del ánimo y del corazón. Gourcy propone espiritualizar los primeros, asociándolos a los otros dos "para darles delicadeza y solidez, para volverlos dignos del hombre". La mayoría de los autores opina que hay que usarlos sin abusar ni dejarse arrebatar por la pasión.[34] La contención es igualmente alabada en Inglaterra, desde que Locke ha desarrollado la idea pitagórica según la cual la temperancia puede sanar el cuerpo, físico o político, de sus enfermedades. Escritores tan diversos como Mandeville, Woodward, Cheyne, Defoe y Swift han apelado a tales principios.[35] El goce no está, pues, al alcance de todos. Sólo "el hombre perfecto es voluptuoso", proclama en 1719 Rémond, llamado el Griego, en *Agathon, dialogue sur la volupté*. En 1746, el caballero de la Morlière ofrece un "manual del saber gozar" en su novela *Angola*: todo es falso en este universo enteramente consagrado a los placeres, donde el fin del baile revela el desastre escondido bajo la máscara, "parecido al espectáculo repulsivo de una coqueta deteriorada". Rousseau y sus émulos prefieren por otra parte celebrar la virtud como una suprema alegría,

[33] Robert Mauzi, *L'Idée de bonheur dans la littérature et la pensée françaises du xviiᵉ siècle*, *op. cit.*, pp. 386 y 387.

[34] *Ibid.*, pp. 398, 399 y 413-417.

[35] Carol Houlihan Flynn, *The Body in Swift and Defoe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 49.

y el poeta Young afirma: "¿Qué es el placer? Es la virtud bajo un nombre más alegre". Pero el final del siglo sacude el edificio, particularmente con Sade, cuyo pensamiento justifica la expansión sin límites del individuo, el hedonismo puro y el desprecio de las reglas sociales revelado por las escenas criminales que describe.[36] Es cierto que el divino marqués no deja sino un ligero rastro sulfuroso en la trama cultural. La apología del equilibrio, del justo medio, recupera todos sus derechos en el siglo siguiente.

Orgasmo y matrimonio

Lo importante se encuentra en los detalles. Las normas sexuales occidentales no parecen sufrir una transformación extraordinaria en el siglo XVIII, en términos de relaciones entre los sexos, si no se trata de una sujeción femenina más firme que antes, pese a las salidas ofrecidas por cierta libertad en las costumbres de Londres o París. Sin embargo, una revolución silenciosa, lenta y discreta modifica el motor mismo de las relaciones entre los hombres y las mujeres, los jóvenes y los adultos, las diferentes categorías sociales.

Los discursos contribuyen entonces ampliamente a velar los cambios, pues el debilitamiento de las morales religiosas es compensado por un mecanismo insidioso que valora la unión matrimonial y los roles conyugales establecidos, merced al sentimentalismo dominante del siglo, bajo la forma del amor romántico. No atañe únicamente a las élites sociales, consumidoras de novelas y de cuentos. La gente del pueblo es arrastrada por la oleada, empujada a la expansión afectiva, a la manera del peletero Louis Simon en el Maine.[37] El marco es proporcionado por la concentración de los relatos, científicos, médicos, literarios, en torno a las cosas del corazón. No hablan de la bomba sanguínea descubierta por Har-

[36] Robert Mauzi, *L'Idée de bonheur dans la littérature et la pensée françaises du XVIII^e siècle*, *op. cit.*, pp. 417, 422, 430, 431 y 646.

[37] Anne Fillon, *Les Trois Bagues au doigt: amours villageoises au XVIII^e siècle*, París, R. Laffont, 1989.

vey, sino un órgano menos bien localizado, que remplaza el alma desacreditada por su nexo demasiado largo con los rigores religiosos, para decir las emociones de la pasión. El análisis de los títulos de obras francesas desde el siglo XVI indica, para el período 1723-1789, la buena situación del amor (citado 367 veces) y del matrimonio (143 títulos), el irresistible ascenso del corazón (208 ejemplos) y del sentimiento (179 apariciones); la noción de placer en el singular o en el plural no figura sino 69 veces. Las realidades son más triviales, pues las concepciones prenupciales e ilegítimas aumentan vigorosamente en el último siglo del Antiguo Régimen, sobre todo en las ciudades, incluyendo a Londres, afectada hasta entonces por muy bajas tasas de bastardía.[38] El romanticismo amoroso que está difundiéndose ampliamente ¿podría ser un velo cultural púdico puesto sobre hechos mal percibidos por los nuevos moralistas prendados de mesura y temperancia? En todo caso, los dos fenómenos caminan de común acuerdo. Se encuentran literalmente en las figuras de disipados en marcha hacia una especie de redención laicizada, que vuelve al lugar que le corresponde por naturaleza. Don Pobre Diablo, el portero de los cartujos, se ve vencido por una castración y espera la muerte a la entrada de su convento. Fanny Hill, la prostituta arrepentida, elige ella misma su destino celebrando un feliz matrimonio que le ofrece a la vez los placeres de la ternura y sabios pero legítimos goces carnales.

La principal novedad matrimonial del siglo XVIII atañe al surgimiento del derecho al placer femenino. Como una concesión a aquellas que se hallan entonces cada vez más encerradas en la conyugalidad, quizá, el orgasmo comienza a ser juzgado como lícito en sí mismo y no únicamente como indispensable para la procreación. Hasta aquí, los confesores prevenían a las parejas contra su búsqueda, y algunos lo llegaban a ver como un pecado mortal. En 1584 Benedicti estigmatizaba severamente cualquier exceso: "No es correcto que el hombre use a su mujer como una puta, ni que la mujer actúe con su marido como un enamorado". Los con-

[38] Jean-Louis Flandrin, *Le Sexe et l'Occident*, *op. cit.*, pp. 84, 85, 94 y 95.

jura a que eviten hacer "de vuestro lecho vuestro Dios". Todo complemento erótico era reprobado. La única posición admitida era aquella en la que el varón monta a su pareja, a fin de no perder nunca la simiente, pero también para evitar una ruptura del orden natural, que desemboca literalmente en poner el mundo al revés. Sánchez, una autoridad en la materia, incluso afirmaba que el Diluvio bíblico había sido causado por las mujeres, "arrebatadas de locura, [que] habían abusado de los hombres, acostados debajo y ellas encima".[39]

Publicado en 1686, el *Retrato del amor conyugal* del doctor Nicolas Venette (1633-1698) rompe con esta tradición. Tiene una inmensa influencia en toda Europa, atestiguada por más de 30 reediciones, por traducciones al holandés (1687), al alemán (1698) y al inglés (1703), así como por numerosas adaptaciones. Traducido al español en 1826, se convierte en adelante en la biblia del campesinado francés. El autor habla sucesivamente de los mecanismos de la relación sexual, de los resultados de la cópula, y de sus implicaciones sociales, paternidad, herencia, divorcio, etc. Su visión sigue siendo muy masculina; por ejemplo, cuando sostiene que con sólo mirar un pene la mujer se vuelve loca de deseo, pero admite que la concupiscencia es igualmente compartida por los dos sexos. A su modo de ver, el joven es un sátiro y la mujer busca constantemente el amor, porque sus órganos genitales la vuelven insaciable. La diferencia esencial reside en los modos de expresión de la necesidad: los varones, más fuertes, se sienten satisfechos y agotados más rápido; las mujeres se revelan caprichosas, celosas, vanidosas y menos capaces de controlarse. Venette aconseja con insistencia la práctica del acto venéreo; a los primeros, para preservar su salud y evitar la muerte súbita; a las segundas, para apartar la melancolía, la histeria y la "enfermedad verde" o clorosis. Recomienda sin embargo huir de los excesos o el veneno de la sensualidad, siguiendo la regla de oro de la moderación, pues las

[39] *Ibid.*, p. 130.

especies animales más lascivas, como la liebre o el gorrión, son aquellas cuyos representantes viven menos tiempo.[40]

Aunque desculpabilice el placer, Venette refuerza la moral matrimonial afirmando, por una parte, que la virilidad auténtica no reside en las capacidades eróticas sino en la de engendrar –sobre todo si el fruto es un varón–, y por otra parte, que la esposa es incapaz de vencer sola su lubricidad natural. "Es una veleta que gira al menor soplo, y que sería sin duda arrastrada por la tempestad si la verga que la sostiene no la retuviese."[41] El éxito duradero de su obra procede probablemente de una mezcla de tradiciones paternalistas y novedades agradables tanto de leer como de ser practicadas por las parejas. Si bien prefiere la posición clásica, el hombre sobre la mujer, como la más normal y la más voluptuosa, preconiza igualmente las posturas de costado o por detrás. En el último caso, se atreve a ir contra las vigorosas condenaciones de los teólogos, insistiendo acerca de sus ventajas, porque "la matriz está mucho mejor situada para la concepción", y la simiente se desliza de modo natural hasta el fondo, aun si el goce, según él, es menor. En compensación, se acerca perfectamente a las preocupaciones de los confesores y las formulaciones de los clásicos eróticos como *L'École des filles* de rechazar cualquier eyaculación extravaginal, calificar la sodomía de "crimen enorme", pues "no se concibe jamás de este modo", e indignarse ante el "comercio impuro" de la felación que produce, afirma, verrugas en el glande. Su habilidad suprema está en sustituir a la condenación del pecado de la carne cuando no está enteramente puesto al servicio de la procreación con una visión aplacada donde las "caricias conyugales son el nudo del amor en el matrimonio", del cual constituyen "la verdadera esencia".[42] Soltando lastre por este lado, insistiendo sin embargo en la necesidad de la moderación como los

[40] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life, op. cit.*, pp. 65-90, ofrece un largo análisis. Véase especialmente pp. 36, 66, 69 y 76.

[41] Théodore Tarczylo, *Sexe et liberté au siècle des Lumières*, París, Presses de la Renaissance, 1983, pp. 82-85.

[42] *Ibid.*, pp. 71-73.

confesores antes que él, preserva los dogmas concernientes a la desigualdad de los cónyuges y a la condenación de toda sexualidad no fecundante. El discurso médico-técnico que profiere toma el lugar del de los teólogos para fundar un orden de cosas pretendidamente "natural" que refuerza en realidad el dominio del hombre tanto en el matrimonio como en la sociedad.

La doble norma masculina

El fin del siglo XVIII registra una laicización de los discursos acerca del cuerpo ligada a las inmensas alteraciones de las revoluciones políticas, sociales y científicas. Se adaptan de manera muy elástica a las nuevas realidades, para afirmar y aun para reforzar, con argumentos nuevos, la dominación masculina a través del matrimonio y la sexualidad. No es tanto la sustancia de las relaciones entre hombres y mujeres lo que cambia, sino sus mecanismos. El poder de los primeros ya no se apoya en la palabra divina sino en la interiorización de los valores de "género" para subrayar la inferioridad natural de las segundas. Mientras que las fronteras entre los dos universos se refuerzan, el sistema de subordinación ideológica genera una angustia continua entre quienes ejercen el control, empujándolos a buscar constantemente pruebas de la obediencia de las dominadas.[43] A pesar de su antagonismo creciente, Francia e Inglaterra conocen una evolución pasmosamente paralela, con algunas diferencias de detalle, lo cual permite comprender por qué el doctor Venette tuvo igualmente numerosos lectores del otro lado del canal de la Mancha. En la época del rechazo de la Revolución Francesa en la isla, emerge una *middle class* provinciana llamada a imponerse en el escenario victoriano, que se diferencia de la aristocracia y de la *gentry* por un conjunto de valores domésticos donde las esferas masculina y femenina están bien separadas. La cultura

[43] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England, 1500-1800*, New Haven, Yale University Press, 1995, p. 407.

de este grupo de grandes ambiciones políticas y sociales se distingue por tres rasgos: el comercio, la racionalidad y la moderación. El último recuerda mucho los pensamientos filosóficos franceses "medios" a propósito del placer y de la necesidad de controlar bien su uso. Las ideas preceden a las formaciones sociales. La conmoción comenzó mucho tiempo atrás, en el momento de la crisis de conciencia europea entre el final del siglo XVII y la década de 1720. Se expresó concretamente en cinco novedades, lentamente puestas en su sitio: la doble norma masculina, el encierro femenino en el matrimonio, una intensa lucha contra la masturbación, el nacimiento de un grupo de homosexuales varones rechazados por la sociedad y la agravación de la angustia masculina ante el continente femenino colonizado pero siempre peligroso.

La doble norma es en cierto sentido una laicización de la división tradicional que opone a dos tipos de mujeres: unas buenas y sumisas, las otras reacias y demoniacas. Todas eran portadoras del pecado original a causa de la falta de Eva, pero las que desposaban a Dios en un convento o padecían con paciencia la tutela salvadora de un marido eran salvadas, en tanto que las otras, empujadas por sus instintos lúbricos, se condenaban irremediablemente. Semejantes ideas no impiden por cierto que Susanne y Fanchon en *L'École des filles*, o las campesinas libidinosas y mal habladas de Somerset, actúen libremente sin preocuparse de la opinión de los demás. Siempre ocurre lo mismo cuando se impone la teoría secularizada que distingue a las mujeres puras, que uno desposa para controlarlas muy de cerca, de las impuras, prostitutas o sencillamente libres con respecto a su cuerpo, con las cuales se alcanza el disfrute antes de volver al virtuoso hogar conyugal, con el alma en paz.[44]

No hace falta decir que la mujer no tiene derecho, por principio, a semejante desdoblamiento de personalidad. Sólo puede

[44] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, pp. 29 y 340. La doble norma es descrita en numerosas obras anglosajonas, particularmente en las ya citadas de Randolph Trumbach y Robert Shoemaker, mientras que en Francia no parece interesar a los historiadores.

asumir uno de los dos comportamientos preparados para ella. Le es fácil fallar y pasar al otro lado del espejo, pero es mucho más difícil llegar a redimirse de una vida de infamias, como lo hace Fanny Hill. El hombre, por su parte, puede y debe desempeñar sucesivamente los dos papeles para ser plenamente percibido como varón. Sin embargo, hay que tomar en cuenta la pertenencia social. La doble norma implica una moral de las apariencias y de la discreción al buscar el placer; es difícil sobre todo para las capas medias y para los aristócratas. Los cortesanos disipados la practican desde mucho tiempo atrás, ni más ni menos que sus esposas, tanto en Francia como en Inglaterra. En Versalles, bajo Luis XIV, según la marquesa de Sévigné, se burlan de quienes aman a su cónyuge y lo muestran públicamente. Muy diferentes son las cosas por el lado del pueblo, pues la duplicidad que implica este modelo es poco alabada. El matrimonio no impide que los varones consideren abiertamente a toda mujer como una presa, ni que las muchachas amen la variación en los placeres, tanto en Somerset durante el siglo XVII como en Londres más tarde. La capital inglesa conoce una forma de divorcio popular particular, mediante la venta pública de la esposa, casi siempre sin acuerdo previo. La práctica está claramente atestiguada entre 1750 y 1850, con ejemplos anteriores. Un tal Thomas Carter, obligado a escaparse en 1777 con Rebeccah Riddle después de haberle hecho un bastardo, la abandona y compra entonces a Mary Collingham a su marido en 1783, a cambio de una botella de cerveza. Los diarios empiezan a hablar de estas costumbres en la década de 1730. Hay marino que, al volver de China, encuentra a su mujer casada con otro, y logra que el rival se la devuelva; luego cambia de opinión y acaba vendiéndola por dos libras de salchicha de res, más una cantidad de ginebra que cuesta una corona. A partir de 1790 el ritual público se vuelve más elaborado, con el acuerdo del comprador. Thomas Parsons sortea públicamente a la mujer con la que tuvo dos hijos en cinco años de unión; la pasea con un ronzal al cuello hasta una casa pública de Whitechapel, donde la cede por un galón de cerveza al cliente que previamente

arregló el asunto con él. Otro expone a su pareja, atada por la cintura, durante un cuarto de hora en un mercado y finalmente la da por una guinea a aquel que la deseaba, porque un abogado les hizo observar a los dos que el negocio no sería válido si no fuese cerrado en la plaza pública. En algunos casos, la transacción se hace al mejor postor; la mujer de un sastre, probablemente muy bella o sumamente hábil con las manos, vio apiñarse a ocho interesados durante la adjudicación.[45]

La doble norma "burguesa" es de una naturaleza muy específica. No se basa ni en la búsqueda desenfrenada del goce propia de los libertinos de la alta sociedad, ni particularmente en la multiplicación de las conquistas sexuales para lucir la virilidad como en la *gentry* insular o en los campesinados inglés y francés. Se asocia a una moral del constreñimiento y del autocontrol ampliamente difundida por los libros de civilidad o de buenos modales, así como por los filósofos de la felicidad en la moderación. Tiene que ver sobre todo con los hombres comprometidos con el capitalismo comercial, que saben lo que quiere decir economizar, que gustan del riesgo financiero, que en Inglaterra buscan también señales de predestinación en la fortuna material. Para ellos, la esposa, cuidadosamente elegida, no se vende sino que debe ser constantemente vigilada, colocada como un ídolo en el santuario de la morada donde produce los vástagos, sin dejar de velar por el bienestar del amo de casa. Su esfera es el universo privado y cerrado, mientras que el marido conquista el mundo exterior antes de volver a saborear una quietud familiar cada vez más valorada.[46] Puede darle placer conyugal, siguiendo las lecciones del doctor Venette, respetando las normas de decencia y cortesía. Sin embargo, el estilo de vida competitivo de los varones les genera numerosos cuidados que soportan a costa de tener buena figura,

[45] Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. I, *op. cit.*, pp. 384 y 385.

[46] Philippe Ariès, *L'Enfant et la Vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1960 [trad. esp.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987].

prenda de éxito, preservándose de todo exceso según la moral de moderación aprendida en las guías de buena conducta y en la literatura. En esta existencia estresada, la frecuentación de las mujeres públicas constituye la escapatoria por excelencia. Se practica sin ninguna culpabilidad personal ni reprobación social, tanto más cuanto que las damas de escasa virtud son abiertamente buscadas por todos, en especial por los aristócratas disipados. Burdeles y casas de citas refinadas según el modelo francés proliferan en Londres. París evidentemente no se queda atrás. Para los representantes de las clases medias, que algunos historiadores franceses llamaban burgueses "frustrados", alejados a menudo del poder pero económicamente muy dinámicos, los malos lugares se convierten en complementos indispensables del hogar. Los maridos se solazan regularmente, los jóvenes acuden a aprender los rudimentos y las técnicas del amor antes de desposar a la virgen prudente que les está prometida. Todos encuentran remedio a la ansiedad. Esta es precisamente agravada por el fortalecimiento de la tutela sobre el conjunto de las mujeres, unas confinadas en el universo doméstico, otras en el de la prostitución, pues su sujeción creciente produce un fantasma de inquietud que hace temer una posible revuelta de las oprimidas. En continua expansión durante el siglo XIX, el sistema tiene como consecuencia el desarrollo de una doble cara masculina, en la que el buen padre de familia se transforma por la noche en un desvergonzado visitante del burdel. Esto explica el florecimiento de la literatura pornográfica, cuyo surgimiento fulgurante hacia 1650 y los triunfos crecientes del siglo XVIII corresponden paradójicamente a poner en su lugar a la exigente filosofía de la moderación de los instintos, pues este tipo de erotismo tranquiliza al hombre celebrando su deseo y describiendo a menudo el cuerpo femenino como un objeto.[47] También se han interesado las lectoras. Aun así, no es en modo alguno seguro que lo prueben las estampas y los grabados que muestran

[47] Robert Shoemaker, *Gender in English Society, 1650-1850: the Emergence of Separate Spheres*, Londres, Nueva York, Longman, 1998, pp. 66 y 67.

a una dama que se masturba leyendo tales piezas, pues pueden también transmitir un fantasma de un *voyeur* masculino. Así nacerá un día la clientela de Freud, pues ni la estricta subordinación de unas ni el desdoblamiento de personalidad de otros son fáciles de soportar sin neurosis. Tanto más cuanto que una lucha muy activa contra la masturbación, así como la intensa culpabilización de los posibles impulsos hacia el mismo sexo, intentan prohibir a los varones cualquier pulsión sexual que no los conduzca hacia una mujer, legítima o no.

Fuera de la vagina no hay placer

Como corolario del establecimiento de la doble norma y de la exigencia de "moderación" de los apetitos sexuales para alcanzar la dicha, la reprobación de la masturbación y de la homosexualidad atañe entonces esencialmente a los hombres. La condenación apunta a los dos sexos, pero tiene mucha más importancia social y cultural para el primero que para el segundo, pues se trata de formar a sus miembros para que sólo deseen goces vaginales. Definido como onanismo, el tabú absoluto abarca a la vez el pecado de molicie cometido sobre uno mismo y la relación sodomita. Proviene de la prohibición religiosa de malgastar la simiente fuera del vaso natural propio para recibirla, en nombre de la cual eran quemados los homosexuales en los dos siglos previos. Si bien semejantes castigos ya no cuadran, en realidad la lucha contra el fenómeno se ha intensificado, dirigiéndose a la totalidad de los varones para culpabilizarlos, y ya no sobre algunas excepciones castigadas como ejemplo. Puede verse una expresión de la ansiedad de los que sostienen la nueva moral, que concentran su hostilidad y sus miedos en un grupo anormal, a sus ojos, de gozadores fuera de la vagina, tomados como chivos expiatorios porque transgreden la interdicción principal.

En Londres, la construcción de la alteridad de estos réprobos resulta de una "revolución de los géneros" que se desarrolla en

tres etapas, correspondientes a tres generaciones sucesivas.[48] La primera ve el surgimiento de una minoría sodomita. Hacia 1720, las *molly houses* son las sedes de una subcultura homosexual floreciente, a la cual se agrega el gusto por la flagelación, servicio ofrecido en numerosos burdeles.[49] En el mismo momento, la heterosexualidad se convierte en un principio esencial entre la mayoría de los hombres de todas las clases sociales. La segunda generación experimenta de manera selectiva, limitada a las clases medias y a los propietarios de tierras, el modelo del matrimonio romántico monógamo. El concepto existía ciertamente antes, por ejemplo, en las obras teatrales de la década de 1690, pero encontraba entonces fuertes resistencias morales y no se impuso verdaderamente sino a mediados del siglo XVIII. Teóricamente exclusivo, parece prohibir el acceso a las prostitutas, a diferencia de las prácticas de los hombres de pueblo, únicamente frenados por el miedo a las enfermedades sexuales, que lo descubrirán a su vez recién medio siglo después. La última generación está dominada por el desarrollo de las relaciones sáficas, en los círculos de la nobleza y las capas medias. Otros parámetros de la vida sexual se modifican en consecuencia. Sorprendentemente escasa en Londres hasta la década de 1750, la ilegitimidad registra un rápido crecimiento de ahí en adelante. Como consecuencia directa de la explosión de la prostitución, las enfermedades sexuales se desarrollan vigorosamente desde 1690. Afectan primero, sobre todo, a los disipados, de donde surge su nombre genérico de "enfermedad del *gentleman*", y luego se extienden a toda la población, hasta los más pobres hacia 1790. Una creencia popular a este respecto horroriza a los afectados: la idea según la cual las relaciones carnales con una virgen permiten sanar los ataques venéreos conduce, a partir de 1720, a la multiplicación de los raptos de chi-

[48] Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. I, *op. cit.*, pp. 111, 196, 275, 392, 422 y p. 430 a propósito de tres generaciones londinenses.

[49] Véase Anthony Fletcher, *Gender, Sex and Subordination in England*, *op. cit.*, p. 339, y Rictor Norton, *Mother Clap's Molly House: The Gay Subculture in England, 1700-1830*, Londres, GMP, 1992.

cas preadolescentes de 13 años o menos, atestiguada en los archivos judiciales.

Igualmente visible en Francia, incluso en el pueblo después de 1750, el empuje del amor romántico tiene dos efectos indirectos. En primer lugar, esta nueva visión de las relaciones conyugales torna más exigentes a los miembros de la pareja con respecto al otro en materia sentimental. Los divorcios por incompatibilidad aumentan en Inglaterra a partir de mediados del siglo XVIII. La infidelidad misma cambia su sentido. Las persecuciones judiciales acaban prácticamente en Londres en la década de 1730 porque los magistrados no quieren ya mezclarse con lo que se ha vuelto a sus ojos una cuestión privada, lo cual no quiere decir que los comportamientos se vuelvan más prudentes, sobre todo en vista de que las mujeres de la metrópoli poseen mayor libertad que las otras y encuentran numerosas ocasiones para tener un desliz. La doble norma sirve por lo demás también para tratar de restringir sus movimientos fuera de la casa a fin de obligarlas más aún a dotarse de una moralidad a toda prueba. La esposa casta, desexualizada, maternal, capaz de resistir las insinuaciones masculinas, es imaginada según el modelo mítico de la heroína de *Pamela o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson, en 1740, que afronta sin flaqueza los asaltos de su empleador libidinoso. Para quienes apoyan la moderación de las pasiones, la infidelidad ya no es más casi una cuestión de honor que implica la mirada de los demás, sino crecientemente una vergüenza interior, surgida del sentimiento de haber fracasado en una relación basada en el afecto recíproco. Al mismo tiempo, burgueses y terratenientes se distinguen así de los desenfrenados de las clases superiores, a los que hallan, simultáneamente, afeminados y frenéticamente adúlteros.[50] Proclaman orgullosamente una ideología doméstica que instala el ícono femenino al abrigo de las impurezas de la calle y le propone una relación pri-

[50] David M. Turner, *Fashioning Adultery. Gender, Sex and Civility in England, 1660-1740*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 5, 15, 96, 115, 127, 197, 202 y 203.

vilegiada con una pareja escogida y amada, con la condición de aceptar la misión de no engañarla y ocuparse tiernamente de sus necesidades o de sus ligeras heridas cotidianas. Puede verse una manera sutil de someter a la esposa, encerrada y a la vez cerrada a los deseos de los demás varones, a una subordinación más rigurosa que en el pasado, dado que se la consiente y reposa en la idealización del cónyuge. En otros términos, la definición del lugar de cada uno en la pareja no depende ya del miedo al castigo o al infierno, sino a una interiorización de las reglas que supuestamente distinguen el elemento fuerte de la parte débil.[51] Los manuales de cortesía, la literatura en todas sus formas, de *Pamela* a *Fanny Hill*, los tratados de medicina del doctor Venette y de otros establecen los códigos que permiten inculcar desde la cuna los dos papeles diferenciados. Este aspecto del proceso de civilización de las costumbres ha sido descuidado por Norbert Elias, quien escribía antes de los descubrimientos de los historiadores del "género".[52] Las mujeres son afectadas al máximo, literalmente bombardeadas por una abundante literatura empeñada en enseñarles sus deberes. Los libros de conducta femenina invaden el mercado a un ritmo creciente de 1670 a 1800, acompañados de obras médicas que explican doctamente las diferencias sexuales,[53] sin olvidar las publicaciones periódicas, los cuentos y las novelas, la pintura o el grabado...[54] Las hijas de Eva pagan con una sujeción creciente el retroceso de la demonización que las afectaba a todas en el siglo XVII.

La segunda consecuencia imprevista del amor romántico es permitir el desarrollo de una amistad masculina con una nueva tonalidad, despojada de ambigüedad sexual, pues aquellos que

[51] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, pp. 400 y 407.

[52] Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, *op. cit.*

[53] Ludmilla J. Jordanova, *Sexual Visions: Images of Gender in Science and Medicine between Eighteenth and Twentieth Centuries*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993.

[54] Anthony Fletcher, *Gender, Sex, and Subordination in England*, *op. cit.*, p. 383, para precisiones y una bibliografía anglosajona complementaria.

comparten con su dulce mitad un amor exclusivo pueden lícitamente establecer con semejantes o adolescentes una relación afectiva intensa e invitarlos a menudo a su casa sin temor de ser tildados de flojera homosexual. Así se explicaría el crecimiento de una viva reprobación hacia las prácticas sodomitas y masturbatorias, individuales y colectivas, que eran frecuentes entre los jóvenes varones solteros antes del 1700.[55] Como toda virtud tiene su contrapartida, la valoración de la camaradería viril tiene el efecto perverso de instituir al mejor amigo como uno de los otros escasos representantes de su sexo, si no el único, al cual le está admitido frecuentar a la esposa con cierta intimidad. Basta que la pasión conyugal no esté a la altura de las esperanzas para que se armen relaciones más estrechas entre la dama y el álter ego del amo de la casa. Un triángulo amoroso así constituiría una especie de violación homosexual impuesta a este último, a través del cuerpo de su compañera, por parte de aquel que disfruta así doblemente de la frecuentación de la pareja.[56] Sin ir necesariamente tan lejos, la idea traduce al menos un fantasma masculino de ese tiempo, incluso del nuestro. La esposa ideal encerrada y cerrada, que no puede enfrentarse sola a las miradas exteriores, ¿no corre el riesgo de fijar sus deseos en un individuo cercano, un criado en ocasiones, alguien próximo al marido la mayoría de las veces? Por lo menos el último es de su rango y le permite tener confianza en reconstruir una relación sentimental del mismo orden que aquella que la decepcionó.

Si el caso de París está menos documentado, no parece diferenciarse del de Londres. La doble norma masculina y la sujeción femenina permiten a las categorías intermedias afirmar su originalidad ante los cortesanos, tan disipados como los *rakes* británicos, y al pueblo humilde bastante libre en sus costumbres. La prostitución florece, los burdeles de calidad ofrecen incluso modelos copiados por los londinenses. Las actrices de la ópera y las

[55] Es la opinión de Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. I, *op. cit.* Véase más arriba, cap. I.

[56] *Ibid.*, p. 394.

semimundanas hacen honor, según se afirma, a la reputación libertina de la capital francesa. La policía dirigida por el teniente general instituido bajo Luis XIV las usa para espiar a los extranjeros sobre la almohada misma o para desempeñar el papel de "moscardones", confidentes, en otros términos. Los homosexuales varones componen grupos que poseen sus signos de reconocimiento, sus lugares preferidos, su lenguaje; en una palabra, su cultura específica. Las "patrullas de pederastia" lo atestiguan, cuando los agentes del orden se hacen pasar por "desdichados" a fin de atrapar al sodomita y de redactar informes pasmosamente precisos al respecto. El tema no ha sido objeto, sin embargo, de tantas indagaciones como en Inglaterra.[57]

¡Ojo con el onanismo!

Si hay un ámbito donde la represión sexual es particularmente evidente en la época de las Luces es por cierto el del pecado de Onán, que designa la masturbación. Se recuerda sin embargo que los campesinos de Somerset lo practicaban sin complejos en el siglo XVII y afectaban también a menudo a los cuerpos o a los órganos sexuales femeninos.[58] Los confesores católicos intentaban entonces prohibirlo, sin gran éxito. Las autoridades civiles veían en ellos un delito menor y bajaban los brazos ante la dificultad de castigar este juego manual demasiado fácil de disimular. Como decía con resignación un jurista artesiano de la década de 1630, es muy difícil sorprender la "molicie" o "inmundicia" de aquel que "se provoca y se cosquillea a sí mismo hasta una polución, hasta derramar su simiente".[59] Los actores tenían probablemente un

[57] A pesar de los excelentes trabajos de Michel Rey, "Police et sodomie à Paris au XVIII^e siècle: du péché au désordre", en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 29, 1982, pp. 113-124.

[58] Véase más arriba, cap. III.

[59] Robert Muchembled, *Le Temps des supplices. De l'obéissance sous les rois absolus, XV^e-XVIII^e siècle*, París, A. Colin, 1992, p. 140.

sentimiento de impunidad. Como testimonio está el curioso sesgo erótico de un célebre tratado médico inglés publicado en 1684, *Aristotle's Master-Piece*, enteramente orientado hacia la explicación de la reproducción y del placer gozado con una mujer. Las anotaciones dejadas por John Cannon, aprendiz de Taunton a principios del siglo XVIII, demuestran que la obra fue utilizada como una ayuda recíproca para la masturbación en un grupo de muchachos jóvenes.[60] ¡Es que la definición de la pornografía varía sin duda mucho con las épocas!

Considerado trivial hasta entonces, incluso como un escape tolerable de la sexualidad juvenil campesina en espera de bodas cada vez más tardías, el placer solitario se vuelve verdaderamente un tabú a principios del siglo XVIII en Inglaterra. Se instala entonces por largo tiempo en la reprobación de los biempensantes. Freud en persona verá un peligro de corrupción del carácter.[61] Hacia 1710 aparece en Londres un opúsculo anónimo, *Onania*, cuyo título completo en la traducción francesa es: *ou le Péché affreux d'autopollution, et toutes ses affreuses conséquences pour les deux sexes, considéré avec des avis spirituels et physiques...* El supuesto autor, Bekker o John Marten, es un charlatán. Con una tirada de 2.000 ejemplares y destinada a vender remedios, la obra tiene bastante éxito, con una veintena de ediciones[62] y traducciones alemanas. La ofensiva contra la masturbación es exactamente contemporánea de la definición de un grupo de gays en Londres, los *mollies*. La palabra *mollis* es por lo demás objeto de una reflexión etimológica en el folleto. Sin demasiado orden, éste presenta en 40 páginas, una quinta parte de las cuales son índices, algunos desarrollos acerca de la anatomía, después largas explicaciones a propósito de la viudez o de la prostitución, antes de abordar las poluciones nocturnas

[60] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, p. 7 y 42.

[61] Jean Mainil, *Dans les regles du plaisir... Théorie de la différence dans le discours obscène romanesque et médical de l'Ancien Régime*, París, Kimé, 1996, p. 176.

[62] Y no ochenta como sostiene Jos Van Ussel, *Histoire de la répression sexuelle*, París, R. Laffont, 1972, p. 199 [trad. esp.: *La represión sexual*, México, Ediciones Roca, 1970].

y la masturbación misma. Esta "mancha" manual afecta ante todo a los adolescentes pero concierne también a los adultos y los viejos. La edición de 1723, la octava en principio, comprende supuestas cartas de lectores varones que confiesan haber comenzado este juego erótico entre los 11 y los 17 años, sobre todo hacia los 14 o 15. Algunos dicen haber empezado solos pero la mayoría declaran haberse iniciado en un círculo de amigos. A finales del siglo, una colección idéntica de supuestas misivas da resultados parecidos a propósito de las edades más comunes para practicar este vicio, o sea entre los 8 y 15 años, sin dejar de confirmar el hábito del aprendizaje con alguien más. Nadie parece ignorar que muchos muchachos se masturban desde pequeños. Publicado mucho más tarde, en 1771, el *Tratado de la ninfomanía* de Bienville describe a su vez el fenómeno en las muchachas.[63] La masturbación femenina es sin embargo objeto de una menor reprobación, al igual que el lesbianismo es considerado con mayor indulgencia que la homosexualidad masculina. Se ha señalado que la pornografía evita describir tales cosas o las condena, como ocurre con una escena de sodomía entre hombres jóvenes en *Fanny Hill*, pues la norma de referencia absoluta es la penetración vaginal.[64]

Otros textos médicos de la primera mitad del siglo indican que el onanismo, término aceptado en adelante, se ha vuelto un problema importante. La vehemencia de los redactores se vuelve hacia sus consecuencias. Aseguran que la práctica arrasa con las fuerzas, sobre todo las de los jóvenes, a quienes les frena el crecimiento, y que causa enfermedades, epilepsia o convulsiones en particular, y aun la muerte. Francia se encuentra a su vez involucrada como consecuencia de la traducción en 1746-1748 del diccionario de James. La campaña antimasturbatoria asume ahí un sesgo diferente, pues el "enfermo" es presentado por Rousseau o

[63] Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. I, *op. cit.*, pp. 63-65; Théodore Tarczylo, *Sexe et liberté au siècle des Lumières*, *op. cit.*, pp. 108 y 109. Véase también Jos Van Ussel, *Histoire de la répression sexuelle*, *op. cit.*

[64] Robert Shoemaker, *Gender in English Society*, *op. cit.*, p. 67; Randolph Trumbach, "Erotic Fantasy...", *op. cit.*, p. 266.

por Tissot como una víctima del orden social depravado que aparta al hombre de su verdadera naturaleza. Paradójicamente, se ha podido considerar este discurso como eminentemente liberador, asegurando que opone "los verdaderos placeres de la moderación" tanto a la disipación como a la continencia, y que remplaza la coerción por la disciplina libremente consentida. Veo sobre todo la expresión de la moral mesurada de las capas medias, que acompaña su combate por sustituir todas las demás tentaciones por el único placer vaginal. En 1762, Tissot anuncia a Rousseau que su libro sobre el onanismo, publicado dos años antes en Lausana, acaba de ser prohibido en París, como el *Emilio*, prohibido también recientemente.[65] Si la cruzada antimasturbatoria no es del gusto de las autoridades es porque adquiere a sus ojos un aspecto erótico inaceptable. Las obras que denuncian el vicio solitario se multiplican sin embargo en Europa y en Estados Unidos. Pasan de algunos títulos por década antes de 1760 a una decena entre 1760 y 1770; saltan luego a 25 en el curso de los 10 últimos años del siglo; conservan un nivel generalmente superior a 10 pero inferior a 20 de 1800 a 1860, antes de volver a ascender a 20 y luego a 25 entre 1870 y 1890.[66]

La coronación del género es *El onanismo*, del doctor Samuel-Auguste Tissot, publicado en latín en 1758 y después en francés, en Lausana, en 1760. Censurada en Francia, su tercera edición es, no obstante, realizada clandestinamente en París en 1764. Una traducción aparece en Londres en 1761 [67] Diversos estudios han de-

[65] Théodore Tarczylo, *Sexe et liberté au siècle des Lumières*, *op. cit.*, pp. 112, 113, 228 y 229. El autor indica que el tratado de Tissot no apareció en Francia sino en 1792, pero la tercera edición en 1764, supuestamente de Lausana, fue realizada clandestinamente en París (Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, Bruselas, ULB, 1984: reed., Le Plessis-Robinson, Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1998, p. 76).

[66] *Ibid.*, cuadro estadístico, p. 297.

[67] Samuel-Auguste Tissot, *Onanism, or a Treatise upon the Disorders Produced by Masturbation: or, the Dangerous Effects of Secret and Excessive Venery*, Londres, for Varenne, 1761 [trad. esp.: *El Onanismo*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2003].

mostrado que el autor no hace sino reformular sencillamente en términos de autoridad médica y filosófica saberes e interdicciones precedentemente definidos de manera teológica. Como los confesores mucho antes que él, reprueba la práctica porque acarrea una dilapidación de la simiente. Sólo cambia la moral, que concierne en adelante a la persona y no a la salvación colectiva cristiana. Tissot encuentra gran éxito ante el público, quizá porque su cuadro trágico de los sufrimientos del masturbador toma el relevo de las antiguas descripciones realistas de los tormentos infernales. No es innovador al definir el cuerpo como una máquina y al combinar esta noción con la hidrostática, heredera, ella, de la teoría de los humores. Afirma que el buen funcionamiento de esta mecánica depende del equilibrio de sus fluidos. Ahora bien, "nuestros cuerpos pierden continuamente, y si no pudiéramos reparar nuestras pérdidas [por el proceso de la nutrición], caeríamos en seguida en una debilidad mortal". Hay, pues, que evitar las "evacuaciones demasiado abundantes", en particular de la simiente que constituye el humor más "trabajado". Desde hace siglos, afirma, se cree que la "pérdida de una onza de este humor debilita más que la de 40 onzas de sangre". Por oposición, "la leche es de todos los humores el menos trabajado". Es fácil reconocer la vieja noción de inferioridad femenina, demostrada en adelante por la ciencia. Tissot está sin embargo obligado a contorsionarse a este respecto, pues admite como sus predecesores que las hijas de Eva también eyaculan simiente durante el abrazo. Sus reflexiones conducen a la idea de que la leche no debe ser expulsada con demasiada abundancia, bajo riesgo de agotamiento. También debe permanecer en el depósito. El estado ideal para la mujer es, pues, la maternidad, seguida de la lactación que prepara un vigoroso retorno al escenario, después de las diatribas de Rousseau contra las nodrizas, corrientes en París en todas las categorías sociales. Tissot precisa que, si se recurre pese a todo a la leche mercenaria, "la mujer que la proporciona debe estar sana y ser buena".[68] No podría defi-

[68] Jean Mainil, *Dans les regles du plaisir…*, *op. cit.*, pp. 184-191.

nirse más claramente el papel natural nutricio de la madre y la superioridad del hombre, exaltando de paso un "medio" de conservación del "capital" humoral, de rechazo del despilfarro, lo cual corresponde perfectamente a las ideas y a las prácticas de las capas medias y de las burguesías superiores dedicadas al capitalismo comercial, deseosas de reforzar sus posiciones mediante la acumulación de riquezas y saberes.

La masturbación le parece muy peligrosa a Tissot porque no produce los "torrentes invisibles", una especie de intercambio de energía merced a la transpiración durante el coito. Además, en las mujeres, induce a una indiferencia hacia los "placeres legítimos". Algunas practican incluso "otra mancha que podría llamarse *clitoridiana*", pues su órgano, ordinariamente muy pequeño, posee un "tamaño sobrenatural" y ellas lo usan como un pene con otras chicas. La idea existía en los siglos precedentes, cuando el safismo o "tribadismo" era en principio sancionado con la pena de muerte. La masturbación masculina, por su parte, engendra un desorden mortal, con convulsiones, babeo y "paroxismos epilépticos". El enfermo es reconocible por su palidez y su aire afeminado, dado que "pierde y no recupera nada".[69]

Difícilmente puede considerarse a Tissot como un liberador de la sexualidad occidental. Es más bien el cantor de una vía intermedia bien controlada del placer, a la cual aspiran las nuevas élites urbanas, parisienses y londinenses, al acercarse la Revolución Francesa. Pretendiendo luchar contra todo exceso erótico al insuflar un saludable temor al lector, cita el caso de un hombre mal repuesto de una enfermedad, que muere la noche en que paga "el tributo conyugal a su mujer". Otro sucumbe como consecuencia de "excesos en mujeres y en vino". El tercero, que practica otro tanto y sufre de gota, se ve atacado, "inmediatamente después del coito, por un temblor general". Las delicias matrimoniales deben igualmente ser consumidas con moderación, pues quien se entrega con demasiado frenesí a los entusiasmos carnales perece dolorosamente, como

[69] Jean Mainil, *Dans les regles du plaisir...*, *op. cit.*, pp. 194-197.

aquel joven casado, después de una fiebre continua acompañada de enrojecimiento e hinchazón del rostro, o aquel otro, debido "a un violento dolor de rabadilla".[70] Quien a hierro mata...

A ambos lados del canal de la Mancha, los médicos de las Luces asumen un lugar muy importante porque parecen ser los únicos en responder de manera concreta a las inquietudes sexuales crecientes de las capas acomodadas de la población. Impotencia, infertilidad y enfermedades venéreas son temas recurrentes de la época.[71] Se añaden angustias más difusas, ligadas a la percepción de los cambios en curso y de una posible revuelta de los oprimidos: esposas confinadas al hogar, *mollies* y sodomitas, muchachos privados de los placeres solitarios, aunque se sabe perfectamente que abundan quienes los practican. Los que sustentan la moralidad depurada y los partidarios del equilibrio de las pasiones contribuyen, sin desearlo verdaderamente, a una conmoción importante. Sus exigencias pesan mucho sobre las mujeres y los jóvenes varones solteros. Ahora bien, los constreñimientos tradicionales –la justicia arbitraria, el miedo al infierno, la sujeción al padre, la obediencia al marido– se debilitan. El control social está reconstruyéndose sobre fundamentos diferentes: la razón, el saber –médico en particular–, el matrimonio por afecto, la adhesión personal y sentimental que funda el amor, la paternidad o la amistad. En los calderos del pasado se elabora una nueva cocina, más refinada, pues las relaciones entre los sexos y los grupos de edad no se modifican sino en provecho de los hombres adultos. En 1796, Anne-Louise-Germaine de Staël (1766-1817) se interesa en las pasiones individuales.[72] Sublima la felicidad a través de la imaginación, que estima más importante en la mujer y casi exclusivamente

[70] *Ibid.*, pp. 198 y 199.

[71] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, pp. 92 y 93.

[72] Anne-Louise-Germaine de Staël, *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations*, Lausana, J. Mourer, 1796 [trad. esp.: *De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de las naciones*, Córdoba (Andalucía), Berenice, 2007]. Gracias a Veit Elm, que ha llamado mi atención hacia este texto.

orientada hacia el amor, mientras que el varón la convierte en un arma de reconocimiento público. En términos elegantes y nuevos, traduce la influencia, a través de la visión romántica, de la diferencia "natural" de los géneros: vuelto el hombre hacia el mundo; su pareja, madre y esposa, hacia un universo interior consagrado a las bellas letras y a la transmisión de la cultura a las generaciones siguientes. No dice hasta qué punto esta distinción apoyada en argumentos filosóficos produce tensiones y angustia masculina, pues la percepción de sí se modifica profundamente en los grupos sociales más sometidos a las tiranías de la moderación.

El arte del "yo"

El sentimentalismo del siglo XVIII abre de par en par la vía a la autobiografía. Terminadas en 1771, publicadas de manera postuma en 1781 y 1788, las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau tienen clásicamente el honor de inaugurar el verdadero relato acerca de uno mismo.[73] El fenómeno es en realidad muy anterior, sobre todo en Inglaterra, pero encontró por largo tiempo tercas resistencias, pues muchos cristianos veían en él un inaceptable narcisismo que apartaba del camino de la salvación. La literatura de civilidad apuntaba en el mismo sentido, aconsejando enmascarar las emociones o las pasiones bajo una urbanidad cortés y decretando inaceptables las manifestaciones demasiado íntimas del cuerpo y del espíritu. La reticencia a dejar al ser reflejarse en sí mismo conducía así a clasificar los sueños del lado de lo vulgar y a preconizar el no recordarlos durante una conversación de buena ley.[74] Por eso el Yo emerge difícilmente, primero bajo la forma reprobadora de las

[73] Philippe Lejeune, *L'Autobiographie en France*, París, A. Colin, 1971, y *Le Pacte autobiographique*, París, Seuil, 1975 [trad. esp.: *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul, 1994]. Gisèle Mathieu-Castellani, *La Scene judiciaire de l'autobiographie*, París, PUF, 1996.

[74] Robert Muchembled, *La Société policée*, *op. cit.*, p. 122. A propósito del conjunto de estos temas, véanse más arriba caps. II y III.

evocaciones sulfurosas de prostitutas y de aprendices de disipado, o incluso de criminales demonizados. Devorando las aventuras de otro muy diferente de él, el lector aprende sin embargo a percibir mejor su propia persona.

Putas, borrachos y aprendices de vicioso

Un tipo literario muy apreciado por el público, sobre todo en Inglaterra, presenta biografías criminales. Entre los caracteres puestos en el escenario más a menudo figuran las mujeres perdidas y los aprendices indolentes, haraganes o viciosos. Hogarth permite captar lo que se cuestiona en una serie de grabados titulada *Idleness and Industry* (1747): el trabajador aprendiz se casa con la hija de su jefe, y al fin termina como alcalde de Londres, mientras que el perezoso, que desperdicia su tiempo y se muestra particularmente asocial, acaba colgado en Tyburn. Aun si es decente al principio, las malas compañías, en particular el encuentro de una ramera, conducen de inmediato a la decadencia a través del alcohol y el crimen. La mujer fatal es descrita como fuerte, independiente, sin tutela masculina, el opuesto exacto de la esposa y madre casta, sumisa, dócil, amante de los relatos románticos. La biografía de *Mary Young* proporciona el arquetipo. Su mala influencia empuja asimismo a los grandes criminales a lo peor. En *La historia de John Sheppard contada por él mismo*, un bandido célebre, fugado dos veces de Newgate en 1724, el triste héroe abandona a su bravo patrono después de haber encontrado a Elizabeth Lyon y luego cae al nivel de una bestia bruta guiada sólo por sus pasiones, que vive "como un perro en su vómito", lo cual permite capturarlo fácilmente después de su segunda fuga.[75]

Londres cuenta con más de 20.000 aprendices en 1700, así como con un número creciente de prostitutas en el curso del siglo,

[75] Philip Rawlings, *Drunks, Whores and Idle Apprentices. Criminal Biographies of the Eighteenth Century*, Londres, Routledge, 1992, pp. 18, 19, 22, 40 y 41.

probablemente más de 10.000. Los dos grupos son indispensables: uno, para la actividad económica; otro, para las necesidades eróticas de los varones de todo origen social. El peligro representado por unos y otros es percibido con agudeza en esa época. El miedo a la infección venérea, transmitida a las esposas más castas por los maridos que frecuentan los burdeles, es general. Se teme también la irritabilidad, la palabra y la brutalidad de las damas de la calle, que no tienen gran cosa que perder. En cuanto a los jóvenes trabajadores, que como se sabe están unidos por vigorosas tradiciones de solidaridad, son fácilmente sospechosos de rechazar cualquier tutela negando *The Great Law of Subordination*, según el título de una obra de Daniel Defoe en 1724, donde su habitual disipación es subrayada. En 1734, Samuel Richardson crea para ellos un manual de buena conducta, *The Apprentice's Vade Mecum*. Según él, no deben frecuentar las chicas perdidas y ni siquiera casarse... Una ola de obras similares insiste en la necesaria protección de la juventud mediante un ambiente sano y la estricta disciplina de un aprendizaje regular. El movimiento traduce preocupaciones sociales reales relativas a las especificidades de Londres. Solteros y trabajadores móviles son mucho más numerosos que en otras partes, y las dos terceras partes de los delincuentes condenados a ser colgados nacieron fuera de sus muros. Los contemporáneos temen, pues, particularmente a las clases inferiores, que se caracterizan por la anarquía, el abuso de la bebida y el robo. Asegurando al mismo tiempo, falsamente, que la población declina, el demógrafo Thomas Short escribe en 1750 que la expansión económica de la metrópoli es moralmente corruptora, pues empuja a los pobres a beber ginebra hasta morir, y a los ricos, a vivir ociosos como parásitos.[76]

Velado por la temática moral de la virtud campesina opuesta al vicio urbano, el verdadero problema es relativo al lugar de los jóvenes en la gran ciudad, a causa de la noria incesante de desarraigados que ésta alimenta. A menudo, las leyes del mercado arrinconan a los recién llegados en la miseria, y los llevan al robo

[76] Philip Rawlings, *Drunks, Whores and Idle Apprentices*, *op. cit.*, p. 23.

y al crimen en el caso de los muchachos, a la venta de sus encantos en el caso de las muchachas. Esta doble reserva de mano de obra y de placer experimenta nuevas prácticas simbólicas. La moral dominante inventa la adolescencia como un tiempo de constreñimientos que deben ser aceptados si se quiere triunfar. Insiste en que los muchachos se abstengan de toda sexualidad, legítima o no, sin tratar siquiera sobre el derivativo de la sodomía o la masturbación. Las muchachas son confrontadas a una elección aún más temible. Las sirvientas pueden pensar en volverse esposas castas y amantes con la condición de escapar a las solicitudes ambiguas de los amos y de los servidores. De lo contrario, se deslizan ineluctablemente hacia la calle, multiplicando los rangos de las prostitutas, pues a diferencia del poblado, ya no están protegidas en caso de embarazo por una presión colectiva suficiente para obligar a los seductores a casarse con ellas o a mantener a su criatura. Muchos despreciados de los dos sexos son así lanzados a circuitos económicos normales. Para los pudientes y los biempensantes, esta cohorte creciente de insatisfechos, de marginales, de aprendices del vicio y de mujeres perdidas no puede sino acentuar el temor latente de verlos morder la mano de los amos. El miedo a la enfermedad venérea voluntariamente transmitida a un *gentleman* por una puta odiosa no es por otra parte pura fantasía.

No es sorprendente que numerosas metáforas para designar las grandes ciudades europeas evoquen la imagen de un abismo infernal repleto de todos los vicios, si no de una gigantesca matriz que traga a los humanos. El viejo miedo a la sexualidad femenina devoradora se traspone al conjunto del monstruo urbano. El tema del cuerpo, humano y colectivo, se torna literalmente obsesivo. En Inglaterra, es frecuente en los escritos de Defoe, Swift, Smollett, Sterne, Fielding, Richardson y tantos otros, así como en los grabados y pinturas de Hogarth. Defoe apela incluso a la peste para que purgue a Londres de todos estos organismos que lo colman. La morbidez urbana acarrea reacciones de horror y de rechazo. Ya en 1721, Thomas Lewis preconiza que deje de enterrarse a la gente en el interior o alrededor de las iglesias, para evitar una corrup-

ción fatal, en *Seasonable Considerations on the Indecent and Dangerous Custom of Burying in Churches and Church Yard*. Otro tanto ocurre en París. Pero la decisión tomada en 1776 de trasladar los cementerios fuera de las ciudades provoca motines, pues las capas inferiores no tienen la misma concepción de las cosas y desean conservar a sus difuntos a su lado.[77]

Biografías demonizadas

La fascinación por los espectáculos públicos de ejecución o mutilación corporal no se desmiente en el siglo XVIII. Reprobados por los filósofos, con Voltaire a la cabeza, y por la gente sensible, atraen no obstante multitudes inmensas: 40.000 espectadores, entre los cuales hay 2.000 niños, para ver cómo se ahorca a un pastor protestante en Tolosa en 1746. En Londres, las ejecuciones en Tyburn son igualmente muy frecuentadas.[78] Las nociones de equilibrio, de moderación, de temperancia expresadas por los pensadores de la época no se corresponden con las prácticas de las masas, para quienes la vista de la sangre y de la muerte literaria, bien estudiada a propósito de Inglaterra, utiliza precisamente este gusto de lo sanguinario a fin de incitar al lector a dominar mejor sus pasiones: la biografía criminal. Tomando la posta de la larga tradición de la "biografía espiritual" insular, crea en el lector un sentido de participación susceptible de concluir en una forma de reconocimiento de su propio Yo. *Moll Flanders*, de Daniel Defoe, se relaciona con esta técnica. La heroína, según una progresión habitual en la materia, pasa de la inocencia a las experiencias y finalmente al arrepentimiento.[79]

[77] Carol Houlihan Flynn, *The Body in Swift and Defoe*, *op. cit.*, pp. 5, 6 y 25. Para Francia, Richard Etlin, *The Architecture of Death: The Transformation of the Cemetery in Eighteenth-Century Paris*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1984.

[78] Carol Houlihan Flynn, *The Body in Swift and Defoe*, *op. cit.*, pp. 26 y 27.

[79] John M. A. Preston, *The Created Self: The Reader's Role in Eighteenth-Century Fiction*, Londres, Heinemann, 1970, pp. 7 y 13.

El endurecimiento de la legislación judicial acarrea la multiplicación de las penas capitales de 1680 a la década de 1720 en Londres, en particular contra los ladrones, "bestias hediondas y nocivas". Los numerosos condenados son siempre invitados a pronunciar un discurso público expiatorio antes de entregar su alma a Dios. Idénticas evoluciones se advierten en París, con el crecimiento de las ejecuciones por robo y el deseo de hacer participar al ejecutado en un espectáculo edificante. Los "testamentos de muerte" conservados en los archivos del Parlamento no contienen en modo alguno las últimas voluntades del malhechor sino notas tomadas en vivo por el escribano que lo acompaña para incitarlo a arrepentirse públicamente y enmendarse honradamente ante la multitud. Sólo trabajos todavía inéditos abordan esta cuestión en lo tocante a la capital francesa.[80]

En Inglaterra, aparte de las transposiciones literarias, existen tres tipos diferentes de relaciones de los hechos, redactadas respectivamente por la administración, el capellán y los periodistas. Los *Proceedings* oficiales son vendidos al público, en particular a los juristas presentes. Comprenden invariablemente la composición del tribunal, un resumen de la cuestión y el veredicto. Se hacen cada vez más detallados y animados, y pasan de dos páginas a fines del siglo xvii a 48, en promedio, hacia 1730. Bajo la pluma del capellán de Newgate, cuyo relato aparece regularmente al día siguiente de la ejecución, es el condenado el que está en primera fila, según la tradición de la autobiografía espiritual. Lo importante es mostrar su decadencia y su grado de arrepentimiento, pues sólo aquel que pasa por el amor divino, y no únicamente por el temor, puede alcanzar la salvación. Las dos series no están sin embargo completas y no conciernen a la provincia. En cuanto a la prensa, convierte al ejecutado en un héroe de los sucesos, buscando lo sen-

[80] Pascal Bastien, *Le Spectacle penal a Paris au xviii^e siècle*, tesis defendida bajo la dirección de Robert Muchembled y Claire Dolan, Université de Paris-Nord y Université Laval, Quebec, 2002. El autor prepara un libro sobre los suplicios para Éditions du Seuil.

sacional, lo sangriento, y añadiendo grabados estereotipados en que los interesados hablan sentados en nubecillas, como en las historietas actuales. El redactor no se priva de tomar parte a favor de la víctima, de clamar su horror hacia el culpable, de formular un juicio moral. A veces manifiesta admiración por los más célebres bandidos, como John Sheppard o Mary Carleton.[81]

Estas tres fuentes dan nacimiento a obras muy en boga. Algunas son simples compilaciones anónimas de procesos, como *A Compleat Collection of Remarkable Tryals* en 1718 o, al año siguiente, *A Compleat Collection of State Tryals*, o incluso, en 1768, *The Tyburn Chronicle*, en 1773, *The Newgate Calendar*, etc. Sobre un lienzo único se presentan sucesivamente el origen y la juventud del personaje, episodios de su deplorable existencia, su arresto, su juicio y su ejecución. Otras obras son más elaboradas y están firmadas. El autor compila informaciones extraídas de los documentos para componer historias en parte imaginarias, tomando como modelos héroes populares muy apreciados, tales como Robin Hood o Moll Cutpurse, que no eran siempre delincuentes sino que luchaban contra las autoridades. El "capitán" Alexander Smith cuenta *The Lives and Histories of the Most Noted Highwaymen*... y en 1734 el "capitán" Charles Johnson reúne cerca de 200 malandrines en *A General History of the Lives and Adventures of the Most Famous Highwaymen, Murderers, Street Robbers, etc.* Como prefacio, el primero recalca sus objetivos edificantes, lo cual no le impide proporcionar detalles a menudo muy escabrosos, a fin "de instruir y convertir a los individuos corrompidos y profanos de esta época licenciosa". La narración contiene algo para complacer al público: un poco de violencia, pornografía y comicidad, mucha acción. Fragmentos enteros de los *Proceedings* o de las confesiones ante del capellán son utilizados a veces. Se añaden episodios ridículos, y aun gro-

[81] Françoise du Sorbier, "De la potence à la biographie, ou les avatars du criminel et de son image en Angleterre (1680-1740)", en *Études anglaises*, vol. 32, 1979, pp. 257-271 (según su tesis de doctorado, *Récits de gueuserie et biographies criminelles de Head a Defoe*, defendida en la Universidad de París VII, en 1977).

tescos, que han aparecido ya, idénticos, en diferentes vidas de malhechores, para hacer reír de ellos y establecer una sana distancia con el lector. Este último no siente la menor tentación de seguir el ejemplo de los héroes sulfurosos, pues ninguno de ellos escapa jamás al suplicio: los malos son castigados siempre. Además, se funden en estereotipos uniformes en el transcurso del siglo, dominados por las figuras del aprendiz que acaba mal y de la muchacha perdida, prostituida y ladrona.[82] El género traduce, pues, las mismas obsesiones que las guías de comportamiento, las obras morales o la gran literatura concerniente al grave peligro de subversión que representan los adolescentes desviados y las mujeres que viven fuera de los lazos sagrados del matrimonio. Transformarlos en puros objetos de mofa contribuye quizá a aplacar semejantes inquietudes.

Revelada por el fin patético del condenado, cuando acepta espectacularmente su responsabilidad, la moraleja subyacente a estos textos es la del control necesario de sí, opuesta al individualismo destructor.[83] La trama social desgarrada es remendada por el culpable. Es posible interrogarse sobre el efecto preciso producido sobre el ánimo del lector por el uso peyorativo en los documentos de las nociones de "persona particular", "naturaleza humana" depravada, "propias pasiones", "apetitos e inclinaciones", que oponen un uso "privado" intempestivo de sí mismo a las necesidades del orden público y de la moral. No hay que excluir identificaciones, por admiración hacia algunos de estos seres trágicos de carácter muy firme, en ocasiones hasta carismático. El éxito del género indica al menos una considerable fascinación, que oscila probablemente entre los sueños de transgresión sin riesgo y la satisfacción de ver el delito castigado, al aprendiz de vicioso y a la chica perdida sancionados por su desviación. Fantasma masculino, la mujer rebelde es devuelta a su lugar y acaba

[82] *Ibid.*, pp. 266-271.

[83] Michael Mascuch, *Origins of the Individualist Self: Autobiography and Self-*

consintiendo y aceptando el orden del mundo. No es seguro que las lectoras vean las cosas con la misma mirada. Las esposas encerradas en la jaula del matrimonio ¿no experimentan ciertos estremecimientos ante los relatos de aventuras prohibidas y pasiones eróticas inaccesibles? En todo caso, es más fácil y menos vergonzoso para ellas comprar abiertamente, y entonces devorar, estos libros, antes que procurarse obras pornográficas.

Grandes escritores se apoderan del tema. Entre los autores de piezas teatrales, Gay propone *The Beggars'Opera* en 1728 y Lillo *The London Merchant* en 1731. En el ámbito literario, Fielding publica *Jonathan Wild* en 1743 y Daniel Defoe (1660-1731) se muestra literalmente fascinado por el tema, que trata abundantemente y de una manera muy original.[84] A diferencia de las convenciones admitidas, los héroes representados en el escenario en estas largas historias permanecen impunes. Por añadidura, fiel protestante muy individualista, Defoe empuja al lector a considerar el relato como una ficción y a ejercer su libertad de juicio sorprendiéndolo y hasta contrariándolo. En el prefacio de *Moll Flanders* (1722), explica su ambición de "hacernos más presentes a nosotros mismos".[85] *Coronel Jack* (1722) le ofrece la ocasión de usar de manera compleja el concepto de persona. Cuando Jack, presa de los remordimientos, acude a restituir el dinero que robó un año atrás a una pobre viuda, se dirige mentalmente a su conciencia utilizando "Yo" y a la interesada diciendo "él" para designar al ladrón, que no es sino él mismo. No se trata solamente de un subterfugio para atribuir el delito a un desconocido. Más sutilmente, Defoe emplea el "yo" sobre el registro del fracaso moral, el "él" para expresar el arrepentimiento y la esperanza de que Dios pueda perdonar tal acción.[86] Quizá extrajo la idea de las confesiones muy reales de ciertos cri-

[84] Lincoln B. Faller, *Turned to Account. The Forms and Functions of Criminal Biography in Late Seventeenth- and Early Eighteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. x-xi.

[85] *Ibid.*, pp. 70-73.

[86] *Ibid.*, pp. 211-215.

minales, que expresan una confusión tal, una pérdida de sentido de identidad en el momento de un homicidio o poco tiempo después. Otra de sus heroínas, Roxana (en la novela del mismo nombre, 1724), explica por otra parte que "el pecado y la vergüenza se siguen la una al otro [...] como causa y consecuencia".[87]

El coronel Jack es un lejano antepasado del doctor Jekyll. Si bien no sufre realmente de desdoblamiento de personalidad, su ser moral se halla fuertemente perturbado por el remordimiento, por haber cedido ante las sirenas de su Yo narcisista e infernal. Semejante exceso está orientado directamente al delito y, a través de éste, a la tradición cristiana del pecado de vanidad. Es decir que los contemporáneos, leyendo sus aventuras, no pueden recibir la expresión singular de sí, el "yo" demasiado afirmado, sino como señal evidente de transgresión, en marcha hacia el crimen y el desastre. La vieja oposición religiosa a la afirmación orgullosa del Yo sobrevive vigorosamente. Traspuesta al lenguaje cultural de las clases medias o superiores, constituye siempre un tabú, sustentado en adelante por la decencia, el buen gusto, la interiorización de las pasiones preconizadas por la civilización de las costumbres.[88] Sin embargo, los lectores de Defoe cultivan paradójicamente su especificidad, porque aprenden a explorar su mundo interior incluso estando al tanto de los peligros del fenómeno. La contradicción resulta productiva.

Igualmente ilustrada en Francia por las célebres figuras de Cartouche, enrodado vivo en 1721, y de Mandrin, ejecutado en 1755, la edad de oro de las historias de salteadores de caminos concluye hacia 1740 en Inglaterra. Sin duda el público está saturado por todo lo que publican los periódicos. Uno de los últimos ejemplos espectaculares es el de Sixteen-String Jack Rann, colgado en 1774, famoso por su elegancia escandalosa y los ocho cordones con remate de

[87] *Ibid.*, p. 225.

[88] Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, *op. cit.*, Michel Foucault, en numerosas obras, trata a su manera más pesimista el mismo fenómeno, vinculándolo con los adelantos del poder al "vigilar y castigar".

plata que adornan sus pantalones en cada rodilla, de donde proviene su sobrenombre. ¿La decadencia del género podría estar asociada a la desaparición de su utilidad simbólica? A ambos lados del canal de la Mancha, el nuevo tipo de delincuente de la segunda mitad del siglo es el gran estafador, salido de círculos respetables, que practica una forma más refinada de transgresión que tiene directamente que ver con las preocupaciones de las clases medias y pone de manifiesto el peligro del individualismo económico.[89] Además, el mito del criminal arrepentido, del pecador santificado en el momento de la muerte, sin duda cansan poco a poco al público, tanto más cuanto que es fácil sospechar que se trata de un fraude piadoso. Es cada vez más difícil creer ingenuamente a quien pretende afirmar que su ejecución constituye "el minuto más feliz de mi vida" o que se presenta "feliz" y "sonriente" sobre el patíbulo.[90] En Londres, los mirones tienen ocasión de correr para ver en Tyburn escenas mucho menos edificantes, difíciles de ocultar a pesar de todas las precauciones y los consejos de los funcionarios y del capellán. En el último tercio del siglo XVIII, por último, la introspección se vuelve más frecuente, incluso aunque a menudo sigue siendo socialmente reprobada. Jean-Jacques Rousseau causa una mala impresión hablando del placer turbio de recibir nalgadas y se encuentra aislado por haberse atrevido a leer públicamente sus *Confesiones*. Otros inventan maneras más discretas de hablar de sí mismos y de la sexualidad tomando el camino de la sublimación.

Los placeres de la imaginación

Los placeres de la imaginación adquieren un lugar creciente en el siglo XVIII. El pensamiento de la época los vincula directamente a los del cuerpo y la sexualidad. La decadencia moral se asocia así

[89] Lincoln B. Faller, *Turned to Account*, *op. cit.*, pp. 191-193.

[90] Lincoln B. Faller, *Crime and Defoe. A New Kind of Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 6-8.

corrientemente con la frecuentación de los teatros y las óperas, o la danza. Cuando D'Alembert lamenta que Ginebra haya prohibido el teatro, en un artículo de la *Enciclopedia* consagrado a las ciudades, suscita numerosas críticas virulentas. En Inglaterra, la lectura de novelas o de cuentos se considera a menudo inmoral. Además, ciertos grabados franceses la asocian a la masturbación femenina. El temor de que la nación sea debilitada por el lujo y el bienestar, de origen extranjero, reaparece en cada gran crisis: rebelión jacobita de 1745, pérdida de las colonias americanas, Revolución Francesa. Como en toda Europa, la cultura de las capas superiores es en efecto cosmopolita y concede un gran espacio a la influencia francesa. Obras de Voltaire figuran en el 80% de las 200 bibliotecas inglesas inventariadas por un investigador. Rousseau alcanza cumbres de popularidad al término del siglo. Las élites hablan y leen el francés o compran traducciones muy rápidamente disponibles. Anne Larpent, que lleva su diario íntimo a partir de 1773, devora en 10 años más de 440 títulos, entre los cuales casi tantas obras de ficción francesas como inglesas: Rousseau, Marivaux, Marmontel, Voltaire y 36 obras de Corneille, entre otras. Lee en voz alta ante su hija o su marido, que practica otro tanto para ella, y también para todos los de la casa, incluyendo servidores. La pasión por la historia de los viajes y de las bellas letras es muy viva. Estos campos son, con mucho, los más alabados en la Biblioteca de Bristol de 1773 a 1784, con un total de 521 volúmenes retirados 9.439 veces, contra 82 escritos teológicos, solicitados 606 veces. En ambos lados del canal de la Mancha, la cortesía crea un sistema común de conducta definido por el "arte de la conversación". Las bellas artes y la literatura de imaginación constituyen el centro, a fin de producir gente refinada, amable y virtuosa, lo cual no deja de crear una inquietud: el papel público ¿no corre el riesgo de destruir la identidad personal? Lord Shaftesbury teme que sea así, a causa de su deseo de complacer a los demás: "¡No olvides jamás tu Yo!", escribe.[91]

[91] John Brewer, *The Pleasures of the Imagination: English Culture in the Eighteenth Century*, Londres, Harper Collins, 1997, pp. xxii, xxiii, 82-85, 111, 180, 181 y 194

Semejante contexto, favorable al impreso y a la imagen, permite el rápido desarrollo de un apetito artístico que rebasa los círculos restringidos de los mecenas, de los aristócratas y de la corte. En Francia, la colección del rey, que se planea abrir al público bajo Luis XVI, representa un modelo para un número creciente de ricos estetas. En Londres, sus émulos experimentan más precisamente una doble pasión por el arte y por el "bello sexo". Un grupo de gente que en sus comienzos se reúne a comer, la sociedad de los *dilettanti* se convierte rápidamente en un club muy próspero que ofrece subsidios a los pintores y reúne obras antiguas griegas. Si bien todos los "conocedores" no son libertinos, muchos muestran un gran entusiasmo por el erotismo. Tal es el caso del conde de Sandwich, de Federico, príncipe de Gales, y del príncipe regente en tiempos de Napoleón I. El "gran viaje" por Europa de los jóvenes aristócratas comprende por otra parte una formación intelectual y a la vez una iniciación al amor, sobre todo en las dulzuras meridionales. Las madres temen ver a sus hijos convertirse en el chichisbeo lánguido de una belleza fatal italiana, como Horace Walpole lo fue junto a Elisabeth Capponi en Florencia, de 1739 a 1741. El estudio de la *virtù* está seguramente teñido de sensualidad. Los futuros amantes de desnudos femeninos, de objetos fálicos y de descripciones voluptuosas griegas o romanas forman así su gusto. *Sir* Francis Dashwood, barón de Despencer, uno de los fundadores de los *dilettanti*, es pintado por Hogarth, en la década de 1750, como un sacerdote que ya no adora a Cristo sino a una figurita femenina desnuda enteramente expuesta a su mirada, lo cual sugiere que el deseo carnal se confunde con el del coleccionista. En 1786 otro miembro de la sociedad, Richard Payne Knight, hace editar y distribuir *El Culto a Priapo y sus relaciones con la teología mística de los antiguos*, con un frontispicio particularmente evocador. Los biempensantes se ahogan de indignación leyendo irónicas descripciones de las delicias del sacerdocio y la sugerencia de que el crucifijo sería un símbolo de los órganos sexuales. El culto de Príapo, compartido por el católico Charles Towneley, revela en realidad una dimensión antigua de la cultura

varonil aristocrática, dotada al fin del siglo de cierta respetabilidad por su asociación con las investigaciones acerca de los orígenes de los mitos y de las religiones.[92]

El escándalo en torno al culto de Príapo o de los que gozan erigiendo su sensualidad como nueva religión señalan el retorno de una cultura del deseo. Ya no es tiempo de ocultar ese seno que no se debería ver. Por el contrario, el pecho femenino y la desnudez del cuerpo han recuperado la aceptación de los ciudadanos. Para una minoría de privilegiados, en toda Europa, al parecer, la distancia entre la representación y la carne viva se reduce, hasta el punto de hacer de la contemplación de los tesoros del pasado la antesala de las emociones eróticas. Quienes son llamados disipados o libertinos amalgaman el objeto y el sujeto. Aprecian la imagen o el relato libresco de manera "pornográfica", negándose a dejar que sus goces se limiten mediante normas o reglas, a diferencia de los ciudadanos adeptos a la moderación de las pasiones. Filósofos, escritores, artistas, burgueses acomodados de las grandes ciudades, estos últimos se orientan, por su parte, hacia satisfacciones sublimes, a veces dulcemente erotizadas pero sin riesgo. Se abre así el camino nuevo de la delectación estética, la contemplación de la obra de arte que se torna la alegría de la mirada, evocación de lo bello, placer desinteresado...

[92] John Brewer, *op. cit.*, pp. 262, 263 y 270-273.

V. BAJO LOS VELOS VICTORIANOS (1800-1960)

Si hubiese que buscar un término único para caracterizar la civilización en Francia y en Inglaterra en el tiempo de las burguesías triunfantes, "victoriano" se impondría. La noción no se limita al reinado de Victoria en el sentido estricto (1837-1901), si se define como un estado de espíritu cuyas reglas y normas pesan sobre el conjunto de las poblaciones inglesas y francesas, de modo que he decidido analizar el fenómeno entre 1800 y 1960. Los dos países poseen especificidades evidentes, ritmos temporales a veces claramente distintos. Las clases medias comerciales e industriales imponen más rápidamente su ley en Inglaterra que en Francia. Esta última conoce las revoluciones de 1830 y de 1848, así como la Comuna, lo cual le da una historia mucho más agitada. Sin embargo, los principales rivales coloniales de la época en el escenario mundial no cesan de entrelazar sus raíces culturales. Con numerosas e importantes variantes que no pueden detallarse en mi exposición, los dos descubren y exploran la visión victoriana de la existencia.

Nacida en el siglo xviii del pensamiento de los filósofos, ésta lleva un mensaje de moderación, de economía, de administración de los instintos. Burguesías y clases medias se dotan así de un estado de ánimo original. Rompen con una religión del miedo señalando con claridad sus diferencias, tanto en relación con la nobleza ociosa como con los mundos populares considerados rudos, inquietantes y peligrosos. Más allá de la literatura filosófica y la sociabilidad intelectual en París o en Londres, el concepto de cortesía contribuye prioritariamente a la promoción de esta nueva sensibilidad. Lenta y subrepticiamente, la definición del Yo se desliza hacia un enfoque de la personalidad cuyo eje es el control de las pul-

mundo en dos espacios: el privado y el público. En París y en Londres, que conocen un crecimiento espectacular, semejante distinción se opone tanto a la promiscuidad de las "clases peligrosas" como al modelo aristocrático, poco compartimentado y mucho más mundano. Entre iguales, el arte de la conversación es también el del disimulo de las emociones. Las "tribus" burguesas se protegen de los peligros de la selva urbana por una doble clausura derivada del culto del hogar conyugal y el autocontrol individual.

Esto resulta en una percepción del cuerpo y del goce fundada en la contención y la sobriedad, por oposición a los sistemas de despilfarro de los nobles o de las capas populares. Entre 1800 y 1960, cinco o seis generaciones sucesivas afrontan una indiscutible represión de los placeres carnales que genera un discurso de una rara violencia. Se orienta a convertir la sexualidad en una enfermedad vergonzosa que acarrea traumatismos tales que harán falta Freud y sus batallones de émulos para comenzar a tratarlos. Un verdadero miedo a la pérdida de sustancia vital empuja así a la minoría citadina biempensante a erigir la medicina como la nueva religión de la modernidad. Ésta declara que el coito es peligroso, incluso mortal, y lo prescribe en pequeñas dosis. Aconseja también evitar cualquier exceso, sobre todo la masturbación, que conduce al "enfermo" simple y sencillamente hasta la muerte. Sin embargo, el fruto está agusanado, pues la práctica de la duplicidad erótica, siguiendo la doble norma masculina, se observa en el buen y bravo padre de familia que busca por la noche las delectaciones del amor venal.

¿Quizá es mejor caracterizar el tiempo de los victorianos con la imagen del velo, púdico pero que resulta tan tentador levantar, antes que con la moralidad firme y definitiva? Un viaje al otro lado del espejo muestra a qué punto sigue siendo intenso el gusto del placer. Formado en la estricta moral de su medio, Walter, seudónimo del extraordinario narrador de *Mi vida secreta*, que asegura haber conocido a más de 1.200 mujeres, es a la vez un heredero directo de los desenfrenados o los libertinos y un intermediario cultural, pues ha aprendido saberes populares en los brazos de las sir-

vientas, de las granjeras o de las prostitutas londinenses. Los aficionados al erotismo utilizan la pornografía para sosegar sus pasiones, con un goce adicional de jugar con lo prohibido. Calificados de manera caricaturesca como animales sedientos de sexo, alcohol y violencia, los campesinos y los obreros ostentan al menos importantes originalidades en la materia. La historia del placer, finalmente, nada tiene de lineal. Ve cómo se alternan ciclos represivos y flujos liberadores durante el siglo y medio considerado. Las principales rupturas se dan a fines del siglo XIX, cuando el discurso médico se modifica profundamente, y luego en el curso de la primera mitad del siglo XX, cuando las clases medias, en pleno triunfo económico y social, ven cómo se fisura lentamente el rigorismo que profesan y pierden el control del saber médico ante el progreso general del hedonismo, incluyendo sus rangos. Nada puede jamás encuadrar a la perfección las pulsiones sexuales, el cuerpo reclama siempre su parte. Las sociedades imponen o tratan de hacerlo, los seres humanos disponen, adaptan, hacen bricolaje, inventan...

El control del sexo

El concepto de burguesía se revela multiforme, difícil de aprehender. En la ambiciosa síntesis de Peter Gay, a menudo más descriptiva que explicativa, el vocablo es definido a la vez como un término de reproche y como una fuente de respeto de sí. En Francia, en Inglaterra o en Alemania en el siglo XIX, quienes se reconocen burgueses experimentan un sentido de superioridad moral en relación con la aristocracia decadente y con las partes más respetables de las clases trabajadoras, pero sienten dolorosamente las vivas críticas "burguesófobas" de la *intelligentsia* de vanguardia representada por Gustave Flaubert o por Friedrich Nietzsche.[1] El

[1] Peter Gay, *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*, 5 vols., Nueva York, Oxford University Press, 1984-1998: t. I: *Education of the Senses*; t. II: *The Tender Passion*; t. III: *The Cultivation of Hatred*; t. IV: *The Naked Heart*; t. V: *Pleasure Wars*

autor subraya también con justa razón que su intenso gusto por coleccionar las obras de arte es un emblema de individualismo triunfante, y que la "hipertrofia de la interiorización" genera en ellos un control creciente de la agresividad que alcanza su cumbre en el deporte. Parece mucho menos convincente cuando se esfuerza en rehabilitar el placer sexual en la pareja legítima. La posibilidad no podría negarse, pero nada demuestra que se trate de una tendencia dominante. Largamente expuesto como prueba, el ejemplo de la estadounidense Mabel Loomis lo deja a uno perplejo, pues busca la voluptuosidad en los brazos de su consorte, se entrega con más ardor todavía al adulterio, volcando en provecho propio la doble norma masculina. El ideal buscado por estas capas sociales concierne a "la moderación, la probidad y la monogamia", lo cual las distingue de los aristócratas y de las clases inferiores, al menos hasta las transformaciones de la década de 1880.[2] En suma, las burguesías occidentales parecen ajustarse al proceso de civilización de las costumbres, aun si las realidades son a menudo más complejas y más contrastadas.[3]

Los papeles sociales

Paradójicamente, el acento que lleva la personalidad revela toda la importancia del grupo, pues ser burgués por nacimiento no basta. Es también importante ser reconocido como miembro de la "tribu" de referencia.[4] Para esto, hay que adquirir en la familia y en las escuelas elegidas un arte del detalle duplicado por una técnica espe-

---

[trad. esp.: *La experiencia burguesa: de Victoria a Freud*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica; t. I: *La educación de los sentidos*; t. II: *Tiernas pasiones*]. La definición se encuentra en la introducción del tomo V, cuya ambición es sintetizar el conjunto.

[2] Peter Gay, *The Bourgeois Experience*, *op. cit.*, t. V, pp. 138 y 238-241.

[3] Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. en alemán, 1939).

[4] Richard Sennett, *Les Tyrannies de l'intimité*, Paris, Seuil, 1979; y *Autorité*, París, Fayard, 1981 [trad. esp.: *La autoridad*, Madrid, Alianza, 1982].

cífica de control de sí, a fin de lucir en la existencia el dominio de un papel público y privado. La individualidad es así fuertemente afirmada, en el marco de una cultura muy precisa, como si un actor de carácter fuerte cargase con un papel escrito por adelantado, que sólo le dejara la libertad de variaciones menores. El código obligatorio es el del secreto, aplicable a la vez en el ámbito de los negocios y en el universo familiar. Es la necesidad esencial de vigilarse constantemente a fin de exhibir el comportamiento esperado por los demás, que lleva al desarrollo de la conciencia de sí.[5] Las "tiranías de la intimidad" llevan, pues, a los miembros de las clases medias del siglo XIX a valorar una "cultura de la personalidad", primera etapa hacia la "idolatría intimista" que se impone a principios del siglo XXI. No se trata, de ningún modo, de un estrechamiento de la esfera política, sino sencillamente de una estrategia de adaptación a una filosofía de la contención, que preconiza notablemente la economía de las pulsiones. Las normas de la mundología erigen como regla absoluta, sin justificación necesaria, la superioridad de la civilidad sobre la naturaleza silvestre y bestial del ser humano primitivo o sobre la grosería de los campesinos y los obreros. El hombre de bien representado en los *Usages du monde*, un célebre manual de cortesía atribuido a la baronesa Staffe en 1899, debe ser capaz de olvidar que posee un cuerpo.[6]

Las mujeres respetables están aún más involucradas, en una época donde cada uno teme "expresar de manera involuntaria o caótica sus necesidades corporales o sus sentimientos personales en el círculo familiar". Un médico alemán, el doctor Carl Ludwig, de la Universidad de Marburgo, asocia la "enfermedad verde" debida a la constipación femenina, al temor de peer involuntariamente después de las comidas, lo cual conduce a las interesadas a

[5] Richard Sennett, *Les Tyrannies de l'intimité*, *op. cit.*, pp. 32, 130, 137 y 275.

[6] Staffe (baronesa), *Usages du monde. Regles du savoir-vivre dans la société moderne*, París, Flammarion, ed. revisada, corregida y aumentada, 1899. El uso de un nombre femenino y de un título de nobleza da mayor credibilidad a tales manuales, incluso hasta nuestros días. Véase Robert Muchembled, *La Société policée, Politique et politesse en France du XVI^e au XX^e siècle*, París, Seuil, 1998.

apretar convulsivamente las nalgas. Se considera que la "enfermedad blanca" afecta a aquellas que no ven lo suficiente el sol por miedo a salir, porque temen ser observadas por desconocidos. ¿No sufren sobre todo la presión masculina que se orienta a confinar a las esposas en el hogar? La histeria femenina, que interesa enormemente a los eruditos del siglo XIX, adquiere sentido en el marco de una intimidad familiar marcada por tan pesados constreñimientos, que conducen fácilmente a depresiones.[7]

No hay que equivocarse: la hipertrofia del Yo burgués no es la expresión muy íntima de sí, reservada a los artistas y a los escritores que reniegan de sus orígenes, como Flaubert. Se invita al Sujeto a revelar todas sus potencialidades en el marco de un papel social bien definido, a no dejarse conducir por sus necesidades, instintos, deseos o pasiones.

La nueva religión médica

La voluntad de controlar estrechamente la sexualidad deriva de nociones como esas. En el siglo XIX, la medicina da un paso decisivo en tal dirección, realizando la toma del poder de prescribir y de guiar, en nombre de un saber erigido como nueva religión, con sus capillas, sus heréticos y sus incrédulos. Adquiere un monopolio creciente de los fenómenos corporales, mientras que las iglesias establecidas son cada vez menos seguidas en este asunto.[8] El debi-

[7] Richard Sennett, *Les Tyrannies de l'intimité*, *op. cit.*, pp. 145 y 202.

[8] La visión de la medicina como una nueva religión del siglo XIX aparece en Hilary Putnam, *Reason, Truth and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 18 [trad. esp.: *Razón, verdad e historia*, Madrid, Tecnos, 1988]. Sander L. Gilman, *Sexuality: an Illustrated History. Representing the Sexual in Medicine and Culture from the Middle Ages to the Age of AIDS*, Nueva York, Wiley, 1989, p. 9, matiza la tesis, aunque admitiendo que el autor tiene razón en mostrar que la medicina es modelada por la cultura en la cual se arraiga. Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud: The World of Victorian Sexuality*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969, p. XII, subraya igualmente el poder de los médicos, a quienes califica de arrogantes, sobre una clase media crédula.

litamiento del marco espiritual, sobre todo en Francia después de la revolución, y más aún las ideas nuevas a propósito de la felicidad accesible en la tierra, liberaron un vasto espacio de fe en la segunda mitad del siglo xviii. Única que habla de modo racional de los misterios del cuerpo, de la muerte, del orgasmo, la medicina se labra un imperio respondiendo a las angustias del público cultivado y acomodado, tanto más cuanto que no es indispensable abandonar la fe propiamente dicha para adherirse a sus preceptos.

La autoridad médica no se basa únicamente en datos científicos, pues quienes la ejercen son también padres, maridos, hermanos, hijos, la mayoría de las veces procedentes de las clases medias. Someten la realidad a las necesidades culturales de su universo de referencia. Recuperando el viejo sentimiento de culpabilidad cristiano en materia de sexualidad, lo vuelven a forjar bajo la forma de un régimen de salud. Advirtiendo contra los gastos vitales excesivos, toman con aplomo el relevo de los confesores y orientan decididamente la vida íntima de sus contemporáneos. Preconizan, en particular, la moderación en las relaciones conyugales. Tal es el caso del prolífico O. Q. S. Fowler y del hidroterapeuta T. L. Nichols. Las ediciones inglesas, a partir de 1873, de la obra del segundo, *Esoteric Anthropology*, lo atestiguan. Las mujeres, según él, son impulsadas con ardor hacia la voluptuosidad varios días al mes, pero las relaciones deben ser interrumpidas durante el período de lactación y evidentemente durante las menstruaciones. Aconseja también evitar cualquier excitación, la danza, los hábitos inmodestos, los besos y las caricias. Muchas esposas, afirma, son incapaces de alcanzar el placer sexual en el mundo moderno corrompido, y los esfuerzos de los maridos para hacerlas participar más intensamente en el acto venéreo corren el riesgo de dañar su sistema nervioso. Advierte asimismo a los varones que después de 50 años los goces de la carne se revelan muy agotadores y pueden conducir a la parálisis o a la apoplejía.[9] Tri-

[9] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life: the Creation of Sexual Knowledge in Britain, 1650-1950*, New Haven, Yale University Press, 1995, pp. 202 y 203.

vial, más bien moderada en su tiempo, la opinión de Nichols descansa en una secularización del temor al pecado, transferida a consejos de higiene física. El miedo a la enfermedad y la muerte sustituye al miedo a la condenación eterna. Produce una viva angustia que la ciencia médica pretende resolver mediante consejos de moderación, una especie de "economía libidinal" antes de que se use esta expresión. Los prácticos no hacen sino transcribir al dominio físico el tema burgués dominante, según el cual el ahorro permite sacar el máximo de dividendos de la prudente acumulación de un capital, pues la sexualidad es entonces definida por los médicos como una fuerza eruptiva potencialmente peligrosa para la salud, que debe imperiosamente vigilarse y encuadrarse.[10] El modelo viene de muy lejos, de la tradición monástica medieval. Traduce un miedo a la sensualidad incontrolable, directamente ligada a la representación del Yo y de la sociedad. El orgasmo puede ser para el individuo una pérdida de control sobre sí mismo y volverse emblema del desorden del mundo si formulaciones peyorativas, morales o científicas, avivan aún más dicho sentimiento. El trastorno produce fantasmas, a propósito de los órganos genitales, del Otro del sexo opuesto o de una raza diferente. El arte y la medicina los recogen para crear el discurso dominante acerca de la sexualidad.

En el siglo XIX, la necesidad del goce femenino para alcanzar un embarazo exitoso es lentamente puesta en duda.[11] Algunos, como el doctor William Acton (1813-1875), autor en 1841 de *A Practical Treatise on Diseases of the Urinary and Generative Organs in Both Sexes*, llegan incluso a asegurar que las esposas normales están privadas de deseos y se someten sencillamente a los de su marido, para exclusivo placer de él. Acton afirma que "el amor a la

[10] Sander L. Gilman, *Sexuality: An Illustrated History*, *op. cit.*, p. 3.

[11] Thomas Walter Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1990, pp. 149, 150, 191 y 192 [trad. fr.: *La Fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident*, Paris, Gallimard, 1992] [trad. esp.: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1996].

casa, los niños y los deberes domésticos son las únicas pasiones que ellas sienten". Por otra parte, añade, el mejor medio para atenuar el apetito sexual en la pareja es que la mujer conciba cada dos años, pues durante los nueve meses siguientes y luego durante la lactación no experimenta una gran excitación, lo cual atempera también los anhelos del cónyuge.[12] Acton parece así concretar un viejo sueño masculino de control casi total de la esposa regularmente embarazada y luego nutricia. Su posición no es compartida por todos sus cofrades, ni mucho menos. La opinión más común es que la mujer casada no es frígida sino que su apetito, dormido, tiene necesidad de despertar para que la haga vibrar, lo cual entonces ella puede hacer fácilmente. El hombre, por su parte, es ardiente pero torpe y demasiado impetuoso, como un orangután tratando de tocar el violín, según la fórmula de Balzac.[13]

El abandono de la teoría de los humores y la regresión del sentimiento del pecado no impiden a los médicos retomar, con argumentos muy diferentes, es cierto, la idea según la cual la sexualidad es profundamente peligrosa y totalmente diferente para los hombres y las mujeres. Los primeros son por naturaleza "cálidos conejos"; las segundas, más frías, ejercen sin gran dificultad sus deberes de esposa y madre, alcanzando al mismo tiempo la satisfacción de los sentidos si se sabe conducirlas con ternura y delicadeza. El cuadro sería idílico si no tuviese un reverso: la armonía conyugal y la moderación sexual son únicamente accesibles al hombre a costa de la frecuentación asidua de las prostitutas. ¿No le es preciso iniciarse en su juventud y después purgar regularmente su mecánica "hidráulica" bajo permanente presión que la casta cónyuge no puede fácilmente satisfacer? Esta doble norma revela la dominación masculina, pues las esposas no tienen en modo alguno el derecho moral de buscar el placer si no es en los brazos de su señor y dueño.

[12] Steven Marcus, *The Other Victorians: A Study of Sexuality and Pornography in Mid-Nineteenth-Century England*, Nueva York, Basic Books, 1966, pp. 2, 3 y 29-31.

[13] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, pp. 202, 203, 212 y 213.

De la desnudez y de los vellos

La represión sexual de los tiempos victorianos se arraiga en las realidades. El control del cuerpo es atestiguado por múltiples signos. El pudor es una de las grandes producciones de la época. Mientras que se bañaban desnudos en los ríos hasta el reinado de Luis XIV, la carne entrevista se vuelve ofensiva en el siglo XIX. Los documentos judiciales franceses proporcionan numerosos ejemplos. Así un tejedor de Mosa asegura que no soporta las deambulaciones en un cuarto sin cortinas ni postigos de una joven vecina cuyos senos se ven bajo la camisa: "Estaba yo tan escandalizado que he tenido por un instante el pensamiento de cerrar las persianas". Si no es completamente sincero, enuncia al menos la norma que debería observarse, y no los atractivos de la bella. La desnudez absoluta remite a las casas de trato. A las mujeres virtuosas les repugna desnudarse ante su marido. En la década de 1930, una de ellas le confía su congoja a un abad, preguntándole si un esposo tiene derecho de exigirlo y de obligarla, además, a bailar desnuda con él. En Gran Bretaña, la desnudez total en ocasión del deber conyugal es considerada el colmo de la obscenidad durante todo el siglo XIX. Para los escritores pornográficos, la cumbre erótica es alcanzada, después de los más extravagantes juegos sexuales, cuando el hombre retira el último velo del pudor femenino, la camisa de la *lady* a fines del siglo.[14] De ambos lados del canal de la Mancha, las fantasías a este respecto son numerosas y poderosas. En Francia, se multiplican las persecuciones contra obras que exhiben o sugieren la desnudez, consideradas obscenas. Un informe de 1884 estigmatiza un grabado, *La Méprise*, que muestra a una mujer en camisa, sobre un lecho, con la mano izquierda entre los muslos, con la cola de un gato al lado...[15] Inglaterra no se queda atrás.

[14] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve: la sexualité des Français au quotidien, 1850-1950*, París, Aubier, 1996, pp. 84 y 85, diversos ejemplos; Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. 345.

[15] Annie Stora-Lamarre, *L'Enfer de la IIIe République: censeurs et pornographes (1881-1914)*, París, Imago, 1989, p. 183.

El desnudo se refugia allí en las pinturas mitológicas, suerte de sustitutos de lo prohibido. Lord Leighton, presidente de la Academia Real, muerto soltero en 1896, hostiga así la belleza femenina bajo la forma sublimada de Venus, Ariadna o Andrómeda, no sin desencadenar la ira de los eclesiásticos. El pronunciado gusto insular por la representación de la muchacha muy joven concierne al hecho de que ella carece de pelos púbicos, el colmo de la indecencia, porque eso recuerda la naturaleza animal del ser humano. Se asegura que Ruskin, un crítico de arte acostumbrado a los cuerpos femeninos juveniles, no pudo consumar su matrimonio con Effie Gray, a causa del golpe que experimentó al descubrir su pubis de mujer madura. Si esto es inexacto, no está mal discurrido. Al visitar la galería de la Academia Real en 1868, el año mismo en que Leighton pinta su *Ariadna abandonada por Teseo*, Lewis Carroll, el delicado autor de *Alicia en el país de las maravillas* (1865), declara haberse sentido particularmente encantado por los cuadros que presentan a niñas pequeñas, a quienes además le gusta fotografiar. La explotación sexual de las chiquillas es por otra parte una de las principales fantasías victorianas en Inglaterra, un verdadero culto ampliamente documentado.[16] Un londinense anónimo confiesa sentir estremecimientos excepcionales con ello. Se entrega un día con tanta delicia como crueldad, después de haber rechazado las insinuaciones de aquella que le vende los servicios de la niña, y desea hacerla cambiar de opinión. Le echa en cara entonces: "¿Por qué diablos me has traído aquí? Era para ella, no para ti". Como ella le responde sencillamente "Tengo vello", él le asesta perentoriamente: "Me gusta un coño sin ello", antes de llegar a sus fines sin considerar los sufrimientos de la pequeña.[17]

Las prohibiciones producen como reacción escritos y comportamientos transgresores. Los fetichistas británicos se interesan mucho en los pies y en las piernas desnudas de las damas. Es ver-

[16] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, pp. 104-106, 350 y 351.

[17] *Ma vie secrète*, trad. fr. de Mathias Pauvert, París, La Musardine, 1994, pp. 112 y 113 [trad. esp.: *Mi vida secreta*, Barcelona, Tusquets, 2006].

dad que la mojigatería llega a hacer cubrir las patas de las mesas o de los pianos, lo cual da un sentido particularmente erótico a las parcelas de carne entrevistas. Hablar del tema en una revista, así fuese al costo de contorsiones para tratarlo de manera lícita, basta para despertar la imaginación erótica del lector. En 1879-1880, *The Pearl* insiste en el hecho de que no hay país en el mundo en que las damas sean tan curiosas con sus piernas como en Inglaterra... porque no hay lugar en la tierra donde haya tantas razones para alzar sus ropas con el fin de evitar ensuciarlas al cruzar un lugar lodoso, a causa del clima bien conocido. No podría imaginarse hasta qué punto el muy respetable *Daily Telegraph*, víctima de una errata de impresión, causó un profundo disgusto en sus lectores, pasmados al enterarse de que "las bragas femeninas no deben ser empujadas ni estiradas demasiado" (*women's tights must not be pushed too far, nor stretched too wide*). Evidentemente había que leer "los derechos de las mujeres" (*women's rights*), lo cual impulsó al propietario, Joseph Moses Levy, a crear el puesto de corrector en jefe para que nunca más se produjera un error tan obsceno.

En la época, toda referencia verbal a lo bajo del cuerpo o a sus funciones es considerada un signo de mala educación. En la gran literatura inglesa, la alusión discreta predomina: una prostituta nunca es una *whore*, sino que se le atribuye el nombre de *academician* (pensionaria de burdel) o de *cat* (gato) si está ebria; la *glue* (cola) designa la enfermedad venérea; una vulva es llamada *leather* (cuero); *to be in his altitude* (estar a su altura) se aplica a quien está borracho. El lenguaje más ordinario del sexo evoca los senos femeninos como *globes* o *hemispheres*, o incluso como una *milk-shop*, una *feeding bottle*, una *baby's public house*, lo cual alude claramente a su función nutricia. Cuando John Thomas encuentra a Fanny, Mary Jane o *lady* Jane, es que el pene penetra en la vagina. "Orinar" se define como *plant a sweet pea* (plantar un guisante dulce), *shake hands with an old friend* (estrechar la mano de un viejo amigo) o más a menudo *spend a penny* (gastar un penique).[18]

[18] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, pp. 412, 413 y 423.

Otros indicios traducen los imperativos de moralidad. En Francia, bajo la Tercera República, novelistas y médicos incitan tenazmente a la mujer cuadragenaria a que renuncie a los placeres de la carne. En 1926, un alcalde de Yonne se asombra al ver a una viuda, "una mujer de 50 años, prodigar palabras dulces a un hombre de 45 años". En cuanto al beso en la boca, escandaliza a la mayoría de los franceses durante todo el siglo XIX. También en Yonne un juez menciona, sin más, la exhibición de un pene ante una pequeña campesina, pero insiste en una obscenidad inaceptable a su modo de ver: "¡Le había metido la lengua en la boca!".[19]

La sexualidad, una enfermedad vergonzosa, a veces mortal

Muchos victorianos hubiesen preferido que la cópula fuese considerada un delito, afirma una broma frecuente.[20] Numerosos médicos ven en ella, por lo menos, una enfermedad grave, lo cual genera una poderosa y sorda ansiedad, incluyendo a aquellos que no se dejan llevar por las depravaciones denunciadas por los censores. El sexo es tabú, vergonzoso, inquietante, difícil de vivir. La reprobación colectiva se enfoca particularmente en las prácticas solitarias, denunciadas con acentos propiamente aterradores por la profesión médica. Los jóvenes, sobre todo los muchachos, son inundados de imágenes enloquecedoras. Pornografía y frecuentación de prostitutas –la primera limitada a un número reducido de consumidores; la otra, amplia y multiforme– constituyen dos de las principales vías de liberación de la angustia. Más discretas aún pero en clara progresión, las perversiones como la flagelación, el sadismo o el masoquismo traducen una oleada de neurosis a fines del siglo XIX. Freud llega en el momento justo a ofrecer sus servicios a las clases medias europeas que no saben ya muy bien a qué

[19] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser a l'alcôve*, *op. cit.*, pp. 89 y 94.
[20] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. 422.

seno consagrarse y reclaman, si no una liberación sexual, al menos un poco de consuelo en las lindes del siglo xx.

La edad de la angustia

La sexualidad posee una dimensión pavorosa. Las culturas pueden intentar atenuarla o, por lo contrario, convertirla en un argumento central de sus discursos acerca del lazo social. La Europa occidental del siglo xix adopta la segunda solución. La edad de la industrialización, del optimismo, del progreso, de la ciencia, del surgimiento de las utopías socialistas, del creciente rechazo de las supersticiones es también la del tormento en el ámbito del placer físico. Numerosos historiadores anglosajones recalcan este carácter, menos desarrollado en la producción francesa.[21] Las ideas y las prácticas de la época son sin embargo muy próximas y también traumatizantes a ambos lados del canal de la Mancha, especialmente en materia de masturbación. Es sin embargo posible que un aroma de ligereza erótica más tensa flote sobre la civilización francesa, pese al desarrollo de las normas victorianas. Semejante investigación está todavía por hacerse.

La Inglaterra imperial tiene, particularmente, miedo al sexo, pues los contemporáneos le temen a su poder incontrolable y destructivo. La era victoriana es una "edad de angustia", donde el tema del deseo carnal se encuentra marcado sin cesar por la prohibición y la confusión, incluso por el sentido del peligro, de la ruina y del desastre, que deriva del sentimiento de vivir en un mundo de dolores y de dificultades.[22] Las consecuencias culturales

[21] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve*, *op. cit.*, dedica sin embargo un capítulo a los miedos, especialmente de la enfermedad venérea, pp. 109 y ss., y Alain Corbin señala esta angustia en *Les Filles de noce: misère sexuelle et prostitution, xixe et xxe siècles*, París, Aubier, 1978, pp. 52, 53, 368 y 369.

[22] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, pp. xii y 416 (donde el capítulo dedicado a la psicología victoriana del sexo se abre con la palabra "angustia"); Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, pp. 17 y 272.

y sociales son particularmente graves para las mujeres.[23] La inquietud proviene esencialmente de una especie de perversión de la ideología de la acumulación propia de las clases medias. Traduce un miedo más general a la pérdida, la desposesión, la pobreza. Así, la expresión inglesa más corriente para designar el orgasmo es *to spend* (gastar), hasta fines del siglo XIX. La noción no desaparece totalmente después, cuando se impone el concepto moderno de *to come* (venir). La medicina de la época considera el cuerpo como una máquina, al punto de que la eyaculación masculina aparece como un movimiento mecánico que desemboca en una pérdida de sustancia y de potencia. De ahí la insistencia en la necesidad de la economía sexual. El mundo de la pornografía propone una imagen exactamente inversa creando una utopía, una "pornotopía", de plenitud erótica donde la naturaleza asume una forma femenina gigantesca y donde los adeptos adoran un inmenso dios pene alzado. Semejante fantasía no puede haber sido concebida sino por seres que padecían una privación extrema, por varones literalmente hambrientos de sexo.[24] Es verdad que los autores y el público del género no representan sino una minoría, pero el síntoma no es menos revelador de las pasiones ocultas bajo los púdicos velos victorianos. Es trivial insistir en la hipocresía de las clases medias. Sus miembros deben sin embargo tener conciencia de la existencia de una doble realidad para practicar con constancia tal duplicidad, pues no desempeñan sus papeles para ellos solos. Quieren también parecer buenos, nobles, puros, en el vocabulario, el corazón o las acciones, a los ojos de la posteridad.[25] ¡En otros términos, posan para la historia!

Del otro lado del espejo, las frustraciones son grandes. La sociedad permanece muy constreñida. El rigor moral se apoya en la ley. En Francia el divorcio no ha sobrevivido al período revolucio-

[23] Ellen Bayuk Rosenman, *Unauthorized Pleasures: Accounts of Victorian Erotic Experience*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2003, p. 13.

[24] Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, pp. 22 y 273.

[25] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. XIV.

nario. En Inglaterra es muy infrecuente en el siglo XIX: 7.321 casos constan en el repertorio entre 1858 y 1887, unas 50 veces menos que en Estados Unidos de 1867 a 1886. La *Matrimonial Causes Act* de 1857 establece oficialmente una doble norma, pues un marido adúltero es sancionado sólo si su caso está agravado, por incesto por ejemplo, o si ha cometido otro delito, mientras que la infidelidad de una esposa constituye en sí un motivo jurídico de separación.[26] El escaso número de persecuciones minimiza los resultados concretos de la decisión, pero ésta transcribe tranquilamente la regla no escrita fundamental en virtud de la cual la mujer debe sacrificar como es debido sus eventuales deseos por el bien de su marido y de sus hijos. Sólo el varón tiene derecho a una doble existencia; sus desvíos, éticamente condenables, son objeto de una indulgencia a la vez tácita y legal, especialmente si frecuenta a mujeres públicas. Francia presenta una situación idéntica. A partir de la década de 1860 se desarrolla una "nueva demanda prostituyente" que resulta "*del crecimiento numérico y sobre todo del enriquecimiento de las categorías sociales que aparecen en la clase burguesa*".[27] El doctor William Acton, que estudió del otro lado del canal de la Mancha, encuentra la situación comparable en los dos países. Aunque desaprueba la frecuentación de las mujeres públicas en el plano moral, participa activamente en las discusiones que conducen a la elaboración de las *Contagious Diseases Acts* de 1864, 1866 y 1869. En las zonas donde los soldados y los marinos abundan, las damas de poca virtud forman en adelante el objeto de una supervisión médica y están obligadas a dejarse asistir a costa del gobierno si padecen enfermedades venéreas.[28]

La actitud oficial adoptada por las autoridades inglesas y francesas es una especie de "moral civilizada" que descansa sobre dos pilares: la conspiración del silencio y la doble norma de comporta-

[26] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. XV y 186.

[27] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, p. 285 (subrayado por el autor).

[28] Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, pp. 3 y 9; Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, p. 132.

miento.[29] Las décadas de 1850 y 1860 conocen el apogeo. A pesar de las protestas crecientes y los numerosos proyectos de erradicación, la prostitución se exhibe entonces abiertamente, tanto en París como en Londres. En Francia invade la gran literatura hacia 1876-1879. Burdeles y casas de citas son evocados con profusión por Joris-Karl Huysmans, Edmond de Goncourt, Émile Zola o Guy de Maupassant. *Marthe*, *La ramera Elisa*, *Nana*, *La Fin de Lucie Pellegrin*, *Bola de sebo* aparecen casi simultáneamente en tanto que el conde de Haussonville firma artículos dedicados a la disipación y al vicio en la *Revue des Deux Mondes*. Si bien es posible ver ahí una victoria política sobre la censura en el momento de la consolidación de la República,[30] se trata sobre todo de la afirmación triunfante de la doble norma masculina, más abiertamente proclamada que bajo el segundo imperio. La ola rompe sobre toda Europa. En 1886, el psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing (1840-1902) publica *Psicopatía sexual*. Célebre por considerarse la primera clasificación médica de los trastornos sexuales, la obra defiende abiertamente la teoría: "El hombre que es gobernado por su sexualidad puede encontrar satisfacción por doquier" (clara alusión a la prostitución), mientras que "la mujer está ligada a un solo hombre", sobre todo en las clases superiores de la sociedad. Y hace la precisión de que "el amor para un hombre es casi siempre un episodio después del cual tiene numerosos e importantes centros de interés, en tanto que para una mujer es el principal objeto de su vida".[31]

[29] La noción de *civilized morality* es aplicada en los Estados Unidos a principios del siglo XX por Vern L. Bullough, "The development of sexology in the USA in the early twentieth century", en Roy Porter y Mikulas Teich (eds.), *Sexual Knowledge, Sexual Science. The History of the Attitudes to Sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 303 y 304.

[30] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, p. 313.

[31] Renate Hauser, "Krafft-Ebing's psychological understanding of sexual behaviour", en Roy Porter y Mikulas Teich (eds.), *Sexual Knowledge, Sexual Science*, *op. cit.*, pp. 210, 217. La primera edición inglesa (no expurgada, recalca el editor), traducida del latín, de *Psychopathia sexualis: A Medico-Forensic Study*, de Richard von Krafft-Ebing, data de 1965 (Nueva York, Putnam) [trad. esp. *Psicopatía sexual*, Buenos Aires, Progreso y Cultura, 1942].

Lejos de ser típicamente británica,[32] tal diferenciación sexual de los géneros constituye una invención occidental realizada por las clases medias en el siglo XIX. Reemplazando la noción de pecado por una moral laica igual de rigurosa, sustentada por la autoridad médica y por la ley, afirma con vigor los derechos particulares del varón separando, para su mayor beneficio, la procreación y el placer. La principal innovación consiste en distinguir dos tipos totalmente opuestos de mujeres, buena o malas, mientras que los moralistas cristianos del pasado no concebían sino una hembra única, pecadora y lúbrica por naturaleza, a la vez ángel y demonio. ¿Simple adaptación del poder patriarcal a las nuevas condiciones sociales, económicas y religiosas? Más vale preguntarse por qué y cómo semejantes concepciones han podido difundirse gradualmente en otras categorías sociales.

Es probablemente hacia mediados del siglo XIX que adquieren una dimensión mayor en el tiempo de los triunfos económicos y políticos burgueses en Europa. La moral específica de un grupo se torna entonces un sistema de poder fundado en el saber médico, que se expande hacia el resto de la población. Un éxito así procede probablemente de la ambivalencia fundamental del mensaje. Sagrada, buena y bella en el marco del matrimonio legítimo, la sexualidad parece por el contrario sucia, repugnante y peligrosa cuando conduce a los excesos, a la masturbación, al adulterio –peyorativamente designado en inglés como una "conversación criminal"–, a la prostitución. Todos pueden reconocer un poco de sí mismos, desde los libertinos sedientos de erotismo hasta los creyentes más moralistas, pasando por las clases populares que conocen bien las realidades del amor venal y de las enfermedades venéreas. Freud no sondea todavía las negruras del inconsciente; la clasificación de las mujeres en dos grupos: las puras y las desviadas, las madres y las putas, en cierto sentido, permite asimismo tranquilizar a los hombres, haciéndoles sentir que comprenden fá-

[32] Esta tesis es formulada en Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, p. 275.

cilmente los misterios de la otra parte de la humanidad. Tanto más cuanto que la explicación ofrecida prolonga la visión cristiana que opone la Virgen María inmaculada a Eva la tentadora.

Piedra de toque del conjunto, la dominación ejercida sobre el sexo débil se expresa en todos los planos. La púdica cónyuge ideal, casi santa, maternal, asegura el reposo del guerrero capitalista exhausto, encerrándose en el hogar, rechazando cualquier pasión culpable y usando muy lícitamente, pero con moderación, su propio cuerpo. Médicos por delante, los pensadores de la época describen cada vez más a la mujer de bien como un ser sin necesidades ni deseos sexuales imperiosos.[33] ¡Disponible, amante, fiel: ningún varón se había atrevido nunca a soñar tal felicidad en los siglos precedentes! A la esposa virtuosa se opone término a término la puta libidinosa. Esta última recoge y concentra todos los caracteres negativos otrora atribuidos al conjunto del género. Es un ser pútrido cuyo olor indica la perversión moral; literalmente, huele mal. Participa por lo demás del dominio de la basura, porque ayuda al cuerpo social a expulsar el exceso de fluido espermático que correría el riesgo de causar su putrefacción; el doctor Fiaux habla al respecto de "alcantarilla seminal". Algunos eruditos del siglo XIX, como Alexandre Parent-Duchâtelet, lo asimilan incluso a veces a la carne cadavérica.[34] Pestilencia, putrefacción, descomposición, estos rasgos son exactamente los del diablo en los siglos XVI y XVII.[35] El hedor de la ramera suscita todo un an-

[33] Catherine Gallagher y Thomas Laqueur (eds.), *The Making of the Modern Body: Sexuality and Society in the Nineteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1987, p. VIII. Véase también, en el mismo volumen, Thomas Laqueur, "Orgasm, generation, and the politics of reproductive biology", pp. 1-41, donde resume la argumentación presentada en 1990 en *Making Sex*, *op. cit.*, pp. 149-243.

[34] Alain Corbin, "Commercial sexuality in nineteenth-century France: A system of images and regulations", en Catherine Gallagher y Thomas Laqueur (eds.), *The Making of the Modern Body*, *op. cit.*, pp. 210 y 211.

[35] Robert Muchembled, *Une histoire du diable (XII^e-XX^e siècle)*, Paris, Seuil, 2000, pp. 136-147 [trad. esp.: *Historia del diablo. Siglos XII-XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002].

tiguo imaginario flotante y activa las angustias de orden existencial ligadas a la muerte. Así, no puede ser percibida sino negativamente, aun si muchos contemporáneos admiten con desdén que ofrece grandes servicios a la colectividad. Marca esencial de la cultura occidental, la dimensión mórbida de la sexualidad aparece aquí en filigrana. Cómodo chivo expiatorio, la prostituta es la única que lleva en adelante el peso del pecado original, liberando a su casta hermana burguesa de la carga del deseo. Con ella, el placer es turbio, ciertamente, pero intenso, y también sabe obtener el suyo. Pero fundamentalmente sigue siendo una dominada, la parte más despreciada de la feminidad, la más codiciada también, la que se vende al precio de mercado.

El conjunto de estas construcciones de sentidos engendra frustraciones numerosas y traumatismos a veces graves. La angustia victoriana se desarrolla tan poderosamente como la represión sexual. Si las mujeres son quienes más intervienen, la sexualidad viril tampoco es fácil de administrar. La ley del silencio, la necesidad de mostrar personalidades diferentes en el hogar y en el burdel, las inquietudes forjadas por la conciencia moral o por la religión no pueden menos que perturbar a los interesados. Poner buena cara en cualquier circunstancia, como lo exige el código de cortesía, no es cosa fácil. A fines del siglo XIX la gran progresión de las transgresiones y las perversiones, en especial el sadismo y el masoquismo, sirve de testimonio. Muchas personas desarrollan neurosis con más frecuencia. No es asombroso que la edad del psicoanálisis se abra precisamente en este momento, después de dos generaciones de encuadramiento moral riguroso y de autoconstreñimientos inculcados desde la infancia para arraigar los ideales masculino y femenino. Freud y Krafft-Ebing se ponen a tratar gente que no osa utilizar sus órganos genitales o que se siente traumatizada al hacerlo, creyendo que podrían morir de exceso de placer.

Simiente estropeada, muerte asegurada: el gran miedo a la masturbación

Al igual que para los cristianos de los siglos anteriores, el cuerpo es peligroso a ojos de los victorianos. Lo es no porque aleje de la salvación eterna sino porque constituye un capital, una mecánica que debe escatimarse para obtener el mejor beneficio, una piel que se encoge y se va reduciendo con los años, como deplora Balzac en la novela publicada bajo el título de *La piel de zapa*, en 1831. La educación de los sentidos se orienta, pues, al ahorro. El pensamiento médico alimenta una fantasía de pérdida que conduce ineluctablemente a la muerte. Tal es el caso de un hombre que tomó una poción afrodisiaca que contenía polvo de cantáridas.

> El insensato se acercó a su mujer 87 veces durante la noche; desparramó además abundante esperma en su cama: Cabrol, llamado en la mañana para cuidarlo, vio a este nuevo Hércules, mucho más famosos que aquel cuyas proezas maravillaron a la Antigüedad, obtener todavía tres eyaculaciones sucesivas restregándose contra el pie de la cama. La muerte no tardó en terminar con esta crisis erótica.[36]

La fábula es tomada en serio por muchos contemporáneos. Están íntimamente persuadidos de que el exceso erótico participa del dominio de la enfermedad fatal. La era comercial e industrial no hace sino exagerar sobre el tema del infinito peligro del placer y reelabora el viejo lazo establecido en Occidente entre la voluptuosidad carnal, el dolor y los fines últimos.

Directamente asociado a la sensualidad, el sentido del tacto es objeto de una inmensa sospecha. El arte del Renacimiento le había ya asignado un valor angustioso representándolo con la imagen

[36] Citado en Jean-Paul Aron y Roger Kempf, *Le Penis et la Démoralisation de l'Occident*, París, Grasset, 1978, reeditado con un título más académico y menos provocador, *La Bourgeoisie, le Sexe et l'Honneur*, Bruselas, Complexe, 1984, p. 170.

de Eros o de Cupido, como la puerta de entrada a placeres inefables pero también a los peores sufrimientos. Un cuadro de Agnolo Bronzino, *Venus, Cupido, la Locura y el Tiempo*, muestra al segundo besando a la primera, su madre, en la boca, con la mano derecha sobre el seno izquierdo de la diosa.[37] Esta actitud lasciva es subrayada por los signos de la lujuria y de la decadencia, evocados por las máscaras de la edad y de la enfermedad, a los pies de Venus, por el gancho del escorpión a su izquierda, y por la presencia de Vulcano, su marido cornudo. El episodio ha sido interpretado como una alusión a la transmisión de la sífilis por contacto sexual. Como se creía que oscurecía la piel, la enfermedad fatal o *morbus gallicus* es encarnada por un hombre negro que se sujeta la cabeza con las dos manos en una actitud de desesperación detrás de la espalda de Cupido.[38] En los siglos siguientes, este mal sigue estando estrechamente asociado al exceso venéreo, como por ejemplo en la obra de Hogarth. El tratado inglés anónimo *Onania*, hacia 1710,[39] y luego la obra de Tissot sobre el mismo tema, en 1758, vinculan la obsesión con el vicio solitario, que se vuelve una causa de desastre físico. Para acentuar espectacularmente el violento contraste entre la epidermis sana y la del "enfermo", las nuevas ediciones de Tissot que se suceden durante el siglo XIX utilizan la imagen.[40] En 1836, *L'Onanisme; ou dissertation physique sur les maladies produites par la masturbation. Nouvelle édition annotée d'apres les nouvelles observations par les docteurs Gottlier, Vogler, etc.* ofrece dos grabados muy sugestivos. En el primero se pavonea un joven vestido a la moda, orondo y robusto: "Era joven, guapo y lleno de salud". El

[37] Agnolo Bronzino, *Venus, Cupido, la Locura y el Tiempo*, hacia 1545, Londres, National Gallery.

[38] Sander L. Gilman, *Sexuality: An Illustrated History*, *op. cit.*, pp. 48 y 49.

[39] Véase más arriba, cap. IV, y Thomas Laqueur, *Solitary Sex: A Cultural History of Masturbation*, Nueva York, Zone Books, 2003, pp. 25, 32, 84 y 179 [trad. fr.: *Le Sexe en solitaire. Contribution a l'histoire culturelle de la sexualite*, París, Gallimard, 2005] [trad. esp.: *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007].

[40] *Ibid.*, p. 39, señala 61 impresiones en diferentes lenguas, 35 de ellas en francés, sin contar las ediciones latinas abreviadas ni las adaptaciones.

segundo lo describe yaciendo dolorido sobre su lecho, desnudo, mostrando en la carne los terribles estigmas de sus torpezas: "Lucha contra la muerte".[41]

El problema obsesiona literalmente a los médicos del siglo XIX. Conduce a la construcción artificial de una patología obsesiva comparable a la fantasía colectiva sobre la brujería que encendió numerosas piras en los siglos XVI y XVII. En los dos casos se trata de la creación de un *Otro* profundamente odioso, mórbido a causa de su desviación sexual, condenado a la destrucción por los saberes dominantes de la época. La bruja es acusada de entregarse carnalmente al diablo, abandonando la fe cristiana; el masturbador, de renunciar a la virtud de la moderación, al punto de usar sus fuerzas vitales y morir rápidamente. Bajo hábitos culturales diferentes, de acuerdo con las ideas dominantes de cada período, la misma lección moral subyace en el razonamiento: la sexualidad se revela como peligrosa, infinitamente destructiva, si no es estrictamente controlada. Es sin embargo difícil medir con precisión la incidencia concreta de tales ideas. Sólo aparecen las confidencias angustiadas de transgresores que temen las consecuencias de sus actos. Mientras estudia en Oxford, el joven Gladstone anota en su diario, el 1° de abril de 1831, que el pecado solitario, evocado por él en términos muy púdicos, retorna sin cesar. Desea obtener la ayuda de Dios, pues teme por su salvación. Henri-Frédéric Amiel, que ve cómo se agota a consecuencia de estas prácticas, expresa su angustia el 12 de junio de 1841: "Nada es más horrible que sentir que la propia vida se escapa fatalmente, y unas cuantas noches me arrebatan algunos años de vida [...] Me veo morir". Al día siguiente trata de razonar: "Ante todo, hay que vivir, es decir, detener estas pérdidas; una sola emisión, según Tissot, equivale a cuatro onzas de sangre. Mi vena está, pues, abierta; no hacer esfuerzos, dejarse

[41] *Ibid.*, p. 206, citando el libro de Samuel-Auguste-David Tissot, *L'Onanisme; ou dissertation physique sur les maladies produites par la masturbation. Nouvelle édition annotée d'après les nouvelles observations par les docteurs Gottlier, Vogler, etc.*, París, Chez les Marchands de nouveautés, 1836 [trad. esp.: *El Onanismo*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2003].

llevar sería un suicidio, pues el resultado es seguro".[42] En los dos casos, la educación juega con el terror para tratar de disuadir a los jóvenes varones de estropear su sustancia dejándose llevar por el placer. Ya sea religioso o laico, el discurso pedagógico descansa sobre un imaginario médico propiamente represivo.

En el siglo XIX, la infancia convoca a la vez la imagen de la pureza y la de la corrupción latente. En Inglaterra, la primera se traduce por el culto de la chiquilla sin vello púbico o en la historia de *Little Lord Fauntleroy*, de Frances Hodgson Burnett, en 1886. En el polo opuesto, quien se contamina a sí mismo se envilece, enferma y lleva en la piel los estigmas de su condición. Inventado por Charcot con este sentido exacto, el término se refiere implícitamente a los *stigmata diaboli*, las marcas dejadas por el demonio sobre el cuerpo de las brujas, contrapartida de las llagas sacras de Cristo. El desorden interior se inscribe, pues, en la carne. La célebre revista médica *The Lancet* publica, el 20 de enero de 1904, un artículo acompañado de una ilustración que muestra la epidermis dañada de un niño histérico.[43] La obsesión de los "toqueteos repetidos" lleva sin embargo a distinguir la gravedad de las consecuencias en función del sexo. En el caso de las chiquillas, los entendidos se contentan con recordar una predesfloración, calificada de "deshonra" en términos morales. "Los hábitos de disipación solitaria han deshonrado desde mucho tiempo atrás sus órganos", se lee en un proceso médico del tribunal de Mosa, en 1876, a propósito de la hija de un individuo de Ligny. Más dramáticas en el caso del muchacho, a sus ojos, semejantes inclinaciones indican un verdadero desorden mental. Un pedófilo encerrado en París en 1876 ha llegado probablemente a ese punto, explica el experto consultado, porque "las perversiones genitales

[42] Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, Bruselas, OUP, 1984; reed. Le Plessis-Robinson, Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1998, citas en la adenda, p. 196.

[43] Sander L. Gilman, *Sexuality: An Illustrated History*, *op. cit.*, p. 270, e ilustración núm. 286 (el artículo en cuestión es el de Thomas D. Savill, "Hysterical skin symptoms and eruptions", en *The Lancet*, 20 de enero de 1904).

parecen haber aparecido en él a la edad de 14 o 15 años. Se habría entregado muy activamente al onanismo hasta la edad de 16 años". Los magistrados de los tribunales adoptan exactamente el mismo lenguaje e idénticas argumentaciones. Unánime y sin apelación en la burguesía, la condenación de la masturbación aparece como mucho menos sistemática y más matizada en los medios populares. La costumbre es observada sin emoción entre los más jóvenes y parece ser tolerada como una práctica de espera por parte de los solteros. Eso sí, es preciso que sea discreta. Los niños que se tocan en público, así fuese para rascarse, son generalmente regañados y castigados por los padres. Si los exhibicionistas no son percibidos como mentalmente trastornados, ofenden al rechazar las normas de pudor y se atraen la vindicta colectiva. En cuanto al marido que se da el gusto a sabiendas de su esposa, hiere a menudo profundamente a ésta, que se considera tratada como algo insignificante.[44]

La ofensiva dirigida contra la masturbación se revela tanto más agresiva cuanto que no es probablemente muy eficaz. Muchachas y muchachos de todos los orígenes sociales se entregan a ella antes de la adolescencia, sin sentimiento de culpa, y no vacilan en confesarlo ante un tribunal si son interrogados. Al juez de Argenteuil, que le pide en 1873 que hable de sus "costumbres", una muchachilla de 10 años, cuyos padres son labradores acomodados, responde que sabe bien que varias de sus compañeras lo hacen y que su tío se lo ha enseñado. En 1891, en Aviñon, un magistrado que interroga a una campesina apenas más vieja acerca del hecho de que ya no sea virgen, la escucha afirmar: "Soy yo quien me lo he hecho cuando era pequeña. Me he rascado algunas veces con el dedo y un día intenté meter una zanahoria en mis órganos genitales, pero no he podido introducirla, pues me dolía". Flaubert cuenta los juegos colectivos en los retretes de su colegio, donde se fumaba y "se la meneaban". Algunos investigadores pretenden incluso que la literatura que denuncia tales perversio-

[44] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve*, *op. cit.*, pp. 39-41.

nes constituye en realidad un género confuso, cuyo objetivo oculto sería "la estimulación sexual del lector".[45] ¡Un tipo de libro de los que se leen con una sola mano! La hipótesis parece excesiva al referirse a las intenciones de los autores. No lo es tanto cuando se considera a los expertos de la lectura, pues, desde el Antiguo Régimen, los tratados médicos son a menudo utilizados como manuales de iniciación en las técnicas reprobadas. Para permitir que la pareja procree en las mejores condiciones posibles, indican con precisión las posiciones y los comportamientos susceptibles de dañar la generación. *Aristotle's Master-Piece*, por ejemplo, aconseja que el hombre no se retire demasiado rápidamente después del coito y que la mujer evite moverse o estornudar. No es, pues, nada difícil descubrir prácticas anticonceptivas invirtiendo las prescripciones.[46] Paradójicamente, son más o menos las únicas obras lícitas donde puede aprenderse lo que es el placer carnal.

La lucha antimasturbatoria procede de una terrible fantasía de la pérdida. Traduce a la vez una fascinación y un miedo al cuerpo, una curiosidad mórbida para lo que se halla tras la superficie de la piel. Son muchos los que descubren con horror el espectáculo de la corrupción y de la muerte. Sexualidad rima con decadencia moral y deterioro físico. Como la viñeta en el título de la versión francesa, por Auguste Barthélemy, en 1840, de la obra de Fracastoro, *Sífilis: poema en dos cantos*, que muestra a un joven a los pies de una bella dama vestida a la moda. Le agarra la mano y levanta con la otra una máscara femenina muy pura que oculta su auténtico rostro de muerte. En 1888, en Londres, Jack el Destripador asesina a peripatéticas. La policía no se atreve a presentar al público más que reproducciones de los rostros mutilados de las víctimas, ya que han sido destripadas y a veces tienen los senos cortados con tanta ciencia que se sospecha que el culpable desconocido es un

[45] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve*, *op. cit.*, p. 159; Roy Porter y Mikulas Teich (eds.), *Sexual Knowledge, Sexual Science*, *op. cit.*, p. 150, Peter Wagner, *Eros Revived: Erotica of the Enlightenment in England and America*, Londres, Secker and Warburg, 1988.

[46] Véase más arriba, cap. IV, n. 60.

médico.[47] Acaso jamás la íntima relación del sexo y la muerte había sido tratada con tanta complacencia como al pasar del registro del pecado al del erotismo burgués mórbido. Hacia 1900, la pasión amorosa entrelaza la lujuria, el placer y la defunción, tanto en la vida como en el arte o la literatura pornográfica. La primera *vamp* del cine, Musidora, en *Los vampiros* (1915-1916) de Louis Feuillade, es la heredera de las heroínas perversas que agotan al hombre en un santiamén, porque le chupan literalmente la sangre. En *El ama y la esclava*, en 1903, Ana, la mujer de la calle, lleva a Georges a la tumba masturbándolo mediante "procedimientos variados, que asombran". *Hilo de perlas*, firmado por Georges Lesbos, pone en escena a una condesa que termina con un "fuerte jodedor" al "acabar con su energía chupando su virilidad hasta el tuétano".[48]

La moral médica aterrorizadora se dirige ante todo a la adolescencia, una edad recientemente "inventada" en las grandes ciudades. Transcribe la inquietud de los adultos ante la marejada en ascenso de los varones jóvenes. Incluso si los de clases medias son recibidos por instituciones de encuadramiento, escuelas, colegios, universidades, internados, el peligro moral no es vencido con ello, pues tales concentraciones masculinas juveniles corren el riesgo de favorecer el desarrollo de la homosexualidad y la masturbación. La última desencadena un "gran miedo" que dura desde 1760 a la década de 1880, sin desaparecer del todo en adelante.[49]

Publicado en París en 1830, *Le Livre sans titre* comenta una cita de Tissot: "Este funesto hábito mata a más jóvenes que todas las enfermedades juntas". Dieciséis grabados en colores trazan la evolución ineluctable del mal sobre el cuerpo de un adolescente. El

[47] Sander L. Gilman, *Sexuality. An Illustrated History*, *op. cit.*, ilustraciones núms. 260 y 271-282 concernientes a Jack el Destripador.

[48] Annie Stora-Lamarre, *L'Enfer de la IIIe République*, *op. cit.*, pp. 39 y 69.

[49] La mejor obra sobre el asunto es la de Thomas Laqueur, *Solitary Sex*, *op. cit.* La de Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, *op. cit.*, se limita a menudo a descripciones y no explora las relaciones con la obsesión antisexual "burguesa". Véase también el trabajo, más viejo, de Jos Van Ussel, *Histoire de la répression sexuelle*, trad. fr. de Catherine Chevalot, París, R. Laffont, 1972.

primer grabado lo describe sonrosado y peripuesto, con una abundante cabellera rizada: "Era joven, guapo: causaba la admiración de su madre". A partir del segundo grabado: "¡Se ha corrompido! [...] a menudo carga con la pena de su falta, viejo antes de tiempo [...] y su espalda se joroba". En el quinto ya no consigue caminar, se le estropean los dientes y se le caen en el sexto grabado. Entonces escupe sangre, pierde el cabello, se cubre de pústulas, una fiebre lenta lo consume, arde de dolor, de ira. Finalmente "a los 17 años expira, y con tormentos horribles".[50] Desde principios del siglo, el gabinete parisiense del doctor Bertrand consagra una sala entera al onanismo, evocado por figuras de cera: "Un joven reducido a la agonía y en el último grado de la delgadez por la masturbación"; otro se ha "vuelto espantoso" a causa de las mismas prácticas; una damisela bella y sana, y luego la misma "seis meses después, que se tornado feísima, flaca y extenuada por haberse entregado a los vicios solitarios, de los que tuvo la dicha de corregirse por el matrimonio". El terror con fines pedagógicos es manejado por los médicos por todas partes. Invade los manuales de higiene destinados a un amplio público. En Inglaterra, el de Samuel La'Mert, traducido al francés desde 1847, afirma que la masturbación "es el camino más seguro, si no el más directo, hacia la muerte". En Francia, Auguste Debay advierte a los lectores de *Hygiène et physiologie du mariage* cuáles son los estragos causados por el "funesto hábito" de los placeres solitarios, pues "las víctimas son atroces a la vista; inspiran el asco y la piedad". Gran éxito editorial, con 172 ediciones entre 1848 y 1888, se tiraron más de 200.000 ejemplares de la obra.[51] A los súbditos de la reina Victoria, los educadores les advierten los horribles peligros que corren. En 1858, Frederic William Farrar, maestro en el colegio de Harrow, consagra una novela a la historia de un muchacho guapo y vigoroso que cae poco a poco en el pecado: *Eric, or Little by Little*. Pasa

[50] Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, *op. cit.*, p. 17, y láminas del *Livre sans titre* reproducidas según la edición de 1844.
[51] *Ibid.*, pp. 16 y 17.

de faltas insignificantes a otras más graves y corona el conjunto con "eso", la masturbación nunca nombrada así, hasta que finalmente perece como consecuencia, pese al arrepentimiento. En 1903, a la muerte del autor, el libro está en su trigésimosexta edición, después de haber alimentado las obsesiones, tal vez también las fantasías, de numerosas generaciones de jóvenes y de adultos. En los últimos decenios del siglo XIX, se habla en Inglaterra de "locura masturbatoria" (*masturbatory insanity*). El alienista Havelock Ellis (1859-1939) llega a asegurar que la demencia proviene la mayoría de las veces de "la debilidad del cerebro y del sistema nervioso que determina el pernicioso hábito de la masturbación".[52]

Pero, ¿cómo erradicar un vicio oculto? Los médicos compiten en imaginación al respecto. El medio más sencillo y ordinario, recomendado por el doctor Simon en 1827 en su *Traité d'hygiène appliquée à l'education de la jeunesse*, consiste en atar las manos del paciente a los barrotes de la cama durante la noche. En 1851, el doctor William Acton habla del "procedimiento habitual que consiste en poner guantes en las manos o en emplear una especie de camisa de fuerza". Aparatos más perfeccionados y muy variados están igualmente en uso, aunque el consenso terapéutico no sea tan completo en este terreno. Según un diccionario médico de 1881, se ocupan de aprisionar los órganos genitales femeninos o masculinos a fin de "impedir apoyar la mano, sin impedir el flujo de menstruos y la micción". Calzones, vendas, cinturones de todo tipo son inventados. En 1860, un "bazar quirúrgico" parisiense ofrece una amplia gama de procedimientos para alzar "una barrera infranqueable contra los hábitos solitarios censurados por la religión y la sociedad". En Inglaterra, J. Laws Milton preconiza en *On Spermatorrhoea* (1872) métodos de prevención que consisten en despertar al durmiente cuando suena una alarma, o bien en ejercer una presión dolorosa sobre el pene en caso de toqueteos. Uno de sus hallazgos parece un instrumento de tortura: se trata de un anillo para el pene en cuyo centro hay cuatro pinches acerados que provocan vivos dolo-

[52] *Ibid.*, pp. 118 y 119.

res en caso de erección. En un catálogo de 1904, la casa Mathieu, de París, propone diversos aparatos contra el onanismo, en particular cinturones metálicos para muchachos y muchachas que recuerdan los de castidad, que "se hacen también en forma de calzones herméticamente cerrados". Pueden añadirse trabas para los brazos o para las piernas y –supremo refinamiento– "guantes [¡sic!] de metal que forman un rallador, para las manos".[53] ¡Hay algo mejor aún! Algunos prácticos facultativos preconizan la operación quirúrgica para los dos sexos. A raíz de un debate en la Sociedad de Cirugía de París, el 13 de enero de 1864, Broca afirma haber realizado una infibulación para sanar de su ninfomanía a una niña de 5 años, "muy inteligente antes de su funesta costumbre". El recurso a las técnicas disuasivas no había podido resolver el problema, pues la interesada, muy flaca y flexible, "lograba insinuar el dedo gordo de su pie entre la placa del cinturón y las partes blandas, y practicaba así la masturbación". Un colega, confía Broca, había recomendado la amputación del clítoris, pero él mismo juzgó que eso habría provocado "la ruina irreparable del órgano de la voluptuosidad, algo excesivo en una niña que puede sanar". Varios opositores dudan sin embargo del resultado. Uno de ellos, el doctor Deguise, le pregunta a Broca por qué no ha empleado la cauterización, un medio que ha resultado exitoso, según él, en el caso de un obstinado:

> Durante un año entero, a pesar de las súplicas del joven enfermo, he mantenido en el canal de la uretra, mediante cauterizaciones repetidas, una irritación bastante dolorosa para que cualquier contacto resulte imposible. Hoy en día este muchacho es un joven que agradece mi tenacidad.[54]

[53] Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, *op. cit.*, pp. 22 y 23; Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, ilustraciones 12 y 13, pp. 146 y 147 (según Milton); Peter Gay, *The Bourgeois Experience*, t. I, *Education of the Senses*, *op. cit.*, ilustraciones p. 182 (según Milton y el catálogo de la casa Mathieu en 1904).

[54] Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, *op. cit.*, pp. 122-125.

La tranquila certidumbre de los unos y los otros, con Broca afirmando a su vez que "la infibulación es una operación paliativa que preserva el porvenir", atestigua la buena conciencia médica en el cruel tratamiento de lo que es considerado como una enfermedad muy grave. En Inglaterra, la infibulación es igualmente practicada en los muchachos. En 1876, el doctor Yellowlees encomia el "espíritu de remordimiento" mostrado por sus pacientes durante la dolorosa intervención. Precisa en 1892 que ésta consiste en clavar una especie de alfileres de seguridad metálicos en la piel del prepucio. La clitoridectomía, añade, tiene todavía partidarios pero no es ya juzgada eficaz, a diferencia de la dolorosa cauterización de la uretra.[55]

El cuadro es impresionante. El historiador no puede dejar de ver una verdadera neurosis colectiva del cuerpo médico, fundada en una angustia profunda tocante a la sexualidad en general. La masturbación ofrece la ocasión de hablar lícitamente de un tema tabú. En Inglaterra, quienes rompen así la ley del silencio –como George Drysdale, Samuel La'Mert o los redactores de la revista de avanzada *The Lancet*–, se quejan de las fuertes reticencias de la profesión ante los problemas en cuestión. Se sospecha además que no son del todo normales para interesarse en semejantes cosas. Havelock Ellis tropieza con una fuerte hostilidad y con infinitas dificultades para encontrar un editor que acepte publicar su obra *Sexual Inversions*, primer volumen de sus enormes *Studies in the Psychology of Sex*. Aparecido en 1897, el libro es, además, perseguido por obscenidad al año siguiente. La idea de que sólo los excéntricos pueden consagrar sus escritos a problemas tan ingratos está muy arraigada en el mundo anglosajón de la época de la reina Victoria.[56] No es seguro que hoy por hoy haya desaparecido...

En cuanto a las técnicas sabiamente complicadas que supuestamente eliminan el vicio solitario, son de escaso empleo, aunque

[55] *Ibid.*, p. 127; Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, p. 147 acerca del tema de la clitoridectomía en Gran Bretaña.

[56] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, pp. 149, 160, 282 y 282

sea por su costo prohibitivo. La alarma eléctrica en caso de erección, ideada por el doctor Milton, vale una pequeña fortuna: cinco libras esterlinas o 125 francos-oro en 1887. Semejantes artefactos tienen mucho de fantasía. Incluso uno se pregunta si sus doctos inventores no experimentan algunas veces delectación al combatir un mal del cual pudieron padecer. ¿Una manera de exorcizar una tentación? ¿Un medio para reprimir un sentimiento de culpabilidad o de vergüenza proyectándolo en el Otro, el adolescente varón? El asunto no está del todo excluido en la época en que Krafft-Ebing describe los progresos del sadismo y el masoquismo. Al igual que quien se entrega a estas perversiones, el público afectado por los aparatos antimasturbatorios es seguramente escaso y muy discreto. Es difícil delimitarlo mejor, y más aún precisar la influencia del horror de uno mismo, del miedo a la condenación o a la decadencia física en tales comportamientos.

La ola represiva comienza lentamente a retroceder en la década de 1880. Sir James Paget, el médico de Victoria, halla que el placer solitario es repugnante, impuro, inmundo, pero no más peligroso que las relaciones sexuales ordinarias consumadas sin excesos. A lo sumo corre el riesgo de agotar a los muy jóvenes si se entregan con demasiada frecuencia. Charles Mauriac y Jules Christian piensan lo mismo. Ningún descubrimiento científico considerable motiva la evolución de la doctrina. Los adeptos del antiguo concepto cambian asimismo de chaqueta. En una nueva edición de su libro *Pathology of Mind*, en 1895, Maudsley abandona la teoría según la cual la masturbación conduce a la demencia, como lo profesaba un cuarto de siglo antes, estimando en adelante que puede sencillamente constituir un síntoma del mal. En 1899, en el tomo II de su gran obra, prudentemente publicada en Estados Unidos, Havelock Ellis prueba, por lo que a él respecta, que el "autoerotismo" está muy difundido.

No por ello su nocividad deja de ser denunciada en el siglo XX. La obsesión médica adquiere nuevas formas más insidiosas. Los psicoanalistas, con Freud a la cabeza, identifican un complejo de castración asociado a una reprobación de los padres expresada

mediante la amenaza de mutilación: "¡Te la voy a cortar!". Julien Green cuenta que quedó profundamente traumatizado al ver a su madre blandiendo un gran cuchillo. Numerosos niños escuchan que se volverán locos, idiotas, tarados, sordos, o que no crecerán. Ahora bien, las encuestas europeas y estadounidenses establecen una tasa media del 90% de los muchachos y del 25% de las chicas que se entregan a la masturbación hacia 1970. El sentimiento individual de miedo o culpabilidad resultante depende de la presión cultural local y la pertenencia social. Aparece más frecuente e intensamente en Estados Unidos que en Francia, donde la idea de normalidad predomina desde 1968 en las obras y en los diccionarios de medicina.[57]

¿Podría ser que la espectacular transformación del pensamiento médico antimasturbatorio después de 1880 corresponda al abandono por parte de las clases medias de los rasgos culturales que ya no les servían como antes para afirmar su especificidad? Pues los movimientos obreros que se desarrollan vigorosamente durante las últimas décadas del siglo exploran en ocasiones, a su vez, la vía de la moralización y de la ascesis para preparar mejor la revolución. Además, el nacimiento del psicoanálisis cambia la situación permitiendo en adelante identificar las pulsiones ocultas, sobre todo porque Freud liga íntimamente a Eros y a Thanatos, lo cual transforma fundamentalmente el imaginario sexual de sus lectores. La transferencia de la angustia colectiva a los masturbadores se revela sin duda como menos necesaria, menos eficaz, que la exploración de los abismos personales para comprenderse a sí mismos y tratar de curar las propias neurosis. Contemporáneo de Jack el Destripador, *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson, aparecido en 1886, traduce la irresistible irrupción del inconsciente en el escenario occidental. Las sombras del pasado no por ello son expulsadas definitivamente. La masturbación si-

[57] Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, *op. cit.*, pp. 134, 135, 142, 143, 160-163 y 177. Véase igualmente más abajo, cap. VI.

gue siendo un "acto intrínsecamente grave y desordenado", según el catecismo de la Iglesia católica de 1992.[58]

Placeres venales y mujeres perdidas

La prostituta convoca el segundo gran miedo de la era victoriana: el de la sífilis. Su estatus sin embargo es muy ambiguo, pues, pese a las protestas morales, numerosas y poderosas, se admite a menudo que es socialmente útil. Tanto más cuanto que el modelo de la mujer pura, madre amante y esposa virtuosa está ligado en adelante a la noción de frigidez, al menos de apetito sexual débil. Honoré de Balzac presenta un ejemplo en las *Memorias de dos jóvenes recién casadas* (1841-1842), al lado de otro tipo de modelo, más ardiente, que sobrevive en el amor-pasión de factura más aristocrática. En la *Fisiología del matrimonio* (1829) evoca la excusa clásica, la migraña, utilizada en el momento de acostarse por estas damas desprovistas de deseo erótico que temen ser solicitadas por su marido. Muchas de ellas sufren histeria. Antes de Charcot y Freud, los libros sobre el tema se cuentan por centenares.[59] Cristalizan una contradicción, pues a muchas burguesas de carne y hueso les es dificilísimo ajustarse al ideal médicamente aséptico que se les quiere imponer. Su anormalidad explica, pues, la neurosis, lo cual refuerza aun la distinción establecida entre las buenas y las malas mujeres. El carácter lascivo y lúbrico atribuido en otro tiempo al conjunto del sexo débil se polariza en torno a dos excepciones: las histéricas y las chicas alegres.

[58] Jean Stengers y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, *op. cit.*; adenda, pp. 198 y 199.

[59] Évelyne Sullerot (dir.), con la colaboración de Odette Thibault, *Le Fait féminin. Qu'est-ce qu'une femme?*, prefacio de André Lwoff, París, Fayard, 1978, discusión entre Évelyne Sullerot, Jean-Paul Aron y Michelle Perrot, pp. 443 y 444 [trad. esp.: *El hecho femenino. ¿Qué es ser mujer?*, Barcelona, Argos Vergara, 1979]. Para Inglaterra, véase Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. 425.

En el siglo XIX, París y Londres ven llegar oleadas de prostitutas. Mientras que la capital inglesa pasa de 900.000 habitantes en 1801 a 4.500.000 en 1901, las estimaciones de la época varían entre 80.000 y 120.000 peripatéticas. La policía las reparte en tres clases: las pensionarias de un burdel, bien vestidas; las que andan por las calles, y, por último, las profesionales de baja categoría, llamadas *motts*. La etimología de esta palabra es discutida. Algunos piensan que designa la vulva en argot; otras, que ha derivado de *moth* (mariposa), para indicar a la vez la apariencia multicolor y la brevedad de la vida de las referidas. Un experto de la época, el doctor Tait, afirma que la decadencia física se manifiesta en todas en menos de un año, que ya no se les reconoce al cabo de tres años y que su tasa de mortalidad es muy elevada. Los principales peligros que las amenazan son quedar encintas o enfermarse. El Támesis se lleva los cadáveres de millares de niños que ellas se quitan de encima, mientras que otros pequeños, numerosos también, son confiados a una nodriza del campo por las que se resignan a su suerte. Únicamente las más bellas e inteligentes, que poseen talentos adicionales, en particular una bonita voz para cantar, tienen alguna probabilidad de salir algo mejor paradas convirtiéndose en queridas, mantenidas por ricos personajes. El hecho no es tan frecuente como podría imaginarse, pues el batallón de réprobas es explotado sin grandes escrúpulos; al menos no son muy activamente perseguidas por las fuerzas del orden. Establecidos primero en Londres en 1829, los *bobbies* practican una especie de tolerancia tácita. En 1837 no detienen sino a 3.103 de ellas, o 9.409 en 1841, la mitad de las cuales son *motts*. A pesar de las presiones insistentes para hacer que actúen más activamente contra el "gran mal social", conservan la misma actitud durante todo el reinado de Victoria. La opinión pública no empuja a la severidad, considerando el amor tarifado como asunto de cada uno. Sólo las ligas de la virtud o Gladstone se preocupan de sacar a las chicas perdidas del arroyo a fin de rehabilitarlas. Los resultados no son nada convincentes. Los esfuerzos de Gladstone no conducen al éxito sino en una docena de casos en

tres años.[60] La razón profunda de estos fracasos reside en la imposibilidad de extirpar la prostitución porque cumple una función social primordial. La indulgencia general manifestada por la población y por las autoridades se explica por la necesidad de conservarla como escapatoria de una sexualidad vigorosamente reprimida. Desde el siglo anterior, al igual que en París, es fácil procurarse guías de este turbio mundo. *The Man of Pleasure's Pocket Book* es a la vez una obra pornográfica por su estilo y un verdadero catálogo de ventas. Por una guinea, por ejemplo, el aficionado puede costearse los servicios de miss Merton, cuyas "colinas gemelas" son firmes y elásticas. Las descripciones físicas insisten particularmente en la talla, el vigor y la energía de las damas en cuestión, con promesas de felicidad incomparables, observaciones acerca del pecho, los cabellos, o incluso de las piernas, palabra que puede poner a un varón victoriano en toda su forma. La imaginación de los escritores los incita a veces a utilizar el tono del reportaje, describiendo "un mercado de carne francés" o un "convento poblado de monjas que saben cantar, tocar el piano, bailar, jugar a la baraja".[61]

Por lo que respecta a Francia, el trabajo precursor de Alain Corbin sobre las "chicas casaderas" permite tomar toda la medida de la cuestión. Alexandre-Jean-Baptiste Parent-Duchâtelet (1790-1836) da el tono desde el comienzo del siglo consagrándole un estudio muy preciso. Distingue las muchachas "de número", "de

[60] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud, op. cit.*, pp. 250, 251, 258, 259, 264 y 265.

[61] *Ibid.*, pp. 258 y 259. El tema de la prostitución ha sido abundantemente tratado en cuanto a Inglaterra: Judith Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; y *City of Dreadful Delight: Narratives of Sexual Danger in Late Victorian London*, Chicago, University of Chicago Press, 1992 [trad. esp.: *La Ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995]. Véase también Jeffrey Weeks, *Sexuality and its Discontents*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985 [trad. esp.: *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*, Madrid, Talasa, 1993]; Michael Mason, *The Making of Victorian Sexuality*, Oxford, Oxford University Press, 1994.

carta", "de soldados", "de barrera" y las "pedregosas o mujeres de terreno", que pueden ser comparadas con las *motts* de Londres. Todas son de origen social "innoble" y han seguido el mismo itinerario degradante, que pasa por el desorden y desenfreno.[62] Solamente algunas mujeres son susceptibles de caer tan bajo, lo que sobreentiende que las buenas esposas burguesas pertenecen a una especie totalmente diferente. Necesaria, la prostitución es sin embargo peligrosa. Es importante ocultarla a los ojos de la gente de bien y controlarla de cerca. Para disciplinar a la chica perdida, el autor imagina que evolucionará durante toda su carrera en cuatro lugares cerrados: la casa que así se llama, el hospital, la cárcel y eventualmente el refugio o el establecimiento de arrepentimiento, conducida de uno a otro en un vehículo cerrado.[63] Será, pues, estrechamente vigilada y castigada, según la ideología panóptica de la época.[64] El sistema así concebido descansa en la concentración del vicio en casas de trato, bajo la férula de la administración. Más tarde, los discursos de reglamentación se vuelven claramente más alarmistas. Hacia 1871, Maxime Du Camp habla de una especie de moho que surge de los bajos fondos, que se ha extendido al conjunto del cuerpo social durante el segundo imperio. Estima que el país cuenta con 120.000 prostitutas, un orden de magnitud idéntico al propuesto para Londres en la misma época. Los expertos más pesimistas temen una verdadera invasión, una invasión de putas fuera de los barrios y de los lugares cerrados, a causa de las "insumisas" y del hecho de que "se puede comprar cualquier virtud". Bajo la Tercera República, censores cada vez más ardientes hallan pretextos para tratar de controlar cualquier forma de sexualidad extraconyugal. En 1872, el doctor Homo reclama la inscripción de las queri-

[62] Alain Corbin, *Les Filles de noce, op. cit.*, pp. 18 y 19. La situación parisiense anterior es bien conocida gracias a Erica-Marie Benabou, *La Prostitution et la Police des mœurs au xvnf siècle*, prefacio de Pierre Goubert, París, Perrin, 1987.

[63] *Ibid.*, pp. 24 y 25.

[64] Michel Foucault, *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975 [trad. esp.: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo xxi, 1977].

das, a quienes acusa de ser profesionales disfrazadas. El doctor Bertillon se pone a demostrar que el uso de los órganos genitales antes de la edad de 21 años acarrea pavorosos peligros para la salud. Las estimaciones oficiales muestran un rotundo crecimiento del número de "insumisas" que asumen un lugar predominante en el universo del amor tarifado hacia 1890-1900. El fracaso del sistema de reglamentación se vuelve entonces evidente.[65]

Las prostitutas proceden de todos los medios sociales y se adaptan a todos los públicos. Las semimundanas, leonas o gallinas bajo el Segundo Imperio, "grandes horizontales" más adelante, viven lujosamente en un hotel particular o en un departamento de los hermosos barrios parisienses. Las "comensales" de los restaurantes nocturnos y las "mujeres de café" son más numerosas y más representativas en la capital y las ciudades industriales. Algunas están perfectamente establecidas, a veces incluso con su marido, algún viejo solterón; otras se hacen pagar una alcoba o un departamento, a veces sencillamente se hacen comprar sus atuendos y sus distracciones. Los burgueses de provincia, en Lyon, Lille, Valenciennes, por ejemplo, escogen a menudo a sus queridas entre las jóvenes obreras de las fábricas. Verdaderos matrimonios existen a veces entre un hombre joven y de calidad y una bonita proletaria inculta, lo cual conduce a menudo a malentendidos y a frustraciones de ambos lados.[66] La lucha de clases toma caminos tortuosos pero deja marcas profundas, pues el amante tiene tendencia a considerar a su pareja como un instrumento de puro placer, y ésta, para quien pudo haber sido el primero, padece por su descaro y por ser comprada.

La autobiografía erótica anónima de un inglés de buena familia contiene una historia edificante a este respecto.[67] El narrador

[65] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, pp. 26, 27, 42, 43, 50-53 y 194. En Londres, a mediados del siglo XIX, las estadísticas policiacas distinguen también a las prostitutas en *regulars* e *irregulars*; Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. 276.

[66] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, pp. 200-205.

[67] *Ma vie secrete. Servantes et filles de ferme*, *op. cit.*, pp. 146 y 147.

encuentra a Molly en el campo y la hace su amante. "Molly regresó enseguida a Londres y yo también, el mismo día; pero no en el coche de tercera clase." ¡Burguesía obliga! Le propone que viva con él, ella acepta, se instalan en un hotel. "Ella no estuvo conmigo sino cinco días. La llevé al teatro y a otros lugares, pero nunca durante el día, le di de comer y la sobé hasta el agotamiento mutuo [...] y tuve la dicha de instruirla en lubricidad (el gran placer que da una virgen más que una prostituta), pero no sentía inclinación hacia mí. Lloraba a menudo; con una leve fricción en su clítoris se curaba casi siempre." El último día "le pregunté si estaba encinta. Ella lo reconoció". Como ella agrega que piensa que el niño es suyo, él replica que es más bien de un tal Giles. Miente probablemente a conciencia, puesto que se jacta más arriba de haber sido el feliz iniciador de Molly. Ésta encuentra un empleo, lo conserva 15 días y desaparece. Apenado, asegura él, se pone a buscarla y le escribe al correo. La encuentra en un miserable cuarto, "adornada con exceso". La explicación es sencilla: "Molly se había vuelto puta". El aprovecha sus talentos amorosos, descubre que ella jamás ha sido tan voluptuosa, pero no consigue que le cuente detalles acerca de su existencia. "Una mujer que se vuelve puta se vuelve mentirosa", comenta él con cierto cinismo. Primero un poco turbado, recupera pronto su buena conciencia: "Volví a la casa de mi tía, desolado, pues parece que he sido en gran medida el origen de la desviación de Molly, e ignoraba entonces que la vida de una puta es tan feliz como la de la esposa de un trabajador agrícola". ¡Ni una palabra acerca del niño que lleva ella o del que se ha desembarazado! "Inquieto", sin más, decide algún tiempo después volver a Londres, donde ella "no quiso dejarme ensartarla, ni acariciarla". Se echa a llorar y confiesa tener blenorragia... Pocas semanas después, la pobre Molly, "convertida en lúbrica" como consecuencia de sus retozos con el hombre que la desfloró, pasa a la prostitución y luego afronta los dos peores riesgos posibles: el embarazo y la enfermedad venérea. Puede dudarse si este destino es mejor que el que la esperaba en el campo. El joven burgués que suelta sin remordimiento su patética historia en unas cuantas pági-

nas manifiesta un vago y fugitivo sentimiento de culpabilidad, pero no manifiesta el menor escrúpulo al explotar sus capacidades eróticas, antes de volverse fríamente hacia otras aventuras.

En Francia, la prostitución cambia de rostro en el último tercio del siglo XIX. Aparece un nuevo tipo de demanda, relacionado con las modificaciones de la sociedad. Ya no se trata esencialmente de satisfacer las necesidades sexuales del proletariado que ha llegado a las ciudades en masa, sino las de la "clase burguesa" enriquecida y en pleno crecimiento numérico. La oferta se adapta. Ni cortesanas de alto rango ni clandestinas ni pensionarias de casas de trato, las interesadas tratan de dar al cliente la impresión de que se han dejado seducir, pues él busca cada vez más un simulacro de sentimiento y un poco de continuidad en las relaciones, lejos del burdel. Las más acomodadas reclaman lujo o bienestar, así como una especie de copia del modelo conyugal, con el erotismo por añadidura. Es lo que explica la boga creciente de las queridas, al menos visitadas regularmente, y, a finales del siglo, el entusiasmo por las casas de citas, que dan la ilusión de un adulterio o de la conquista de una mujer de calidad igual, y hasta superior.[68]

Una de las preocupaciones principales de los contemporáneos concierne a la muy íntima relación entre la prostitución y la sífilis. El espectro de la enfermedad venérea acosa los espíritus en los dos lados del canal de la Mancha. En Inglaterra las estadísticas son bastante precisas al principio del reinado de Victoria, y luego cae un velo de silencio, gradualmente, sobre el "gran mal social". Los fantasmas no se expresan menos antes del descubrimiento de la espiroqueta de la sífilis en 1905, durante la prueba de Wassermann en 1906, y la aparición de remedios eficaces a partir de 1909. Un médico anónimo calcula en la *Medico-Chirurgical Review* que algunos centenares de prostitutas londinenses contaminadas pueden infectar a 10 veces más hombres, clientes suyos, en una sola noche, los cuales transmiten a su vez el mal a otros centenares de mujeres venales y de esposas, lo cual conduce según él a un total

[68] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, pp. 249, 278, 284, 285, 296 y 297

anual de 1.652.500 portadores de la enfermedad. Si bien semejantes cifras no deben en verdad tomarse en serio, traducen una auténtica angustia, tanto más intensa cuanto que la doble norma masculina produce un efecto de contagio en cadena, que afecta incluso hereditariamente a ciertos niños.[69]

Idéntico terror higiénico afecta a Francia. Se difunde ampliamente en el arte y la literatura. Identificada con la vagina muy abierta, la "viruela mayor" portadora de muerte obsesiona a Joris-Karl Huysmans. *En ménage*, una de sus novelas, describe la evolución del deseo femenino en tres etapas sucesivas de importancia creciente, sobre el modelo de la sífilis.[70] *Les Avariés*, una pieza de Eugène Brieux compuesta en 1901, representada en el teatro Antoine de París en 1905, así como las pinturas de Félicien Rops, reflejan igualmente la fascinación y la ansiedad experimentadas a este respecto. Hacia 1900 el pavor alcanza un punto extremo, pues se descubre que la enfermedad es muy grave, más contagiosa y duradera de lo que se pensaba. Hay médicos que afirman sin prueba científica que del 7% al 8%, e incluso el 42% de los niños mueren contaminados por la madre. Edmond Fournier "prueba" la existencia de una degeneración a veces más trágica para los niños pequeños que para los descendientes directos. El remedio preconizado es sencillamente la abstinencia: "Lo que hay que lograr es que los jóvenes se casen vírgenes", proclama el doctor Queyrat en 1902, delante de la Sociedad de Profilaxia. Se ha podido ver aquí una "estrategia disuasiva, principalmente dirigida contra la población juvenil"; el temor exacerbado del azote tomaba la posta del miedo al pecado para limitar dramáticamente el acceso al placer carnal.[71] La intensa fobia a la sífilis de fines del si-

[69] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. 277. Véase también Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, pp. 224 y 225, acerca del fracaso de las *Contagious Diseases Acts*, y p. 231, concerniente al tratamiento de la sífilis en 1905-1909.

[70] Joris-Karl Huysmans, *En ménage*, Paris, G. Charpentier, 1880.

[71] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, pp. 368, 369, 386, 387, 394, 395 y 405. Véase también Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve*, *op. cit.*, p. 109.

glo XIX sucede a una pura fantasía represiva, que se va atenuando a partir de la década de 1880: el gran miedo a la masturbación. Desde el siglo XVIII, ésta había canalizado las energías de los partidarios de la moderación de los apetitos eróticos, al igual que la cacería de brujas había llamado antes la atención sobre el peligro extremo del coito con el diablo en persona, en otros términos, sobre la persecución desaforada del placer en detrimento de la salvación del alma. Motivada por atroces realidades, a diferencia de estas dos formas de pavor pasadas, la obsesión reciente del sida ¿no es nuestra propia manera posmoderna de temer que la muerte surja ineluctablemente del exceso sexual?

Los discursos represivos a propósito de la prostitución no desaparecen tan fácilmente en el siglo XX. Las grandes inquietudes colectivas transitan sencillamente hacia otros objetos, adaptándose a las nuevas condiciones sociales. En Francia, la ley llamada "Marthe Richard" de 1946 ordena el cierre –¡el colmo!– de las casas de trato, que habían entrado en una larga agonía después del apogeo de mediados del siglo XIX.[72] El giro legislativo cae en 1960, cuando se suprime el fichero sanitario en el que figuran 30.000 nombres de mujeres públicas. Tácitamente tolerado, el amor venal no deja de definirse como un azote social. La ley del silencio y la supervivencia de la doble norma de comportamiento masculino dicen que los hábitos victorianos no han desaparecido verdaderamente de nuestros días en materia del placer tarifado.

Detrás del espejo

El reverso de la medalla victoriana se revela como sorprendentemente cambiante. Las actitudes reales casi no se corresponden con las normas morales imperativas, según subraya hacia 1890 una extraordinaria autobiografía erótica anónima, *Mi vida secreta*. Según la moda onírica, la ola ascendente de la pornografía ofrece el

[72] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, gráfica p. 172 y pp. 506 y 507.

exacto opuesto de las prohibiciones. Es más, el consenso médico y erudito comienza a agrietarse hacia fines del siglo XIX, introduciendo tímidamente el deseo y el goce en el panorama oficial, llamando a descubrir los fundamentos pulsionales de la personalidad. Importantes grupos sociales, por otra parte, nunca se han adherido en realidad al discurso represivo. Tal es el caso de las masas campesinas y citadinas, para las cuales la masturbación y la prostitución son cosas bastante triviales. Si bien a veces adaptan a sus necesidades específicas estilos de censura procedentes de los biempensantes, practican a menudo la sexualidad de manera más sencilla y directa. Menos constreñidas que las damas de la época, las hijas del pueblo aman los placeres físicos, pese a los graves riesgos que corren, y parecen llegar fácilmente al orgasmo, si puede creerse al narrador, que ha estado con centenares.

Walter el victoriano

Un victoriano anónimo toma la pluma a fin de interrogarse a sí mismo. Lamentando no tener punto de comparación para saber si cada hombre hace los mismos gestos y tiene las mismas actitudes que él con una mujer, espera que su experiencia, puesta en el papel, sirva de referencia a los demás. Impresa en Ámsterdam hacia 1890, *Mi vida secreta* comprende 11 volúmenes. La edición estadounidense de 1966 tiene más de 2.000 páginas.[73] La obra está sacada de un diario íntimo comenzado muy temprano, que el autor decide transformar en memorias de su "vida interior y secreta" a

[73] *My Secret Life*, 2 vols., Nueva York, Grove Press, 1966 (LXIII-2359 pp.). Trad. fr. completa de Mathias Pauvert, 5 vols., París, Stock, 1994-2001 [trad. esp.: *Mi vida secreta*, Barcelona, Tusquets, 2006]. La obra ha sido valorada y analizada de cerca por Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, quien ve una auténtica confesión, como la mayoría de los comentadores después de él, con excepción de Peter Gay, *The Bourgeois Experience*, t. I: *Education of the Senses*, *op. cit.*, p. 468, quien habla del imaginario erótico de un victoriano, sin ofrecer una auténtica argumentación en apoyo de su opinión.

partir de los 25 años.[74] Walter, según se llama a sí mismo sin mayor precisión, nació en la buena sociedad inglesa en una fecha desconocida. Su existencia transcurre bajo el reinado de Victoria y sigue vivo hacia 1890, cuando aparece su obra. Se sabe vagamente que ha trabajado en el Ministerio de Guerra, pues borra prácticamente toda precisión que permitiera reconocer o identificar a las personas citadas. Cuenta sus experiencias sexuales con 1.200 mujeres de todos los países, salvo de Laponia, se lamenta, dando numerosos detalles acerca de sus sensaciones y las de sus parejas, a fuerza de notas acerca de todos los temas imaginables. Su gran conocimiento práctico del cuerpo, tanto del suyo como del de sus amantes, no le impide creer en los mitos culturales de su época o del pasado. Así, confiesa tener una gran costumbre a la masturbación después de la adolescencia, sin dejar de temer que esto pueda conducirlo a la locura o, peor aún, a la imposibilidad de hacer el amor. Asimismo, si bien habla de una beneficiosa fatiga después de los encuentros eróticos, se lamenta acerca de su estado de depresión, culpabilidad o agotamiento después de una polución nocturna o de caricias solitarias. El tabú médico y social aparece, pues, a la vez muy bien interiorizado y constantemente transgredido. A propósito de las mujeres, sostiene, como los autores de *L'École des filles* en 1655 y los médicos de la misma época, que eyaculan en el momento supremo. Menciona sin cesar sensaciones de "descarga seminal" femenina, que dice haber experimentado o que su amante le ha descrito en ocasiones. La experiencia, según se ve, no puede librarse de la dimensión cultural. Walter manifiesta una ignorancia teórica típica de los victorianos, a causa de la ley del silencio que pesa sobre todos los temas relativos al amor físico y de las convenciones que prohíben la menor alusión al cuerpo en el arte de la conversación.[75] Muchas otras observaciones suenan sin embargo muy atinadas, pues es capaz de narrar

[74] *My Secret Life, op. cit.*, t. I, prefacio, p. 7.

[75] *Ibid.*, t. I, pp. XVI y XVII, prefacio del editor; Steven Marcus, *The Other Victorians, op. cit.*, pp. 82, 83 y 111-114.

cosas ingratas sobre su virilidad. Avergonzado por el tamaño de su pene, pues lo estima demasiado pequeño desde que sus amigos de juventud se burlaron, busca obstinadamente que lo tranquilicen las prostitutas con las cuales se acuesta, sin quedar de veras convencido por sus respuestas, que suele juzgar diplomáticas... Se pregunta también con frecuencia si será capaz de mantener una erección, relata fracasos que lo angustiaron, teme a la enfermedad venérea. Asume, en suma, lo contrario del discurso oficial de masculinidad triunfante, mostrando sus debilidades.[76]

Principalmente interesado en sus propias reacciones, siente igualmente gran curiosidad por las de las mujeres, sin dejar de considerarlas objetos de placer y pagando sin escrúpulos los servicios de muchas profesionales. A este respecto, es por cierto un hombre de su época. Sus arrepentimientos, expresados en ocasiones, no se convierten jamás en remordimientos, ni aun cuando arrastra a una joven campesina sana y virgen a la perdición en un tiempo récord.[77] Después de su matrimonio, practica la doble norma afirmando odiar a su esposa, lo cual es imposible no considerar como una manera cómoda de adjudicarse una buena conciencia. Sin embargo, su visión de la sexualidad femenina es exactamente contraria a la versión oficial admitida, que descansa en la frigidez o el débil apetito sexual. Ninguna de sus conquistas corresponde a este modelo. La mayoría, proveniente de todas las clases sociales y de diferentes comarcas, tiene orgasmos fáciles, rápidos y repetitivos. Relata igualmente casos más raros en los que ellas no lo logran con él.[78] Esta descripción de una especie de igualdad del deseo y del disfrute con los varones, incluido en las chicas venales, invita a considerar las realidades victorianas con otra mirada. Contrariamente a las reglas del decoro, las damas amadas por Walter se dejan empujar fácilmente a hablar cruda-

[76] Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, p. 115; Ellen Bayuk Rosenman, *Unauthorized Pleasures*, *op. cit.*, pp. 168 y 169.

[77] Véase más arriba, n. 67.

[78] Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, p. 120; Ellen Bayuk Rosenman, *Unauthorized Pleasures*, *op. cit.*, p. 171.

mente, por incitación de él, cuando alcanzan el paroxismo de la felicidad, llamando "espada a una espada".[79] Bajo el velo de los prejuicios afloran el gusto del placer y la búsqueda de la voluptuosidad por parte de ambos sexos. Hay que repasar nuestra idea de una glaciación victoriana que acaso no sea sino una capa de afeite sobre un apetito carnal muy fácil de satisfacer en Londres. Sin dejar de multiplicar las experiencias con representantes de la buena sociedad, Walter poseyó sobre todo un gran número de muchachas procedentes de las clases populares rurales y urbanas, sirvientas y prostitutas, en particular. El papel esencial del dinero en las relaciones sociales entre los pudientes y los proletarios es recalcado abundantemente en su relato.

Walter es también un gozador, un heredero de los libertinos que experimenta todo tipo de delectaciones eróticas. Amplía con gusto el campo de sus fantasías leyendo pornografía. No se cansa de observar la vulva de sus amantes, de "comparar y advertir las diferencias" entre sus cuerpos, de interrogarlas acerca de sus gustos eróticos, sus sensaciones o sus costumbres. *Voyeur* en ocasiones, se masturba viéndolas orinar o defecar. Sádico a veces, se muestra muy excitado y brutal cuando desflora chiquillas traídas por celestinas. Un día, al alcanzar la erección y conseguir eyacular, después de intentos desdichados, exclama triunfante, dirigiéndose a una amante de paso: "¡Soy un hombre, ya lo ves!", pues tiene ciertamente conciencia de su privilegio viril, que le permite "joder", según sus términos. Esto no le impide haberse acariciado con compañeros masculinos durante la adolescencia. Un poco más tarde tiene una experiencia turbia la primera vez que posee a una prostituta, en compañía de su desvergonzado primo Fred. Éste trae a dos muchachas. Angustiado, Walter no logra sus fines sino mirando el pene de Fred cuando entra en acción, lo cual lo electriza. Los dos muchachos disfrutan en el mismo momento contemplándose y tocándose uno a otro durante la cópula. Largo tiempo después, Walter decide intentar deliberadamente la homo-

[79] *My Secret Life*, *op. cit.*, t. II, p. 2193, describe una larga escena de este tipo.

sexualidad. Considera este momento como la coronación de su carrera lujuriosa: "El hecho más audaz de mi vida secreta. Un deseo anormal que me ha avergonzado y desolado [...] aunque según mi filosofía no hubo ni hay nada malo en mis acciones, porque en materia de deseo todas las cosas son naturales y justas". Se tranquiliza asegurando que no es más vergonzoso para un hombre acariciar otro pene ni para una mujer otro coño que estrecharse las manos, pero confiesa experimentar ante este recuerdo una aversión de sí mismo producida a su modo de ver por viejas "enseñanzas y prejuicios". Durante los jugueteos comunes con una guapa damisela, practica una felación con un artesano llamado Jack (el cual lo llama respetuosamente *sir*), ajustándose exactamente, precisa él, a lo que había visto hacer a una puta francesa sobre su propio cuerpo, antes de pasar a la penetración anal.[80]

Una de las principales obsesiones de Walter es experimentar lo que la mujer puede sentir exactamente durante el acto venéreo y después. Le da ganas de poseer a una transeúnte bella que ve pasar, a fin de hacerla "parte de su cuerpo".[81] Esta curiosidad intensa hacia el otro sexo lo empuja a multiplicar las experiencias. Triunfante algunas veces, su virilidad se revela más frecuentemente inquieta. Se tiñe en ocasiones de fantasías de identificación femenina, y hasta de pulsiones homosexuales. Todo esto no concuerda con el discurso moral victoriano pero sigue muy de cerca el sueño erótico desarrollado en la pornografía, en que el acento es puesto en los juegos amorosos complicados y la transgresión de todos los tabúes. Walter es un desviado muy lúcido, que experimenta con frecuencia malestar al llevar al extremo sus deseos y quebrantar así las reglas morales. Socialmente, es perfectamente normal, bien instalado en su papel en cuanto a clase, que le permite abordar el juego sensual en una posición dominante. El dinero le da el poder

[80] Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, pp. 150, 158, 159, 164, 172 y 176; Ellen Bayuk Rosenman, *Unauthorized Pleasures*, *op. cit.*, pp. 175, 183 y 186-188. El relato completo de la experiencia homosexual se encuentra en *My Secret Life*, *op. cit.*, t. II, pp. 1533-1548.

[81] *My Secret Life*, *op. cit.*

para gozar sin trabas y para explotar al proletariado sexual, femenino o masculino, como Jack el artesano. Así se asombra al ver a este último comenzar a comportarse con familiaridad después de haberse dejado masturbar. "Había perdido la modestia y con ella mucho de su respeto hacia mí. En lugar de sencillamente responder y decir *sir*, comenzaba a plantearme preguntas." Compara esta actitud con la de una mujer cuyo comportamiento se modifica hacia el hombre que acaba de hacerle el amor.[82]

A diferencia de los héroes pornográficos de papel, Walter se entrega sin intentar ocultar las numerosas contradicciones que lo agitan. Narcisista y compulsivo, cansa al lector repitiendo sin cesar un escenario siempre idéntico. Se da perfectamente cuenta, al punto de interrogarse en su madurez sobre la necesidad de abreviar sus memorias, cuando concluye su séptimo volumen. Afirma haber dejado ya a un lado numerosas páginas manuscritas, pero no haber querido prescindir de otras, pues las redactó para su "placer secreto", que siempre se mantuvo igual de intenso, incluso después de repetir 20 veces las mismas cosas. Además, "la mujer, la pareja de mi felicidad, era a menudo fresca y nueva para mí y yo para ella". Es la búsqueda de estos sutiles matices lo que lo motiva, pues, si bien la cosa termina siempre de la misma manera, con el acoplamiento, "hay delicadas gradaciones de diferencia, incluso al hacerlo, lo cual torna a la variedad tan encantadora, y describirlas ha sido siempre nuevo y divertido para mí, cuando la seductora era nueva para mí". Después de haber experimentado sentimientos contradictorios mezclados con el remordimiento, la idea de que no hay nada de malo en ello y el temor de ser avergonzado, decide conservar algunos pasajes relativos a imágenes o a libros pornográficos: "Esto debe permanecer –escrito por *mí mismo*, y para *mí mismo*, y nadie lo verá probablemente sino *yo mismo*–, así que por qué engañarme a *mí mismo*: ¡que quede esto!".[83]

[82] *My Secret Life*, *op. cit.*, t. II, p. 1544.

[83] *Ibid.*, t. II, pp. 1504 y 1505 (subrayado por Walter); Ellen Bayuk Rosenman, *Unauthorized Pleasures*, *op. cit.*, pp. 194-196.

Walter el victoriano se afirma como un precursor del narcisismo posmoderno. Sirve de enlace entre los gozadores libertinos del siglo XVII y los adeptos de la liberación sexual. Con una diferencia de talla, representada por un desgarramiento perpetuo entre su Yo íntimo y las convenciones de la época que ha interiorizado. Portador de una viva angustia, de la cual se aleja al precio de sufrimientos y dudas, se sitúa constantemente en la interface entre el papel social que debe desempeñar y el deseo de disfrutar de todos los placeres que habitan en él. Su testimonio es particularmente valioso a causa de ello. Revela a la vez el lado opuesto y el poder de las prohibiciones culturales de la época. El hombre posee una doble personalidad, pero evita la neurosis experimentando todo lo que lo atrae y manchando millares de páginas. Como muy claramente lo dice, prolonga su goce no solamente mediante la escritura, sino también al releer sus proezas. Otra contradicción importante: no se atreve realmente a imaginar el entregarse al público, pero reclama no obstante una forma impresa. Un "viejo inglés rico" pagó una verdadera fortuna a un editor de Ámsterdam contactado en 1888, si creemos en el primer catálogo de venta en que el libro aparece, en 1902. El excéntrico habría exigido que no se hicieran sino seis ejemplares de los once volúmenes que componían la obra, para su uso privado exclusivo, "no para publicación".[84] Si bien no hay que tomar las afirmaciones al pie de la letra, pues el objetivo es vender una rareza a un precio astronómico para la época, es probable que la tirada fuese muy limitada. La presencia de un índice final voluminoso y detallado permite creer que el autor, envejecido, desea recuperar con facilidad sus recuerdos en las 4.200 páginas, más o menos, de la edición original no fechada (hacia 1890). Es imposible sin embargo creerle ciegamente cuando afirma más de una vez haber trabajado por el solo placer. Una motivación evidente proviene de la voluntad de conocerse mejor, pues la ley del silencio impide a los victorianos saber si su sexualidad se parece o no a la de los demás. Se explica por otra parte, al-

[84] *Ibid.*, t. I, p. XXXV, citado en la introducción escrita por G. Legman.

gunas veces, cosas a sí mismo, añadiendo observaciones a estos pasajes consignados en los años previos.[85] Además, por mucho que proteste, es verosímil que anhela de manera inconsciente llevar su vida erótica al conocimiento de sus contemporáneos. ¿Tal vez sencillamente le ha ocurrido estremecerse de satisfacción imaginando que un ojo ajeno pueda deslizarse sobre sus páginas? Pues su existencia cotidiana es, sin duda, la de un digno y respetable *gentleman*, cultivado, viajero, casado, empleado otrora por un tiempo en el Ministerio de Guerra, particularmente atento a confundir las pistas para no atraer el escándalo sobre él, sobre su primo Fred o sobre la gente de calidad recordada en sus memorias. Fascinante zambullida del otro lado del espejo, de un modo más escabroso, por cierto, que en el caso de la pequeña Alicia, *Mi vida secreta* merecería seguramente una explotación sistemática. Al redactarla, Walter evita sin duda las neurosis destructivas apreciadas en sus contemporáneos, Jack el Destripador y el doctor Jekyll de la novela de Stevenson. Probablemente no habría sido un excelente sujeto de estudio para Freud. Como los clientes del psicoanálisis naciente no constituyen entonces sino una muy ínfima minoría en la Europa occidental, parece factible preguntarse si otros numerosos Walter no compensan de la misma manera que él las frustraciones impuestas por los códigos victorianos apremiantes.

El infierno del sexo: pornografía próspera

La pornografía se aburguesa en el siglo de la industrialización. Su viejo lazo con las ideas de oposición y el libre pensamiento, lejano heredero de los libertinos del siglo XVII, se diluye gradualmente hasta mediados del siglo XIX, en la medida en que se adapta cada vez mejor al mercado comercial. El género florece.[86] En Inglaterra

[85] Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, pp. 182-185.

[86] Lisa Z. Sigel, *Governing Pleasures Pornography and Social Change in England, 1815-1914*, New Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press, 2002.

se presenta en adelante como el espejo invertido de las angustias victorianas, una especie de utopía voluptuosa o "pornotopía" que transmite las "fábulas" eróticas más apreciadas por los adultos, particularmente las transgresiones de los principales tabúes sexuales de la época. Sus fronteras son imprecisas, pues incluye folletines triviales de título atractivo, como *A Peep behind the Scenes*, guías nocturnas, *London by Night* o *Gay Life in London*, y hasta obras que denuncian los daños del vicio, en especial de la masturbación, que se encuentran desviados de sus objetivos por los lectores y se utilizan taimadamente para informarse acerca de las prácticas condenadas.[87] Los consumidores de las obras propiamente eróticas son, no obstante, escasos; las ediciones se limitan a un centenar o a unos cuantos, lujosamente encuadernados e ilustrados, de un precio elevado. Publicada a partir de 1877 por Henry Spencer Ashbee bajo el prudente seudónimo de Pisanus Fraxi, la primera bibliografía en inglés consagrada al tema, *Index librorum prohibitorum*, sólo tiene una tirada de 250 ejemplares en prensas londinenses no identificadas. Dos volúmenes la completan en 1879 y 1885. También las revistas pornográficas –*The Boudoir* a partir de 1860, *The Pearl* (1879-1880), y *The Cremorne*, fechada en 1851 (de hecho 1882)– son caras y reservadas a una estrecha élite, dada la reprobación general y la conspiración del silencio a propósito del sexo.[88]

El universo de la pornografía es un mundo imaginario totalmente erótico que ofrece al hombre una cadena ininterrumpida de placeres. Después de mediados del siglo XIX, la temática experimenta un crecimiento desconocido hasta entonces, al punto de volverse una industria menor en Europa. La subcultura sexual que porta ofrece la imagen exactamente en negativo de las posiciones morales oficiales. Defiende, pues, la opinión contraria a la lucha

[87] Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, pp. 152 y 153.

[88] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, pp. 364, 365 y 415; Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, pp. 34, 35 y 163. Véase también Peter Gay, *The Bourgeois Experience*, t. I: *Education of the Senses*, *op. cit.*, pp. 358 y 359.

contra la masturbación, evoca orgías sin fin cuando la medicina previene contra los efectos peligrosos de los excesos carnales, insiste en el orgasmo femenino, mientras que las damas de calidad se consideran frígidas o poco inclinadas al asunto...[89] Los biempensantes se ofuscan evidentemente con los posibles estragos sobre los espíritus. Tratan de aplicar a esta producción la ley del silencio, ya sea por interdicción o por la relegación a un *enfer* sulfuroso. La palabra designa en su origen las obras censuradas, en espera de ser quemadas, en la biblioteca vaticana. En París, una pequeña colección de libros y dibujos ligeros conservados en la Bibliothèque Nationale es comúnmente designada con este vocablo. Según Guillaume Apollinaire, la decisión se remonta al primer cónsul Bonaparte. Algunos especialistas no la datan sino hasta los últimos años del Segundo Imperio; otros, en la monarquía de Julio. En todo caso es el siglo XIX positivista el que ha inventado el infierno... literario. La British Library utiliza oficialmente el nombre de *Private Case*, y más corrientemente el de *enfer*, para designar un conjunto idéntico organizado hacia la misma época. La aparición en 1861 de la *Bibliographie des ouvrages relatifs à l'amour* de Jules Gay, y a partir de 1877, en Inglaterra, del *Index librorum prohibitorum de Pisanus Fraxi* (seudónimo de Ashbee), de título irónicamente derivado de la censura romana, responde a la necesidad de los aficionados de poder localizar escritos destinados en adelante al olvido y al silencio, que a veces es muy difícil procurarse en el comercio. Aparte de los volúmenes procedentes del depósito legal, la reserva parisiense acoge a otros, incautados por la justicia o por las aduanas en las fronteras cuando han sido impresos en el extranjero.[90]

Los autores casi siempre son hombres pero hablan mucho del placer de las mujeres, como ya ocurría durante el "vuelco pornográfico" de mediados del siglo XVII.[91] La continuidad en la trans-

[89] Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, pp. 272, 273, 283 y 284.

[90] *Ibid.*, p. 34, y p. 38, n. 4; Annie Stora-Lamarre, *L'Enfer de la IIIe République*, *op. cit.*, pp. 14 y 15.

[91] Véase más arriba, cap. III.

gresión es evidente, en particular para las historias de conventos transformados en burdeles.[92] Su boga a fines del siglo proviene, sin duda, parcialmente del ascenso del anticlericalismo. Sin embargo, las monjas eróticas acosaban ya el imaginario europeo y cosquilleaban deliciosamente la fibra anticatólica en Inglaterra bajo el Antiguo Régimen. De la misma manera, *Le Roman de Violette*, uno de los grandes éxitos del siglo XIX, atribuido a Théophile Gautier, vuelve a la lección de *L'École des filles* publicada en 1655. La heroína, una damisela de 15 años, tiene casi la misma edad que Fanchon y se inicia como ella "en todas las perversiones voluptuosas que su amante se ingenia para enseñarle". La novedad reside en la moral social enunciada, perfectamente adaptada a la época. Aun cuando su galán la anime a rechazar las reglas dictadas por los varones, "imponiendo a las muchachas jóvenes la castidad y a las mujeres la fidelidad", la utiliza sin embargo como un objeto sexual, lo mismo que Walter el victoriano. Y la muerte espera a Violette al final del camino de la voluptuosidad.[93] Las normas de la época se insinúan subrepticiamente en las obras sulfurosas, ofreciendo aquí al lector un fin edificante adecuado para desculpabilizarlo un poco por entregarse al voyeurismo, lo cual no ocurría en modo alguno en los siglos precedentes. El tema de la pureza femenina aparece incluso, hacia 1900, en una obra del prolífico Le Nismois (que utiliza numerosos seudónimos: Fuckwell, Tap-Tap, Léna de Beauregard...), *Association de demi-vierges*.[94] Nombrado limosnero del convento femenino de los Bleuets, el abad Tisse crea allí una asociación que permite a las pensionarias hallar el placer sin afrontar el peligro de la maternidad. Las pequeñas "viciosas" tienen el derecho de experimentarlo todo, salvo el gesto "más brutal", pues sus caballeros deben contentarse con caricias. La moral dominante queda, pues, a salvo en un punto esencial, por mucho que sea alegremente discutida en el resto, en el nombre de un de-

[92] Annie Stora-Lamarre, *L'Enfer de la IIIe République*, *op. cit.*, pp. 24 y 25.
[93] *Ibid.*, pp. 36 y 37.
[94] *Ibid.*, pp. 24 y 39.

recho femenino al goce que se revela obsesivo después del siglo XVII en esta literatura de origen masculino. El autor no sabe con certeza que rehabilita los toqueteos mutuos que componían lo esencial del menú erótico de los jóvenes en espera del matrimonio bajo el Antiguo Régimen.

En cuanto a los comportamientos "anormales", surgen sobre todo a fines del siglo XIX. En el mismo momento en que los diques victorianos comienzan a ceder y la masturbación deja de representar una idea médica fija, se comienza a hablar más abiertamente de homosexualidad y de "perversiones". Los intentos desesperados por contener la oleada creciente no deben engañar. La dureza legislativa está a la medida de la percepción del peligro. Estorba por un tiempo el movimiento de liberación en curso de iniciarse, pero no puede revertirlo. Los censores franceses de los años 1880-1914 son esencialmente victorianos nostálgicos que llevan adelante un combate de retaguardia. Entre las leyes de 1881, 1882 y 1898 que reglamentan el delito de prensa, la última establece un nexo entre lo que es "obsceno" y el maltusianismo, que revela un temor a la decadencia moral. Ésta se arraiga en la ley de divorcio, en 1804, que afirma la importancia de la libertad individual y el derecho a la felicidad. A su manera, la pornografía trata abundantemente estas cuestiones candentes, multiplicando los retratos de mujeres adúlteras disipadas, vibrantes de deseo, y cargando el acento sobre los peores vicios cuando saca a escena *Le Troisième Sexe*, *Les Invertis* o bien *Les Déséquilibrés de l'amour*.[95] El furor de las persecuciones está a la medida del peligro experimentado por los censores. Las revistas picantes, *Le Boudoir*, *Le Boccace*, *Gil Blas*, etc., son particularmente consideradas al principio de la década de 1880. Los libros lo son sobre todo a partir de 1910, con 175 procesos hasta la guerra, 12 veces más que durante los 30 años precedentes. Mientras que las leyes de Jules Ferry instauran la escuela pública laica y obligatoria y los principios educativos republicanos alaban la libertad y

[95] Annie Stora-Lamarre, *L'Enfer de la IIIe République*, *op. cit.*, pp. 70, 71, 132, 133, 158 y 159.

la tolerancia, se instala una poderosa censura de lo escrito. Pretende abiertamente proteger a los públicos frágiles –especialmente a los pobres, los jóvenes o las mujeres– del desencadenamiento amoral y pornográfico.[96] Sus objetivos más profundos son impedir que se ponga en tela de juicio el sistema de valores dominante por parte de todos los que ya no creen o no han creído jamás en las virtudes de la regla del silencio ni del modelo sexual fundado en la indisolubilidad del matrimonio, la doble norma masculina y el postulado del escaso apetito erótico de la esposa virtuosa.

Hacia la trivialización de las "transgresiones"

Incesto y pedofilia son hoy objeto de una muy intensa reprobación colectiva. No ocurre exactamente lo mismo en el siglo XIX. Aun cuando cause náuseas en los moralistas, la prostitución infantil es entonces ordinaria, a veces evocada con un humor que se consideraría inaceptable en nuestra época. Oscar Wilde bromea un día a propósito de un impresor de libros eróticos: "Ama las primeras ediciones, en particular de mujeres: las niñas son su pasión".[97] Grandes contrastes sociales se señalan pese a todo. La gente del pueblo parece a menudo más asqueada que los pudientes por semejantes conductas: "Si la hija de usted ha dicho la verdad –exclama una vecina de un trapero de Saint-Aignan– ¡la guillotina sería demasiado suave para usted!".[98]

Otras transgresiones son consideradas depravaciones al comienzo de la época victoriana y luego a menudo pierden poco a poco su carga infamante. La norma de referencia es el coito entre adultos del sexo opuesto, sin "actos de impudicia" ni "pasiones contra natura". Para los ingleses conformistas, hacer el amor más de dos veces por semana constituye infaliblemente un signo de

[96] *Ibid.*, pp. 192, 193, 204, 205 y 211.
[97] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, p. 289.
[98] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve*, *op. cit.*, p. 78.

animalidad. El miedo de dejar que se desencadene la bestia que dormita en el ser humano acosa a los moralistas. En Francia, la felación parece escasa y un asunto profesional en el siglo XIX, pero las "prácticas bucales, con el placer como centro y no la reproducción, se trivializan en el siglo XX", pasando de las parejas ilegítimas a los consortes de los medios populares y hasta quienes entablan relaciones prenupciales entre las dos guerras. La beata Albion prohíbe totalmente semejantes materias de la gran literatura para reservarlas a la pornografía. Calificadas de "prácticas repugnantes", la felación y el cunnilingus son sin embargo frecuentemente solicitados por los clientes de las casas de trato, y por lo tanto recordados en las guías londinenses especializadas. A los dos lados del canal de la Mancha, los médicos reservan la noción de "perversidades" o de cosas "monstruosas" al onanismo y a la "inversión sexual", que les interesan a más no poder, en tanto que la gente del pueblo reprueba esencialmente la pedofilia y la bestialidad, pero no la masturbación.[99]

El primer uso de la palabra "homosexual" en 1869, por el húngaro Benkert, corresponde a un impulso de curiosidad erudita hacia el "tercer sexo", que había recibido un reconocimiento muy ambiguo en Londres y en París a principios del siglo XVIII.[100] En Francia, Ambroise Tardieu rompe la ley del silencio ya en 1857, y entonces el cuerpo médico se muestra cautivado por el tema, desde el segundo Imperio a la Gran Guerra.[101] Más de mil obras le son dedicadas en Europa entre 1898 y 1908.[102] Esta salida de los limbos corresponde al advenimiento de una mayor tolerancia. En Inglaterra, la *pedication* o penetración anal era castigada con la muerte hasta 1828, con la condición de que un testigo hubiese

[99] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser a l'alcôve, op. cit.*, pp. 30, 38, 40, 41, 102 y 103; Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud, op. cit.*, pp. 238 y 520; Jean-Paul Aron y Roger Kempf, *La Bourgeoisie, le Sexe et l'Honneur, op. cit.*, pp. 62 y 63.

[100] Véase más arriba, caps. I y IV.

[101] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser a l'alcôve, op. cit.*, pp. 41-47; Jean-Paul Aron y Roger Kempf, *La Bourgeoisie, le Sexe et l'Honneur, op. cit.*, pp. 84 y 85.

[102] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud, op. cit.*, p. 448.

visto la acción, a diferencia de la masturbación mutua y de la felación, más frecuentes pero consideradas menos graves. Aun cuando los tribunales de justicia hayan vacilado antes de usar el castigo supremo, no era raro ver a varones jóvenes mutilarse ellos mismos para evitar tal peligro. Autor, en colaboración con J. Addington Symonds, pederasta él mismo, de *Sexual Inversion*, Havelock Ellis estima a fines del siglo XIX que el número de seres involucrados cae entre el 2% y el 5% del contingente masculino, lo cual se acerca al 6% establecido por el informe Kinsey en 1948.[103] Según Richard von Krafft-Ebing, las prohibiciones y el sentido del peligro generan en ellos una irritabilidad nerviosa que los empuja en ocasiones a una violencia excesiva. En Londres pueden ofrecerse los servicios de los prostitutos. A menudo heterosexuales, llamados *margeries* o *pooffs* al principio y a mediados del reinado de Victoria, éstos operan en Fleet Street, en Holborn y en el Strand, con signos de connivencia y gestos propios cuando descubren un cliente posible. Para luchar contra la hostilidad general, los réprobos consagran numerosos libros a su situación. Tratan de ganar una mayor respetabilidad utilizando una terminología adecuada, hablando por ejemplo de "inversión sexual", de "tercer sexo" o de "uranismo". Acuñada por Carl Heinrich Ulrich en la década de 1860, esta última palabra designa un alma femenina en un cuerpo viril, temática que se extiende ampliamente en la ficción literaria.[104] Los escasos lugares donde la homosexualidad prospera realmente son las *public schools*, donde algunos maestros y tutores la comparten y la fomentan, así como en las universidades. Ínfima minoría de la población, por lo demás, los estudiantes y los profesores de Oxford y de Cambridge componen una sociedad muy juvenil, enteramente masculina. La lectura de los autores griegos, en particular de Platón que glorifica el amor de un hombre hacia otro o hacia un

[103] Véase más abajo, cap. VI.

[104] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, pp. 448-451. A propósito de Havelock Ellis, véase Roy Porter y Lesley Hall, *The Facts of Life*, *op. cit.*, pp. 160 y 161.

muchacho joven, contribuye a desculpabilizar a los interesados. En la segunda mitad del reinado de Victoria, tres asuntos estrepitosos, muy referidos por la prensa, traducen sin embargo la reprobación masiva y el aroma maléfico que se vinculan a la cuestión: el caso de travestismo de Boulton y Park en 1870, el escándalo de Cleveland Street en 1889 y, sobre todo, los tres procesos de Oscar Wilde, ex estudiante de Oxford, en 1895.[105]

Las adeptas del safismo no son objeto de una hostilidad tan viva como sus homólogos masculinos. A principios del siglo XIX Parent-Duchâtelet considera, sin embargo, "a las tríbades como caídas en el último grado de vicio que pueda alcanzar un ser humano", y en 1824 se prohíbe formalmente a las encargadas de casas de trato dejar que las chicas se acuesten en la misma cama. Pero la tensión se afloja más adelante. Los grandes autores –Balzac, Musset, Baudelaire, Pierre Louys, Zola– no vacilan en describir el fenómeno. Los médicos no se apasionan mucho por el tema, de no ser por los clítoris monstruosos que despertaban ya las fantasías de sus predecesores de los siglos XVI y XVII. Los varones vacilan entre la posición del *voyeur* y la del machista frustrado. Los sentidos del primero se erotizan imaginando los cuerpos femeninos enlazados. El segundo encuentra su virilidad y su capacidad para procurar placer en tela de juicio: "Prescindiendo del hombre, bastándose a sí misma, la mujer prescindirá muy pronto de su amor", asegura el doctor Chevalier. El modelo vuelve a encontrarse en la literatura clandestina, encarnado por la condesa *Gamiani*. Cuarenta y cuatro veces impreso entre 1833 y 1930, este gran triunfo erótico es atribuido falsamente por un libelo a George Sand, "la coronela de las tríbades". Se enriquece de una edición a otra, y la heroína acaba volviéndose un animal en celo insaciable, al llegar el siglo XX. La historia cuenta que adquirió su odio mortal a los hombres después de haber sido apaleada y violada por frailes... Menos subidos de tono, comparables a los ocho ejemplos señalados por Krafft-Ebing, 14 casos descubiertos en los archivos ju-

[105] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, pp. 458 y 459.

diciales revelan igualmente la emancipación sexual de las acusadas. Todos los posteriores a 1910, salvo uno, escenifican mujeres mantenidas, camareras de cervecería y prostitutas esencialmente del medio urbano.[106]

Otro indicio de la relativa trivialización de las "perversiones" sexuales es ofrecido por el surgimiento del modelo del sadismo y el masoquismo, descrito en 1890 por Richard von Krafft-Ebing, el renombrado autor de *Psicopatía sexual* (1886). Sin dejar de ampliar la noción de fetichismo, propone considerar el sadismo como una exageración del comportamiento masculino ordinario, en tanto que el masoquismo, clínicamente más frecuente, desarrolla un exceso paralelo propio de las mujeres. En 1892 publica un ensayo acerca de la dependencia sexual, donde distingue lo que califica en forma extrema de normalidad masoquista del tipo patológico precedente. El problema, según él, constituye un importante hecho cultural, en pleno progreso, particularmente en la literatura. Cita a este respecto las novelas de Sacher-Masoch, cuyo nombre es origen del vocablo de referencia, y de su mujer, *La Glu* de Richepin o las obras líricas de Johannes Wedde, editadas de manera póstuma en 1894.[107] Ha aprendido al escuchar a sus pacientes que las técnicas que permiten hacer sufrir son bien conocidas por las prostitutas y que los burdeles disponen de instrumentos específicos, particularmente látigos.

La flagelación es considerada en Europa como el "vicio inglés". Forma parte de los castigos corporales en las *public schools*, particularmente en Eton. El dolor provocado conduce también a cierto placer sexual, si se le cree al psicólogo E. Wulffen. En 1913, éste explica que después del sufrimiento inicial aparece "una sensación de calor que envuelve la totalidad del trasero como una envoltura suave y caliente, que produce una sensación agradable, y

[106] Jean-Paul Aron y Roger Kempf, *La Bourgeoisie, le Sexe et l'Honneur*, *op. cit.*, p. 90; Annie Stora-Lamarre, *L'Enfer de la IIIe République*, *op. cit.*, pp. 35 y 36; Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser a l'alcôve*, *op. cit.*, pp. 54 y 55.

[107] Renate Hauser, "Krafft-Ebing's psychological understanding of sexual behaviour", *op. cit.*, pp. 210, 211 y 216-219.

esto puede fácilmente ser asociado a la región sexual". Sorprendidos a menudo por lo que experimentan, los muchachos azotados se esfuerzan algunas veces por hacer repetir el castigo, lo cual implica el riesgo de afectar su libido, según precisa él. La sabia interpretación permite sin duda a los pedagogos explicar la obstinación de algunos alumnos que no quieren ponerse en fila... Los aficionados al azote son numerosos en Londres. En 1838 pueden escoger sus deliciosos dolores en 20 espléndidos burdeles especializados. Fallecida dos años antes, la señora Theresa Berkley dirigía el suyo a latigazos, como es debido, en 28 Charlotte Street, lo cual le permitió amasar una pequeña fortuna entre 1828 y 1836. Disponía de una gran variedad de instrumentos: látigos flexibles o de 12 correas, gatos de nueve colas erizadas de pinchos, cinchas claveteadas, plantas urticantes de todo género y, la cumbre del refinamiento, una máquina de flagelar de su invención, "el caballo de Berkley".[108] Francia no tiene nada que envidiarle a Inglaterra. Las grandes casas de trato del siglo XIX tienen todo lo necesario para proponer una amplia gama de torturas sexuales: disciplinas con correas de cuero perfumadas, cordones de seda para ataduras, manojos de ortigas, largas agujas, correas sembradas de puntas de alfiler, cuerdas con nudos... Sus pensionarias no se contentan con practicar la felación, que los moralistas consideran la más abyecta de todas las prácticas, junto con la sodomía. Están obligadas a satisfacer todas las fantasías, incluso las de los homosexuales, y a saber manejar todo el equipo. A medida que progresa la ciencia, aprovechan un material moderno, como la bomba ventosa del doctor Mondat o los aparatos de electrificación local, sin olvidar los consoladores, importados de Inglaterra, según Léo Taxil, ni los arreos que permiten dotar a las muchachas de un pene artificial.[109]

[108] Ronald Pearsall, *The Worm in the Bud*, *op. cit.*, pp. 328-335. A propósito de la literatura pornográfica consagrada a este tema, véase Steven Marcus, *The Other Victorians*, *op. cit.*, cap. 6, "A Child is being Beaten".

[109] Alain Corbin, *Les Filles de noce*, *op. cit.*, pp. 184 y 185.

Placeres proletarios

Los placeres sexuales de la mayoría no son los más conocidos. Aparecen incidentalmente en las autobiografías, esencialmente producidas por gente cultivada que pertenece a la alta sociedad. Walter multiplica las indicaciones al respecto, revelando hasta qué punto las convenciones son engañosas, incluso cuando se trata de su universo dorado. En un momento de su vida en el que frecuenta mucho el teatro y los restaurantes de calidad, asiste a un baile de máscaras en los Vauxhall Gardens. Su mayor satisfacción es entonces, según cuenta, "pagarle al guardián para que me deje esconder entre los arbustos y así oculto oír orinar a las mujeres. He oído como a 200 hacerlo una noche, y la mayor parte de lo que dijeron. Nunca más oí semejante mezcla de obscenidades pesadas y pícaras...".[110] Además de la información provista acerca de la ausencia de cuartos de baño, pues todas hacen sus necesidades detrás de los arbustos, el narrador abre una ventana sobre la realidad más trivial, cuando la situación no exige exhibir un papel social. Sólo pueden asombrarse quienes se ofuscan con las pláticas o los juegos atrevidos de los niños cuando se alejan de la vista de sus padres. Una versión edulcorada, muy *soft*, de la escena aparece regularmente en la célebre serie televisiva estadounidense *Sex and the City* (1998-2004), donde cuatro neoyorquinas sueltas hablan entre ellas crudamente de sus deseos.

Algunos investigadores se han lanzado recientemente a seguir la pista de la gente del pueblo.[111] Los archivos relativos a 1.318 admisiones en el hospital londinense de expósitos entre 1850 y 1880 han permitido así revelar los comportamientos sexuales de las clases trabajadoras y corregir la acusación de disipación difundida a su respecto por los biempensantes. Un observador escribe en 1850: "Nadie manifiesta el menor respeto hacia las convenien-

[110] *Ma vie secrète. Servantes et filles de ferme*, *op. cit.*, p. 109.

[111] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve*, *op. cit.*, para Francia de 1850 a 1950; Françoise Barret-Ducrocq, *L'Amour sous Victoria. Sexualité et classes populaires à Londres au XIX^e siècle*, Paris, Plon, 1989.

cias, la decencia o la moral; por el contrario, se observan en ocasiones actos de bestialidad tan repulsivos y tan viciosos que son desconocidos entre los salvajes". La "desnudez" y la exposición de diversas partes del sistema piloso son estigmatizadas en particular. Los censores burgueses se ofenden al ver la menor porción de piel no cubierta o los vellos de los pechos masculinos y de las axilas femeninas,[112] pues no soportan el menor signo que indique la animalidad del ser humano y reprochan a los pobres el prescindir de los códigos de cortesía de las élites.

El hospital de los expósitos recoge los frutos del pecado. Todos nacieron fuera del matrimonio. Algunos proceden de la relación violenta fácilmente establecida entre un amo y una sirvienta, muchos otros resultan de amores sencillos y más bien ordinarios entre parejas del mismo nivel social. Casi todas las madres confiesan haber tenido una o más relaciones sexuales, creyendo firmemente que podrían desposar a su amante, después de un período de cortejo a menudo superior a seis meses, si no un año en más de la mitad de los casos. Las correspondencias sentimentales traen a cuento muy rara vez el acto venéreo y el placer resultante.[113] El autor deduce demasiado rápido la inexistencia de la intemperancia carnal habitualmente reprochada a las "clases depravadas". Es verdad que los sentimientos tiernos son frecuentes y que las cartas conservadas tienen la influencia –no se sabe exactamente de qué manera– del modelo burgués dominante de la atracción romántica, muy reservado en materia de desahogos físicos. Hay sin embargo que recordar que el reglamento de admisión de las pensionarias exige una solicitud personal de la progenitora así como "un certificado de referencia que atestigüe la virtud, la sobriedad y la honradez de la solicitante".[114] Ésta debe, pues, forzosamente mostrarse arrepentida, humilde y sumisa para demostrar mejor su buena reputación y borrar el recuerdo de su falta. Toda alusión

[112] Françoise Barret-Ducrocq, *L'Amour sous Victoria*, *op. cit.*, pp. 36 y 240. Véase también, más arriba, "De la desnudez y de los vellos".

[113] *Ibid.*, pp. 86, 108, 117, 130 y 159.

[114] *Ibid.*, pp. 242 y 244.

contraria en las piezas justificativas que exhibe implica el riesgo de que se rechace la súplica. Ahora bien, la mayoría de estas madres solteras no gana suficiente dinero para pagar los gastos de una nodriza ni pueden continuar trabajando con el fardo de un recién nacido. Empujadas a la miseria total, se vuelven hacia la única tabla de salvación posible, adaptando su comportamiento a las exigencias morales impuestas.

Las fuentes ofrecen una visión muy pesimista de la sexualidad de las muchachas pobres. Si bien creen los juramentos de un galán y acaban por aceptar entregarse a él a pesar de los riesgos que ya conocen, es que se encuentran a menudo atrapadas por contradicciones culturales que las sobrepasan. Muchas son influidas siempre por tradiciones rurales antiguas que autorizan a los jóvenes a toqueteos que pueden llegar hasta la cópula. Los campesinos ingleses del Antiguo Régimen practican ritualmente el *bundling*, un cortejo amoroso impulsado en el domicilio de la damisela, con el consentimiento de los padres, a veces con la desnudez de ambos actores en la cama. Les estaba permitido además señalar su vínculo privilegiado mediante un intercambio público de regalos que equivalía a promesa de boda, si no a oficializar un concubinato a la vista de todos durante la ceremonia del *pitchering*.[115] Toda Europa conocía ese tipo de uniones de prueba. La ley y la presión del grupo de residencia ofrecían siempre sólidas garantías al sexo débil, obligando al seductor a desposar a aquella a la que había embarazado o a satisfacer las necesidades del niño, en caso de tener ya una familia.[116] En el Londres del siglo XIX, las hijas del pueblo continúan creyendo posible seguir la inclinación de sus tentaciones cuando han obtenido una promesa en firme de matrimonio.

Ahora bien, adquieren conciencia demasiado tarde de que las reglas del juego se han modificado en profundidad para los varones jóvenes. Muy hostiles a los que llaman vicios populares, los redactores de la nueva ley sobre los pobres de 1834 han incluido

[115] *Ibid.*, p. 117.

[116] Véase más arriba, cap. III, a propósito de Somerset.

en ella "cláusulas sobre los bastardos" que les quitan a las madres solteras cualquier ayuda jurídica o material fuera de las *workhouses*, los lugares de asilo municipales donde los miserables recogidos son forzados al trabajo. En adelante, las acciones en busca de paternidad o las persecuciones por ruptura de promesa matrimonial ya no son apoyadas por la justicia. Muy pocas muchachas seducidas consiguen más tarde hacer valer sus derechos. Los amantes prometen sin cumplir, huyen cuando se publican los bandos de matrimonio, emigran a América o a otro lado... Algunos expresan un vivo sentimiento de culpabilidad después de haber traicionado a la amada por pura imposibilidad de satisfacer sus necesidades. Otros, "los libertinos que viven el día", explotan las fallas del sistema para fascinar a una presa y después abandonarla sin escrúpulos. La paradoja victoriana es haber roto voluntariamente el equilibrio de las relaciones premaritales populares en nombre de la moral, pero liberando con ello el deseo masculino a expensas de las mujeres.[117] Estas últimas son a la vez víctimas de una nueva ausencia de protección si se dejan arrastrar al placer y las ilusiones del modelo del matrimonio romántico que las empuja a los brazos de los mujeriegos seguros de poder escapar fácilmente a sus responsabilidades. Se instaura sin embargo un nuevo equilibrio relativo. El hospital de los expósitos ofrece una puerta de escape a una limitada minoría que muestra las señales de la virtud arrepentida. Si muchas de sus compañeras, cuyo perfil es juzgado menos edificante, incrementan claramente las filas de la prostitución o viven en una miseria acrecentada, los padres y allegados manifiestan con frecuencia indulgencia hacia las desventuradas. No condenan como tales la pérdida de la virginidad, las relaciones sexuales fuera del matrimonio ni el concubinato, tradiciones rurales importadas en las ciudades industriales.[118]

Lástima que no sea mejor precisado el perfil del sujeto masculino implicado en estos dramas revelados por un mecanismo ambi-

[117] Françoise Barret Ducrocq, *L'Amour sous Victoria*, *op. cit.*, pp. 181 y 202.
[118] *Ibid.*, pp. 231 y 232.

guo, ya que es a la vez socialmente filantrópico y moralmente punitivo. Los 1.318 niños recogidos en 30 años en la inmensa metrópoli londinense y sus madres provisoriamente salvadas del desastre ocultan un bosque de símbolos. De los documentos emerge una nueva relación entre los sexos, muy desequilibrada en beneficio de los varones. Para ellos, el deseo y el goce son siempre tan aceptables fuera del matrimonio como en los siglos precedentes, según los hábitos de su grupo, y la ley no los obliga a reparar la falta. Las chicas buscan la alegría del cuerpo y la promesa de una unión conyugal sin estar tan bien protegidas como antes en caso de embarazo. En el fondo, la lógica victoriana se encuentra perfectamente respetada, dejando al hombre espacios de libertad sexual al encerrar a la mujer en la jaula del matrimonio y la moderación de los apetitos carnales. Puede verse aquí una buena estrategia, complementaria del discurso desvalorizador acerca del pueblo, susceptible de encontrar acuerdo general por parte de los hombres de todas las categorías sociales, pues su virilidad está claramente privilegiada en oposición a las obligaciones que pesan sobre sus compañeras. Éstas cargan en adelante solas con el peso de las transgresiones. Algunos amantes cínicos lo claman sin vergüenza cuando se enteran de la preñez: "Me dijo que me arrojaría al agua y me empujaría con la mano. No ha negado la paternidad".[119] La industrialización no ha sido el paraíso de la clase obrera. Se agrega una dimensión sexual. La impresión de anarquía y de lubricidad dada por el discurso desvalorizador de las clases superiores no es del todo falsa. Perturbando las relaciones entre hombres y mujeres en nombre de la moral, los censores han contribuido a intensificar la guerra de los sexos en las masas trabajadoras, dando a unos un sentimiento nuevo de impunidad, y a las otras el de una dependencia y una fragilidad crecientes. ¡Una manera de ligar el orgasmo a la angustia para las segundas, en ausencia de anticoncepción y a pesar de la relativa compasión de su medio de origen o de los severos filántropos que recogen las criaturas del pecado!

[119] *Ibid.*, p. 174

El estudio se limita a una generación, de 1850 a 1880, que corresponde al apogeo de la represión victoriana en Inglaterra. Posteriormente, los médicos cambian de actitud hacia la masturbación y los guardianes del templo no pueden impedir la expresión de una curiosidad creciente por los goces físicos, revelada entre otros por Havelock Ellis. Las normas rígidas son puestas en tela de juicio por una especie de "anarquía sexual" de fin de siglo, cuando los homosexuales y las nuevas mujeres afirman sus derechos repudiando el matrimonio.[120] Idénticos estremecimientos se observan en el mismo momento en Francia. Entre 1900 y 1914, los médicos se interesan cada vez más en fenómenos ignorados o tratados con discreción en el pasado, como el aborto o la mortalidad de los recién nacidos...[121] Del lado de los proletarios, las conductas sexuales se modifican lentamente en algunos puntos. A las novedades se agregan algunas prácticas anteriores, olvidadas durante un tiempo o quizá simplemente calladas para evitar sanciones y reprimendas, que vuelven a florecer cuando cruje el sustento moral.

Los más tremendos discursos de reprobación no dan en el blanco cuando se oponen demasiado rotundamente a costumbres establecidas con solidez, sobre todo si éstas son agradables. Obreros y campesinos no son para nada afectados por las vivas críticas que pesan sobre la masturbación juvenil, la pérdida de la virginidad de las muchachas, las relaciones venéreas fuera del matrimonio, el concubinato y el adulterio. El tabú de la desnudez, por su parte, es más fácilmente aceptado por ellos en el siglo XIX, sobre todo por parte de las esposas a quienes les repugna desnudarse del todo delante de su marido.[122] Los moralistas parecen lograr sobre todo vencer pasajeramente problemas secundarios. Reprobado hasta finales del siglo XIX, el beso en la boca sale a continuación del campo de la prohibición para integrarse progresivamente

[120] Ellen Bayuk Rosenman, *Unauthorized Pleasures*, *op. cit.*, p. 2.

[121] Évelyne Sullerot (dir.), *Le Fait féminin*, *op. cit.*, pp. 440 y 441, discusión entre Évelyne Sullerot y Michelle Perrot.

[122] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser a l'alcôve*, *op. cit.*, pp. 84 y 85.

al abanico de las sugerencias amorosas y acabar por manifestar su intensidad.[123] Parece dudoso que se invente tan despacio el placer de meter la lengua en la boca de la pareja. El hecho demuestra menos las evoluciones de la técnica amorosa que fluctuación de las prohibiciones en función de las épocas y de los grupos en cuestión. Los libertinos del siglo XVII practicaban con delicia lo que llamaban "beso a la italiana" en París, o "a la francesa" en Londres. A ambos lados del canal de la Mancha, los campesinos también lo disfrutaban, por ejemplo en Somerset y en el marco del *bundling* insular o del *maraîchinage* de la Vendée. Su demonización ulterior corresponde probablemente a su asociación con los secretos eróticos dispensados por las rameras en la época de oro de los burdeles en las grandes metrópolis europeas. Recupera por último más inocencia y reconquista todos los ámbitos durante el siglo XX.

La primera mitad de este último se caracteriza por una búsqueda creciente de la voluptuosidad.

> La erotización de la pareja se lee en el avance del beso en la boca, el desnudo y las caricias bucales. Se revela igualmente en la progresión de las relaciones fuera del matrimonio. El desarrollo de las relaciones prenupciales es particularmente impresionante, y transforma una práctica marginal en un ritual de la frecuentación clásica.[124]

Las mujeres dan el impulso inicial rechazando los embarazos no deseados, comenzando por las más modestas, las obreras, imitadas una o dos generaciones más tarde por otras más pudientes. Antes de la píldora, la "apuesta hedonista" intentada en Francia desde la Tercera República descansa en una administración de los riesgos fundada a la vez en la prudencia masculina y la prevención femenina, con un recurso al aborto como remedio extremo. "Rogaba a los hombres que tomaran precauciones para no embarazarme", explica una planchadora de Brive en 1900. El coito inte-

[123] *Ibid.*, p. 108.
[124] *Ibid.*, p. 308.

trumpido es la técnica por excelencia de los hombres. Sus parejas utilizan tampones y sobre todo esponjas, rara vez pesarios. En caso de fracasar, se "quitan de encima" el fardo, a menudo antes del tercer mes. El número de abortos se duplica, pasa de 30.000 a 60.000 entre 1900 y 1914, y la progresión se hace aún más espectacular luego. Paralelamente, el juego de la seducción se intensifica para las mujeres. El desarrollo del uso del maquillaje, de las tinturas para el pelo en la década de 1920, el culto del cuerpo, de la juventud y de la esbeltez son otros tantos signos de un deseo de amar y ser amado también, que se afirma cada vez más. Las relaciones prenupciales emprenden una vigorosa progresión. Una cuarta parte de las chicas intervienen en la *Belle Époque*, la mitad de ellas hacia 1950 y el 90% al final del siglo.[125]

La ruptura del sistema victoriano fundado en la doble norma masculina y la sujeción femenina acarrea menos la invención de la libertad sexual propiamente dicha que el retorno de lo reprimido; en otros términos, de prácticas más equilibradas entre los dos sexos. La balanza se inclina del lado de la negociación entre las dos partes, lo mismo que ocurría en las sociedades campesinas del siglo XVII o en *L'École des filles* en 1655. En el momento en que se cierra el ciclo represivo, hacia mediados del siglo XX, las mujeres no reclaman todavía todo lo que sus herederas consideran natural a principios del siguiente. Perduran numerosos tabúes a propósito de la menstruación, de la negación a la luz en las relaciones sexuales, de la renuencia a mostrar los órganos genitales ante el médico o el ginecólogo y, más sutilmente, el temor de expresar abiertamente deseos carnales. Ninguna se atrevería entonces a escribir el equivalente del contenido atrevido de la carta de un muchacho de Loir-et-Cher a su amada, en 1939:

> Se me pone dura como a un ciervo. Sería feliz si pudiera estrecharte en mis brazos y deslizar mi polla en tu lindo culito. Pienso

[125] Anne-Marie Sohn, *Du premier baiser à l'alcôve*, *op. cit.*, pp. 129, 131-134, 186, 187 y 224.

> que mientras estuviese dentro te haría gozar de veras y seríamos felices los dos pudiendo disparar un tiro al tiempo [...]. Sentirás mi bonito par de cojones que te golpeará el trasero [...]. Estoy seguro de que te irás contenta después de haber chupado una bonita polla y cosquilleado un par de cojones donde hay buen jugo.[126]

El barón de Blot-l'Église, cuya filosofía hacia 1650 era comer, beber y joder, habría sin duda apreciado como conocedor esta prosa descriptiva...

Flujo y reflujo carnales

La edad victoriana no es sino una cómoda idea para designar una larga fase histórica señalada por un discurso médico dominante, que gira en torno al necesario autocontrol de los deseos y de las necesidades sexuales. Las imágenes y los relatos elaborados rebasan ampliamente el círculo de los expertos para imponerse cada vez más a numerosos contemporáneos.[127] Evitar "gastarse" demasiado, agotarse, se convierte en el mensaje central de los nuevos dueños de la sociedad y de la industria. El modelo de referencia propuesto es el de la familia, en el que la mujer sin deseos, si no frígida, protegida de los riesgos del mundo, concibe y cría niños, y vela por el bienestar de todos. El marido encuentra a su lado quietud y confort, sin dejar de considerarse autorizado para buscar la pasión erótica o las ilusiones del amor compartido con damas de poca virtud. Madre o puta, la mujer de la época siempre es invitada a mostrarse mucho más sumisa que la del pasado. Pero sólo la segunda lleva en adelante el peso del pecado original, bajo una forma modernizada, hallándose dotada de una concupiscencia insaciable y devoradora, a diferencia de la mojigata y casta esposa.

[126] *Ibid.*, pp. 308 y 309.

[127] Ludmilla J. Jordanova, *Sexual Visions: Images of Gender in Science and Medicine between Eighteenth and Twentieth Centuries*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993, p. 158.

El modelo no acaba de ajustarse sino lentamente. Alcanza su plenitud entre 1850 y 1880, y es cada vez más vigorosamente discutido, tanto por la medicina misma, a la cual se une la joven psiquiatría, como por las realidades culturales y sociales. Los reprobos tildados de "perversos" reivindican un reconocimiento de su diferencia. Las dominadas comienzan a no querer dejar que las tengan bajo tutela. La protesta femenina se eleva por todas partes. La nueva mujer liberada se niega al matrimonio mientras que las obreras reclaman el derecho al goce sin temor a la decadencia provocada por un embarazo no deseado, seguido de la huida de un amante ante sus responsabilidades. Las primeras grandes grietas aparecen entre 1880 y 1914. Contradicciones y confusiones señalan esta época de giro moral. Los censores se desencadenan contra el libro pornográfico y la prensa erótica, pero los médicos abandonan el dogma de la morbidez de la masturbación y se interesan cada vez más en la sexualidad ordinaria, así como en las grandes transgresiones, como el sadismo o el masoquismo. En Francia, la ley de 1884 acerca del divorcio abre un camino de mayor libertad a las esposas, que piden otro tanto en Inglaterra y obtienen satisfacciones en la década de 1920. El deslizamiento hedonista insidioso no hace sino acentuarse luego.

Constreñimientos, interdicciones y tabúes no se han impuesto nunca de manera unánime ni continua. La primera mitad del siglo XIX había estado claramente menos encuadrada que la segunda.[128] Bajo el efecto del terrible choque de 1914-1918 y de la necesidad de aflojar las tensiones acumuladas, el tiempo entre las dos guerras ve florecer de nuevo culturas sexuales ocultas antes que pulverizadas por la ofensiva victoriana. Nunca vencido, el libertinaje aristocrático aprovecha las circunstancias para reinstalar goces refinados, ante todo los del sexo, en el meollo de los años locos. Mejor organizados, más reivindicativos, trabajados por las ideologías sociales liberadoras, los mundos populares recuperan una parte de las tradiciones de libertad relativa de las costumbres

[128] Ellen Bayuk Rosenman, *Unauthorized Pleasures*, *op. cit.*, p. 2.

que se les había conjurado a abandonar. Las trabajadoras, que habían sufrido más que sus compañeros varones por la pesadez de las normas nuevas, llevándose la peor parte por embarazos no deseados y abortos traumáticos, vuelven a equilibrar suavemente y en ventaja propia el mecanismo del reparto del placer. Se abre entonces la vía hacia una lenta liberalización de la vida sexual hasta las aceleraciones bruscas de la década de 1960.

El deseo y el placer no se decretan. Desbaratan a menudo las voluntades represivas porque transportan cuestiones existenciales complejas relativas a las relaciones entre el cuerpo y el espíritu. En 1955, King Vidor realiza para los estudios Universal lo que hoy es considerado como uno de los grandes mitos del western: *Man Without a Star*.[129] La historia es sencilla: un aventurero solitario que no escucha más que su instinto y sus apetitos es llamado a ponerse al servicio de una comunidad de pequeños propietarios amenazados por una mujer fuerte que quiere apropiarse de sus tierras. Tratan de defenderse poniendo alambres de púas alrededor de sus posesiones. El héroe es desgarrado entre la fuerza erótica primaria que lo habita y la demanda de justicia de los humildes, entre la búsqueda de una voluptuosidad egoísta en brazos de su patrona decidida a instrumentalizarlo y el sentido del deber colectivo. La gente rozada por el freudismo vería acaso una alusión a la fuerza de las pulsiones inconscientes opuestas a una especie de Superyó cultural que impulsa a superar el narcisismo por el bien de todos. En todo caso, el gran cineasta King Vidor muestra, poco antes de la revolución sexual de los *sixties*, que el deseo es siempre una fuerza terriblemente destructora, en contradicción permanente con los objetivos de la civilización. El héroe se encuentra crucificado por partida doble, repasando su pasado y también en las puntas metálicas de las barreras, cuya existencia niega, llevado por su deseo salvaje de placer.

¿Cómo medir el flujo y el reflujo del placer en nuestra cultura? Probablemente inspirado por el humour inglés, Desmond Morris

[129] *L'Homme qui n'a pas d'étoile*, de King Vidor, con Kirk Douglas, Jeanne Crain y Claire Trevor, 1955.

propone observar el tamaño de las faldas de nuestras compañeras, pues se encogen generalmente durante los períodos de prosperidad y se alargan en caso de crisis económica. "Es difícil comprender por qué las mujeres desean exponer un poco más sus piernas cuando la economía marcha mejor", afirma gravemente.[130] Mientras esperamos que se dedique una tesis a este delicado problema, puede seguirse la línea general de la evolución. Durante los años locos, la tela desciende hasta las pantorrillas y entonces los modelos se hacen claramente más largos en el momento de la recesión, hacia 1930; vuelven a subir durante la segunda Guerra Mundial; bajan de manera *new look* a continuación; registran una disminución drástica en el tiempo próspero de los *sixties*, hasta un estricto mínimo que hace el regocijo del varón chovinista en la época de la célebre minifalda. La crisis petrolera y el desplome económico de la década de 1970 han evitado que los diseñadores conciban un púdico atavío de la entrepierna pues tanto la tensión como la tela han vuelto a caer. En adelante, parece que los costureros tendrán graves dificultades para prever el porvenir del filo de sus tijeras, incluso sondeando devotamente a los gurús de Wall Street. ¿Cuál es la conclusión? ¡Que los altos y los bajos del problema suministran tal vez sobre todo un indicio para interpretar las fluctuaciones de una reprobación moral transformada en la piel que se encoge, como en el cuento, al término de la Segunda Guerra Mundial! ¿No habría alzado la minifalda el último velo victoriano? ¿Habría concluido el ardiente erotismo de una pierna femenina que los británicos del siglo XIX, púdicos hasta el punto de cubrir las patas de los pianos, no podían siquiera imaginar sin deshacerse de placer o ahogarse de rabia? ¿No se asiste desde la década de 1960 a una revolución sexual fundamental?

[130] Desmond Morris, *La Clé des gestes*, París, Grasset, 1979, p. 221, con una gráfica de la longitud de las faldas en el siglo XX.

Cuarta parte

¿REVOLUCIONES? LA HERENCIA DE LOS *SIXTIES*

La noción de placer supera la definición de la satisfacción de las necesidades y de los deseos y confluye con el tema de la felicidad. Es, pues, indispensable tomar en cuenta la cuestión de la moral personal y colectiva frente a la vida, a los goces o a los dolores para explorarla bien,[1] sin olvidar interesarse de cerca en el hecho religioso y en la manera como es vivido por el Sujeto.

La originalidad europea actual, señalada por un individualismo creciente y un poderoso hedonismo, tiene raíces muy antiguas. Los capítulos precedentes han mostrado que el punto de partida se da en el siglo xvi, cuando algunos temperamentos infrecuentes, muy diferentes de sus contemporáneos, comienzan a generar una imagen singular de su Yo, pese a todo el peso de una sociedad, una religión y una moral muy represivas. La segunda gran etapa conduce desde los libertinos del siglo xvii, contestatarios ante los dogmas teológicos y al mismo tiempo cantores del amor físico, hasta los filósofos de las Luces que influyen sobre grupos sociales reducidos pero activos. Pasa por la conquista del goce carnal, que introduce transgresiones importantes y fracturas simbólicas en París o en Londres en el último siglo del Antiguo Régimen. Lo atestiguan, cada uno a su manera, el marqués de Sade y el médico Tissot, denunciante de los peligros del vicio solitario.[2] En el mismo momento, parte de la trascendencia espiritual emigra hacia otras esferas, particularmente a la de lo político, con la afirmación del "desencanto del mundo".[3]

[1] Roselyne Rey, *Histoire de la douleur*, París, La Découverte, 1993.

[2] Jean Mainil, *Dans les regles du plaisir… Théorie de la différence dans le discours obscène romanesque et médical de l'Ancien Régime*, París, Kimé, 1996.

[3] Marcel Gauchet, *Le Désenchantement du monde. Une histoire religieuse du politique*, París, Gallimard, 1985 [trad. esp.: *El desencantamiento del mundo. Una historia política de la religión*, Madrid, Trotta, 2006].

Sigue un largo período de glaciación sexual victoriana, hasta las nuevas y grandes rupturas que tuvieron lugar entre 1960 y 1970. En nuestros días, sociólogos, psicólogos, filósofos e historiadores describen el culto dominante del Ego, mientras que disminuyen los constreñimientos, pues el control social se revela mucho menos asfixiante que en otro tiempo.[4] Belleza, salud, juventud, riqueza, eternidad son prometidas a cada uno por la sociedad de consumo, la publicidad y los medios, lo cual produce una sed cada vez más ardiente de conocer una epifanía narcisista, sin la cual se tiene la impresión de que uno no puede realizarse plenamente. Semejante visión de las cosas descansa en la creencia implícita en un progreso continuo de la humanidad. A principios del siglo XXI, el Yo impondría en gran medida sus deseos hedonistas, su inmenso apetito de vida, a estructuras políticas y religiosas cada vez más obligadas a transar con su fulgurante promoción. Teñida de idealismo, la interpretación aminora en exceso el inextinguible apetito gregario que caracteriza a nuestra especie. El triunfo evidente del individualismo constituye en realidad una forma de renegociación dinámica del pacto social y del contrato de civilización, una adaptación de la cultura occidental a los retos de la mundialización.

Desde principios de la década de 1990, numerosos autores hablan de una nueva "euroseculariдad", en otros términos, una decadencia acelerada del convencimiento religioso en el Viejo Continente y en Canadá, en oposición a Estados Unidos.[5] Según una encuesta aparecida en 2000, la fe profunda en un dios personal se establece entonces en el 36% en Europa (20% en Francia) contra el 69% en el país del Tío Sam, donde la simple creencia en

[4] Jean-Claude Kaufmann, *Ego. Pour une sociologie de l'individu. Une autre vision de l'homme et de la construction du sujet*, París, Nathan, 2001.

[5] Peter L. Berger (ed.), *The Desecularization of the World: Resurgent Religion and World Politics*, Grand Rapids, W. B. Eerdmans Pub. Co, 1999; Grace Davie, *Religion in Britain since 1945: Believing without Belonging*, Oxford, Blackwell, 1994; Grace Davie y Danièle Hervieu-Léger, *Identités religieuses en Europe*, París, La Découverte, 1996; Grace Davie (ed.), *Predicting Religion: Christian, Secular, and Alternative Futures*, Aldershot, Ashgate Pub., 2003.

la existencia de un creador llega incluso al 93%, contra el 69% del otro lado del Atlántico (57% en Francia).[6] Este espectacular debilitamiento parece provenir de un "individualismo espiritual absorbido por la cultura moderna de la realización de sí mismo", cuya principal causa es la "revolución de la repleción alimentaria".[7] Saciada por primera vez en la historia, la civilización occidental ve una transformación profunda de la relación simbólica, colectiva o íntima, con la muerte y el mundo. El ideal de la realización se apoya cada vez más en el ser mismo. La aspiración a la felicidad supera el miedo a carecer de comida, para centrarse en la "realización de sí mismo". Así se desata el lazo tradicional entre el hambre, estrechamente unida al sentido de la muerte, y la promesa divina de dar a cada uno su "pan de cada día".[8] Sin embargo, Estados Unidos no sigue el mismo modelo de evolución espiritual, mientras que la mayoría de los ciudadanos queda tan saciada como en Europa, si no más. Otras variables, esencialmente culturales y simbólicas, deben ser evocadas para completar el cuadro. Después del giro de los años 1968-1970, "el individualismo en la vida común" se ha impuesto más nítidamente en Francia.[9] Además, el continente europeo desconoce la "guerra de las culturas" que arde en Estados Unidos desde la última década del siglo xx.[10] Los problemas sociales como el aborto, el matrimonio gay o la pena capital dividen a la Unión en dos campos muy opuestos. El peso del Sur y del *Bible Belt* (el cinturón bíblico) im-

[6] Citado por Danièle Hervieu-Léger en *Croyances religieuses, morales et éthiques dans le processus de construction européenne*, París, La Documentation française, 2002, p. 11.

[7] Danièle Hervieu-Léger, *Le Pèlerin et le Converti. La religion en mouvement*, París, Flammarion, 1999 [trad. esp.: *El peregrino y el convertido: la religión en movimiento*, México, Ediciones del Helénico, 2004].

[8] Danièle Hervieu Léger desarrolla estos argumentos en *Croyances religieuses...*, *op. cit.*, p. 17.

[9] François de Singly *et al.*, *Libres ensemble: l'individualisme dans la vie commune*, París, Nathan, 2000.

[10] James Davison Hunter, *Culture Wars: The Struggle to Define America*, Nueva York, Basic Books, 1991.

pulsa a una gran intransigencia acerca de estos puntos. La encuesta Gallup de mayo de 2003 señala que el 64% de los indagados está a favor de la pena de muerte (el 31% en contra); el 93% rechaza el adulterio doble, y el 46%, los nacimientos ilegítimos; el 44% opina que la homosexualidad es aceptable (contra el 52%), y sólo el 37% apoya el aborto (contra el 53%). El foso se profundiza con el vecino canadiense, muy próximo al tipo europeo, también marcado por una fuerte disminución religiosa, en la que varias provincias, Quebec entre ellas, autorizan el matrimonio de los homosexuales. La diferencia descansa en algo difícil de deslindar: el sentido de la felicidad no es el mismo en ambos lados de la frontera. Canadá parece "socialmente más suelto", menos dominado por las leyes del mercado.[11] Es también el sentimiento que prevalece entre los analistas estadounidenses a propósito del Viejo Continente, en particular en Francia. Un festival de cine francés en Nueva York, en marzo de 2004, ve así a un crítico oponer la cultura del "machismo imperial" vehiculizado por el cine de su país a un epicureísmo de naturaleza más femenina que asegura descubrir en la irreductible patria de los galos.[12] Un poco caricaturesca, la distinción recuerda al menos una visión estadounidense ordinaria, un poco reprobadora, de una búsqueda de la voluptuosidad que no corresponde a los cánones del industrioso país de la bandera estrellada. Si el individualismo representa una virtud en los dos casos, se matiza de colores singularmente contrastantes entre uno y otro lado del Atlántico.

Los primeros años del siglo XXI registran sin embargo ligeras fluctuaciones. Parece manifestarse en Europa un tímido resurgimiento de lo religioso, mientras que la tendencia desciende un poco en Estados Unidos.[13] En el marco cambiante, el placer ocupa un lugar central pero ambiguo, pues no es absolutamente seguro

[11] Clifford Krauss, "Canada's view on social issues is opening rifts with the US", en *The New York Times*, 2 de diciembre de 2003.

[12] Stephen Holden, "An Epicure's 15-course French feast", en *The New York Times*, 12 de marzo de 2004.

[13] Véase, a este respecto, la conclusión general.

que el hedonismo de los *sixties* haya triunfado definitivamente en Occidente medio siglo más tarde. ¿Constituyen rupturas definitivas las revoluciones más visibles en materia de liberación sexual, particularmente el acceso de las mujeres al derecho al orgasmo? ¿Vivimos una verdadera revolución del deseo y del goce, o sencillamente un poderoso impulso hedonista al cual podría suceder una nueva ofensiva represiva, justamente como el siglo XIX victoriano reprimió el erotismo triunfante de la época de las Luces?

VI. LA ERA DEL PLACER (DE 1960 A NUESTROS DÍAS)

Los *sixties* fueron años fundamentales, tanto en Europa como en América del Norte. Registraron inmensos cambios, sobre todo en materia cultural. A principios del siglo XXI, la generación fundadora (los actuales *papy* y *mamy boomers*) ha visto instalarse a su sombra la de sus herederos directos, y luego la progenitura de estos últimos. Entre las tres dejaron su marca específica en el tejido de nuestra civilización, como comienzan también a hacerlo los nietos y nietas de los primeros. No habría, pues, que considerar estos cuatro estratos sucesivos como un todo. Las transformaciones cada vez más rápidas dan testimonio de una gran diversidad, acentuada aún más por las pertenencias sociales, las capacidades económicas, las diferencias educativas e intelectuales... Pero un libro no bastaría para explorar tales matices. Lo que importa es ir a lo esencial para tratar de comprender si las "revoluciones de los *sixties*" constituyen el inicio de un modelo occidental radicalmente diferente del pasado o, a lo sumo, un momento de permisividad que podría ir seguido de un período de estrechamiento de los constreñimientos, según el ejemplo de los ciclos precedentes.

La historia de la ruptura comienza en 1948, con la publicación en Filadelfia[1] del primer informe de Alfred C. Kinsey. Muy valiente para la época y vivamente criticado, abre de pronto una ventana a la sexualidad masculina, objeto de preocupación y de pesado silencio hasta entonces. Detrás de él se empujan batallones de investigadores que amplían la brecha, no sin malestar en Esta-

[1] En Pensilvania, cuya divisa es, a justo título, "Virtue, Liberty, Independence", como lo proclama el dorso del nuevo *quarter* (la moneda de 25 centavos, cuyas emisiones recientes llevan en adelante la impronta de los símbolos de cada estado de la Unión).

dos Unidos, mucho más fácilmente en el Viejo Continente. Ha llegado el tiempo de un análisis científico del tema. Más tarde, múltiples investigaciones muestran el papel esencial del goce femenino, liberado del deber de la maternidad, por primera vez desde los orígenes de la humanidad, en función de la libre voluntad de la interesada. ¡La verdadera revolución está ahí! Todavía difíciles de evaluar con precisión en nuestros días, sus consecuencias se hacen sentir rápidamente en las relaciones humanas de todo género. La onda de choque se difunde hacia otros espacios simbólicos. En medio siglo, la homosexualidad deja de ser juzgada como un comportamiento anormal, al menos en Europa, mientras el problema sigue siendo de veras ardiente del otro lado del Atlántico, donde el matrimonio gay es objeto de polémicas apasionadas a principio de 2000.

La cuestión de la sexualidad y del placer es tan decisiva en nuestra civilización desde hace siglos, que había permanecido tabú, como los grandes mitos fundadores. La transformación radical inaugurada por Kinsey se hizo posible por un movimiento de fondo concerniente a la percepción del Sujeto respecto de su relación con los demás. Se acentuó todavía cuando las grandes ideologías fueron discutidas y el pacto social al modo occidental debió a la vez adaptarse a nuevos retos en la escena mundial e integrar una aspiración irresistible al éxito personal, surgida del avance de una corriente portadora hedonista. El cuerpo y el alma no hablan la misma voz en el umbral del tercer milenario. Sin embargo, el individuo rey no es sino una metáfora para explicar la metamorfosis de la cultura que lo sostiene, pues, si no se resigna ya a las respuestas dilatorias proporcionadas por las grandes ideologías o las iglesias, la búsqueda de la felicidad inmediata no impide una reflexión sobre la trascendencia y el devenir después de la muerte, al precio de contradicciones que pueden revelarse como fundadoras o, por el contrario, dolorosas. Medio siglo después de los descubrimientos de Kinsey y su equipo, Estados Unidos, a diferencia de Europa, vacila en el umbral de la definición de un nuevo acuerdo carnal, sobre el cual se funda cualquier en-

lace comunitario, tratando de preservar el dogma de la familia heterosexual y el principio del control riguroso de la voluptuosidad.

Una bomba sexual: el informe Kinsey

Basta con abrir el enorme informe Kinsey de 1948 para darse cuenta de que los Estados Unidos de entonces cuidaban devotamente el legado represivo europeo. Al mostrar por vez primera la realidad de las conductas eróticas en un universo de lo más puritano, la obra realmente abrió la caja de Pandora. La California de *Peace and Love*, los movimientos de liberación sexual, el descubrimiento del goce femenino, las solicitudes de reconocimiento de quienes en aquel tiempo eran llamados desviados o anormales, son algunas consecuencias entre otras de esta verdadera sacudida telúrica, particularmente violenta en una comarca de marcados contrastes.

Los orígenes de la "guerra de las culturas"

A la cabeza del equipo del Instituto para la Investigación Sexual de la Universidad de Indiana, Alfred Charles Kinsey (1894-1956) emprende, a partir de 1938, una gigantesca encuesta sociológica sobre el comportamiento sexual humano. Los resultados son editados en dos volúmenes, uno en 1948 a propósito del hombre, el otro en 1953 acerca de la mujer.[2] El método es el del comentario de

[2] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, Filadelfia, W. B. Saunders Co., 1948; Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, Filadelfia, W. B. Saunders Co., 1953. Los datos han sido ulteriormente verificados con cuidado, rectificados en ocasiones, y reunidos por Paul H. Gebhard y Alan B. Johnson, *The Kinsey Data: Marginal Tabulations of the 1938-1963 Interviews Conducted by the Institute for Sex Research*, Filadelfia, W. B. Saunders Co., 1979. El Institute for Sex Research de la Universidad de Indiana posee 18.000 fichas individuales en las cuales se fundan estos análisis. Kinsey soñaba con reunir 100.000... A propósito de quien fue inicialmente el recono-

datos estadísticos observados y cruzados en función de todos los parámetros posibles: sexo, edad, origen geográfico, nivel de educación, ocupación, estado civil, etc. Las conclusiones son ofrecidas en un lenguaje descriptivo exento de pasión. Es imposible, sin embargo, no pensar que el lector de las 800 páginas relativas al varón humano, en 1948, debió a veces divertirse mucho o, por el contrario, ahogarse de furia al descubrir esta prosa simple pero precisa. Para concluir la cuestión de las prácticas sexuales con animales, por ejemplo, se señala que su frecuencia varía enormemente según las regiones y que los resultados finales se aplican esencialmente a la cuarta parte nordeste de la Unión. Se afirma asimismo que el 6% de la población masculina se entrega a ello durante la primera adolescencia, pero que la cifra cae al 1% en los solteros de más de 20 años. Si sólo se consideran los jóvenes rurales de 11 a 15 años, el 11% de ellos se ven implicados, con un máximo de ocho relaciones por semana en el caso de los más activos...[3]

El aspecto más fascinante de este trabajo erudito sistemático es que define con nitidez ejemplar la diferencia entre las normas y las realidades. Kinsey y sus colaboradores usan como encabezado la dimensión represiva muy constreñidora de la tradición "anglonorteamericana". Heredada de las normas cristianas, considera el acoplamiento únicamente como un modo de reproducción y no acepta "ninguna forma de actividad sociosexual fuera del estado matrimonial". Incluso las relaciones maritales están limitadas a tiempos y lugares precisos, así como a técnicas susceptibles de conducir a la concepción. En virtud de esto, el varón soltero, viudo o divorciado no tiene teóricamente ningún derecho en este dominio, puesto que no puede procrear de modo legítimo. Homosexuales y

---

cido especialista en un tipo de avispas (las *cynipidae*), véase la enorme biografía a la vez admirativa y muy crítica de James H. Jones, *Alfred Kinsey. A Public/Private Life*, Nueva York, W. W. Norton and Company, 1997, así como la película *Kinsey*, de Bill Condon, con Liam Neeson y Laura Linney (2004, aparecida en Francia un año más tarde con el título de *Docteur Kinsey*).

[3] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, p. 262.

adeptos del vicio solitario son rechazados por las mismas razones por el código moral y condenados por la justicia en caso de transgresión. Las legislaciones estadounidenses caracterizan toda actividad sexual pre, extra o pos marital como anormal e ilícita, calificando los hechos, según los casos, de violación, fornicación, adulterio, prostitución, incesto, delito o agresión sexual, indecencia pública... Asimismo, toda relación homosexual y todo coito con animales deben ser castigados. Puesto al conocimiento de los tribunales, el contacto bucogenital o anal practicado por la pareja oficialmente unida está igualmente penalizado. Aun si los actores consienten en ello, el *petting* (caricias profundas y toqueteos) de los adolescentes es merecedor de persecuciones por agresión sexual o por poner en peligro la moralidad de los menores. La menor manifestación erótica pública, incluso el hecho de mirar tales acciones, puede acarrear un proceso por "delito" o indecencia pública. La masturbación es particularmente deshonrosa. En 1905, Indiana decretó que fomentar este vicio constituye en sí una infracción punible bajo el rótulo de sodomía. Algunas instituciones educativas imponen sanciones físicas a quienes se entregan a ella, y un reglamento de junio de 1940 de la Academia Naval de Annapolis considera que el hábito es un argumento suficiente para negar la admisión de un candidato.[4]

El segundo informe Kinsey insiste en la ambigüedad de los mensajes morales y culturales dominantes que conciernen a la sexualidad. Por un lado, la religión, la ley, los psicólogos y los psiquiatras, acompañados de la mayor parte de la opinión pública, definen el coito heterosexual como el más deseable, el más maduro y socialmente más aceptable de los comportamientos genitales. Pero las mismas instancias lo reprueban muy enérgicamente si se ejerce fuera del matrimonio, lo cual confunde el mensaje a ojos de los adolescentes. En 1953, la mayoría de los estados de la Unión siguen prohibiendo cualquier copulación juvenil, en ambos sexos, hasta la mayoría de edad, que varía entre los 14 y 21 años según los lugares. Los magistrados se muestran generalmente más severos si

[4] *Ibid.*, pp. 263 y 264.

los acusados tienen menos de 20 años, si pertenecen a niveles sociales diferentes y si no son de la misma raza, o bien si un hombre adulto se relaciona con una chica menor de edad.[5]

Los Estados Unidos puritanos de la década de 1950 aparecen como un conservatorio de la ideología antisexual tal como se había impuesto en Europa en el siglo XVII, en el tiempo del placer prohibido.[6] Se ha visto que la literatura erótica misma validaba entonces el modelo matrimonial obligatoriamente procreador, a fin de que nunca se perdiera la inapreciable simiente. Las iglesias y las leyes calificaban cualquier relación fuera del matrimonio como impura y criminal, y las peores infamias imaginables eran la homosexualidad, la bestialidad y el incesto. Durante la paciente espera de una felicidad conyugal tardía, las muchachas jóvenes debían preservar intacto el tesoro de su virginidad, y los muchachos, evitar la masturbación. La única gran diferencia en comparación con las descripciones de Kinsey se relacionaba con el goce femenino, considerado entonces como indispensable para una buena fecundación. El principio fue abandonado más adelante, cuando los victorianos proclamaron que la búsqueda del orgasmo interesaba únicamente a las prostitutas, nunca a las esposas honradas. Los Estados Unidos de mediados del siglo XX realizaron una síntesis normativa de este doble legado histórico. No solamente la religión, la moral ordinaria y el derecho imponen el ideal exclusivo del matrimonio orientado hacia la reproducción, haciendo pesar poderosas amenazas sobre todos los rebeldes y desviados, sino que la tradición victoriana limita muy fuertemente el gusto del placer carnal, influyendo en este marco lícito, en particular para las mujeres.

El equipo de Kinsey verifica sin embargo que las normas y los códigos tan apremiantes no son respetados por la mayoría de sus contemporáneos. Puede imaginarse que es a costa de frustraciones y quizá de una culpabilización del Sujeto, sin poder ir más le-

[5] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, *op. cit.*, pp. 285, 324 y 325.

[6] Véase más arriba, cap. III.

jos pues la encuesta se detiene en este punto. Cincuenta años más tarde, la capa puritana sigue siendo pesada en el país del Tío Sam. Kinsey temía ya que una interpretación literal de la severa ley antimasturbatoria de 1905 en Indiana permitiese perseguir a un profesor o a un científico por haber dicho o escrito que el vicio solitario no causa daños físicos, con el argumento de que tal conclusión científica puede fomentar la comisión del delito. Ahora bien, en diciembre de 1994, Jocelyn Elders, ministra de Salud de Estados Unidos en la administración Clinton, es despedida por el presidente por haber declarado públicamente en una reunión de las Naciones Unidas sobre el sida que quizá sería bueno que el tema de la masturbación formase parte de la enseñanza en las escuelas públicas. Ésta es en todo caso la razón oficialmente adelantada por el jefe de Estado durante una conferencia de prensa en Miami: explica que este punto de vista se aleja de la política de su gabinete y de sus "propias convicciones".[7] La toma de posición de Elders ofende tanto al equipo demócrata dirigente como a los cristianos más tradicionalistas. Es verdad que el tabú sigue siendo en nuestros días uno de los más poderosos y mejor compartidos en Estados Unidos.

Otros asuntos recientes muestran más bien que una "guerra de las culturas" sacude actualmente dos campos de opiniones rotundas –progresistas y conservadores–, a propósito del aborto, la familia, el matrimonio gay o simplemente de los derechos sexuales de cada uno. El brillante atleta seleccionado para ingresar en la Universidad Vanderbilt, Marcus Dixon, un joven estudiante negro, residente en Rome, una comunidad mayoritariamente blanca de Georgia, ha visto caer su vida al principio de 2004. Ha sido condenado a

[7] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, p. 264. Acerca del caso de Jocelyn Elders, véase Stephen Greenblatt, "Me, myself and I", en *The New York Review of Books*, vol. 56, núm. 6, 8 de abril de 2004 (a propósito del libro de Thomas Laqueur, *Solitary Sex: a Cultural History of Masturbation*, Nueva York, Zone Books, 2003; trad. fr., *Le Sexe en solitaire. Contribution a l'histoire culturelle de la sexualité*, París, Gallimard, 2005 [trad. esp.: *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007]).

10 años de cárcel por haber tenido relaciones sexuales, a los 18 años y siendo mayor de edad, con una muchacha blanca, menor de edad, de su escuela, de 15 años y 9 meses. Compuesto de nueve blancos y tres negros, el jurado lo absolvió de las acusaciones de violación en el sentido estricto formuladas contra él, pero lo consideró culpable de "violación según la ley" (*statutory rape*) y de "agresiones sexuales agravadas sobre infante" (*aggraved child molestation*). El primer cargo de inculpación se refiere a las relaciones físicas con alguien menor de edad, incluso si éste consiente en ello. La pena máxima es de un año de prisión, pues Georgia forma parte de los 35 estados que promulgaron "leyes Romeo y Julieta" descriminalizando o moderando las sanciones previstas a este respecto contra los adolescentes. Pero la segunda acusación es muy grave. Definida en 1995 por los legisladores locales como uno de los "siete pecados capitales", acarrea por lo menos 10 años de detención. Había sido usada porque la víctima era virgen, tenía lesiones en la vagina, cortes en los labios y aseguraba no haber estado de acuerdo. Pocas personas, por lo demás, conocían la incidencia exacta de la formulación. El juez explicó que estaba obligado a aplicar la ley. Una vez enunciada la sentencia, cinco de los miembros del jurado declararon que no habrían votado de la misma manera si hubieran sabido que Marcus permanecería tanto tiempo detrás de las rejas. El castigo era muy duro por un simple coito entre *teenagers*, tanto más cuanto que no constaba ningún otro ejemplo reciente de tal severidad en Georgia. El *New York Times* criticó severamente, por lo demás, esta "injusticia estilo Viejo Sur". El *attorney* del distrito había creído desactivar los reproches de parcialidad racial afirmando que Marcus Dixon era un "depredador sexual" porque había recibido dos reprimendas previas por "comportamiento sexual inapropiado": una por haberse exhibido en clase, la otra por haber puesto las manos bajo los pantalones de una condiscípula.[8]

[8] Andrew Jacobs, "Student sex case in Georgia stirs claims of Old South justice", en *The New York Times*, 22 de enero de 2004. Gracias a la acción en su favor de comités de defensa, Marcus Dixon ha sido finalmente liberado después de 18 meses de detención...

La vieja prohibición que pesaba sobre la sexualidad juvenil puede siempre ser activada para la justicia a principios del siglo XXI. Entre los criterios definidos por Kinsey en 1953, la minoría de edad de la "víctima", la mayoría de edad y la diferencia de color del "agresor" continúan pesando mucho. La propia muchacha había precisado que no quería hacerse ver con Marcus porque su padre "era un racista" y ella temía que los matase a ambos si la veía con un negro. La opinión pública no es sin embargo monolítica, como lo muestran las "leyes Romeo y Julieta" adoptadas en la mayoría de los estados, la reacción de una parte del jurado en Georgia, el artículo escandalizado de *The New York Times* y la acción de comités de apoyo a Marcus Dixon, que consiguieron su liberación anticipada. Poco frecuentes, incluso excepcionales, semejantes procesos son también muy simbólicos, y por este hecho juzgados con una brutal severidad. La realidad es que las leyes trituran a escasos desviados que son castigados como ejemplo, pero dejan escapar a la mayoría de quienes las quebrantan. En el fondo, la permisividad domina las normas y los códigos apremiantes, como lo subrayan vigorosamente los informes Kinsey.

Homosexualidad y masturbación

Entre las conclusiones del estudio de 1948 relativo al varón estadounidense, se insiste en el hecho de que el viudo o divorciado medio continúa teniendo una vida genital activa a pesar de las costumbres, las leyes y los principios morales que se lo prohíben. Sigue llevando adelante el modelo dominante para el adulto casado, realizando sus deseos en el 80% con coitos heterosexuales. Por lo demás, se masturba, tiene sueños húmedos y, si es más bien joven, busca tan a menudo como el adolescente soltero relaciones con parejas del mismo sexo que él.[9] Kinsey asesta con tranquili-

[9] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, p. 296.

dad algunas verdades estadísticas particularmente perturbadoras para quienes sustentan el orden moral, trivializando lo que algunos llaman desviaciones, vicios o perversiones. Se niega a dividir la población masculina en heterosexuales y homosexuales, y prefiere hablar de un continuo, proponiendo una escala de siete niveles que describe las etapas posibles para un individuo a lo largo de su vida. El grado cero atañe a los heterosexuales exclusivos. El grado seis a aquellos que son únicamente homosexuales, con un nivel tres consagrado a aquellos que practican por igual los dos tipos de conducta.[10] Más de la tercera parte de los hombres de raza blanca interrogados, el 37% exactamente, ha tenido "al menos alguna experiencia homosexual abierta hasta el punto del orgasmo entre la adolescencia y la vejez". Es también el caso, en promedio, del 50% de aquellos que permanecen solteros después de los 35 años. Entre ellos, el factor educativo desempeña un papel importante, pues la cifra pasa al 58% para los más diplomados. En el polo opuesto, los homosexuales exclusivos durante toda su vida después de la adolescencia no superan el 4% del contingente, y Havelock Ellis estimaba su número en el 2% o el 3% a principios del siglo. Sin embargo, si se reduce la observación a tres años continuos, entre 16 y 55 años, el 8% del grupo de edad viene entonces al caso.[11] En otros términos, la "naturaleza" o el deseo se adelantan a la "cultura", es decir, al derecho y los códigos normativos, durante la juventud, y entonces el ideal matrimonial se vuelve cada vez más exclusivo y apremiante. Se libera un claro aroma a Antiguo Régimen europeo, cuando los varones solteros teórica-

[10] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male, op. cit.*, pp. 639 y 656. La escala de Kinsey sirve de núcleo a una muy abundante literatura. Otros sistemas de división han sido propuestos particularmente por Coleman, Bem, Klein, Shively y DeCecco. Varios sitios de Internet están consagrados a la discusión de estas cuestiones, entre ellos, The Kinsey Institute for Research in Sex, Gender, and Reproduction (Universidad de Indiana), donde la escala de Kinsey es presentada con una gran bibliografía crítica. Disponible en línea: <http://www.kinseyinstitute.org/resources/akhhscale.html>.

[11] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female, op. cit.*, pp. 650 y 651.

mente forzados a la continencia tenían el beneficio de una tolerancia tácita y luego cambiaban de costumbres después de haber recibido el sacramento del matrimonio. En 1953, Kinsey agrega comentarios acerca de la severidad extrema de las leyes pertinentes en la mayor parte de los estados de la Unión. Calificados, como en el siglo XVII, de "sodomía, suciedad, actos perversos y no naturales, crímenes contra la naturaleza", etc., los comportamientos de este tipo son sancionados a menudo tan duramente como las violencias contra las personas. Un solo estado, el de Nueva York, no impone penalidades si se limitan a los adultos, en privado, con el consentimiento de ambas partes, como ocurre también en Escandinavia y en otros países occidentales.[12]

Entre las grandes culturas de mediados del siglo XX, la de América del Norte es considerada como la más represiva de todas por el equipo de Kinsey. Hacía falta mucho valor para afrontar así las interdicciones opresivas sostenidas por las iglesias, los tribunales y la opinión pública. Una de las piedras tranquilamente arrojadas a la charca del conformismo, relativa a la masturbación, no ha dejado de agitar el agua hasta nuestra época. El estudio de 1948 revela que cerca del 99% de los muchachos menores, entre 8 y 12 años, la han experimentado, y el 92% de toda la población masculina la practica hasta el orgasmo. Las excepciones conciernen sobre todo a descendientes de las capas sociales inferiores, que no tienen necesidad de ello porque desde muy temprano tienen relaciones heterosexuales, y aquellos que no se interesan es porque obtienen el disfrute en emisiones espermáticas nocturnas. Globalmente, los datos concuerdan bastante bien con los estudios europeos, que comunican del 85% al 96% de casos. Pero el vicio solitario es un tabú formidable en Estados Unidos, precisa Kinsey, lo cual acarrea grandes reticencias para admitirlo ante un encuestador, sobre todo por parte de las personas menos cultivadas.[13]

[12] *Ibid.*, p. 483.

[13] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male, op. cit.*, pp. 313 y 499.

Semejante actitud parece directamente heredada de la prohibición seria dictada por la medicina occidental a partir de Tissot.[14] El imaginario en cuestión entrelaza la noción de pecado procedente del cristianismo con la noción de pérdida de sustancia, dañina para el individuo y la sociedad entera. Un fuerte sentimiento de culpabilidad se desprende con sólo formular el tema, que provoca molestia, angustia o rechazo por parte de los oyentes. No es seguro que se trate de algo perfectamente consciente. Una especie de reflejo automático ha sido confusamente establecido en un país muy hostil a toda forma de sexualidad fuera del matrimonio, como subraya Kinsey, pues el placer solitario es evidentemente muy difícil de descubrir, y por tanto de castigar y vencer. Una anécdota relatada por *The New York Review of Books* permite tomar la medida entera del trastorno ocasionado por su evocación. El número del 8 de abril de 2004 usaba en la cubierta el "sexo solitario", a propósito de un libro consagrado al problema. El autor había sido invitado a presentar una exposición al respecto en Harvard, dos años antes. Pues bien, la iniciativa había desencadenado un verdadero pequeño pánico entre los instructores encargados de los trabajos prácticos. Una reunión para regular la "gran crisis de la masturbación" había transcurrido en una atmósfera tan febril como embarazosa. Uno de los educadores había declarado que su conciencia le prohibía hacer leer la obra o incluso incitar a los estudiantes a asistir a la conferencia...[15] El estado de Massachusetts no es, sin embargo, conocido por su estrechez de espíritu. El tribunal supremo local incluso creó un suceso, al final de 2003, al autorizar el matrimonio gay, a partir del 17 de mayo de 2004, primera iniciativa legal de este tipo, muy vigorosamente criticada por los neoconservadores. El surgimiento de una angustia tan intensa tocante al vicio solitario, en una universidad prestigiosa de un rincón tenido por abierto en la Unión, permite captar toda la importancia del silencio cultural al respecto.

[14] Véase más arriba, cap. v.
[15] Stephen Greenblatt, "Me, myself and I", *op. cit.*

El informe de 1953 acerca de las mujeres añade que el 62% de ellas se ha masturbado en el curso de su vida, pero que sólo el 58% ha alcanzado así el orgasmo. Su número aumenta en función de la edad, sin duda porque ven reducirse las ocasiones de copular, pero quizá también, como plantea Kinsey, porque adquieren mayor sensibilidad erótica al envejecer. Una de las conclusiones más estrepitosas, captada pronto por las que reclaman su derecho al goce, atañe al efecto del fenómeno sobre la vida sexual de la pareja. La investigación muestra que las esposas tienen mayor dificultad que los maridos para alcanzar la satisfacción de los sentidos. Entre las causas se propone el hecho de que el 36% de ellas no hayan experimentado jamás el menor placer antes de la boda, ya sea a través de una relación completa, caricias profundas, relaciones homosexuales o masturbación. La calidad del comercio conyugal depende estrechamente de cualquier experiencia anterior del orgasmo: del 31% al 37% de las que jamás se han masturbado, que no han hallado en ello deleite, no lo alcanza en el curso de los 12 primeros meses, y aun durante los cinco primeros años de su unión, mientras que sólo entre el 13% y el 16% de quienes han alcanzado la dicha gracias a prácticas solitarias está en esta situación. Las técnicas masturbatorias femeninas son además más variadas: el 84% de ellas, contra el 95% de los varones, recurre a manipulaciones genitales; el 20% a inserciones vaginales; el 15% a la presión de los muslos o a las tensiones musculares, y el 2% a la pura imaginación, cosa extremadamente infrecuente en el Sujeto masculino.[16]

Una cultura erótica escondida

Mientras que el placer masculino en el coito se acerca al 100%, no concierne sino al 70-77% de las mujeres. Más de dos tercios de los juegos amorosos duran entre cuatro y veinte minutos, el 22% más,

[16] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, *op. cit.*, pp. 142, 174 y 371.

y solamente el 11%, menos de tres minutos. La posición más común es la del varón dominando a su pareja, pero las encuestas de 1953 revelan que ésta aprecia a menudo otras posturas, poniéndose encima de él (45%) o al lado (31%).[17] Otros datos trazan el contorno de una cultura sensual oculta, en contradicción con la moral o las leyes. La desnudez, por ejemplo, es mejor aceptada por los representantes de las capas superiores que por los estratos populares, donde se halla definida incluso como obscena por los menos acomodados y las personas de escaso nivel escolar. Por el contrario, el 90% de los primeros tiene regularmente relaciones sexuales estando desnudos y muchos, sobre todo entre los hombres, duermen sin ninguna prenda.[18] En el caso de la gente menuda, hay que ver un legado victoriano tardío, mientras que las élites adoptan otras costumbres para diferenciarse mejor de los seres ordinarios. Sin embargo, si el tabú de la desnudez se ha aflojado en la intimidad conyugal de los grupos dominantes, sigue siendo más importante en público que en algunos países europeos, escandinavos en particular. Las normas del cine de Hollywood continúan atestiguando un pudor puritano que no se ejerce en el resto del mundo occidental. Al igual que la violencia o la sangre, la desnudez, los besos y las escenas de amor son siempre objeto, en Estados Unidos, de una intensa supervisión y de una rigurosa codificación a fin de advertir al público.[19]

[17] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, *op. cit.*, pp. 392 y 393.

[18] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, p. 366.

[19] "R" para violencia, referencias sexuales, impiedad, uso de drogas o alcohol (las precisiones se agregan al registro: *Dogville*, de Lars von Trier, se clasifica como "R" por violencia y contenido sexual en 2004, y *Kill Bill, Volume 2*, de Quentin Tarantino, lo es también por impiedad, violencia y uso de droga); "PG" para algunas referencias sexuales, epítetos ligeros o humor crudo (en 2004, *Ella Enchanted*, de Gail Carson Levine, una variación sobre la historia de Cenicienta, ha obtenido esta calificación por humor crudo y epítetos ligeros); "PG-13" para temas destinados a adultos, humor crudo y sexual, impiedad, desnudez, sexo explícito, uso de droga y alcohol (lo cual apunta, por ejemplo, a *The Girl Next Door*, de Emile Hirsch, o bien *Bon Voyage*, con Gérard Depardieu, por violencia).

Los dos informes Kinsey recalcan una disyunción social desde mediados del siglo xx. Las prácticas sexuales de los pudientes se distinguen claramente de las del pueblo humilde por una libertad más afirmada y el acento puesto en la búsqueda del placer erótico. Las caricias atrevidas mutuas (el *petting*) son muy apreciadas, tanto por los hombres como por las mujeres. La explicación que se propone es que la discusión con los amigos, y sobre todo la lectura de los manuales matrimoniales, hacen tomar consciencia a los primeros de que las segundas tienen necesidad de estimulaciones intensas para alcanzar un orgasmo simultáneo con su pareja en el coito. Así, los senos y los órganos genitales femeninos son casi siempre manipulados (en el 96% y el 90% de los casos), mientras que los varones de origen modesto se interesan menos en ello (79% y 75%). Esta observación no carece de sabor, pero no es comentada: la investigación de 1948 señala que las chicas del pueblo tienen la mayor frecuencia orgásmica entre los brazos de amantes que, sin embargo, se proponen menos animarlas con el *petting*... Ellas mismas son las más reticentes de todas para acariciar los atributos masculinos (57%). En estas categorías de población, precisa lacónicamente el redactor, la intromisión es considerada esencial, en el curso de una relación "normal". La manera de besar se modifica también en función del origen de los actores. Común y deseable para los acomodados, el hábito es mucho más infrecuente y más superficial entre los miembros de los grupos trabajadores. Mientras que los primeros encuentran excitante y erótico el 87% de las veces el beso profundo, con el contacto de las lenguas y la exploración de la boca, es considerado como sucio y portador de enfermedades por los segundos.[20]

Nada podría revelar mejor hasta qué punto el conjunto de la sexualidad humana constituye siempre una construcción cultural, relativa a los valores de una civilización dada. La historia del beso profundo forma parte del arte de amar antiguo. Sin embargo, en

[20] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, pp. 367-369.

el siglo XIX se vuelve, para quienes pertenecen a las masas trabajadoras o a las clases medias, un índice negativo de la sensualidad libidinosa de los aristócratas hambrientos de sexo. En Estados Unidos, hacia 1950, es empujado a la cima de la pirámide social, donde sirve de prueba respecto de una capacidad de atención de los deseos del ser amado. Si bien los proletarios lo evitan, es probablemente más para conservar su identidad afirmando orgullosamente su apego a los valores viriles que por una auténtica repulsión ante el contacto íntimo. El *petting* era intenso y variado en los campos de Somerset en el siglo XVII.[21] Sólo las mujeres nobles y las campesinas acomodadas puritanas lo rechazaban, para afirmar a la vez su diferencia y su reprobación. No hay, pues, que analizar tales hechos de manera absoluta en el nombre de morales siempre contingentes. Las formas de la voluptuosidad se adaptan sin cesar a los códigos colectivos dominantes, en función de los principales factores que son la pertenencia al género masculino o femenino, la edad y el puesto social que ocupan los actores. Lo que está bien o es bueno para unos se vuelve malo o condenable para otros, en un juego comunitario donde la sexualidad sirve a la vez de referencia y de prueba de normalidad a los ojos de aquellos a quienes se quiere imitar. Mientras que las élites estadounidenses se entregan ampliamente a la dulce transgresión de las leyes y la moral, la gente del pueblo se erige como defensora de ellas, criticando implícitamente el relajamiento de los precedentes. La "guerra de las culturas" no data de la década de 1990. Se arraiga en antagonismos mucho más antiguos, ligados a las pertenencias económicas, religiosas y educativas. La línea de fractura aparece aún más claramente a principios de 2000. Si el aborto, el matrimonio gay y las técnicas eróticas constituyen sus pretextos, revelan la existencia profunda de una vieja hostilidad entre quienes quieren a toda costa creer en las prohibiciones o las normas y quienes las evaden, porque tienen suficiente poder, dinero y cultura para no sufrir demasiadas sanciones legales ni el ostracismo destinado a

[21] Véase más arriba, cap. III.

los desviados. Hay que recordar que el *petting* extraconyugal público es definido como indecencia, incluso como un delito si implica toqueteos atrevidos o contactos bucogenitales, en la mayoría de los estados de la Unión, hacia 1950. Pueden emprenderse persecuciones en el caso de denuncia de parte de padres furiosos o vecinos ofendidos. En Oregón toda conducta genital "perversa" es un crimen contra natura. Otro tanto acontece en Arizona con respecto a un contacto corporal realizado de manera "no natural" para despertar los deseos sexuales de alguien. En muchos estados el contacto entre la boca y el pene o la vagina es sancionado, ya sea en virtud de las leyes contra la sodomía o porque representa un "crimen contra natura".[22]

Las experiencias orales en la pareja están igualmente proscriptas por las leyes y los estatutos de numerosos estados. Ocurre en ocasiones que los cónyuges son entregados a la justicia y condenados porque sus hijos los han visto en acción y los vecinos lo han sabido por esas bocas inocentes... La represión a este respecto es tan poderosa, hacia mediados del siglo xx, que induce una gran reticencia a responder a preguntas acerca de este capítulo, lo cual minimiza la parte del fenómeno.[23] La inhibición ha declinado notablemente después, pues todas las investigaciones de fines de la década de 1980 muestran que el cunnilingus y la felación son practicados por el 90% de los que responden, casados o solteros. Las mujeres llegan incluso a quejarse de una verdadera obsesión masculina por un *blow job* (una "chupada").[24]

El notable trabajo del equipo dirigido por Kinsey pone de manifiesto el paradigma fundamental de la sexualidad estadounidense ideal hacia 1950: ¡la pareja heterosexual y nada más! La de-

[22] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, *op. cit.*, pp. 262 y 263, en particular nn. 32-34.

[23] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, p. 577.

[24] Lillian B. Rubin, *Erotic Wars: What Happened to the Sexual Revolution?*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 1990, pp. 120 y 121.

fensa de este punto clave del sistema implica la prohibición de las relaciones premaritales, a diferencia de Europa, donde los clínicos hallan ventajas para el individuo y la colectividad, así como la de cualquier forma de placer "anormal", es decir, diferente de la penetración con fines de fecundación. La ley penaliza también el adulterio, más severamente en la porción nordeste que en el resto del país.[25] Sin embargo, las realidades vividas se apartan mucho de los códigos, de las reglas y de las convenciones sociales. Esta segunda verificación de los investigadores es también la más detallada, rica e impresionante. Permite comprender mejor el surgimiento en la década de 1960, en California y otros lugares, de un deseo de disfrute en contradicción con los imperativos legales o morales, y más aún la división clásica de la Unión en dos campos radicalmente opuestos. La actual "guerra de las culturas" no es puramente religiosa y política. Se añaden múltiples dimensiones, en particular una irreductible oposición relacionada con la administración del hecho conyugal y de las libertades carnales. Los que apoyan la permanencia de la pareja heterosexual fundadora enfrentan duramente a los "transgresores", que reivindican derechos eminentes para transformar a su vez en normalidad lo que sigue calificado como pecado, actitud contra natura, delito, a veces incluso crimen, por las legislaciones y las morales establecidas. Al principio del tercer milenio es lo que más distingue a Estados Unidos de Europa, donde los partidarios de la firmeza ya han perdido la partida, pese a los combates de retaguardia fomentados por los tradicionalistas contra la anticoncepción y el aborto.

Supervivencia de una doble norma sexual

Cuando se intenta explorar las razones profundas del apego institucional, religioso y ético de los estadounidenses al ideal exclu-

[25] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, pp. 559 y 599.

sivo de la familia conyugal, único receptáculo lícito de la voluptuosidad de los sentidos, las cosas se vuelven más complicadas. Kinsey demuestra sin dificultad que los comportamientos contradicen a las teorías represivas. A veces, de una manera tan masiva que uno se pregunta por qué la regla es conservada en tanto que todo el mundo, o casi, la quebranta. Así ocurre con la masturbación o las prohibiciones de principio dirigidas a los solteros, los viudos y los divorciados, que de hecho son tan activos sexualmente como los cónyuges legítimos. Una hipótesis explicativa podría encontrarse en la consideración de la tensión entre los códigos y las realidades como una dimensión necesaria del modelo estadounidense. El enfrentamiento, obligatoriamente incesante, entre el Bien y el Mal ¿no sería la principal clave de interpretación? Para alcanzar una transacción social eficaz, ¿no es indispensable que haya una guerra de trincheras permanente, sin auténticos vencedores ni vencidos? Pues en el fondo, aunque se disgusten en público, muchos conformistas toleran modificaciones concretas del sistema matrimonial de referencia, mientras que los desviados admiten finalmente la validez de aquél, en tanto que la mayoría de las veces permanecen impunes, desafiando leyes rigurosas. ¿Sería una especie de consenso conflictual el secreto de una comarca a la vez singularmente puritana en las teorías y a menudo liberal en las prácticas cotidianas?

Estados Unidos parece practicar a gran escala lo que podría calificarse de "doble norma" sexual, en homenaje a los victorianos que inventaron esta noción sólo en beneficio de los hombres casados. Es muy normal que en el país del Tío Sam, corazón de la democracia, el principio se extienda a todos, incluso a las mujeres, así como los "desviados" y marginales. La única norma oficial admitida es la de la pareja heterosexual que busca ante todo procrear y no disfrutar. Pero cada uno puede acceder al sexo según sus necesidades en el marco tácito de tolerancias efectivas cuyo espectro se extiende a lo largo de las luchas de los grupos de presión de que se trate: minorías raciales en las décadas de 1960 y 1970, mujeres después, homosexuales más recientemente. Casi todos los jóvenes

se dan el gusto, afirma ya Kinsey en 1948. Hoy se habla no sólo de los derechos eróticos de los gays y de las lesbianas sino igualmente de su reconocimiento social, de su llegada al meollo mismo de la institución sacra del matrimonio, como en Massachusetts después de mayo de 2004, en espera de otros progresos.

Hay más, a propósito de la frecuentación de las mujeres de poca virtud, en la cual se fundaba en el siglo XIX la doble norma victoriana. Kinsey subestima un poco su importancia. La encuesta de 1948 establece que el 69% de la población blanca masculina ha tenido "alguna experiencia con prostitutas", pero el comentario se concentra en el 31% que no ha buscado nunca un contacto de este tipo, y la pequeña minoría de clientes regulares de las profesionales, que son cada vez más asiduos a medida que envejecen. Las generaciones anteriores, se precisa, visitaban con más frecuencia las casas especializadas, con fines variados, no solamente eróticos sino también para descansar o incluso establecer relaciones, ni más ni menos. La conclusión insiste en la idea de una disminución del atractivo ejercido sobre los pensamientos viriles, gracias a los esfuerzos educativos y legales llevados adelante activamente. Se encuentra igualmente en el texto un cálculo un poco sorprendente acerca del recurso potencial a los servicios de estas damas entre la adolescencia y la impotencia, que condujo a la cifra de 3.190 pasos por semana para una ciudad de 100.000 habitantes. El objetivo es demostrar la imposibilidad de arreglar el problema a través de la policía.[26] Formulaciones embarazosas y contradicciones mal resueltas permiten pensar que la doble norma varonil victoriana sobrevive y hasta se ha extendido subrepticiamente al conjunto de la vida sexual. Hay que tratar de imaginar el poder de las tensiones mentales y sociales sufridas por los individuos cuando deben abandonar el estatus de transgresores juveniles, señalado por la masturbación en casi todos los muchachos y experiencias homosexuales en más de la tercera parte de ellos, a fin de asumir el de

[26] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, pp. 598, 599, 602 y 603.

guardián del templo matrimonial. En este momento, el vicio solitario y la homosexualidad disminuyen, pero otras prohibiciones son sobrepasadas, en particular el sexo oral o la posición en la cual la mujer domina a su pareja. Las generaciones sucesivas, hasta nuestros días, parecen haber aceptado un "doble constreñimiento" un poco esquizofrénico: por un lado, el mensaje dominante valida la sacralidad eminente del matrimonio y amplía la sensualidad conyugal; por otro, culpabiliza a los solteros, jóvenes o mayores, y les prohíbe oficialmente cualquier forma de placer carnal, lo cual no les impide entregarse a ello tanto como los esposos. El establecimiento del conjunto del sistema provino finalmente de las mujeres, para las cuales no había sido construido, cuando ellas descubrieron que su goce era de una naturaleza muy diferente a la del goce de los hombres.

El descubrimiento del orgasmo femenino

Gigantesca obra colectiva, el informe Kinsey sacudió no pocas ideas recibidas. Esta desmitificación tranquila fue rápidamente aprovechada por grupos refugiados en los márgenes de la sociedad, que se apoyaron en los datos recogidos para reclamar derechos. Tal fue el caso del "tercer género" masculino y femenino, convertido enseguida en un importante objeto de estudio. Fue así posible situar en Londres hacia 1700 el origen histórico del fenómeno gay.[27] Otros han agradecido al equipo de Kinsey el haber mostrado que sólo minorías de la población estadounidense eran puramente heterosexuales u homosexuales, y que muchos seres podían generar una atracción alternada en el curso de su existencia. Según el estudio de 1953, entre el 3% y el 10% de las mujeres interrogadas había conocido alguna experiencia lésbica, y a los 40

[27] Randolph Trumbach, *Sex and the Gender Revolution*, t. 1: *Heterosexuality and the Third Gender in Enlightenment London*, Chicago, University of Chicago Press, 1998. Véase más arriba, cap. 1, al respecto.

años el 19% de ellas había tenido al menos un contacto erótico deliberado con una congénere.[28]

Todo lo que parecía participar de las perversiones innombrables y condenables antes de Kinsey tomaba un lugar normal, casi trivial, en el gran libro de la sexualidad y de la vida. Las voces llegadas del fondo de la sociedad se encontraban amplificadas por la encuesta científica. Los autores afirmaban que se situaban deliberadamente del lado de la interpretación de una función biológica normal, popularizada por Freud, sin dejar de admitir que no era en absoluto la doctrina inglesa o estadounidense, que hablaba a este respecto de una actitud primitiva o materialista indigna de un pueblo civilizado y educado.[29] Tal era con seguridad el caso de los lectores hostiles al enterarse de que la masturbación no era un vicio sino una actividad de las más corrientes. En adelante quedaba abierto el camino a repercusiones, a discusiones polémicas; en una palabra, a una visión completamente nueva de la sexualidad, pese al escándalo suscitado o quizá a causa de éste.

La voluptuosidad femenina

En 1966 cae otra piedra en el lago de las certidumbres seculares. William Masters y Virginia Johnson publican una investigación biológica y psicológica, *Human Sexual Response*, que ofrece el primer análisis científico del goce femenino.[30] Los resultados se basan en las respuestas de 487 mujeres, dadas en el laboratorio de los investigadores precisamente después de haber tenido un orgasmo. Se identifican tres etapas sucesivas. La primera comienza con una

[28] Charlotte Davis Kasl, *Women, Sex, and Addiction: A Search for Love and Power*, Nueva York, Ticknor and Fields, 1989, p. 208.

[29] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, *op. cit.*, p. 263.

[30] William H. Masters y Virginia E. Johnson, *Human Sexual Response*, Boston, Little, Brown, 1966 [trad. esp.: *Respuesta sexual humana*, Buenos Aires, Intermédica Editorial, 1967].

sensación de suspensión acompañada o seguida inmediatamente de una intensa conciencia sensual orientada hacia el clítoris, pero que irradia por toda la pelvis. Numerosas mujeres relatan que en este momento tienen la impresión de una expulsión y algunas piensan que han tenido una emisión real de fluido. Los analistas señalan que la interpretación masculina, errónea según ellos pero ordinaria, ha sido que la mujer eyacula durante el orgasmo. Esa era precisamente una obsesión de Walter, el redactor anónimo de *Mi vida secreta* a fines del siglo XIX, quien se empeñaba en analizar con cuidado lo que experimentaban sus múltiples parejas.[31] ¡Un alma de sexólogo en un cuerpo de seductor, en cierto modo!

La segunda etapa descrita por Masters y Johnson se presenta como una especie de oleada de calor que se difunde primero en la pelvis y luego progresivamente en el organismo en conjunto. La tercera asume la forma de la impresión de una contracción involuntaria particularmente sensible en la vagina o la porción inferior de la pelvis. Algunas interlocutoras describen dos momentos sucesivos: un espasmo inmediatamente seguido de una palpitación o de una vibración (*pelvic throbbing*). Llevando más lejos el análisis, los autores encuentran lo que consideran una norma, cuando hay entre cinco y ocho contracciones vigorosas de la "plataforma orgásmica". Un nivel de ocho a doce contracciones es considerado por las interesadas como una experiencia fisiológica intensa, mientras que de tres a cinco resultan para ellas en una suave voluptuosidad, salvo las menopáusicas que aprecian más la experiencia. La mujer encinta percibe con más fuerza los efectos del orgasmo, sobre todo durante el segundo trimestre y a veces en el tercero. Masters y Johnson tienen el cuidado, sin embargo, de señalar en conclusión que su des-

[31] Véase más arriba, cap. V, a propósito de *Mi vida secreta* y de Walter el victoriano. Los especialistas admiten hoy que cuando un orgasmo es particularmente fuerte algunas mujeres pueden expulsar un líquido que no es orina, producido por las glándulas de Skene: Desmond Morris, *La Femme nue*, París, Calmann-Lèvy, 2005, pp. 247-252 [trad. esp.: *La mujer desnuda. Un estudio del cuerpo femenino*, Barcelona, Planeta, 2005].

cripción clínica no permite medir plenamente el placer subjetivo realmente experimentado.[32]

El libro tiene como efecto indirecto rehabilitar la masturbación, uno de los máximos tabúes estadounidenses, según se ha señalado, pues los redactores derrotan la idea freudiana de que las mujeres la abandonan en la edad adulta, al observar que la mayoría de ellas continúa estimulándose así durante toda su vida sexual. Por lo demás, no se contentan con un solo goce con las manipulaciones del clítoris, pues buscan el orgasmo hasta el límite del agotamiento. El objetivo de los autores no es sin embargo, en modo alguno, preconizar el vicio solitario, sino incorporar esta práctica, desdramatizada, en las relaciones heterosexuales. El objetivo no será alcanzado sino lentamente. En compensación, el mensaje es orientado de inmediato por los movimientos feministas y por grupos gays para ser puesto al servicio de la libertad erótica y del rechazo de las normas apremiantes. Los años siguientes ven florecer no pocas proclamaciones radicales inspiradas en ellas. Ya en 1970, Anne Koedt publica *El mito del orgasmo vaginal*. En 1971 aparece una verdadera biblia acerca del tema, producida por un grupo femenino de Boston, *Our Bodies, Ourselves*, del cual se difunden cuatro millones de ejemplares en 16 lenguas en 30 años. En 1974, Betty Dodson lanza un *best seller*, seis veces reeditado hasta 1996, *Liberating Masturbation: A Meditation on Self-Love*.[33]

La verdadera revolución sexual del siglo XX concierne esencialmente a las mujeres y surge en Estados Unidos en la década de 1950, para acelerarse durante las dos siguientes. Es en efecto en el terreno de una sociedad profundamente angustiada por la cuestión del establecimiento de los mecanismos de un cambio radical, extendido luego al conjunto del mundo occidental. El universo estadounidense es pues, a la vez, el del patriarcado intensamente represivo del que hablan los informes Kinsey de

[32] William H. Masters y Virginia E. Johnson, *Human Sexual Response*, *op. cit.*, pp. 136 y 137.

[33] Thomas Laqueur, *Solitary Sex*, *op. cit.*, pp. 74-77.

1948 o de 1953, y el del gran movimiento de liberación desencadenado por la reacción contra la opresiva rigidez de los códigos y las normas. Echando una mirada a su juventud para tratar de comprender lo que ocurrió en 1990 con la guerra de los sexos, un especialista escribe sutilmente que los estadounidenses han aprendido a considerar a Eros con aprehensión, incluso con gran miedo, porque el asunto se asocia con la pasión, con las emociones carnales, con fuerzas peligrosas o que parecen incontrolables. Por eso la noción parece tan inquietante para la vida de familia y motiva que se la contenga muy estrechamente. Nuestros jóvenes, afirma, aprenden muy pronto y de múltiples maneras a limitar sus deseos y a conjurar "nuestros miedos de que Eros ponga en peligro la civilización".[34]

En otros términos, la revolución sexual es hoy día contenida del otro lado del Atlántico por fuerzas tradicionales siempre muy poderosas. La defensa de la familia heterosexual representa una de las prioridades de los biempensantes y de los neoconservadores. El acento puesto en la sexualidad desde hace medio siglo ha hecho sin embargo de ésta el patrón absoluto de la expresión de las necesidades y de los apetitos de toda índole, mucho más allá del simple placer de los sentidos. Las obras especializadas están disponibles por centenares y algunas exhiben enormes éxitos públicos. Pese a ello, el asunto permanece "velado de silencio y de misterio" en el ámbito privado.[35] Cuanto más se habla en la arena social, más se vuelve inaprensible en el plano individual, prueba de una poderosa resistencia de la cultura represiva antigua, involucrada en una larga lucha contra lo que la cuestiona. A principios del siglo XXI, las posiciones son más rotundas, los campos más opuestos que nunca, y conducen a enfrentamientos simbólicos permanentes.

[34] Lillian B. Rubin, *Erotic Wars*, *op. cit.*, p. 101.
[35] *Ibid.*, pp. 187-189.

Revoluciones anticonceptivas

Lo que está en juego principalmente es sin duda la liberación de las mujeres respecto de la tiranía de la sexualidad obligatoriamente fecundante. Los medios existen desde los *sixties*. Falta que parezcan aceptables y que realmente se pongan en práctica, lo cual en ocasiones está lejos de suceder a causa del peso de los modelos familiares, sociales y culturales dominantes.

El primero de estos procedimientos, el anticonceptivo oral femenino, es puesto a punto en la década de 1950 por un erudito estadounidense, Gregory Pincus, y luego ofrecido a las consumidoras en 1960. La píldora es sin discusión el producto más revolucionario del siglo. A un costo modesto, 11 dólares por mes en principio, ofrece a las mujeres la posibilidad de controlar su fertilidad. Nunca habían obtenido este derecho y esta elección en toda la historia de la humanidad.[36] No es en absoluto casualidad que las investigaciones de Pincus sean contemporáneas de las del equipo de Kinsey y que precedan por poco a la definición del orgasmo femenino por Masters y Johnson. A mediados del siglo xx se manifiesta una necesidad imperiosa de diversas maneras en la sociedad estadounidense muy puritana y muy angustiada por el sexo.

En un segundo momento, durante la década de 1970, se desarrollan medios psicológicos de liberación. No solamente a través de la liberación del cuerpo, gracias al avance de las reivindicaciones feministas y homosexuales, sino también de manera mucho más institucional, pues la Suprema Corte de Estados Unidos legaliza el aborto en 1973. Es un trueno en el cielo sereno de la familia estadounidense, y no termina de hacer sentir sus efectos hasta nuestra época, pese a las vivas resistencias del campo opuesto. Aparte del derecho a la píldora, al orgasmo y a las prácticas solitarias, la mujer adquiere otro, enmarcado ciertamente por la ley: el de no padecer un embarazo no deseado o peligroso para su sa-

[36] Desmond Morris, *The Human Sexes: A Natural History of Man and Woman*, Londres, Network Books, 1997, pp. 226 y 227.

lud. La Iglesia católica, por su parte, rechaza a la vez el aborto y la anticoncepción. Por largo tiempo ha preconizado el método Ogino como único modo de regular la naturaleza. Sus adeptos pueden en adelante remitirse a una ingeniosa técnica moderna, dada al público en octubre de 1996. Un aparatito, cuyo botón es oprimido el día en que se inicia la menstruación, indica, cuando la lámpara pasa del verde al amarillo, que hay que realizar una prueba urinaria. Si la luz pasa entonces al rojo, durante los seis a diez días siguientes la dama es fecunda. La ventaja es que puede evitar cualquier forma de anticoncepción así como la interrupción de su ciclo ovular y elegir libremente tener o no relaciones genitales en un momento en que sabe que es fértil. Mientras que la píldora del día después se agrega al cuadro, en espera de otros descubrimientos científicos, se torna evidente que las hijas de Eva tienen por fin el modo, si lo desean, si les es posible en términos psicológicos, de tener relaciones sexuales en condiciones de igualdad con la pareja masculina.[37]

Buenas vibraciones

Una nueva etapa "técnica", en el camino de la búsqueda de la voluptuosidad, es franqueada en los últimos decenios del siglo xx. Estados Unidos innova, una vez más, al proponer a gran escala un comercio lucrativo, reservado hasta entonces en Occidente a los países más tolerantes y a los *sex shops*: el de los objetos que permiten alcanzar grandes placeres, en soledad o no. Ya en 1977, la *West Coast Store Good Vibrations*, una revista especializada, se inaugura en California. Modestas primero, alrededor de 15.000 dólares por año, sus ventas alcanzan más de 8 millones de dólares en 2000, fecha en la cual la marca vende, entre otras cosas, 134.000 vibradores. La clientela estadounidense habría comprado más de un millón ese año. Al pasar al tercer milenio, el país cuenta con cuatro

[37] *Ibid.*, p. 227.

grandes manufacturas de juguetes sexuales que emplean cada una a más de cien personas, y entre ellas la más importante del planeta, la de Doc Johnson. Europa no se queda atrás, pues alberga una docena en el mismo momento. La mundialización del placer está en camino. ¿No ofrece acaso un sitio de Internet consoladores de silicona con la efigie de Jesús, de la Virgen o de Buda?[38] La masturbación y los goces eróticos no son sólo normalizados por las encuestas de los sexólogos y la profusión de información en los medios escritos, visuales o en Internet. Están instalados en el corazón de un comercio tan floreciente, que es dudoso que los oponentes puedan invertir la tendencia en nombre de la moral. Las leyes del mercado, no se aprecia lo suficiente, son las principales palancas de la liberación sexual actual... Extraña inversión de los valores, pues el vicio solitario era condenado como un despilfarro por Tissot y luego por los médicos del siglo XIX. Se convierte en nuestros días en un principio primitivo de acumulación capitalista, lo cual lo normaliza mucho más que los informes de Kinsey o de Masters y Johnson. En consecuencia, el tabú no deja de retroceder, incluso en Estados Unidos, particularmente entre las nuevas generaciones. Mientras que la encuesta Kinsey de 1953 indicaba que sólo el 40% de las mujeres se habían masturbado antes de su primera experiencia carnal, más de tres cuartas partes de las mujeres indagadas y prácticamente todos los hombres están involucrados en 1990.[39] Aparte el desarrollo de una práctica desculpabilizada, las cifras indican también que se ha vuelto más fácil hablar ante un investigador, mientras que la vergüenza y el silencio minimizaban los resultados a mediados del siglo.

Un retorno de lo reprimido puede discernirse, pues los *dildos* y otras joyas indiscretas, consoladores o como se los quiera llamar, muy elogiados por entonces, eran vendidos abiertamente en las calles de Londres en el siglo XVIII. Estaban asociados a una sensualidad extrema, considerada de origen francés, como es debido.

[38] Thomas Laqueur, *Solitary Sex*, *op. cit.*, p. 78.
[39] Lilian B. Rubin, *Erotic Wars*, *op. cit.*, pp. 20 y 21.

Sus variantes recientes son de varios tipos. Algunos han nacido en los Estados Unidos de las necesidades... de la investigación en materia de reacciones humanas a la cópula. Se trata de costosos objetos de plástico transparente que permiten filmar en la vagina, movidos eléctricamente, dotados de variadores de velocidad y de profundidad, especies de máquinas para disfrutar sin fin. Otros no pasan de simples vibradores, cuyas funciones aparentes parecen anodinas para permitir una compra sin molestia. Algunos otros, eléctricos o no, están artísticamente recortados en diversas materias para presentar formas muy variadas. Un tipo particularmente ingenioso, el *rin-no-tama*, llamado también *watama* o *benwa*, es advertido en el Japón hacia 1970. Se compone de dos bolas huecas del tamaño de un huevo de paloma, una de las cuales contiene una pequeña cantidad de mercurio. La primera, vacía, se introduce en el fondo de la vagina; la segunda va después, y una bola de papel o de algodón concluye la operación. Así equipada, la dama puede darse placer con la mayor inocencia aparente: basta que juegue al columpio o que se meza sobre una *rocking-chair*, y entonces las bolas dotadas de un movimiento rítmico producen en su intimidad una presión similar a la de un pene masculino.[40] ¡Los amantes de dulce columpio no habían imaginado semejante cambio! Una variante de la década de 1990, la *Leather Butterfly*, es una especie de huevo eléctrico vibrátil que puede ser llevado de manera invisible por una mujer, por ejemplo a una cena a la luz de las velas.[41] El relativo fracaso de estas técnicas, de lo más discretas sin embargo, ¿daría la razón a las feministas que privilegian el goce clitoridiano y critican la afirmación de Freud a propósito de la primacía de la estimulación vaginal?

[40] Desmond Morris, *Intimate Behaviour*, Nueva York, Random House, 1971, pp. 208 y 209 [trad. esp.: *Comportamiento íntimo*, Barcelona, Plaza & Janes, 1984].

[41] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, pp. 122 y 123.

¿Hacia un nuevo pacto sexual?

La vía europea hacia una libertad sexual generalizada se ha abierto antes que en Estados Unidos y ha integrado más suavemente las novedades concernientes a la píldora anticonceptiva, el orgasmo femenino o los juguetes eróticos. Los países protestantes, Escandinavia y Países Bajos en particular, dan desde hace largo tiempo el ejemplo de una gran tolerancia en materia de costumbres, de desnudez de los cuerpos, de exhibición serena de revistas pornográficas en los kioscos y de administración cabal del más viejo oficio del mundo, del que testimonia la exposición pública de las prostitutas en los escaparates de Ámsterdam o Hamburgo. Más reticentes, los Estados católicos han visto a la severidad moral declinar pronunciadamente después de mayo de 1968. Las legislaciones se han adaptado a las transformaciones, a propósito del aborto, autorizado en Francia por la ley Veil del 17 de enero de 1975, del divorcio, del reconocimiento de la homosexualidad y de las formas de unión legales que autorizan a personas del mismo sexo a vivir juntas, como el PACS del país de Voltaire... La tensión estadounidense característica entre una legislación severa, conservada pero a menudo inaplicada, y las prácticas frecuentemente en contradicción con ella, no existe prácticamente en el Viejo Continente. Los rasgos inadaptados al estado de la opinión pública son rápidamente objeto de una indulgencia general que conduce luego al legislador a tener en cuenta cambios que afectan en profundidad el sistema tradicional de la familia conyugal heterosexual, fundamento secular de la civilización occidental.

Transformaciones del código amoroso

A los dos lados del Atlántico se asiste al principio del tercer milenio a una renegociación del pacto sexual.[42] Ahora, éste representa

[42] Carole Pateman, *The Sexual Contract*, Cambridge, Polity Press, 1988 [trad. esp.: *El contrato sexual*, Madrid, Anthropos, 1995].

un elemento fundamental, aunque oculto, del contrato social. Como tal, depende menos de la voluntad de los individuos que de las grandes orientaciones escogidas por su sociedad. La impresión misma de libertad o de liberación, tal como se ha impuesto después de 1968 en Europa así como en Estados Unidos, es en buena parte un producto del mundo colectivo en el cual se mueven los actores. Desde este punto de vista, el amor no es únicamente un sentimiento íntimo, pues "amamos y sufrimos en función de imperativos culturales". Es también un "código de comunicación" estrechamente ligado a los fenómenos profundos que definen una comunidad humana, y a las evoluciones que experimenta.[43]

En Occidente, este código limitado a la pareja heterosexual cambia por primera vez hacia mediados del siglo XVII. Pasa de un ideal elevado, derivado del amor cortés medieval, a la integración de la sensualidad definida en adelante como un elemento esencial del enlace.[44] En literatura, el movimiento permite reevaluar la pasión y el placer y sobre todo afirmar orgullosamente una diferencia entre ambos. Otro giro se insinúa hacia 1800, cuando el amor-pasión comienza a distinguirse claramente del amor romántico. Niklas Luhmann ve en ello el retroceso definitivo de un mundo tradicional edificado en la familia estrecha, la religión y la moral, en beneficio de un sistema funcional moderno donde todas las partes –economía, política, ley, arte, intimidad, etc.– adquieren un alto grado de autonomía, sin dejar de ser profundamente interdependientes.[45] Su hipótesis principal es que tales transformaciones de la semántica amorosa sobrevienen esencialmente a través de diversos modos de comunicación simbólica. Según él, las relaciones íntimas asumen mayor intensidad en favor de este proceso. Pero lo que forma a una persona, su memoria, sus actitudes, no puede nunca encontrarse perfectamente compartido por un ser

[43] Niklas Luhmann, *Love as Passion: The Codification of Intimacy*, trad. del alemán, Oxford, Polity Press, 1986, pp. 4 y 20 [trad. esp.: *El amor como pasión*, Barcelona, Península, 2008].

[44] *Ibid.*, pp. 43 y 45.

[45] *Ibid.*, pp. 5, 43 y 45.

diferente, en vista también de que el propio poseedor tampoco tiene acceso total a ello. Una buena parte de la comunicación con los otros está, pues, regida por reglas y normas que permiten aceptar o rechazar la visión egocéntrica del mundo propio de cada uno.[46] Walter, el narrador de *Mi vida secreta*, como se recordará, explica varias veces su apremiante necesidad de escribir por el hecho de que ignora completamente si sus contemporáneos experimentarán las mismas sensaciones eróticas que él. Deja constancia a menudo de la dificultad de interpretar bien lo que experimenta, a falta de un punto de comparación, tan poderosos son los tabúes de la sociedad victoriana inglesa.[47]

El código amoroso continúa su curso en el siglo xx. En apariencia, el desarrollo del individualismo conduce a un egoísmo carnal acrecentado, pero nada es más social, en el fondo, que el acto erótico. Desde los *sixties* liberadores, se ha vuelto la medida misma con que se aprecia el logro de cada uno. Universalizada,[48] la semántica pasional occidental hace en adelante del goce la metáfora suprema de todos los placeres, para asegurar mejor la epifanía del Yo.[49] Es que el pacto sexual ha asumido formas completamente nuevas en el curso de las sacudidas extraordinarias que señalaron el fin del siglo xx. Desde 1971 se ha podido profetizar la desaparición del modelo anterior, basado en un larguísimo cortejo previo, la ausencia de coito entre los prometidos antes del matrimonio y la doble norma masculina, que permite a los novios igual que a los maridos frecuentar prostitutas o acumular experiencias, pues la década de 1960 ve cómo la virginidad pierde mucho de su importancia para las chicas, gracias a los progresos de la anticon-

[46] Niklas Luhmann, *Love as Passion*, *op. cit.*, pp. 13 y 21.

[47] Walter es presentado más detenidamente en el cap. v de esta obra.

[48] Todo el planeta ha vivido las aventuras de seis héroes de la serie de televisión estadounidense *Friends*, desde 1994 (NBC lo ha interrumpido definitivamente el 6 de mayo de 2004, en el curso de una velada sabiamente preparada, que vieron más de 50 millones de telespectadores en los Estados Unidos).

[49] Lilian B. Rubin, *Erotic Wars*, *op. cit.*, pp. 187 y 199. Véase también J. Weeks, *Sexuality and its Discontents*, *op. cit.*

cepción, al punto de definir en ocasiones más una incapacidad sensual que una virtud. Paralelamente, la cópula preconyugal se vuelve normal para los jóvenes, no sin acarrear fricciones con los padres, formados en un contexto moral más rígido. Las nuevas generaciones no están más obligadas que las precedentes a limitarse a caricias atrevidas y hallan menos razones de fijarse en actividades masturbatorias. Algunos moralistas empiezan por lo demás a denunciar la "tiranía del orgasmo".[50] La exigencia de realización comienza en efecto a imponer su ley tanto a los hombres como a las mujeres. ¡Elogiable igualdad, si no desemboca en frustraciones para los productores incapaces de satisfacer a la perfección las necesidades de los consumidores, en un mercado que se ha hecho muy competitivo!

El derecho al goce

Treinta años más tarde, al final extremo del siglo xx, los caracteres principales del nuevo compromiso sexual y social aparecen mucho más claramente. La pareja tradicional unida por los lazos sagrados del matrimonio está por doquier en crisis o decayendo. Las uniones oficiales terminan en divorcio en un número creciente de casos, tanto en Europa como en Estados Unidos, hasta el punto de que este último país, movido siempre por el espíritu práctico y el gusto por la eficacia, ha inventado una máquina para proporcionar los documentos jurídicos necesarios, del tamaño y con la forma de un tocadiscos automático...[51] El impulso se explica en parte por el alargamiento espectacular de la duración de la existencia, lo cual implica mucho más a menudo que en otro tiempo una cohabitación muy larga, mientras que el hambre, las enfermedades, las guerras rompían a menudo y dramáticamente el hilo

[50] Desmond Morris, *Intimate Behaviour*, *op. cit.*, pp. 84-87.

[51] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, pp. 90 y 91 (con una foto de la *Quick-court divorce-dispensing machine*).

conyugal antes de mediados del siglo xx. Obligaciones legales imperativas, así como costumbres, estabilizaban la institución cuando nuestros contemporáneos no vacilan en cambiar de pareja para ajustarse a la ley del placer, que proviene de una presión colectiva tan lícita como apremiante. Gozar es a la vez un derecho y un deber. Tanto más cuanto que el fenómeno ha producido una industria particularmente jugosa. Aparte del mercado de los juguetes eróticos, el país del Tío Sam ha descubierto la importancia del mercado de las felicidades venales, como en Ámsterdam, pero a una escala mucho más amplia. En 1967, el estado de Nevada ha sido el primero en legalizar un burdel. Hacia fines del siglo no se cuentan menos de 36 *cathouses* legales. Discretamente establecidas en zonas aisladas, figuran en el *Official Guide to the Best Cathouses in Nevada*. Entre las más instructivas, una de ellas contiene un museo de la prostitución. El éxito ha atraído a grandes inversores. A finales de la década de 1990, un grupo financiero preveía construir, cerca de Las Vegas, una residencia lujosa con golf, piscina, tenis y 500 profesionales seleccionadas, por un precio total estimado en 130 millones de dólares. La visita de una semana, incluyendo todas las facilidades, debería costar alrededor de 7.000 dólares por persona.[52]

Todas las señales concuerdan para revelar el advenimiento inaudito del sexo no procreador. El *Homo sapiens* no se ha vuelto sin embargo suicida a principios del tercer milenio. Distingue simplemente con claridad la función generadora del disfrute erótico. Las dos esferas son tan fundamentales, la una como la otra, pero pueden en adelante separarse sin gran problema para mucha gente. Abundancia alimentaria, una muy larga duración de la existencia y bienestar, rasgos desconocidos por la mayoría de nuestros antepasados, desembocan en exigencias crecientes en los dos casos. El aumento del apetito sensual no reduce el deseo de tener hijos, muy al contrario. A pesar de aquellos que predican el apocalipsis y estigmatizan el movimiento de disminución de la natalidad que

[52] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, pp. 100 y 101.

afecta a la raza blanca, jamás la importancia de los más jóvenes ha sido tan grande en nuestras civilizaciones, tan inapreciable, tan unánimemente defendida contra todas las amenazas. Sin embargo, mucho más escasa que otras veces, su muerte es propiamente considerada inaceptable. La pedofilia se torna el peor de los escándalos, un auténtico crimen contra la humanidad, según lo atestiguan tanto el caso Dutroux en Bélgica como la legislación muy agravada, especialmente en Estados Unidos, que apunta a los autores de cualquier tipo de violencia cometida contra menores. Lo que ha cambiado radicalmente es el hecho de que no parezca ya indispensable en absoluto pasar por la institución matrimonial para tener descendientes y amarlos. Padres aislados, parejas del mismo sexo anticipan también reivindicaciones crecientes en este dominio. Además, las técnicas modernas de conservación del esperma y de fecundación permiten cosas irrealizables hace algunos decenios. Es posible que una mujer quede encinta sin copular o más allá de la edad de la menopausia. Las fecundaciones in vitro se vuelven un verdadero fenómeno social. En Estados Unidos, su número pasó de 64.000 en 1996 a cerca de 110.000 en 2001. Las clínicas especializadas se multiplican, pues el mercado produce sumas enormes: abarcando todo, un ensayo puede costar hasta 25.000 dólares. Pero las probabilidades de éxito declinan muy rápidamente en función de la edad. Del 35% a los 35 años, pasan al 20% entre los 38 y los 40 años, y luego al 10% hacia los 41 o 42 años.[53] Se abren igualmente otras opciones inéditas, como recurrir a una madre portadora,[54] e incluso algún día a la clonación. Sólo las reglas éticas y morales plantean prohibiciones,

[53] Gina Kolata, "The heart's desire", en *The New York Times*, 11 de mayo de 2004.

[54] El último episodio de *Friends*, el 6 de mayo de 2004, ve así a Chandler y Monica con un niño y una niña gestados por otra mujer. Como la televisión estadounidense tiene imperativos de audiencia sumamente estrictos y debe por tanto estar en cercana resonancia con el público, esto significa que la cuestión planteada en esta serie tan popular constituye un fenómeno social. La moral queda sin embargo a salvo, pues Chandler y Monica están casados.

susceptibles por lo demás de modificarse en función de las renegociaciones venideras del pacto social. Algunos sueñan con ver la caída del último límite biológico que le impide al macho reproducirse de otro modo que a través de un cuerpo femenino...

El matrimonio gay

No por ello la pareja está en vías de desaparición. El modelo reproductivo de nuestra especie parece más bien monógamo, "con cierto grado de flexibilidad". Hay excepciones que conciernen a las parejas homosexuales y a los religiosos reducidos a la castidad, a los cuales puede preguntárseles "cómo subliman sus emociones".[55] La cuestión del celibato, de la pedofilia o de la homosexualidad de los sacerdotes se plantea por lo demás con agudeza creciente en nuestros días. Numerosos casos espectaculares atestiguan la dificultad o, para algunos, la imposibilidad de cumplir con sus votos. Se trata de indicios que señalan probablemente el fin de un ciclo represivo abierto en 1563, cuando las últimas sesiones del concilio de Trento, en el que la continencia fue verdaderamente definida como una piedra de toque de la Iglesia católica e impuesta a los eclesiásticos seculares, y no sólo a los frailes o a las monjas, en oposición a los protestantes, cuyos pastores podían contraer justas bodas. Hasta entonces, la práctica se hacía a menudo indulgente. Los papas del Renacimiento tenían hijos ilegítimos. En la primera mitad del siglo XVI, el piadoso emperador Carlos V legitimó a muchos bastardos de obispos o de dignatarios religiosos en los Países Bajos católicos. Hicieron falta, por lo demás, varias generaciones para arreglar el problema. En Franche-Comté bajo tutela española durante el primer tercio del siglo XVII, muchos curas se separaron difícil y dolorosamente de su "sirvienta", madre de sus hijos, para obedecer a las instrucciones que pedían que fuera expulsada y reemplazada por una domés-

[55] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, pp. 116 y 117.

tica "fuera de edad", moralmente irreprochable.[56] Reafirmar tan vigorosamente el principio del celibato o de los sacerdotes debía al mismo tiempo permitir enfrentarse a las virulentas críticas de los protestantes acerca de la disipación y la lujuria de los miembros del clero romano y erigir la castidad de éstos como ideal para todos los fieles. El objetivo central era devolver al matrimonio su calidad de sacramento indisoluble, puesta en tela de juicio por los reformados. Los cónyuges podrían tanto mejor aceptar una sexualidad puramente reproductora, muy encuadrada por la mirada de los confesores, cuanto que los pastores del rebaño mostraran el ejemplo revelándose capaces de la mayor virtud. No es sorprendente que este sistema haya sido puesto en duda por la liberalización de las costumbres a partir de los *sixties*, tanto más cuanto que el concilio Vaticano II (1962-1965) elige en el mismo momento opciones morales netamente menos severas que el de Trento cuatro siglos antes.

Las parejas homosexuales, por su parte, son cada vez mejor toleradas o aceptadas en el mundo occidental.[57] En Estados Unidos, donde las resistencias son las más fuertes a pesar de la existencia desde largo tiempo atrás de importantes comunidades gays en San Francisco y en Nueva York, la cuestión se ha vuelto candente a principios del siglo XXI.[58] En junio de 2003, la Suprema Corte del país abolió las leyes contra la sodomía por seis votos contra tres. A su zaga, en noviembre de 2003, la de Massachusetts ha concluido por cuatro voces contra tres que el matrimonio era posible entre personas del mismo sexo. La decisión entró en vigor el 17 de mayo de 2004, haciendo de este estado el precursor en la cuestión. Desde entonces se manifiesta una virulenta oposición en

[56] Las legitimaciones de Carlos V y los casos de las sirvientas de sacerdotes en Franche-Comté se encuentran en la serie B de los Archives du Nord de Lille (véase el imponente inventario sumario impreso).

[57] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, pp. 120 y 121.

[58] La bibliografía acerca del tema es sumamente abundante. Para un estado del problema poco después de la revolución sexual de los *sixties*, véase Edmund White, *States of Desire: Travels in Gay America*, Nueva York, Dutton, 1980.

toda la Unión. Los más radicales reclaman una enmienda de la Constitución para prohibir pura y sencillamente cualquier alianza que no implique a un hombre y a una mujer. La batalla resulta indecisa. La opinión pública permanece fluctuante, según lo revelan las encuestas sucesivas *New York Times*/CBS *News*. La de julio de 2003 indica que el 54% de los encuestados estiman que las relaciones homosexuales deberían ser legales, contra el 41% durante el estudio precedente. Señalada por primera vez, esta oscilación sigue de cerca la decisión de la Suprema Corte. Pero al final del mismo año un contraataque presidencial obtiene un apoyo mayoritario a la idea de prohibir el asunto mediante una enmienda constitucional. La contradicción proviene de una diferencia esencial, en el ánimo de los ciudadanos, entre la noción formal de libertad a la cual muchos están apegados y la voluntad mayoritaria de salvaguardar la naturaleza sagrada del matrimonio. Quienes lo consideran como un fenómeno en gran medida religioso constituyen el 53%, contra el 33% que lo define sobre todo como un contrato legal. Entre los primeros, el 71% rechaza sin ambages el matrimonio gay, que es defendido por el 55% de los segundos.[59] Una frontera geográfica separa además el nordeste, generalmente más liberal, del "cinturón bíblico" (*Bible Belt*) tradicionalista, al sur.

La polémica es rabiosa en 2004. La apuesta es conservar la "santidad del matrimonio". Mientras que 38 estados lo definen como puramente heterosexual, otros cinco, entre ellos Nueva Jersey el 12 de enero de 2004, así como numerosos municipios, abren una brecha en el muro de la hostilidad a las parejas homosexuales reconociendo legalmente sus derechos concretos en caso de vida en común.[60] Una ley de 1996, aprobada por el Congreso en Washington, la *Defense of Marriage Act*, prohíbe sin embargo el reconocimiento federal de los eventuales matrimonios gays y priva a cada estado de la obligación de confirmar los que se habrían ce-

[59] Katharine Q. Selye y Janet Elder, "Strong support is found for ban on gay marriage", en *The New York Times*, 21 de diciembre de 2003.

[60] "Partnership rights for gays", en *The New York Times*, 13 de enero de 2004.

lebrado legalmente fuera de su jurisdicción. Como los juristas han redescubierto un oscuro estatuto de Massachusetts, fechado en 1913, que anula toda unión celebrada en el lugar si los protagonistas no tienen el derecho de proceder normalmente en su propio estado, teóricamente se ha tendido un doble cordón sanitario para evitar una extensión de la iniciativa tomada en Massachusetts.[61] Pilar de la fe, el matrimonio no deja de ser una "institución social en transición" en Estados Unidos. No concierne más que al 56% de los adultos a principios del 2000, contra el 75% hacia 1970, mientras que al mismo tiempo caía la proporción de las parejas con hijos del 45% al 26%. Por añadidura, conduce actualmente al divorcio en uno de cada dos casos.[62]

Por el lado de los partidarios de la liberalización, florecen argumentos e iniciativas para ir más adelante. Los intelectuales arguyen que la homosexualidad tiene una base biológica. Investigaciones recientes acerca de los primates son invocadas para mostrar que la sexualidad de los animales no apunta únicamente a la reproducción. Los bonobos, monos muy próximos a los humanos, son citados con frecuencia a modo de ejemplo desde la publicación de una obra según la cual son muy sensuales y casi todos bisexuales.[63] Otro investigador afirma que la homosexualidad ha sido observada en 450 especies vivientes.[64] En 2003, cuando la Suprema Corte examina el caso "Lawrence contra Texas", introducido para combatir una ley de dicho estado contra la sodomía, la obra es citada por varios grupos de apoyo a la iniciativa y desempeña probablemente un papel en la decisión adoptada de anular

[61] Pam Belluck, "Massachusetts gives new push to gay marriage in strong ruling", en *The New York Times*, 5 de febrero de 2004; Adam Liptak, "Bans on interracial unions offer perspectives on gay ones", en *The New York Times*, 17 de marzo de 2004.

[62] Laura Kipnis, "Should this marriage be saved?", en *The New York Times*, 25 de enero de 2004.

[63] Frans de Waal, *Bonobo: The Forgotten Ape*, Berkeley, University of California Press, 1997.

[64] Bruce Bagemihl, *Biological Exuberance: Animal Homosexuality and Natural Diversity*, Nueva York, Saint Martin's Press, 1999.

la ley incriminada.[65] ¡Prueba, de ser precisa, de la fuerza de las ideas, aun en dominios un poco inesperados! Otros trabajos llegan más lejos, proponiendo interpretar la homosexualidad animal en el marco de la supervivencia de la especie. El argumento presentado es que los individuos que no producen sus propios herederos ayudan a sus congéneres a alimentar y a criar a los suyos, contribuyendo así al depósito genético común. Es éste particularmente el caso entre los delfines.[66] Tales afirmaciones no pueden sino horrorizar a los defensores de la santidad del matrimonio heterosexual. Un cronista regular del *New York Times* recibe así un torrente de protestas después de haber publicado un artículo pidiendo el fin de la discriminación orientada a los gays, en el que sostenía que su conducta podría tener un fundamento biológico. Es acusado en particular de "blasfemia" por haber defendido un "comportamiento innoble" a los ojos de Dios.[67]

En febrero de 2004, una iniciativa espectacular exacerba los antagonismos. A las seis semanas de asumir el cargo, el joven alcalde de San Francisco decide autorizar bodas entre personas del mismo sexo. A diferencia de muchos de sus colegas que administran grandes ciudades, pretende tener el poder porque su ciudad es asimismo un condado, y en California los certificados de matrimonio son responsabilidad de los condados. Aun cuando las leyes del Estado reconozcan como única válida la unión "entre un hombre y una mujer", son entregados certificados oficiales a parejas homosexuales a partir del 12 de febrero. Dos lesbianas, de 79 y 83 años son las primeras en beneficiarse. En cinco días, 2.600 matrimonios gays son celebrados a pesar de los intentos de algunos jueces de bloquear el movimiento y a despecho de las advertencias del gobernador republicano, Arnold Schwarzenegger. Un

[65] Dinitia Smith, "Love that dare not squeak its name", en *The New York Times*, 7 de febrero de 2004.

[66] *Ibid.* Véase también Marlene Zuk, *Sexual Selections: What We Can and Can't Learn about Sex from Animals*, Berkeley, University of California Press, 2002.

[67] Nicholas D. Kristof, "Lovers under the skin", en *The New York Times*, 3 de diciembre de 2003.

sondeo efectuado en ese momento indica que la mayoría absoluta de los habitantes de la bahía de San Francisco aprueba la acción, pero que ocurre lo contrario al nivel de California en conjunto.[68] El 12 de agosto de 2004, la Corte Suprema local anula lisa y llanamente un poco más de 4.000 certificados emitidos en estas condiciones en San Francisco.[69] Esto no impide que se abra un vivo debate nacional acerca de la cuestión en la Unión entera, donde se vigila de cerca la experiencia realizada en Massachusetts, así como los compromisos sociales encontrados en Vermont o en otras partes. La onda de choque recorre la totalidad del mundo occidental. "La primera pareja gay se casa civilmente con total legalidad" en el palacio de justicia de Montreal el 2 de abril de 2004.[70] Aparte de Quebec, otras varias provincias canadienses autorizan cosas semejantes. Los Países Bajos las permiten desde 2001 y Bélgica desde 2003. El nuevo jefe del gobierno socialista español ha obtenido el acuerdo de la cámara baja del Parlamento, el 21 de abril de 2005, acerca de la promulgación de una ley en este sentido. En Francia, algunos empiezan a preguntarse acerca de la posibilidad de modificar el código civil, que tiene más de 200 años, para abrir idénticas posibilidades, pues el PACS no parece una solución plenamente satisfactoria. Un intento muy mediatizado de matrimonio homosexual celebrado oficialmente en Bègles en junio de 2004 ha sido sin embargo seguido de su anulación por la justicia, además de las sanciones contra el alcalde.

[68] Carolyn Marshall, "More than 50 gay couples are married in San Francisco", en *The New York Times*, 13 de febrero de 2004; Dean E. Murphy y Carolyn Marshall, "Gay weddings continue in San Francisco as Lawyers Argue", en *The New York Times*, 18 de febrero de 2004; Dean E. Murphy, "San Francisco mayor exults in move on gay marriages", en *The New York Times*, 19 de febrero de 2004; Dean E. Murphy, "San Francisco judge rules gay marriages can continue", en *The New York Times*, 21 de febrero de 2004.

[69] Dean E. Murphy, "California Supreme Court rules gay union have no standing", en *The New York Times*, 13 de agosto de 2004.

[70] Louise Leduc, "Un premier couple gai se marie civilement au palais de justice", en *La Presse* (Montreal), 2 de abril de 2004 (los quebequenses utilizan la grafía *gai* por gay).

Las resistencias no ocultan la progresión general de la tolerancia hacia la homofilia. Ésta puede ligarse a un aumento muy grande de la población humana en el globo, con lo cual nuestras sociedades ven retroceder inconscientemente la hostilidad hacia quienes se niegan a fundar una familia despojada de objetivos reproductores directos.[71] La trivialización creciente del sexo solitario participa probablemente de una explicación idéntica, pues la situación demográfica actual hace caer la objeción principal orientada hacia sus adeptos, la de un despilfarro insensato del líquido seminal, lo cual había llevado a los médicos del siglo XIX a temer un agotamiento de las fuerzas vitales perjudicial para el bien común. El argumento ya no es empleado sino por quienes se alarman ante el descenso de la natalidad en Europa, y por minorías que temen la decadencia de la raza blanca.

Igualdad erótica y orgasmo simultáneo

Por otra parte, el derecho al placer se ha tornado un imperativo absoluto, que conduce a veces a una verdadera tiranía social. Ahora bien, "estamos como especie biológicamente programados para enamorarnos y formar parejas", indispensables para criar a los niños. ¿Qué ocurre, pues, con el orgasmo dentro de este marco? Desmond Morris ve en ello un fenómeno primordial, porque produce un apego duradero entre los padres y permite criar en las mejores condiciones posibles su progenitura, que exige una atención constante durante largos años antes de alcanzar la autonomía. Sostiene que en el curso de la evolución de la especie la pareja humana ha producido un enlace erótico intenso. El disfrute simultáneo constituye el mecanismo primordial merced al cual la familia permanece unida a largo plazo para asegurar la supervivencia de los descendientes. Mecanismo biológico primordial de la emoción amorosa, se funda según él en una igualdad sexual perfecta. Pero

[71] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, p. 121, adelanta esta hipótesis.

los cambios introducidos por el desarrollo de la urbanización han modificado la distribución al separar a los varones en dos conjuntos, que él llama los "donadores" (*sexual givers*) y los "tomadores" (*sexual takers*). Los primeros continúan considerando a las mujeres como sus iguales desde todos los puntos de vista, tanto en privado como en público. A fines del siglo XIX en Inglaterra, Walter el victoriano, cuya existencia él ignora, parece corresponder efectivamente, de manera global, a este tipo, aun cuando posea igualmente rasgos de la otra categoría. Parece que ocurre otro tanto con los autores masculinos de los libros eróticos franceses de mediados del siglo XVII, como *L'École des filles*, que se muestran particularmente atentos a la voluptuosidad femenina.[72]

Cada vez más numerosos en el mundo moderno urbanizado, los "tomadores", por su parte, no buscan sino su propia satisfacción carnal, sin ocuparse de la de sus parejas, a las que tratan casi como si fuesen instrumentos de masturbación.[73] Tal es el caso de los victorianos ingleses clásicos, adeptos a la doble norma sexual, que se comportan así con sus esposas, calificadas de frígidas o poco reactivas, y a la vez con las prostitutas, a quienes explotan sin escrúpulo ni sentimiento de culpa. Walter en persona responde parcialmente a la definición, lo cual podría indicar la existencia de un tercer modelo masculino mixto, de cuyo autor no dice palabra, si se suma de manera conflictiva las características de los "donadores" y de los "tomadores". En Londres, en el siglo XIX, los adolescentes procedentes de las capas inferiores que seducen con promesas de matrimonio y cultivan el perfecto amor durante meses, si no años, antes de huir de toda responsabilidad si la muchacha les anuncia que está preñada, siguen estrategias de comportamiento diversas, a veces ambiguas. Algunos son depredadores egoístas que ocultan sus malas intenciones bajo un dis-

[72] Véase más arriba, caps. III y V. Para el siglo XIX victoriano, *My Secret Life*, *op. cit.* (la autobiografía erótica de Walter).

[73] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, pp. 124, 125, 220, 221 y 224. Véase también *Bodywatching: A Field Guide to the Human Species*, Nueva York, Crown, 1985, a propósito del cuerpo en general.

curso de seducción, pero muchos no llegan a ello por la pura imposibilidad material de alimentar a una esposa y a una criatura. Sus cartas torpes revelan frecuentemente que sufren al tener que comportarse así, incluso si la ley les garantiza en adelante casi una total impunidad. Son siempre las mujeres de los medios populares las que sufren más fuertemente el impacto de la cultura de culpabilidad victoriana relativa a la cópula fuera del matrimonio.[74]

La principal transformación reciente, acarreada por la disyunción de la reproducción y el placer, concierne al retorno a una igualdad carnal y cultural entre los sexos. Aun apartándose de los razonamientos de Desmond Morris a propósito de la evolución de la especie, el orgasmo simultáneo, al cual concede un lugar central, constituye hoy en día el criterio fundamental de la relación entre los hombres y las mujeres. Es cierto que no se impone universalmente ni sin dificultad. Los antiguos simbolismos y sus formas prácticas no desaparecen de manera uniforme. Los criterios de edad, educación, pertenencia social, inserción en un medio urbano o rural ventilan hasta el infinito las actitudes sexuales. Es posible observar, no obstante, que el centro del espectro está ocupado en adelante, sobre todo entre las jóvenes generaciones de las grandes ciudades, por una tranquila búsqueda del goce, tanto por parte de los muchachos como de las muchachas. Se funda en una inversión afectiva exigente, pero a la carta, fácil de romper si no cumple con su función. El deseo de tener hijos se cruza con esta configuración, sin obligación ni exclusividad sin embargo, en vista de que puede resolverse fuera de ella. En los dos extremos se sitúan grupos, numéricamente importantes, cuyo único punto en común es no compartir del todo o en parte este nuevo contrato sensual y social.

Por un lado, los movimientos gays o lésbicos reclaman sus derechos eminentes a diferencias esenciales en un contexto que les es cada vez más favorable. Más allá de quienes se reconocen como tales, ¿no atraerían por igual a seres angustiados ante las

[74] Françoise Barret-Ducrocq, *L'Amour sous Victoria. Sexualité et classes populaires à Londres au XIX^e siècle*, París, Plon, 1989.

exigencias de realización orgásmica expresadas por la otra parte del género humano, que imaginarían que pueden descubrir mayor ternura, menos competencia, en relaciones con sus semejantes? Los jóvenes varones, principalmente, parecen a veces desorientados por las fluctuaciones en curso relativas a la noción de virilidad,[75] lo cual contribuye a explicar el desarrollo de movimientos machistas o, en Estados Unidos, de los equivalentes viriles de los grupos feministas radicales de las décadas de 1960 y 1970. En Francia, los inferiores resultados escolares de los muchachos, en comparación con los de las chicas de su grupo de edad, han podido asociarse a una mayor inseguridad psicológica de los primeros, en un marco muy competitivo.

En el otro extremo, del lado de los más conformistas, numerosos hombres o mujeres permanecen ligados a los viejos arquetipos. Los depredadores poco cuidadosos de su pareja siguen recorriendo las calles. Las mujeres devoradoras o los machistas tradicionales evidentemente no han desaparecido con un golpe de varita mágica. Hay dramas que revelan su existencia, como el caso John Wayne Bobbitt en Estados Unidos en 1993. Harta de su comportamiento, su esposa Lorena le cortó el pene mientras dormía. Se hizo célebre porque el órgano, tirado por la culpable, fue recuperado y vuelto a coser con éxito. Aunque son raros, semejantes casos han hecho escuela sin embargo en países en donde los varones siguen pretendiendo dominar a sus compañeras, como en el Brasil. A finales de la década de 1990, un joven tendero, Mattos, sufre la misma suerte que Bobbitt, a manos de su novia, después de haberle anunciado que la iba a dejar, al concluir una noche de amor en el hotel. Como tuvo suficiente presencia de ánimo para meter el miembro cortado en hielo y llamar a la policía, recuperó su atributo después de cuatro horas de operación. Como consecuencia de ello, recibió de la "sociedad macho del Brasil" el pre-

[75] George L. Mosse, *The Image of Man: the Creation of Modern Masculinity*, Oxford, Oxford University Press, 1996 [trad. esp.: *La imagen del hombre: la creación de la masculinidad moderna*, Madrid, Talasa, 2001].

mio anual de "el gran macho del país".[76] No hay que olvidar a las damas "mojigatas" o "frígidas", que se niegan a admitir la importancia del orgasmo e interpretan los reclamos eróticos de sus hermanas como signos de decadencia, de peligro o de animalidad. La educación victoriana en Inglaterra y la moral cristiana en Francia habían insistido por largo tiempo en la ausencia "natural" de sensualidad de las mujeres honradas y en la necesidad de confinar el sexo a la procreación. Las muchachas nacidas en la primera mitad del siglo xx padecieron más o menos, según su pertenencia social, este tipo de condicionamiento destinado a impedir que tengan un desliz antes del matrimonio. Sus herederas constituyeron una generación de transición, en un universo en plena evolución, pues ellos fueron en parte influenciados por las mismas prohibiciones, en realidad más hábilmente disimuladas que en otro tiempo, bajo la forma de consejos y recomendaciones: la píldora provoca cáncer; hay que tener mucho cuidado con las enfermedades venéreas; un aborto es criminal pues suprime una vida inocente...

La revolución sexual hoy

Existen dos posibilidades opuestas al considerar la revolución sexual que transcurre a partir de los *sixties*. Una es pesimista; la otra, optimista. Como siempre en la historia de Occidente, algunos sienten la tentación de calarse los sombríos lentes de Hobbes; otros prefieren el idealismo rousseauniano. Estados Unidos se inclina más bien hacia la primera versión. La guerra de los sexos y la de las culturas tendrán lugar ciertamente. Ya han comenzado en buena medida. Esta verificación tardía se trasluce a través de los trabajos feministas, apasionados y animadamente controvertidos, de Shere Hite.[77] Después de *The Hite Report on Female Sexuality* en 1976, *The New Hite Report*, aparecido en 2000, afirma que los com-

[76] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, pp. 224-226.

[77] Shere Hite ha asumido recientemente la nacionalidad alemana.

portamientos carnales no participan de la biología sino de la cultura, y subraya la importancia de la estimulación exterior o clitoridiana para permitir que la mujer alcance el orgasmo.

Publicado en 1994, *The Hite Report on the Family* explica que la institución no está derrumbándose, sino sencillamente transformándose y engendrando diversos tipos de parejas. La tonalidad general parece sin embargo un poco desanimada.[78] La encuesta por cuestionario se basa en 3.000 respuestas, de las cuales el 50% vienen de Estados Unidos, el 35% del Viejo Continente (el 14% de Inglaterra, el 10% de Alemania, el 6% de los Países Bajos, el 2% de Francia) y el resto de ocho países más. El mundo marcado por el protestantismo domina de manera abrumadora el universo católico, reducido a menos de un décimo del total, y la masa estadounidense aplasta los resultados.

Muchachas y muchachos aprenden muy pronto, para toda la existencia, a no tocar a sus parientes, sobre todo si éstos están desnudos, y en particular en zonas genitales, ni a restregarse contra ellos. Según Shere Hite, es lo que produce más tarde una incontenible necesidad de contacto íntimo amoroso, de cuerpo a cuerpo. De la misma manera, vincula las tendencias sadomasoquistas a la frecuencia y a la intensidad de los castigos físicos, práctica ordinaria desde una temprana edad en Estados Unidos y en Inglaterra, mientras que en Escandinavia, por ejemplo, los ascendientes que se arriesgan a hacerlo pueden ser perseguidos por la justicia. Retomando una vieja idea victoriana, afirma que el aflujo de sangre en las nalgas en esta ocasión causa sensaciones genitales, particularmente en las muchachas. La experiencia tiene tanto mayores probabilidades de ser erotizada en la medida en que es el único medio de obtener un grado intenso de intimidad con el padre o la madre.[79] Si estas observaciones son realmente exactas, subrayan una diferencia de naturaleza entre las comarcas anglosajonas y

[78] Shere Hite, *The Hite Report on the Family: Growing up under Patriarchy*, Nueva York, Grove Press, 1995 (ed. original en Londres, Bloomsbury, 1994).

[79] *Ibid.*, pp. 14, 15 y 42.

la Europa hedonista que protege, toca, acaricia, mima a los pequeños. Si se trata más bien de un fantasma estadounidense traído a cuento por los sujetos del estudio, dice muchas cosas acerca de la persistencia del miedo al contacto corporal y a la sexualidad en general. En ambos casos, es convocado un modelo erótico viejo, conflictivo, dominado por el varón. Algunos especialistas estiman por lo demás que la violencia doméstica o conyugal, frecuente en el país del Tío Sam, resulta de los procedimientos punitivos utilizados contra los niños pequeños y los adolescentes.[80]

El segundo rasgo fuertemente teñido de pesimismo concierne a la definición de un miedo masculino al amor vinculado a la pubertad traumatizante. El niño se masturba mucho entre los 10 y los 12 años, según demostraba ya el informe Kinsey, pero en secreto, con vergüenza, en el momento mismo en que recibe la orden de "dejar" a su madre, de actuar de manera viril, de no ser un nene de mamá (*Don't be a sissy!*). Según el autor, estos fenómenos juntos inducen en él un tipo confuso de sexualidad, que mezcla apego y odio, sentimientos de culpabilidad y cólera, de modo que numerosos hombres adultos tienen miedo de enamorarse profundamente de una mujer, eventualidad más terrible que agradable a sus ojos. Muchos no se casan con aquella hacia la cual sienten pasión y se jactan públicamente para demostrar su fidelidad a los valores de grupo masculino.[81]

Las explicaciones se hacen aún más oscuras a propósito de la formación de la libido femenina. Todo comienza sin embargo muy bien. Muchas chiquillas conocen un período maravilloso de independencia y libertad hasta la adolescencia, pues tienen derecho a comportarse como si fueran muchachos fallidos (*tomboys*). Entonces las cosas se echan a perder brutalmente cuando la familia las empuja a volverse "buenas chicas" en el momento de la primera menstruación. Ésta, sin embargo, sigue siendo un completo tabú,

[80] Murray Straus, Richard Gelles y Susanne Steinmetz, *Behind Closed Doors: Violence in the American Family*, Nueva York, Simon and Schuster, 1980.

[81] Shere Hite, *The Hite Report on the Family*, *op. cit.*, pp. 231 y 232.

totalmente silenciada, en el momento mismo en que las interesadas tienen una vida secreta de masturbación, cuya expresión está igualmente prohibida y en la que padecen castigos físicos que tienen poderosos efectos sensuales. Les es negado cualquier poder sobre su propio cuerpo. El único ejemplo que se les propone seguir es el de la madre, definida de manera totalmente asexuada en el seno del hogar. Cada unidad conyugal reproduce, pues, la doble norma masculina tan cara a los burgueses victorianos. Todavía dominante en Estados Unidos, divide a las mujeres en dos grupos radicalmente opuestos, las "buenas", a imagen de la Virgen María, de la mamá pura o de la hija conforme, y las "malas", peligrosas porque no controlan sus pulsiones carnales. Las damiselas generan una doble identidad, por vergüenza de dejar filtrar cosas poderosamente prohibidas, que han reprimido bajo la presión de un aprendizaje sensible y gestual constante: "¡Junta las piernas!", se les repite sin cesar entre los 3 y los 13 años. La adolescente bien educada que se exhibe como tal en público no puede expresar sus verdaderos deseos y su sensualidad más que en privado.[82] Una vez más, si Shere Hite evoca un mito más que una realidad, es suficientemente poderoso para obsesionar a la sociedad estadounidense. En 2004, una película de Gary Winick, con Jennifer Garner como primera actriz, *13 Going on 30*, narra cómo una chiquilla que formula un deseo mientras está encerrada en el baño por chicos malos, se vuelve una *vamp* de 29 años, sin dejar de conservar la gracia y la torpeza de sus 13 años... Calificada de PG-13, por su "ligero contenido sexual y referencias a la droga", la película es una obra ingeniosa que procura tocar una cuerda sensible interpretando las dos personalidades sucesivas, fundamentalmente diferentes, con las que deben cargar las muchachas estadounidenses.

Aunque exhiba en otra parte su voluntad de romper con tales pesos "patriarcales",[83] ligados según ella a los viejos iconos do-

[82] *Ibid.*, pp. 59, 97, 274 y 351.

[83] Shere Hite, *Women as Revolutionary Agents of Change: The Hite Report and Beyond*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1994 [trad. esp.: *Las muje-*

místicos organizados alrededor de una madre asexuada, Shere Hite presenta aquí una verificación harto sombría. ¿No es ineluctable la guerra de los sexos y de las culturas en Estados Unidos si los dos géneros están real y cabalmente "programados" de esta manera en la institución conyugal, a finales del siglo xx?

Otros investigadores despliegan una perspectiva más optimista. Sin dejar de compartir la idea según la cual la educación estadounidense vincula el amor y la carne al miedo, a un peligro para la familia y la civilización, hay especialistas que convocan a dejar atrás los enfrentamientos para fundar un nuevo consenso social, recordando que la sexualidad de cada uno se encuentra íntimamente asociada al papel, masculino o femenino, definido por la sociedad. "Finalmente, entendemos que comer a solas no aplacará el hambre que experimentamos."[84] Ya en 1971, un autor calificaba el amor como un proceso complejo y relacional que no puede satisfacerse con sustitutos y afirmaba que el ser humano siempre tiene necesidad de una verdadera intimidad, así fuese con una sola persona, cuya ausencia lo hace sufrir.[85] Un cuarto de siglo más tarde, insiste en el retorno reciente a la igualdad sensual, después del paréntesis de la gran urbanización que ha relegado a las hijas de Eva a una posición secundaria. Pero se trata, según él, de un nuevo tipo de igualdad, pues las mujeres estaban en el centro de la sociedad tradicional, mientras que los varones cazaban o practicaban la agricultura alrededor del poblado. En adelante, abandonan la casa para unirse a los hombres en los nuevos lugares de trabajo y entrar en competencia con ellos reclamando la equidad, salvo cuando la maternidad las devuelve al hogar.[86]

---

res como agentes revolucionarias del cambio, Madrid, Vindicación Feminista, 2001]. Véase también Shere Hite, *Women and Love: A Cultural Revolution in Progress*, Nueva York, Knopf, 1987 [trad. esp.: *Mujeres y amor (el nuevo informe Hite)*, Madrid, Punto de Lectura, 2002].

[84] Lilian B. Rubin, *Erotic Wars*, *op. cit.*, pp. 195 y 198.

[85] Desmond Morris, *Intimate Behaviour*, *op. cit.*, p. 243.

[86] Desmond Morris, *The Human Sexes*, *op. cit.*, p. 241.

La verdad no está quizá ni del lado de Hobbes ni del de Rousseau. Lejos de los juicios morales que pueden implicar las visiones pesimistas u optimistas, el historiador verifica ante todo la amplitud de los cambios y advierte entonces la fluidez de la situación a principios del siglo XXI. Tironeada por sus tradiciones eminentes que otorgan al matrimonio un valor sacro y los retos del mundo actual, la civilización occidental ¿no está sencillamente produciendo nuevas síntesis, veladas por conflictos superficiales? Más lentamente en Estados Unidos que en Europa, las jóvenes generaciones están renegociando el contrato social a través de la redefinición del pacto sexual. La libertad femenina, en materia de erotismo, pero igualmente de acceso al trabajo, sacude vigorosamente el árbol de las tradiciones matrimoniales. La disyunción de los principios de procreación y de placer abre un espacio totalmente nuevo. El conjunto de la sociedad se sacude cada vez más, pues la competencia profesional supone readaptaciones de la unidad doméstica: la mujer no acepta sacrificar sus deseos de maternidad ni volver a la casa para ocuparse sola de las criaturas. La doble norma varonil victoriana no ha muerto, sobre todo en Estados Unidos, sino que está alicaída y en ocasiones hasta es desviada para su propio beneficio por las muchachas y las mujeres. La tiranía del goce y la búsqueda casi mística del orgasmo simultáneo contribuyen más todavía a desestabilizar la institución conyugal, ya invalidada como único modelo eficaz para criar niños. Las confrontaciones se intensifican entre los dos "géneros", cada vez más exigentes el uno hacia el otro. La inseguridad toca particularmente a los jóvenes varones, que viven un difícil período de transición, pues son conjurados a adaptar las certidumbres machistas declinantes a las reivindicaciones igualitarias de las damiselas de su edad. Los grupos otrora rechazados o marginalizados por un erotismo que se aparta de los fines reproductores ganan aceptación creciente sobre los escombros de la familia patriarcal sombríamente recordada por Shere Hite.

El porvenir no se escribe en los libros. A lo sumo se capta la amplitud formidable de los cambios que ocurren ante nuestros

ojos. El dios placer puede en adelante ser adorado sin angustia por las mujeres, lo cual no le había ocurrido nunca desde los orígenes de la humanidad. Sólo falta que ellas lo deseen, pues las culturas son también pesados estratos apilados unos sobre los otros. Una nueva capa de mantillo civilizador no destruye el poder germinativo de las precedentes, las innovaciones no hacen desaparecer brutalmente las tradiciones seculares. Si el comienzo del tercer milenio aparece sin discusión como un extraordinario período de transformación, el observador arraigado en su época no puede percibirla sino de modo imperfecto, esencialmente a través de las rupturas más espectaculares o del diálogo conflictivo entre fuerzas múltiples. Ignora en qué sentido, hasta qué punto, irá la evolución. El porvenir permanece abierto, imposible de predecir.

CONCLUSIÓN
LA SOCIEDAD NARCISISTA

Una exposición presentada en 2004 en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, *Dangerous Liaisons. Fashion and Furniture in the 18th Century*, insiste en la sensualidad que domina la vestimenta y las artes decorativas francesas bajo Luis XV y Luis XVI. El título elegido, así como algunos comentarios un poco agrios publicados en el *New York Times* en el momento de la inauguración, indican la brecha que existe entre la concepción estadounidense actual del placer, siempre portadora del sello del puritanismo, y el hedonismo epicúreo que supuestamente ha prevalecido en la patria de los derechos del hombre. En Estados Unidos, "una nación con el alma de una Iglesia", según la célebre fórmula de Chesterton,[1] los neoconservadores y los fundamentalistas cristianos estigmatizan con más frecuencia la "vieja Europa" decadente, oponiéndola a las virtudes morales y religiosas que defienden. En realidad, sus conciudadanos están repartidos en dos bloques muy diferentes, separados por un pantano indeciso: los tradicionalistas apoyados en el "cinturón bíblico" del sur profundo y los partidarios de una mayor libertad, bien representados en Nueva York y en el nordeste. Podría decirse que los intelectuales y los paladines de los dos conjuntos desempeñan el eterno *remake* del gran enfrentamiento entre el espíritu de tolerancia de los filósofos del siglo xviii y las interdicciones culpabilizantes impuestas por las iglesias, protestantes o católica, en los siglos xvi y xvii. Un aroma a "Con-

[1] Samuel P. Huntington, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon and Schuster, 2004 [trad. esp.: *¿Quiénes somos?: Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2004] consagra su obra al legado angloprotestante en la historia estadounidense hasta nuestros días.

trarreforma"[2] flota sobre la comarca en el momento en que las minorías tratan de alzar la capa de conformismo que pesa sobre ellas. En el polo opuesto, la causa es escuchada en nuestro continente aplacado, en vías de unificación al principio del tercer milenio. Pese a los importantes matices que subsisten entre el norte y el sur, el oeste y el este, ha elegido colectivamente el legado optimista y hedonista de las Luces. El proyecto de Constitución europea propuesto en 2004 se refiere así a los "legados culturales, religiosos y humanistas", sin mencionar explícitamente al cristianismo. El gusto por la paz, por el acuerdo, por el disfrute de los bienes de este mundo se ha desarrollado vigorosamente en un espacio devastado por guerras incesantes durante siglos, hasta 1945. Es también una de las grandes diferencias con Estados Unidos, que no ha conocido tales traumatismos en su propio suelo entre el fin de la Guerra de Secesión en 1865 y el 11 de septiembre de 2001.

Las dos partes de Occidente no tienen, con seguridad, la misma visión de la vida, de la dicha, del placer. Para tratar de comprender las causas de la diferencia hay que hundirse en las profundidades simbólicas y sociales de cada una pues el individualismo reina en los dos casos, pero no tiene en absoluto el mismo sentido porque no se arraiga en las mismas construcciones del nexo comunitario y conlleva valores a menudo muy divergentes. En Europa del norte se muestra perfectamente compatible con una fuerte conciencia cívica, un poderoso sentimiento de pertenencia colectiva y una gran tolerancia erótica. En Francia revela más egoísmo y rechazo hacia los reglamentos, sin dejar de abrirse ampliamente a la libertad de las costumbres. En Estados Unidos va acompañado de una gran conciencia del grupo, al igual que en Escandinavia, pero no desemboca en la liberación sexual, a pesar de las minorías que la solicitan activamente. El narcisismo, por su parte, se impone por doquier. Sin embargo, la

[2] Referencia al concilio de Trento (1545-1563), cuya política sistemática de reconquista católica del terreno perdido ante los protestantes abrió un siglo de guerras de religión inexpiables en Francia, los Países Bajos, Alemania...

convergencia es en buena medida ilusoria, porque la noción traduce un deseo de vivir satisfecho, aquí y ahora, de este lado del Atlántico, mientras que en el otro expresa una fragilidad del Yo codificada en una "cultura de supervivencia", que desemboca a veces en verdaderas patologías.

Los valores de los hedonistas

Para el historiador o el sociólogo, el individuo no existe solo, pues es siempre un "objeto construido". Su libertad está sin embargo en constante curso de realizarse y de poder elegir entre las diversas fuerzas que se ejercen sobre él.[3] Si apareció en primer plano en la década de 1970, es porque fue promovido como tal por una sociedad eufórica, empujada hacia adelante por el motor del consumo y por los descubrimientos técnicos, científicos o médicos. Bienestar, realización de sí mismo, búsqueda del placer se han vuelto valores cultos.[4] Los constreñimientos han comenzado a reaparecer a mediados de la década de 1980, como consecuencia de los excesos de la globalización, el calentamiento del planeta y el incremento del desempleo.[5] Es probable que a los nuevos sufrimientos se agregue un efecto generacional para los herederos de padres tolerantes e individualistas enfrentados de modo brutal a un mundo del trabajo eminentemente competitivo, con reglas exigentes. Descubren algunos psicólogos que la moda reciente del tatuaje o del *piercing* en los adolescentes manifiesta a la vez la conciencia de formar parte de un grupo de edad y la voluntad de separarse de cierto pasado afectado por el "juvenilismo", y juegan

[3] Bernard Lahire *et al.*, *Portraits sociologiques. Dispositions et variations individuelles*, París, Nathan, 2002.

[4] Gilles Lipovetsky, *L'Ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, París, Gallimard, 1983 [trad. esp.: *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1987].

[5] Gilles Lipovetsky (con Sébastien Charles), *Les Temps hypermodernes*, París, Grasset, 2004 [trad. esp.: *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2006].

gustosos a que son niños mayores.[6] La transición del testigo no es fácil para ninguna de las dos partes, separadas por percepciones diferentes de la vida. El hedonismo de nuestro tiempo se revela más febril que el de los *sixties*. Se agrega la dificultad para los descendientes de suceder a genitores a menudo todavía muy presentes en vista de la prolongación de la esperanza de vida, y que a veces han rechazado el papel autoritario de padre o de madre negando el modelo de la familia patriarcal.

En estas condiciones, no tiene nada de asombroso el hecho de que la Europa de la década de 2000 se mueva vacilante entre múltiples puntos. Realizada en 1999, una gran investigación comparativa acerca de los valores de sus habitantes traduce transformaciones un poco frioleras.[7] La única evidencia indiscutible es que el individualismo progresa por doquier en el continente. Algunos analistas sacan una conclusión más bien pesimista, al hablar de una "cultura del repliegue" y de un miedo al extranjero que conduce a una "fragilización democrática".[8] Sin embargo, el premio mayor pone ampliamente a la cabeza la familia, para el 86% de los indagados, luego el trabajo (54%), los amigos y las relaciones (47%), en tanto vienen en la cola la religión (17%) y sobre todo la política (8%). Sólo en el caso de Francia, los datos no se apartan sintomáticamente de la media general, aunque se observa un refuerzo de la tendencia concerniente a la familia, el trabajo y los amigos después de la encuesta precedente de 1990 y, a la inversa,

[6] Catherine Vincent, "Ados à fleur de peau", en *Le Monde*, 9 de julio de 2003. Véase también Didier Anzieu, *Le Moi-peau*, París, Dunod, 1985 [trad. esp.: *El yo-piel*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998].

[7] Los resultados son analizados en un número especial de la revista *Futuribles*, "Les valeurs des Européens. Les tendances de long terme", bajo la dirección de Pierre Bréchon y de Jean-François Tchernia, núm. 277, julio-agosto de 2002. Para Francia, véase también Pierre Bréchon (dir.), *Les Valeurs des Français. Évolutions de 1980 à 2000*, París, A. Colin, 2000, y Olivier Galland y Bernard Roudet (dirs.), *Les Valeurs des jeunes. Tendances en France depuis vingt ans*, París, L'Harmattan, 2001.

[8] Pierre Bréchon, "Les inégalités dans les sociétés européennes fragilisent la démocratie", en *Le Monde*, 14 de octubre de 2002.

un desmoronamiento (del 14 al 11%) en lo que concierne a la fe.[9] Al leer estas cifras puede advertirse finalmente un apego a la sociedad siempre dominante pero que ha cambiado de dimensión concentrándose en adelante en las unidades de vida locales, el hogar, el parentesco cercano, los compañeros, los grupos profesionales, mientras que se ha desplomado la confianza en las amplias estructuras constituidas por las iglesias o los partidos. Tildada de individualización, esta migración nada tiene que ver con una huida hacia una isla desierta. Sugiere más bien el deseo de refugiarse en caparazones protectores de estatura humana, concretamente perceptibles. El estrechamiento de la tela social ideal no señala una voluntad de liberarse de la presión comunitaria. Muy por el contrario, ésta se encuentra reforzada por el efecto de proximidad, mientras que la ciudadanía teórica y lejana o el apego a los sistemas ideológicos globales pierden importancia.

Es a la luz de esta tendencia de fondo que hay que considerar las enseñanzas del mismo estudio relativas a la persecución de la salida de la religión verificada desde las encuestas similares de 1981. Afecta a todos los países, con un impacto más importante en Francia, Bélgica, los Países Bajos o Suecia y una mayor amplitud, en general, del lado de los protestantes que de los católicos. La situación es paralela en Europa del este. En compensación, la "creencia sin pertenencia", según una expresión forjada a propósito de Gran Bretaña,[10] continúa desarrollándose desde su aparición en los datos de 1990. Ahí donde la decadencia de la práctica ha sido más nítida, esta "espiritualidad autónoma" marca sobre todo a los más jóvenes, de 18 a 29 años. Entre ellos, quienes sostienen que no se han confesado son así más numerosos en 1999 para decir que creen en Dios, en una vida después de la muerte, en la reencarnación, en la existencia del infierno y del paraíso. Al argumentar por otra parte el retorno parcial a la devoción de la generación del *baby-boom*, un

[9] *Futuribles*, *op. cit.*

[10] Ha sido inventada por Grace Davie, *Religion in Britain since 1945: Believing without Belonging*, Oxford, Blackwell, 1994.

analista cree descubrir una parada a "la excepcionalidad europea", mientras que Estados Unidos parece conocer un "ligero retroceso religioso", según sondeos efectuados de 1991 a 1998.[11] Parece más bien que se perfilan fenómenos importantes de diferencias generacionales entre los *baby-boomers*, fundadores del individualismo, particularmente vueltos a la fe, y sus herederos directos, los de 35-49 años, que tienen las tasas más bajas de adhesión a ésta, y los nietos de los primeros, movidos por una necesidad de sacralidad "fuera de la pista". Hay que precisar que el contenido de la espiritualidad sigue siendo muy fluctuante. Las necesidades de unos y otros no cuadran verdaderamente con las grandes verdades cristianas. Un sondeo de CSA para *Le Monde* y el periódico *La Vie*, en 2003, muestra que estas últimas han cedido terreno de manera sistemática desde una observación idéntica hecha en 1994. Tal es el caso de la filiación divina de Cristo, de su resurrección (el 47% que cree contra el 51% que no cree en 1994), del infierno (el 25% contra el 33%), del diablo (el 27% contra el 34%). La evolución no se hace en provecho de las creencias paralelas, pues éstas retroceden al mismo tiempo de manera pronunciada. La astrología no atrae más que al 37% de los indagados (60% en 1994) y la brujería pasa del 41% al 21% en las respuestas.[12]

No por ello algunos pensadores dejan de hablar de un "retorno de lo religioso" y de la moral, incluso en ocasiones interpretado como un freno a la ruina de la herencia cristiana.[13] Veo aquí más bien la expresión de una inquietud creciente de la juventud, señalada por el incremento de las esperanzas de supervivencia después de la muerte en el seno de este grupo etario. Y también el signo de una búsqueda de los valores de proximidad, pues el movimiento sirve para producir un vínculo social en un universo

[11] Yves Lambert, "Religion: l'Europe à un tournant", en *Futuribles*, *op. cit.*, pp. 129-160.

[12] Xavier Ternisien, "En une décennie, les croyances ont reculé en France", en *Le Monde*, 17 de abril de 2003.

[13] Yves Lambert, "Un certain retour de la morale, en particulier chez les jeunes", en *Le Monde*, 17 de abril de 2003.

amenazador y desencantado. El fracaso de las grandes ideologías colectivas, la obsesión del desempleo, los miedos vinculados a los riesgos crecientes de contaminación del planeta y al terrorismo universalizado trabajan la masa humana inyectando mucha más angustia que durante los "Treinta Gloriosos", los años del progreso económico. El individualismo practicado por nuestros contemporáneos que llegaron a mayores en el año 2000 se revela fundamentalmente diferente, vivido de un modo más sombrío que por las dos generaciones precedentes.

La encuesta de 1999 analiza igualmente las dimensiones de la confianza entre la gente; en otros términos, los tipos de relaciones que establece cada uno con su sociedad.[14] El autor de la síntesis utiliza para estos tipos de relaciones seis criterios: la confianza espontánea, la confianza en las instituciones, el altruismo, el civismo, el liberalismo de las costumbres y la selectividad de las relaciones sociales (aceptar o rechazar la cercanía a gente desviada o diferente). Propone una tipología de europeos en cinco grandes grupos que reaparecen por doquier pero que a veces están representados más claramente en un Estado determinado: los "modernos integrados", como los protestantes de una vigorosa cultura cívica de las capas superiores de los Estados nórdicos; los "hiperpermisivos", más bien entre los 30 a 49 años, políticamente a la izquierda, sin religión y numerosos en Escandinavia, España o Austria; los "individualistas permisivos", marcados por los valores heredados del pasado, bien representados en las regiones mediterráneas; los "tradicionalistas integrados" del centro y sur del continente, de edad, de origen rural, creyentes y de derecha; los "tradicionalistas poco integrados", sin un gran compromiso ideológico o político, como los pequeños emprendedores italianos.

Los perfiles de los modernos integrados y de los hiperpermisivos son bastante próximos. Juntos representan más de los dos tercios de los habitantes de Escandinavia y de los Países Bajos, cu-

[14] Olivier Galland, "Les dimensions de la confiance", en *Futuribles, op. cit.*, pp. 15-40.

yas poblaciones se distinguen igualmente por una tolerancia mayor en materia de costumbres, particularmente en lo que respecta a la homosexualidad, el divorcio, el aborto, el suicidio y la eutanasia. Alemania y Gran Bretaña manifiestan, por su parte, una semejanza estructural, y las dos categorías en cuestión superan apenas la tercera parte del total, mientras que los tradicionalistas, integrados o no, llegan a poco más de la mitad del contingente, y los individualistas, el 11%. Los otros países permanecen profundamente impregnados por los valores antiguos, en particular los Estados mediterráneos y las dos Irlandas. Francia constituye una excepción, con el 48% de modernos integrados y de hiperpermisivos, el 32% de tradicionalistas de los dos tipos y el 19% de individualistas. La última cifra corresponde casi al doble de la media general. Además, los franceses se revelan como los menos cívicos de todos los europeos y los más desconfiados hacia los otros. A diferencia de los países nórdicos, el retroceso muy pronunciado de los valores establecidos no está ampliamente compensado en sus filas por la aparición de nuevos compromisos de tipo altruista. El rápido desmoronamiento del marco moral católico, sobre todo después de 1990, va acompañado de una irreprimible elevación de la permisividad en materia de costumbres, pero el movimiento conlleva un debilitamiento del sentido de integración social.

Bajo todas sus formas, cívicas o egoístas, el individualismo en pleno progreso prepara la llegada de la libertad sexual. El ejemplo más espectacular concierne a la homosexualidad, totalmente condenada por el 44% de los entrevistados en 1981, pero solamente por el 24% en 1999.[15] Recuérdese que el 52% la sigue juzgando inaceptable en Estados Unidos en 2003. En estas condiciones, el placer se halla promovido al nivel de nuevo dios del Viejo Continente. Muchos se inquietan o denuncian su "tiranía",[16] algunos

[15] Olivier Galland, "L'individualisation progresse partout, les différences culturelles restent fortes", en *Le Monde*, 14 de octubre de 2002 (distingue la individualización de las costumbres del individualismo, en el sentido de egoísmo).

[16] Catherine Vincent, "La tyrannie du plaisir", en *Le Monde*, 21 de mayo de 2003.

fingen sencillamente ofuscarse, pues saben que la búsqueda exigente de la juventud abre un mercado de consumo extraordinario. Sexólogos, psicólogos, laboratorios productores de Viagra, casas especializadas en la buena conservación del pene que envejece, y otros muchos se precipitan para arreglar a un alto precio los problemas de las parejas, pues la felicidad está tal vez a mano, pero con la condición de poder hacer locuras sin traba hasta el orgasmo, simultáneo como es debido.

Tengo sin embargo la sensación de que el individualismo y la permisividad son otras de las tantas artimañas de nuestras culturas para orientar los cuerpos y los corazones, que otros llamarían almas, hacia nuevas formas de vínculo social, más directas y más apretadas, sobre todo a través del fenómeno familiar, en espectacular transformación ante nuestros ojos. Lejos de revelar una decadencia en nuestra civilización, como aseguran los moralistas gruñones, estas innovaciones demuestran más bien su dinamismo y su capacidad de adaptación. Vivir mejor, más tiempo, más intensamente, con más satisfacciones profundas y refinadas: el hedonismo roza un continente harto de sufrimientos desde siglos atrás. Se instala evidentemente en la estela del mercado globalizado. El muy serio hebdomadario económico japonés *Ekonomisuto* ¿no ha entregado a sus lectores un artículo intitulado "Amor entre hombre y mujer, clave de la reactivación de la demanda"?[17] El autor convoca a sus compatriotas a recuperar "el espíritu de placer", que fue una de las grandes dimensiones de la sociedad nipona hasta mediados del siglo XIX. Para sostener el dominio del lujo, siempre portador a pesar de la crisis, sugiere devolver a los viejos, que detentan el 60% del ahorro nacional, el gusto por la vida, el deseo, el amor. Y recuerda el papel simbólico esencial de estas fuerzas cuando la aristocracia occidental del siglo XVIII gastaba fortunas en bibelots, encajes, sedas y otros objetos superfluos, indispensables para el arte de amar.

[17] Comentado por Philippe Pons, "Cupidon, moteur de la relance économique", en *Le Monde*, 30 de enero de 2002.

¿Sería soluble el placer en el hedonismo? Seguramente no por completo, pues participa también de una experiencia personal única, en parte incomunicable, como lo subrayan Masters y Johnson al concluir su estudio del orgasmo femenino. Pero la dimensión colectiva de la experiencia europea reciente, centrada en la búsqueda de la dicha y de las delectaciones sensoriales, se impone como una nueva corriente de la civilización occidental y le propone al Sujeto, que dispone libremente, alcanzar plenitudes desconocidas por sus antepasados antes de la segunda mitad del siglo xx. ¿No ofrecen un ejemplo los animales? El descubrimiento de la sensualidad y de la bisexualidad de los bonobos ha puesto en duda la concepción moralizadora de un reino de lo viviente regido estrictamente por el principio reproductivo. Entre las formas nuevas de permisividad, la más importante de todas es sin discusión la que libera a la mujer de la maldición con la que cargaba desde Eva. No solamente puede considerar no parir en el pecado, sino que le es igualmente factible separar la función procreadora del orgasmo y realizarse también plenamente en los dos casos. Esta revolución inaudita trastorna las relaciones entre los dos géneros biológicos, pone en tela de juicio las estructuras tradicionales del matrimonio, reinserta a los "desviados sexuales", otrora estigmatizados bajo tales denominaciones, en el centro de una sociedad cada vez más conciliadora en este dominio. Es verdad que las jóvenes generaciones sufren de una pérdida de puntos de referencia en una época de grandes perturbaciones y de crecimiento de las angustias. Conocen en ocasiones una tendencia al repliegue o una huida hacia un individualismo egoísta.

Narcisismo y cultura

Antes de caracterizar el universo estadounidense de las últimas décadas del siglo xx a los ojos de diversos analistas, el narcisismo aparece primero como una enfermedad mental, definida por Freud, sus colegas y sus sucesores. Los casos clínicos se vuelven

más numerosos como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Aunque sean descritos entonces por especialistas británicos y estadounidenses, no parecen resultar de un contexto nacional preciso. Las cosas cambian a principios de la década de 1970, con la publicación en Estados Unidos de trabajos de prácticos facultativos acerca de la cuestión. Entre los más importantes figuran los de Heinz Kohut,[18] quien define la patología narcisista de sus pacientes en cuatro puntos: fantasmas perversos y al mismo tiempo falta de interés por el sexo; incapacidad para formar y sostener relaciones sociales significativas, incluso actividades delictivas; falta de humor, de sentido de las proporciones, de interés en las necesidades y los sentimientos de los demás, tendencia a accesos de rabia incontrolada, mentira patológica, preocupaciones hipocondríacas del individuo con respecto a su salud física y mental.[19] Sostiene que el origen del comportamiento proviene de graves traumas en la infancia. Para no sufrir, el interesado se provee de una estructura mental centrada en una idea, "Soy perfecto", que equilibra la imagen parental idealizada: "Sois perfectos, pero soy parte de vosotros". Kohut la denomina "Yo grandioso" (*grandiose self*). Su objetivo es sanar este mal mediante curas psicoanalíticas, transferencias, que presenta y comenta en sus obras.[20]

Ahora bien, el momento en que aparecen semejantes observaciones clínicas coincide en Estados Unidos con las sacudidas de los *sixties* y los traumas asociados a la guerra de Vietnam. Autores deseosos de explicar la evolución de su civilización se apo-

[18] Heinz Kohut, *The Analysis of the Self. A Systematic Approach to the Psychoanalytic Treatment of Narcissic Personality Disorders*, Nueva York, International Universities Press, 1971 [trad. esp.: *Análisis del* self. *El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977]; *The Search for the Self: Selected Writings of Heinz Kohut, 1950-1978, edited with an Introduction by Paul H. Ornstein*, Nueva York, International Universities Press, 1978; *Self Psychology and the Humanities: Reflections on a New Psychoanalytic Approach, edited with an Introduction by Charles B. Strozier*, Nueva York, W. W. Norton, 1985.

[19] Heinz Kohut, *The Analysis of the Self*, *op. cit.*, p. 23.

[20] *Ibid.*, pp. 26-29.

deran de ellos. En 1978, Christopher Lasch caracteriza precisamente a Estados Unidos por "la cultura del narcisismo".[21] Criticando el vacío del Sujeto moderno en su país, lo atribuye a la abundancia de la posguerra, al retroceso del espíritu victoriano patriarcal que produce almas autónomas, así como a una modernidad que promete abolir todos los constreñimientos y satisfacer todos los deseos. Su demostración descansa en la concepción grandiosa de sí mismo en el niño, productora de deseos de riqueza, de belleza y de omnipotencia. Tales imágenes, refugiadas en el inconsciente a una edad precoz, son los fundamentos de la personalidad durante toda la existencia, sobre todo en la segunda parte de la vida.[22] Al temer más que otros la dependencia y necesitar de la admiración constante habitualmente reservada a los jóvenes, estos seres enfrentan muy mal los estragos de la edad y la muerte.[23] El autor denuncia además el ingreso del espíritu de competencia económica en el meollo mismo de las relaciones de proximidad. La sociabilidad se transforma en combate social. La exigencia de realización sexual y de satisfacción se impone en la familia. Con un tono moralizador, incluso habla de "manipulaciones emocionales" ajenas para buscar una ventaja particular. A fin de cuentas, describe la extensión, hasta el conjunto de la vida privada, de las leyes de competencia y de consumo que rigen el mercado. La búsqueda del interés egoísta no se limita ya a la acumulación de las riquezas. Se ha vuelto también "una búsqueda del placer y de la supervivencia psíquica".[24]

[21] Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*, Nueva York, W.W. Norton, 1978 [trad. esp.: *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello, 1999]. Véanse también los primeros trabajos de David Riesman, *Individualism Reconsidered, and Other Essays*, Glencoe, Free Press, 1954.

[22] La descripción de los perjuicios del narcisismo en la segunda parte de la existencia se inspira en Otto F. Kernberg, *Borderline Conditions and Pathological Narcissism*, Nueva York, J. Aronson, 1975 [trad. esp.: *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, Buenos Aires, Paidós, 1979].

[23] Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism*, *op. cit.*, pp. 38-41.

[24] *Ibid.*, pp. 65 y 69.

Sobre el fondo de la extensión a las masas de los hábitos de lujo reservados a las élites un siglo antes se desarrolla, pues, una cultura centrada en el individuo y sus insatisfacciones concretas y psíquicas. Lasch designa como responsable a la ausencia del padre en la familia estadounidense, lo cual lleva a deformar las relaciones de los hijos con una madre que asume el papel masculino y conduce al *momismo* (de *mom*, "mamá"). Sin embargo, la guardiana del hogar es narcisista con demasiada frecuencia, por haber intentado complacer a su propia genitora reemplazando al padre faltante. Entonces, poco interesada por las funciones prácticas, se revela igualmente muy alejada de sus hijos en términos afectivos.[25] El pesimismo que impregna semejantes concepciones se encuentra en los escritos de Shere Hite a propósito de la familia patriarcal en Estados Unidos y al papel de la madre en los traumas sufridos por los muchachos, y más aún por las muchachas, divididas entre el "buen" modelo que ofrece y los deseos sensuales que deben ser imperativamente acallados.[26] Por otra parte, el vago hedonismo de las décadas de 1960 y 1970 ha liberado la libido femenina. Lasch ve en ello una nueva razón de angustia para los varones, sobre todo después del informe de Masters y Johnson que "pinta a las mujeres como sexualmente insaciables" mostrando su capacidad para experimentar orgasmo tras orgasmo.[27] El susto expresado es característico de una vieja obsesión masculina. La medicina de la época victoriana la aplacaba garantizando a los maridos que las esposas "normales" eran frígidas o poco predispuestas a los jugueteos conyugales. No era ésta la concepción ordinaria entre el siglo XVI y el XVII, pues entonces los prácticos facultativos insistían en la necesidad del goce femenino en pos de una buena fecundación. Es cierto que la anticoncepción, y particularmente la píldora, han cambiado radicalmente las cosas en 1978, en el momento en que escribe aquel autor. El

[25] *Ibid.*, pp. 73, 174 y 175.
[26] Véase más arriba, cap. VI.
[27] Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism*, *op. cit.*, p. 193.

retorno al placer femenino, sin los riesgos del pasado, es en virtud de este hecho doblemente alarmante para los hombres, pues anuncia en verdad el fin de la desigualdad erótica. La guerra de los sexos no puede sino avivarse en estas condiciones. Sobre todo en vista de que al otro lado del Atlántico los miedos viriles son agravados por las reivindicaciones de las feministas radicales y continúan echando raíces en una imagen maternal inquietante en sí misma. Para Lasch, la personalidad narcisista constituye una forma colectiva patológica, característica de una sociedad que ha perdido su interés en el porvenir. Le parece que explica la intensidad de la crisis en la mitad de la existencia: "Los estadounidenses resienten el cuadragésimo aniversario como el comienzo del fin". Incapaces, añade, de interesarse en lo que ocurrirá después de su desaparición, buscan la juventud eterna y no se preocupan para nada por reproducirse.[28]

Tanto en Estados Unidos como en Europa se manifiesta un interés creciente y sostenido por la comprensión del Yo, convertido en un verdadero fenómeno social.[29] Después de dos milenios, el discurso de la valoración del alma eterna y de la desconfianza ante la carne mortal ha perdido su monopolio, dejando aparecer una concepción más positiva de la segunda. En la sociedad "posmoderna", donde los riesgos y los temores no han desaparecido, lo cual parecería a primera vista una visión narcisista del cuerpo, se revela más profundamente una necesidad de comprenderlo, de

[28] Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism*, *op. cit.*, pp. 204, 205, 210 y 211.

[29] Entre una bibliografía muy abundante, Nevitt Sanford, *Self and Society: Social Change and Individual Development*, Nueva York, Atherton Press, 1966; Karl R. Popper y John C. Eccles, *The Self and its Brain*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977 [trad. esp.: *El yo y su cerebro*, Barcelona, Labor, 1985]; Charles Taylor, *Sources of the Self: The Making of Modern Identity*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989 [trad. esp.: *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona, 1996]; Alison G. Sulloway, *Jane Austen and the Province of Womanhood*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1989; Gary D. Fireman, Ted E. McVay y Owen J. Flanagan (eds.), *Narrative and Consciousness: Literature, Psychology, and the Brain*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

construirlo, de controlarlo.[30] Los análisis de esta realidad no dejan de revelarse contradictorios; tan rápido cambia la situación. Hacia 1990, un filósofo inglés ligaba la necesidad creciente de seguridad a la ruptura de los marcos protectores de la pequeña comunidad y de la tradición, reemplazados por organizaciones impersonales más amplias.[31] Ahora bien, la encuesta de 1999 acerca de los valores de los europeos los ve, por el contrario, plebiscitar los caparazones de estatura humana, familia y redes amistosas, en detrimento de la política o de lo sagrado. El estremecimiento verificado asimismo a propósito de una mayor adhesión de los jóvenes a las nociones de orden y de civismo va en el mismo sentido: el Sujeto se consagra en los niveles locales para aplacar mejor sus angustias. Otros pensadores, sobre todo estadounidenses, consideran de manera alarmista el *Self* como frágil y fragmentado.[32] A sus ojos, el narcisismo revela más odio a sí mismo que admiración, incluso si el individuo persigue constantemente pruebas de esta última por parte de sus interlocutores. Tiene necesidad de asegurarse de modo permanente para llenar el sentimiento de vacío que coexiste en él con la impresión de ser grandioso. En trabajos ulteriores, Christopher Lasch ha acentuado más aún el lado pesimista de su interpretación, hablando no ya de narcisismo sino de una "cultura de supervivencia" (*culture of survivalism*). Ante los riesgos crecientes que corre la humanidad, piensa que se ha desarrollado una mentalidad de asediado, apocalíptica y paralizante. Algunos insisten en la dimensión de la vergüenza para explicar la mentalidad narcisista. Ésta no es sino un avatar del orgullo y, como él, se encuentra aferrada al vínculo social. Ligada al Yo ideal, es decir, al

[30] Anthony Giddens, *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Cambridge, Polity Press, 1991, pp. 3 y 7 [trad. esp.: *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Ediciones Península, 1997].

[31] *Ibid.*, p. 33.

[32] Es la opinión de Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism*, *op. cit.*, y de Richard Sennett, *Les Tyrannies de l'intimité*, París, Seuil, 1979 (1ª ed. estadounidense, 1977); y *Autorité*, París, Fayard, 1981 (1ª ed. estadounidense, 1980) [trad. esp.: *La autoridad*, Madrid, Alianza, 1982]

"Yo como quiero ser", según la expresión de Kohut, produce inseguridad y angustia existencial cuando no se alcanza un fin. La personalidad grandiosa conoce entonces una severa puesta en duda cuando su poseedor cree perder valor a los ojos de los otros.[33]

La verificación de conjunto vale sin duda para los Estados Unidos de principios del siglo XXI, donde la propia estimación y el orgullo nacional confluyen. No se aplica en Europa. El narcisismo existe allí pero no tiñe masivamente las relaciones humanas. Por el contrario, los países septentrionales tiran del continente hacia una gran libertad de costumbres que no excluye un alto grado de sentido cívico, mientras que los países más marcados por el tradicionalismo, incluyendo a Alemania e Inglaterra, conservan a causa de esto sólidas barreras contra los fenómenos perturbadores descritos por Lasch. Sólo Francia podría participar parcialmente quizá de semejante análisis, a causa de su alto porcentaje de individualistas, lo cual no impide que la religión se desmorone y la carne se entusiasme.

¿La sexualidad es "la clave de la civilización moderna?"[34] Creo que la respuesta es positiva y que lo mismo acontecía, con formas culturales muy diferentes, en el pasado. Fue una de las cosas mejor disimuladas después de la aparición del cristianismo. Una de las más enmarcadas, también, porque su surgimiento liberador habría puesto en tela de juicio el dogma fundamental de la superioridad del alma sobre el cuerpo. Los libertinos del siglo XVII lo comprendieron a la perfección, como todos los que fueron y son todavía acusados de poner en peligro la moral divina buscando el placer en lugar de preparar su salvación eterna. La represión de los apetitos lujuriosos fue una constante en el mundo occidental hasta una época reciente. *The Mental Deficiency Act*, promulgada en 1913 en Gran Bretaña, hizo enviar a millares de muchachas sol-

[33] Anthony Giddens, *Modernity and Self-Identity*, *op. cit.*, pp. 65-67, 169, 172 y 173.

[34] Anthony Giddens, *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Cambridge, Polity Press, 1992, p. 158 [trad. esp.: *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid, 1998].

teras pobres, sin techo o sencillamente "inmorales", a casas correccionales o asilos por haber quedado embarazadas. Prevalecía entonces la idea de que semejante estado ilegítimo era en sí una señal de facultades mentales deficientes.[35] Las cosas han cambiado radicalmente en Europa desde las últimas décadas del siglo XX. La sexualidad no se presenta ya como un gran continente de normalidad rodeado de pequeñas islas de desorden, sino bajo la forma de un archipiélago compuesto de tierras de diferentes dimensiones.[36] A principios de 2000, la noción de perversión está desapareciendo rápidamente, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, donde las poderosas resistencias al matrimonio gay muestran que las minorías deben combatir ásperamente para que se reconozcan sus derechos a la expresión pública de sus deseos.

Amor y sensualidad son hechos esenciales en las sociedades humanas. No solamente permiten su reproducción, sino que componen igualmente un indispensable "código de comunicación" cultural.[37] Pero este último asegura en adelante la promoción en Occidente de una "sexualidad plástica". Liberadas de las obligaciones reproductivas, las mujeres son las principales beneficiarias, pues para ellas el placer es libertad frente a todos los miedos que las rodeaban. Sus comportamientos afectivos y eróticos han cambiado mucho más profundamente que los de los varones de su edad, en particular del otro lado del Atlántico, donde asombra el contraste entre las generaciones femeninas sucesivas.[38]

[35] *Ibid.*, p. 77.

[36] *Ibid.*, p. 33, citando a Jeffrey Weeks, *Sexuality and its Discontents*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985 [trad. esp.: *El malestar de la sexualidad*, Madrid, Talasa, 1993].

[37] Niklas Luhmann, *Love as Passion: the Codification of Intimacy*, trad. del al., Oxford, Polity Press, 1986 [trad. esp.: *El amor como pasión*, Barcelona, Península, 2008].

[38] Anthony Giddens, *The Transformation of Intimacy*, *op. cit.*, pp. 2, 9, 10 y 27. Los temas están ya esbozados en su obra anterior, *Modernity and Self-Identity*, *op. cit.*, pp. 162, 164, 206 y 219. A propósito de las generaciones femeninas en los Estados Unidos, véase Lillian B. Rubin, *Erotic Wars: What Happened to the Sexual Revolution?*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 1990.

Nadie sabe muy bien todavía en qué dirección evolucionará la situación. Es posible tanto inquietarse como regocijarse al ver cómo la sexualidad se desprende de los "procesos cósmicos de la vida y la muerte".[39] En todos los casos, seguramente conservará su lugar primordial en nuestra civilización. Los discursos biológicos mismos ¿no abren camino a una especie de trascendencia, con el pretexto de la perpetuación de la especie? La hipótesis planteada por Desmond Morris a propósito del papel esencial del orgasmo en la perennidad de la pareja humana a fin de otorgar las mejores probabilidades de crecimiento a los niños se inscribe en una perspectiva como esa. Sus conclusiones acerca de la igualdad voluptuosa "natural", echada a perder durante la fase reciente de urbanización y luego redescubierta a partir de los *sixties*, se acompañan de una condena explícita del egoísmo carnal, que le parece vacío de significación.[40] En el fondo, ¿no ha sido siempre así en nuestras sociedades? El derrumbe reciente de las interdicciones religiosas no es de toda moral. Nuevos sistemas de sentido ocupan su lugar para expresar el infinito valor social que hay que conceder a la intimidad de los cuerpos. Algunos proponen sencillamente medios de supervivencia al individuo atascado en las contradicciones de su universo de referencia. Así el narcisismo estadounidense suministra una respuesta global a la insostenible tensión que existe entre las normas puritanas consideradas intangibles y sus permanentes transgresiones, productoras de una ansiedad existencial a través de un fuerte sentimiento de culpabilidad. Otros insisten en la necesidad de administrar el amor físico de manera que se vuelva un elemento constructivo de la estimación de sí mismo y de las relaciones enriquecedoras con los semejantes. La encuesta de 1999 acerca de los valores europeos permite pensar (o esperar) que el continente está eligiendo este tipo de solución, lejos de una presión esquizo-

[39] Anthony Giddens, *The Transformation of Intimacy*, *op. cit.*, p. 206.

[40] Véase más arriba, cap. VI, y Desmond Morris, *The Human Sexes: a Natural History of Man and Woman*, Londres, Network Books, 1997.

frénica a la estadounidense. El repliegue sobre una familia renovada no sería un signo de fragilidad sino, por el contrario, la marca de una inversión del Sujeto en un complejo de emociones y de relaciones de proximidad destinadas a compensar la frialdad y la dureza de la modernidad. Una manera de resolver la contradicción derivada de la plasticidad sexual ofreciendo como ideal deseable un caparazón centrado en una colaboración física y afectiva, envuelto en "binzas de cebolla" relacionales, amigos, vecinos, parientes y hasta antiguas parejas con quienes se han tenido niños, etcétera.

La actual salida de la religión les da a la mujer y al hombre la posibilidad de utilizar su cuerpo a su gusto. Las cosas, sin embargo, no son tan sencillas, pues su libre arbitrio está limitado por pesos sociales y culturales. Radicalmente diferentes del pasado, permisivas y no ya represivas, éstas no dejan de orientar por ello el devenir de cada ciudadano. Las leyes del mercado económico empujan a una competencia creciente para afirmar su identidad y alcanzar el máximo placer en todas las edades. Los códigos de la igualdad amorosa y erótica les imponen dar tanto como recibir, para alcanzar de nuevo y siempre el orgasmo. Les hace falta seguir siendo muy eficientes, manteniéndose eternamente jóvenes y deseables, para retener a la otra mitad de una pareja siempre fundamental, pero potencialmente fragilizada por el hecho de que ya no está ligada obligatoriamente a la procreación ni al hecho de criar los niños. Cada uno es en adelante mucho más exigente en materia de sensualidad, de emociones, de pasiones. Parece que ha llegado la época del amor a la carta, de un contrato puesto en duda de manera incesante por la exigencia de perfección y de plenitud formulada de manera desgarradora por toda nuestra civilización. Ciertamente, podría estimarse que la sexualidad actual conserva el eco debilitado de la trascendencia que la bañaba cuando aseguraba la supervivencia de la especie, rodeando con este hecho la búsqueda de la voluptuosidad física de un aura de nostalgia y desilusión; pero sería admitir que su profunda transformación simboliza el fracaso de una civilización dedicada al cre-

cimiento económico y al control técnico.[41] Sólo que la verificación no es válida eventualmente sino para Estados Unidos. De nuestro lado del Atlántico sí se observan también fragilizaciones de la personalidad entre los jóvenes varones que han perdido las referencias machistas de sus mayores y se encuentran confrontados a exigencias de realización en todos los ámbitos por las muchachas de su generación; ellas no desembocan en un empujón claro de narcisismo patológico. Se ve por el contrario cómo remontan los valores de proximidad y definen un código amoroso centrado en la realización de sí mismo a través del otro.

La actitud hacia el goce carnal se revela muy esclarecedora acerca de las elecciones sociales. Los herederos del Nuevo Mundo permanecen ligados visceralmente a un modelo occidental represivo donde la religión y la familia nacida del sacramento del matrimonio son los dos pilares de la tradición. El surgimiento de las reivindicaciones sacude sin embargo, con dureza, un universo fracturado. La cultura del narcisismo parece reflejar la transcripción en el nivel íntimo de esta gran falla colectiva. Los informes Kinsey de 1948 y de 1953 mostraban ya que las leyes y los reglamentos, particularmente severos en materia de costumbres, eran objeto de transgresiones incesantes. Cincuenta años más tarde, el mismo "doble constreñimiento" sigue produciendo efectos negativos, aun si han tenido lugar aperturas liberales, sobre todo del lado de la sexualidad femenina.

La Europa hedonista, por su parte, ha elegido deliberadamente el camino permisivo. Los excesos observables no impiden que los nuevos valores se integren en la trama social y produzcan una flexibilidad adicional. El desarrollo del gusto por el placer va a la par con el remiendo de las relaciones, mal colocado por la modernidad. La valoración reciente de las estructuras próximas y cálidas traduce la existencia de negociaciones nuevas entre el individuo sediento de seguridad y las entidades que mejor se la pueden proporcionar,

[41] Esta tesis es defendida por Anthony Giddens, *The Transformation of Intimacy*, *op. cit.*, p. 203.

comenzando por la pareja, cuya supervivencia parece probable, a condición de adaptarse a grandes transformaciones.

Nunca el ser occidental ha sido tan fuertemente orientado y determinado por su grupo como a principios del siglo XXI. Mientras que en apariencia el individualismo triunfa, las leyes del mercado económico y la tiranía del orgasmo lo condenan a tornarse un atleta del logro personal, obligado constantemente a demostrar a los demás que puede hacer algo mejor. Nunca, sin embargo, ha dispuesto de tal libertad de elección, al menos en Europa, para alcanzar su pleno desarrollo, aprovechar su cuerpo y vivir plenamente sus deseos en una igualdad erótica que se ha vuelto posible entre hombre y mujer o entre parejas del mismo "género". Arguicia de una cultura dinámica y creativa, la perpetua renegociación del nexo comunitario implica en adelante abiertamente que cada uno tome en cuenta el asunto mejor escondido desde los orígenes de la civilización cristiana: ese placer que llaman carnal...

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

ADDY, John, *Sin and Society in the Seventeenth Century*, Londres, Routledge, 1989.

AERS, David (ed.), *Culture and History, 1350-1600: Essays on English Communities, Identities and Writing*, Nueva York, Harvester Wheatsheaf, 1992.

—, "A whisper in the ear of early modernists; or reflections on literary critics writing the 'history of the subject'", en David Aers (ed.), *Culture and History, 1350-1600: Essays on English Communities, Identities and Writing*, Nueva York, Harvester Wheatsheaf, 1992, pp. 177-201.

ANZIEU, Didier, *Le Moi-peau*, París, Dunod, 1985 [trad. esp.: *El yo-piel*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998].

ARIÈS, Philippe, *L'Enfant et la Vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1960; reed. Seuil, 1973 [trad. esp.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987].

ARIES, Philippe y Georges Duby (eds.), *Histoire de la vie privée*, 5 vols., París, Seuil, 1985-1987, t. I: *De l'Empire romain à l'an mil*; t. II: *De l'Europe féodale à la Renaissance*; t. III: *De la Renaissance aux Lumières*; t. IV: *De la Révolution à la Grande Guerre*; t. V: *De la Première Guerre mondiale à nos jours* [trad. esp.: *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1994].

ARON, Jean-Paul y Roger Kempf, *Le Pénis et la Démoralisation de l'Occident*, París, Grasset, 1978, reeditado bajo el título *La Bourgeoisie, le Sexe et l'Honneur*, Bruselas, Complexe, 1984.

BAGEMIHL, Bruce, *Biological Exuberance: Animal Homosexuality and Natural Diversity*, Nueva York, Saint Martin's Press, 1999.

BAJTÍN, Mijaíl, *L'Œuvre de François Rabelais et la Culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*, París, Gallimard, 1970 [trad. esp.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renaci-*

miento. El contexto de François Rabelais, Barcelona, Barral Editores, 1978].

BARDET, Jean-Pierre y Jacques Dupaquier (eds.), *Histoire des populations de l'Europe*, 3 vols., París, Fayard, 1997.

BARRET-DUCROCQ, Françoise, *L'Amour sous Victoria. Sexualité et classes populaires à Londres au XIX^e siècle*, París, Plon, 1989.

BASTIEN, Pascal, "Le Spectacle pénal à Paris au XVIII^e siècle", tesis defendida bajo la dirección de Robert Muchembled y Claire Dolan, Université de Paris-Nord y Université Laval, Québec, 2002. El autor prepara un libro sobre el suplicio para Éditions du Seuil.

BELLUCK, Pam, "Massachusetts gives new push to gay marriage in strong ruling", en *The New York Times*, 5 de febrero de 2004.

BELSEY, Catherine, *The Subject of Tragedy*, Londres-Nueva York, Methuen, 1985.

BENABOU, Erica-Marie, *La Prostitution et la Police des mœurs au XVIII^e siècle*, prefacio de Pierre Goubert, París, Perrin, 1987.

BERCÉ, Yves-Marie, *Fête et révolte. Des mentalités populaires du XVI^e au XVIII^e siècle*, París, Hachette, 1976.

BERGER, Peter L. (ed.), *The Desecularization of the World: Resurgent Religion and World Politics*, Grand Rapids, W. B. Eerdmans Pub. Co., 1999.

BERRIOT-SALVADORE, Évelyne, *Un corps, un destin: la femme dans la médecine de la Renaissance*, París, Champion, 1993.

BOAISTUAU, Pierre, *Le Théâtre du Monde (1558)*, ed. crít. de Michel Simonin, Ginebra, Droz, 1981.

BOUGARD, Roger R., *Érotisme et amour physique dans la littérature française du XVII^e siècle*, París, Gaston Lachurié, 1986.

BOURCIER, Élisabeth, *Les Journaux privés en Angleterre (1600-1660)*, París, Publications de la Sorbonne, 1976.

BOURDIEU, Pierre, *La Distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979 [trad. esp.: *La Distinción*, Madrid, Taurus, 1988].

BRANTÔME [Pierre de Bourdeille, señor de], *Vies des dames galantes*, texto establecido sobre la ed. original por Jacques Haumont, París, J. de Bonnot, 1972 [trad. esp.: *Las damas galantes*, Madrid, Ediciones del Centro, 1980].

BRAUDEL, Fernand, "Histoire et sciences sociales. La longue durée", en *Annales E.S.C.*, vol. 13, 1958, pp. 725-753.

—, *Écrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969.

—, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme (XV^e-XVIII^e siècle)*, 3 vols., París, A. Colin, 1979 [trad. esp.: *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XIII*, 3 vols., Madrid, Alianza Editorial, 1984].

BRÉCHON, Pierre (dir.), *Les Valeurs des Français. Évolutions de 1980 à 2000*, París, A. Colin, 2000.

—, "Les inégalités dans les sociétés européennes fragilisent la démocratie", en *Le Monde*, 14 de octubre de 2002.

BREWER, John, *The Pleasures of the Imagination: English Culture in the Eighteenth Century*, Londres, Harper Collins, 1997.

BRIOT, Frédéric, *Usage du monde, usage de soi. Enquête sur les mémorialistes d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1994.

BULLOUGH, Vern L., "The development of sexology in the USA in the early twentieth century", en Roy Porter y Mikulas Teich (eds.), *Sexual Knowledge, Sexual Science. The History of the Attitudes to Sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

BURCKHARDT, Jacob, *La Civilisation de la Renaissance en Italie*, 3 vols., trad. francesa de H. Schmitt revisada y corregida por R. Klein, París, Le Livre de Poche, 1987 (1ª ed. en alemán, 1860) [trad. esp.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004].

BURGUIÈRE, André, "De Malthus à Max Weber: le mariage tardif et l'esprit d'entreprise", en *Annales E.S.C.*, vol. 27, 1972, pp. 1128-1138.

BURKE, Peter, "Viewpoint. The invention of leisure in early modern Europe", en *Past and Present*, vol. 146, febrero de 1995, pp. 136-150.

—, "Representations of the self from Petrarch to Descartes", en Roy Porter (ed.), *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*, Londres, Routledge, 1997, pp. 17-28.

BYNUM, Caroline W., *Jesus as Mother. Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*, Berkeley, University of California Press, 1982.

CAMERON, David Kerr, *London's Pleasures: from Restoration to Regency*, Stroud, Sutton, 2001.

CASTIGLIONE, Baldassare, *Le Livre du courtisan*, París, Flammarion, col. "GF", 1991 [trad. esp.: *El cortesano*, ed. de Mario Pozzi, trad. de Juan Boscán, Madrid, Cátedra, 1994].

Ce plaisir qu'on dit charnel [*Carnal Knowledge*], película de Mike Nichols, con Jack Nicholson, Arthur Garfunkel, Ann Margret, Candice Bergen, 1971.

CLAUS, Hugo, *Le Chagrin des Belges*, París, Julliard, 1985 (1ª ed. flamenca, *Het verdriet van België*, 1983) [trad. esp.: *La pena de Bélgica*, Madrid, Alfaguara, 1990].

CLAVERIE, Élisabeth y Pierre Lamaison, *L'Impossible Mariage. Violence et parenté en Gévaudan, XVIe, XVIIe y XIXe siècles*, París, Hachette, 1982.

CLIFFORD, Anne, "The Lady Anne Clifford Walk". Disponible en línea: <http://www.pikedaw. freeserve. co. uk/walks/lady_anne_clifford_walk.htm>.

CONDON, Bill: véase *Docteur Kinsey*.

CORBIN, Alain, *Les Filles de noce: misère sexuelle et prostitution, XIXe et XXe siècles*, París, Aubier, 1978.

—, "Commercial sexuality in nineteenth-century France: a system of images and regulations", en Catherine Gallagher y Thomas Laqueur (eds.), *The Making of the Modern Body: Sexuality and Society in the Nineteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1987, pp. 209-219.

CORBIN, Alain, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello (dirs.), *Histoire du corps*, 3 vols., París, Seuil, 2005 [trad. esp.: *Historia del cuerpo*, 3 vols., Madrid, Taurus, 2005].

CRAWFORD, Patricia y Laura Gowing (eds.), *Women's World in Seventeenth- Century England*, Londres, Routledge, 2000.

CRESSY, David, "Literacy in context: meaning and measurement in early modern England", en John Brewer y Roy Porter (eds.), *Consumption and the World of Goods*, Londres-Nueva York, Routledge, 1993.

Croyances religieuses, morales et éthiques dans le processus de construction européenne, París, La documentation française, 2002.

DARWIN, Charles, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*, Londres, John Murray, 1859 [trad. esp.: *El origen de las especies*, Barcelona, Bruguera, 1982].

DAUMAS, Maurice, *Le Mariage amoureux. Histoire du lien conjugal sous l'Ancien Régime*, París, A. Colin, 2004.

DAVIDOFF, Leonore y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Londres, Hutchinson, 1987 [trad. esp.: *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa, 1780-1850*, Madrid, Cátedra, 1994].

DAVIE, Grace, *Religion in Britain since 1945: Believing without Belonging*, Oxford, Blackwell, 1994.

— (ed.), *Predicting Religion: Christian, Secular, and Alternative Futures*, Aldershot, Ashgate Pub., 2003.

DAVIE, Grace y Danièle Hervieu-Léger, *Identités religieuses en Europe*, París, La Découverte, 1996.

DAVIS, Natalie Zemon, "Boundaries and the sense of self in sixteenth-century France", en Thomas C. Heller, Morton Sosna y David E. Wellbery (eds.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and the Self in Western Thought*, Stanford, Stanford University Press, 1986, pp. 53-63.

DEAN, Carolyn J., *The Frail Social Body: Pornography, Homosexuality, and Other Fantasies in Interwar France*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 2000.

DEREGNAUCOURT, Gilles y Didier Poton, *La Vie religieuse en France aux XVI^e^-XVIII^e^ siècles*, París, Ophrys, 1994.

DIEDLER, Jean-Claude, *Démons et sorcières en Lorraine. Le bien et le mal dans les communautés rurales de 1550 à 1660*, París, Messene, 1996.

Docteur Kinsey [*Kinsey*], película de Bill Condon, 2004, con Liam Neeson y Laura Linney.

DRAGSTRA, Henk, Sheila Ottway y Helen Wilcox (eds.), *Betraying our Selves: Forms of Self-Representation in Early Modern English Texts*, Nueva York, Saint Martin's Press, 2000.

DUBOST, Jean-Pierre, *L'Académie des dames ou la Philosophie dans le boudoir du Grand Siècle*, Arles, Philippe Picquier, 1999.

DUERR, Hans-Peter, *Nudité et pudeur. Le mythe du processus de civilisation*, París, Maison des sciences de l'homme, 1998 (1ª ed. en alemán, 1988).

DUFOURMANTELLE, Anne, *Blind Date. Sexe et philosophie*, París, Calmann-Lévy, 2003.

DUMONT, Louis, *Essais sur l'individualisme: une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*, París, Seuil, 1983 [trad. esp.: *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid, Alianza, 1995].

DUPÂQUIER, Jacques (dir.), con la colaboración de Jean-Pierre Bardet *et al.*, *Histoire de la population française*, París, PUF, 1988.

Ecole des filles [*L'*], obra anónima publicada en 1655, en Jacques Prévot (ed.), *Libertins du XVII^e siècle*, t. I, París, Gallimard, 1998 (la obra es editada íntegramente en las pp. 1099- 1202).

ELIAS, Norbert, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. en alemán, 1939).

—, *La Société de cour*, París, Calmann-Lévy, 1974 [trad. esp.: *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982].

—, *La Dynamique de l'Occident*, París, Calmann-Lévy, 1975.

—, *La Société des individus*, París, Fayard, 1991 [trad. esp.: *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península, 2000].

ETLIN, Richard, *The Architecture of Death: the Transformation of the Cemetery in Eighteenth-Century Paris*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1984.

EUSTACHE, Jean: véase *Maman et la Putain* [*La*].

FALLER, Lincoln B., *Turned to Account. The Forms and Functions of Criminal Biography in Late Seventeenth- and Early Eighteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

—, *Crime and Defoe. A New Kind of Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

FARGE, Arlette, *Vivre dans la rue a Paris au XVIII^e siècle*, París, Gallimard-Julliard, 1979.

FEBVRE, Lucien, *Amour sacré, amour profane. Autour de l'Heptaméron*, París, Gallimard, 1971 (1ª ed., 1944).

FILLON, Anne, *Les Trois Bagues au doigt: amours villageoises au XVIII^e siècle*, París, R. Laffont, 1989.

FIREMAN, Gary D., Ted E. Mcvay y Owen J. Flanagan (eds.), *Narrative and Consciousness: Literature, Psychology, and the Brain*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

FLANDRIN, Jean-Louis, *L'Église et le Contrôle des naissances*, París, Flammarion, 1970.

— (ed.), *Les Amours paysannes: amour et sexualité dans les campagnes de l'ancienne France (XVI^e-XIX^e siècle)*, París, Gallimard-Julliard, 1975.

—, *Le Sexe et l'Occident: évolution des attitudes et des comportements*, París, Seuil, 1981.

—, *Un temps pour embrasser: aux origines de la morale sexuelle occidentale (VI^e-XI^e)*, París, Seuil, 1983.

FLETCHER, Anthony, *Gender, Sex, and Subordination in England, 1500-1800*, New Haven, Yale University Press, 1995.

FLYNN, Carol Houlihan, *The Body in Swift and Defoe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

FOGEL, Michèle, *Marie de Gournay*, París, Fayard, 2004.

FOUCAULT, Michel, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, Plon, 1961 [trad. esp.: *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976].

—, *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975 [trad. esp.: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1977].

—, *Histoire de la sexualité*, t. I: *La Volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976; t. II: *L'Usage des plaisirs*, y t. III: *Le Souci de soi*, aparecidos en 1984 en la misma editorial [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, t. I: *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977; t. II:, *El uso de los placeres*, México, Siglo XXI, 1986; t. III: *El cuidado de sí*, México, Siglo XXI, 2005].

FOX, Robin, *The Red Lamp of Incest: an Enquiry into the Origins of Mind and Society*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1980 [trad. esp.: *La roja lámpara del incesto. Investigación de los orígenes de la mente y la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990].

FOXON, David, *Libertine Literature in England*, New Hyde Park (Nueva York), University Books, 1965.

FRASER, Antonia, *The Weaker Vessel*, Nueva York, Alfred Knopf, 1984.

FREUD, Sigmund [1905], *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, París, Gallimard, 1962 [trad. esp.: *Tres ensayos sobre teoría sexual*, en *Obras Completas*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000].

—, "Au-delà du principe de plaisir" [1920], en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1981, reed. 2001, pp. 47-128 [trad. esp.: *Más allá del principio del placer*, en *Obras Completas*, t. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1999].

—, "Psychologie des foules et analyse du Moi" [1921], en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, reed. 2001, pp. 129-242.

—, "Le Moi et le Ça" [1923], en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, reed. 2001, pp. 243-305 [trad. esp.: *El yo y el ello*, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000].

—, *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1981; reed. 2001.

Futuribles, "Les valeurs des Européens. Les tendances de long terme", bajo la dirección de Pierre Bréchon y de Jean François Tchernia, núm. 277, julio-agosto de 2002.

GALLAGHER, Catherine y Thomas Laqueur (eds.), *The Making of the Modern Body: Sexuality and Society in the Nineteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1987.

GALLAND, Olivier, "Les dimensions de la confiance", en *Futuribles*, núm. 277, julio-agosto de 2002, pp. 15-40.

—, "L'individualisation progresse partout, les différences culturelles restent fortes", en *Le Monde*, 14 de octubre de 2002.

GALLAND, Olivier y Bernard Roudet (dirs.), *Les Valeurs des jeunes. Tendances en France depuis vingt ans*, París, L'Harmattan, 2001.

GAUCHET, Marcel, *Le Désenchantement du monde. Une histoire religieuse du politique*, París, Gallimard, 1985 [trad. esp.: *El desencantamiento del mundo. Una historia política de la religión*, Madrid, Trotta, 2006].

GAY, Peter, *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*, 5 vols., t. I: *Education of the Senses*; t. II: *The Tender Passion*; t. III: *The Cultivation of Hatred*; t. IV: *The Naked Heart*; t. V: *Pleasure Wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1984-1998 [trad. esp.: *La expe-*

riencia burguesa: de Victoria a Freud, 2 vols., t. I: *La educación de los sentidos*; t. II: *Tiernas pasiones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992].

GEBHARD, Paul y Alan B. Johnson, *The Kinsey Data: Marginal Tabulations of the 1938-1963. Interviews Conducted by the Institute for Sex Research*, Filadelfia, W. B. Saunders Co., 1979.

GENT, Lucy y Nigel Llewellyn (eds.), *Renaissance Bodies: the Human Figure in English Culture c. 1540-1660*, Londres, Reaktion, 1990.

GIDDENS, Anthony, *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Cambridge, Polity Press, 1991 [trad. esp.: *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península, 1997].

—, *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Cambridge, Polity Press, 1992 [trad. esp.: *La transformación de la Intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid, 1998].

GILMAN, Sander L., *Sexuality: an Illustrated History. Representing the Sexual in Medicine and Culture from the Middle Ages to the Age of AIDS*, Nueva York, Wiley, 1989.

GOUBERT, Pierre, *La Vie quotidienne des paysans au XVII^e siècle*, París, Hachette, 1982.

GOULEMONT, Jean-Marie, *Ces livres qu'on ne lit que d'une main. Lecture et lecteurs de livres pornographiques au XVIII^e siècle*, Aix-en-Provence, Alinea, 1991.

GOWING, Laura, *Domestic Dangers: Women, Words and Sex in Early Modern London*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

—, *Common Bodies. Women, Touch and Power in Seventeenth-Century England*, New Haven, Yale University Press, 2003.

GRAHAM, Elspeth *et al.* (eds.), *Her Own Life: Autobiographical Writings by Seventeenth- Century Englishwomen*, Londres, Routledge, 1989.

GREENBLATT, Stephen, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1980.

—, *Shakespearean Negociations: the Circulation of Social Energy in Renaissance England*, Berkeley, California University Press, 1988.

—, "Fiction and friction", en Thomas C. Heller, Morton Sosna y David E. Wellbery (eds.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and Self in Western Thought*, Stanford, Stanford University Press, 1986, pp. 30-52.

—, "Me, myself and I", en *The New York Review of Books*, vol. 56, núm. 6, 8 de abril de 2004 (a propósito del libro de Thomas Laqueur, *Solitary Sex: a Cultural History of Masturbation*, Nueva York, Zone Books, 2003 [trad. esp.: *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007]).

Grimaldi, Nicolas, *Le Désir et le Temps*, París, Vrin, 1971.

—, *Traité des solitudes*, París, puf, 2003.

Hanley, Sarah, "Engendering the state: family formation and state building in early modern France", en *French Historical Studies*, vol. 16, 1989, pp. 4-27.

Hanson, Elizabeth, *Discovering the Subject in Renaissance England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

Hauser, Renate, "Krafft-Ebing's psychological understanding of sexual behaviour", en Roy Porter y Mikulas Teich (eds.), *Sexual Knowledge, Sexual Science. The History of the Attitudes to Sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 210-229.

Heale, Elizabeth, *Autobiography and Authorship in Renaissance Verse. Chronicles of the Self*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.

Heller, Thomas C., Morton Sosna y David E. Wellbery (eds.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and the Self in Western Thought*, Stanford, Stanford University Press, 1986.

Héritier, Françoise, *Masculin-féminin*, t. i: *La Pensée de la différence*; t. ii: *Dissoudre la hiérarchie*, París, O. Jacob, 1996 y 2002 [trad. esp.: *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel, 1996; *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007].

Hervieu-Léger, Danièle, *Le Pèlerin et le Converti. La religion en mouvement*, París, Flammarion, 1999 [trad. esp.: *El peregrino y el convertido: la religión en movimiento*, México, Ediciones del Helénico, 2004].

HITE, Shere, *Women and Love: a Cultural Revolution in Progress*, Nueva York, Knopf, 1987 [trad. esp.: *Mujeres y amor (el nuevo informe Hite)*, Madrid, Punto de Lectura, 2002].

—, *Women as Revolutionary Agents of Change: the Hite Report and Beyond*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1994 [trad. esp.: *Las mujeres como agentes revolucionarias del cambio*, Madrid, Vindicación Feminista, 2001].

—, *The Hite Report on the Family: Growing up under Patriarchy*, Nueva York, Grove Press, 1995 (ed. original ingl., Bloomsbury, 1994).

HOLDEN, Stephen, "An Epicure's 15-course French feast", en *The New York Times*, 12 de marzo de 2004.

HOLLAND, Eugene, "On narcissism from Baudelaire to Sartre: ego-psychology and literary history", en Lynne Layton y Barbara Ann Schapiro (eds.), *Narcissism and the Text: Studies in Literature and the Psychology of the Self*, Nueva York, New York University Press, 1986.

Homme qui n'a pas d'étoile [*L'*], una película de King Vidor, con Kirk Douglas, Jeanne Crain, Claire Trevor, 1955.

HUME, David, *A Treatise of Human Nature, reprinted from the Original Edition in three volumes and edited, with an analytical index, by L. A. Selby-Bigge*, Oxford, Clarendon Press, 1896 (aparecido en 1729).

HUNT, Lynn (ed.), *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity*, 1500-1800, Nueva York, Zone Books, 1993.

—, "Pornography and the French Revolution", en Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*, Nueva York, Zone Books, 1993.

HUNTER, James Davison, *Culture Wars: the Struggle to Define America*, Nueva York, Basic Books, 1991.

HUNTINGTON, Samuel P., *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon and Schuster, 2004 [trad. esp.: *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2004].

HUYSMANS, Joris-Karl, *En ménage*, París, G. Charpentier, 1880.

INGRAM, Martin, *Church Courts, Sex, and Marriage in England, 1570-1640*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

JACOB, Margaret C., "The materialist world of pornography", en Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*, Nueva York, Zone Books, 1993.

JACOBS, Andrew, "Student sex case in Georgia stirs claims of Old South justice", en *The New York Times*, 22 de enero de 2004.

JARDINE, Lisa, *Still Harping on Daughters: Women and Drama in the Age of Shakespeare*, Sussex, Harvester Press, 1983.

JEANNERET, Michel, *Éros rebelle. Littérature et dissidence à la ère classique*, París, Seuil, 2003.

JONES, James H., *Alfred Kinsey. A Public/Private Life*, Nueva York, W. W. Norton and Company, 1997.

JORDANOVA, Ludmilla J., *Sexual Visions: Images of Gender in Science and Medicine between Eighteenth and Twentieth Centuries*, Madison, University of Wisconsin Press 1993.

JOUANNA, Arlette, *Le Devoir de révolte. La noblesse française et la gestation de l'État moderne, 1559-1661*, París, Fayard, 1989.

KASL, Charlotte Davis, *Women, Sex, and Addiction: a Search for Love and Power*, Nueva York, Ticknor and Fields, 1989.

KAUFMANN, Jean-Claude, *Ego. Pour une sociologie de l'individu. Une autre vision de l'homme et de la construction du sujet*, París, Nathan, 2001.

KERNBERG, Otto F., *Borderline Conditions and Pathological Narcissism*, Nueva York, J. Aronson, 1975 [trad. esp.: *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, Buenos Aires, Paidós, 1979].

KINSEY, Alfred C., Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, Filadelfia, W. B. Saunders Co., 1948.

KINSEY, Alfred C., Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, Filadelfia, W. B. Saunders Co., 1953.

Kinsey Institute for Research in Sex, Gender, and Reproduction [The], de la Universidad de Indiana. Disponible en línea: <http://www.kinseyinstitute.org/resources/ak-hhscale.html>.

KIPNIS, Laura, "Should this marriage be saved?", en *The New York Times*, 25 de enero de 2004.

KOHUT, Heinz, *The Analysis of the Self. A Systematic Approach to the Psychoanalytic Treatment of Narcissic Personality Disorders*, Nueva York, International Universities Press, 1971 [trad. esp.: *Análisis del* self. *El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977].

—, *The Restoration of the Self*, Nueva York, International Universities Press, 1977 [trad. esp.: *La restauración del sí-mismo*, Buenos Aires, Paidós, 1977].

—, *The Search for the Self: Selected Writings of Heinz Kohut, 1950-1978, edited with an Introduction by Paul H. Ornstein*, Nueva York, International Universities Press, 1978.

—, *Self Psychology and the Humanities: Reflections on a New Psychoanalytic Approach, edited with an Introduction by Charles B. Strozier*, Nueva York, W. W. Norton, 1985.

KOLATA, Gina, "The heart's desire", en *The New York Times*, 11 de mayo de 2004.

KRAFFT-EBING, Richard von, *Psychopathia Sexualis: a Medico-Forensic Study*, Nueva York, Putnam (1ª ed. en alemán, 1886) [trad. esp.: *Psicopatía sexual*, Buenos Aires, Progreso y Cultura, 1942].

KRAMER, Susan R. y Caroline W. Bynum, "Revisiting the twelfth-century individual. The inner self and the christian community", en Gert Melville y Markus Schürer (eds.), *Das Eigene und das Ganze. Zum Individuellen im mittelalterlichen Religiosentum*, Dresde, Lit, 2002, pp. 57-85.

KRAUSS, Clifford, "Canada's view on social issues is opening rifts with the us", en *The New York Times*, 2 de diciembre de 2003.

KRIS, Ernst, *Psychoanalytic Explorations in Art*, Nueva York, Schocken Books, 1952 [trad. esp.: *Psicoanálisis del arte y del artista*, Buenos Aires, Paidós, 1964].

KRISTOF, Nicholas D., "Lovers under the skin", en *The New York Times*, 3 de diciembre de 2003.

KUPERTY-TSUR, Nadine, *Se dire à la Renaissance. Les Mémoires du XVI^e siècle*, París, Vrin, 1997.

LACHÈVRE, Frédéric, *Le Libertinage devant le Parlement de Paris. Le Procès du poete Théophile de Viau (11 juillet 1623-1° septembre 1625)*, 2 vols., París, H. Champion, 1909 (reimp. Ginebra, Slatkine, 1968).

—, *Le Libertinage au XVII^e siècle. Une seconde révision des œuvres du poete Théophile de Viau*, París, H. Champion, 1911 (reimp., Ginebra, Slatkine, 1968).

—, *Le Libertinage au XVII^e siècle*, t. II: *Disciples et successeurs de Théophile de Viau*, I, *La Vie et les Poésies libertines inédites de Des Barreaux (1599-1673), Saint-Pavin (1595-1670)*, París, H. Champion, 1911.

—, *Le Libertinage au XVII^e siècle*, t. V: *Disciples et successeurs de Théophile de Viau, Les Œuvres libertines de Claude Le Petit, Parisien brûle le 1^er septembre 1662, précédées d'une notice biographique*, París, E. Capiomont et Cie, 1918.

—, *Le Libertinage au XVII^e siècle*, t. VI: *Disciples et successeurs de Théophile de Viau*, III, *Les Chansons libertines de Claude de Chouvigny, baron de Blot-l'Église (1605-1655)...*, s. l. (París), 1919.

—, *Le Libertinage au XVII^e siècle*, t. VII: *Mélanges*, París, H. Champion, 1920 (reimp. Ginebra, Slatkine, 1968).

LAHIRE, Bernard *et al.*, *Portraits sociologiques. Dispositions et variations individuelles*, París, Nathan, 2002.

LAMBERT, Yves, "Religion: l'Europe à un tournant", en *Futuribles*, núm. 277, julio-agosto de 2002, pp. 129-160.

—, "Un certain retour de la morale, en particulier chez les jeunes", en *Le Monde*, 17 de abril de 2003.

LAQUEUR, Thomas Walter, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1990 [trad. fr.: *La Fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident*, París, Gallimard, 1992] [trad. esp.: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1996].

—, "Orgasm, generation, and the politics of reproductive biology", en Robert Shoemaker y Mary Vincent (eds.), *Gender and History in Western Europe*, Nueva York, Arnold, 1998.

—, reseña del libro de Randolph Trumbach, *Sex d the Gender Revolution*, t. I, en *The American Historical Review*, vol. 106, núm. 4, octubre de 2001, pp. 1456 y 1457.

—, *Solitary Sex: a Cultural History of Masturbation*, Nueva York, Zone Books, 2003; trad. fr.: *Le Sexe en solitaire. Contribution a l'histoire culturelle de la sexualité*, París, Gallimard, 2005 [trad. esp.: *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007].

LASCH, Christopher, *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*, Nueva York, W. W. Norton, 1978 [trad. esp.: *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello, 1999].

LASLETT, Peter, *Un monde que nous avons perdu. Famille, communauté et structure sociale dans l'Angleterre préindustrielle*, París, Flammarion, 1969.

—, *Family Life and Illicit Love in Earlier Generations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.

—, *The World We Have Lost: Further Explored*, 3ª ed., Londres, Methuen, 1983 [trad. esp.: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Madrid, Alianza, 1987].

LAYTON, Lynne y Ann Schapiro (eds.), *Narcissism and the Text: Studies in Literature and the Psychology of the Self*, Nueva York, New York University Press, 1986.

LEDUC, Louise, "Un premier couple gai se marie civilement au palais de justice", en *La Presse* (Montreal), 2 de abril de 2004.

LEJEUNE, Philippe, *L'Autobiographie en France*, París, A. Colin, 1971.

—, *Le Pacte autobiographique*, París, Seuil, 1975 [trad. esp.: *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul, 1994].

LEMNIUS, Levinus [Levin Lemne], *Les Occultes Merveilles et Secretz de nature*, París, Galot du Pré, 1574, pp. 213 y ss., con índices detallados. 1ª ed. lat., 1559; trad. it., 1560 (otras cuatro hasta 1570); 1ª trad. fr., *Les Secrets Miracles de nature...*, Lyon, Jean d'Ogerolles, 1566, y luego París, 1567 (tres reimp. hasta 1575); trad. alemana, Leipzig, 1569 (otras tres hasta 1580 y cinco desde esta fecha a 1605). Más tarde se señalan en particular una edición latina (Ámsterdam, 1650-1651) y una inglesa (Londres, 1658).

LIPOVETSKY, Gilles, *L'Ere du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, París, Gallimard, 1983 [trad. esp.: *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1987].

— (con Sébastien Charles), *Les Temps hypermodernes*, París, Grasset, 2004 [trad. esp.: *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama. 2006].

LIPTAK, Adam, "Bans on interracial unions offer perspectives on gay ones", en *The New York Times*, 17 de marzo de 2004.

LOCKE, John, *Essay Concerning Human Understanding*, ed. de Roger Woolhouse, Londres, Penguin Books, 1997 (1ª ed., 1690) [trad. esp.: *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999].

LUHMANN, Niklas, *Love as Passion: the Codification of Intimacy*, trad. del al., Oxford, Polity Press, 1986 [trad. esp.: *El amor como pasión*, Barcelona, Península, 2008].

LYONS, John O., *The Invention of the Self: the Hinge of Consciousness in the Eighteenth Century*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1978.

Ma vie secrète, trad. fr. completa de Mathias Pauvert, 5 vols., París, Stock, 1994-2001, y extractos, *Ma vie secrète. Servantes et filles de ferme*, trad. fr. de Mathias Pauvert, París, La Musardine, 1994 [trad. esp.: *Mi vida secreta*, Barcelona, Tusquets, 2006]. Véase *My Secret Life*.

MACFARLANE, Alan, *The Origins of English Individualism: the Family, Property, and Social Transition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

MAINIL, Jean, *Dans les règles du plaisir… Théorie de la différence dans le discours obscène romanesque et médical de l'Ancien Régime*, París, Kimé, 1996.

Maman et la Putain [La], una película de Jean Eustache, con Bernadette Lafont, Jean-Pierre Léaud y Françoise Lebrun, 1973.

MANDEVILLE, Bernard de, *La Fable des abeilles, ou les Fripons devenus honnêtes gens, avec le commentaire où l'on trouve que les vices des particuliers tendent à l'avantage du public, traduit de l'anglais sur la sixième édition*, Londres, J. Nourse, 1750.

—, *La Fable des abeilles*, 2 vols., ed. de Paulette et Lucien Carrive, París, Vrin, t. I, 1974 (reed., 1998), t. II, 1991 [trad. esp.: *El panal rumoroso o la redención de los bribones*, paráfrasis libre de Alfonso Reyes, México, La Flecha, 1957].

MARCUS, Steven, *The Other Victorians: a Study of Sexuality and Pornography in Mid- Nineteenth-Century England*, Nueva York, Basic Books, 1966.

MARSHALL, Carolyn, "More than 50 gay couples are married in San Francisco", en *The New York Times*, 13 de febrero de 2004.

MASCUCH, Michael, *Origins of the Individualist Self: Autobiography and Self-Identity in England, 1591-1791*, Cambridge, Polity Press, 1997.

MASON, Michael, *The Making of Victorian Sexuality*, Oxford, Oxford University Press, 1994.

MASTERS, William H. y Virginia E. Johnson, *Human Sexual Response*, Boston, Little, Brown, 1966 [trad. esp.: *Respuesta sexual humana*, Buenos Aires, Intermédica Editorial, 1967].

MATHIEU-CASTELLANI, Gisèle, *La Scène judiciaire de l'autobiographie*, París, PUF, 1996.

MATTHEWS-GRIECO, Sarah F., *Ange ou diablesse? La représentation de la femme au XVI^e siècle*, París, Flammarion, 1991.

MAUZI, Robert, *L'Idée de bonheur dans la littérature et la pensée françaises du XVIII^e siècle*, París, A. Colin, 1960; 2ª ed., 1965.

MELVILLE, Gert y Markus Schürer, (eds.), *Das Eigene und das Ganze. Zum Individuellen im mittelalterlichen Religiosentum*, Dresde, Lit, 2002.

MEYER, John W., "Myths of socialization and of personality", en Thomas C. Heller, Morton Sosna y David E. Wellbery (eds.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality, and the Self in Western Thought*, Stanford, Stanford University Press, 1986, pp. 208-221.

MEYERS, Nancy: véase *Something's Gotta Give*.

MOLIÈRE, *L'École des femmes*, en *Théâtre complet*, notas de Maurice Rat, París, Le Livre de Poche, 1963, t. II, pp. 5-82 [trad. esp.: *Comedias*, México, Porrúa, 2006].

MONLUC, Blaise de, *Commentaires, 1521-1576*, prefacio de Jean Giono, París, Gallimard, col. "Bibliothèque de la Plèiade", 1964.

MORRIS, Colin, *The Discovery of the Individual, 1050-1200*, Nueva York, Harper and Row, 1972.

MORRIS, Desmond, *Le Singe nu*, París, Grasset, 1968 (1ª ed. ingl., 1967).

—, *Intimate Behaviour*, Nueva York, Random House, 1971 [trad. esp.: *Comportamiento íntimo*, Barcelona, Plaza & Janes, 1984].

—, *Bodywatching: a Field Guide to Human Behavior*, Nueva York, H. N. Abrams, 1977.

—, *La Clé des gestes*, París, Grasset, 1979.

—, *Bodywatching: a Field Guide to the Human Species*, Nueva York, Crown, 1985.

—, *The Human Sexes: a Natural History of Man and Woman*, Londres, Network Books, 1997.

—, *La Femme nue*, París, Calmann-Lévy, 2005 (1ª ed. ingl., 2004) [trad. esp.: *La mujer desnuda. Un estudio del cuerpo femenino*, Barcelona, Planeta, 2005].

MOSSE, George L., *The Image of Man: the Creation of Modern Masculinity*, Oxford, Oxford University Press, 1996 [trad. esp.: *La imagen del hombre: la creación de la masculinidad moderna*, Madrid, Talasa, 2001].

MUCHEMBLED, Robert, *La Sorcière au village (XVe -XVIIe siècle)*, París, Gallimard- Julliard, col. "Archives", 1979; reed., Gallimard, col. "Folio Histoire", 1991.

—, *Les Derniers Bûchers. Un village de Flandre et ses sorcières sous Louis XIV*, París, Ramsay, 1981.

—, *L'Invention de l'homme moderne. Culture et sensibilités en France du XVe au XVIIIe siècle*, París, Fayard, 1988; reed., Hachette, col. "Pluriel", 1994.

—, *La Violence au village (XVe-XVIIe siècle).Comportements populaires et mentalités en Artois*, Turnhout, Brepols, 1989.

—, *Le Temps des supplices. De l'obéissance sous les rois absolus, XVe-XVIIIe siècle*, París, A. Colin, 1992.

—, *La Société policée. Politique et politesse en France du XVI^e^ au XX^e^ siècle*, París, Seuil, 1998.

—, *Une histoire du diable (XII^e^-XX^e^ siècle)*, París, Seuil, 2000 [trad. esp.: *Historia del diablo. Siglos XII-XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002].

—, *Passions de femmes au temps de la reine Margot, 1553-1615*, París, Seuil, 2003.

MURPHY, Dean E., "San Francisco mayor exults in move on gay marriages", en *The New York Times*, 19 de febrero de 2004.

—, "San Francisco judge rules gay marriages can continue", en *The New York Times*, 21 de febrero de 2004.

—, "California Supreme Court rules gay union have no standing", en *The New York Times*, 13 de agosto de 2004.

MURPHY, Dean E. y Carolyn Marshall, "Gay weddings continue in San Francisco as lawyers argue", en *The New York Times*, 18 de febrero de 2004.

My Secret Life, 2 vols., Nueva York, Grove Press, 1966 (LXII-2359 p.); trad. fr. completa de Mathias Pauvert, *Ma vie secrète*, 5 vols., París, Stock, 1994-2001, y extractos, *Ma vie secrète. Servantes et filles de ferme*, trad. fr. de Mathias Pauvert, París, La Musardine, 1994 [trad. esp.: *Mi vida secreta*, Barcelona, Tusquets, 2006].

NARDO, Anna K., *The Ludic Self in Seventeenth-Century English Literature*, Nueva York, State University of New York Press, 1991.

NICHOLS, Mike: véase *Ce plaisir qu'on dit charnel*.

NOONAN, John T., *Contraception et mariage*, París, Cerf, 1969 (1ª ed. estadounidense, 1966).

NORBERG, Kathryn, "The libertine whore: prostitution in French pornography from Margot to Juliette", en Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*, Nueva York, Zone Books, 1993.

NORTON, Rictor, *Mother Clap's Molly House: the Gay Subculture in England, 1700- 1830*, Londres, GMP, 1992.

NYLAN, Michael, "On the politics of pleasure", en *Asia Major* (Academia Sinica, Taiwán), 3ª serie, vol. XIV, parte 1, 2001, pp. 73-124.

Œuvres anonymes du xviii^e siècle, t. I: *Histoire de Dom Bougre, portier des chartreux; Mémoires de Suzon, sœur de Dom Bougre, portier des chartreux; Histoire de Marguerite, fille de Suzon, nièce de Dom Bougre; La Cauchoise*, prefacio de Hubert Juin, Michel Camus, Jean-Pierre Dubost, París, Fayard, 1985.

"Partnership rights for gays", en *The New York Times*, 13 de enero de 2004.

Paster, Gail Kern, *The Body Embarrassed: Drama and the Discipline of Shame in Early Modern England*, Ithaca, Cornell University Press, 1993.

Pateman, Carole, *The Sexual Contract*, Cambridge, Polity Press, 1988 [trad. esp.: *El contrato sexual*, Madrid, Anthropos, 1995].

Paulson, Ronald, *Representations of Revolution, 1789-1820*, New Haven, Yale University Press, 1983.

Pearsall, Ronald, *The Worm in the Bud: the World of Victorian Sexuality*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969.

Pintard, René, *Le Libertinage érudit dans la première moitié du xvii^e siècle*, París, Boivin, 1943; nueva ed. aumentada, Ginebra, Slatkine, 1983.

Pitt-Rivers, Julian, *Anthropologie de l'honneur. La mésaventure de Sichem*, trad. fr. de Jacqueline Mer, París, Le Sycomore, 1983 (1ª ed. ingl., 1977) [trad. esp.: *Antropología del honor o política de los sexos*, Barcelona, Crítica, 1979].

Ploux, François, *Guerres paysannes en Quercy. Violences, conciliations et répression pénale dans les campagnes du Lot (1810-1860)*, París, Bibliothèque de l'Histoire, 2002.

Pollock, Linda, "Living on the stage of the world: the concept of privacy among the elite of early modern England", en Adrian Wilson (ed.), *Rethinking Social History: English Society, 1570-1920*, Manchester, Manchester University Press, 1993.

Pons, Philippe, "Cupidon, moteur de la relance économique", en *Le Monde*, 30 de enero de 2002.

Popper, Karl R. y John C. Eccles, *The Self and its Brain*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977 [trad. esp.: *El yo y su cerebro*, Barcelona, Labor, 1985].

PORTER, Roy, "Enlightenment and pleasure", en Roy Porter y Marie Mulvey Roberts (eds.), *Pleasure in the Eighteenth Century*, Basingstoke (Hampshire), Macmillan, 1996, pp. 1-18.

—, "Material pleasures in the consumer society", en Roy Porter y Marie Mulvey Roberts (eds.), *Pleasure in the Eighteenth Century*, Basingstoke (Hampshire), Macmillan, 1996, pp. 19-35.

— (ed.), *Rewriting the Self: Histories from the Middle Ages to the Present*, Londres, Routledge, 1997.

PORTER, Roy y Lesley Hall, *The Facts of Life: the Creation of Sexual Knowledge in Britain, 1650-1950*, New Haven, Yale University Press, 1995.

PORTER, Roy y Marie Mulvey Roberts (eds.), *Pleasure in the Eighteenth Century*, Basingstoke (Hampshire), Macmillan, 1996.

PORTER, Roy y Mikulas Teich (eds.), *Sexual Knowledge, Sexual Science. The History of the Attitudes to Sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

PRESTON, John M. A., *The Created Self: the Reader's Role in Eighteenth-Century Fiction*, Londres, Heinemann, 1970.

PRÉVOT, Jacques (ed.), *Libertins du XVII^e siècle*, t. I, París, Gallimard, 1998.

PUTNAM, Hilary, *Reason, Truth and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981 [trad. esp.: *Razón, verdad e historia*, Madrid, Tecnos, 1988].

QUAIFE, Geoffrey Robert, *Wanton Wenches and Wayward. Peasants and Illicit Sex in Early Seventeenth-Century England*, Londres, Croom Helm, 1979.

RAWLINGS, Philip, *Drunks, Whores and Idle Apprentices. Criminal Biographies of the Eighteenth Century*, Londres, Routledge, 1992.

REY, Michel, "Police et sodomie à Paris au XVIII^e siècle: du péché au désordre", en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 29, 1982, pp. 113-124.

REY, Roselyne, *Histoire de la douleur*, París, La Découverte, 1993.

RIESMAN, David, *Individualism Reconsidered, and Other Essays*, Glencoe, Free Press, 1954.

ROECKE, Michael, *Forbidden Friendships: Homosexuality and Male Culture in Renaissance Florence*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

ROPER, Lyndal, *Oedipus and the Devil. Witchcraft, Sexuality and Religion in Early Modern Europe*, Londres, Routledge, 1994.

ROSE, Nikolas, "Assembling the modern self", en Roy Porter (ed.), *Rewriting the Self: Histories from the Middle Ages to the Present*, Londres, Routledge, 1997.

ROSENMAN, Ellen Bayuk, *Unauthorized Pleasures: Accounts of Victorian Erotic Experience*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.

ROSSIAUD, Jacques, *La Prostitution médiévale*, París, Flammarion, 1988 [trad. esp.: *La prostitución en el Medioevo*, Barcelona, Ariel, 1986].

RUBIN, Lillian B., *Erotic Wars: What Happened to the Sexual Revolution?*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 1990.

SANFORD, Nevitt, *Self and Society; Social Change and Individual Development*, Nueva York, Atherton Press, 1966.

SAUVY, Anne, *Livres saisis à Paris entre 1678 et 1701*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1972.

SAWDAY, Jonathan, *The Body Emblazoned: Dissection and the Human Body in Renaissance Culture*, Londres, Routledge, 1995.

—, "Self and selfhood in seventeenth century", en Roy Porter (ed.), *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*, Londres, Routledge, 1997, pp. 29-48.

Secrets de l'amour et de Vénus [Les], París, Cercle du livre précieux, 1959.

SELYE, Katharine Q. y Janet Elder, "Strong support is found for ban on gay marriage", en *The New York Times*, 21 de diciembre de 2003.

SENNETT, Richard, *Les Tyrannies de l'intimité*, París, Seuil, 1979 (1ª ed. estadounidense, 1977).

—, *Autorité*, París, Fayard, 1981 (1ª ed. estadounidense, 1980) [trad. esp.: *La autoridad*, Madrid, Alianza, 1982].

SHOEMAKER, Robert, *Gender in English Society, 1650-1850: the Emergence of Separate Spheres*, Londres, Nueva York, Longman, 1998.

SHOEMAKER, Robert y Mary Vincet (eds.), *Gender and History in Western Europe*, Nueva York, Arnold, 1998.

SHORTER, Edward, *The Making of the Modern Family*, Nueva York, Basic Books, 1975 [trad. esp.: *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Crea, 1977].

SIGEL, Lisa Z., *Governing Pleasures. Pornography and Social Change in England, 1815- 1914*, New Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press, 2002.

SILVERMAN, Lisa, *Tortured Subjects. Pain, Truth, and the Body in Early Modern France*, Chicago, The University of Chicago Press, 2001.

SINGLY, François de *et al.*, *Libres ensemble: l'individualisme dans la vie commune*, París, Nathan, 2000.

SMITH, Dinitia, "Love that dare not squeak its name", en *The New York Times*, 7 de febrero de 2004.

SOHN, Anne-Marie, *Du premier baiser à l'alcôve: la sexualité des Français au quotidien, 1850-1950*, París, Aubier, 1996.

Something's Gotta Give, una película dirigida por Nancy Meyers, con Jack Nicholson y Diane Keaton (2003); aparecida en francés en 2004 bajo el título *Tout peut arriver*.

SORBIER, Françoise du, *Récits de gueuserie et biographies criminelles de Head à Defoe* (tesis de la Universidad de París VII en 1977), Lille, Atelier national de reproduction de thèses, Université de Lille III; París, Didier Érudition, 1984.

—, "De la potence à la biographie, ou les avatars du criminel et de son image en Angleterre (1680-1740)", en *Études anglaises*, vol. 32, 1979, pp. 257-271.

SPENCE, Richard T., *Lady Anne Clifford, Countess of Pembroke, Dorset and Montgomery, 1590-1676*, Woodbridge, Sutton Publishing, 1997.

STAEL, Anne-Louise-Germaine de, *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations*, Lausanne, J. Mourer, 1796 [trad. esp.: *De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de las naciones*, Córdoba (Andalucía), Berenice, 2007].

STAFFE (baronesa), *Usages du monde. Règles du savoir-vivre dans la société moderne*, París, Flammarion, ed. revisada, corregida y aumentada, 1899.

STEINBERG, Sylvie, *La Confusion des sexes. Le travestissement de la Renaissance à la Révolution*, París, Fayard, 2001.

STENGERS, Jean y Anne van Neck, *Histoire d'une grande peur, la masturbation*, Bruselas, ULB, 1984; reed. Le Plessis-Robinson, Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1998.

STERNE, Laurence, *La Vie et les Opinions de Tristram Shandy, gentilhomme*, trad. fr. completa de Guy Jouvet, Auch, Tristram, 2004 [trad. esp.: *Vida y opiniones del caballero Tristam Shandy*, Madrid, Cátedra, 2002].

STEVENSON, Robert Louis, *Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, Londres, Longmans, Greene, and Co., 1886 [trad. esp.: *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Bogotá, Norma, 2007].

STONE, Lawrence, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Nueva York, Harper and Row, 1977 [trad. esp.: *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra. 1500-1800*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990].

STORA-LAMARRE, Annie, *L'Enfer de la IIIe République: censeurs et pornographes (1881-1914)*, París, Imago, 1989.

STRAUS, Murray, Richard Gelles y Susanne Steinmetz, *Behind Closed Doors: Violence in the American Family*, Nueva York, Simon and Schuster, 1980.

SULLEROT, Évelyne (dir.), con la colaboración de Odette Thibault, *Le Fait féminin. Qu'est-ce qu'une femme?*, prefacio de André Lwoff, París, Fayard, 1978 [trad. esp.: *El hecho femenino. ¿Qué es ser mujer?*, Barcelona, Argos Vergara, 1979].

—, "Le changement démographique et le cycle de vie des femmes", en Évelyne Sullerot (dir.), *Le Fait féminin. Qu'est-ce qu'une femme?*, París, Fayard, 1978, pp. 467-478.

SULLOWAY, Alison G., *Jane Austen and the Province of Womanhood*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1989.

TARCZYLO, Théodore, *Sexe et liberté au siècle des Lumières*, París, Presses de la Renaissance, 1983.

TAYLOR, Charles, *Sources of the Self: the Making of Modern Identity*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989 [trad. fr.: *Les Sources du moi. La formation de l'identité moderne*, París, Seuil, 1998] [trad. esp.: *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996].

TERNISIEN, Xavier, "En une décennie, les croyances ont reculé en France", en *Le Monde*, 17 de abril de 2003.

13 Going on 30, una película de Gary Winick, con Jennifer Garner, 2004 (aparecida en Francia el mismo año bajo el título *30 ans sinon rien*).

TIGER, Lionel, *The Pursuit of Pleasure*, Boston, Little, Brown, 1992 [trad. esp.: *La búsqueda del placer. Una celebración de los sentidos*, Barcelona, Paidós, 1994].

TIGER, Lionel y Robin FOX, *The Imperial Animal, with a New Introduction by the Authors*, New Brunswick-Londres, Transaction Publishers, 1998 (1ª ed., 1971) [trad. esp.: *El hombre: animal imperial*, Buenos Aires, Emecé, 1973].

TISSOT, Samuel-Auguste-David, *L'Onanisme, ou dissertation physique sur les maladies produites par la masturbation. Nouvelle édition annotée d'après les nouvelles observations par les docteurs Gottlier, Vogler, etc.*, Paris, Chez les Marchands de nouveautés, 1836 [trad. esp.: *El Onanismo*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2003].

30 ans sinon rien: véase *13 Going on 30*.

TRUMBACH, Randolph, *Sex and the Gender Revolution*, t. I: *Heterosexuality and the Third Gender in Enlightenment London*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.

—, "Erotic fantasy and male libertinism in Enlightenment England", en Lynn HUNT (ed.), *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*, Nueva York, Zone Books, 1993.

TURNER, David M., *Fashioning Adultery: Gender, Sex, and Civility in England, 1660- 1740*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

UNDERWOOD, Dale, *Etherege and the Seventeenth-Century Comedy of Manners*, New Haven, Yale University Press, 1957.

"Valeurs des Européens [Les]": véase *Futuribles*.

VAN USSEL, Jos, *Histoire de la répression sexuelle*, trad. fr. de Catherine Chevalot, París, R. Laffont, 1972 [trad. esp.: *La represión sexual*, México, Roca, 1970].

VIALA, Alain, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique*, París, Minuit, 1985.

VIDOR, King: véase *Homme qui n'a pas d'étoile* [*L'*].

VINCENT, Catherine, "La tyrannie du plaisir", en *Le Monde*, 21 de mayo de 2003.

—, "Ados à fleur de peau", en *Le Monde*, 9 de julio de 2003.

WAAL, Frans de, *Bonobo: the Forgotten Ape*, Berkeley, University of California Press, 1997 [trad. fr. de Jean-Paul Mourlon, *Bonobos: le bonheur d'être singe*, París, Fayard, 1999].

WAGNER, Peter, *Eros Revived: Erotica of the Enlightenment in England and America*, Londres, Secker and Warburg, 1988.

WALKOWITZ, Judith, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

—, *City of Dreadful Delight: Narratives of Sexual Danger in Late Victorian London*, Chicago, University of Chicago Press, 1992 [trad. esp.: *La Ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995].

WEBBER, Joan, *The Eloquent "I"; Style and Self in Seventeenth-Century Prose*, Madison, University of Wisconsin Press, 1968.

WEBER, Max, *L'Éthique protestante et l'Esprit du capitalisme*, París, Plon, 1964 (1ª ed. en alemán, 1904-1905) [trad. esp.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003].

WEEKS, Jeffrey, *Sexuality and its Discontents*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985 [trad. esp.: *El malestar de la sexualidad*, Madrid, Talasa, 1992].

WHITE, Edmund, *States of Desire: Travels in Gay America*, Nueva York, Dutton, 1980.

WIESNER, Merry E., *Women and Gender in Early Modern Europe*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

WILSON, Adrian (ed.), *Rethinking Social History: English Society, 1570 1920*, Manchester, Manchester University Press, 1993.

WINICK, Gary: véase *13 Going on 30*.

WRAY, Ramona, "[Re]constructing the past: the diametric lives of Mary Rich", en Henk Dragstra, Sheila Ottway y Helen Wilcox

(eds.), *Betraying our Selves: Forms of Self- Representation in Early Modern English Texts*, Nueva York, Saint Martin's Press, 2000.

WRIGLEY, Edward Anthony *et al.*, *English Population History from Family Reconstitution, 1580-1837*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

YATES, Frances Amelia, *L'Art de la mémoire*, París, Gallimard, 1966 (1ª ed. ingl., 1966) [trad. esp.: *El arte de la memoria*, Madrid, Taurus, 1974].

ZOHAR, Danah (en colaboración con I. N. Marshall), *The Quantum Self: Human Nature and Consciousness Defined by the New Physics*, Nueva York, Morrow, 1990 [trad. esp.: *El yo cuántico. Naturaleza humana y conciencia definidas por la física moderna*, México, Edivisión, 1996].

ZUK, Marlene, *Sexual Selections: What We Can and Can't Learn about Sex from Animals*, Berkeley, University of California Press, 2002.

ÍNDICE DE NOMBRES

Acton, William: 242, 243, 250, 263.
Addington Symonds, J.: 291.
Addison, Joseph: 197.
Addy, John: 134 n., 141 n.
Aers, David: 77 n.
Agrippa, Enrique Cornelio: 115, 143.
Agustín de Hipona: 76, 79.
Alembert: Jean La Rond d': 231.
Amiel, Henri-Frédéric: 257.
Ana de Austria: 145.
Anzieu, Didier: 370 n.
Apollinaire, Guillaume: 286
Arbaleste, Charlotte: 80.
Arditi, Sebastiano: 79.
Aretino, Pietro: 185.
Argens, marqués de: 181.
Ariès, Phlippe: 46 n., 48 n., 206 n.
Aristóteles: 88.
Aron, Jean-Paul: 255 n., 268 n., 290 n., 293 n.
Ashbee, Henry Spencer: 285, 286.
Aubigne, Agrippa d': 32, 81, 84, 143.
Aubigné, Françoise: 143.
Auvray, Jean: 142.

Baculard d'Arnaud: 182
Bagemihl, Bruce: 353 n.
Bajtín, Mijaíl: 44 n., 116, 133.
Balzac: 243, 254, 268, 292.
Bardet, J.-P.: 136 n.
Barret-Ducrocq, Françoise: 295 n., 296 n., 298 n., 358 n.
Barrin, Jean: 177.
Barthélemy, Auguste: 260
Bastien, Pascal: 225 n.
Baudelaire, Charles: 292.
Baudoin, P. A.: 184.
Bayle, Pierre: 198.
Bayuk Rosenman, Ellen: 249 n., 279 n., 281 n., 282 n., 300 n.
Beaumarchais, Pierre-Augustin de: 189.
Belcamp, Jan van: 106 n.
Bellay, marqués du: 163.
Bellefore, barón de: 163.
Belluck, Pam: 61 n., 353 n.
Belsey, Catherine: 90 n., 114 n., 95 n., 99 n.
Bem, Sandra L.: 324 n.
Benabou, Erica-Marie: 271 n.
Benedicti: 200.
Benkert, Karl-Maria: 290.
Bercé, Yves-Marie: 51 n.
Berger, Peter L.: 310 n.
Berkley, Thomas: 294.
Béroalde, François: 141.
Berriot-Salvadore, Evelyne: 118 n.
Berthelot, Pierre: 142.
Bertillon, Alphonse: 272.
Bertrand, Alexandre: 262.
Bienville, M. D. T. de: 215.
Bloch, Marc: 75.
Bloch, Oscar: 33 n.
Blot-l'Église, Claude Chouvigny, barón de: 120, 142, 145-147, 149, 159, 160, 167, 172, 173, 186, 303.
Boaistuau, Pierre: 123, 124 n.
Bobbit, John Wayne: 359.
Bobbit, Lorena: 359.
Boccaccio, Giovanni: 88, 139.
Boileau, Jacques: 187.
Bonaparte, Napoleón: 58, 232, 286.
Bontemps: 148.
Botticelli, Sandro: 127.
Bougard, Roger R.: 142 n., 145 n., 147 n., 148 n., 160 n.
Bourcier, Élisabeth: 85 n.

Brantôme, Pierre de: 32, 80, 85, 101, 139.
Bréchon, Pierre: 370 n.
Brewer, John: 186 n., 231 n., 233 n.
Brieux, Eugène: 275.
Briot, Frédéric: 85 n.
Broca, Paul Pierre: 264, 265.
Bronzino, Agnolo: 256.
Browne, Thomas: 112.
Bruegel, Peter: 117.
Bullough, Vern L.: 251 n.
Bunyan, John: 84.
Burckhardt, Jacob: 30, 33, 75 n.
Burke, Edmund: 25 n.
Burke, Peter: 78 n., 79 n., 81 n.
Bury, Elizabeth: 100.
Bussy-Rabutin, Roger de: 149.

Cannon, John: 214.
Caponni, Élisabeth: 232.
Caravaggio, Michelangelo Merisi da: 112, 113 n.
Carleton, Mary: 226.
Carlos V: 350, 351 n.
Carlos IX: 79, 85.
Carrive, Lucien: 196 n.
Carrive, Paulette: 196 n.
Carroll, Lewis: 245.
Carson Levin, Gail: 328 n.
Carter, Thomas: 205.
Cartouche, Louis Dominique Bourguignon, llamado: 229.
Casale, Giambattista: 79.
Castiglione, Baldassare: 36, 77, 78 n., 79.
Cavendish, Margaret: 100, 101.
Cellini, Benvenuto: 76, 79.
Cerveau: 97.
Charcot, Jean-Martin: 258, 268.
Charles, Sébastien: 369 n.
Chausson, Jacques: 163.
Chavigny de La Bretonnière, François de: 142, 177.
Chesterton, Gilbert Keith: 367.
Chevalier, doctor: 292.
Chevalot, Catherine: 261 n.
Cheyne, Robert Murray M': 198.
Chorier, Nicolas: 122, 165, 167, 177.
Christian, Jules: 266.
Cicerón, Marco Tulio: 80.
Claus, Hugo: 57.
Claverie, Élisabeth: 54 n.
Cleland, John: 150, 168, 180, 181, 191, 194.
Clifford, Anne: 101, 102, 104-107, 109, 110.
Clifford, Francis: 103, 104-107.
Clifford, George, conde de Cumberland: 101, 106.
Clifford, lady, condesa de Derby: 107.
Clifford, Robert: 103, 107.
Clinton, Bill: 321.
Coleman, James L.: 324 n.
Collingham, Mary: 205.
Colón, Cristóbal: 26.
Combe, Mary: 140, 147, 155.
Condon, Bill: 318 n.
Corbin, Alain: 250 n., 251 n., 253 n., 270, 271 n., 272 n., 274 n., 275 n., 276 n., 294 n.
Corneille, Pierre: 149, 150, 153, 231.
Crain, Jeanne: 305 n.
Cranach, Lucas, el Viejo: 81, 127.
Crawford, Patricia: 92 n.
Crébillon, Claude Prosper Jolyot de: 181.
Cressy, David: 186 n.
Cromwell, John: 106, 107.
Cruikshank, George: 194.
Cruikshank, Robert: 194.
Curll, Edmund: 183, 186.

Da Vinci, Leonardo: 77.
Daniel, Samuel: 107.
Darwin, Erasmus: 196.
Darwin, Charles: 73.
Daumas, Maurice: 46 n., 48 n., 64 n.
Davidoff, Leonore: 195 n.
Davie, Grace: 310 n., 371 n.

Davis Kasl, Charlotte: 336 n.
Davis, Natalie Zemon: 33 n.
Davison Hunter, James: 311 n.
Debay, Auguste: 262.
DeCecco, John P.: 324 n.
Defoe, Daniel: 190, 191, 198, 222-224, 228, 229.
Deguise, doctor: 264.
Depardieu, Gérard: 328 n.
Dergnaucourt, Gilles: 131 n.
Descartes, René: 26, 113.
Despncer, Francis Dashwood, barón de: 232.
Diderot, Denis: 181.
Diedler, Jean-Claude: 135 n.
Dixon, Marcus: 321-323.
Dodson, Betty: 338.
Dolan, Claire: 225 n.
Donne, John: 110.
Douglas, Kirk: 305 n.
Dragstra, Henk: 85 n., 98 n., 100 n., 101 n., 109 n.
Drysdale, George: 265.
Du Camp, Maxime: 271.
Dubois, María: 98.
Dubost, Jean-Pierre: 144.
Duby, Georges: 46 n.
Duerr, Hans-Peter: 35 n.
Dunton, Elizabeth: 100.
Dupâquier, Jacques: 47 n., 136 n.
Duplessis-Mornay, Philippe: 80.
Dupuy, N.: 198.
Durero, Alberto: 77, 81.
Dutroux, Marc: 349.
Duval, Jean: 98.

Eccles, John C.: 380 n.
Elder, Janet: 352 n.
Elders, Jocelyn: 321.
Elias, Norbert: Elias: 17, 18 n., 34, 35 n., 116, 133, 211, 229 n., 238 n.
Ellis, Havelock: 263, 265, 266, 291, 300, 324.
Elm, Veit: 219 n.
Enrique I: 80.
Enrique II: 91, 102, 124.
Enrique III: 32, 79, 84.
Enrique IV: 32, 81, 84.
Erasmo: 36, 80, 116, 123.
Esternod, Claude d': 142.
Etlin, Richard: 224 n.
Eustache, Jean: 127 n.

Faller, Lincoln B.: 228 n., 230 n.
Farge, Arlette: 93 n.
Farrar, Frederic William: 262.
Febvre, Lucien: 89.
Federico, príncipe de Gales: 232.
Ferry, Jules: 288.
Feuillade, Louis: 261.
Fiaux, doctor: 253.
Fielding: 223, 228.
Fillon, Anne: 199 n.
Fireman, Gary D.: 380 n.
Flanagan, Owen J.: 380 n.
Flandrin, Jean-Louis: 44 n., 47 n., 52 n., 122, 123 n., 128 n., 138 n., 178 n., 200 n.
Flaubert, Gustave: 237, 240, 259.
Fletcher, Anthony: 87 n., 88 n., 89 n., 91 n., 94 n., 100 n., 110 n., 118 n., 203 n., 204 n., 209 n., 211 n.
Fogel, Michèle: 80 n.
Foucault, Michel: 16, 19, 40, 41, 42 n., 53 n., 73, 143, 161, 162, 271 n.
Fournier, Edmond: 275.
Fowler, O. Q. S.: 241.
Fox, Robin: 26 n., 48 n.
Foxon, David: 165 n., 168 n., 177 n., 178 n.
Fragonard, Jean-Honoré: 185.
Francisco I: 188.
Francisco II: 79.
Fraser, Antonia: 86 n., 95 n.
Freud, Sigmund: 27, 29, 34 n., 35-39, 43 n., 58, 73, 208, 214, 236, 247, 252, 254, 266, 267, 268, 284, 336, 343, 376.
Frisius, Gemma: 81.
Furner, David M.: 210.

Galeno de Pérgamo: 110.
Gallaghet, Catherine: 253 n.
Galland, Olivier: 370 n , 373 n., 374 n.
Garner, Jennifer: 363.
Gascoigne, George: 83.
Gassendi, Pierre: 158.
Gauchet, Marcel: 309 n.
Gautier, Théophile: 287.
Gay, John: 228.
Gay, Jules: 286.
Gay, Peter: 237, 238 n., 264 n., 277 n., 285 n.
Gebhard, Paul H.: 317 n., 320 n., 324 n., 327 n., 328 n., 331 n.
Gelles, Richard: 362 n.
Gent, Lucy: 118 n.
Giddens, Anthony: 381 n., 382 n., 383 n., 384 n., 386 n.
Gillray, James: 194.
Gilman, Sander L.: 240 n., 242 n., 256 n., 258 n., 261 n.
Giovio, Paolo: 81.
Gladstone, William: 257, 269.
Goncourt, Edmond de: 251.
Goubert, Pierre: 136 n., 271 n.
Goujon, Jean: 127.
Goulemot, Jean-Marie: 180, 185 n.
Gourcy: 198.
Gournay, Marie de: 80.
Gowing, Laura: 92 n., 93 n., 135 n.
Graham, Elspeth: 101 n.
Gray, Effie: 245.
Green, Julien: 266.
Greenblatt, Stephen: 33 n., 77, 78, 117 n., 321 n., 326 n.
Gregorio el Grande: 122.
Grivel, Gérard: 135 n.

Hall, Catherine: 195 n.
Hall, Lesley: 194 n , 195 n., 202 n., 214 n., 219 n., 241 n., 243 n., 250 n., 252 n., 264 n., 265 n , 275 n., 285 n., 291 n.
Hanley, Sarah: 90 n., 125 n.
Hanson, Elizabeth: 83 n.
Hart, James: 116.
Harvey, William: 113, 199, 200.
Hauser, Renate: 251 n., 293 n.
Haussonville, conde de: 251.
Heale, Elizabeth: 84 n.
Heller, Thomas C.: 33 n., 34 n.
Pembroke y Montgomery, Philip Herbert, conde de: 105, 106.
Héritier, Françoise: 64 n.
Hervieu-Léger, Danièle: 310 n., 311 n.
Hickey, William: 194.
Hipócrates de Cos: 110.
Hirsch, Emile: 328 n.
Hite, Shere: 360, 361, 362 n., 363-365, 379.
Hobbes, Thomas: 360, 365.
Hoby, Margaret: 99.
Hodgson Burnett, Frances: 258.
Hogarth, William: 187, 193, 194, 221, 223, 232, 256.
Holbein, Hans, el Viejo: 80, 81.
Holden, Stephen: 312 n.
Holland, Eugene: 39 n.
Homo, doctor: 271.
Houlihan Flynn, Carol: 224 n.
Howell, Thomas: 83.
Hume, David: 34 n.
Hunt, Lynn: 166 n., 168 n., 178 n., 181 n., 182 n.
Huntington, Samuel P.: 367 n.
Husmans, Joris-Karl: 251, 275.

Ignacio de Loyola: 79.
Ingram, Martin: 135 n.
Isabel I: 82, 98, 101-103, 108.

Jackson, Janet: 185.
Jacob, Margaret C.: 178 n., 179 n.
Jacobo I: 82, 104, 105, 131.
Jacobs, Andrew: 322 n.
Jardine, Lisa: 95 n., 96 n.
Jeanneret, Michel: 165 n., 176 n.
Johnson, Alan B.: 317 n.
Johnson, Charles: 226.
Johnson, Samuel: 196.

Johnson, Virginia: 336, 337, 338 n., 340, 342, 376, 379.
Jones, Inigo: 114.
Jones, James H.: 318 n.
Jordanova, Ludmilla J.: 211 n., 303 n.
Jouanna, Arlette: 142 n.
Joubert, Laurent: 88.

Kaufmann, Jean-Claude: 310 n.
Keaton, Diane: 61.
Kempf, Roger: 255 n., 290 n., 293 n.
Kern Paster, Gail: 110 n., 111 n., 116, 118 n.
Kernberg, Otto F.: 378 n.
Kerr Cameron, David: 194 n.
Kinsey, Alfred C.: 291, 315-321, 323, 324 n., 325-327, 328 n., 329, 331, 332 n., 333-336, 338, 340, 342, 362, 386.
Kipnis, Laura: 353 n.
Klein, R.: 30 n., 75 n.
Klein, Fritz: 324 n.
Koedt, Anne: 338.
Kohut, Heinz: 39 n., 377, 382.
Kolata, Gina: 349 n.
Krafft-Ebing, Richard von: 251, 254, 266, 291-293.
Kramer, Susan R.: 30 n.
Krauss, Clifford: 312 n.
Kris, Ernst: 39 n.
Kristof, Nicolas D.: 354.
Kuperty-Tsur, Nadine: 85 n.

L'Ange, Jean: 142, 160, 161.
La Fayette, Marie-Joseph Paul du Motier, marqués de: 18.
La Fontaine, Jean de: 142.
La Mettrie, Julien Offray de: 180, 182.
La Touche, Gervaise de: 182, 188.
La'Mert, Samuel: 262, 265.
Lachèvre, Frédéric: 120, 121, 143 n., 146 n., 159 n., 160 n., 162 n.
Lafont, Bernadette: 127 n.
Lahire, Bernard: 369 n.
Lamaison, Pierre: 54 n.
Lambert, Yves: 372 n.
Laqueur, Thomas: 53 n., 110 n., 111 n., 155 n., 242 n., 253 n., 256 n., 261 n., 321 n., 338 n., 342 n.
Larpent, Anne: 231.
Lasch, Christopher: 39 n., 379-382.
Laslett, Peter: 47 n., 135.
Lawrence, John G.: 353.
Laws Milton, J.: 263, 264 n., 266.
Layton, Lynne: 39 n.
Le Brun de la Rochette, Claude: 128.
Le Nismois, J.: 287.
Le Petit, Claude: 161-165.
Le Vayer, Mothe: 158.
Léaud, Jean-Pierre: 127 n.
Lebrun, Françoise: 127 n.
Leduc, Louise: 355 n.
Legman, G.: 283 n.
Leighton, Frederic: 245.
Lejeune, Philippe: 220 n.
Lemnius, Levinus: 115, 117.
Lesselin: 162.
Levy, Joseph Moses: 246.
Lewis, Thomas: 223.
Lilburne, John: 84.
Lillo, George: 228.
Limney, Laura: 318 n.
Lipovetsky, Gilles: 369 n.
Liptak, Adam: 353 n.
Livi-Bacci, Massimo: 65 n.
Llewellyn, Nigel: 118 n.
Locke, John: 198.
Loomis, Mabel: 238.
Loret, Jean: 162.
Loryot, François: 99.
Louys, Pierre: 292.
Ludwig, Carl: 239.
Luhmann, Niklas: 345, 346 n., 383 n.
Luis XIII: 128, 136, 141.
Luis XIV: 34, 56, 58, 133, 136, 142, 161, 166, 174, 193, 205, 213, 244.
Luis XV: 189, 367.
Luis XVI: 190, 232, 367.
Lwoff, André: 48 n., 268 n.
Lyly, John: 95.

Lyon, Elizabeth: 221.
Lyons, John O.: 34 n.

Mainil, Jean: 214 n., 217 n., 218 n., 309 n.
Malthus, Thomas Robert: 54.
Mandeville, Bernard de: 176, 196-198.
Mandrin, Louis: 229.
Mann, Thomas: 38.
Marcus, Steven: 243 n., 248 n., 249 n., 250 n., 277 n., 278 n., 279 n., 281 n., 284 n., 285 n., 286 n., 294 n.
Margot, Marguerite de Valois, reina: 32, 79, 80, 84, 86, 99.
Marivaux, Pierre de: 181, 231.
Marlowe, Christopher: 78, 96, 114.
Marmontel, Jean-François: 231.
Marshall, Carolyn: 355 n.
Marshall, I. N.: 36 n.
Marten, John: 214.
Martin, Clyde E.: 317 n., 318 n., 320 n., 321 n., 323 n., 324 n., 325 n., 327 n., 328 n., 329 n., 331 n., 332 n., 334 n., 336 n.
Marx, Karl: 30, 73.
Mascuch, Michael: 227 n.
Mason, Michael: 270 n.
Masters, William: 336, 337, 338 n., 340, 342, 376, 379.
Mathieu-Castellani, Gisèle: 220 n.
Matthews-Grieco, Sarah F.: 89 n., 127 n.
Maudsley, Henry: 266.
Maupassant, Guy de: 251.
Mauriac, Charles: 266.
Mauzi, Robert: 16 n., 197 n., 198 n., 199 n.
Maximiliano, emperador: 80.
Maynard, François: 142.
Mazarino, Julio: 147, 159.
McVay, Ted E.: 380 n.
Médicis, María de: 127.
Melville, Gert: 30 n.
Menou, René de: 141.
Meyer, John W.: 34 n.
Michelet, Jules: 85.
Millot, Michel: 142, 143, 161, 162, 173.
Milton, John: 84.
Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti, conde de: 182.
Moliere, Jean-Baptiste Poquelin, llamado: 87, 118, 120, 121, 150.
Monbron, Fougeret: 182.
Mondat, doctor: 294.
Monluc, Blaise de: 32, 85, 86, 101.
Montaigne, Michel de: 32, 80, 83, 111.
Montmorency, duque de: 159.
Morande, Charles Theveneau: 189, 190.
Morlière, caballero de la: 198.
Moro, Tomás: 77, 123.
Morris, Colin: 29 n.
Morris, Desmond: 305, 306 n., 337 n., 340 n., 343 n., 347 n., 348 n., 350 n., 351 n., 356, 357 n., 358, 360 n., 364 n., 384.
Mosse, George L.: 359 n.
Motin, Pierre: 142.
Mourer, J.: 219 n.
Muchembled, Robert: 32 n., 35 n., 44 n., 49 n., 50 n., 80 n., 82 n., 88 n., 90 n., 92 n., 93 n., 97 n., 99 n. 120 n., 125 n., 126 n., 128 n., 129 n., 130 n., 134 n., 166 n., 179 n., 213 n., 220 n., 225 n., 239 n., 253 n.
Mulvey Roberts, Marie: 196 n., 197 n.
Murphy, Dean E.: 355 n.
Musset, Alfred: 292

Nardo, Anna K.: 78 n.
Naude, Gabriel: 158.
Navarra, Margarita de: 139, 188.
Neck, Anne van: 216 n., 258 n., 261 n., 262 n., 264 n., 267 n., 268 n.
Neeson, Liam: 318 n.
Nerciat, Andrea de: 182-184.
Newton, Isaac: 26.
Newton, Richard: 190.
Nichols, T. L.: 241, 242.
Nicholson, Jack: 61.
Nietzsche, Friedrich: 237.
Nooman, John T.: 128 n.
Norberg: 179 n.

Norton, Rictor: 209 n.
Nylan, Michael: 15 n., 69.

Ogino, Kyusaku: 341.
Ogerolles, Jean d': 115 n.
Orléans, Felipe de: 184.
Orléans, Gaston d': 145, 146, 160.
Ottway, Sheila: 85 n., 98 n., 100 n., 101 n., 109 n.

Paget, James: 266.
Parent-Duchâtelet, Alexandre: 253, 270, 292.
Parsons, Thomas: 205.
Pateman, Carole: 344 n.
Paulson, Ronald: 182 n.
Pauvert, Mathias: 245 n., 277 n.
Payne Knight, Richard: 54, 232.
Pearsall, Ronald: 240 n., 244 n., 245 n., 246 n., 247 n., 248 n., 249 n., 250 n., 268 n., 270 n., 272 n., 275 n., 285 n., 289 n., 290 n., 291 n., 292 n., 294 n.
Pepys, Samuel: 167, 194.
Perrot, Michelle: 268 n., 300 n.
Petrarca, Francesco: 80.
Pincus, Gregory: 340.
Pintard, René: 158.
Piot, Louis, el Chico: 160, 161.
Pittard, Mary: 138.
Pitt-Rivers, Julian: 44 n.
Platón: 38, 112, 291.
Plinio el Viejo: 115, 124.
Pollock, Linda A.: 46 n.
Pomeroy, Wardell B.: 317 n., 318 n., 320 n., 321 n., 323 n., 324 n., 325 n., 327 n., 328 n., 329 n., 331 n., 332 n., 334 n., 336 n.
Pons, Philippe: 375 n.
Popper, Karl R.: 380 n.
Porter, Roy: 34 n., 79 n., 113 n., 194 n. 186 n., 195 n., 196 n., 197 n., 202 n., 214 n., 219 n., 241 n., 243 n., 250 n., 251 n., 252 n., 260 n., 264 n., 265 n., 275 n., 285 n., 291 n.
Poton, Didier: 131 n.
Pozzi, Mario: 78 n.
Preston, John M. A.: 224 n.
Prévost, Antoine François, abate: 181.
Prévot, Jacques: 119 n., 121 n., 143 n., 151 n., 152 n., 159 n., 160 n., 162 n.
Puisieux, Madame de: 197.
Putnam, Hilary: 240 n.

Quaife, Geoffrey Robert: 50 n., 121 n., 133, 134 n., 135 n., 136 n., 137 n., 138, 139 n., 141 n.

Rabelais, François: 77, 88, 123, 126, 133.
Rainoldes, John: 95, 96 n.
Rawlings, Philip: 221 n., 222 n.
Rebuffé, Eustache: 163.
Rebuffé, Pierre: 163.
Regnier, Mathurin: 141, 142.
Rembrandt Harmenszoon van Rijn: 112.
Rémond el Griego: 198.
Rétif de La Bretonne, Nicolas-Edme Rétif, llamado: 180, 182, 183.
Rey, Michel: 213 n.
Rey, Roselyne: 309 n.
Reyes, Alfonso: 196 n.
Rich, Charles: 108.
Rich, Mary, condesa de Warwick: 101, 108, 109.
Richardson, Samuel: 210, 222, 223.
Richepin, Jean: 293.
Riddle, Rebecah: 205.
Riesman, David: 378 n.
Roecke, Michael: 156 n.
Roper, Lyndal: 112 n., 113 n.
Rops, Félicien: 275.
Rose, Nikolas: 34 n., 38 n.
Rossiaud, Jacques: 50 n., 91 n.
Roudet, Bernard: 370 n.
Rousseau, Jean-Jacques: 198, 215-217, 220, 230, 231, 365.
Rowlandson, Thomas: 194.
Rubens, Peter Paul: 127.
Rubin, Lilian B.: 331 n., 339 n., 342 n., 346 n., 364 n., 383 n.

Ruskin, John: 245.
Russel, Anne, condesa de Warwick: 107.
Russel, Margaret: 102, 105, 106.

Sacher-Masoch, Leopold von: 293.
Sackville, Isabella: 105.
Sackville, Margaret: 105.
Sackville, Richard, conde de Dorset: 102-105.
Sade, Donatien Alphonse François, marqués de: 73, 122, 182, 190, 309.
Sánchez, Francisco, el Escéptico: 201.
San Luis, Luis IX, llamado: 158.
Sand, George: 292.
Sandwich, John Montagu, conde de: 232.
Sanguin de Saint-Pavin, Denis: 160.
Sauvy, Anne: 162 n.
Savage, Ann: 141 n.
Savill, Thomas D.: 258 n.
Sawday, Jonathan: 111 n., 112 n., 114 n., 116 n.
Scarron, Paul: 143, 161.
Schapiro, Anne: 39 n.
Schildebeck, barón de: 164.
Schmitt, H.: 30 n.
Schürer, Mark: 30 n.
Schwarzenegger, Arnold: 354.
Segar, William: 103.
Séguier, Pierre: 164.
Selye, Katharine Q.: 352 n.
Sénac de Meilhan, Gabriel: 182
Sennett, Richard: 238 n., 239 n., 240 n., 381 n.
Sévigné, marquesa de: 205.
Shaftesbury, Anthony Ashley Cooper, lord de: 231.
Shakespeare, William: 77, 78, 83, 86, 87, 91, 96, 116, 182.
Shepherd, John: 226.
Shively, Michael G.: 324 n.
Shoemaker, Robert: 87 n., 155 n., 204 n., 207 n., 215 n.
Short, Thomas: 222.
Shorter, Edward: 50 n., 121 n.
Sigel, Lisa Z.: 284 n.
Sigogne, Charles: 142.
Silverman, Lisa: 82 n.
Simon, Louis: 199, 263.
Simonin, Michel: 124 n.
Singly, François de: 311 n.
Sixteen-String, Jack: 229.
Smith, Adam: 197.
Smith, Alexander: 226.
Smith, Dinitia: 354 n.
Smollett, Tobias: 223.
Sohn, Anne-Marie: 244 n., 247 n., 248 n., 259 n., 260 n., 275 n., 289 n., 290 n., 293 n., 295 n., 300 n., 302 n.
Sorbier, Françoise du: 226.
Sorel, Charles: 142.
Sosna, Morton: 33 n., 34 n.
Spence, Richard T.: 101 n.
Staël, Louise-Germaine de: 219.
Steinberg, Sylvie: 95 n., 111 n.
Steinmetz, Susanne: 362 n.
Stengers, Jean: 216 n., 258 n., 261 n., 262 n., 264 n., 267 n., 268 n.
Sterne, Laurence: 194, 223.
Stevenson, Robert Louis: 267, 284.
Stone, Lawrence: 50 n., 121 n., 133 n.
Stora-Lamarre, Anie: 244 n., 261 n., 286 n., 287 n., 288 n., 293 n.
Straus, Murray: 362 n.
Sullerot, Évelyne: 48 n., 65, 268 n., 300 n.
Sulloway, Allison G.: 380 n.
Swift, Jonathan: 198, 223.

Taffe, baronesa de: 239.
Tait, doctor: 269.
Tarantino, Quentin: 328 n.
Tarczylo, Théodore: 202 n., 215 n., 216 n.
Tardieu, Ambroise: 290.
Taunton: 214.
Taxil, Léo: 294.
Taylor, Charles: 380 n.

Tchernia, Jean François: 370 n.
Teich, Mikulas: 251 n., 260 n.
Teresa de Ávila: 79.
Ternisien, Xavier: 372 n.
Thanet, Nicholas: 106.
Thibault, Odette: 48 n., 268 n.
Thomas, John: 246.
Tiger, Lionel: 25 n., 26 n., 46 n., 54 n., 68.
Tissot, Samuel-Auguste: 216-218, 256, 257, 261, 309, 342.
Tomás de Aquino: 112.
Towneley, Charles: 232.
Trevor, Claire: 305 n.
Trier, Lars von: 328 n.
Trumbach, Randolph: 52 n., 62 n., 96 n., 181 n., 204 n., 206 n., 209 n., 212 n., 215 n., 335 n.
Turner, David M.: 155 n.
Tyndale, William: 86.

Ulrich, Carl Heinrich: 291.

Vallée, Jacques, señor de Barreaux: 160.
Van Ussel, Jos: 214 n., 215 n., 261 n.
Vanbutchell, doctor: 187.
Veil, Simone: 344.
Venette, Nicolas: 201-203, 206, 211.
Vesalio, Andrés: 111, 112, 114.
Viala, Alain: 142 n.
Viau, Théophile de: 142, 143, 159.
Victoria, reina: 262, 265, 266, 269, 274, 291, 292.
Vidor, King: 305.
Vincent, Catherine: 370 n., 374 n.
Vincent, Mary: 87 n., 155 n.
Voltaire, François-Marie Arouet, llamado: 184, 193, 197, 231, 344.

Waal, Frans de: 353 n.
Wagner, Peter: 179 n., 181 n., 182 n., 185 n., 187 n., 188 n., 190 n., 191 n., 260 n.
Walker Bynum, Caroline: 30 n.
Walker, Elizabeth: 100.
Walkowitz, Judith: 270 n.
Walpole, Horace: 232.
Wartburg, Walther von: 33 n.
Webber, Joan: 84 n.
Weber, Max: 17, 30, 31, 58, 73.
Wedde, Johannes: 293.
Weeks, Jeffrey: 270 n., 346 n., 383 n.
Weemes, John: 114.
Wellbery, David E.: 33 n., 34 n.
Wharton, lady Clifford, baronesa de: 107.
White, Edmund: 351 n.
Whitney, Isabella: 83.
Whythorne, Thomas: 80, 83.
Wiesner, Merry E.: 87 n.
Wilcox, Helen: 85 n., 98 n., 100 n., 101 n., 109 n.
Wilde, Oscar: 289, 292.
Wilson, Adrian: 46 n.
Winick, Gary: 363.
Woodward, George Moutard: 190, 191, 198.
Wray, Ramona: 109 n.
Wrigley, Edward Anthony: 47 n.
Wulffen, E.: 293.

Yates, Frances A.: 85 n.
Yellowlees, doctor: 265.
Young, Edward: 199.

Zohar, Danah: 36 n., 38 n.
Zola, Émile: 251, 292.
Zuk, Marlene: 354.